OBRAS, TOMO II (1902-1905)

V. I. Lenin

Edición: Progreso, Moscú 1973.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PREFACIO

En el segundo volumen de *Obras Escogidas* de V. I. Lenin en doce tomos hemos incluido las más importantes del período comprendido entre 1902 y julio de 1905.

Da comienzo el tomo con el libro *¿Qué hacer?,* que vio la luz en marzo de 1902. Lenin expuso en él su plan de fundación del partido, de unificación de los círculos marxistas dispersos en un solo partido revolucionario de la clase obrera de Rusia. Es sabido que en 1898, cuatro años antes de aparecer este libro, se celebró en Minsk el I Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia; sin embargo, nada más acabar éste, fueron detenidos cuantos participaron en él, y, de hecho, los círculos locales no llegaron a unificarse en un partido único. Lenin demostró en el libro *¿Qué hacer?* que las ideas sustentadas por el "economismo", corriente oportunista extendida entre una parte de los socialdemócratas rusos, carecían de todo fundamento. Demostró, ante todo, que el "economismo" era una variedad del oportunismo internacional, cuyo representante principal a fines del siglo pasado fue el socialdemócrata alemán Eduardo Bernstein, quien exigía que la socialdemocracia dejara de ser el partido de la revolución social para convertirse en un partido de reformas. Lenin hizo una crítica demoledora del bernsteinianismo. Reveló el peligro que representaba para el movimiento obrero el "culto a la espontaneidad", peculiar del "economismo", recalcó la gran importancia que tiene para la lucha de la clase obrera una teoría revolucionaria justa y formuló y argumentó la tesis de que "sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario" (véase el presente volumen).

El periódico *Iskra* desempeñó en 1902 y 1903 un papel inmenso en la elaboración de la teoría marxista y en la creación del partido revolucionario de la clase obrera. En *Iskra* se publicaron dos trabajos que reproducimos en este tomo: *Aventurerismo revolucionario* y *El problema nacional en nuestro programa.*

En el primero de ellos, Lenin combate la táctica aventurera del terrorismo individual, que aplicaba el partido pequeñoburgués de los socialistas-revolucionarios (eseristas) en la lucha contra el zarismo. Demuestra, además, la importante función que debían desempeñar en el movimiento revolucionario las relaciones entre el proletariado y los campesinos. Trata este mismo tema -el lugar del campesinado en la futura revolución, la alianza de la clase obrera y del campesinado- en el folleto *A los pobres del campo.*

En un Estado multinacional, el destino de las "pequeñas" naciones sojuzgadas y explotadas por el zarismo debía ser forzosamente uno de los problemas más importantes. En el artículo dedicado a este problema, Lenin propugna que se reconozca a cada nación el derecho a la autodeterminación.

En el verano de 1903 se celebró el II Congreso del POSDR que puso de manifiesto las graves contradicciones existentes en el seno del partido, las cuales condujeron, en fin de cuentas, a su escisión y a la formación de dos partidos independientes: el partido revolucionario de los bolcheviques y el partido oportunista de los mencheviques. Al principio, estas contradicciones no se manifestaron en lo principal: el congreso aprobó el programa marxista del partido, que reconocía como objetivo final la instauración del socialismo y, como condición para el éxito, la revolución socialista y la dictadura del proletariado. Las contradicciones se patentizaron al discutirse los estatutos y, en particular, el problema de la militancia en el partido. Frente a la idea leninista del partido como destacamento organizado de vanguardia del proletariado, el líder menchevique Mártov defendió la tesis de un partido que admitiese sin cortapisas en sus filas a cuantos lo desearan, es decir, de una organización amorfa y, en el fondo, pequeñoburguesa y oportunista.

En mayo de 1904 se publicó el libro de Lenin *Un paso adelante, dos pasos atrás* que reprodujo el panorama de la lucha interna en el II Congreso del POSDR. Lenin preparó este libro durante varios meses, estudiando minuciosamente las actas del congreso y otros documentos del partido de aquél período. En esta obra asestó un golpe demoledor al oportunismo de los mencheviques en los problemas de organización, desarrolló la teoría marxista del partido y concretó los principios orgánicos del partido proletario revolucionario.

Rusia abocó en el período del imperialismo en los umbrales del siglo XX; la transición a la fase monopolista viose acelerada por la grave crisis de 1900-1903. La ofensiva del capital contra la clase obrera en los años de esta crisis hizo que se acrecentara el movimiento huelguístico. Los obreros empezaron a pasar de las huelgas de carácter económico a las huelgas políticas, a la lucha contra el régimen autocrático. Comenzó la efervescencia entre los campesinos, los cuales reclamaban la devolución de las tierras arrebatadas por los latifundistas al abolirse el régimen de la servidumbre. Se extendió el movimiento estudiantil, que reivindicaba libertades

políticas. La guerra con el Japón, que comenzó en 1904, exacerbó todas las contradicciones de la vida social de Rusia y aceleró los acontecimientos revolucionarios. La guerra puso al desnudo la putrefacción del zarismo, la descomposición de la máquina estatal de arriba abajo. A pesar de que los soldados rusos pelearon con valentía, el gobierno zarista sufrió una derrota bochornosa. La conflagración aumentó bruscamente el descontento en el país y aceleró la revolución.

El 9 de enero de 1905, las tropas zaristas ametrallaron en San Petersburgo una procesión pacífica de obreros que se dirigían al Palacio de Invierno para entregar una petición al zar. En el país estalló la revolución. En abril, tres meses después, se celebró en Londres el III Congreso del POSDR, que definió las tareas principales y la táctica del partido en la revolución iniciada. Esta se acrecentó durante la primavera y el verano de 1905, luchando en vanguardia los proletarios: los obreros del San Petersburgo industrial, los tejedores de Ivánovo-Voznesensk y los metalúrgicos de los Urales. El movimiento se extendió a los campesinos e incluso repercutió en el ejército y la marina. En junio se sublevó la tripulación del acorazado *Potemkin* y, por vez primera en la historia de Rusia, se izó la bandera de la revolución en un barco de guerra.

La sublevación de *Potemkin* causó gran impresión en Rusia y en el mundo entero. A pesar de que fue sofocada, Lenin le concedía magna importancia. Precisamente con motivo de estos sucesos escribió el artículo *Ejército revolucionario y gobierno revolucionario.*

Durante las huelgas surgieron nuevas formas de organización y de lucha: los Soviets de diputados obreros y los sindicatos.

El POSDR desempeñó un ingente papel en el movimiento del proletariado, del campesinado y de los soldados en 1905. Los socialdemócratas leninistas dirigieron huelgas, hicieron propaganda en el ejército y prepararon la huelga general política. El POSDR llegó a la primera revolución rusa ya preparado, con una concepción del mundo sistematizada y un programa definido.

* * *

Los trabajos que figuran en el presente volumen han sido traducidos de la 5a edición rusa de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS. Al final de cada trabajo, a la derecha, se indican el tomo y las páginas correspondientes.

LA EDITORIAL

¿QUÉ HACER?

Problemas candentes de nuestro movimiento

"…La lucha interna da al partido fuerza y vitalidad; la prueba más grande de la debilidad de un partido es la amorfía y la ausencia de fronteras bien delimitadas; el partido se fortalece depurándose…"

(De una carta de Lassalle a Marx, 24 de junio de 1852)

Prologo

Según el plan inicial del autor, el presente folleto debía consagrarse a desarrollar minuciosamente las ideas expuestas en el artículo *¿Por dónde empezar?* (*Iskra*[1], núm. 4, mayo de 1901)[*]. En primer lugar, debemos disculparnos ante el lector por haber cumplido con retraso la promesa que hicimos en dicho artículo (y que repetimos en respuesta a numerosos requerimientos y cartas particulares). Una de las causas de dicha tardanza ha sido la tentativa, hecha en junio del año pasado (1901), de unificar todas las organizaciones socialdemócratas rusas en el extranjero[2]. Era natural que esperase los resultados de esta tentativa que, de haber tenido éxito, tal vez se hubiese requerido exponer las concepciones de *Iskra* en materia de organización desde un punto de vista algo distinto; en todo caso, este éxito prometía acabar muy pronto con la existencia de dos corrientes en la socialdemocracia rusa. El lector sabe que el intento fracasó y que, como procuramos demostrar a continuación, no podía terminar de otro modo después del nuevo viraje de *Rabócheie Dielo*[3], en su número 10, hacia el "economismo"[4]. Ha sido absolutamente necesario emprender una enérgica lucha contra esta tendencia imprecisa y poco definida, pero, en cambio, tanto más persistente y capaz de resurgir en formas diversas. De acuerdo con ello, ha cambiado y se ha ampliado en grado muy considerable el plan inicial del folleto.

Debían haber sido su tema principal los tres problemas planteados en el artículo *¿Por dónde empezar?*, a saber: el carácter y el contenido principal de nuestra agitación política, nuestras tareas de organización y el plan de crear, simultáneamente y en distintas partes, una organización combativa de toda Rusia. Estos problemas interesan desde hace mucho al autor, quien trató ya de plantearlos en *Rabóchaya Gazeta*[5] durante una de las tentativas infructuosas de reanudar su publicación (véase el cap. V). Dos razones han hecho irrealizable por completo nuestro primer propósito de circunscribirnos en este folleto al examen de los tres problemas mencionados y de exponer nuestras ideas, en la medida de lo posible, de manera afirmativa, sin recurrir o casi sin recurrir a la polémica. Por una parte, el "economismo" ha resultado más vivaz de lo que suponíamos (empleamos la palabra "economismo" en su sentido amplio, como se explicó en el número 12 de *Iskra* (diciembre de 1901), en el artículo *Conversación con los defensores del economismo*, que trazó, por decirlo así, un esbozo del folleto que ofrecemos a la atención del lector). Ha llegado a ser indudable que las distintas opiniones sobre el modo de resolver estos tres problemas se explican mucho más por una oposición radical entre las dos tendencias de la socialdemocracia rusa que por divergencias de detalle. Por otra parte, la perplejidad de los "economistas" al ver que *Iskra* sostenía de hecho nuestras concepciones ha evidenciado que hablamos a menudo en lenguajes literalmente distintos; que, debido a ello, *no podemos* llegar a ningún acuerdo sin comenzar *ab ovo*[**]; que es necesario intentar *"explicarnos" sistemáticamente* con *todos* los "economistas" en la forma más popular posible y basándonos en el mayor número posible de ejemplos concretos sobre *todos* los puntos cardinales de nuestras discrepancias. Y me he decidido a hacer esta tentativa de "explicarnos" con plena conciencia de que ello va a aumentar muchísimo el volumen del folleto y a retardar su aparición; pero no he visto ninguna *otra* posibilidad de cumplir la promesa hecha en el artículo *¿Por dónde empezar?* Así pues, a las disculpas por la tardanza he de añadir las excusas por los inmensos defectos del folleto en lo que a su forma literaria se refiere: he tenido que trabajar *con una precipitación extrema* y, además, prestar atención a otras muchas ocupaciones.

El examen de los tres problemas indicados sigue constituyendo el tema principal del folleto. Pero he tenido que comenzar por dos problemas de carácter más general: ¿por qué la consigna de "libertad de crítica", tan "inocente" y "natural", es para nosotros una verdadera llamada al combate?; ¿por qué no podemos llegar a un acuerdo ni siquiera en el problema fundamental del papel de la socialdemocracia en relación al movimiento espontáneo de masas? Luego expongo las opiniones acerca del carácter y el contenido de la agitación política, exposición que se ha convertido en un esclarecimiento de la diferencia entre la política

[*] Véase la presente edición, tomo. I. (*N. de la Edit.*)

[**] *Ab ovo*: desde el principio. (*N. de la Edit.*)

tradeunionista y la socialdemócrata, en tanto que la exposición de los puntos de vista sobre las tareas de organización se ha transformado en un esclarecimiento de la diferencia entre los métodos primitivos de trabajo, que satisfacen a los "economistas", y la organización de revolucionarios, que consideramos indispensable. Después insisto en el "plan de un periódico político para toda Rusia, tanto más que las objeciones hechas contra él carecen de fundamento y que no se ha dado una respuesta a fondo a la pregunta hecha en *¿Por dónde empezar?* de cómo podríamos emprender simultáneamente en todas partes la formación de la organización que necesitamos. Por último, en la parte final del folleto espero demostrar que hemos hecho cuanto dependía de nosotros para prevenir una ruptura decisiva con los "economistas", ruptura que, sin embargo, ha resultado inevitable; que *Rabócheie Dielo* ha adquirido una significación particular, y si se quiere "histórica", por haber expresado de la manera más completa y con el mayor relieve no el "economismo" consecuente, sino más bien la dispersión y las vacilaciones que han constituido el rasgo distintivo *de todo un período* de la historia de la socialdemocracia rusa; que por eso adquiere también importancia la polémica, demasiado detallada a primera vista, con *Rabócheie Dielo*, pues no podemos avanzar sin superar definitivamente este período.

Febrero de 1902
N. Lenin

I. Dogmatismo y "Libertad de crítica"

a) ¿Qué significa la "libertad de crítica"?

La "libertad de crítica" es hoy, sin duda, la consigna más en boga, la que más se emplea en las discusiones entre socialistas y demócratas de todos los países. A primera vista es difícil imaginarse nada más extraño que esas alusiones solemnes a la libertad de crítica, hechas por una de las partes contendientes. ¿Es que en el seno de los partidos avanzados se han levantado voces en contra de la ley constitucional que garantiza la libertad de ciencia y de investigación científica en la mayoría de los países europeos? "¡Aquí pasa algo!", se dirá toda persona ajena a la cuestión que haya oído la consigna de moda, repetida en todas partes, pero que no haya profundizado aún en la esencia de las discrepancias. "Esta consigna es, por lo visto, una de esas palabrejas convencionales que, como los apodos, son legalizadas por el uso y se convierten casi en nombres comunes".

En efecto, para nadie es un secreto que en el seno de la socialdemocracia internacional* contemporánea se han formado dos tendencias cuya lucha ora se reaviva y levanta llamas ora se calma y consume bajo las cenizas de impresionantes "resoluciones de armisticio". En qué consiste la "nueva" tendencia, que asume una actitud "crítica" frente al marxismo "viejo, dogmático", lo *ha dicho* Bernstein y lo *ha mostrado* Millerand con suficiente claridad.

La socialdemocracia debe dejar de ser el partido de la revolución social para transformarse en un partido democrático de reformas sociales. Bernstein ha apoyado esta reclamación política con toda una batería de "nuevos" argumentos y razonamientos concertados con bastante armonía. Se ha negado la posibilidad de basar el socialismo en argumentos científicos y demostrar que es necesario e inevitable desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia; se ha refutado la miseria creciente, la proletarización y la exacerbación de las contradicciones capitalistas; se ha declarado carente de fundamento el concepto mismo de "*objetivo final*" y rechazado de plano la idea de la dictadura del proletariado; se ha denegado que haya oposición de principios entre el liberalismo y el socialismo; se ha rebatido *la teoría de la lucha de clases*, afirmando que es inaplicable a una sociedad estrictamente democrática, gobernada conforme a la voluntad de la mayoría, etc.

Así pues, la exigencia de que la socialdemocracia revolucionaria dé un viraje decisivo hacia el socialreformismo burgués ha ido acompañada de un viraje no menos decisivo hacia la crítica burguesa de todas las ideas fundamentales del marxismo. Y como esta última crítica del marxismo se venía haciendo ya mucho tiempo, utilizando para ello la tribuna política, las cátedras universitarias, numerosos folletos y gran cantidad de tratados científicos; como toda la nueva generación de las clases instruidas ha sido educada sistemáticamente durante decenios en esta crítica, no es de extrañar que la "nueva" tendencia "crítica" haya salido de golpe con acabada perfección en el seno de la socialdemocracia, como Minerva de la cabeza de Júpiter[13]. Por su fondo, esta tendencia no ha tenido que desarrollarse ni formarse:

* A propósito. En la historia del socialismo moderno es quizá un hecho único, y extraordinariamente consolador en su género, que una disputa entre distintas tendencias en el seno del socialismo se haya convertido, por vez primera, de nacional en internacional. En otros tiempos, las discusiones entre lassalleanos y eisenacheanos[6], entre guesdistas y posibilistas[7], entre fabianos y socialdemócratas[8], entre partidarios de Libertad del Pueblo y socialdemócratas[9] eran discusiones puramente nacionales, reflejaban peculiaridades netamente nacionales, se desarrollaban, por decirlo así, en planos distintos. En la actualidad (ahora se ve esto bien claro), los fabianos ingleses, los ministerialistas franceses[10], los bernsteinianos[11] alemanes y los críticos rusos[12] son una sola familia; se elogian mutuamente, aprenden los unos de los otros y cierran filas contra el marxismo "dogmático". ¿Será en esta primera contienda, realmente internacional, con el oportunismo socialista donde la socialdemocracia revolucionaria internacional se fortalezca lo suficiente para acabar con la reacción política que impera en Europa desde hace ya largo tiempo?

ha sido trasplantada directamente de las publicaciones burguesas a las publicaciones socialistas.

Prosigamos. Por si la crítica teórica de Bernstein y sus anhelos políticos estaban aún poco claros para ciertas personas, los franceses se han cuidado de demostrar palmariamente lo que es el "nuevo método". Francia se ha hecho una vez más acreedora de su vieja reputación de "país en el que las luchas históricas de clase se han llevado siempre a su término decisivo más que en ningún otro sitio" (Engels, fragmento del prólogo a la obra de Marx *Der 18 Brumaire*). En lugar de teorizar, los socialistas franceses han puesto manos a la obra; las condiciones políticas de Francia, más desarrolladas en el aspecto democrático, les han permitido pasar sin demora al "bernsteinianismo práctico" con todas sus consecuencias. Millerand ha dado un brillante ejemplo de este bernsteinianismo práctico: ¡por algo Bernstein y Vollmar se han apresurado a defender y ensalzar con tanto celo a Millerand! En efecto, si la socialdemocracia es, en esencia, ni más ni menos que un partido de reformas y debe tener el valor de reconocerlo con franqueza, un socialista no sólo tiene derecho a entrar en un ministerio burgués, sino que incluso debe siempre aspirar a ello. Si la democracia implica, en el fondo, la supresión de la dominación de las clases, ¿por qué un ministro socialista no ha de cautivar a todo el mundo burgués con discursos acerca de la colaboración de las clases? ¿Por qué no ha de seguir en el ministerio, aun después de que los asesinatos de obreros por gendarmes hayan puesto de manifiesto por centésima y milésima vez el verdadero carácter de la colaboración democrática de las clases? ¿Por qué no ha de participar personalmente en la felicitación al zar, al que los socialistas franceses no dan ahora otro nombre que el de héroe de la horca, del látigo y de la deportación ("*knouteur, pendeur et déportateur*")? ¡Y a cambio de esta infinita humillación y este autoenvilecimiento del socialismo ante el mundo entero, a cambio de pervertir la conciencia socialista de las masas obreras -única base que puede asegurarnos el triunfo-, a cambio de todo eso ofrecer unos rimbombantes *proyectos* de reformas tan miserables que eran mayores las que se lograba obtener de los gobiernos burgueses!

Quien no cierre deliberadamente los ojos debe ver por fuerza que la nueva tendencia "crítica" surgida en el socialismo no es sino una nueva variedad de *oportunismo*. Y si no juzgamos a los hombres por el brillo del uniforme que se han puesto ellos mismos, ni por el pomposo sobrenombre que a sí mismos se dan, sino por sus actos y por las ideas que propagan en realidad, veremos claramente que la "libertad de crítica" es la libertad de la tendencia oportunista en el seno de la socialdemocracia, la libertad de hacer de la socialdemocracia un partido demócrata de reformas, la libertad de introducir en el socialismo ideas burguesas y elementos burgueses.

La libertad es una gran palabra; pero bajo la bandera de la libertad de industria se han hecho las guerras más rapaces, y bajo la bandera de la libertad de trabajo se ha expoliado a los trabajadores. La misma falsedad intrínseca lleva implícito el empleo actual de la expresión "libertad de crítica". Personas verdaderamente convencidas de haber impulsado la ciencia no reclamarían libertad para las nuevas concepciones al lado de las viejas, sino la sustitución de estas últimas por las primeras. En cambio, los gritos actuales de "¡Viva la libertad de crítica!" recuerdan demasiado la fábula del tonel vacío.

Marchamos en grupo compacto, asidos con fuerza de las manos, por un camino abrupto e intrincado. Estamos rodeados de enemigos por todas partes, y tenemos que marchar casi siempre bajo su fuego. Nos hemos unido en virtud de una decisión adoptada con toda libertad, precisamente para luchar contra los enemigos y no caer, dando un traspiés, en la contigua charca, cuyos moradores nos reprochan desde el primer momento el habernos separado en un grupo independiente y elegido el camino de la lucha y no el de la conciliación. Y de pronto, algunos de los nuestros empiezan a gritar: "¡Vamos a esa charca!" Y cuando se les pone en vergüenza, replican: "¡Qué atrasados sois! ¡Cómo no os avergonzáis de negarnos la libertad de invitaros a seguir un camino mejor!" ¡Ah, sí, señores, ustedes son libres no sólo de invitarnos, sino de ir adonde mejor les plazca, incluso a la charca; hasta creemos que su sitio de verdad se encuentra precisamente en ella, y estamos dispuestos a ayudarles en lo que podamos para que se trasladen *ustedes* allí! ¡Pero, en ese caso, suelten nuestras manos, no se agarren a nosotros, ni envilezcan la gran palabra libertad, porque también nosotros somos "libres" para ir adonde queramos, libres para luchar no sólo contra la charca, sino incluso contra los que se desvían hacia ella!

b) Los nuevos defensores de la "libertad de crítica"

Precisamente esta consigna ("libertad de crítica") ha sido lanzada de manera solemne en los últimos tiempos por *Rabócheie Dielo* (número 10), órgano de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero[14]. Y no como un postulado teórico, sino como una reivindicación política, como respuesta a la pregunta de si "es posible la unión de las organizaciones socialdemócratas rusas que actúan en el extranjero". "Para una unión sólida es indispensable la libertad de crítica" (pág. 36).

De esta declaración se deducen dos conclusiones bien claras: 1) *Rabócheie Dielo* asume la defensa de la tendencia oportunista en la socialdemocracia internacional en general; 2) *Rabócheie Dielo* exige la libertad del oportunismo en el seno de la socialdemocracia rusa. Examinemos estas conclusiones.

A *Rabócheie Dielo* le disgusta, "sobre todo", la "tendencia de *Iskra* y *Zariá*[15] a pronosticar la ruptura entre la *Montaña* y *la Gironda*[16] en la socialdemocracia internacional*.

"En general-escribe B. Krichevski, director de *Rabócheie Dielo*-, las habladurías sobre la *Montaña* y la *Gironda* en las filas de la socialdemocracia nos parecen una analogía histórica superficial y extraña en la pluma de un marxista: la Montaña y la Gironda no representaban dos temperamentos o corrientes intelectuales diferentes, como puede parecerles a los historiadores de la ideología, sino distintas clases o sectores: por una parte, la burguesía media; y por otra, la pequeña burguesía y el proletariado. Pero en el movimiento socialista contemporáneo no hay choques de intereses de clase; sustenta en su totalidad, en todas (subrayado por B. Kr.) sus variedades, incluidos los más declarados bernsteinianos, la posición de los intereses de clase del proletariado, de su lucha de clase por la liberación política y económica" (págs. 32-33).

¡Atrevida afirmación! ¿No ha oído B. Krichevski hablar del hecho, observado hace ya tiempo, de que precisamente la amplia participación del *sector* de los "académicos" en el movimiento socialista de los últimos años ha asegurado una difusión tan rápida del bernsteinianismo? Y lo principal: ¿en qué funda nuestro autor su juicio de que incluso "los más declarados bernsteinianos" sustentan la posición de la lucha de clase por la emancipación política y económica del proletariado? Nadie lo sabe. Esta enérgica defensa de los más declarados bernsteinianos no se apoya en ningún argumento, en ninguna razón. El autor cree, por lo visto, que con repetir cuanto dicen de sí mismos los más declarados bernsteinianos huelgan las pruebas de su afirmación. Pero ¿es posible imaginarse algo más "superficial" que este juicio acerca de toda una tendencia fundado en lo que dicen de sí mismos los representantes de la tal tendencia? ¿Es posible imaginarse algo más superficial que la "moraleja" subsiguiente sobre los dos tipos o cauces distintos e incluso diametralmente opuestos de desarrollo del partido (*Rabócheie Dielo*, págs. 34-35)? Los socialdemócratas alemanes, se dice, reconocen la completa libertad de crítica; pero los franceses no, y precisamente su ejemplo demuestra todo lo "nociva que es la intolerancia".

Precisamente el ejemplo de B. Krichevski -responderemos a eso- demuestra que a veces se llaman marxistas gentes que ven la historia sólo "a lo Ilovaiski". Para explicar la unidad del Partido Socialista Alemán y la desunión del francés no hace falta en absoluto escarbar en las peculiaridades de la historia de tal o cual país, comparar las condiciones del semiabsolutismo militar y el parlamentarismo republicano, analizar las consecuencias de la Comuna[20] y las de La ley de excepción contra los socialistas[21], confrontar la situación económica y el desarrollo económico, recordar que "el crecimiento sin par de la socialdemocracia alemana" fue acompañado de una lucha de energía sin igual en la historia del socialismo, no sólo contra los extravíos teóricos (Mülberger, Dühring**, los socialistas de cátedra[24]), sino también contra las equivocaciones en el terreno de la táctica (Lassalle), etc., etc. ¡Todo eso está de más! Los franceses riñen porque son intolerantes; los alemanes están unidos porque son buenos chicos.

Y observen que, mediante esta sin par profundidad de pensamiento, se "elimina" un hecho que rebate por completo la defensa de los bernsteinianos. Sólo la experiencia histórica puede dar una respuesta definitiva e irrevocable a la pregunta de si *sustentan* la posición de la lucha de clase del proletariado. Por tanto, en este sentido tiene la máxima importancia precisamente el ejemplo de Francia por tratarse del único país donde los bernsteinianos han intentado *actuar* de manera independiente, con la aprobación calurosa de sus colegas alemanes (y, en parte, de los oportunistas rusos: véase *R. D.*, núm. 2-3, págs. 83-84). La alusión a la "intolerancia" de los franceses -además de su significación "histórica" (en sentido

* La comparación de las dos tendencias existentes en el proletariado revolucionario (la revolucionaria y la oportunista) con las dos corrientes de la burguesía revolucionaria del siglo XVIII (la jacobina -la Montaña- y la girondina) fue hecha en el artículo de fondo del número 2 de *Iskra* (febrero de 1901) escrito por Plejánov. A los demócratas-constitucionalistas[17], los "sin título"[18] y los mencheviques[19] les gusta mucho, hasta ahora, hablar del "jacobinismo" en la socialdemocracia rusa. Pero hoy prefieren callar u... olvidar que Plejánov lanzó por vez primera este concepto contra el ala derecha de la socialdemocracia. (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

** Cuando Engels arremetió contra Dühring, muchos representantes de la socialdemocracia alemana se inclinaron por las concepciones de este último y acusaron a Engels, incluso públicamente, en un congreso del partido, de brusquedad, intolerancia, polémica impropia de camaradas, etc. Most y sus compañeros propusieron (en el Congreso de 1877[22]) retirar de *Vorwärts*[23] los artículos de Engels por "no tener interés para la inmensa mayoría de los lectores", y Vahlteich declaró que la publicación de esos artículos había perjudicado mucho al partido, que también Dühring había prestado servicios a la socialdemocracia: "debemos aprovecharlos a todos en beneficio del partido, y si los catedráticos discuten, *Vorwärts* en modo alguno es el lugar adecuado para sostener tales discusiones" (*Vorwärts*, 1877, número 65, 6 de junio). ¡Como ven, éste es también un ejemplo de defensa de la "libertad de crítica", y no estaría mal que meditaran en él nuestros críticos legales y oportunistas ilegales, a quienes tanto place invocar el ejemplo de los alemanes!

"nozdrioviano"[25])- no es más que una tentativa de disimular con palabras graves hechos muy desagradables.

Tampoco estamos dispuestos, en absoluto, a entregar a los alemanes como regalo a B. Krichevski y demás copiosos defensores de la "libertad de crítica". Si se tolera todavía en las filas del partido alemán "a los más declarados bernsteinianos", es sólo por cuanto *acatan* la resolución de Hannover[26], que rechazó de plano tanto las "enmiendas" de Bernstein como la de Lübeck[27], contenedora esta última (pese a toda su diplomacia) de una clara advertencia a Bernstein. Se puede discutir, desde el punto de vista de los intereses del partido alemán, si esa diplomacia era oportuna o no, o si, en tal caso, no valía más un mal ajuste que un buen pleito; se puede disentir, en suma, de si conviene tal o cual *procedimiento* de rechazar el bernsteinianismo; pero lo que no se puede hacer es no ver que el partido alemán *ha rechazado* dos veces el bernsteinianismo. Por tanto, creer que el ejemplo de los alemanes confirma la tesis de que "los más declarados bernsteinianos sustentan la posición de la lucha de clase del proletariado por su emancipación política y económica" significa no comprender en absoluto lo que está pasando delante de todos nosotros*.

Es más: como hemos dicho ya, *R. Dielo* presenta a la socialdemocracia *rusa* la reivindicación de "libertad de crítica" y defiende el bernsteinianismo. Por lo visto, ha tenido que convencerse de que se ha agraviado injustamente a nuestros "críticos" y bernsteinianos. ¿A cuáles en concreto? ¿A quién, dónde y cuándo? ¿En qué consistió, ni más ni menos, la injusticia? ¡*R. Dielo* guarda silencio sobre este punto, no menciona ni una sola vez a ningún crítico o bernsteiniano ruso! Sólo nos resta hacer una de las dos hipótesis posibles. O bien la parte agraviada injustamente no es otra que el mismo *R. Dielo* (así lo confirma el que en ambos artículos de su número 10 se trate sólo de agravios inferidos por *Zariá* e *Iskra* a *R. Dielo*). En este caso, ¿cómo explicar el hecho tan extraño de que *R. Dielo*, que siempre ha negado de manera tan obstinada toda solidaridad con el bernsteinianismo, no haya podido defenderse sin hablar en pro de los "más declarados bernsteinianos" y de la libertad de crítica? O *bien* han sido agraviadas injustamente unas terceras personas. Entonces ¿cuáles pueden ser los motivos que impidan mencionarlas?

Vemos, pues, que *R. Dielo* sigue jugando al escondite lo mismo que venía haciendo (y como demostraremos más adelante) desde que apareció. Además, observen esta *primera* aplicación práctica de la decantada "libertad de crítica". De hecho, esta libertad se ha reducido en el acto no sólo a la falta de toda crítica, sino a la falta de todo juicio independiente en general. Ese mismo *R. Dielo*, que guarda silencio sobre el bernsteinianismo ruso, como si fuera una enfermedad secreta (según la feliz expresión de Starovier), ¡propone para curarla *copiar lisa y llanamente* la última receta alemana contra la variedad alemana de esta enfermedad! ¡En vez de libertad de crítica, imitación servil... o, peor aún, simiesca! El idéntico contenido social y político del oportunismo internacional contemporáneo se manifiesta en unas u otras variantes, según las peculiaridades nacionales. En este país, un grupo de oportunistas viene actuando desde hace tiempo bajo una bandera especial; en ése, los oportunistas han desdeñado la teoría, siguiendo en la práctica la política de los radicales socialistas; en aquél, algunos miembros del partido revolucionario han desertado al campo del oportunismo y pretenden alcanzar sus objetivos no con una lucha franca en defensa de los principios y de la nueva táctica, sino mediante una corrupción gradual, imperceptible y, valga la expresión, no punible de su partido; en el de más allá, esos mismos tránsfugas emplean iguales procedimientos a la sombra de la esclavitud política, manteniendo una proporción de lo más original entre la actividad "legal" y la "ilegal", etc. Pero decir que la libertad de crítica y el bernsteinianismo son una condición para unir a los socialdemócratas *rusos*, sin haber analizado en qué se manifiesta precisamente el bernsteinianismo *ruso*, ni qué frutos singulares ha dado, es hablar por hablar.

Intentemos, pues, decir nosotros, aunque sea en pocas palabras, lo que no ha querido exteriorizar (o quizás ni siquiera ha sabido comprender) *R. Dielo*.

c) La crítica en Rusia

La peculiaridad fundamental de Rusia en el aspecto que examinamos consiste en que *el comienzo mismo* del movimiento obrero espontáneo, por una parte, y del viraje de la opinión pública avanzada al

* Debe advertirse que, al hablar del bernsteinianismo en el partido alemán, *R. Dielo* se ha limitado siempre a un mero relato de los hechos, "absteniéndose" por completo de calificarlos. Véase, por ejemplo, el número 2-3, pág. 66, acerca del Congreso de Stuttgart[28]; todas las discrepancias se reducen a la "táctica", y sólo se hace constar que la inmensa mayoría es fiel a la anterior táctica revolucionaria. O el número 4-5, pág. 25 y siguientes, que es una simple repetición de los discursos pronunciados en el Congreso de Hannover, acompañado de la resolución de Bebel; la exposición de las concepciones de Bernstein y la crítica de las mismas quedan aplazadas de nuevo (así como en el número 2-3) hasta la publicación de un "artículo especial". Lo curioso del caso es que en la pág. 33 del número 4-5 leemos: "...las concepciones expuestas por Bebol cuentan con una inmensa mayoría en el congreso", y un poco más adelante: "... David ha defendido las opiniones de Bernstein... Ante todo, ha tratado de demostrar que... Bernstein y sus amigos, a pesar de todo (¡*sic*!), sustentan la posición de la lucha de clases"... ¡Esto se escribió en diciembre de 1899; pero en septiembre de 1901 *R. Dielo* no cree ya, por lo visto, que Bebel tenga razón y repite la opinión de David como suya propia!

marxismo, por otra, se distinguió por la unión de elementos a todas luces heterogéneos bajo una bandera común para combatir a un enemigo común (la concepción sociopolítica anticuada del mundo). Nos referimos a la luna de miel del "marxismo legal"[29]. En general fue un fenómeno de extraordinaria originalidad que nadie hubiera podido siquiera creer posible en la década del ochenta o primeros años de la siguiente del siglo pasado. En un país autocrático, donde la prensa estaba sojuzgada por completo, en una época de terrible reacción política, cuando eran perseguidos los mínimos brotes de descontento político y protesta, se abrió de pronto camino en las publicaciones visadas *por la censura* la teoría del marxismo revolucionario expuesta en un lenguaje esópico, pero comprensible para todos los "interesados". El gobierno se había acostumbrado a considerar peligrosa únicamente la teoría del grupo (revolucionario) Libertad del Pueblo, sin ver, como suele ocurrir, su evolución interna y regocijándose de *toda* crítica que fuera contra ella. Pasó mucho tiempo (mucho según contamos los rusos) hasta que el gobierno se despertó y hasta que el aparatoso ejército de censores y gendarmes pudo descubrir al nuevo enemigo y caer sobre él. Mientras tanto, iba apareciendo un libro marxista tras otro; empezaban a publicarse revistas y periódicos marxistas; todo el mundo se hacía marxista; se halagaba y lisonjeaba a los marxistas; los editores estaban entusiasmados de la extraordinaria venta que tenían los libros marxistas. Se comprende perfectamente que entre los marxistas principiantes envueltos por esa humareda de éxito hubiera algún que otro "escritor envanecido"... [30]

Hoy puede hablarse de ese período con calma, como de algo ya pasado. Para nadie es un secreto que la efímera prosperidad alcanzada por el marxismo en la superficie de nuestras publicaciones fue debida a la alianza de elementos extremistas con otros muy moderados. En el fondo, estos últimos eran demócratas burgueses, y esa deducción (confirmada con evidencia por el desarrollo "crítico" posterior de dichos hombres) no podían menos de hacerla ya ciertas personas en los tiempos de mantenimiento de la "alianza"*.

Pero si eso es así, ¿no recae la mayor responsabilidad por la "confusión" ulterior precisamente en los socialdemócratas revolucionarios, que pactaron esa alianza con los futuros "críticos"? Esta pregunta, seguida de una respuesta afirmativa, se oye a veces en boca de gente que enfoca el problema de una manera demasiado simple. Pero esa gente no tiene la menor razón. Puede temer alianzas temporales, aunque sea con personas poco seguras, sólo quien desconfía de sí mismo, y sin esas alianzas no podría existir ningún partido político. Ahora bien, la unión con los marxistas legales fue una especie de primera alianza verdaderamente política concertada por la socialdemocracia rusa. Gracias a esta alianza se ha logrado el triunfo, de asombrosa rapidez, sobre el populismo, así como la grandiosa difusión de las ideas del marxismo (si bien en forma vulgarizada). Además, la alianza no fue pactada sin "condición" alguna, ni mucho menos. Pruebas al canto: la recopilación marxista *Datos sobre el desarrollo económico de Rusia*[31], quemada por la censura en 1895. Si el acuerdo literario con los marxistas legales puede ser comparado con una alianza política, este libro puede compararse con un pacto político.

La ruptura no se debió, desde luego, al hecho de que los "aliados" resultaran ser demócratas burgueses. Por el contrario, los adeptos de semejantes tendencias son aliados naturales y deseables de la socialdemocracia, siempre que se trate de las tareas democráticas de esta última, planteadas en primer plano por la situación actual de Rusia. Mas, para esta alianza, es condición indispensable que los socialistas tengan plena posibilidad de revelar a la clase obrera la oposición antagónica existente entre sus intereses y los de la burguesía. Ahora bien, el bernsteinianismo y la tendencia "crítica", hacia la cual evolucionó totalmente la mayoría de los marxistas legales, descartaban esa posibilidad y corrompían la conciencia socialista, envileciendo el marxismo, predicando la teoría de la atenuación de las contradicciones sociales, declarando absurda la idea de la revolución social y de la dictadura del proletariado, reduciendo el movimiento obrero y la lucha de clases a un tradeunionismo estrecho y a la lucha "realista" por reformas pequeñas y graduales. Era exactamente lo mismo que si la democracia burguesa negara al socialismo el derecho a la independencia, y, por tanto, su derecho a la existencia; en la práctica, eso significaba tratar de convertir el incipiente movimiento obrero en un apéndice de los liberales.

En tales condiciones, como es natural, la ruptura se hizo imprescindible. Pero la particularidad "original" de Rusia se manifestó en que esa ruptura sólo significaba que los socialdemócratas se apartaban de las publicaciones "legales", más accesibles para todos y muy difundidas. Los "ex marxistas" se hicieron fuertes en ellas, colocándose "bajo el signo de la crítica" y obteniendo casi el monopolio de "demoler" el marxismo. Los gritos: "¡Contra la ortodoxia!" y "¡Viva la libertad de crítica!" (repetidos ahora por *R. Dielo*) se pusieron en el acto muy en boga. Ni siquiera los censores ni los gendarmes pudieron resistir a esa moda, como lo prueba la aparición de *tres* ediciones rusas del libro

* Aludimos al artículo publicado anteriormente de K. Tulin contra Struve basado en un informe que tenía por título *El reflejo del marxismo en las publicaciones burguesas*. Véase el Prólogo. (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

del famoso (famoso a lo Eróstrato) Bernstein[32] o la recomendación por Zubátov de los libros de Bernstein, del señor Prokopóvich y otros (*Iskra*, número 10). Los socialdemócratas tienen planteada ahora una tarea difícil de por sí y, además, complicada en grado increíble por obstáculos puramente externos: la tarea de combatir la nueva corriente. Y esta corriente no se ha limitado al terreno de las publicaciones. El viraje hacia la "crítica" ha ido acompañado de un movimiento opuesto: la inclinación hacia el "economismo" por parte de los socialdemócratas dedicados a la labor práctica.

Podría servir de tema para un artículo especial esta interesante cuestión: cómo han surgido y han aumentado el nexo y la interdependencia entre la crítica legal y el "economismo" ilegal. A nosotros nos basta con señalar aquí la existencia incuestionable de este nexo. El famoso *Credo* ha adquirido tan merecida celebridad precisamente por haber formulado con toda franqueza ese nexo y haber revelado, sin proponérselo, la tendencia política fundamental del "economismo": que los obreros se encarguen de la lucha económica (más exacto sería decir: de la lucha tradeunionista, pues esta última comprende también la política específicamente obrera), y que la intelectualidad marxista se fusione con los liberales para la "lucha" política. La labor tradeunionista "entre el pueblo" resultó ser la realización de la primera mitad de dicha tarea, y la crítica legal, la realización de la segunda mitad. Esta declaración fue un arma tan excelente en contra del "economismo" que, si no hubiese aparecido el *Credo*, valdría la pena haberlo inventado.

El *Credo* no fue inventado, pero sí publicado sin el consentimiento y hasta en contra, quizás, de la voluntad de sus autores. Al menos, el autor de estas líneas, que participó en sacar a la luz del día el nuevo "programa"*, tuvo que escuchar lamentos y reproches porque el resumen de las opiniones de los oradores se difundió en copias, recibió el mote de *Credo* y ¡apareció incluso en la prensa junto con la protesta! Referimos este episodio porque revela un rasgo muy curioso de nuestro "economismo": el miedo a la publicidad. Un rasgo precisamente del "economismo" en general -y no sólo de los autores del *Credo*- que se ha manifestado en *Rabóchaya Mysl*[34], el adepto más franco y más honrado del "economismo"; en *R. Dielo* (al indignarse contra la publicación de documentos "economistas" en el *Vademécum*[35]); en el comité de Kiev, que hace cosa de dos años no quiso autorizar la publicación de su *Profession de foi*[36] junto con la refutación** escrita contra ella, y en muchos, muchísimos partidarios del "economismo".

Este miedo que tienen a la crítica los adeptos de la libertad de crítica no puede explicarse sólo por astucia (si bien algunas veces las cosas no ocurren, indudablemente, sin astucia; ¡no es prudente dejar al descubierto ante el embate del enemigo los brotes, débiles aún, de la nueva tendencia!). No, la mayoría de los "economistas" desaprueba con absoluta sinceridad (y, por la propia esencia del "economismo", tiene que desaprobar) toda clase de controversias teóricas, disensiones fraccionales, grandes problemas políticos, proyectos de organizar a revolucionarios, etc. "¡Sería mejor dejar todo eso a la gente del extranjero!", me dijo en cierta ocasión un "economista", bastante consecuente, expresando con ello la siguiente idea, muy difundida (y también puramente tradeunionista): lo que a nosotros nos incumbe es el movimiento obrero, las organizaciones obreras que tenemos aquí, en nuestra localidad, y el resto no son más que invenciones de los doctrinarios, "sobrestimación de la ideología", como decían los autores de la carta publicada en el número 12 de *Iskra*, haciendo coro al número 10 de *R. Dielo*.

Ahora cabe preguntar: en vista de estas peculiaridades de la "crítica" rusa y del bernsteinianismo ruso ¿en qué debía consistir la tarea de los que de hecho, y no sólo de palabra, querían ser adversarios del oportunismo? Primero, era necesario preocuparse de reanudar la labor teórica, apenas iniciada en la época del marxismo legal y que había vuelto a recaer sobre los militantes clandestinos; sin esta labor era imposible un incremento eficaz del movimiento. Segundo, era preciso emprender una lucha activa contra la "crítica" legal, que corrompía a fondo los espíritus. Tercero, había que combatir con energía la dispersión y las vacilaciones en el movimiento práctico, denunciando y refutando toda tentativa de subestimar, consciente o inconscientemente, nuestro programa y nuestra táctica.

Es sabido que *R. Dielo* no hizo ni lo primero, ni lo segundo, ni lo tercero; y más adelante tendremos que aclarar detalladamente esta conocida verdad en sus más diversos aspectos. Por ahora, sólo queremos mostrar la flagrante contradicción en que se halla la reivindicación de "libertad de crítica" con las peculiaridades de nuestra crítica patria y del "economismo" ruso. En efecto, echen un vistazo al texto de la resolución con que la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero ha

---

* Se trata de la *Protesta de los 17 contra el Credo*. El autor de estas líneas participó en la redacción de la protesta (fines de 1899)[33]. La protesta fue publicada en el extranjero, junto con el *Credo*, en la primavera de 1900. Hoy se sabe ya, por el artículo de la señora Kuskova (publicado, creo, en la revista *Byloe*), que fue ella la autora del *Credo* y que entre los "economistas" de entonces que se encontraban en el extranjero desempeñó un papel prominente el señor Prokopóvich. (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

** Por lo que sabemos, la composición del comité de Kiev ha cambiado desde entonces.

confirmado el punto de vista de *R. Dielo*:

> "En beneficio del ulterior desarrollo ideológico de la socialdemocracia consideramos absolutamente necesaria la libertad de criticar la teoría socialdemócrata, en las publicaciones del partido, en el grado en que dicha crítica no esté en pugna con el carácter clasista y revolucionario de esta teoría". (*Dos congresos*, pág. 10.)

Y se exponen los motivos: la resolución "coincide en su primera parte con la resolución del Congreso de Lübeck del partido acerca de Bernstein"... ¡En su simplicidad; los "aliados" ni siquiera notan qué *testimonium paupertatis* (certificado de pobreza) se firman a sí mismos con esta manera de copiar!... "Pero..., en su segunda parte, restringe más la libertad de crítica que el Congreso de Lübeck".

¿De modo que la resolución de la Unión está dirigida contra los bernsteinianos rusos? ¡Porque, de otro modo, sería un absurdo completo referirse a Lübeck! Pero no es cierto que "restrinja la libertad de crítica de un modo estricto". En su resolución de Hannover, los alemanes rechazaron punto por punto *precisamente* las enmiendas que presentó Bernstein, y en la de Lübeck hicieron una advertencia *personal a Bernstein*, mencionando su nombre en el texto. En cambio, nuestros imitadores "libres" no hacen *la menor alusión a una sola* de las manifestaciones de la "crítica" y del "economismo" especialmente rusos; si se guarda silencio de esa forma, la mera alusión al carácter clasista y revolucionario de la teoría deja mucha más libertad para falsas interpretaciones, sobre todo si la Unión se niega a calificar de oportunismo "el llamado economismo" (*Dos congresos*, pág. 8, punto 1). Pero esto lo decimos de pasada. Lo principal consiste en que la posición de los oportunistas frente a los socialdemócratas revolucionarios es diametralmente opuesta en Alemania y en Rusia. En Alemania, los socialdemócratas revolucionarios, como es sabido, están a favor de mantener lo que existe: el viejo programa y la vieja táctica, que todo el mundo conoce y que han sido explicados en todos sus detalles a través de la experiencia de muchos decenios. Los "críticos", en cambio, quieren introducir modificaciones; y como estos "críticos" representan una ínfima minoría, y sus aspiraciones revisionistas son muy tímidas, es fácil comprender los motivos por los cuales la mayoría se limita a rechazar lisa y llanamente las "innovaciones". En Rusia, en cambio, son los críticos y los "economistas" quienes desean mantener lo que existe: los "críticos" quieren que se siga considerándolos marxistas y que se les asegure la "libertad de crítica" que disfrutaban en todos los sentidos (pues, en el fondo, jamás han reconocido ningún vínculo de *partido*[*]; además, entre nosotros no había un órgano de partido reconocido por todos que pudiera "restringir" la libertad de crítica, aunque sólo fuera por medio de un consejo); los "economistas" quieren que los revolucionarios reconozcan "la plenitud de derechos del movimiento en el presente" (*R. D.*, número 10, pág. 25), es decir, la "legitimidad" de la existencia de lo que existe; que los "ideólogos" no traten de "desviar" el movimiento del camino "determinado por la acción recíproca entre los elementos materiales y el medio material" (*Carta* en el número 12 de *Iskra*); que se considere deseable sostener la lucha "que es posible para los obreros en las circunstancias presentes", y se considere posible la lucha "que mantienen realmente en el momento actual" (*Suplemento especial de "R. Mysl"*[37], pág. 14). En cambio, a nosotros, los socialdemócratas revolucionarios, nos disgusta ese culto a la espontaneidad, es decir, a lo que existe "en el momento actual"; reclamamos que se modifique la táctica que ha prevalecido durante los últimos años, declaramos que "antes de unificarse y para unificarse es necesario empezar por deslindar los campos de un modo resuelto y definido" (del anuncio sobre la publicación de *Iskra*). En pocas palabras, los alemanes se conforman con lo que existe, rechazando las modificaciones; nosotros reclamamos que se modifique lo existente, rechazando el culto a ello y la resignación con ello.

¡Precisamente esta "pequeña" diferencia es la que no han advertido nuestros "libres" copiadores de resoluciones alemanas!

d) Engels sobre la importancia de la lucha teórica

"Dogmatismo, doctrinarismo", "anquilosamiento del partido, castigo ineludible por las trabas impuestas al pensamiento": tales son los enemigos contra los cuales arremeten caballerescamente en *R. Dielo* los paladines de la "libertad de crítica". Nos alegra mucho que se haya suscitado esta cuestión, y

[*] La falta de vínculos claros con el partido y de tradiciones de partido constituye por sí sola una diferencia tan cardinal entre Rusia y Alemania que debería haber puesto en guardia a todo socialista sensato contra cualquier imitación ciega. Pero he aquí una muestra de hasta dónde llega la "libertad de crítica" en Rusia. Un crítico ruso, el señor Bulgákov, hace la siguiente reprimenda al crítico austriaco Hertz: "Pese a toda la independencia de sus conclusiones, Hertz sigue en este punto (acerca de las cooperativas), según parece, demasiado atado por las opiniones de su partido y, al disentir en los detalles, no se decide a desprenderse del principio general" (*El capitalismo y la agricultura*, t. II, pág. 287). ¡Un súbdito de un Estado esclavizado en el terreno político con una población que el servilismo político y la absoluta incomprensión del honor de partido y de los vínculos de partido tienen corrompida en el 999 por 1000 hace una reprimenda altiva a un ciudadano de un Estado constitucional porque "lo atan demasiado las opiniones del partido"! Lo único que les queda a nuestras organizaciones clandestinas es ponerse a redactar resoluciones sobre la libertad de crítica...

sólo propondríamos completada con otra:

¿Y quiénes serán los árbitros?

Tenemos a la vista los anuncios de dos publicaciones. *Uno es el Programa de "Rabócheie Dielo", órgano de prensa de la Unión de Socialdemócratas Rusos* (separata del núm. 1, de *R. D.*). El otro, es el *Anuncio sobre la reanudación de las publicaciones del grupo Emancipación del Trabajo*[38]. Ambos están fechados en 1899, cuando la "crisis del marxismo" estaba planteada a la orden del día desde hacía ya mucho tiempo. ¿Y bien? En vano buscaríamos en el primero de dichos documentos una alusión a este fenómeno y una exposición definida de la actitud que el nuevo órgano piensa adoptar ante él. Ni en este programa ni en los suplementos del mismo, aprobados por el III Congreso de la Unión en 1901[39] (*Dos congresos*, págs. 15-18), se dice una sola palabra de la labor teórica ni de sus tareas inmediatas en el momento actual. Durante todo este tiempo, la redacción de *R. Dielo* ha dado de lado los problemas teóricos, a pesar de que preocupaban a todos los socialdemócratas del mundo entero.

Por el contrario, el otro anuncio señala, ante todo, que en los últimos años ha decaído el interés por la teoría, reclama con insistencia que se preste una "atención vigilante al aspecto teórico del movimiento revolucionario del proletariado" y llama a "criticar implacablemente las tendencias bernsteinianas y otras tendencias antirrevolucionarias" en nuestro movimiento. Los números aparecidos de *Zariá* muestran cómo se ha cumplido este programa.

Vemos, pues, que las frases altisonantes contra el anquilosamiento de la idea, etc., encubren la despreocupación y la impotencia en el desarrollo del pensamiento teórico. El ejemplo de los socialdemócratas rusos ilustra con particular evidencia un fenómeno europeo general (señalado también hace ya mucho por los marxistas alemanes): la famosa libertad de crítica no significa sustituir una teoría con otra, sino liberarse de toda teoría íntegra y meditada, significa eclecticismo y falta de principios. Quien conozca por poco que sea el estado efectivo de nuestro movimiento, verá forzosamente que la vasta difusión del marxismo ha ido acompañada de cierto menosprecio del nivel teórico. Son muchas las personas muy poco preparadas, e incluso sin preparación teórica alguna, que se han adherido al movimiento por su significación práctica y sus éxitos prácticos. Este hecho permite juzgar cuán grande es la falta de tacto de *R. Dielo* al lanzar con aire triunfal la sentencia de Marx: "cada paso del movimiento efectivo es más importante que una docena de programas"[40]. Repetir estas palabras en una época de dispersión teórica es exactamente lo mismo que gritar al paso de un entierro: "¡Ojalá tengáis siempre uno que llevar!" Además, estas palabras de Marx han sido tomadas de su carta sobre el Programa de Gotha[41], en la cual *censura duramente* el eclecticismo en que se incurrió al formular los principios: si hace falta unirse -escribía Marx a los dirigentes del partido-, pactad acuerdos para alcanzar los objetivos prácticos del movimiento, pero no trafiquéis con los principios, no hagáis "concesiones" teóricas. Tal era el pensamiento de Marx, ¡pero resulta que entre nosotros hay gente que en nombre de Marx trata de aminorar la importancia de la teoría!

Sin teoría revolucionaria tampoco puede haber movimiento revolucionario. Jamás se insistirá bastante sobre esta idea en unos momentos en que a la prédica de moda del oportunismo se une la afición a las formas más estrechas de la actividad práctica. Y para la socialdemocracia rusa, la importancia de la teoría es mayor aún, debido a tres circunstancias que se olvidan con frecuencia. En primer lugar, nuestro partido sólo empieza a organizarse, sólo comienza a formar su fisonomía y dista mucho de haber ajustado sus cuentas con las otras tendencias del pensamiento revolucionario que amenazan con desviar el movimiento del camino justo. Por el contrario, precisamente los últimos tiempos se han distinguido (como predijo hace ya mucho Axelrod a los "economistas") por una reanimación de las tendencias revolucionarias no socialdemócratas. En estas condiciones, un error "sin importancia" a primera vista puede tener las más tristes consecuencias, y sólo gente miope puede considerar inoportunas o superfluas las discusiones fraccionales y la delimitación rigurosa de los matices. De la consolidación de tal o cual "matiz" puede depender el porvenir de la socialdemocracia rusa durante muchísimos años.

En segundo lugar, el movimiento socialdemócrata es internacional por naturaleza. Esto no significa únicamente que debamos combatir el chovinismo nacional. Significa también que el movimiento incipiente en un país joven sólo puede desarrollarse con éxito a condición de que aplique la experiencia de otros países. Y para ello no basta conocer simplemente esta experiencia o limitarse a copiar las últimas resoluciones adoptadas; para ello es necesario saber enfocar de modo crítico esta experiencia y comprobarla uno mismo. Quienes se imaginen cuán gigantescos son el crecimiento y la ramificación del movimiento obrero contemporáneo comprenderán cuántas fuerzas teóricas y cuánta experiencia política (y revolucionaria) se necesitan para cumplir esta tarea.

En tercer lugar, ningún otro partido socialista del mundo ha tenido que afrontar tareas nacionales como las que tiene planteadas la socialdemocracia rusa. Más adelante deberemos hablar de los deberes de índole política y orgánica que nos impone esta tarea de liberar a todo el pueblo del yugo de la autocracia. Por el momento queremos señalar únicamente que *sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia*. Y para que el lector tenga una idea concreta, por poco que sea, de lo que esto significa,

que recuerde a precursores de la socialdemocracia rusa como Herzen, Belinski, Chernyshevski y a la brillante pléyade de revolucionarios de los años 70; que piense en la importancia universal que está alcanzando ahora la literatura rusa; que... ¡pero basta con lo dicho!

Aduciremos las observaciones hechas por Engels en 1874 a la significación de la teoría en el movimiento socialdemócrata. Engels reconoce *tres* formas de la gran lucha de la socialdemocracia, y *no dos* (la política y la económica) -como es usual entre nosotros-, *colocando también a su lado la lucha teórica*. Sus recomendaciones al movimiento obrero alemán, ya robustecido en los aspectos práctico y político, son tan instructivas desde el punto de vista de los problemas y las discusiones actuales que el lector no nos recriminará, así lo esperamos, por reproducir un extenso fragmento del prefacio al folleto *Der deutsche Bauernkrieg*[*], que desde hace ya mucho es una rareza bibliográfica:

"Los obreros alemanes tienen dos ventajas esenciales sobre los obreros del resto de Europa. La primera es que pertenecen al pueblo más teórico de Europa y han conservado en sí ese sentido teórico, casi completamente perdido por las clases llamadas "cultas" de Alemania. Sin la filosofía alemana que le ha precedido, sobre todo sin la filosofía de Hegel, jamás se habría creado el socialismo científico alemán, el único socialismo científico que ha existido alguna vez. De haber carecido los obreros de sentido teórico, este socialismo científico nunca hubiera sido, en la medida que lo es hoy, carne de su carne y sangre de su sangre. Y demuestra cuán inmensa es dicha ventaja, de un lado, la indiferencia por toda teoría, que es una de las causas principales de que el movimiento obrero inglés avance con tanta lentitud, a pesar de la excelente organización de algunos oficios, y de otro, el desconcierto y la confusión sembrados por el proudhonismo[42], en su forma primitiva, entre los franceses y los belgas, y, en la forma caricaturesca que le ha dado Bakunin, entre los españoles y los italianos.

"La segunda ventaja consiste en que los alemanes han sido casi los últimos en incorporarse al movimiento obrero. Así como el socialismo teórico alemán jamás olvidará que se sostiene sobre los hombros de Saint-Simon, Fourier y Owen -tres pensadores que, a pesar del carácter fantástico y de todo el utopismo de sus doctrinas, pertenecen a las mentes más grandes de todos los tiempos, habiéndose anticipado genialmente a una infinidad de verdades cuya exactitud estamos demostrando ahora de un modo científico-, así también el movimiento obrero práctico alemán nunca debe olvidar que se ha desarrollado sobre los hombros del movimiento inglés y francés, que ha tenido la posibilidad de sacar simplemente partido de su experiencia costosa, de evitar en el presente los errores que entonces no había sido posible evitar en la mayoría de los casos. ¿Dónde estaríamos ahora sin el precedente de las tradeuniones inglesas y de la lucha política de los obreros franceses, sin ese impulso colosal que ha dado particularmente la Comuna de París?

"Hay que hacer justicia a los obreros alemanes por haber aprovechado con rara inteligencia las ventajas de su situación. Por primera vez desde que existe el movimiento obrero, la lucha se desarrolla en forma metódica en sus tres direcciones concertadas y relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas). En este ataque concéntrico, por decido así, reside precisamente la fuerza y la invencibilidad del movimiento alemán.

"Esta situación ventajosa, por una parte, y, por otra, las peculiaridades insulares del movimiento inglés y la represión violenta del francés, hacen que los obreros alemanes se encuentren ahora a la cabeza de la lucha proletaria. No es posible pronosticar cuánto tiempo les permitirán los acontecimientos ocupar este puesto de honor. Pero, mientras lo sigan ocupando es de esperar que cumplirán como es debido las obligaciones que les impone. Para esto, tendrán que redoblar sus esfuerzos en todos los aspectos de la lucha y de la agitación. Sobre todo los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se le estudie. La conciencia así lograda, y cada vez más lúcida, debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor, y se debe cimentar cada vez más fuertemente la organización del partido, así como la de los sindicatos...

".. .Si los obreros alemanes siguen avanzando de este modo, no es que marcharán al frente del movimiento -y no le conviene al movimiento que los obreros de una nación cualquiera marchen al frente del mismo-, sino que ocuparán un puesto de honor en la línea de combate; y estarán bien pertrechados para ello si, de pronto, duras pruebas o grandes acontecimientos reclaman de ellos mayor valor, mayor decisión y energía".

Estas palabras de Engels resultaron proféticas. Algunos años más tarde, al dictarse la ley de excepción contra los socialistas, los obreros alemanes se vieron de improviso sometidos a duras pruebas. Y, en efecto, los obreros alemanes les hicieron frente bien pertrechados y supieron salir victoriosos de esas pruebas.

Al proletariado ruso le esperan pruebas inconmensurablemente más duras; tendrá que luchar contra un monstruo, en comparación con el cual

[*] Dritter Abdruck. Leipzig, 1875. *Verlag der Genossenschaftsbuchdruckerei*. (*La guerra campesina en Alemania*, tercera edición, Leipzig, 1875. Editorial Cooperativa. *N. de la Edit.*)

parece un verdadero pigmeo la ley de excepción en un país constitucional. La historia nos ha impuesto ahora una tarea inmediata, que es *la más revolucionaria* de todas las tareas inmediatas del proletariado de cualquier otro país. El cumplimiento de esta tarea, la demolición del más poderoso baluarte no sólo de la reacción europea, sino también (podemos decirlo hoy) de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional. Y tenemos derecho a esperar que conquistaremos este título de honor, que se merecieron ya nuestros predecesores, los revolucionarios de los años 70, si sabemos infundir a nuestro movimiento, mil veces más vasto y profundo, la misma decisión abnegada y la misma energía que entonces.

II. La espontaneidad de las masas y la conciencia de la socialdemocracia

Hemos dicho que es preciso infundir a nuestro movimiento, muchísimo más vasto y profundo que el de los años 70, la misma decisión abnegada y la misma energía que entonces. En efecto, parece que nadie ha puesto en duda hasta ahora que la fuerza del movimiento contemporáneo reside en el despertar de las masas (y, principalmente, del proletariado industrial), y su debilidad, en la falta de conciencia y de espíritu de iniciativa de los dirigentes revolucionarios.

Sin embargo, en los últimos tiempos se ha hecho un descubrimiento pasmoso que amenaza con trastrocar todas las opiniones dominantes hasta ahora sobre el particular. Este descubrimiento ha sido hecho por *R. Dielo*, el cual, polemizando con *Iskra* y *Zariá*, no se ha limitado a objeciones parciales, sino que ha intentado reducir "el desacuerdo general" a su raíz más profunda: a "la distinta apreciación de la importancia *comparativa* del elemento espontáneo y del elemento "metódico" consciente". *R. Dielo* nos acusa de "*subestimar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo*"*. Respondemos a esto: si la polémica de *Iskra* y *Zariá* no hubiera dado ningún otro resultado que el de llevar a *R. Dielo* a descubrir ese "desacuerdo general", ese solo resultado nos proporcionaría una gran satisfacción: hasta tal punto es significativa esta tesis, hasta tal punto ilustra claramente el fondo de las actuales discrepancias teóricas y políticas entre los socialdemócratas rusos.

Por eso mismo, la relación entre lo consciente y lo espontáneo ofrece un magno interés general y debe ser analizada con todo detalle.

a) Comienzo del ascenso espontáneo

En el capítulo anterior hemos destacado el apasionamiento *general* de la juventud instruida de Rusia por la teoría del marxismo, a mediados de los años 90. Las huelgas obreras adquirieron también por aquellos años, después de la famosa guerra industrial de 1896 en San Petersburgo[43], un carácter general. Su extensión a toda Rusia patentizaba cuán profundo era el movimiento popular que volvía a renacer; y puestos a hablar del "elemento espontáneo", es natural que precisamente ese movimiento huelguístico deba ser calificado, ante todo, de espontáneo. Pero hay diferentes clases de espontaneidad. En Rusia hubo ya huelgas en los años 70 y 60 (y hasta en la primera mitad del siglo XIX), acompañadas de destrucción "espontánea" de máquinas, etc. Comparadas con esos "motines", las huelgas de los años 90 pueden incluso llamarse "conscientes": tan grande fue el paso adelante que dio el movimiento obrero en aquel período. Eso nos demuestra que, en el fondo, el "elemento espontáneo" no es sino la *forma embrionaria* de lo consciente. Ahora bien, los motines primitivos reflejaban ya un cierto despertar de la conciencia: los obreros perdían la fe tradicional en la inmutabilidad del orden de cosas que los oprimía; empezaban... no diré que a comprender, pero sí a sentir la necesidad de oponer resistencia colectiva y rompían resueltamente con la sumisión servil a las autoridades. Pero, sin embargo, eso era, más que *lucha*, una manifestación de desesperación y de venganza. En las huelgas de los años 90 vemos muchos más destellos de conciencia: se presentan reivindicaciones concretas, se calcula de antemano el momento más conveniente, se discuten los casos y ejemplos conocidos de otros lugares, etc. Si bien es verdad que los motines eran simples levantamientos de gente oprimida, no lo es menos que las huelgas sistemáticas representaban ya embriones de lucha de clases, pero embriones nada más. Aquellas huelgas eran en el fondo lucha tradeunionista, aún no eran lucha socialdemócrata; señalaban el despertar del antagonismo entre los obreros y los patronos; sin embargo, los obreros no tenían, ni podían tener, conciencia de la oposición inconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo, es decir, no tenían conciencia socialdemócrata. En este sentido, las huelgas de los años 90, aunque significaban un progreso gigantesco en comparación con los "motines", seguían siendo un movimiento netamente espontáneo.

Hemos dicho que los obreros *no podían tener* conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser traída desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas sólo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para

---

* *Rabócheie Dielo*, núm. 10, septiembre de 1901, págs. 17-18. La cursiva es de *R. Dielo*.

los obreros, etc.*. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. De igual modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independiente por completo del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e ineludible del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas. Hacia la época de que tratamos, es decir, a mediados de los años 90, esta doctrina no sólo era ya el programa, cristalizado por completo, del grupo Emancipación del Trabajo, sino que incluso se había ganado a la mayoría de la juventud revolucionaria de Rusia.

Así pues, existían tanto el despertar espontáneo de las masas obreras, el despertar a la vida consciente y a la lucha consciente, como una juventud revolucionaria que, pertrechada con la teoría socialdemócrata, pugnaba por acercarse a los obreros. Tiene singular importancia dejar sentado el hecho, olvidado a menudo (y relativamente poco conocido), de que los primeros socialdemócratas de aquel período, *al ocuparse con ardor de la agitación económica* (y teniendo bien presentes en este sentido las indicaciones realmente útiles. del folleto, *Acerca de la agitación*, entonces todavía en manuscrito), lejos de considerarla su única tarea, señalaron también *desde el primer momento* las más amplias tareas históricas de la socialdemocracia rusa, en general, y la tarea de dar al traste con la autocracia, en particular. Por ejemplo, el grupo de socialdemócratas de San Petersburgo que fundó la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera[44] redactó ya a fines de 1895 el primer número del periódico titulado *Rabócheie Dielo*. Completamente preparado para la imprenta, fue recogido por los gendarmes, al allanar éstos el domicilio de A. A. Vanéiev**, uno de los miembros del grupo, en la noche del 8 de diciembre de 1895. De modo que el *R. Dielo* del primer período no tuvo la suerte de ver la luz. El editorial de aquel número (que quizá alguna revista como *Rússkaya Stariná*[45] exhume de los Archivos del Departamento de Policía dentro de unos treinta años) esbozaba las tareas históricas de la clase obrera de Rusia, colocando en primer plano la conquista de la libertad política. Luego seguían el artículo *¿En qué piensan nuestros ministros?*, dedicado a la disolución de los Comités de Primera Enseñanza por la fuerza de la policía, y diversas informaciones y comentarios de corresponsales no sólo de San Petersburgo, sino de otras localidades de Rusia (por ejemplo, sobre la matanza de obreros en la provincia de Yaroslavl[46]). Así pues, si no nos equivocamos, este "primer ensayo" de los socialdemócratas rusos de los años 90 no era un periódico de carácter estrechamente local, y mucho menos "económico"; tendía a unir la lucha huelguística con el movimiento revolucionario contra la autocracia y lograr que todos los oprimidos por la política del oscurantismo reaccionario apoyaran a la socialdemocracia. Y cuantos conozcan, por poco que sea, el estado del movimiento de aquella época, no dudarán que semejante periódico habría sido acogido con toda simpatía tanto por los obreros de la capital como por los intelectuales revolucionarios y habría alcanzado la mayor difusión. El fracaso de esta empresa demostró únicamente que los socialdemócratas de entonces no estaban en condiciones de satisfacer la demanda vital del momento debido a la falta de experiencia revolucionaria y de preparación práctica. Lo mismo cabe decir de *Sankt-Petersburgski Rabochi Listok*[47] y, sobre todo, de *Rabóchaya Gazeta* y del *Manifiesto*[48] del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, fundado en la primavera de 1898. Se sobrentiende que no se nos ocurre siquiera imputar esta falta de preparación a los militantes de entonces. Mas, para aprovechar la experiencia del movimiento y sacar de ella enseñanzas prácticas, hay que comprender hasta el fin las causas y la significación de tal o cual defecto. Por eso es de extrema importancia hacer constar que una parte (incluso, quizá, la mayoría) de los socialdemócratas que actuaron de 1895 a 1898 consideraba posible, con sobrada razón ya entonces, en los albores del movimiento "espontáneo", defender el programa y la táctica de combate más amplios***. La falta de

* El tradeunionismo en modo alguno descarta toda "política" como se cree a veces. Las tradeuniones han realizado siempre cierta agitación y cierta lucha política (pero no socialdemócrata). En el capítulo siguiente expondremos la diferencia existente entre política tradeunionista y política socialdemócrata.

** A. A. Vanéiev falleció en 1899, en Siberia Oriental, a causa de la tuberculosis que contrajo cuando se hallaba incomunicado en prisión preventiva. Por eso hemos tenido a bien publicar los datos que figuran en el texto, cuya autenticidad garantizamos, pues proceden de gente que conocía personalmente a Vanéiev y tenía intimidad con él.

*** "Al repudiar la actividad de los socialdemócratas de fines de los años 90, *Iskra* no tiene en cuenta que entonces faltaban condiciones para toda labor que no fuera la lucha por pequeñas reivindicaciones", dicen los "economistas" en su *Carta a los órganos socialdemócratas rusos* (*Iskra*, núm. 12). Los hechos mencionados en el texto demuestran que esta afirmación sobre la "falta de condiciones" *es diametralmente opuesta a la verdad*. No sólo a fines, sino incluso a mediados de los años 90 existían de sobra todas las condiciones necesarias para otra labor, además de la lucha por pequeñas reivindicaciones; todas las condiciones, excepto una preparación suficiente de los dirigentes. Y en vez de reconocer con franqueza esta falta de preparación por nuestra parte, por parte de los ideólogos, de los dirigentes, los "economistas" quieren

preparación de la mayoría de los revolucionarios, fenómeno completamente natural, no podía despertar grandes recelos. Dado que el planteamiento de las tareas era justo y que había energías para repetir los intentos de cumplirlas, los reveses temporales eran una desgracia a medias. La experiencia revolucionaria y la habilidad de organización son cosas que se adquieren con el tiempo. ¡Lo que hace falta es querer formar en uno mismo las cualidades necesarias! ¡Lo que hace falta es tener conciencia de los defectos, cosa que en la labor revolucionaria equivale a más de la mitad de su corrección!

Pero la desgracia a medias se convirtió en una verdadera desgracia cuando comenzó a ofuscarse esa conciencia (que era muy viva entre los militantes de los susodichos grupos), cuando aparecieron hombres, y hasta órganos socialdemócratas, dispuestos a erigir los defectos en virtudes y que incluso intentaron argumentar *teóricamente su servilismo y su culto a la espontaneidad*. Es hora ya de hacer el balance de esta tendencia, muy inexactamente definida con la palabra "economismo", término demasiado estrecho para expresar su contenido.

b) El culto a la espontaneidad. "*Rabóchaya Mysl*"

Antes de pasar a las manifestaciones literarias de este culto, señalaremos el siguiente hecho típico (comunicado en la fuente antes mencionada), que arroja cierta luz sobre la forma en que surgió y se ahondó en el medio de camaradas que actuaban en San Petersburgo la divergencia entre las que serían después dos tendencias de la socialdemocracia rusa. A principios de 1897, A. A. Vanéiev y algunos de sus camaradas asistieron, antes de ser deportados, a una reunión privada[49] de "viejos" y "jóvenes" miembros de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera. Se habló principalmente de la organización y, en particular, del *Reglamento de la Caja Obrera*, cuyo texto definitivo fue publicado en el número 9-10 de *Listok "Rabótnika"*[50] (pág. 46). Entre los "viejos" ("decembristas" como los llamaban entonces en broma los socialdemócratas petersburgueses) y algunos de los "jóvenes" (que más tarde colaboraron activamente en *Rabóchaya Mysl*) se manifestó en el acto una divergencia acusada y se desencadenó una acalorada polémica. Los "jóvenes" defendían las bases principales del Reglamento tal y como ha sido publicado. Los "viejos" decían que lo más necesario no era eso, sino fortalecer la Unión de Lucha transformándola en una organización de revolucionarios a la que debían subordinarse las distintas cajas obreras, los círculos de propaganda entre la juventud estudiantil, etc. Por supuesto, los contrincantes estaban lejos de ver en esta divergencia el comienzo de una disensión, un desacuerdo; por el contrario, la consideraban esporádica y casual. Pero este hecho prueba que, también en Rusia, el "economismo" no surgió ni se difundió sin lucha contra los "viejos" socialdemócratas (cosa que los "economistas" de hoy olvidan con frecuencia). Y si esta lucha no ha dejado, en su mayor parte, vestigios "documentales", se debe *únicamente* a que la composición de los círculos en funcionamiento cambiaba con frecuencia inverosímil, a que no había ninguna continuidad, por lo cual las divergencias tampoco se registraban en documento alguno.

La aparición de *R. Mysl* sacó el "economismo" a la luz del día, pero tampoco lo hizo de golpe. Hay que tener una idea concreta de las condiciones de trabajo y de la vida efímera de numerosos círculos rusos (y sólo puede tenerla quién las ha vivido) para comprender cuánto hubo de casual en el éxito o fracaso de la nueva tendencia en distintas ciudades, así como del largo período en que ni los partidarios ni los adversarios de estas ideas "nuevas" pudieron determinar, ni tuvieron literalmente la menor posibilidad de hacerlo, si era, en efecto, una tendencia especial o un simple reflejo de la falta de preparación de algunas personas. Por ejemplo, los primeros números de *R. Mysl*, tirados en hectógrafo, no llegaron en absoluto a la inmensa mayoría de los socialdemócratas. Y si ahora podemos referirnos al editorial de su primer número es sólo gracias a su reproducción en el artículo de V. I-n[51] (*Listok "Rabótnika"*, núm. 9-10, pág. 47 y siguientes), que, como es natural, no dejó de elogiar con fervor (un fervor insensato) al nuevo periódico, el cual se distinguía tanto de los periódicos y proyectos de periódicos que hemos mencionado antes*. Este editorial expresa con tanto relieve todo el espíritu de *R. Mysl* y del "economismo" en general que merece la pena examinarlo.

Después de señalar que el brazo con bocamanga azul[52] no podrá detener el desarrollo del movimiento obrero, el artículo continúa: "...El movimiento obrero debe esa vitalidad a que el propio obrero toma, por fin, su destino en sus propias manos, arrancándolo de las manos de los dirigentes", y más adelante se explana en detalle esta tesis fundamental. En realidad, la policía arrancó a los dirigentes (es decir, a los socialdemócratas, a los organizadores de la Unión de Lucha), puede decirse, de las manos de los

---

achacarlo todo a la "falta de condiciones", a la influencia del medio material, el cual determina un camino del que ningún ideólogo conseguirá apartar el movimiento. ¿Qué es esto sino servilismo ante la espontaneidad, apego de los "ideólogos" a sus propios defectos?

---

* Digamos de paso que este elogio de *Rabóchaya Mysl*, en noviembre de 1898, cuando el "economismo" se había definido por completo, sobre todo en el extranjero, partía del propio V. I-n, que muy pronto formo parte del cuerpo de redactores de *R. Dielo*. ¡Y *R. Dielo* todavía continuó negando la existencia de dos tendencias en la socialdemocracia rusa, como la sigue negando hoy!

obreros*, ¡pero las cosas son presentadas como si los obreros hubieran luchado contra esos dirigentes y se hubieran emancipado de su yugo! En vez de exhortar a marchar adelante, a consolidar la organización revolucionaria y extender la actividad política, empezaron a llamar a *volver atrás*, a la lucha tradeunionista exclusiva. Se proclamó que "la base económica del movimiento es velada por el deseo constante de no olvidar el ideal político", que el lema del movimiento obrero debe ser: "lucha por la situación económica" (!); o mejor aún: "los obreros, para los obreros"; se declaró que las cajas de resistencia "valen más para el movimiento que un centenar de otras organizaciones" (comparen esta afirmación, hecha en octubre de 1897, con la discusión entre los "decembristas" y los "jóvenes" a principios de 1897), etc. Frasecitas como, por ejemplo, la de que no debe colocarse en primer plano la "flor y nata" de los obreros, sino al obrero "medio", al obrero de la masa; que la "política sigue siempre dócilmente a la economía"**, etc., etc., se pusieron de moda y adquirieron una influencia irresistible sobre la masa de la juventud enrolada en el movimiento, la cual sólo conocía, en la mayoría de los casos, retazos de marxismo tal y como se exponían en las publicaciones legales.

Esto significaba someter por completo la conciencia a la espontaneidad; a la espontaneidad de los "socialdemócratas" que repetían las "ideas" del señor V. V., a la espontaneidad de los obreros que se dejaban llevar por el argumento de que conseguir aumentos de un kopek por rublo estaba más cerca y valía más que todo socialismo y toda política; de que debían "luchar, sabiendo que lo hacían no para imprecisas generaciones futuras, sino para ellos mismos y para sus hijos" (editorial del núm. 1 de *R. Mysl*). Las frases de este tipo han sido siempre el arma favorita de los burgueses de Europa Occidental que, en su odio al socialismo, se esforzaban (como el "social-político" alemán Hirsch) por trasplantar el tradeunionismo inglés a su suelo patrio, diciendo a los obreros que la lucha exclusivamente sindical*** es una lucha para ellos mismos y para sus hijos, y no para imprecisas generaciones futuras con un impreciso socialismo futuro. Y ahora, "los V. V. de la socialdemocracia rusa"[53] repiten estas frases burguesas. Importa señalar aquí tres circunstancias que nos serán de gran utilidad para seguir examinando las divergencias *actuales*****.

En primer lugar, el sometimiento de la conciencia a la espontaneidad, antes mencionado, se produjo también por *vía espontánea*. Parece un juego de palabras, pero ¡"ay!, es una amarga verdad. Este hecho no fue resultado de una lucha abierta entre dos concepciones diametralmente opuestas y del triunfo de una sobre otra, sino que se debió a que los gendarmes "arrancaron" un número cada vez mayor de revolucionarios "viejos" y a que aparecieron en escena, también en número cada vez mayor, los "jóvenes" "V. V. de la socialdemocracia rusa". Todo el que haya, no ya participado en el movimiento ruso *contemporáneo*, sino simplemente respirado sus aires, sabe de sobra que la situación es como acabamos de describir. Y si, no obstante, insistimos de manera especial en que el lector se explique del todo este hecho notorio; si, para mayor claridad, por decido así, aducimos datos sobre *Rabócheie Dielo* del primer período y sobre las discusiones entre los "viejos" y los "jóvenes" de principios de 1897 es porque hombres que presumen de "demócratas" especulan con el hecho de que el gran público (o los jóvenes) lo ignoran. Aún insistiremos sobre este punto más adelante.

En segundo lugar, ya en la primera manifestación literaria del "economismo" podemos observar un fenómeno sumamente original, y peculiar en extremo, que permite comprender todas las discrepancias existentes entre los socialdemócratas contemporáneos. El fenómeno consistente en que los partidarios del "movimiento puramente obrero", los admiradores del contacto más estrecho y más "orgánico" (expresión de *R. Dielo*) con la lucha proletaria, los adversarios de todos los intelectuales no obreros (aunque sean intelectuales socialistas) se ven obligados a recurrir, para defender su posición, a los argumentos de los "exclusivamente tradeunionistas" *burgueses*. Esto nos prueba que *R. Mysl* comenzó a llevar a la práctica desde su

* El siguiente hecho característico prueba que esta comparación es justa. Después de ser detenidos los "decembristas", entre los obreros de la carretera de Shlisselburgo se difundió la noticia de que había contribuido a ello el provocador N. N. Mijáilov (un dentista), vinculado a un grupo que estaba en contacto con los "decembristas". Los obreros se indignaron de tal modo que decidieron matar a Mijáilov.

** Del mismo editorial del primer número de *Rabóchaya Mysl*. Se puede juzgar por esto de cuál era la preparación teórica de esos "V. V. de la socialdemocracia rusa", los cuales repetían la burda vulgarización del "materialismo económico", en tanto que los marxistas hacían en sus publicaciones la guerra al auténtico señor V. V., llamado desde hacía tiempo "maestro en asuntos reaccionarios" por *ese mismo modo* de concebir la relación entre la política y la economía.

*** Los alemanes incluso tienen una palabra especial, *Nur-Gewerkschaftler*, para designar a los partidarios de la lucha "exclusivamente sindical".

**** Subrayamos *actuales* para quienes se encojan farisaicamente de hombros y digan: ¡ahora es fácil denostar a *Rabóchaya Mysl* cuando no es más que un arcaísmo! *Mutato nomine de te fabula narratur* ("cambiado el nombre, la fábula habla de ti". *N. de la Edit.*), contestamos nosotros a esos fariseos contemporáneos cuya completa sumisión servil a las ideas de *R. Mysl* será *demostrada* más adelante.

aparición –y sin darse cuenta de ello- el programa del *Credo*. Esto prueba (cosa que *R. Dielo* en modo alguno puede comprender) que *todo lo que sea* rendir culto a la espontaneidad del movimiento obrero, todo lo que sea aminorar el papel del "elemento consciente", el papel de la socialdemocracia, *significa -de manera independiente por completo de la voluntad de quien lo hace- acrecentar la influencia de la ideología burguesa entre los obreros*. Cuantos hablan de "sobrestimación de la ideología"[*], de exageración del papel del elemento consciente[**], etc., se imaginan que el movimiento puramente obrero puede elaborar por sí solo y elaborará una ideología independiente con tal de que los obreros "arranquen su destino de manos de los dirigentes". Pero eso es un craso error. Para completar lo que acabamos de exponer, añadiremos las siguientes palabras, profundamente justas e importantes, dichas por C. Kautsky con motivo del proyecto de nuevo programa del Partido Socialdemócrata Austriaco[***]:

"Muchos de nuestros críticos revisionistas consideran que Marx ha afirmado que el desarrollo económico y la lucha de clases, además de crear las condiciones necesarias para la producción socialista, engendran directamente *la conciencia* (subrayado por C. K.) de su necesidad. Y esos críticos objetan que el país de mayor desarrollo capitalista, Inglaterra, es el que más lejos está de esa conciencia. A juzgar por el proyecto, podría creerse que esta sedicente concepción marxista ortodoxa, refutada de la manera indicada, es compartida por la comisión que redactó el programa austriaco. El proyecto dice: "Cuanto más crece el proletariado con el desarrollo capitalista, tanto más obligado se ve a emprender la lucha contra el capitalismo y tanto más capacitado está para emprenderla. El proletariado llega a adquirir conciencia" de que el socialismo es posible y necesario. En este orden de ideas, la conciencia socialista aparece como el resultado necesario e inmediato de la lucha de clase del proletariado. Eso es falso a todas luces. Por supuesto, el socialismo, como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clase del proletariado; y lo mismo que esta última, dimana de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, pobreza y miseria que el capitalismo engendra. Pero el socialismo y la lucha de clases surgen juntos, aunque de premisas diferentes; no se derivan el uno de la otra. La conciencia socialista moderna sólo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pero el portador de la ciencia no es el proletariado, sino *la intelectualidad burguesa* (subrayado por C. K.): es del cerebro de algunos miembros de este sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera (*von auflen Hineingetragenes*) en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente (*urwüchsig*) dentro de ella. De acuerdo con esto, ya el viejo programa de Heinfeld decía, con toda razón, que es tarea de la socialdemocracia introducir en el proletariado la *conciencia* (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automática mente de la lucha de clases. El nuevo proyecto, en cambio, ha trascrito esta tesis del viejo programa y la ha prendido a la tesis arriba citada. Pero esto ha interrumpido por completo el curso del pensamiento..."

Puesto que ni hablar se puede de una ideología independiente, elaborada por las propias masas obreras en el curso mismo de su movimiento[****], el problema se plantea *solamente así*: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna "tercera" ideología; además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase

[*] Carta de los "economistas" en el núm. 12 de *Iskra*.

[**] *Rabócheie Dielo*. núm. 10.

[***] *Neue Zeit*[54], 1901-1902, XX, 1, núm. 3, pág. 79. El proyecto de la comisión a que se refiere C. Kautsky fue aprobado por el Congreso de Viena[55] (a fines del año pasado) un tanto modificado.

[****] Esto no quiere decir, naturalmente, que los obreros no participen en esa elaboración. Pero no participan como obreros, sino como teóricos del socialismo, como los Proudhon y los Weitling; dicho con otras palabras, sólo participan en el momento y en la medida en que logran, en grado mayor o menor, dominar la ciencia de su siglo y hacerla avanzar. Y para que *lo logren con mayor frecuencia*, es necesario preocuparse lo más posible de elevar el nivel de conciencia de los obreros en general; es necesario que éstos no se encierren en el marco, artificialmente restringido, de las "*publicaciones para obreros*", sino que aprendan a asimilar más y *más las publicaciones generales*. Incluso sería más justo decir, en vez de "no se encierren", que "no sean encerrados", pues los obreros leen y quieren leer cuanto se escribe también para los intelectuales, y sólo ciertos intelectuales (de ínfima categoría) creen que "para los obreros" basta relatar lo que ocurre en las fábricas y repetir cosas conocidas desde hace ya mucho tiempo.

nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, *todo lo que sea* rebajar la ideología socialista, *todo lo que sea separarse* de ella significa fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero marcha precisamente hacia la subordinación suya a la ideología burguesa, *sigue precisamente el camino trazado en el programa del Credo*, pues el movimiento obrero espontáneo es tradeunionismo, es *Nur-Gewerkschaftlerei*, y el tradeunionismo no es otra cosa que el sojuzgamiento ideológico de los obreros por la burguesía. De ahí que nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consista en *combatir la espontaneidad*, en *apartar* el movimiento obrero de este afán espontáneo del tradeunionismo, que tiende a cobijarse bajo el ala de la burguesía, y enrolarlo bajo el ala de la socialdemocracia revolucionaria. La frase de los autores de la carta "economista", publicada en el núm. 12 de *Iskra*, de que ningún esfuerzo de los ideólogos más inspirados podrá desviar el movimiento obrero del camino determinado por la interacción de los elementos materiales y el medio material *equivale plenamente*, por tanto, a *renunciar al socialismo*. Y si esos autores fuesen capaces de pensar en lo que dicen, de pensar hasta el fin con valentía y coherencia -como debe meditar sus ideas toda persona que actúa en la palestra literaria y social- no les quedaría más remedio que "cruzar sobre el pecho vacío los brazos innecesarios" y... y ceder el terreno a los señores Struve y Prokopóvich, que llevan el movimiento obrero "por la línea de la menor resistencia", es decir, por la línea del tradeunionismo burgués, o a los señores Zubátov, que lo llevan por la línea de la "ideología" clerical-policíaca[56].

Recuerden el ejemplo de Alemania. ¿En qué consistió el mérito histórico de Lassalle ante el movimiento obrero alemán? En *haber apartado* ese movimiento del camino del tradeunionismo progresista y del cooperativismo, por el cual se encauzaba espontáneamente (*con la participación benévola de los Schulze-Delitzsch y sus semejantes*). Para cumplir esta tarea fue necesario algo muy distinto de la charlatanería sobre la subestimación del elemento espontáneo, sobre la táctica-proceso, la interacción de los elementos y del medio, etc. Para ello fue necesario desplegar *una lucha encarnizada contra la espontaneidad*, y sólo como resultado de esa lucha, que ha durado largos años, se ha logrado, por ejemplo, que la población obrera de Berlín haya dejado de ser un puntal del Partido Progresista para convertirse en uno de los mejores baluartes de la socialdemocracia. Y esta lucha no ha terminado aún, ni mucho menos (como podrían creer quienes estudian la historia del movimiento alemán en los escritos de Prokopóvich, y su filosofía, en los de Struve). También hoy está fraccionada la clase obrera alemana, si es lícita la expresión, en varias ideologías: una parte de los obreros está agrupada en los sindicatos obreros católicos y monárquicos; otra, en los sindicatos de Hirsch-Duncker [57], fundados por los admiradores burgueses del tradeunionismo inglés, y una tercera, en los sindicatos socialdemócratas. Esta última es incomparablemente mayor que las demás, pero la ideología socialdemócrata ha podido conquistar esta supremacía y podrá mantenerla sólo en lucha tenaz contra todas las demás ideologías.

Pero, preguntará el lector: ¿por qué el movimiento espontáneo, el movimiento por la línea de la menor resistencia, conduce precisamente al predominio de la ideología burguesa? Por la sencilla razón de que la ideología burguesa es, por su origen, mucho más antigua que la ideología socialista, porque su elaboración es más completa y porque posee medios de difusión *incomparablemente* mayores*. Y cuanto más joven sea el movimiento socialista en un país, tanto más enérgica deberá ser, por ello, la lucha contra toda tentativa de afianzar la ideología no socialista, con tanta mayor decisión se habrá de prevenir a los obreros contra los malos consejeros que protestan de "la exageración del elemento consciente", etc. Los autores de la carta "economista", al unísono con *R. Dielo*, fulminan la intolerancia, propia del período infantil del movimiento. Respondemos a eso: sí, nuestro movimiento se encuentra, en efecto, en la infancia; y para que llegue con mayor rapidez a la edad viril debe contagiarse precisamente de intolerancia con quienes frenan su desarrollo prosternándose ante la espontaneidad. ¡Nada hay más ridículo y nocivo que dárselas de viejos militantes que han pasado hace ya mucho por todos los episodios decisivos de la lucha!

En tercer lugar, el primer número de *R. Mysl* nos muestra que la denominación de "economismo" (a la cual, por supuesto, no pensamos renunciar, pues, de uno u otro modo, es un sobrenombre que ha arraigado ya) no expresa con suficiente exactitud la esencia de la nueva corriente. *R. Mysl* no niega por completo la lucha política: en el Reglamento de las cajas, publicado en su primer número, se habla de la lucha contra el gobierno. *Rabóchaya Mysl* entiende sólo que "la política sigue siempre dócilmente a la economía" (en tanto que *Rabócheie Dielo* varía esta tesis, asegurando en su programa que "en Rusia, más

* Se dice a menudo que la clase obrera tiende *espontáneamente* al socialismo. Esto es justo por completo en el sentido de que la teoría socialista determina, con más profundidad y exactitud que ninguna otra, las causas de las calamidades que padece la clase obrera, debido a lo cual los obreros la asimilan con tanta facilidad, *siempre* que esta teoría no ceda ante la espontaneidad, *siempre* que esta teoría supedite a la espontaneidad. Por lo general, esto se sobrentiende, pero *R. Dielo* lo olvida y lo desfigura. La clase obrera tiende al socialismo de manera espontánea; pero la ideología burguesa, la más difundida (y resucitada sin cesar en las formas más diversas), es, sin embargo, la que más se impone espontáneamente a los obreros.

que en ningún otro país, la lucha económica está ligada de *modo inseparable* a la lucha política"). Estas tesis de *Rabóchaya Mysl* y de *Rabócheie Dielo* son falsas desde el comienzo hasta el fin *si entendemos por política la política socialdemócrata*. Como hemos visto ya, es muy frecuente que la lucha económica de los obreros esté ligada (si bien no de modo inseparable) a la política burguesa, clerical, etc. Las tesis de *R. Dielo* son justas si entendemos por política la política tradeunionista, es decir, la aspiración común de todos los obreros de arrancar al Estado tales o cuales medidas contra las calamidades propias de su situación, pero que no acaban aún con esa situación, o sea, que no suprimen el sometimiento del trabajo al capital. Esta aspiración es en verdad común tanto a los tradeunionistas ingleses, enemigos del socialismo, como a los obreros católicos, a los obreros "zubatovistas", etc. Hay diferentes tipos de política. Vemos, pues, que R. Mysl, también en lo que respecta a la lucha política, lejos de negada, rinde culto a su *espontaneidad*, a su falta de conciencia. Al reconocer plenamente la lucha política que surge en forma espontánea del propio movimiento obrero (o dicho con más exactitud: los anhelos y las reivindicaciones políticas de los obreros), renuncia por completo a *elaborar independientemente una política socialdemócrata* específica, que corresponda a los objetivos generales del socialismo y a las condiciones actuales de Rusia. Más adelante demostraremos que *R. Dielo* incurre en el mismo error. .

c) El Grupo de Autoemancipación[58] y "*Rabócheie Dielo*"

Hemos examinado con tanto detalle el editorial, poco conocido y casi olvidado hoy, del primer número de *R. Mysl* porque expresó antes y con mayor relieve que nadie esa corriente general que saldría después a la superficie por innumerables arroyuelos. V. I-n tenía plena razón cuando, al elogiar el primer número y el editorial de *R. Mysl*, dijo que había sido escrito "con fogosidad y vigor" (*Listok "Rabótnika"*, núm. 9-10, pág. 49). Toda persona de convicciones firmes y que cree decir algo nuevo escribe "con vigor" y de manera que pone de relieve sus puntos de vista. Sólo quienes están acostumbrados a nadar entre dos aguas carecen de todo "vigor"; sólo esa gente es capaz, después de haber elogiado ayer el vigor de *R. Mysl*, de atacar hoy a sus adversarios porque den muestras de "vigor polémico".

Sin detenernos en el *Suplemento especial de "Rabóchaya Mysl"* (distintos motivos nos obligarán más adelante a referirnos a esta obra, que expresa con la mayor coherencia las ideas de los "economistas"), comentaremos sólo brevemente el Llamamiento del *Grupo de Autoemancipación de los Obreros* (marzo de 1899, reproducido en *Nakanunie*[59] de Londres, núm. 7, julio del mismo año). Los autores de este llamamiento dicen con toda razón que "la Rusia obrera *sólo empieza a despertar*, a mirar en torno suyo y se *aferra instintivamente* a los medios de lucha *que tiene a mano*". Pero deducen de ahí la misma conclusión falsa que *R. Mysl*, olvidando que lo instintivo es precisamente lo inconsciente (lo espontáneo), en cuya ayuda deben acudir los socialistas; que los medios de lucha "que se tienen a mano" serán siempre, en la sociedad actual, medios tradeunionistas de lucha, y que la primera ideología "que se tiene a mano" será la ideología burguesa (tradeunionista). Esos autores tampoco "niegan" la política, sino que, siguiendo al señor V. V., dicen solamente (¡solamente!) que la política es una superestructura y que, por ello, "la agitación política debe ser una superestructura de la agitación en pro de la lucha económica, debe nacer de ella y seguirla".

En cuanto a *R. Dielo*, comenzó su actividad precisamente por la "defensa" de los "economistas". Después de haber afirmado *con evidente falsedad*, ya en su primer número (págs. 141-142) que "ignoraba a qué camaradas jóvenes se había referido Axelrod" en su conocido folleto[*], al hacer una advertencia a los "economistas", *R. Dielo* tuvo que reconocer, en la polémica con Axelrod y Plejánov a propósito de esa falsedad, que, "fingiendo no saber de quién se trataba, quiso *defender* de esa acusación injusta a todos los emigrados socialdemócratas más jóvenes" (Axelrod acusaba de estrechez de miras a los "economistas"). En realidad, dicha acusación era completamente justa, y *R. Dielo* sabía muy bien que se aludía, entre otros, a V. I-n, miembro de su redacción. Señalaré de paso que en la polémica mencionada, Axelrod tenía completa razón, y *R. Dielo* se equivocaba de medio a medio en la interpretación de mi folleto *Las tareas de los socialdemócratas rusos*[**]. Este folleto fue escrito en 1897, antes de que apareciera *R. Mysl*, cuando yo consideraba con todo fundamento que la tendencia *inicial* de la Unión de Lucha de San Petersburgo, que he definido más arriba, era la predominante. Y por lo menos hasta mediados de 1898, esa tendencia predominó, en efecto. Por eso, *R. Dielo* no tenía ningún derecho a remitirse, para refutar la existencia y el peligro del "economismo", a un folleto que exponía concepciones *desplazadas* en San Petersburgo en 1897 -1898 por las concepciones "economistas"[***].

---

[*] *En torno a las tareas actuales y la táctica de los socialdemócratas rusos*. Ginebra, 1898. Dos cartas a *Rabóchaya Gazeta*, escritas en 1897.

[**] Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

[***] Defendiéndose, *Rabócheie Dielo* completó su primera falsedad ("ignoramos a qué camaradas jóvenes se ha referido P. B. Axelrod") con una segunda, al escribir en su *Respuesta*: "Desde que apareció la reseña de *Las tareas*, entre algunos socialdemócratas rusos han surgido o se han definido con mayor o menor claridad tendencias hacia la unilateralidad económica, que significan un paso atrás en comparación con el estado de nuestro movimiento

Pero *R. Dielo* no sólo "defendía" a los "economistas", sino que él mismo caía continuamente en sus equivocaciones principales. Esto se debía al modo ambiguo de interpretar la siguiente tesis de su propio programa: "*El movimiento obrero de masas* (la cursiva es de *R. D.*) surgido en los últimos años es, a juicio nuestro, un fenómeno de la mayor importancia de la vida rusa y está llamado principalmente a *determinar las tareas* (la cursiva es nuestra) y el carácter de la actividad literaria de la Unión". Es indiscutible que el movimiento de masas representa un fenómeno de la mayor importancia. Pero la cuestión estriba en la manera de concebir "cómo determina las tareas" este movimiento de masas. Puede concebirse de dos maneras: o bien en el sentido del culto a la espontaneidad de ese movimiento, es decir, reduciendo el papel de la socialdemocracia al de simple servidor del movimiento obrero como tal (así la conciben R. Mysl, el Grupo de Autoemancipación y los demás "economistas"); *o bien* en el sentido de que el movimiento de masas nos plantea *nuevas* tareas teóricas, políticas y orgánicas, mucho más complejas que las tareas con que podíamos contentarnos antes de que apareciera el movimiento de masas. *R. Dielo* tendía y tiende a concebirla precisamente en el primer sentido, pues no ha dicho nada concreto acerca de las nuevas tareas y ha razonado todo el tiempo como si el "movimiento de masas" nos *eximiera* de la necesidad de comprender con claridad y cumplir las tareas que éste plantea. Será suficiente recordar que *R. Dielo* consideraba imposible señalar al movimiento obrero de masas como *primera* tarea el derrocamiento de la autocracia, rebajando esta tarea (en nombre del movimiento de masas) al nivel de la lucha por reivindicaciones políticas inmediatas (*Respuesta*, pág. 25).

Dejemos a un lado el artículo *La lucha económica y política en el movimiento ruso*, publicado por B. Krichevski, director de *R. Dielo*, en el núm. 7 -artículo en que se repiten esos mismos errores[*]-, y pasemos directamente al número 10 de dicho periódico. Por supuesto, no nos detendremos a analizar objeciones aisladas de B. Krichevski y Martínov contra *Zariá* e *Iskra*. Lo único que nos interesa aquí es la posición de principios que ha adoptado *Rabócheie Dielo* en su número 10. No nos detendremos, por ejemplo, a examinar el caso curioso de que *R. Dielo* vea una "contradicción flagrante" entre la tesis:

"La socialdemocracia no se ata las manos, no circunscribe sus actividades a un plan o un procedimiento cualesquiera de lucha política concebidos de antemano: admite todos los medios de lucha con tal de que correspondan a las fuerzas efectivas del partido", etc. (núm. 1 de *Iskra*)[**] y la tesis:

"Si no existe una organización fuerte, con experiencia de lucha política en cualquier situación y en cualquier período no se puede ni hablar de un plan sistemático de actividad, basado en principios firmes y aplicado rigurosamente, del único plan que merece el nombre de táctica" (núm. 4 de *Iskra*)[***].

Cuando se quiere hablar de táctica, confundir la admisión en *principio* de todos los medios de lucha, de todos los planes y procedimientos con tal de que sirvan para lograr el fin propuesto, con la exigencia de guiarse *en un momento político concreto* por un plan aplicado a rajatabla equivale a confundir que la

---

esbozado en *Las tareas*" (pág. 9). Esto lo dice la *Respuesta* publicada en 1900. Pero el primer número de *Rabócheie Dielo* (con la reseña) apareció *en abril de 1899*. ¿Es que el "economismo" surgió sólo en 1899? No, en 1899 se oyó por vez primera la voz de protesta de los socialdemócratas *rusos* contra el "economismo" (la protesta contra el *Credo*). El "economismo" surgió en 1897, como sabe muy bien *Rabócheie Dielo*, pues, V. I-n elogiaba a *Rabóchaya Mysl* ya en noviembre de 1898 (*Listok "Rabótnika"*, núm. 9-10).

[*] Por ejemplo, en ese artículo se expone con las siguientes palabras la "teoría de las fases" o teoría de los "tímidos zigzags" en la lucha política: "Las reivindicaciones políticas que, por su carácter, son comunes a toda Rusia, deben, sin embargo, durante los primeros tiempos" (¡esto se escribe en agosto de 1900!) "corresponder a la experiencia adquirida por el sector dado (¡*sic*!) de obreros en la lucha económica. Sólo (!) tomando como base esta experiencia se puede y se debe iniciar la agitación política", etc. (pág. 11). En la pág. 4, indignado el autor por las acusaciones de herejía economista, carentes de todo fundamento, según él, exclama con tono patético: "Pero ¿qué socialdemócrata ignora que, según la doctrina de Marx y Engels, los intereses económicos de las distintas clases desempeñan un papel decisivo en la historia y que, *por tanto* (la cursiva es nuestra), en particular la lucha del proletariado por sus intereses económicos debe tener una importancia primordial para su desarrollo como clase y para su lucha emancipadora?" Este "por tanto" está completamente fuera de lugar. Del hecho de que los intereses económicos desempeña un papel decisivo *en modo alguno se deduce* que la lucha económica (= sindical) tenga una importancia primordial, pues los intereses más esenciales y "decisivos" de las clases pueden satisfacerse en general *únicamente* por medio de transformaciones *políticas* radicales; en particular, el interés económico fundamental del proletariado sólo puede beneficiarse por medio de una revolución política que sustituya la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado. B. Krichevski repite el razonamiento de los "V. V. de la socialdemocracia rusa" (la política sigue a la economía, etc.) y de los bernsteinianos de la alemana (por ejemplo, Woltmann alegaba precisamente los mismos argumentos para tratar de demostrar que los obreros, antes de pensar de una revolución política, deben adquirir una "fuerza económica").

[**] Véase V. I. Lenin. *Tareas urgentes de nuestro movimiento*. (*N. de la Edit.*)

[***] Véase la presente edición. tomo II. (*N. de la Edit.*)

medicina admite todos los sistemas terapéuticos con la exigencia de que en el tratamiento de una enfermedad concreta se siga siempre un sistema determinado. Pero de lo que se trata, precisamente, es de que *R. Dielo*, que padece de una enfermedad que hemos llamado culto a la espontaneidad, no quiere admitir ningún "sistema terapéutico" para curar *esta* enfermedad. Por eso ha hecho el notable descubrimiento de que "la táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo" (núm. 10, pág. 18), de que la táctica es "*un proceso de crecimiento de las tareas del partido, las cuales crecen junto con éste*" (pág. 11; la cursiva es de *R. D.*) Esta segunda máxima tiene todas las probabilidades de hacerse célebre, de convertirse en un monumento imperecedero a la "tendencia" de *R. Dielo*. A la pregunta de "*¿A dónde ir?*", este órgano dirigente responde: El movimiento es un proceso de cambio de la distancia entre el punto de partida y el punto subsiguiente del movimiento. Esta incomparable profundidad de pensamiento no sólo es curiosa (si sólo fuera curiosa no valdría la pena detenerse especialmente en ella), sino que representa, además, *el programa de toda una tendencia*, a saber: el mismo programa que *R. M.* expuso (en el *Suplemento especial* suyo) con las siguientes palabras: es deseable la lucha que es posible, y es posible la lucha que se sostiene en un momento dado. Esta es precisamente la tendencia del oportunismo ilimitado, que se adapta en forma pasiva a la espontaneidad.

"¡La táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo!" Eso es una calumnia contra el marxismo, eso equivale a convertirlo en la caricatura que nos oponían los populistas[60] en su guerra contra nosotros. ¡Eso es precisamente aminorar la iniciativa y la energía de los militantes conscientes, mientras que el marxismo, por el contrario, da un impulso gigantesco a la iniciativa y a la energía de los socialdemócratas, abriendo ante ellos las perspectivas más vastas, poniendo a su disposición (si podemos expresarnos así) las fuerzas poderosas de los millones y millones que constituyen la clase obrera, la cual se alza a la lucha "espontáneamente"! Toda la historia de la socialdemocracia internacional abunda en planes, propuestos ora por uno, ora por otro líder político, que demuestran la perspicacia y la justedad de las concepciones que uno tiene de política y organización o revelan la miopía y los errores políticos de otro. Cuando Alemania dio uno de los mayores virajes históricos -la formación del Imperio, la apertura del Reichstag, la concesión del sufragio universal-, Liebknecht tenía un plan de la política y la acción en general de la socialdemocracia, y Schweitzer tenía otro. Cuando sobre los socialistas alemanes cayó la Ley de excepción, Most y Hasselman, dispuestos a exhortar pura y simplemente a la violencia y al terrorismo, tenían un plan; Höchberg, Schramm y (en parte) Bernstein tenían otro plan, y empezaron a predicar a los socialdemócratas que, con su insensata brusquedad y su revolucionarismo, habían provocado esa ley y debían ganarse el perdón con una conducta ejemplar; tenían un tercer plan quienes prepararon y llevaron a la práctica la publicación de un órgano de prensa clandestino[61]. Al mirar al pasado, muchos años después de terminar la lucha por la elección del camino y de haber pronunciado la historia su veredicto sobre el acierto del camino elegido, no es difícil, claro está, revelar profundidad de pensamiento, proclamando la máxima de que las tareas del Partido crecen con éste. Pero limitarse en un momento de confusión*, cuando los "críticos" y los "economistas" rusos hacen descender a la socialdemocracia al nivel del tradeunionismo, y los terroristas propugnan con empeño la adopción de una "táctica-plan" que repite los viejos errores, a semejante profundidad de pensamiento significa extenderse a sí mismo un "certificado de pobreza". Decir en un momento en que muchos socialdemócratas rusos padecen precisamente de falta de iniciativa y energía, de falta de "amplitud en la propaganda, agitación y organización políticas"**, de falta de "planes" para organizar a mayor escala la labor revolucionaria, decir en un momento así que "la táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo" no sólo significa envilecer el marxismo en el sentido teórico, sino, en la práctica, *tirar del partido hacia atrás*.

> "El socialdemócrata revolucionario -nos alecciona más adelante *R. Dielo*- se plantea la única tarea de acelerar con su labor consciente, el desarrollo objetivo, y no suprimirlo o sustituirlo por planes subjetivos. *Iskra* sabe todo esto en teoría. Pero la magna importancia que el marxismo atribuye justamente a la labor revolucionaria consciente la lleva en la práctica, debido a su concepción doctrinaria de la táctica, *a aminorar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo*" (pág. 18).

Otra vez la mayor confusión teórica, digna del señor V. V. y cofradía. Pero desearíamos preguntar a nuestro filósofo: ¿en qué puede manifestarse la "aminoración" del desarrollo objetivo por parte de un autor de planes subjetivos? Evidentemente, en perder de vista que este desarrollo objetivo crea o afianza, hunde o debilita a estas o las otras clases, sectores y grupos, a tales o cuales naciones, grupos de naciones,

* *Ein Jahr der Verwirrung* ("Un año de confusión"): así ha titulado Mehring el apartado de su *Historia de la socialdemocracia alemana* en que describe los titubeos y la indecisión que manifestaron los socialistas en un principio, al elegir la "táctica-plan" que correspondía a las nuevas condiciones.

** Del editorial del núm. 1 de *Iskra*. (Véase V. I. Lenin. *Tareas urgentes de nuestro movimiento. N. de la Edit.*)

etc. condicionando así una u otra agrupación política internacional de fuerzas, una u otra posición de los partidos revolucionarios, etc. Pero el pecado de tal autor no consistía entonces en aminorar el elemento espontáneo, sino en aminorar, por el contrario, el elemento *consciente*, pues le faltará "conciencia" para comprender con acierto el desarrollo objetivo. Por eso, el mero hecho de hablar de "apreciación de la importancia *relativa*" (la cursiva es de *Rabócheie Dielo*) de lo espontáneo y lo consciente revela una falta absoluta de "conciencia". Si ciertos "elementos espontáneos del desarrollo" son accesibles en general a la conciencia humana, su apreciación errónea equivaldrá a "aminorar el elemento consciente". Y si son inaccesibles a la conciencia, no los conocemos ni podemos hablar de ellos. ¿De qué habla, pues, B. Krichevski? Si considera erróneos los "planes subjetivos" de *Iskra* (y él los declara erróneos), debería probar qué hechos objetivos no son tenidos en cuenta en esos planes y acusar a *Iskra*, por ello, *de falta de conciencia*, de "aminoración del elemento consciente"', usando su lenguaje. Pero si, descontento con los planes subjetivos, no tiene más argumento que el de invocar la "aminoración del elemento espontáneo" (!!) lo único que demuestra es que: 1) en teoría, comprende el marxismo a lo Karéiev y a lo Mijailovski, suficientemente ridiculizados por Béltov[62]; 2) en la práctica, se da por satisfecho en absoluto con los "elementos espontáneos del desarrollo", que arrastraron a nuestros marxistas legales al bernsteinianismo, y a nuestros socialdemócratas, al "economismo", y muestra "gran indignación" con quienes han decidido *apartar* contra viento y marea a la socialdemocracia rusa del camino del desarrollo "espontáneo".

Y más adelante siguen ya cosas divertidísimas. "De la misma manera que los hombres, pese a todos los éxitos de las ciencias naturales, seguirán multiplicándose por el método antediluviano, el nacimiento de un nuevo régimen, pese a todos los éxitos de las ciencias sociales y el aumento del número de luchadores conscientes, seguirá siendo asimismo *principalmente* resultado de explosiones espontáneas" (pág. 19). De la misma manera que la sabiduría antediluviana dice que no hace falta mucha inteligencia para tener hijos, la sabiduría de los "socialistas modernos" (a lo Narciso Tuporílov[63]) proclama: Cualquiera tendrá inteligencia suficiente para participar en el nacimiento espontáneo de un nuevo régimen social. Nosotros también creemos que cualquiera tendrá inteligencia suficiente. Para participar de ese modo, basta *dejarse arrastrar* por el "economismo" cuando reina el "economismo", y por el terrorismo cuando ha surgido el terrorismo. Así, en la primavera de este año, cuando tanta importancia tenía prevenir contra la inclinación al terrorismo, *Rabócheie Dielo* estaba perplejo ante este problema, "nuevo" para él. Y seis meses más tarde, cuando el problema ha dejado de ser actual, nos ofrece a un mismo tiempo la declaración de que "creemos que la tarea de la socialdemocracia no puede ni debe consistir en contrarrestar el auge del espíritu terrorista" (*R. D.*, núm. 10, pág. 23) y la resolución del congreso: "El congreso considera inoportuno el terrorismo ofensivo sistemático" (Dos congresos, pág. 18). ¡Con qué magníficas claridad e ilación está dicho! No nos oponemos, pero lo declaramos inoportuno; y lo declaramos de tal manera, que el terror no sistemático y defensivo no va incluido en la "resolución". ¡Es forzoso reconocer que semejante resolución está a cubierto de todo peligro y queda garantizada por completo contra los errores, como lo está un hombre que habla por hablar! Y para redactar semejante resolución sólo hacía falta una cosa: saber mantenerse *a la zaga* del movimiento. Cuando *Iskra* se burló de *R. Dielo* por haber declarado que el problema del terrorismo era nuevo*, *R. Dielo*, enfadado, acusó a *Iskra* de tener "la pretensión, verdaderamente increíble, de imponer a la organización del partido la solución que ha dado a los problemas de táctica hace más de 15 años un grupo de escritores emigrados" (pág. 24). En efecto ¡qué pretensión y qué exageración del elemento consciente: resolver de antemano los problemas en teoría, para luego convencer de la justedad de esa solución tanto a la organización como al partido y a las masas!** ¡Otra cosa es repetir simplemente cosas trilladas y, sin "imponer" nada a nadie, someterse a cada "viraje", ya sea hacia el "economismo", ya sea hacia el terrorismo! *R. Dielo* llega incluso a generalizar este gran precepto de la sabiduría de la vida, acusando a *Iskra* y *Zariá* de "oponer su programa al movimiento, como un espíritu que se cierne sobre un caos amorfo" (pág. 29). Pero ¿en qué consiste el papel de la socialdemocracia sino en ser el "espíritu" que no sólo se cierne sobre el movimiento espontáneo, sino que *eleva* a este último *al nivel de "su programa"*? Porque no ha de consistir en seguir arrastrándose *a la zaga* del movimiento, lo que, en el mejor de los casos, sería inútil para el propio movimiento y, en el peor de los casos, nocivo en extremo. Pero *Rabócheie Dielo* no sólo sigue esta "táctica-proceso", sino que la erige en principio, de modo que sería más justo llamar a esta tendencia *seguidismo* (de la palabra "seguir a la zaga") en vez de oportunismo. Y es obligado reconocer que quienes han decidido firmemente seguir siempre a la zaga del movimiento están asegurados, en absoluto y para siempre, contra la "aminoración del elemento espontáneo del desarrollo".

***

Así pues, hemos podido convencernos de que el

* Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

** Tampoco debe olvidarse que, al resolver "en teoría" el problema del terrorismo, el grupo Emancipación del Trabajo *sintetizó* la experiencia del movimiento revolucionario anterior.

error fundamental de la "nueva tendencia" en la socialdemocracia rusa consiste en rendir culto a la espontaneidad, en no comprender que la espontaneidad de las masas exige de nosotros, los socialdemócratas, una elevada conciencia. Cuanto más crece la lucha espontánea de las masas, cuanto más amplio se hace el movimiento, tanto mayor, incomparablemente mayor, es el imperativo de elevar con rapidez la conciencia en la labor teórica, política y orgánica de la socialdemocracia.

La activación espontánea de las masas en Rusia ha sido (y sigue siendo) tan rápida que la juventud socialdemócrata ha resultado poco preparada para cumplir estas tareas gigantescas. Esta falta de preparación es nuestra desgracia común, una desgracia de *todos* los socialdemócratas rusos. La activación de las masas se ha producido y aumentado de manera continua y sucesiva, y lejos de cesar donde había comenzado, se ha extendido a nuevas localidades y nuevos sectores de la población (bajo la influencia del movimiento obrero se ha reanimado la efervescencia entre la juventud estudiantil, entre los intelectuales en general e incluso entre los campesinos). Pero los revolucionarios *se han rezagado* de la creciente actividad de las masas tanto en sus "teorías" como en su labor, no han logrado crear una organización permanente que funcione sin interrupciones y sea capaz de *dirigir* todo el movimiento.

En el primer capítulo hemos consignado que *R. Dielo* rebaja nuestras tareas teóricas y repite "espontáneamente" el grito de moda: "libertad de crítica"; quienes lo repiten no han tenido "conciencia" suficiente para comprender que las posiciones de los "críticos" oportunistas y las de los revolucionarios en Alemania y en Rusia son diametralmente opuestas.

En los capítulos siguientes examinaremos cómo se ha manifestado este culto a la espontaneidad en el terreno de las tareas políticas y en la labor de organización de la socialdemocracia.

III. Política tradeunionista y política socialdemócrata

Comenzaremos una vez más haciendo un elogio de *Rabócheie Dielo*. En su número 10 publica un artículo de Martínov sobre las discrepancias con *Iskra*, titulado *Las publicaciones de denuncias y la lucha proletaria* "No podemos limitarnos a denunciar el estado de cosas que entorpece su desarrollo (el del partido obrero). Debemos también hacernos eco de los intereses inmediatos y cotidianos del proletariado" (pág. 63). Así formula Martínov la esencia de esas discrepancias. "*Iskra*... es de hecho el órgano de la oposición revolucionaria, que denuncia el estado de cosas reinante en nuestro país y, principalmente, el régimen político... Nosotros, en cambio, trabajamos y seguiremos trabajando por la causa obrera en estrecha conexión orgánica con la lucha proletaria" (ibíd.). Es forzoso agradecer a Martínov esta fórmula. Adquiere un notable interés general, porque, en el fondo, no abarca sólo, ni mucho menos, nuestras discrepancias con *R. Dielo*: abarca también, en general, todas las discrepancias existentes entre nosotros y los "economistas" respecto a la lucha política. Hemos demostrado ya que los "economistas" no niegan en absoluto la "política", sino que únicamente se desvían a cada paso de la concepción socialdemócrata de la política hacia la concepción tradeunionista. De la misma manera se desvía Martínov, y por eso estaremos dispuestos a tomarlo por *modelo* de las aberraciones economistas en esta cuestión. Trataremos de demostrar que nadie podrá ofenderse con nosotros por esta elección: ni los autores del *Suplemento especial de "Rabóchaya Mysl"*, ni los autores del Llamamiento del Grupo de Autoemancipación, ni los autores de la carta "economista" publicada en el núm. 12 de *Iskra*.

a) La agitación política y su restricción por los economistas

Todo el mundo sabe que la lucha económica* de los obreros rusos alcanzó gran extensión y se consolidó a la par con la aparición de "publicaciones" de denuncias económicas (concernientes a las fábricas y los oficios). El contenido principal de las "octavillas" consistía en denunciar la situación existente en las fábricas, y entre los obreros se desencadenó pronto una verdadera pasión por estas denuncias. En cuanto los obreros vieron que los círculos de socialdemócratas querían y podían proporcionarles hojas de nuevo tipo -que les decían toda la verdad sobre su vida miserable, su trabajo increíblemente penoso y su situación de parias-, comenzaron a inundarlos, por decirlo así, de cartas de las fábricas y los talleres. Estas "publicaciones de denuncias" causaban inmensa sensación tanto en las fábricas cuyo estado de cosas fustigaban como en todas las demás a las que llegaban noticias de los hechos denunciados. Y puesto que las necesidades y las desgracias de los obreros de distintas empresas y de diferentes oficios tienen mucho de común, la "verdad sobre la vida obrera" entusiasmaba a todos. Entre los obreros más atrasados se propagó una verdadera pasión por "ser publicado", pasión noble por esta forma embrionaria de guerra contra todo el sistema social moderno, basado en el pillaje y la opresión. Y las "octavillas", en la inmensa mayoría de los casos, eran de hecho una declaración de guerra, pues la denuncia producía un efecto

* Advertimos, para evitar equívocos, que en la exposición que sigue entendemos por lucha económica (según el uso arraigado entre nosotros) la "lucha económica práctica" que Engels denominó, en la cita reproducida antes, "resistencia a los capitalistas" y que en los países libres se llama lucha gremial, sindical o tradeunionista.

terriblemente excitante, movía a todos los obreros a reclamar que se pusiera fin a los escándalos más flagrantes y los disponía a defender sus reivindicaciones por medio de huelgas. Los propios fabricantes tuvieron, en fin de cuentas, que reconocer hasta tal punto la importancia de estas octavillas como declaración de guerra, que, muy a menudo, ni siquiera querían esperar a que empezase la guerra. Las denuncias, como ocurre siempre, tenían fuerza por el mero hecho de su aparición y adquirían el valor de una poderosa presión moral. Más de una vez bastó con que apareciera una octavilla para que las reivindicaciones fuesen satisfechas total o parcialmente. En una palabra, las denuncias económicas (fabriles) han sido y son un resorte importante de la lucha económica. Y seguirán conservando esta importancia mientras exista el capitalismo, que origina necesariamente la autodefensa de los obreros. En los países europeos más adelantados se puede observar, incluso hoy, que las denuncias de escándalos en alguna "industria de oficio" de un rincón perdido o en alguna rama del trabajo a domicilio, olvidada de todos, se convierten en punto de partida para despertar la conciencia de clase, para iniciar la lucha sindical y la difusión del socialismo*.

Durante los últimos tiempos, la inmensa mayoría de los socialdemócratas rusos ha estado absorbida casi enteramente por esta labor de organización de las denuncias de los abusos cometidos en las fábricas. Basta con recordar *R. Mysl* para ver a qué extremo había llegado esa absorción y cómo se olvidaba que semejante actividad, *por sí sola*, no era aún, en el fondo, socialdemócrata, sino sólo tradeunionista. En realidad, las denuncias no se referían más que a las relaciones de los obreros de *un oficio determinado* con sus patronos respectivos, y lo único que lograban era que los vendedores de la fuerza de trabajo aprendieran a vender a mejor precio esta "mercancía" y a luchar contra los compradores en el terreno de las transacciones puramente comerciales. Estas denuncias podían convertirse (siempre que las aprovechara en cierto grado la organización de los revolucionarios) en punto de partida y elemento integrante de la actividad socialdemócrata, pero podían conducir también (y, con el culto a la espontaneidad, debían conducir) a la lucha "exclusivamente sindical" y a un movimiento obrero no socialdemócrata. La socialdemocracia dirige la lucha de la clase obrera no sólo para conseguir ventajosas condiciones de venta de la fuerza de trabajo, sino para destruir el régimen social que obliga a los desposeídos a venderse a los ricos. La socialdemocracia representa a la clase obrera en sus relaciones no sólo con un grupo determinado de patronos, sino con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada. Se comprende, por tanto, que, lejos de poder limitarse a la lucha económica, los socialdemócratas no pueden ni admitir que la organización de denuncias económicas constituya su actividad predominante. Debemos emprender una intensa labor de educación política de la clase obrera, de desarrollo de su conciencia política. Ahora, después del primer embate de *Zariá* e *Iskra* contra el "economismo", "todos están de acuerdo" con eso (aunque algunos lo están sólo de palabra, como veremos en seguida).

Cabe preguntar: ¿en qué debe consistir la educación política? ¿Podemos limitarnos a propagar la idea de que la clase obrera es hostil a la autocracia? Está claro que no. No basta con *explicar* la opresión política de que son objeto los obreros (de la misma manera que era insuficiente *explicarles* el antagonismo entre sus intereses y los de los patronos). Hay que hacer agitación con motivo de cada hecho concreto de esa opresión (como hemos empezado a hacerla con motivo de las manifestaciones concretas de opresión económica). Y puesto que las más diversas clases de la sociedad son víctimas de *esta* opresión, puesto que se manifiesta en los más diferentes ámbitos de la vida y de la actividad sindical, cívica, personal, familiar, religiosa, científica, etc., ¿no es evidente que *incumpliríamos nuestra misión* de desarrollar la conciencia política de los obreros si no *asumiéramos* la tarea de organizar *una campaña de denuncias políticas* de la autocracia *en todos los aspectos*? Porque para hacer agitación con motivo de las manifestaciones concretas de la opresión es preciso denunciar esas manifestaciones (lo mismo que para hacer agitación económica era necesario denunciar los abusos cometidos en las fábricas).

Podría creerse que esto está claro. Pero aquí precisamente resulta que sólo de palabra están "todos" de acuerdo con que es necesario desarrollar la conciencia política *en todos sus aspectos*. Aquí precisamente resulta que *R. Dielo*, por ejemplo, lejos

---

* En este capítulo hablamos únicamente de la lucha *política*, de su concepción más amplia o más estrecha. Por eso señalaremos sólo de paso, como un simple hecho curioso, la acusación lanzada por *R. Dielo* contra *Iskra* de "moderación excesiva'" con respecto a la lucha económica (*Dos congresos*, pág. 27; acusación repetida con machaconería por Martínov en su folleto *La socialdemocracia y la clase obrera*). Si los señores acusadores midieran por puds o por pliegos de imprenta (como gustan de hacerlo) la sección de *Iskra* dedicada a la lucha económica durante el año y la compararan con la misma sección de *R. Dielo* y *R. Mysl* juntos, verían fácilmente que, incluso en este sentido, están atrasados. Es evidente que el conocer esta sencilla verdad les obliga a recurrir a argumentos que demuestran con claridad su confusión. "*Iskra* –escriben-, quiéralo o no (!), tiene (!) que tomar en consideración las demandas imperiosas de la vida y publicar, por lo menos (!!), cartas sobre el movimiento obrero" (*Dos congresos*, pág. 27). ¡Menudo argumento para hacernos trizas!

de asumir la tarea de organizar denuncias políticas en todos los aspectos (o comenzar su organización), se ha puesto *a arrastrar hacia atrás* también a *Iskra*, que había iniciado esa labor. Escuchen: "La lucha política de la clase obrera es sólo" (precisamente no es sólo) "la forma más desarrollada, amplia y eficaz de la lucha económica" (programa de *R. Dielo*: véase su número 1, pág. 3). "En la actualidad, los socialdemócratas tienen planteada la tarea de dar a la lucha económica misma, en la medida de lo posible, un carácter político" (Martínov en el núm. 10, pág. 42). "La lucha económica es el medio que se puede aplicar con la mayor amplitud para incorporar a las masas a la lucha política activa" (Resolución del Congreso de la Unión[64] y "enmiendas": *Dos congresos*, págs. 11 y 17). Cómo ve el lector, *R. Dielo* está impregnado de todas estas tesis desde su aparición hasta las últimas "instrucciones a la redacción", y todas ellas expresan, evidentemente, un mismo parecer de la agitación y la lucha políticas. Analicen, pues, este parecer desde el punto de vista de la opinión, dominante entre todos los "economistas", de que la agitación política debe *seguir* a la económica. ¿Será cierto que la lucha económica es, en general*, "el medio que se puede aplicar con la mayor amplitud para incorporar a las masas a la lucha política? Es falso por completo. Medios "que se pueden aplicar" con no menos "amplitud" para tal "incorporación" son *todas y cada una* de las manifestaciones de la opresión policíaca y de la arbitrariedad autocrática, pero en modo alguno sólo las manifestaciones ligadas a la lucha económica. ¿Por qué los jefes de los zemstvos[65] y los castigos corporales de los campesinos, las concusiones de los funcionarios y el trato que da la policía a la "plebe" de las ciudades, la lucha con los hambrientos y la persecución de los deseos de instrucción y de saber que siente el pueblo, la exacción de tributos y la persecución de las sectas religiosas, el adiestramiento de los soldados a baquetazos y el trato cuartelero que se da a los estudiantes y los intelectuales liberales; por qué todas estas manifestaciones de opresión y miles de otras análogas, que no tienen relación directa con la lucha "económica", han de ser en general medios y motivos "que se pueden aplicar" con menos "amplitud" para hacer agitación política, para incorporar a las masas a la lucha política? Todo lo contrario: es indudable que, en la suma total de casos cotidianos en que el obrero (él mismo o sus allegados) está falto de derechos o sufre de la arbitrariedad y la violencia, sólo una pequeña minoría son casos de opresión policíaca en la lucha sindical. ¿Para qué *restringir* de antemano la envergadura de la agitación política y declarar que se "puede aplicar con más amplitud" sólo *uno* de los medios, al lado del cual deben hallarse, para un socialdemócrata, otros que, hablando en general, "pueden aplicarse" con no menos "amplitud"?

En tiempos muy, muy remotos (¡hace un año!...), *R. Dielo* decía: "Las reivindicaciones políticas inmediatas se hacen asequibles a las masas después de una huelga o, a lo sumo, de varias huelgas", "en cuanto el gobierno emplea la policía y la gendarmería" (núm. 7, pág. 15 de *agosto* de 1900). Ahora, esta teoría oportunista de las fases ha sido ya rechazada por la Unión, la cual nos hace una concesión al declarar que "no hay ninguna necesidad de desarrollar desde el comienzo mismo la agitación política exclusivamente sobre el terreno económico" (*Dos congresos*, pág. 11). ¡Por este solo hecho de que la Unión repudie una parte de sus viejos errores, el futuro historiador de la socialdemocracia rusa verá mejor que por los más largos razonamientos hasta qué punto han envilecido el socialismo nuestros "economistas"! Pero ¡qué ingenuidad la de la Unión imaginarse que, a cambio de esta renuncia a una forma de restricción de la política, podía llevársenos a aceptar otra forma de restricción! ¿No hubiera sido más lógico decir, también en este caso, que se debe desarrollar con la mayor amplitud posible la lucha económica, que es preciso utilizarla siempre para la agitación política, pero que "no hay ninguna necesidad" de ver en la lucha económica el medio que se puede aplicar con más amplitud para incorporar a las masas a la lucha política activa?

La Unión atribuye importancia al hecho de haber sustituido con las palabras "el medio que se puede aplicar con la mayor amplitud" la expresión "el mejor medio", que figura en la resolución correspondiente del IV Congreso de la Unión Obrera Hebrea (Bund)[66]. Nos veríamos, efectivamente, en un aprieto si tuviésemos que decir cuál de estas dos resoluciones es mejor: a nuestro juicio, *las dos son peores*. Tanto la Unión como el Bund se desvían en este caso (en parte, quizá, hasta inconscientemente, bajo la influencia de la tradición) hacia una interpretación economista, tradeunionista, de la política. En el fondo, las cosas no cambian en nada con que esta interpretación se haga empleando la palabreja "el mejor" o la expresión, "el que se puede aplicar con la mayor amplitud". Si la Unión dijera

* Decimos "en general" porque en *R. Dielo* se trata precisamente de los principios generales y de las tareas generales de todo el partido. Es indudable que en la práctica se dan casos en que la política debe, efectivamente, seguir a la economía; pero sólo "economistas" pueden decir eso en una resolución para toda Rusia. Porque hay también casos en que "desde el comienzo mismo" *se puede* hacer agitación política "únicamente en el terreno económico", pese a lo cual *R. Dielo* ha llegado, por fin, a la conclusión de que "no hay ninguna necesidad" de ello (*Dos congresos*, pág. 11). En el capítulo siguiente probaremos que la táctica de los "políticos" y de los revolucionarios, lejos de desconocer las tareas tradeunionistas de la socialdemocracia, es, por el contrario, la única que *asegura* su cumplimiento consecuente.

que "la agitación política sobre el terreno económico" es el medio aplicado con la mayor amplitud (y no "aplicable"), tendría razón respecto a cierto período de desarrollo de nuestro movimiento socialdemócrata. Tendría razón precisamente respecto a *los "economistas"*, respecto a muchos militantes prácticos (si no a la mayoría de ellos) de 1898 a 1901, pues esos militantes prácticos "economistas" *aplicaron*, en efecto, la agitación política (¡en el grado en que, en general, la aplicaban!) *casi exclusivamente en el terreno económico*. ¡Semejante agitación política era aceptada y hasta recomendada, como hemos visto, tanto por *R. Mysl* como por el Grupo de Autoemancipación! *R. Dielo* debería haber *condenado resueltamente* el hecho de que la obra útil de la agitación económica fuera acompañada de una restricción nociva de la lucha política; pero, en vez de hacer eso, declara que ¡el medio más aplicado (*por los "economistas"*) es el medio más aplicable! No es de extrañar que estos hombres, cuando los tildamos de "economistas", no encuentren otra salida que ponernos de vuelta y media, llamándonos "embaucadores", "desorganizadores", "nuncios del papa" y "calumniadores"*; no encuentran otra salida que llorar ante todo el mundo, diciendo que les hemos inferido una atroz afrenta, y declarar casi bajo juramento que "ni una sola organización socialdemócrata peca hoy de "economismo"**. ¡Ah, esos calumniadores, esos malignos políticos! ¿No habrán inventado adrede todo el "economismo" para inferir a la gente, por simple odio a la humanidad, atroces afrentas?

¿Qué sentido concreto, real, tiene en labios de Martínov plantear ante la socialdemocracia la tarea de "dar a la lucha económica misma un carácter político"? La lucha económica es una lucha colectiva de los obreros contra los patronos por conseguir ventajosas condiciones de *venta de la fuerza de trabajo*, por mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los obreros. Esta lucha es, por necesidad, una lucha sindical, porque las condiciones de trabajo son muy diferentes en los distintos oficios y, en consecuencia la lucha orientada a *mejorar* estas condiciones tiene que sostenerse forzosamente por oficios (por los sindicatos en Occidente, por asociaciones sindicales de carácter provisional y por medio de octavillas en Rusia, etc.). Dar a la "lucha económica misma un carácter político" significa, pues, conquistar esas reivindicaciones profesionales, ese mejoramiento de las condiciones de trabajo en los oficios con "medidas legislativas y administrativas" (como se expresa Martínov en la página siguiente, 43, de su artículo). Y eso es precisamente lo que hacen y han hecho siempre todos los sindicatos obreros. Repasen la obra de los esposos Webb, serios eruditos (y "serios" oportunistas), y verán que los sindicatos obreros ingleses han comprendido y cumplen desde hace ya mucho la tarea de "dar a la lucha económica misma un carácter político"; luchan desde hace mucho por el derecho de huelga, por la supresión de todos los obstáculos jurídicos que se oponen al movimiento cooperativista y sindical, por la promulgación de leyes de protección de la mujer y del niño, por el mejoramiento de las condiciones de trabajo mediante una legislación sanitaria y fabril, etc.

¡Así pues, tras la pomposa frase de "dar a la lucha económica *misma* un carácter político", que suena con "terribles" hondura de pensamiento y espíritu revolucionario, se oculta, en realidad, la tendencia tradicional a *rebajar* la política socialdemócrata al nivel de política tradeunionista! So pretexto de rectificar la unilateralidad de *Iskra*, que considera más importante -fíjense en esto- "revolucionar el dogma que revolucionar la vida"***, nos ofrecen como algo nuevo la *lucha por reformas económicas*. En efecto, el único contenido, absolutamente el único, de la frase "dar a la lucha económica misma un carácter político" es la lucha por reformas económicas. Y el mismo Martínov habría podido llegar a esta simple conclusión si hubiese profundizado como es debido en la significación de sus propias palabras. "Nuestro partido -dice, enfilando su artillería más pesada contra *Iskra*- podría y debería presentar al gobierno reivindicaciones concretas de medidas legislativas y administrativas contra la explotación económica, contra el desempleo, contra el hambre, etc." (*R. D.*, núm. 10, págs. 42-43). Reivindicar medidas concretas, ¿no es, acaso, reclamar reformas sociales? Y preguntamos una vez más a los lectores imparciales: ¿calumniamos a los *rabochediélentsi*****(¡que me perdonen esta palabreja poco feliz hoy en boga!) al calificarlos de bernsteinianos velados cuando presentan, como *discrepancia* suya con *Iskra*, la tesis de que es necesaria la lucha por reformas económicas?

La socialdemocracia revolucionaria siempre ha incluido e incluye en sus actividades la lucha por las reformas. Pero no utiliza la agitación "económica" exclusivamente para reclamar del gobierno toda clase de medidas: la utiliza también (y en primer término) para exigir que deje de ser un gobierno autocrático. Además, considera su deber presentar al gobierno

* Expresiones textuales del folleto *Dos congresos*, págs. 31, 32, 28 y 30.

** *Dos congresos*, pág. 32.

*** *R. Dielo*, núm. 10, pág. 60. Así aplica Martínov al estado caótico de nuestro movimiento en la actualidad la tesis de que "cada paso de movimiento real es más importante que una docena de programas", cuya aplicación hemos analizado ya antes. En el fondo, eso no es sino una traducción al ruso de la célebre frase de Bernstein: "el movimiento lo es todo; el objetivo final, nada".

**** Partidarios de *Rabócheie Dielo*. (*N. de la Edit.*)

esta exigencia *no sólo* en el terreno de la lucha económica, sino asimismo en el terreno de todas las manifestaciones en general de la vida sociopolítica. En una palabra, subordina la lucha por las reformas como la parte al todo, a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo. En cambio, Martínov resucita en una forma distinta la teoría de las fases, tratando de prescribir infaliblemente la vía económica, por decirlo así, del desarrollo de la lucha política. Al propugnar en un momento de efervescencia revolucionaria que la lucha por reformas es una "tarea" especial, arrastra al partido hacia atrás y hace el juego al oportunismo "economista" y liberal.

Prosigamos. Después de ocultar púdicamente la lucha por las reformas tras la pomposa tesis de "dar a la lucha económica misma un carácter político", Martínov presenta como algo especial *únicamente las reformas económicas* (e incluso sólo las reformas fabriles). Ignoramos por qué lo ha hecho. ¿Quizá por descuido? Pero si hubiera tenido en cuenta no sólo las reformas "fabriles", perdería todo sentido la tesis entera suya que acabamos de exponer. ¿Tal vez porque estima posible y probable que el gobierno haga "concesiones" únicamente en el terreno económico?[*] De ser así, resultaría un error extraño: las concesiones son posibles, y se hacen a veces también en el ámbito de la legislación sobre castigos corporales, pasaportes, pagos de rescate[67], sectas religiosas, censura, etc., etc. Las concesiones "económicas" (o seudoconcesiones) son, sin duda, las más baratas y las más ventajosas para el gobierno, pues espera ganarse con ellas la confianza de las masas obreras. Mas por eso mismo nosotros, los socialdemócratas, *en modo alguno debemos* dar lugar, ni absolutamente con nada, a la opinión (o a la equivocación) de que apreciamos más las reformas económicas, de que les concedemos una importancia singular, etc. "Estas reivindicaciones -dice Martínov, refiriéndose a las reivindicaciones concretas de medidas legislativas y administrativas formuladas por él antes- no serían palabras vanas, puesto que, al prometer ciertos resultados palpables podrían ser apoyadas activamente por la masa obrera"... No somos "economistas", ¡oh, no! ¡Únicamente nos humillamos a los pies de la "palpabilidad" de resultados concretos con tanto servilismo como lo hacen los señores Bernstein, Prokopóvich, Struve, R. M. y *tutti quanti*! ¡Únicamente damos a entender (con Narciso Tuporílov) que cuanto no "promete resultados palpables" son "palabras vanas"! ¡No hacemos sino expresarnos como si la masa obrera fuera incapaz (y no hubiese demostrado su capacidad, pese a los que le imputan su propio filisteísmo) de apoyar activamente *toda* protesta contra la autocracia, incluso *la que no le promete absolutamente ningún resultado palpable*!

Tomemos aunque sólo sean los mismos ejemplos citados por el propio Martínov acerca de las "medidas" contra el desempleo y el hambre. Mientras *R. Dielo* se ocupa, según promete, de estudiar y elaborar "reivindicaciones concretas (¿en forma de proyectos de ley?) de medidas legislativas y administrativas" que "prometan resultados palpables", *Iskra*, "que considera siempre más importante revolucionar el dogma que revolucionar la vida", ha tratado de explicar el nexo indisoluble que une el desempleo con todo el régimen capitalista, advirtiendo que "el hambre es inminente", denunciando "la lucha de la policía contra los hambrientos"[68], así como el indignante *Reglamento provisional de trabajos forzados*[69], y *Zariá* ha publicado en separata, como folleto de agitación, la parte de su *Crónica de la vida interior* dedicada al hambre. Pero, Dios mío, ¡qué "unilaterales" han sido esos ortodoxos de incorregible estrechez, esos dogmáticos sordos a los imperativos de la "vida misma"! ¡Ni uno solo de sus artículos ha contenido -¡qué horror!- *ni una sola*, ¡imagínense ustedes!, ni siquiera una sola "reivindicación concreta" que "prometa resultados palpables"! ¡Desgraciados dogmáticos! ¡Hay que llevarlos a aprender de los Krichevski y los Martínov para que se convenzan de que la táctica es el proceso del crecimiento, de lo que crece, etc., de que es necesario dar a la lucha económica *misma* un carácter político!

"La lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno (¡¡"lucha *económica* contra el gobierno"!!) además de su significado revolucionario directo, tiene también otro: incita constantemente a los obreros a pensar en su falta de derechos políticos" (Martínov, pág. 44). Si hemos reproducido este pasaje no es para repetir por centésima o milésima vez lo que hemos dicho ya antes, sino para agradecer de manera especial a Martínov esta nueva y excelente fórmula: "La lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno". ¡Qué maravilla! Con qué inimitable talento, con qué magistral eliminación de todas las discrepancias parciales y diferencias de matices entre los "economistas" tenemos expresada aquí, en un postulado conciso y claro, *toda la esencia* del "economismo", comenzando por el llamamiento a los obreros a sostener "la lucha política en aras del interés general, para mejorar la situación de todos los obreros"[**], siguiendo luego con la teoría de las fases y terminando con la resolución del congreso sobre el medio "aplicable con la mayor amplitud", etc. "La lucha económica contra el gobierno" es precisamente política tradeunionista, que está muy lejos, lejísimos, de la política socialdemócrata.

[*] Pág. 43: "Desde luego, si recomendamos a los obreros que presenten determinadas reivindicaciones económicas al gobierno, lo hacemos porque el gobierno autocrático está dispuesto, por necesidad, a hacer ciertas concesiones en el terreno económico".

[**] *Rabóchaya Mysl, Suplemento especial*, pág. 14.

b) De cómo Martínov ha profundizado a Plejánov

"¡Cuántos Sénecas socialdemócratas han aparecido últimamente en nuestro país!", observó cierto día un camarada, refiriéndose a la asombrosa inclinación de mucha gente propensa al "economismo" a alcanzar indefectiblemente con "su propia inteligencia" las grandes verdades (por ejemplo, que la lucha económica incita a los obreros a pensar en su falta de derechos), desconociendo con magnífico desdén de genios innatos cuanto ha proporcionado ya el desarrollo anterior del pensamiento revolucionario y del movimiento revolucionario. Un genio innato de esta índole es precisamente Séneca-Martínov. Den un vistazo a su artículo *Problemas inmediatos* y verán cómo llega con "su propio entendimiento" a cosas dichas hace ya mucho por Axelrod (al que nuestro Séneca, como es natural, silencia por completo); cómo *empieza*, por ejemplo, a comprender que no podemos pasar por alto la oposición de tales o cuales sectores de la burguesía (*Rabócheie Dielo*, núm. 9, págs. 61, 62, 71; compárese con la *Respuesta* de la redacción de *R. D.* a Axelrod, págs. 22, 23-24), etc. Pero -¡ay!- sólo "llega" y no pasa de "empezar", ya que, a pesar de todo, no ha comprendido aún las ideas de Axelrod hasta el punto de que habla de "lucha económica contra los patronos y el gobierno". *R. Dielo* ha venido acumulando fuerzas durante tres años (de 1898 a 1901) para comprender a Axelrod y, pese a ello, ¡no lo ha comprendido! ¿Quizás también se deba esto a que la socialdemocracia, "a semejanza de la humanidad", se plantea siempre únicamente tareas realizables?

Pero los Sénecas no se distinguen sólo porque ignoran muchas cosas (¡eso sería una desgracia a medias!), sino también porque no ven su ignorancia. Eso es ya una verdadera desgracia, y esta desgracia los mueve a emprender en el acto la labor de "profundizar" a Plejánov.

> "Desde que Plejánov escribió el folleto citado (*Las tareas de los socialistas en la lucha contra el hambre en Rusia*) ha corrido mucha agua bajo los puentes -cuenta Séneca-Martínov-. Los socialdemócratas, que en el transcurso de diez años han dirigido la lucha económica de la clase obrera..., no han tenido aún tiempo de ofrecer una amplia argumentación teórica de la táctica del partido. Hoy esta cuestión ha madurado, y si quisiéramos ofrecer esa argumentación teórica, tendríamos, sin duda, que profundizar considerablemente los principios tácticos desarrollados en su tiempo por Plejánov... Ahora tendríamos que definir la diferencia entre la propaganda y la agitación de una manera distinta a como lo hizo Plejánov" (Martínov acaba de citar las palabras de Plejánov: "El propagandista comunica muchas ideas a una sola o a varias personas, mientras que el agitador comunica una sola idea o un pequeño número de ideas, pero, en cambio, a toda una multitud"). "Nosotros entenderíamos por propaganda la explicación revolucionaria de todo el régimen actual o de sus manifestaciones parciales, indiferentemente de que se haga en una forma accesible sólo para algunas personas o para la multitud. Por agitación, en el sentido estricto de la palabra (¡*sic*!), entenderíamos el llamamiento dirigido a las masas para ciertas acciones concretas, la ayuda a la intervención revolucionaria directa del proletariado en la vida social".

Felicitamos a la socialdemocracia rusa -e internacional- por esta nueva terminología martinoviana, más estricta y más profunda. Hasta ahora creíamos (con Plejánov y con todos los líderes del movimiento obrero internacional) que si un propagandista trata, por ejemplo, el problema del desempleo, debe explicar la naturaleza capitalista de las crisis, mostrar la causa que las hace inevitables en la sociedad actual, exponer la necesidad de transformar la sociedad capitalista en socialista, etc. En una palabra, debe comunicar "muchas ideas", tantas, que todas ellas en conjunto podrán ser asimiladas en el acto sólo por pocas (relativamente) personas. En cambio, el agitador, al hablar de este mismo problema tomará un ejemplo, el más destacado y más conocido de su auditorio -pongamos por caso, el de una familia de parados muerta de inanición, el aumento de la miseria, etc.- y, aprovechando ese hecho conocido por todos y cada uno, orientará todos sus esfuerzos a inculcar en la "masa" *una sola idea*: la idea de cuán absurda es la contradicción entre el incremento de la riqueza y el aumento de la miseria; tratará de *despertar* en la masa el descontento y la indignación contra esta flagrante injusticia, dejando al propagandista la explicación completa de esta contradicción. Por eso, el propagandista actúa principalmente por medio de la palabra *impresa*, mientras que el agitador lo hace de *viva voz*. Al propagandista se le exigen cualidades distintas que al agitador. Así, llamaremos propagandistas a Kautsky y a Lafargue; agitadores, a Bebel y Guesde. Pero segregar un tercer terreno o tercera función de actividad práctica incluyendo en esta función "el llamamiento dirigido a las masas para ciertas acciones concretas", constituye el mayor desatino, pues el "llamamiento", como acto aislado, o es un complemento natural e inevitable del tratado teórico, del folleto de propaganda y del discurso de agitación, o es una función netamente ejecutiva. En efecto, tomemos, por ejemplo, la lucha actual de los socialdemócratas alemanes contra los aranceles cerealistas. Los teóricos escriben estudios sobre la política aduanera y "llaman", supongamos, a luchar por la conclusión de tratados comerciales y por la libertad de comercio; el propagandista hace lo mismo en una revista, y el agitador, en discursos públicos.

Las "acciones concretas" de las masas consisten en este caso en firmar peticiones dirigidas al Reichstag, reclamando que no se eleven los aranceles cerealistas. El llamamiento a esta acción parte indirectamente de los teóricos, los propagandistas y los agitadores, y directamente, de los obreros que recorren las fábricas y las viviendas particulares recogiendo firmas. Según la "terminología de Martínov", resulta que Kautsky y Bebel son propagandistas, y los portadores de las listas de adhesión, agitadores. ¿No es así?

El ejemplo de los alemanes me ha hecho recordar la palabra alemana *Verballhornung*, que traducida literalmente significa "ballhornización". Juan Ballhorn fue un editor de Leipzig del siglo XVI; publicó un catón, en el que, siguiendo la costumbre, incluyó un dibujo que representaba un gallo, pero, en lugar de la estampa habitual del gallo con espolones, figuraba uno sin espolones y con dos huevos al lado. Y en la portada del catón agregó: "Edición *corregida* de Juan Ballhorn". Desde entonces, los alemanes dicen *Verballhornung* al referirse a una "enmienda" que, de hecho, empeora el original. Y no puede menos de recordarse a Ballhorn al ver cómo los Martínov "profundizan" a Plejánov...

¿Para qué ha "inventado" nuestro Séneca este embrollo? Para demostrar que *Iskra*, "lo mismo que Plejánov hace ya unos quince años, presta atención a un solo aspecto del asunto" (pág. 39). "En *Iskra*, por lo menos en el momento actual, las tareas de propaganda relegan a segundo plano las tareas de agitación" (pág. 52). Si traducimos esta última frase del lenguaje de Martínov a un lenguaje corriente (pues la humanidad no ha tenido aún tiempo de adoptar esta terminología recién descubierta), resultará lo siguiente: en *Iskra*, las tareas de propaganda y agitación políticas relegan a segundo plano la tarea de "presentar al gobierno reivindicaciones concretas de medidas legislativas y administrativas" que "prometen ciertos resultados palpables" (o, en otros términos, reivindicaciones de reformas sociales, si se nos permite emplear una vez más la vieja terminología de la vieja humanidad, que no ha llegado aún al nivel de Martínov). Proponemos al lector que compare con esta tesis la retahíla siguiente:

> "En estos programas" (los programas de los socialdemócratas revolucionarios) "nos asombra también que coloquen eternamente en primer plano las ventajas de la actividad de los obreros en el Parlamento (que no existe en nuestro país) dando de lado por completo (a causa de su nihilismo revolucionario) la importancia de la participación de los obreros en las asambleas legislativas de los fabricantes, asambleas que sí existen en nuestro país, para discutir asuntos de las fábricas... o aunque sólo sea, de la participación de los obreros en la autogestión urbana..."

El autor de esta retahíla expresa de una manera algo más directa, clara y franca la idea a que ha llegado con su propio entendimiento Séneca-Martínov. El autor es R. M., en el *Suplemento especial de "Rabóchaya Mysl"* (pág. 15).

c) Las denuncias políticas y la necesidad de "infundir actividad revolucionaria"

Al lanzar contra *Iskra* su "teoría" de "elevar la actividad de la masa obrera", Martínov ha puesto al descubierto ¡de hecho! su tendencia a *rebajar* esta actividad, pues ha declarado que el medio preferible, de importancia singular, "aplicable con la mayor amplitud" para promoverla y su campo de operaciones es la misma lucha económica, ante la cual se han postrado todos los "economistas". Este error es característico precisamente porque no es propio sólo de Martínov, ni mucho menos. En realidad, se puede "elevar la actividad de la masa obrera" *únicamente a condición de que no nos limitemos* a hacer "agitación política sobre el terreno económico". Y una de las condiciones esenciales para esa extensión indispensable de la agitación política consiste en organizar denuncias políticas *omnímodas*. Sólo con esas denuncias pueden infundirse conciencia política y actividad revolucionaria a las masas. De ahí que esta actividad sea una de las funciones más importantes de toda la socialdemocracia internacional, pues ni siquiera la libertad política suprime en lo más mínimo esas denuncias: lo único que hace es modificar un tanto su orientación. Por ejemplo, el partido alemán afianza sus posiciones y extiende su influencia, sobre todo, gracias a la persistente energía de sus campañas de denuncias políticas. La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de *todos* los casos de arbitrariedad y de opresión, de *todos* los abusos y violencias, *cualesquiera que sean las clases* afectadas; a hacerse eco, además, desde el punto de vista socialdemócrata, y no desde algún otro. La conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase si los obreros no aprenden -basándose en hechos y acontecimientos políticos concretos y, además, actuales sin falta- a observar a *cada una* de las otras clases sociales en *todas* las manifestaciones de su vida intelectual, moral y política; si no aprenden a hacer un análisis materialista y una apreciación materialista de *todos* los aspectos de la actividad y la vida de *todas* las clases, sectores y grupos de la población. Quien orienta la atención, la capacidad de observación y la conciencia de la clase obrera de manera exclusiva -o, aunque sólo sea con preferencia- hacia ella misma, no es un socialdemócrata, pues el conocimiento de la clase obrera por sí misma está ligado de modo indisoluble a la completa claridad no sólo de los conceptos teóricos... o mejor dicho: no tanto de los conceptos teóricos como de las ideas, basadas en la

experiencia de la vida política, sobre las relaciones entre todas las clases de la sociedad actual. Por eso es tan nociva y tan reaccionaria, dada su significación práctica, la prédica de nuestros "economistas" de que la lucha económica es el medio que se puede aplicar con más amplitud para incorporar a las masas al movimiento político. Para llegar a ser un socialdemócrata, el obrero debe formarse una idea clara de la naturaleza económica y de la fisonomía social y política del terrateniente y del cura, del dignatario y del campesino, del estudiante y del desclasado, conocer sus lados fuertes y sus puntos flacos; saber orientarse entre los múltiples sofismas y frases en boga, con los que cada clase y cada sector social *encubre* sus apetitos egoístas y su verdadera "entraña"; saber distinguir qué instituciones y leyes reflejan tales o cuales intereses y cómo lo hacen. Mas esa "idea clara" no se puede encontrar en ningún libro: pueden proporcionarla únicamente las escenas de la vida y las denuncias, mientras los hechos están recientes, de cuanto sucede alrededor nuestro en un momento dado; de lo que todos y cada uno hablan -o, por lo menos, cuchichean- a su manera; de lo que revelan determinados acontecimientos, cifras, sentencias judiciales, etc., etc., etc. Estas denuncias políticas omnímodas son condición indispensable y *fundamental* para infundir actividad revolucionaria a las masas.

¿Por qué el obrero ruso muestra todavía poca actividad revolucionaria frente al salvajismo con que la policía trata al pueblo, frente a las persecuciones de las sectas, los castigos corporales impuestos a los campesinos, los abusos de la censara, las torturas de los soldados, la persecución de las iniciativas culturales más inofensivas, etc.? ¿No será porque la "lucha económica" no le "incita a pensar" en ello, porque le "promete" pocos "resultados palpables", porque le ofrece pocos elementos "positivos"? No; semejante juicio, repetimos, no es sino una tentativa de achacar las culpas propias a otros, imputar el filisteísmo propio (y también el bernsteinianismo) a la masa obrera. Debemos culparnos a nosotros mismos, a nuestro atraso con respecto al movimiento de las masas, de no haber sabido aún organizar denuncias lo suficiente amplias, brillantes y rápidas contra todas esas ignominias. Si lo hacemos (y debemos y podemos hacerlo) , el obrero más atrasado comprenderá *o sentirá* que el estudiante y el miembro de una secta religiosa, el mujik y el escritor son vejados y atropellados por esa misma fuerza tenebrosa que tanto le oprime y le sojuzga a él en cada paso de su vida. Al sentirlo, él mismo querrá reaccionar, sentirá un deseo incontenible de hacerlo; y entonces sabrá armar hoy un escándalo a los censores, manifestarse mañana ante la casa del gobernador que haya sofocado un levantamiento campesino, dar pasado mañana una lección a los gendarmes con sotana que desempeñan la función del Santo Oficio, etc. Hemos hecho todavía muy poco, casi nada, para *lanzar* entre las masas obreras denuncias omnímodas y actuales. Muchos de nosotros ni siquiera comprendemos aún esta *obligación* suya y seguimos espontáneamente tras la "monótona lucha cotidiana" en el estrecho marco de la vida fabril. En tales condiciones decir que "*Iskra* tiene la tendencia a rebajar la importancia de la marcha ascendente de la monótona lucha cotidiana, en comparación con la propaganda de ideas brillantes y acabadas" (Martínov, pág. 61), significa arrastrar al partido hacia atrás, defender y ensalzar nuestra falta de preparación, nuestro atraso.

En lo que respecta al llamamiento a las masas para la acción, éste surgirá por sí mismo siempre que haya enérgica agitación política y denuncias vivas y aleccionadoras. Pillar a alguien en flagrante delito y estigmatizado en el acto ante todo el mundo y en todas partes es más eficaz que cualquier "llamamiento" e influye a veces de tal modo que después es incluso imposible decir con exactitud quién "llamó" a la muchedumbre y quién propuso tal o cual plan de manifestación, etc. Se puede llamar a una acción -en el sentido concreto de la palabra, y no en el sentido general- sólo en el lugar mismo donde la acción se lleve a cabo; y puede hacerlo únicamente quien va a obrar en el acto. Y nuestra misión de publicistas socialdemócratas consiste en ahondar, extender e intensificar las denuncias políticas y la agitación política.

A propósito de los "llamamientos". "*Iskra*" *fue el único órgano* que, *antes* de los sucesos de la primavera[70], *llamó* a los obreros a intervenir de modo activo en una cuestión -el alistamiento forzoso de estudiantes- que no *prometía* absolutamente ningún *resultado palpable* al obrero. Nada más publicarse la disposición del 11 de enero sobre "el alistamiento forzoso de ciento ochenta y tres estudiantes para hacer el servicio", *Iskra* insertó un artículo sobre este hecho (núm. 2, febrero) y, *antes* de que comenzara toda manifestación, *llamó* con claridad "a los obreros a acudir en ayuda de los estudiantes", llamó al "pueblo" a contestar públicamente al insolente desafío del gobierno. Preguntamos a todos y cada uno: ¿cómo explicar la notable circunstancia de que, hablando tanto de "llamamientos" y destacando los "llamamientos" incluso como una forma especial de actividad, Martínov no haya mencionado para nada *este* llamamiento? ¿No será filisteísmo, después de todo, la declaración de Martínov de que *Iskra* es *unilateral* porque no "llama" suficientemente a la lucha por reivindicaciones que "prometan resultados palpables"?

Nuestros "economistas", entre ellos *Rabócheie Dielo*, tenían éxito porque se adaptaban a la mentalidad de los obreros atrasados. Pero el obrero socialdemócrata, el obrero revolucionario (y el número de estos obreros aumenta de día en día) rechazará con indignación todos eso razonamientos sobre la lucha por reivindicaciones que "prometan

resultados palpables", etc., pues comprenderá que no son sino variantes de la vieja cantilena del aumento de un kopek por rublo. Este obrero dirá a sus consejeros de R. Mysl y de *R. Dielo*: en vano se afanan, señores, interviniendo con demasiado celo en asuntos que nosotros mismos resolvemos y esquivando el cumplimiento de sus verdaderas obligaciones. Porque no es nada inteligente decir, como lo hacen ustedes, que la tarea de los socialdemócratas consiste en dar a la lucha económica misma un carácter político; eso es sólo el comienzo, y no radica en ello la tarea principal de los socialdemócratas, pues en el mundo entero, sin exceptuar a Rusia, es la *policía misma la que comienza muchas veces a dar* a la lucha económica un carácter político, y los propio obreros aprenden a darse cuenta de con quién está el gobierno*. En efecto, esa "lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno", con que ustedes presumen como si hubieran descubierto América, la sostienen en numerosos lugares perdidos de Rusia los propios obreros, que han oído hablar de huelgas, pero que quizá nada sepan de socialismo. Esa "actividad" nuestra, de los obreros, que todos ustedes quieren apoyar presentando reivindicaciones concretas que prometan resultados palpables, existe ya entre nosotros; y en nuestra minúscula labor cotidiana, sindical, nosotros mismos presentamos esas reivindicaciones concretas, a menudo sin ayuda alguna de los intelectuales. Pero esa actividad no nos basta; no somos niños a los que se pueda alimentar sólo con la papilla de la política "económica"; queremos saber todo lo que saben los demás, queremos conocer detalladamente *todos* los aspectos de la vida política y tomar parte *activa* en todos y cada uno de los acontecimientos políticos. Para ello es necesario que los intelectuales repitan menos lo que ya sabemos nosotros mismos** y nos den más de lo que todavía no sabemos, de lo que jamás podremos saber por nosotros mismos a través de nuestra experiencia fabril y "económica", o sea: conocimientos políticos. Ustedes, los intelectuales, pueden adquirir estos conocimientos y *tienen el deber* de proporcionárnoslos cien y mil veces más que hasta ahora; además, deben proporcionárnoslos no sólo en forma de razonamientos, folletos y artículos (que a menudo -¡disculpen la franqueza!- suelen ser algo aburridos), sino indispensablemente en forma de *denuncias* vivas de cuanto hacen nuestro gobierno y nuestras clases dominantes en estos momentos en todos los aspectos de la vida. Cumplan con mayor celo esta obligación suya y *hablen menos de "elevar la actividad de la masa obrera"*. ¡Nuestra actividad es mucho mayor de lo que ustedes suponen y sabemos sostener, por medio de la lucha abierta en la calle, incluso las reivindicaciones que no prometen ningún "resultado palpable"! Y no son ustedes los llamados a "elevar" nuestra actividad, pues *ustedes mismos carecen precisamente de esa actividad*. ¡Póstrense menos ante la espontaneidad y piensen más en elevar su propia actividad, señores!

* La exigencia de "dar a la lucha económica misma un carácter político" es la manifestación más patente del *culto a la espontaneidad* en la actividad política. La lucha económica adquiere a menudo un carácter político *de manera espontánea*, es decir, sin la intervención de los "intelectuales", que son el "bacilo revolucionario", sin la intervención de los socialdemócratas conscientes. Por ejemplo, la lucha económica de los obreros en Inglaterra adquirió también un carácter político sin participación alguna de los socialistas. Ahora bien, la tarea de los socialdemócratas no se limita a la agitación política en el terreno económico: su tarea es *transformar* esa política tradeunionista en lucha política socialdemócrata, *aprovechar* los destellos de conciencia política que la lucha económica ha hecho penetrar en los obreros para *elevar* a éstos al nivel de conciencia política *socialdemócrata*. Pero los Martínov, en vez de elevar e impulsarla conciencia política que se despierta de manera espontánea, *se prosternan ante la espontaneidad* y repiten con machaconería, hasta dar náuseas, que la lucha económica "incita" a los obreros a pensar en su falta de derechos políticos. ¡Es de lamentar, señores, que este despertar espontáneo de la conciencia política tradeunionista no les "*incite*" a ustedes mismos a pensar en sus tareas socialdemócratas!

** Para confirmar que todo este discurso de los obreros a los "economistas" no es una invención gratuita nuestra, nos remitiremos a dos testigos que, sin duda, conocen el movimiento obrero directamente y no se inclinan, ni mucho menos, a ser parciales con nosotros, los "dogmáticos", pues uno de ellos es un "economista" (¡que considera incluso a *Rabócheie Dielo* un órgano político!) y el otro, Un terrorista. El primer testigo es el autor de un artículo, notable por su veracidad y viveza, publicado en el núm. 6 de *R. D.* con el título de *El movimiento obrero de San Petersburgo y las tareas prácticas de la socialdemocracia*. Divide a los obreros en: 1) revolucionarios conscientes; 2) sector intermedio, y 3) el resto de la masa. Y resulta que el sector intermedio "a menudo se interesa más por los problemas de la vida política que por sus intereses económicos inmediatos cuya relación con las condiciones sociales generales ha sido comprendida hace ya mucho"... *R. Mysl* es "criticado con dureza": "siempre lo mismo, hace mucho que lo sabemos, hace mucho que lo leímos", "tampoco esta vez hay nada nuevo en la crónica política" (págs. 30-31). Pero incluso el tercer sector, "la masa obrera más sensible, más joven, menos corrompida por la taberna y por la iglesia, que casi nunca tiene posibilidad de conseguir un libro de contenido político, habla a diestro y siniestro de los fenómenos de la vida política y reflexiona sobre las noticias fragmentarias acerca de un motín de estudiantes", etc. Y el terrorista escribe: "...Leen un par de veces unas líneas dedicadas a minucias de la vida de las fábricas en ciudades que no son las suyas y luego dejan de leer... Les aburre... No hablar en un periódico obrero sobre el Estado... significa imaginarse que el obrero es un niño pequeño... El obrero no es un niño" (*Svoboda*[71], ed. del Grupo Revolucionario-Socialista, págs. 69-70).

d) ¿Qué hay de común entre el economismo y el terrorismo?

Hemos confrontado, en una nota a pie de página, a un "economista" y a un terrorista no socialdemócrata, que por casualidad han resultado solidarios. Pero, hablando en general, entre los unos y los otros existe un nexo no casual, sino interno y necesario, del cual tendremos que hablar aún más adelante y al que es preciso referirse precisamente cuando se trata de inculcar la actividad revolucionaria. Los "economistas" y los terroristas de nuestros días tienen una raíz común: *el culto a la espontaneidad*, del que hemos hablado en el capítulo precedente como de un fenómeno general y que ahora examinamos desde el punto de vista de su influencia en la actividad política y en la lucha política. A primera vista, nuestra afirmación puede parecer paradójica: tan grande es, aparentemente, la diferencia entre quienes hacen hincapié en la "monótona lucha cotidiana" y quienes preconizan la lucha más abnegada del individuo aislado. Pero no es una paradoja. Los "economistas" y los terroristas rinden culto a dos polos diferentes de la corriente espontánea: los "economistas", a la espontaneidad del "movimiento puramente obrero"; los terroristas, a la espontaneidad de la indignación más ardiente de los intelectuales, que no saben o no tienen la posibilidad de vincular la labor revolucionaria al movimiento obrero para formar un todo. Quienes hayan perdido la fe en esta posibilidad, o jamás la hayan tenido, difícilmente encontrarán, en efecto, otra manera de manifestar su sentimiento de indignación y su energía revolucionaria que no sea el terrorismo. Así pues, el culto a la espontaneidad en las dos direcciones indicadas no es sino *el comienzo de la aplicación* del famoso programa del *Credo*: los obreros sostienen su "lucha económica contra los patronos y el gobierno" (¡que nos perdone el autor del *Credo* porque expresemos sus ideas con palabras de Martínov! Creemos tener derecho a hacerlo, pues también en el *Credo* se habla de que los obreros, en la lucha económica, "chocan con el régimen político"), ¡y los intelectuales, con sus propias fuerzas, despliegan su lucha política, como es natural, por medio del terrorismo! Esta *conclusión* es completamente lógica e inevitable, y es forzoso insistir sobre ella, *aunque quienes* comienzan a realizar dicho programa no *han comprendido* que tal conclusión es inevitable. La actividad política tiene su lógica, que no depende de la conciencia de quienes con las mejores intenciones exhortan o al terrorismo o a imprimir un carácter político a la lucha económica misma. De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno, y en el caso presente las buenas intenciones no salvan aún de la inclinación espontánea a "la línea del menor esfuerzo", a la línea del programa *netamente burgués del Credo*. Porque tampoco tiene nada de casual que muchos liberales rusos -tanto los liberales declarados como los que se cubren con una careta marxista- simpaticen de todo corazón con el terrorismo y traten de mantener la intensificación de las tendencias terroristas en el momento actual.

Pues bien, al surgir el "Grupo Revolucionario-Socialista *Svoboda*", que se había señalado precisamente la tarea de ayudar por todos los medios al movimiento obrero, pero incluyendo *en el programa* el terrorismo y emancipándose, por decirlo así, de la socialdemocracia, este hecho vino a confirmar una vez más la admirable perspicacia de P. B. Axelrod, quien *predijo con toda exactitud* estos resultados de las vacilaciones socialdemócratas *ya a fines de 1897* (en su trabajo *A propósito de las tareas y de la táctica actuales*) y trazó sus famosas "dos perspectivas". Todas las discusiones y discrepancias posteriores entre los socialdemócratas rusos están ya, como la planta en la semilla, en esas dos perspectivas*.

Desde el punto de vista indicado se comprende también que *R. Dielo*, que no ha podido resistir a la espontaneidad del "economismo", tampoco haya podido resistir a la espontaneidad del terrorismo. Tiene sumo interés señalar aquí la argumentación especial que ha esgrimido *Svoboda* en defensa del terrorismo. "Niega por completo" el papel intimidador del terrorismo (*Renacimiento del revolucionarismo*, pág. 64), pero, en cambio, destaca su "importancia excitadora". Esto es característico, en primer lugar, como una de las fases de la descomposición y decadencia del conjunto tradicional (presocialdemócrata) de ideas que obligaba a asirse al terrorismo. Reconocer que en la actualidad es imposible "intimidar" al gobierno -y, por consiguiente, desorganizado- por medio del terrorismo equivale, en el fondo, a condenar rotundamente este último como sistema de lucha, como campo de actividad consagrado por un programa. En segundo lugar, esto es aún más

* Martínov "se imagina otro dilema más real (?)" (*La socialdemocracia y la clase obrera*, pág. 19): "O la socialdemocracia asume la dirección inmediata de la lucha económica del proletariado y, con ello (!), la transforma en lucha revolucionaria de clase"... "Con ello", es decir, al parecer, con la dirección inmediata de la lucha económica. Que nos indique Martínov dónde se ha visto que, por el *único* y *solo* hecho de dirigir la lucha sindical, se haya logrado transformar el movimiento tradeunionista en movimiento revolucionario de clase. ¿No caerá en la cuenta de que, para realizar esta "transformación", debemos asumir activamente la "dirección inmediata" de la agitación política *omnímoda*?.. "O bien otra perspectiva: la socialdemocracia abandona la dirección de la lucha económica de los obreros y, con ello..., se corta las alas"... Según el juicio de *R. Dielo*, antes citado, es *Iskra* la que "abandona". Pero hemos visto que *Iskra* hace para dirigir la lucha económica *mucho más que "R. Dielo"* y, por añadidura, no se limita en eso *ni restringe*, en nombre de eso, sus tareas políticas.

característico como ejemplo de la incomprensión de nuestras tareas urgentes de "infundir actividad revolucionaria a las masas". *Svoboda* hace propaganda del terrorismo como medio de "excitar" el movimiento obrero y darle un "fuerte impulso". ¡Es difícil imaginarse una argumentación que se refute a sí misma con mayor evidencia! Cabe preguntar: ¿es que existen en la vida rusa tan pocos abusos que sea preciso aún inventar "excitantes" especiales? Y, por otra parte, si hay alguien que no se excita ni es excitable siquiera por la arbitrariedad rusa, ¿no es evidente que seguirá contemplando también con indiferencia el duelo entre el gobierno y un puñado de terroristas? La realidad es que las masas obreras se excitan mucho por las infamias de la vida rusa, pero nosotros no sabemos reunir, si puede decirse así, y concentrar todas las gotas y chorrillos de la excitación popular que la vida rusa rezuma en cantidad inconmensurablemente mayor de lo que todos nosotros nos figuramos y pensamos, y que es preciso fusionar en *un solo* torrente gigantesco. Que esto es factible lo demuestran de manera irrefutable la colosal propagación del movimiento obrero y la avidez, ya señalada, de publicaciones políticas por parte de los obreros. Pero los llamamientos al terrorismo, así como los llamamientos a dar a la lucha económica misma un carácter político, son formas distintas de *esquivar* el deber más imperioso de los revolucionarios rusos: organizar la agitación política en todos sus aspectos. *Svoboda* quiere *sustituir* la agitación con el terrorismo, confesando sin rodeos que, "en cuanto empiece una agitación intensa y enérgica entre las masas, el papel excitador de éste desaparecerá" (*Renacimiento del revolucionarismo*, pág. 68). Esto justamente muestra que tanto los terroristas como los "economistas" *subestiman* la actividad revolucionaria de las masas, pese al testimonio evidente de los sucesos de la primavera*; además, unos se precipitan en busca de "excitantes" artificiales y otros hablan de "reivindicaciones concretas". Ni los unos ni los otros prestan suficiente atención al desarrollo de *su propia actividad* de agitación política y de organización de denuncias políticas. Y ni ahora ni en ningún otro momento se puede *sustituir* con nada esta labor.

e) La clase obrera como combatiente de vanguardia por la democracia

Hemos visto ya que la agitación política más amplia y, por consiguiente, la organización de denuncias políticas de todo género es una tarea necesaria en absoluto, la tarea *más imperiosamente* necesaria de la actividad, siempre que esta actividad sea de veras socialdemócrata. Pero hemos llegado a esta conclusión partiendo *sólo* de la necesidad apremiante que la clase obrera tiene de conocimientos políticos y de educación política. Sin embargo, esta manera de plantear la cuestión sería demasiado estrecha y daría de lado las tareas democráticas universales de toda la socialdemocracia, en general, y de la socialdemocracia rusa actual, en particular. Para explicar esta tesis del modo más concreto posible, intentaremos enfocar el problema desde el punto de vista más "familiar" al "economista", o sea, desde el punto de vista práctico. "Todos están de acuerdo" con que es preciso desarrollar la conciencia política de la clase obrera. Pero ¿cómo hacerlo y qué es necesario para hacerlo? La lucha económica "hace pensar" a los obreros sólo en las cuestiones concernientes a la actitud del gobierno ante la clase obrera; por eso, *por más que nos esforcemos* en "dar a la lucha económica misma un carácter político", *jamás podremos*, en los límites de esta tarea, desarrollar la conciencia política de los obreros (hasta el grado de conciencia política socialdemócrata), pues *los propios límites son estrechos*. La fórmula de Martínov es valiosa para nosotros, pero en modo alguno porque ilustre la capacidad del autor para embrollar las cosas. Es valiosa porque pone de relieve el error fundamental de todos los "economistas": el convencimiento de que se puede desarrollar la conciencia política de clase de los obreros *desde dentro*, por decirlo así, de su lucha económica, o sea, partiendo sólo (o, al menos, principalmente) de esta lucha, basándose sólo (o, al menos, principalmente) en esta lucha. Semejante opinión es errónea de raíz; y precisamente porque los "economistas", enojados por nuestra polémica con ellos, no quieren reflexionar como es debido en el origen de nuestras discrepancias, acabamos literalmente por no comprendernos, por hablar lenguas diferentes.

Al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase *sólo desde fuera*, es decir, desde fuera de la lucha económica, desde fuera del campo de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera de que se pueden extraer esos conocimientos es la esfera de las relaciones de *todas* las clases y sectores sociales con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de *todas* las clases entre sí. Por eso, a la pregunta de qué hacer para dotar de conocimientos políticos a los obreros no se puede dar únicamente la respuesta con que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados a la labor práctica, sin hablar ya de quienes, entre ellos, son propensos al "economismo", a saber: "Hay que ir a los obreros". Para aportar *a los obreros* conocimientos políticos, los socialdemócratas deben *ir a todas las clases de la población*, deben enviar *a todas partes* destacamentos de su ejército.

Si empleamos adrede esta fórmula tosca y nos expresamos adrede de una forma simplificada y tajante, no es en modo alguno por el deseo de decir paradojas, sino para "incitar" a los "economistas" a

* Se trata de la primavera de *1901*, en la que comenzaron grandes manifestaciones en las calles. (Nota de Lenin para la edición de 1007. *N. de la Edit.*)

pensar en las tareas que desdeñan de manera tan imperdonable y en la diferencia -que ellos no quieren comprender- entre la política tradeunionista y la política socialdemócrata. Por eso rogamos al lector que no se impaciente y nos escuche con atención hasta el final.

Tomemos el tipo del círculo socialdemócrata más difundido en los últimos años y examinemos su actividad. "Está en contacto con los obreros" y se conforma con eso, editando hojas que fustigan los abusos cometidos en las fábricas, la parcialidad del gobierno con los capitalistas y las violencias de la policía; en las reuniones con los obreros, la conversación no rebasa o casi no rebasa, por lo común, los límites de estos mismos temas; sólo muy de tarde en tarde se pronuncian conferencias y charlas acerca de la historia del movimiento revolucionario, la política interior y exterior de nuestro gobierno, la evolución económica de Rusia y de Europa, la situación de las distintas clases en la sociedad contemporánea, etc.; nadie piensa en establecer y desenvolver de manera sistemática relaciones con otras clases de la sociedad. En el fondo, los componentes de un círculo de este tipo conciben al militante ideal, en la mayoría de los casos, mucho más parecido a un secretario de tradeunión que a un jefe político socialista. Porque el secretario de cualquier tradeunión inglesa, por ejemplo, ayuda siempre a los obreros a sostener la lucha económica, organiza la denuncia de los abusos en las fábricas, explica la injusticia de las leyes y disposiciones que restringen la libertad de huelga y la libertad de colocar piquetes cerca de las fábricas (para avisar a todos que en la fábrica dada se han declarado en huelga), explica la parcialidad de los árbitros pertenecientes a las clases burguesas del pueblo, etc., etc. En una palabra, todo secretario de tradeunión sostiene y ayuda a sostener "la lucha económica contra los patronos y el gobierno". Y jamás se insistirá bastante en que esto no es aún socialdemocracia, que el ideal del socialdemócrata no debe ser el secretario de tradeunión, sino el tribuno popular, que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad y de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social a que afecte; que sabe sintetizar todas estas manifestaciones en un cuadro único de la brutalidad policíaca y de la explotación capitalista; que sabe aprovechar el hecho más pequeño para exponer *ante todos* sus convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar *a todos* y cada uno la importancia histórica universal de la lucha emancipadora del proletariado. Comparen, por ejemplo, a hombres como Roberto Knight (conocido secretario y líder de la Sociedad de Obreros Caldereros, uno de los sindicatos más poderosos de Inglaterra) y Guillermo Liebknecht e intenten aplicarles las contradicciones en que basa Martínov sus discrepancias con *Iskra*. Verán que R. Knight -empiezo a hojear el artículo de Martínov- "ha exhortado" mucho más "a las masas a ciertas acciones concretas" (pág. 39), mientras que G. Liebknecht se ha dedicado más a "explicar desde un punto de vista revolucionario todo el régimen actual o sus manifestaciones parciales" (págs. 38-39); que R. Knight "ha formulado las reivindicaciones inmediatas del proletariado e indicado los medios de satisfacerlas" (pág. 41), mientras que G. Liebknecht, sin dejar de hacer eso, no ha renunciado a "dirigir al mismo tiempo la intensa actividad de los diferentes sectores oposicionistas" y "dictarles un programa positivo de acción"* (pág. 41); que R. Knight ha procurado precisamente "imprimir, en la medida de lo posible, a la lucha económica misma un carácter político" (pág. 42) y ha sabido muy bien "presentar al gobierno reivindicaciones concretas que prometen ciertos resultados palpables" (pág. 43), en tanto que G. Liebknecht se ha ocupado mucho más de las "denuncias" "unilaterales" (pág. 40); que R. Knight ha concedido más importancia al "desarrollo progresivo de la monótona lucha cotidiana" (pág. 61), y G. Liebknecht, "a la propaganda de ideas brillantes y acabadas" (pág. 61); que G. Liebknecht ha hecho del periódico dirigido por él precisamente "un órgano de oposición revolucionaria que denuncia nuestro régimen, y sobre todo nuestro régimen político, por cuanto choca con los intereses de los más diversos sectores de la población" (pág. 63), mientras que H. Knight "ha trabajado por la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria" (pág. 63) -si se entiende por "estrecho contacto orgánico" ese culto a la espontaneidad que hemos analizado más arriba en los ejemplos de Krichevski y de Martínov y "ha restringido la esfera de su influencia", convencido, sin duda como Martínov, de que "con ello se hacía más compleja esta influencia" (pág. 63). En una palabra, verán que Martínov rebaja *de facto* la socialdemocracia al nivel del tradeunionismo, aunque, claro está, en modo alguno lo hace porque no quiera el bien de la socialdemocracia, sino simplemente porque se ha apresurado un poco a profundizar a Plejánov, en lugar de tomarse la molestia de comprenderlo.

Pero volvamos a nuestra exposición. Hemos dicho que el socialdemócrata, si es partidario, no sólo de palabra, del desarrollo polifacético de la conciencia política del proletariado, debe "ir a todas las clases de la población". Surgen varias preguntas: ¿Cómo hacerlo? ¿Tenemos fuerzas suficientes para ello? ¿Existe una base que permita realizar esta labor entre todas las demás clases? ¿No implicará eso abandonar, o conducirá a abandonar, el punto de vista de clase? Examinemos estas cuestiones.

---

* Por ejemplo, durante la guerra franco-prusiana, Liebknecht dictó un programa de acción para *toda la democracia*, cosa que Marx y Engels hicieron en mayor escala aún en 1848.

Debemos "ir a todas, las clases de la población" como teóricos, como propagandistas, como agitadores y como organizadores. Nadie pone en duda que la labor teórica de los socialdemócratas debe orientarse a estudiar todas las peculiaridades de la situación social y política de las diversas clases. Pero se hace muy poco, poquísimo, en este sentido, desproporcionadamente poco si se compara con la labor tendiente a estudiar las peculiaridades de la vida fabril. En los comités y en los círculos podemos encontrar personas que incluso estudian a fondo especialmente algún ramo de la siderurgia; pero apenas encontrarán ejemplos de miembros de las organizaciones que (obligados por una u otra razón, como sucede a menudo, a retirarse de la labor práctica) se dediquen de manera especial a reunir datos sobre algún problema actual de nuestra vida social y política que pueda servir de motivo para desplegar una labor socialdemócrata entre otros sectores de la población. Cuando se habla de la poca preparación de la mayoría de los actuales dirigentes del movimiento obrero, es forzoso recordar asimismo la preparación en este aspecto, pues está ligada también a la concepción "economista" del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria". Pero lo principal, por supuesto, es *la propaganda* y *la agitación* entre todos los sectores de la población. El socialdemócrata de Europa Occidental ve facilitada esta labor por las reuniones y asambleas populares, a las que asisten *cuantos* lo desean, y por la existencia del Parlamento, en el cual el representante socialdemócrata habla ante los diputados de *todas* las clases. En nuestro país no tenemos ni Parlamento ni libertad de reunión; pero sabemos, sin embargo, organizar reuniones con los obreros que quieren escuchar a *un socialdemócrata*. Debemos saber también organizar reuniones con los componentes de todas las clases de la población que deseen escuchar a *un demócrata*. Porque no es socialdemócrata quien olvida en la práctica que "los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario"[72]; que por ello, debemos exponer y recalcar *ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales*, sin ocultar en ningún momento nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata quien olvida en la práctica que su deber consiste en ser *el primero* en plantear, acentuar y resolver *todo* problema democrático general.

"¡Pero si no hay nadie que no esté de acuerdo con eso!" -nos interrumpirá el lector impaciente-, y las nuevas instrucciones a la redacción de *R. Dielo*, aprobadas en el último Congreso de la Unión, dicen con claridad: "Deben servir de motivos para la propaganda y la agitación políticas todos los fenómenos y acontecimientos de la vida social y política que afecten al proletariado, bien directamente, como clase especial, bien *como vanguardia de todas las fuerzas revolucionarias en la lucha por la libertad*" (*Dos congresos*, pág. 17. La cursiva es nuestra). En efecto, son palabras muy justas y muy buenas, y nos consideraríamos satisfechos por completo si "*Rabócheie Dielo*" *las comprendiese, si no dijese, al mismo tiempo, otras que las contradicen*. Pues no basta con titularse "vanguardia", destacamento avanzado: es preciso, además, actuar de tal modo que *todos* los otros destacamentos vean y estén obligados a reconocer que marchamos a la cabeza. Y preguntamos al lector: ¿es que los componentes de los demás "destacamentos" son tan estúpidos que van a creernos como artículo de fe cuando hablamos de la "vanguardia"? Imagínense de manera concreta el siguiente cuadro. En el "destacamento" de radicales o de constitucionalistas liberales rusos instruidos se presenta un socialdemócrata y declara: Somos la vanguardia; "nuestra tarea consiste ahora en dar a la lucha económica misma, en la medida de lo posible, un carácter político". Todo radical o constitucionalista que tenga dos dedos de frente (y entre los radicales y constitucionalistas rusos hay muchos que los tienen), no podrá menos de acoger con una sonrisa semejantes palabras y decir (para sus adentros, claro está, pues en la mayoría de los casos es diplomático ducho): "¡Qué simple es esta "vanguardia"! No comprende siquiera que es a nosotros, representantes avanzados de la democracia burguesa, a quienes incumbe imprimir a la lucha económica *misma* de los obreros un carácter político. Porque también nosotros, como todos los burgueses del Occidente de Europa, queremos incorporar a los obreros a la política, *pero sólo y precisamente a la política tradeunionista y no a la política socialdemócrata*. La política tradeunionista de la clase obrera es cabalmente *la política burguesa* de la clase obrera. ¡Y la definición que esta "vanguardia" hace de su tarea no es otra cosa que la fórmula de la política tradeunionista! Dejemos, pues, que incluso se llamen socialdemócratas cuanto quieran. ¡No soy un niño, no voy a acalorarme por una cuestión de marbetes! Pero que no se dejen llevar por esos nefastos dogmáticos ortodoxos, ¡que dejen la "libertad de crítica" a quienes llevan inconscientemente a la socialdemocracia al cauce tradeunionista!"

Y la ligera sonrisa burlona de nuestro constitucionalista se transformará en risa homérica cuando sepa que los socialdemócratas que hablan del papel de vanguardia de la socialdemocracia en el momento actual, cuando el elemento espontáneo prevalece casi por completo en nuestro movimiento, ¡temen más que nada "aminorar el elemento espontáneo", temen "aminorar la importancia del desarrollo progresivo de la monótona lucha cotidiana a expensas de la propaganda de ideas brillantes y acabadas", etc., etc.! ¡Un destacamento "avanzado" que teme que lo consciente aventaje a lo espontáneo, que teme presentar un "plan" audaz que deba ser aceptado incluso por quienes piensan de otro modo!

¿No confundirán la palabra vanguardia con la palabra retaguardia?

Reflexionen, en efecto, sobre el siguiente razonamiento de Martínov. En la página 40 declara que la táctica de denuncias de *Iskra* es unilateral; que "por más que sembremos la desconfianza y el odio al gobierno, no alcanzaremos nuestro objetivo mientras no logremos desarrollar una energía social lo bastante activa para derrocarlo". Esta es, dicho sea entre paréntesis, la preocupación, ya conocida por nosotros, de intensificar la actividad de las masas y tender a restringir la propia. Mas ahora no se trata de eso. Como vemos, Martínov habla aquí de energía *revolucionaria* ("para derrocar"). ¿Y a qué conclusión llega? En tiempos ordinarios, los diversos sectores sociales actúan inevitablemente por separado; "en vista de eso, está claro que nosotros, los socialdemócratas, no podemos dirigir simultáneamente la actividad enérgica de los diversos sectores de oposición, no podemos dictarles un programa positivo de acción, no podemos indicarles los procedimientos con que se debe luchar día tras día para defender sus intereses... Los sectores liberales se preocuparán ellos mismos de la lucha activa por sus intereses inmediatos, que les hará enfrentarse con nuestro régimen político" (pág. 41). Así pues, Martínov, que empezó hablando de energía revolucionaria y de lucha activa por el derrocamiento de la autocracia ¡se desvía en el acto hacia la energía sindical y la lucha activa por los intereses inmediatos! Se comprende de por sí que no podemos dirigir la lucha de los estudiantes, de los liberales, etc., por sus "intereses inmediatos", ¡pero no se trataba de eso, respetabilísimo economista! De lo que se trataba era de la participación posible y necesaria de los diferentes sectores sociales en el derrocamiento de la autocracia, y si queremos ser la "vanguardia", no sólo *podemos*, sino que debemos dirigir sin falta *esta* "actividad enérgica de los diversos sectores de oposición". En cuanto a lo de que nuestros estudiantes, nuestros liberales, etc. "se enfrentaran con nuestro régimen político", debe decirse que se preocuparán de esto no sólo ellos mismos, sino, ante todo y sobre todo, la propia policía y los propios funcionarios del gobierno autocrático. Pero "nosotros", si queremos ser demócratas avanzados, debemos preocuparnos de *incitar* a quienes están descontentos únicamente del régimen universitario o del zemstvo, etc., a pensar que es malo todo el régimen político. *Nosotros* debemos asumir la tarea de organizar la lucha política, bajo la dirección de *nuestro* partido, en forma tan múltiple que todos los sectores de oposición puedan prestar, y presten de verdad, a esta lucha y a este partido la ayuda que puedan. *Nosotros* debemos hacer de los militantes socialdemócratas dedicados a la labor práctica líderes políticos que sepan dirigir todas las manifestaciones de esta lucha múltiple, que sepan, en el momento necesario, "dictar un programa positivo de acción" a los estudiantes en efervescencia, a los descontentos de los zemstvos, a los miembros indignados de las sectas religiosas, a los maestros nacionales lesionados en sus intereses, etc., etc. Por eso es *completamente falsa* la afirmación de Martínov de que "con respecto a ellos *sólo* podemos desempeñar el papel *negativo* de denunciadores del régimen... *Sólo* podemos disipar sus esperanzas en las distintas comisiones gubernamentales" (la cursiva es nuestra). Al decir esto, Martínov demuestra que *no comprende nada en absoluto* del verdadero papel de la "vanguardia" revolucionaria. Y si el lector tiene esto en cuenta, comprenderá *el verdadero sentido* de las siguientes palabras de conclusión de Martínov: "*Iskra* es un órgano de oposición revolucionaria que denuncia nuestro régimen, sobre todo el político, por cuanto choca con los intereses de los más diversos sectores de la población. Nosotros, en cambio, trabajamos y trabajaremos por la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria. Al restringir la esfera de nuestra influencia, hacemos más compleja esta influencia" (pág. 63). El verdadero sentido de semejante conclusión es: *Iskra* quiere elevar la política tradeunionista de la clase obrera (a la que se limitan con tanta frecuencia nuestros militantes prácticos, ya sea por equivocación, por falta de preparación o por convicción) al nivel de política socialdemócrata. En cambio, *R. Dielo* quiere *rebajar* la política socialdemócrata al nivel de política tradeunionista. Y, por si eso fuera poco, asegura a todo el mundo que "estas posiciones son perfectamente compatibles en la obra común" (pág. 63). *O, sancta simplicitas!*

Prosigamos. ¿Tenemos bastantes fuerzas para llevar nuestra propaganda y nuestra agitación a *todas* las clases de la población? Pues claro que sí. Nuestros "economistas", que a menudo son propensos a negarlo, olvidan el gigantesco paso adelante que ha dado nuestro movimiento de 1894 (más o menos) a 1901. Como "seguidistas" auténticos que son, viven con frecuencia aferrados a ideas del período inicial, pasado hace ya mucho, del movimiento. Entonces, en efecto, nuestras fuerzas eran tan pocas que asombraban, entonces era natural y legítima la decisión de consagrarnos por entero a la labor entre los obreros y condenar con severidad toda desviación de esta línea, entonces la tarea estribaba en afianzarse entre la clase obrera. Ahora ha sido incorporada al movimiento una masa gigantesca de fuerzas; vienen a nosotros los mejores representantes de la joven generación de las clases instruidas; por todas partes, en todas las provincias se ven condenadas a la inactividad personas que ya han tomado o desean tomar parte en el movimiento y que tienden hacia la socialdemocracia (mientras que en 1894 los socialdemócratas rusos podían contarse con los dedos). Uno de los defectos fundamentales de nuestro movimiento, tanto desde el punto de vista

político como de organización, consiste en que *no sabemos* emplear todas estas fuerzas ni asignarles el trabajo adecuado (en el capítulo siguiente, hablaremos con más detalle de esta cuestión). La inmensa mayoría de dichas fuerzas carece en absoluto de la posibilidad de "ir a los obreros"; por consiguiente, no puede ni hablarse del peligro de distraer fuerzas de nuestra labor fundamental. Y para proporcionar a los obreros conocimientos políticos auténticos, vivos y que abarquen todos los dominios es necesario que tengamos "gente nuestra", socialdemócratas, en todas partes, en todos los sectores sociales, en todas las posiciones que permiten conocer los resortes internos de nuestro mecanismo estatal. Y nos hace falta esa gente no sólo para la propaganda y la agitación, sino más aún para la organización.

¿Existe una base que permita actuar entre todas las clases de la población? Quienes no ven que existe, prueban una vez más que su conciencia se rezaga del movimiento ascensional espontáneo de las masas. El movimiento obrero ha suscitado y suscita entre unos el descontento; entre otros, despierta la esperanza de lograr el apoyo de la oposición; a otros les hace comprender que el régimen autocrático no tiene razón de ser, y que su hundimiento es ineludible. Sólo de palabra seríamos "políticos" y socialdemócratas (como ocurre, en efecto, muy a menudo) si no tuviéramos conciencia de que nuestro deber consiste en aprovechar todas las manifestaciones de descontento, en reunir y elaborar todos los elementos de protesta, por embrionaria que sea. Y no hablemos ya de que la masa de millones de campesinos trabajadores, artesanos, pequeños productores, etc., escuchará siempre con avidez la propaganda de un socialdemócrata algo hábil. Pero ¿acaso existe una sola clase de la población en la que no haya individuos, grupos y círculos descontentos por la falta de derechos y la arbitrariedad, y, en consecuencia, capaces de comprender la propaganda del socialdemócrata como portavoz que es de las demandas democráticas generales más candentes? A quienes deseen formarse una idea concreta de esta agitación política del socialdemócrata entre *todas* las clases y sectores de la población, les indicaremos *las denuncias políticas*, en el sentido amplio de la palabra, como el medio principal (pero, claro está, no único) de esta agitación.

"Debemos -escribía yo en el artículo *¿Por dónde empezar?* (*Iskra*, núm. 4, mayo de 1901), del que tendremos que hablar detenidamente más adelante- despertar en todos los sectores del pueblo con un mínimo de conciencia la pasión por las denuncias *políticas*. No debe desconcertarnos que las voces que hacen denuncias políticas sean ahora tan débiles, escasas y tímidas. La causa de ello no es, ni mucho menos, una resignación general con la arbitrariedad policíaca. La razón está en que las personas capaces de denunciar y dispuestas a hacerlo no tienen una tribuna desde la que puedan hablar, no tienen un auditorio que escuche ávidamente y anime a los oradores, no ven por parte alguna en el pueblo una fuerza a la que merezca la pena dirigir una queja contra el "todopoderoso" gobierno ruso... Ahora podemos y debemos crear una tribuna para denunciar ante todo el pueblo al gobierno zarista: esa tribuna tiene que ser un periódico socialdemócrata"*.

Ese auditorio ideal para las denuncias políticas es precisamente la clase obrera, que necesita, primero y principalmente, amplios y vivos conocimientos políticos y que es la más capaz de transformar estos conocimientos en lucha activa, aunque no prometa ningún "resultado palpable". Ahora bien, la tribuna para estas denuncias ante *todo el pueblo* sólo puede ser un periódico central para toda Rusia. "Sin un órgano político es inconcebible en la Europa contemporánea un movimiento que merezca el nombre de movimiento político", y en este sentido por Europa contemporánea hay que entender también, sin duda alguna, a Rusia. La prensa se ha convertido, en nuestro país, desde hace ya mucho, en una fuerza; de lo contrario, el gobierno no gastaría decenas de miles de rublos en sobornarla y en subvencionar a los Katkov y los Mescherski de toda laya. Y en la Rusia autocrática no es una novedad que la prensa clandestina rompa los candados de la censura y *obligue* a hablar públicamente de ella a los órganos legales y conservadores. Así ocurrió en los años 70 e incluso a mediados de siglo. ¡Y cuánto más extensos y profundos son ahora los sectores populares dispuestos a leer la prensa clandestina y a aprender en ella "a vivir y a morir", como se expresaba el obrero autor de una carta publicada en el núm. 7 de *Iskra*! Las denuncias políticas son precisamente una declaración de guerra *al gobierno*, de la misma manera que las denuncias de tipo económico son una declaración de guerra al fabricante. Y la importancia moral de esta declaración de guerra es tanto mayor cuanto más amplia y vigorosa es la campaña de denuncias, cuanto más numerosa y decidida es *la clase* social *que declara la guerra para empezarla*. En consecuencia, las denuncias políticas son, ya de por sí, uno de los medios más potentes para *disgregar* las filas enemigas, para apartar del adversario a sus aliados fortuitos o temporales y sembrar la hostilidad y la desconfianza entre quienes participan de continuo en el poder autocrático.

En nuestros días podrá convertirse en vanguardia de las fuerzas revolucionarias sólo el partido que *organice* campañas de denuncias de verdad ante *todo el pueblo*. Las palabras "todo el pueblo" encierran un gran contenido. La inmensa mayoría de los denunciadores que no pertenecen a la clase obrera (y para ser vanguardia es necesario precisamente atraer a otras clases) son políticos realistas y hombres

* Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

serenos y prácticos. Saben muy bien que si es peligroso "quejarse" incluso de un modesto funcionario, lo es todavía más quejarse del "todopoderoso" gobierno ruso. Y se quejarán *a nosotros* sólo cuando vean que sus quejas pueden surtir efecto, que somos *una fuerza política*. Para lograr que las personas ajenas nos consideren una fuerza política debemos trabajar mucho y con tenacidad a fin de *elevar* nuestro grado de conciencia, nuestra iniciativa y nuestra energía, pues no basta con pegar el marbete de "vanguardia" a una teoría y una práctica de retaguardia.

Pero los admiradores demasiado celosos del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria" nos preguntarán y nos preguntan ya: si debemos encargarnos de organizar denuncias verdaderamente ante todo el pueblo sobre los abusos cometidos por el gobierno, ¿en qué se manifestará entonces el carácter de clase de nuestro movimiento? ¡Pues precisamente en que seremos nosotros, los socialdemócratas, quienes organizaremos esas campañas de denuncias ante todo el pueblo; en que todos los problemas planteados en nuestra agitación serán esclarecidos desde un punto de vista socialdemócrata firme, sin ninguna indulgencia para las deformaciones, intencionadas o no, del marxismo; en que esta polifacética agitación política será realizada por un partido que une en un todo indivisible la ofensiva contra el gobierno en nombre del pueblo entero, la educación revolucionaria del proletariado -salvaguardando al mismo tiempo su independencia política-, la dirección de la lucha económica de la clase obrera y la utilización de sus conflictos espontáneos con sus explotadores, conflictos que ponen en pie y atraen sin cesar a nuestro campo a nuevos sectores proletarios!

Pero uno de los rasgos más característicos del "economismo" consiste precisamente en que no comprende esta conexión; es más, no comprende que la necesidad más urgente del proletariado (educación política en todos los aspectos por medio de la agitación política y de las denuncias políticas) coincide con la necesidad del movimiento democrático general. Esta incomprensión se manifiesta tanto en las frases martinovianas como en diferentes alusiones del mismo sentido a un supuesto punto de vista de clase. He aquí, por ejemplo, cómo se expresan al respecto los autores de la carta "economista" publicada en el núm. 12 de *Iskra*[*]: "Este mismo defecto fundamental de *Iskra* (la sobrestimación de la ideología) es la causa de su inconsecuencia en los problemas referentes a la actitud de la socialdemocracia ante las diversas clases y tendencias sociales. Resolviendo por medio de deducciones teóricas..." (y no mediante "el crecimiento de las tareas del partido, las cuales crecen junto con éste...") "la tarea de pasar sin demora a la lucha contra el absolutismo y sintiendo, por lo visto, toda la dificultad de esta tarea para los obreros, dado el actual estado de cosas..." (y no sólo sintiendo, sino sabiendo muy bien que esta tarea les parece menos difícil a los obreros que a los intelectuales "economistas" que los tratan como a niños pequeños, pues los obreros están dispuestos a batirse incluso por reivindicaciones que, dicho sea con palabras del inolvidable Martínov, no prometen ningún "resultado palpable")..., "pero no teniendo la paciencia de esperar que los obreros acumulen fuerzas para esta lucha, *Iskra* empieza a buscar aliados entre los liberales y los intelectuales..."

Sí, sí, se nos ha acabado, en efecto, toda la "paciencia" para "esperar" los días felices que nos prometen desde hace mucho los "conciliadores" de toda clase, en los cuales nuestros "economistas" dejarán de imputar *su propio* atraso a los obreros y de justificar su insuficiente energía con una pretendida insuficiencia de fuerzas de los obreros. Preguntamos a nuestros "economistas": ¿en qué debe consistir la "acumulación de fuerzas por los obreros para esta lucha"? ¿No es evidente que consiste en dar educación política a los obreros, en denunciar ante ellos *todos* los aspectos de nuestra abyecta autocracia? ¿Y no está claro que *justamente para esta labor* necesitamos tener "aliados entre los liberales y los intelectuales" dispuestos a compartir con nosotros sus denuncias de la campaña política contra la gente de los zemstvos[73], los maestros, estadísticos, estudiantes, etc.? ¿Será, en realidad, tan difícil de comprender esta asombrosa "treta"? ¿N o les viene repitiendo P. B. Axelrod, ya desde 1897, que "el problema de que los socialdemócratas rusos conquisten adictos y aliados directos o indirectos entre las clases no proletarias se resuelve, ante todo y sobre todo, por el carácter de la propaganda que se hace en el seno del proletariado mismo"? ¡Pero no obstante, los Martínov y demás "economistas" siguen creyendo que los obreros deben *primero*, por medio de "la lucha económica contra los patronos y el gobierno", acumular fuerzas (para la política tradeunionista) y sólo *después* "pasar", según parece, del tradeunionista "infundir actividad" a la actividad socialdemócrata!

"...En sus búsquedas -continúan los "economistas"-, *Iskra* se desvía con frecuencia del punto de vista de clase, velando las contradicciones

---

[*] La falta de espacio nos ha impedido responder circunstanciadamente en *Iskra* a esta carta, tan típica de los "economistas". Su aparición nos causó verdadero júbilo, pues hacía ya mucho que llegaban hasta nosotros, desde los lados más diversos, dimes y diretes acerca de que *Iskra* carecía de un consecuente punto de vista de clase, y sólo esperábamos una ocasión propicia, o la expresión cristalizada de esta acusación en boga, para darle una respuesta. Y tenemos por costumbre contestar a los ataques, no con la defensiva, sino con contraataques.

entre las clases y colocando en primer plano la comunidad del descontento con el gobierno, aunque las causas y el grado de este descontento entre los "aliados" son muy diferentes. Tal es, por ejemplo, la actitud de *Iskra* ante los zemstvos"... *Iskra*, según dicen los "economistas", "promete la ayuda de la clase obrera a los nobles insatisfechos de las limosnas gubernamentales, sin decir una sola palabra del antagonismo de clase que separa a estos dos sectores de la población". Si el lector se remite a los artículos *La autocracia y los zemstvos* (números 2 y 4 de *Iskra*), a los que *probablemente* aluden los autores de la carta, verá que están consagrados* a la actitud del *gobierno* frente a la "agitación blandengue del zemstvo burocrático y estamental" y frente a la "iniciativa que parte hasta de las clases poseedoras". El artículo dice que el obrero no puede contemplar con indiferencia la lucha del gobierno contra el zemstvo; invita a la gente de los zemstvos a abandonar sus discursos blandengues y pronunciarse con palabras firmes y tajantes cuando la socialdemocracia revolucionaria se alce con toda su fuerza ante el gobierno. ¿Qué hay en esto de inaceptable para los autores de la carta? Nadie lo sabe. ¿Piensan que el obrero "no comprenderá" las palabras "clases poseedoras" y "zemstvo burocrático estamental"? ¿Creen que *incitar* a la gente de los zemstvos a pasar de los discursos blandengues a las palabras tajantes es "sobrestimar la ideología"? ¿Se imaginan que los obreros pueden "acumulan fuerzas" para luchar contra el absolutismo si no saben cómo trata éste *también* a los zemstvos? Nadie lo sabe tampoco. Lo único claro es que los autores tienen una idea muy vaga de las tareas políticas de la socialdemocracia. Que esto es así nos lo dice con mayor claridad aún esta frase suya: "Idéntica es la actitud de *Iskra*" (es decir, de nuevo "vela las contradicciones entre las clases") "ante el movimiento estudiantil". En lugar de exhortar a los obreros a afirmar, por medio de una manifestación pública, que el verdadero origen de la violencia, de la arbitrariedad y del desenfreno se halla en el gobierno ruso, y no en la juventud universitaria (*Iskra*, núm. 2), ¡deberíamos haber publicado, por lo visto, razonamientos en el espíritu de *R. Mysl*! Y semejantes ideas son expresadas por socialdemócratas en el otoño de 1901, después de los sucesos de febrero y marzo, en vísperas de un nuevo crecer del movimiento estudiantil, revelador de que, incluso en este terreno, la "espontaneidad" de la protesta contra la autocracia *adelanta* a la dirección consciente del movimiento por la socialdemocracia. ¡El deseo espontáneo de los obreros de intervenir en defensa de los estudiantes apaleados por la policía y los cosacos adelanta a la actividad consciente de la organización socialdemócrata!

"Sin embargo, en otros artículos -continúan los autores de la carta-, *Iskra* condena duramente todo compromiso y defiende, por ejemplo, la posición intransigente de los guesdistas". Aconsejamos que mediten bien sobre estas palabras quienes suelen afirmar con tanta presunción y ligereza que las discrepancias entre los socialdemócratas de nuestros días no son esenciales ni justifican una escisión. ¿Pueden actuar con éxito en una misma organización quienes afirman que hemos hecho todavía muy poco para denunciar la hostilidad de la autocracia a las clases más diversas y para dar a conocer a los obreros la oposición de los sectores más diversos de la población a la autocracia, y quienes ven en esta actividad un "compromiso", evidentemente un compromiso con la teoría de la "lucha económica contra los patronos y el gobierno"?

Hemos hablado, al recordar el cuadragésimo aniversario de la liberación de los campesinos (núm. 3)[74], de que es necesario llevar la lucha de clases al campo; hemos mostrado, a propósito del informe secreto de Witte (núm. 4) , que la administración autónoma local y la autocracia son inconciliables[75]; hemos atacado el feudalismo de los terratenientes y del gobierno, al comentar la nueva ley (núm. 8)[76], Y hemos aplaudido el congreso ilegal de los zemstvos, alentando a los miembros y defensores de estos últimos a abandonar las peticiones humillantes y pasar a la lucha; hemos estimulado a los estudiantes, que empezaban a comprender la necesidad de la lucha política y pasaban a ella (núm. 3), y, al mismo tiempo, hemos fustigado la "bárbara incomprensión" de quienes propugnan el movimiento "exclusivamente universitario" y exhortan a los estudiantes a no participar en las manifestaciones callejeras (núm. 3, con motivo del llamamiento del Comité Ejecutivo de los Estudiantes de Moscú fechado el 25 de febrero); hemos denunciado los "sueños absurdos" y la "hipocresía falaz" de los astutos liberales del periódico *Rossía*[77] (núm. 5) y, a la vez, hemos destacado la furiosa represión del gobierno carcelero "contra pacíficos literatos, contra viejos catedráticos y científicos, contra conocidos liberales de los zemstvos" (núm. 5: *Correría policíaca contra la literatura*); hemos revelado el verdadero sentido del programa "de patronato del Estado para mejorar las condiciones de vida de los obreros" y celebrado la "preciosa confesión" de que "más vale prevenir con reformas desde arriba las demandas de reformas desde abajo que esperar a esto último" (núm. 6)**; hemos animado (núm. 7) a los funcionarios de Estadística que protestan y condenado a los funcionarios esquiroles (núm. 9). ¡Quienes ven en esta táctica una ofuscación de la conciencia de clase del proletariado y *un compromiso*

* Y durante el período comprendido *entre* estos artículos, se ha publicado (*Iskra*, núm. 3) otro dedicado especialmente a los antagonismos de clase en el campo.

** Véase V. I. Lenin. *Una preciosa confesión*. (*N. de la Edit.*)

con el liberalismo prueban que no comprenden en absoluto el verdadero sentido del programa del *Credo* y, *de facto*, *aplican precisamente este programa*, por mucho que la repudien! Porque, *por eso mismo*, arrastran a la socialdemocracia a "la lucha económica contra los patronos y el gobierno" y *se rinden ante el liberalismo*, renunciando a intervenir de manera activa en cada problema "liberal" y a fijar frente a él *su propia* actitud, su actitud socialdemócrata.

f) Una vez más "calumniadores", una vez más "embaucadores"

Como recordará el lector, estas amables palabras son de *R. Dielo*, que replica así a nuestra acusación de "haber preparado indirectamente el terreno para convertir el movimiento obrero en un instrumento de la democracia burguesa". En su simplicidad, *R. Dielo* ha decidido que esta acusación no es otra cosa que una argucia polémica. Como si dijera: estos malignos dogmáticos han resuelto decirnos toda clase de cosas desagradables ¿y qué puede haber más desagradable que ser instrumento de la democracia burguesa? Y se publica en negrilla un "mentís": "una calumnia patente" (*Dos congresos*, pág. 30), "un embaucamiento" (pág. 31), "una mascarada" (pág. 33). Como Júpiter, *R. Dielo* (aunque se parece poco a Júpiter) se enfada precisamente porque no tiene razón, demostrando con sus insultos precipitados que es incapaz de seguir el hilo de los pensamientos de sus adversarios. Y sin embargo, no hace falta reflexionar mucho para comprender por qué *todo* culto a la espontaneidad del movimiento de masas, *todo* rebajamiento de la política socialdemócrata al nivel de la política tradeunionista significa precisamente preparar el terreno para convertir el movimiento obrero en un instrumento de la democracia burguesa. El movimiento obrero espontáneo sólo puede crear por sí mismo el tradeunionismo (y lo crea de manera inevitable), y la política tradeunionista de la clase obrera no es otra cosa que la política burguesa de la clase obrera. La participación de la clase obrera en la lucha política, e incluso en la revolución política, en modo alguno convierte aún su política en una política socialdemócrata. ¿Se le ocurrirá a *R. Dielo* negar esto? ¿Se le ocurrirá, al fin, exponer ante todo el mundo, sin ambages ni rodeos, el concepto que tiene de los problemas candentes de la socialdemocracia internacional y rusa? ¡Oh, no! Jamás se le ocurrirá nada semejante, pues se aferra al recurso de "hacerse el ausente": Ni soy quien soy, ni sé ni quiero saber nada del asunto. Nosotros no somos "economistas", *R. Mysl* no es "economismo", en general, en Rusia no hay "economismo". Es un recurso muy hábil y "político", pero tiene un pequeño inconveniente: a los órganos de prensa que lo practican se les suele poner el mote de "¿En qué puedo servirle?"[78].

R. Dielo cree que, en general, la democracia burguesa en Rusia es una "quimera" (*Dos congresos*, pág. 32)[*]. ¡Qué felices son! Como el avestruz, esconden la cabeza bajo el ala y se imaginan que con ello han hecho desaparecer todo lo que les rodea. La serie de publicistas liberales que anuncian triunfalmente cada mes el desmoronamiento e incluso la desaparición del marxismo; la serie de periódicos liberales (*Sankt-Petersburgskie Viédomosti*[79], *Russkie Viédomosti*[80] y otros muchos) dedicados a estimular a los liberales que llevan a los obreros una concepción brentaniana de la lucha de clases[81] y una concepción tradeunionista de la política; la pléyade de críticos del marxismo, cuyas verdaderas tendencias ha puesto tan bien al descubierto el *Credo* y cuya mercancía literaria es la única que circula por Rusia sin impuestos ni aranceles; la reanimación de las tendencias revolucionarias *no* socialdemócratas, sobre todo después de los sucesos de febrero y marzo; ¡todo eso, por lo visto, es una quimera! ¡Todo eso no tiene en absoluto nada que ver con la democracia burguesa!

R. Dielo y los autores de la carta "economista" aparecida en el núm. 12 de *Iskra* deberían "pensar en cuál es la causa de que estos sucesos de la primavera hayan suscitado una reanimación tan considerable de las tendencias revolucionarias no socialdemócratas, en lugar de fortalecer la autoridad y el prestigio de la socialdemocracia". La causa es que no hemos estado a la altura de nuestra misión, que la actividad de las masas obreras ha sido superior a la nuestra, que no hemos tenido dirigentes y organizadores revolucionarios preparados en grado suficiente, que conocieran a la perfección el estado de ánimo de todos los sectores oposicionistas y supieran ponerse a la cabeza del movimiento, transformar una manifestación espontánea en una manifestación política, ampliar su carácter político, etc. En estas condiciones, nuestro atraso seguirá siendo aprovechado de manera inevitable por los revolucionarios no socialdemócratas más dinámicos y más enérgicos; y los obreros, por grandes que sean su abnegación y su energía en la lucha con la policía y con las tropas, por muy revolucionaria que sea su actuación, no pasarán de ser una fuerza que apoye a esos revolucionarios, serán la retaguardia de la democracia burguesa y no la vanguardia socialdemócrata. Tomemos el caso de la

[*] Y a renglón seguido se alude a "las condiciones concretas rusas, que empujan fatalmente el movimiento obrero al camino revolucionario". ¡No se quiere comprender que el camino revolucionario del movimiento obrero puede no ser aún el camino socialdemócrata! Bajo el absolutismo, toda la burguesía de Europa Occidental "empujaba", empujaba conscientemente a los obreros al camino revolucionario. Pero los socialdemócratas no podemos contentarnos con eso. Y si rebajamos de una u otra forma la política socialdemócrata al nivel de la política espontánea, de la política tradeunionista, con ello precisamente haremos el juego a la democracia burguesa.

socialdemocracia alemana, de la que nuestros "economistas" quieren imitar sólo los lados débiles. ¿Por qué no se produce en Alemania *ni un solo* suceso político sin que contribuya a aumentar más y más la autoridad y el prestigio de la socialdemocracia? Pues porque la socialdemocracia es siempre la primera en la apreciación más revolucionaria de cada suceso, en la defensa de toda protesta contra la arbitrariedad. No se adormece con la consideración de que la lucha económica incitará a los obreros a pensar en su falta de derechos y de que las condiciones empujan fatalmente el movimiento obrero al camino revolucionario. Interviene en todos los aspectos y en todos los problemas de la vida social y política: cuando Guillermo se niega a ratificar el nombramiento de un alcalde progresista burgués (¡nuestros "economistas" no han tenido tiempo aún de explicar a los alemanes que esto es, en el fondo, un compromiso con el liberalismo!); cuando se dicta una ley contra las obras y estampas "inmorales"; cuando el gobierno influye para que sean elegidos determinados profesores, etc., etc. La socialdemocracia está siempre en primera línea, excitando el descontento político en todas las clases, despertando a los dormidos, espoleando a los rezagados y proporcionando hechos y datos de todo género para desarrollar la conciencia política y la actividad política del proletariado. Y el resultado de todo eso es que hasta los enemigos conscientes del socialismo sienten respeto por el luchador político de vanguardia, y no es raro que un documento importante, no sólo de los medios burgueses, sino incluso de las esferas burocráticas y palaciegas, vaya a parar por una especie de milagro al despacho de la redacción de *Vorwärts*.

Ahí está la clave de la aparente "contradicción", la cual rebasa tanto la capacidad de comprensión de *R. Dielo* que la revista se limita a levantar las manos al cielo clamando: "¡Mascarada!" En efecto, ¡figúrense ustedes: nosotros, *R. Dielo*, colocamos *en primer plano* el movimiento obrero *de masas* (¡y lo imprimimos en negrilla!), prevenimos a todos y a cada uno contra el peligro de disminuir la importancia del elemento espontáneo, queremos dar un carácter político a la misma, *a la mismísima* lucha económica, queremos mantener un contacto estrecho y orgánico con la lucha proletaria! Y después de eso se nos dice que preparamos el terreno para convertir el movimiento obrero en un instrumento de la democracia burguesa. ¿Y quién nos lo dice? ¡Hombres que llegan a un "compromiso" con el liberalismo, interviniendo en todos los problemas "liberales" (¡qué incomprensión del "contacto orgánico con la lucha proletaria"!) y dedicando tanta atención a los estudiantes e incluso (¡qué horror!) a la gente de los zemstvos! ¡Hombres que, en general, quieren consagrar una parte mayor de sus fuerzas (en comparación con los "economistas") a la actividad entre las clases no proletarias de la población! ¿No es eso, acaso, una "mascarada"?

¡Pobre *R. Dielo*! ¿Llegará alguna vez a desentrañar el secreto de esta treta?

IV. El primitivismo en el trabajo de los economistas y la organización de los revolucionarios

Las afirmaciones de *R. Dielo*, antes analizadas, de que la lucha económica es el medio de agitación política más ampliamente aplicable, de que nuestra tarea consiste ahora en dar a la lucha económica misma un carácter político, etc., demuestran que se tiene una noción estrecha no sólo de nuestras tareas políticas, sino también de las *de organización*. Para sostener la "lucha económica contra los patronos y el gobierno" es innecesaria en absoluto una organización centralizada de toda Rusia -que, por ello mismo, no puede formarse en el curso de semejante lucha- que agrupe en un solo impulso común todas las manifestaciones de oposición política, de protesta y de indignación; una organización formada por revolucionarios profesionales y dirigida por verdaderos líderes políticos de todo el pueblo. Y se comprende. La estructura de cualquier organismo está determinada, de modo natural e inevitable, por el contenido de la actividad de dicho organismo. De ahí que *R. Dielo*, con las afirmaciones que hemos examinado anteriormente, consagre y legitime, no sólo la estrechez de la actividad política, sino también la estrechez de la labor de organización. Y en este caso, como siempre, es un órgano de prensa cuya conciencia cede ante la espontaneidad. Sin embargo, el culto a las formas de organización espontáneas, la incomprensión de cuán estrecha y primitiva es nuestra labor de organización, de hasta qué punto somos todavía unos "artesanos" en un terreno tan importante, esta incomprensión, digo yo, es una verdadera enfermedad de nuestro movimiento. No es, por supuesto, una enfermedad propia de la decadencia, sino una enfermedad debida al crecimiento. Pero precisamente ahora, cuando la ola de la indignación espontánea nos azota, por decirlo así, a nosotros como dirigentes y organizadores del movimiento, es necesaria en grado sumo la lucha más intransigente contra toda defensa del atraso, contra toda legitimación de la estrechez de miras en este sentido; es necesario en grado sumo despertar, en cuantos toman parte o se proponen tomar parte en la labor práctica, el descontento por *los métodos primitivos de trabajo* que predominan entre nosotros y la decisión inquebrantable de desembarazarnos de ellos.

a) ¿Qué es el primitivismo en el trabajo?

Intentemos responder a esta pregunta trazando un pequeño cuadro de la actividad de un círculo socialdemócrata típico de los años comprendidos entre 1894 y 1901. Hemos aludido ya a la propensión

general de la juventud estudiantil de aquel período hacia el marxismo. Claro que esta propensión no era sólo, e incluso no tanto, hacia el marxismo en calidad de teoría como en calidad de respuesta a la pregunta" ¿qué hacer?", de llamamiento a emprender la campaña contra el enemigo. Y los nuevos guerreros iban a la campaña con un equipo y una preparación primitivos en extremo. En muchísimos casos carecían casi por completo hasta de equipo y no tenían absolutamente ninguna preparación. Iban a la guerra como verdaderos labradores, sin más pertrecho que un garrote en la mano. Falto de todo contacto con los viejos dirigentes del movimiento, falto de toda ligazón con los círculos de otros lugares o hasta de otros puntos de la ciudad (o de otros centros de enseñanza), sin organización alguna de las diferentes partes de la labor revolucionaria, sin ningún plan sistematizado de acción para un período más o menos prolongado, un círculo de estudiantes se pone en contacto con obreros y empieza a trabajar. Despliega paso a paso una agitación y una propaganda cada vez más vastas, y con su actuación se gana las simpatías de sectores obreros bastante amplios, así como de una parte de la sociedad instruida, que proporciona dinero y pone a disposición del "comité" nuevos y nuevos grupos de jóvenes. Crece el prestigio del comité (o unión de lucha) y aumenta su actividad, que se amplía de un modo espontáneo por completo: las mismas personas que hace un año o unos cuantos meses intervenían en círculos de estudiantes y resolvían el problema de "¿a dónde ir?", que entablaban y mantenían relaciones con los obreros, redactaban e imprimían octavillas, se ponen en contacto con otros grupos de revolucionarios, consiguen publicaciones, emprenden la edición de un periódico local, empiezan a hablar de organizar una manifestación y, por fin, pasan a operaciones militares abiertas (que pueden ser, según las circunstancias, la primera hoja de agitación, el primer número del periódico o la primera manifestación). Y por lo general, en cuanto se inician estas operaciones, se produce un fracaso inmediato y completo. Inmediato y completo precisamente porque dichas operaciones militares no son el resultado de un plan sistemático, bien meditado y preparado poco a poco, de una lucha larga y tenaz, sino sencillamente el crecimiento espontáneo de una labor de círculo efectuada de acuerdo con la tradición. Porque la policía, como es natural, conoce casi siempre a todos los dirigentes principales del movimiento local, que se han "acreditado" ya en las aulas universitarias, y sólo espera el momento más propicio para hacer la redada, consintiendo adrede que el círculo se extienda y se desarrolle en grado suficiente para contar con un *corpus delicti* palpable, y dejando cada vez intencionadamente unas cuantas personas, de ella conocidas, "como semilla" (expresión técnica que emplean, según mis noticias, tanto los nuestros como los gendarmes). Es forzoso comparar semejante guerra con una campaña de bandas de campesinos armados de garrote contra un ejército moderno. Y es de admirar la vitalidad de un movimiento que se ha extendido, crecido y conquistado victorias pese a la completa falta de preparación de los combatientes. Es cierto que, desde el punto de vista histórico, el carácter primitivo del equipo era al principio no sólo inevitable, sino *incluso legítimo*, como una de las condiciones que permitía atraer a gran número de combatientes. Pero en cuanto empezaron las operaciones militares serias (y empezaron ya, en realidad, con las huelgas del verano de 1896), las deficiencias de nuestra organización de combate se hicieron sentir cada vez más. El gobierno se desconcertó al principio y cometió una serie de errores (por ejemplo, contar a la opinión pública monstruosidades de los socialistas o deportar a obreros de las capitales a centros industriales de provincias), pero no tardó en adaptarse a las nuevas condiciones de la lucha y supo colocar en los lugares adecuados sus destacamentos de provocadores, espías y gendarmes, pertrechados con todos los medios modernos. Las redadas se hicieron tan frecuentes, abarcaron a un número tan grande de personas y barrieron los círculos locales hasta el punto de que la masa obrera quedó lo que se dice sin dirigentes, y el movimiento adquirió un carácter esporádico increíble, siendo imposible en absoluto establecer continuidad ni conexión alguna en el trabajo. El pasmoso fraccionamiento de los militantes locales, la composición fortuita de los círculos, la falta de preparación y la estrechez de horizontes en el terreno de los problemas teóricos, políticos y orgánicos eran consecuencia inevitable de las condiciones descritas. Las cosas han llegado al extremo de que, en algunos lugares, los obreros, a causa de nuestra falta de firmeza y de hábitos de lucha clandestina, desconfían de los intelectuales y se apartan de ellos: ¡los intelectuales, dicen, originan fracasos por su acción demasiado irreflexiva!

Cuantos conozcan, por poco que sea, el movimiento saben que todos los socialdemócratas reflexivos perciben, al fin, que el primitivismo en el trabajo es una enfermedad. Mas para que no crea el lector no iniciado que "construimos" con artificio una fase especial o una enfermedad peculiar del movimiento, nos remitiremos al testigo ya citado. Que se nos disculpe la extensión de la cita.

> "Si el paso gradual a una actividad práctica más amplia -escribe B-v en el núm. 6 de *R. Dielo*-, paso que depende directamente del período general de transición por que atraviesa el movimiento obrero ruso, es un rasgo característico..., existe otro rasgo no menos interesante en el mecanismo general de la revolución obrera rusa. Nos referimos *a la escasez general de fuerzas revolucionarias aptas para la*

acción[*], que se deja sentir no sólo en San Petersburgo, sino en toda Rusia. A la par con la intensificación general del movimiento obrero, con el desarrollo general de la masa obrera, con la creciente frecuencia de las huelgas y con la lucha de masas de los obreros, cada día más abierta -lo que recrudece las persecuciones gubernamentales, las detenciones, los destierros y las deportaciones-, *se hace más y más patente esta escasez de fuerzas revolucionarias de alta calidad* y, sin duda, *no deja de influir en la profundidad y el carácter general del movimiento*. Muchas huelgas transcurren sin una influencia enérgica y directa de las organizaciones revolucionarias..., se deja sentir la escasez de hojas de agitación y de publicaciones clandestinas... los círculos obreros se quedan sin agitadores... Al mismo tiempo se deja notar la falta constante de dinero. En una palabra, *el crecimiento del movimiento obrero rebasa al crecimiento y al desarrollo de las organizaciones revolucionarias*. Los efectivos de revolucionarios activos resultan demasiado insignificantes para concentrar en sus manos la influencia sobre toda la masa obrera en efervescencia y para dar a todos los disturbios aunque sea un asomo de armonía y organización... Los círculos y los revolucionarios no están unidos, no están agrupados, no constituyen una organización única, fuerte y disciplinada, con partes metódicamente desarrolladas"... Y después de hacer constar que el surgimiento inmediato de nuevos círculos en lugar de los aniquilados "demuestra tan sólo la vitalidad del movimiento..., pero no prueba que exista una cantidad suficiente de militantes revolucionarios plenamente aptos", el autor concluye: "La falta de preparación práctica de los revolucionarios petersburgueses se refleja también en los resultados de su labor. Los últimos procesos, y en particular los de los grupos Autoemancipación y Lucha del Trabajo contra el Capital[82], han demostrado claramente que un agitador joven que no conozca al detalle las condiciones del trabajo y, por consiguiente, de la agitación en una fábrica determinada, que no conozca los principios de la clandestinidad y que sólo haya asimilado" (¿asimilado?) "las ideas generales de la socialdemocracia, puede trabajar unos cuatro, cinco o seis meses. Luego viene la detención, que muchas veces acarrea el aniquilamiento de toda la organización o, por lo menos, de una parte de ella. Cabe preguntar: ¿puede un grupo actuar con éxito, con fruto, cuando su existencia está limitada a unos cuantos meses? Es evidente que los defectos de las organizaciones existentes no pueden atribuirse por entero al período de transición...; es evidente que la cantidad y, sobre todo, la calidad de los componentes de las organizaciones activas desempeñan aquí un papel de no escasa importancia, y la tarea primordial de nuestros socialdemócratas... debe consistir *en unificar realmente las organizaciones con una selección rigurosa de sus miembros*".

[*] La cursiva en toda la cita es nuestra.

b) El primitivismo en el trabajo y el economismo

Debemos analizar ahora una cuestión que, sin duda, se plantean ya los lectores: ¿puede establecerse una relación entre este primitivismo en el trabajo, como enfermedad de crecimiento que afecta a *todo* el movimiento, y el "economismo", como *una* tendencia de la socialdemocracia rusa? Creemos que sí. La falta de preparación práctica y la falta de habilidad en la labor de organización son, en efecto, cosas comunes a *todos nosotros*, incluso a quienes desde el primer momento han sustentado con firmeza el punto de vista del marxismo revolucionario. Y es cierto que nadie podría culpar de esta falta de preparación, por sí sola, a los militantes dedicados a la labor práctica. Pero, además de la falta de preparación, el concepto "primitivismo en el trabajo" implica también otra cosa: el reducido alcance de toda la actividad revolucionaria en general, la incomprensión de que con esta labor estrecha es imposible constituir una buena organización de revolucionarios y, por último –y eso es lo principal-, las tentativas de justificar esta estrechez y erigirla en una "teoría" particular, es decir, el culto a la espontaneidad también en este terreno. En cuanto se manifestaron tales tentativas, se hizo indudable que el primitivismo en el trabajo está relacionado con el "economismo" y que no nos libraremos de la estrechez en nuestra labor de organización si no nos libramos del "economismo" en general (o sea, de una concepción estrecha tanto de la teoría del marxismo como del papel de la socialdemocracia y de sus tareas políticas). Ahora bien, esas tentativas se manifestaron en dos direcciones. Unos empezaron a decir: la propia masa obrera no ha planteado aún tareas políticas tan amplias y combativas como las que quieren "imponerle" los revolucionarios, debe luchar todavía por reivindicaciones políticas *inmediatas*, sostener "la lucha económica contra los patronos y el gobierno"[**] (y a esta lucha "accesible" al movimiento de masas corresponde, como es natural, una organización "accesible" incluso a la juventud menos preparada). Otros, alejados de toda "gradación", comenzaron a decir: se puede y se debe "hacer la revolución política", mas para eso no hay necesidad alguna de crear una fuerte organización de revolucionarios que eduque al proletariado en una lucha firme y tenaz; para eso basta con que empuñemos todos el garrote ya conocido y "asequible". Hablando sin alegorías: que

[**] *R. Mysl* y *R. Dielo*, sobre todo la *Respuesta* a Plejánov.

organicemos la huelga general*; o que estimulemos el "indolente" desarrollo del movimiento obrero por medio del "terrorismo excitante"**. Ambas tendencias, los oportunistas y los "revolucionistas", capitulan ante el primitivismo imperante en el trabajo, no confían en que sea posible desembarazarse de él, no comprenden nuestra primera y más urgente tarea práctica: crear *una organización de revolucionarios* capaz de asegurar a la lucha política energía, firmeza y continuidad.

Acabamos de citar las palabras de B-v: "El crecimiento del movimiento obrero rebasa el crecimiento y el desarrollo de las organizaciones revolucionarias". Esta "valiosa noticia de un observador directo" (comentario de la redacción de *Rabócheie Dielo* al artículo de B-v) tiene para nosotros un doble valor. Demuestra que teníamos razón al considerar que la causa fundamental de la crisis por que atraviesa en la actualidad la socialdemocracia rusa está en *el atraso de los dirigentes* ("ideólogos", revolucionarios, socialdemócratas) respecto al *movimiento ascensional espontáneo de las masas*. Demuestra que todas esas disquisiciones de los autores de la carta "economista" (en el núm. 12 de *Iskra*), de B. Krichevski y Martínov, sobre el peligro de disminuir la importancia del elemento espontáneo, la monótona lucha cotidiana, la táctica-proceso, etc., son precisamente una defensa y una exaltación del primitivismo en el trabajo. Esos hombres, que no pueden pronunciar la palabra "teórico" sin una mueca de desprecio y que llaman "intuición de la vida" a su prosternación ante la falta de preparación para la vida y ante el desarrollo insuficiente, demuestran de hecho que no comprenden nuestras tareas *prácticas* más imperiosas. Gritan a quienes se han rezagado: "¡Seguid el paso! ¡No os adelantéis!" Y a quienes adolecen de falta de energía y de iniciativa en la labor de organización, de falta de "planes" para organizar las cosas con amplitud y valentía ¡les hablan de la "táctica-proceso"! Nuestro pecado capital consiste en *rebajar* nuestras tareas políticas y *orgánicas* al nivel de los intereses inmediatos, "palpables", "concretos" de la lucha económica cotidiana, pero siguen cantándonos: ¡hay que imprimir a la lucha económica misma un carácter político! Repetimos: eso es literalmente la misma "intuición de la vida" que demostraba poseer el personaje de la épica popular que gritaba al paso de un entierro: "¡Ojalá tengáis siempre uno que llevar!"

Recuerden la incomparable presunción, verdaderamente digna de Narciso[83], con que esos sabios aleccionaban a Plejánov: "A los *círculos* obreros les son inaccesibles en general (¡*sic*!) las tareas políticas en el sentido real, *práctico* de esta palabra, es decir, en el sentido de una lucha *práctica*, conveniente y eficaz, por reivindicaciones políticas" (*Respuesta de la redacción de "R. D."*, pág. 24). ¡Hay círculos y círculos, señores! Desde luego, a un círculo de "artesanos" le son inaccesibles las tareas políticas, mientras esos artesanos no comprendan el primitivismo de su trabajo y no se desembaracen de él. Pero si, además, esos artesanos tienen apego a sus métodos, si escriben siempre en cursiva la palabra "práctico" y se imaginan que el practicismo exige de ellos que rebajen sus tareas al nivel de la comprensión de los sectores más atrasados de las masas, entonces, por supuesto, serán incorregibles y, en efecto, *las tareas políticas les serán inaccesibles en general*. Pero a un círculo de adalides como Alexéiev y Myshkin, Jalturin y Zheliábov les son accesibles las tareas políticas en el sentido más real, más práctico, de la palabra. Y les son accesibles precisamente por cuanto sus fogosos discursos encuentran eco en la masa que se despierta espontáneamente; por cuanto su impetuosa energía es secundada y apoyada por la energía de la clase revolucionaria. Plejánov tenía mil veces razón no sólo cuando indicó cuál era esta clase revolucionaria, no sólo cuando demostró que su despertar espontáneo era inevitable e ineludible, sino también cuando incluso señaló a los "círculos obreros" una tarea política grande y sublime. Y ustedes invocan el movimiento de masas, surgido desde entonces, para *rebajar* esa tarea, para *reducir* la energía y el alcance de la actividad de los "círculos obreros". ¿Qué es esto sino apego del artesano a sus métodos? Se vanaglorian de su espíritu práctico y no ven el hecho conocido de todo militante ruso entregado a la labor práctica: qué milagros puede hacer en la obra revolucionaria la energía no sólo de un círculo, sino incluso de un individuo. ¿O creen que en nuestro movimiento no pueden existir adalides como los que existieron en los años 70? ¿Por qué razón? ¿Porque estamos poco preparados? ¡Pero nos preparamos, nos seguiremos preparando y llegaremos a estar preparados! Es cierto que, por desgracia, en el agua estancada de la "lucha económica contra los patronos y el gobierno" se ha criado entre nosotros verdín: han aparecido personas que se postran ante la espontaneidad y contemplan con unción (como dice Plejánov) "la parte trasera" del proletariado ruso. Sin embargo, sabremos limpiarnos ese verdín. Es ahora precisamente cuando el revolucionario ruso, guiándose por una teoría verdaderamente revolucionaria y apoyándose en una clase verdaderamente revolucionaria que despierta de manera espontánea, puede al fin -¡al fin!- alzarse cuan alto es y desplegar todas sus fuerzas de gigante. Para ello sólo hace falta que entre la masa de militantes dedicados a la actividad práctica -y entre la masa, mayor aún, de quienes sueñan con la práctica ya desde el banco de la escuela- sea acogido con

---

* *¿Quién hará la revolución política?*, folleto publicado en Rusia en la recopilación *La lucha proletaria* y reeditado por el comité de Kiev.

** *Renacimiento del revolucionarismo* y *Svoboda*.

burla y desprecio todo intento de rebajar nuestras tareas políticas y el alcance de nuestra labor de organización. ¡Y lo conseguiremos, señores, pueden estar seguros de ello!

En el artículo *¿Por dónde empezar?* he escrito contra *Rabócheie Dielo*: "En veinticuatro horas se puede cambiar de táctica en la agitación respecto a algún problema especial, se puede cambiar de táctica en la realización de algún detalle de organización del partido; pero cambiar, no digamos en veinticuatro horas, sino incluso en veinticuatro meses de criterio acerca de si hace falta en general, siempre y en absoluto una organización combativa y una agitación política entre las masas es cosa que sólo pueden hacer personas sin principios"*. *Rabócheie Dielo* contesta: "Esta acusación de *Iskra*, la única que pretende estar basada en hechos, carece de todo fundamento. Los lectores de *R. Dielo* saben muy bien que nosotros, desde el comienzo mismo, no sólo hemos exhortado a la agitación política, sin esperar a que apareciera *Iskra*..." (diciendo al paso que, no ya a los círculos obreros, "ni aun siquiera al movimiento obrero de masas se le puede plantear como primera tarea política la de derribar el absolutismo", sino únicamente la lucha por reivindicaciones políticas inmediatas, y que "las reivindicaciones políticas inmediatas se hacen accesibles a las masas después de una o, en todo caso, de varias huelgas")..., "sino que, con nuestras publicaciones hemos proporcionado desde el extranjero a los camaradas que actúan en Rusia los únicos materiales de agitación política socialdemócrata..." (y en estos únicos materiales no sólo han practicado con la mayor amplitud la agitación política exclusivamente en el terreno de la lucha económica, sino que han llegado, por fin, a la conclusión de que esta agitación limitada es "la que se puede aplicar con la mayor amplitud". ¿Y no advierten ustedes, señores, que su argumentación demuestra precisamente la necesidad de que apareciera *Iskra* -en vista del carácter de esos materiales *únicos*- y la necesidad de la lucha de *Iskra* contra *Rabócheie Dielo*?)... "Por otra parte, nuestra actividad editorial preparaba en la práctica la unidad táctica del partido..." (¿la unidad de convicción de que la táctica es un proceso de crecimiento de las tareas del partido, las cuales crecen junto con éste? ¡Valiente unidad!)... "y, con ello, la posibilidad de crear una "organización de combate", para cuya formación ha hecho la Unión todo lo que está al alcance de una organización residente en el extranjero" (*R. D.*, núm. 10, pág. 15). ¡Vano intento de salir del paso! Jamás se me ha ocurrido negar que han hecho ustedes todo lo que estaba a su alcance. Lo que yo he afirmado y afirmo es que *los límites* de lo "accesible" para ustedes se restringen por la miopía de sus concepciones. Es ridículo hablar de "organizaciones de combate" para luchar por "reivindicaciones políticas inmediatas" o para "la lucha económica contra los patronos y el gobierno".

Pero si el lector quiere ver perlas de enamoramiento "económico" de los métodos primitivos, tendrá que pasar, como es lógico, del ecléctico y vacilante *R. Dielo* al consecuente y decidido *R. Mysl*. "Dos palabras ahora sobre la llamada intelectualidad revolucionaria -escribía *R. M.* en el *Suplemento especial*, pág. 13-. Es cierto que más de una vez ha demostrado en la práctica que está totalmente dispuesta a "entablar el combate decisivo contra el zarismo". Pero lo malo es que, perseguida de manera implacable por la policía política, nuestra intelectualidad revolucionaria tomaba esta lucha contra la policía política por una lucha política contra la autocracia. Por eso sigue aún sin encontrar respuesta a la pregunta de "dónde sacar fuerzas para luchar contra la autocracia"".

¿Verdad que es incomparable este olímpico desprecio que siente por la lucha contra la policía un admirador (en el peor sentido de la palabra) del movimiento *espontáneo*? ¡¡Está dispuesto a *justificar* nuestra inercia para la actividad clandestina diciendo que, con el movimiento espontáneo de masas, no tiene importancia, en el fondo, la lucha contra la policía política!! Muy pocos, poquísimos suscribirán esta monstruosa conclusión: con tanto dolor siente todo el mundo las deficiencias de nuestras organizaciones revolucionarias. Pero si no la suscribe, por ejemplo, Martínov, es sólo porque no sabe o no tiene la valentía de reflexionar hasta el fin en sus propias tesis. En efecto, ¿acaso una "tarea" como la de que las masas planteen reivindicaciones concretas que prometan resultados palpables exige preocuparse de manera especial por crear una organización de revolucionarios sólida, centralizada y combativa? ¿No cumple también esta "tarea" una masa que en modo alguno "lucha contra la policía política"? Más aún: ¿sería realizable esa tarea, si, además de un reducido número de dirigentes, no se encargaran de cumplirla también (en su inmensa mayoría) obreros que son *incapaces* en absoluto de "luchar contra la policía política"? Estos obreros, los hombres medios de la masa, pueden dar pruebas de energía y abnegación gigantescas en una huelga, en la lucha contra la policía y las tropas en la calle, pueden *decidir* (y son los únicos que pueden), el desenlace de todo nuestro movimiento; pero precisamente la lucha contra la policía *política* exige cualidades especiales, exige revolucionarios *profesionales*. Y nosotros debemos preocuparnos no sólo de que las masas "planteen" reivindicaciones concretas, sino también de que la masa de obreros "destaque", en número cada vez mayor, a estos revolucionarios profesionales. Llegamos así al problema de las relaciones entre la organización de revolucionarios profesionales y el movimiento puramente obrero. Este problema, poco reflejado en las publicaciones, nos ha ocupado a nosotros, los

* Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

"políticos", mucho tiempo en pláticas y discusiones con camaradas más o menos inclinados al "economismo". Merece la pena que nos detengamos en él especialmente. Pero terminemos antes de ilustrar con otra cita nuestra tesis sobre la relación entre el primitivismo en el trabajo y el "economismo".

"El grupo Emancipación del Trabajo -decía el señor N. N. en su *Respuesta*[84] - exige que se luche directamente contra el gobierno, sin pensar dónde está la fuerza material necesaria para esa lucha ni indicar *qué caminos ha de seguir ésta*". Y subrayando estas últimas palabras, el autor hace a propósito del término "caminos" la observación siguiente: "Esta circunstancia no puede explicarse por fines conspirativos, ya que en el programa no se trata de una conjura, sino de *un movimiento de masas*. Y las masas no pueden avanzar por caminos secretos. ¿Es posible, acaso, una huelga secreta? ¿Es posible celebrar en secreto una manifestación o presentar en secreto una petición?" (*Vademécum*, pág. 59). El autor ha abordado de lleno tanto la "fuerza material" (los organizadores de las huelgas y manifestaciones) como los "caminos" que debe seguir esta lucha; pero se ha quedado, sin embargo, confuso y perplejo, pues se "prosterna" ante el movimiento de masas, es decir, lo considera algo que nos *exime* de nuestra actividad revolucionaria, y no algo que debe alentar e *impulsar* nuestra actividad revolucionaria. Una huelga secreta es imposible para quienes participen en ella o tengan relación inmediata con ella. Pero para las masas de obreros rusos, esa huelga puede ser (y lo es en la mayoría de los casos) "secreta", porque el gobierno se preocupará de cortar toda relación con los huelguistas, se preocupará de hacer imposible toda difusión de noticias sobre la huelga. Y aquí es necesaria la "lucha contra la policía política", una lucha especial, una lucha que jamás podrá sostener activamente una masa tan amplia como la que participa en las huelgas. Esta lucha deben organizarla, "según todas las reglas del arte", personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria. La organización de esta lucha no se ha hecho *menos necesaria* porque las masas se incorporen espontáneamente al movimiento. Al contrario: la organización se hace, por eso, *más necesaria*, pues nosotros, los socialistas, faltaríamos a nuestras obligaciones directas ante las masas si no supiéramos impedir que la policía haga secreta (y si a veces no preparásemos nosotros mismos en secreto) cualquier huelga o manifestación. Y *sabremos* hacerlo precisamente porque las masas que despiertan espontáneamente *destacarán también de su seno* a más y más "revolucionarios profesionales" (siempre que no se nos ocurra invitar a los obreros, de diferentes maneras, al inmovilismo).

c) La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios

Si el concepto de "lucha económica contra los patronos y el gobierno" corresponde para un socialdemócrata al de lucha política, es natural esperar que el concepto de "organización de revolucionarios" corresponda más o menos al de "organización de obreros". Y así ocurre, en efecto; de suerte que, al hablar de organización, resulta que hablamos literalmente en lenguas diferentes. Por ejemplo, recuerdo como si hubiera ocurrido hoy la conversación que sostuve en cierta ocasión con un "economista" bastante consecuente al que antes no conocía[85]. La conversación giraba en torno al folleto *¿Quién hará la revolución política?* Pronto convinimos en que el defecto principal de este folleto consistía en dar de lado el problema de la organización. Nos figurábamos estar ya de acuerdo, pero..., al seguir la conversación, resultó que hablábamos de cosas distintas. Mi interlocutor acusaba al autor de no tener en cuenta las cajas de resistencia, las sociedades de socorros mutuos, etc.; yo, en cambio, pensaba en la organización de revolucionarios indispensable para "hacer" la revolución política. ¡Y en cuanto se reveló esta discrepancia, no recuerdo haber coincidido jamás con este "economista" sobre ninguna cuestión de principio!

¿En qué consistía, pues, el origen de nuestras discrepancias? Precisamente en que los "economistas" se apartan a cada paso de las concepciones socialdemócratas para caer en el tradeunionismo, tanto en las tareas de organización como en las políticas. La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario ha de ser inevitablemente de *un género distinto* que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, primero, profesional; segundo, lo más amplia posible; tercero, lo menos clandestina posible (aquí y más adelante me refiero, claro está, sólo a la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe agrupar, ante todo y sobre todo, a personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso hablo de una organización de revolucionarios, teniendo en cuenta a los *revolucionarios* socialdemócratas). Ante este rasgo común de los miembros de semejante organización *debe desaparecer en absoluto toda diferencia entre obreros e intelectuales*, sin hablar ya de la diferencia entre las diversas profesiones de unos y otros. Esta organización debe ser necesariamente no muy amplia y lo más clandestina posible. Detengámonos en estos tres puntos distintivos.

En los países que gozan de libertad política, la diferencia entre la organización sindical y la

organización política es completamente clara, como lo es también la diferencia entre las tradeuniones y la socialdemocracia. Por supuesto, las relaciones de esta última con las primeras varían de manera inevitable en los distintos países, en dependencia de las condiciones históricas, jurídicas, etc., pudiendo ser más o menos estrechas, complejas, etc. (desde nuestro punto de vista, deben ser lo más estrechas y lo menos complejas posible); pero no puede ni hablarse de identificar en los países libres la organización de los sindicatos con la organización del partido socialdemócrata. En Rusia, en cambio, el yugo de la autocracia borra a primera vista toda diferencia entre la organización socialdemócrata y el sindicato obrero, pues *todo* sindicato obrero y *todo* círculo están prohibidos, y la huelga, principal manifestación y arma de la lucha económica de los obreros, se considera en general un delito común (¡Y a veces incluso un delito político!). Por consiguiente, las condiciones de Rusia, de una parte, "incitan" con gran fuerza a los obreros que sostienen la lucha económica a pensar en las cuestiones políticas, y, de otra, "incitan" a los socialdemócratas a confundir el tradeunionismo con la socialdemocracia (nuestros Krichevski, Martínov y Cía., que hablan sin cesar de la "incitación" del primer tipo, no ven la "incitación" del segundo tipo). En efecto, imaginémonos a personas absorbidas en el 99 por 100 por "la lucha económica contra los patronos y el gobierno". Unas jamás pensarán durante *todo* el período de su actuación (de cuatro a seis meses) en la necesidad de una organización más compleja de revolucionarios. Otras "tropezarán" tal vez con publicaciones bernsteinianas, bastante difundidas, y extraerán de ellas la convicción de que lo importante de verdad es "el desarrollo progresivo de la monótona lucha cotidiana". Otras, en fin, se dejarán quizá seducir por la tentadora idea de dar al mundo un nuevo ejemplo de "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria", de contacto del movimiento sindical con el movimiento socialdemócrata. Cuanto más tarde entra un país en la palestra del capitalismo y, en consecuencia, del movimiento obrero -razonarán esas personas-, tanto más pueden participar los socialistas en el movimiento sindical y apoyarlo, y tanto menos puede y debe haber sindicatos no socialdemócratas. Hasta ahora, tal razonamiento es completamente justo; pero la desgracia consiste en que van más lejos y sueñan con una fusión total de la socialdemocracia y el tradeunionismo. En seguida veremos, por el ejemplo de los *Estatutos de la Unión de Lucha de San Petersburgo*, el nocivo reflejo de esos sueños en nuestros planes de organización.

Las organizaciones obreras para la lucha económica han de ser organizaciones sindicales. Todo obrero socialdemócrata debe, dentro de lo posible, apoyar a estas organizaciones y actuar intensamente en ellas. De acuerdo. Pero es contrario en absoluto a nuestros intereses exigir que sólo los socialdemócratas puedan ser miembros de las organizaciones "gremiales", pues eso reduciría el alcance de nuestra influencia entre las masas. Que participe en la organización gremial todo obrero que comprenda la necesidad de la unión para luchar contra los patronos y el gobierno. El fin mismo de las organizaciones gremiales seria inaccesible si no agrupasen a todos los obreros capaces de comprender, por lo menos, esta noción elemental, si dichas organizaciones gremiales no fuesen muy *amplias*. Y cuanto más amplias sean estas organizaciones tanto más amplia será nuestra influencia en ellas, ejercida no sólo por el desarrollo "espontáneo" de la lucha económica, sino también por el influjo directo y consciente de los miembros socialistas de los sindicatos sobre sus camaradas. Pero en una organización amplia es imposible la clandestinidad rigurosa (pues exige mucha más preparación que para participar en la lucha económica). ¿Cómo conciliar esta contradicción entre la necesidad de una organización amplia y de una clandestinidad rigurosa? ¿Cómo conseguir que las organizaciones gremiales sean lo menos clandestinas posible? En general, no puede haber más que dos caminos: o bien la legalización de las asociaciones gremiales (que en algunos países ha precedido a la legalización de las organizaciones socialistas y políticas), o bien el mantenimiento de la organización secreta, pero tan "libre", tan poco reglamentaria, tan *lose**, como dicen los alemanes, que la clandestinidad quede reducida casi a cero para la masa de afiliados.

La legalización de asociaciones obreras no socialistas y no políticas ha comenzado ya en Rusia, y está fuera de toda duda que cada paso de nuestro movimiento obrero socialdemócrata, que crece con rapidez, estimulará y multiplicará las tentativas de esta legalización, efectuadas principalmente por los adictos al régimen vigente, pero también, en parte, por los propios obreros y los intelectuales liberales. Los Vasíliev y los Zubátov han izado ya la bandera de la legalización; los señores Ozerov y Worms le han prometido y dado ya su concurso, y la nueva corriente ha encontrado ya adeptos entre los obreros. Y nosotros no podemos dejar ya de tener en cuenta esta corriente. Es poco probable que entre los socialdemócratas pueda existir más de una opinión acerca de cómo hay que tenerla en cuenta. Nuestro deber consiste en denunciar sin desmayo toda participación de los Zubátov y los Vasíliev, de los gendarmes y los curas en esta corriente, y explicar a los obreros los verdaderos propósitos de estos elementos. Nuestro deber consiste en denunciar asimismo toda nota conciliadora, de "armonía", que se deslice en los discursos de los liberales en las reuniones obreras públicas, independientemente de que dichas notas sean debidas al sincero

* Libre, amplia. (*N. de la Edit.*)

convencimiento de que es deseable la colaboración pacifica de las clases, al afán de congraciarse con las autoridades o a simple falta de habilidad. Tenemos, en fin, el deber de poner en guardia a los obreros contra las celadas que les tiende con frecuencia la policía, que en estas reuniones públicas y en las sociedades autorizadas observa a los "más fogosos" e intenta aprovechar las organizaciones legales para introducir provocadores también en las ilegales.

Pero hacer todo eso no significa en absoluto olvidar que, *en fin de cuentas*, la legalización del movimiento obrero nos beneficiará a nosotros, y no, en modo alguno, a los Zubátov. Al contrario: precisamente con nuestra campaña de denuncias separamos la cizaña del trigo. Hemos indicado ya cuál es la cizaña. El trigo está en interesar en los problemas sociales y políticos a sectores obreros aún más amplios, a los sectores más atrasados; en liberarnos nosotros, los revolucionarios, de funciones que son, en el fondo, legales (difusión de libros legales, socorros mutuos, etc.) y cuyo desarrollo nos proporcionará, de manera ineluctable y en cantidad creciente, hechos y datos para la agitación. En este sentido, podemos y debemos decir a los Zubátov y a los Ozerov:"¡Esfuércense, señores, esfuércense!" Por cuanto tienden ustedes una celada a los obreros (mediante la provocación directa o la corrupción "honrada" de los obreros con ayuda del "struvismo"[86]), nosotros ya nos encargaremos de desenmascararlos. Por cuanto dan ustedes un verdadero paso adelante -aunque sea en forma del más "tímido zigzag", pero un paso adelante-, les diremos: "¡Sigan, sigan!" Un verdadero paso adelante no puede ser sino una ampliación efectiva, aunque minúscula, del campo de acción de los obreros. Y toda ampliación semejante ha de beneficiarnos y acelerar la aparición de sociedades legales en las que no sean los provocadores quienes pesquen a los socialistas, sino los socialistas quienes pesquen adeptos. En una palabra, nuestra tarea consiste ahora en combatir la cizaña. No es cosa nuestra cultivar el trigo en pequeños tiestos. Al arrancar la cizaña, desbrozamos el terreno para que pueda crecer el trigo. Y mientras los Afanasi Ivánovich y las Puljeria Ivánovna[87] se dedican al cultivo doméstico, nosotros debemos preparar segadores que sepan arrancar hoy la cizaña y recoger mañana el trigo*.

Así pues, *nosotros* no podemos *resolver* por medio de la legalización el problema de crear una organización sindical lo menos clandestina y lo más amplia posible (pero nos alegraría mucho que los Zubátov y los Ozerov nos ofreciesen la posibilidad, aunque fuese parcial, de resolverlo de este modo ¡para lo cual tenemos que combatirlos con la mayor energía posible!). Nos queda el recurso de las organizaciones sindicales secretas, y *debemos* prestar toda ayuda a los obreros que emprenden ya (como sabemos de buena tinta) este camino. Las organizaciones sindicales pueden ser utilísimas para desarrollar y reforzar la lucha económica y, además, convertirse en un auxiliar de gran importancia para la agitación política y la organización revolucionaria. Para llegar a este resultado y orientar el naciente movimiento sindical hacia el cauce deseable para la socialdemocracia, es preciso, ante todo, comprender bien lo absurdo del plan de organización que preconizan los "economistas" petersburgueses desde hace ya cerca de cinco años. Este plan ha sido expuesto en el *Reglamento de la Caja Obrera* del mes de julio de 1897 (*Listok "Rabótnika"*, núm. 9-10, pág. 46, del núm. 1 de *R. Mysl*) y en el *Reglamento de la Organización Sindical Obrera* de octubre de 1900 (boletín especial, impreso en San Petersburgo y mencionado en el núm. 1 de *Iskra*). El defecto de ambos reglamentos consiste en que estructuran con todo detalle una vasta organización obrera y la confunden con la organización de los revolucionarios. Tomemos el segundo reglamento por ser el más acabado. Consta de *cincuenta y dos* artículos: veintitrés exponen la estructura, el funcionamiento y las atribuciones de los "círculos obreros", que serán organizados en cada fábrica ("diez hombres como máximo") y elegirán los "grupos centrales" (de fábrica). "El grupo central -dice el 3 art. 2- observa todo lo que pasa en su fábrica y lleva la crónica de lo que sucede en ella". "El grupo central da cuenta cada mes a todos los cotizantes del estado de la caja" (art. 17), etc. Diez artículos están consagrados a la "organización distrital", y diecinueve, a la complejísima relación entre el Comité de la Organización Obrera y el Comité de la Unión de Lucha de San Petersburgo (delegados de cada distrito y de los "grupos ejecutivos": "grupos de propagandistas, para las relaciones con las provincias, para las relaciones con el extranjero, para la administración de los depósitos, de las ediciones y de la caja").

¡La socialdemocracia equivale a "grupos ejecutivos" en lo que concierne a la lucha económica de los obreros! Sería difícil demostrar con mayor relieve cómo el pensamiento del "economista" se desvía de la socialdemocracia hacia el

* La lucha de *Iskra* contra la cizaña ha originado esta airada salida de tono de *R. Dielo*: "Para *Iskra*, en cambio, estos importantes acontecimientos (los de la primavera) son rasgos menos característicos de la época que las miserables tentativas de los agentes de Zubátov de "legalizar" el movimiento obrero. *Iskra* no ve que estos hechos se vuelven precisamente contra ella y prueban que el movimiento obrero ha alcanzado, a juicio del gobierno, proporciones muy amenazadoras" (*Dos congresos*, pág. 27). La culpa de todo la tiene el "dogmatismo" de estos ortodoxos, "sordos a las exigencias imperiosas de la vida". ¡Se obstinan en no ver trigo de un metro de alto para hacer la guerra a cizaña de un centímetro! ¿No es esto un "sentido deformado de la perspectiva con respecto al movimiento obrero ruso" (ibíd., pág. 27)?

tradeunionismo; hasta qué punto le es extraña toda noción de que el socialdemócrata debe pensar, ante todo, en una organización de revolucionarios capaces de dirigir *toda* la lucha emancipadora del proletariado. Hablar de "'la emancipación política de la clase obrera", de la lucha contra" la arbitrariedad zarista" y escribir semejante reglamento de una organización significa no tener la menor idea de cuáles son las verdaderas tareas políticas de la socialdemocracia. Ni uno solo del medio centenar de artículos revela la mínima comprensión de que es necesario hacer la más amplia agitación política entre las masas, una agitación que ponga en claro todos los aspectos del absolutismo ruso y toda la fisonomía dé las diferentes clases sociales de Rusia. Es más, con un reglamento así son inalcanzables no sólo los fines políticos, sino incluso los fines tradeunionistas, pues estos últimos requieren una organización *por profesiones* que ni siquiera se menciona en el reglamento.

Pero lo más característico es, quizá, la pesadez asombrosa de todo este "sistema" que trata de ligar cada fábrica al "comité" mediante una cadena ininterrumpida de reglas uniformes, minuciosas hasta lo ridículo y con un sistema electoral indirecto de tres grados. Encerrado en el estrecho horizonte del "economismo", el pensamiento cae en detalles que despiden un tufillo a papeleo y burocracia. En realidad, claro está, las tres cuartas partes de estos artículos jamás son aplicados; pero, en cambio, una organización tan "clandestina", con un grupo central en cada fábrica, facilita a los gendarmes la realización de redadas increíblemente vastas. Los camaradas polacos han pasado ya por esta fase del movimiento, en la que todos ellos se dejaron llevar por la idea de fundar cajas obreras a vasta escala, pero renunciaron muy pronto a ella, al persuadirse de que sólo facilitaban presa abundante a los gendarmes, Si queremos amplias organizaciones obreras y no amplios descalabros, si no queremos dar gusto a los gendarmes, debemos tender a que estas organizaciones no estén reglamentadas en absoluto. ¿Podrán entonces funcionar'? Veamos cuáles son sus funciones: "...Observar todo lo que pasa en la fábrica y llevar la crónica de lo que sucede en ella" (art. 2 del reglamento). ¿Existe una necesidad absoluta de reglamentar esto? ¿No podría conseguirse mejor por medio de crónicas en la prensa clandestina, sin crear para ello grupos especiales? "...Dirigir la lucha de los obreros por el mejoramiento de su situación en la fábrica" (art. 3). Para esto tampoco hace falta reglamentación. Todo agitador, por poco inteligente que sea, sabrá averiguar a fondo, por una simple conversación, qué reivindicaciones quieren presentar los obreros y, después, hacerlas llegar a una organización estrecha, y no amplia, de revolucionarios para que les envíe la octavilla apropiada. "...Crear una caja... con cotización de dos kopeks por rublo" (art. 9) y dar cuenta cada mes a todos de las entradas y salidas (art. 17); excluir a los miembros que no paguen las cuotas (art. 10), etc. Eso es un verdadero paraíso para la policía, pues nada hay más fácil que penetrar en el secreto de la "caja central fabril", confiscar el dinero y encarcelar a todos los militantes mejores. ¿No sería más sencillo emitir cupones de uno o dos kopeks con el sello de una organización determinada (muy reducida y muy clandestina), o incluso, sin sello alguno, hacer colectas cuyo resultado se daría a conocer en un periódico ilegal con un lenguaje convencional? De este modo se alcanzaría el mismo fin, y a los gendarmes les sería cien veces más difícil descubrir los hilos de la organización.

Podría continuar este análisis del reglamento, pero creo que con lo dicho basta. Un pequeño núcleo bien unido, compuesto por los obreros más seguros, más experimentados y mejor templados, con delegados en los distritos principales y ligado a la organización de revolucionarios de acuerdo con las reglas de la más rigurosa clandestinidad, podrá realizar perfectamente, con el más amplio concurso de las masas y sin reglamentación alguna, *todas* las funciones que competen a una organización sindical, y realizarlas, además, de la manera deseable para la socialdemocracia. Sólo así se podrá *consolidar* y desarrollar, a pesar de todos los gendarmes, el movimiento sindical *socialdemócrata*.

Se me objetará que una organización tan lose, sin ninguna reglamentación, sin ningún afiliado conocido y registrado, no puede ser calificada de organización. Es posible. Para mí la denominación no tiene importancia. Pero esta "organización sin afiliados" hará todo lo necesario y asegurará desde el primer momento un contacto sólido entre nuestras futuras tradeuniones y el socialismo. Y quienes deseen bajo el absolutismo una *amplia* organización de obreros, con elecciones, informes, sufragio universal, etc., son unos utopistas incurables.

La moraleja es simple: si comenzamos por crear firmemente una fuerte organización de revolucionarios, podremos asegurar la estabilidad del movimiento en su conjunto y alcanzar, al mismo tiempo, los objetivos socialdemócratas y los objetivos netamente tradeunionistas. Pero si comenzamos por constituir una amplia organización obrera con el pretexto de que es la más "accesible" a la masa (aunque, en realidad, será más accesible a los gendarmes y pondrá a los revolucionarios más al alcance de la policía), no conseguiremos ninguno de estos objetivos, no nos desembarazaremos de nuestros métodos primitivos y, con nuestro fraccionamiento y nuestros fracasos continuos, no lograremos más que hacer más accesibles a la masa las tradeuniones del tipo de las de Zubátov u Ozerov.

¿En qué deben consistir, en suma, las funciones de esta organización de revolucionarios? Vamos a decirlo con todo detalle. Pero examinemos antes otro razonamiento muy típico de nuestro terrorista, el cual

(¡triste destino!) vuelve a marchar al lado del "economista". La revista para obreros *Svoboda* (núm. 1) contiene un artículo titulado *La organización*, cuyo autor procura defender a sus amigos los "economistas" obreros de Ivánovo-Voznesensk.

> "Mala cosa es -dice- una muchedumbre silenciosa, inconsciente; mala cosa es un movimiento que no viene de la base. Vean lo que sucede: cuando los estudiantes de una ciudad universitaria retornan a sus hogares durante unas fiestas o en el verano, el movimiento obrero se paraliza. ¿Puede ser una verdadera fuerza un movimiento obrero así, estimulado desde fuera? En modo alguno... Todavía no ha aprendido a andar solo y lo llevan con andaderas. Y así en todo: los estudiantes se van y el movimiento cesa; se encarcela a los elementos más capaces, a la crema, y la leche se agria; se detiene al "comité": y, hasta que se forma otro nuevo, vuelve la calma. Además, no se sabe qué otro se formará, quizá no se parezca en nada al antiguo: aquél decía una cosa, éste dirá lo contrario. El nexo entre el ayer y el mañana está roto, la experiencia del pasado no alecciona al porvenir. Y todo porque el movimiento no tiene raíces profundas en la multitud; porque no son un centenar de bobos, sino una docena de inteligentes quienes actúan. Siempre es fácil que una docena de hombres caiga en la boca del lobo; pero cuando la organización engloba a la multitud, cuando todo viene de la multitud, ningún esfuerzo, sea de quien sea, podrá destruir la obra" (pág. 63).

La descripción es justa. Ofrece un buen cuadro de nuestro primitivismo. Pero las conclusiones son dignas de *Rabóchaya Mysl* por su falta de lógica y de tacto político. Son el colmo de la insensatez, pues el autor confunde la cuestión filosófica e histórica social de las "raíces profundas" del movimiento con una cuestión técnica y de organización: cómo luchar mejor contra los gendarmes. Son el colmo de la falta de tacto político, porque, en lugar de apelar a los buenos dirigentes contra los malos, el autor apela a la "multitud" contra los dirigentes en general. Son un intento de hacernos retroceder en el terreno de la organización, de la misma manera que la idea de sustituir la agitación política con el terrorismo excitante nos hace retroceder en el sentido político. A decir verdad, me veo en un auténtico *embarras de richesses*[*], sin saber por dónde empezar el análisis del galimatías con que nos obsequia *Svoboda*. Para mayor claridad, comenzaré por un ejemplo: el de los alemanes. No negarán ustedes, me imagino, que su organización engloba a la multitud, que entre ellos todo viene de la multitud y que el movimiento obrero ha aprendido a andar solo. Sin embargo, ¡¡cómo aprecia esta multitud de varios millones de hombres a su "docena" de jefes políticos probados, con qué firmeza los sigue!! Más de una vez, los diputados de los partidos adversos han tratado de irritar en el Parlamento a los socialistas, diciéndoles: "¡Vaya unos demócratas! El movimiento de la clase obrera no existe entre ustedes más que de palabra; en realidad, es siempre el mismo grupo de jefes el que interviene. Año tras año, decenio tras decenio, siempre el mismo Bebel, siempre el mismo Liebknecht. ¡Vuestros delegados, supuestamente elegidos por los obreros, son más inamovibles que los funcionarios nombrados por el emperador!" Pero los alemanes han acogido con una sonrisa de desprecio estas tentativas demagógicas de oponer la "multitud" a los "jefes", de atizar en ella malos instintos de vanidad, de privar al movimiento de solidez y estabilidad, minando la confianza de las masas en la "docena de inteligentes". Los alemanes han alcanzado ya suficiente desarrollo del pensamiento político, tienen suficiente experiencia política para comprender que, sin "una docena" de jefes de talento (los talentos no surgen por centenares), de jefes probados, preparados profesionalmente, instruidos por una larga práctica y bien compenetrados, ninguna clase de la sociedad contemporánea puede luchar con firmeza. También los alemanes han tenido a sus demagogos, que adulaban a los "centenares de bobos", colocándolos por encima de las "docenas de inteligentes"; que glorificaban el "puño musculoso" de la masa, incitaban (como Most o Hasselmann) a esta masa a acometer acciones "revolucionarias" irreflexivas y sembraban la desconfianza respecto a los jefes probados y firmes. Y el socialismo alemán ha crecido y se ha fortalecido gracias únicamente a una lucha tenaz e intransigente contra toda clase de elementos demagógicos en su seno. Pero en un período en que toda la crisis de la socialdemocracia rusa se explica por el hecho de que las masas que despiertan de un modo espontáneo carecen de jefes suficientemente preparados, desarrollados y expertos, nuestros sabihondos nos dicen con la perspicacia de Ivánushka[**]: "¡Mala cosa es un movimiento que no viene de la base!"

"Un comité compuesto de estudiantes no nos conviene porque es inestable". ¡Completamente justo! Pero la conclusión que se deduce de ahí es que hace falta un comité de revolucionarios profesionales, sin que importe si son estudiantes u obreros las personas capaces de forjarse como tales revolucionarios profesionales. ¡Ustedes, en cambio, sacan la conclusión de que no se debe estimular desde fuera el movimiento obrero! En su ingenuidad política, no se dan cuenta siquiera de que hacen el juego a nuestros "economistas" y a nuestros métodos primitivos. Permítanme una pregunta: ¿Cómo han "estimulado" nuestros estudiantes a nuestros obreros?

[*] Aprieto de abundancia. (*N. de la Edit.*)

[**] Ivánushka: personaje de los cuentos populares rusos. (*N. de la Edit.*)

Únicamente transmitiéndoles los retazos de conocimientos políticos que ellos tenían, las migajas de ideas socialistas que habían podido adquirir (pues el principal alimento espiritual del estudiante de nuestros días, el marxismo legal, no podía darle más que el abecé, no puede darle más que migajas). Ahora bien, *tal* "estímulo desde fuera" no ha sido demasiado grande, sino, al contrario, demasiado pequeño, escandalosamente pequeño en nuestro movimiento, pues no hemos hecho más que cocernos con excesivo celo en nuestra propia salsa, prosternarnos con excesivo servilismo ante la elemental "lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno". Nosotros, los revolucionarios de profesión, debemos dedicarnos, y nos dedicaremos, a *ese* "estímulo" cien veces más. Pero precisamente porque eligen esta abyecta expresión de "estímulo desde fuera", que inspira de modo inevitable al obrero (por lo menos al obrero tan poco desarrollado como ustedes) la desconfianza hacia todos los que les proporcionan desde fuera conocimientos políticos y experiencia revolucionaria, y que despierta el deseo instintivo de rechazados a *todos*, proceden ustedes como *demagogos*, y los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera.

¡Sí, sí! ¡Y no se apresuren a poner el grito en el cielo a propósito de mis "métodos" polémicas "exentos de camaradería"! Ni siquiera se me ocurre poner en tela de juicio la pureza de sus intenciones; he dicho ya que la ingenuidad política también basta para hacer de una persona un demagogo. Pero he demostrado que han caído en la demagogia, y jamás me cansaré de repetir que los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera. Son los peores, porque excitan los malos instintos de la multitud y porque a los obreros atrasados les es imposible reconocer a estos enemigos, los cuales se presentan, y a veces sinceramente, como amigos. Son los peores, porque en este período de dispersión y vacilaciones, en el que la fisonomía de nuestro movimiento está aún formándose, nada hay más fácil que arrastrar demagógicamente a la multitud, a la cual podrán convencer después de su error sólo las más amargas pruebas. De ahí que la consigna del momento de los socialdemócratas rusos deba ser combatir con decisión tanto a *Svoboda* como a *Rabócheie Dielo*, que caen en la demagogia. (Más adelante hablaremos detenidamente de este punto[*].)

"Es más fácil cazar a una docena de inteligentes que a un centenar de bobos". Este magnífico axioma (que les valdrá siempre los aplausos del centenar de bobos) parece evidente sólo porque, en el curso de su razonamiento, han saltado de una cuestión a otra. Comenzaron por hablar, y siguen hablando, de la captura del "comité", de la captura de la "organización", y ahora saltan a otra cuestión, a la captura de las "raíces profundas" del movimiento. Está claro que nuestro movimiento es indestructible sólo porque tiene centenares y centenares de miles de raíces profundas, pero no se trata de eso, ni mucho menos. En lo que se refiere a las "raíces profundas", tampoco ahora se nos puede "cazar", a pesar de todo el primitivismo de nuestro trabajo; y, sin embargo, todos deploramos, y no podemos menos de deplorar, la caza de "*organizaciones*", que rompe toda continuidad del movimiento. Y puesto que plantean la cuestión de la caza de *organizaciones* e insisten en tratar de ella, les diré que es mucho más difícil cazar a una docena de inteligentes que a un centenar de bobos; y seguiré sosteniéndolo sin hacer ningún caso de sus esfuerzos por azuzar a la multitud contra mi "espíritu antidemocrático", etc. Como he señalado más de una vez, debe entenderse por "inteligentes" en materia de organización sólo a los *revolucionarios profesionales*, sin que importe si son estudiantes u obreros quienes se forjen como tales revolucionarios profesionales. Pues bien, yo afirmo: 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable que guarde la continuidad; 2) que cuanto más vasta sea la masa que se incorpore espontáneamente a la lucha -y que constituye la base del movimiento y participa en él-, tanto más imperiosa será la necesidad de semejante organización y tanto más sólida deberá ser ésta (pues con tanta mayor facilidad podrán los demagogos de toda laya arrastrar a los sectores atrasados de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada, en lo fundamental, por hombres que hagan de las actividades revolucionarias su profesión; 4) que en un país autocrático, cuanto más *restrinjamos* el contingente de miembros de dicha organización, incluyendo en ella sólo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tengan una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, tanto más difícil será "cazar" a esta organización, y 5) tanto *mayor* será el número de personas de la clase obrera y de las otras clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar en él de un modo activo.

Invito a nuestros "economistas", terroristas y "economistas-terroristas"[**] a que refuten estas tesis,

[*] Aquí nos limitaremos a advertir que cuanto hemos dicho respecto al "estímulo desde fuera" y a los demás razonamientos de *Svoboda* sobre organización es aplicable *por entero* a todos los "economistas", comprendidos los adeptos de *Rabócheie Dielo*, pues, en parte, han preconizado y sostenido activamente estos puntos de vista sobre los problemas de organización o, en parte, han caído en ellos.

[**] Este término seria, quizá, más justo que el precedente en lo que se refiere a *Svoboda*, pues en *Renacimiento del revolucionarismo* se defiende el terrorismo; y en el artículo en cuestión, el "economismo". "No las quiero, no están maduras...", puede, en general, decirse de *Svoboda*. Tiene buenas aptitudes y las mejores intenciones, pero el

las dos últimas de las cuales voy a desarrollar ahora. Lo de si es más fácil cazar a "una docena de inteligentes" que a "un centenar de bobos" se reduce al problema que he analizado antes: si es compatible *una organización* de masas con la necesidad de observar la clandestinidad más rigurosa. Jamás podremos dar a una organización amplia el carácter clandestino indispensable para una lucha firme y tenaz contra el gobierno. La concentración de todas las funciones clandestinas, en manos del menor número posible de revolucionarios profesionales no significa, ni mucho menos, que estos últimos "pensarán por todos", que la multitud no tomará parte activa en *el movimiento*. Al contrario: la multitud promoverá de su seno a un número cada vez mayor de revolucionarios profesionales, pues sabrá entonces que no basta con que unos estudiantes y algunos obreros que luchan en el terreno económico se reúnan para constituir un "comité", sino que es necesario formarse durante años como revolucionarios profesionales, y "pensará" no sólo en los métodos primitivos de trabajo, sino precisamente en esta formación. La centralización de las funciones clandestinas de *la organización* no implica en modo alguno la centralización de todas las funciones del *movimiento*. La colaboración activa de las más amplias masas en las publicaciones *clandestinas*, lejos de disminuir, *se decuplicará* cuando una "docena" de revolucionarios profesionales centralicen las funciones clandestinas de esta labor. Así, y sólo así, conseguiremos que la lectura de las publicaciones clandestinas, la colaboración en ellas y, en parte, hasta su difusión *dejen casi de ser una obra clandestina*, pues la policía comprenderá pronto cuán absurdas e imposibles son las persecuciones judiciales y administrativas con motivo de cada uno de los miles de ejemplares de publicaciones distribuidas. Lo mismo cabe decir no sólo de la prensa, sino de todas las funciones del movimiento, incluso de las manifestaciones. La participación más activa y más amplia de las masas en una manifestación, lejos de salir perjudicada, tendrá, por el contrario, muchas más probabilidades de éxito si una "docena" de revolucionarios probados, no menos adiestrados profesionalmente que nuestra policía, centraliza todos los aspectos de la labor clandestina: edición de octavillas, confección de un plan aproximado, nombramiento de un grupo de dirigentes para cada distrito de la ciudad, para cada barriada fabril, cada establecimiento de enseñanza, etc. (se dirá, ya lo sé, que mis concepciones "no son democráticas", pero más adelante refutaré de manera detallada esta objeción nada inteligente). La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de revolucionarios no debilitará, sino que reforzará la amplitud y el contenido de la actividad de un gran número de otras organizaciones destinadas a las vastas masas y, por ello, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros culturales y de lectura de publicaciones clandestinas, círculos socialistas, y democráticos también, para *todos* los demás sectores de la población, etc., etc. Tales círculos, sindicatos y organizaciones son necesarios en todas partes, en *el mayor número* y con las funciones más diversas; pero es absurdo y perjudicial *confundir* estas organizaciones con la de los *revolucionarios*, borrar las fronteras entre ellas, apagar en la masa la conciencia, ya de por sí increíblemente oscurecida, de que para "servir" al movimiento de masas hacen falta hombres dedicados de manera especial y por entero a la acción socialdemócrata, y que estos hombres deben *forjarse* con paciencia y tenacidad como revolucionarios profesionales.

Sí esta conciencia se halla oscurecida hasta lo increíble. *Con nuestro primitivismo en el trabajo hemos puesto en entredicho el prestigio de los revolucionarios en Rusia*: en esto radica nuestro pecado capital en materia de organización. Un revolucionario blandengue, vacilante en los problemas teóricos y de estrechos horizontes, que justifica su inercia con la espontaneidad del movimiento de masas y se asemeja más a un secretario de tradeunión que a un tribuno popular, carente de un plan amplio y audaz que imponga respeto incluso a sus adversarios, inexperto e inhábil en su arte profesional (la lucha contra la policía política), ¡no es, con perdón sea dicho, un revolucionario, sino un mísero artesano!

Que ningún militante dedicado a la labor práctica se ofenda por este duro epíteto, pues en lo que concierne a la falta de preparación, me lo aplico a mí mismo en primer término. He actuado en un círculo[88] que se asignaba tareas vastas y omnímodas, y todos nosotros, sus componentes, sufríamos lo indecible al comprender que no éramos más que unos artesanos en un momento histórico en que, modificando ligeramente la antigua máxima, podría decirse: ¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia de sus cimientos! Y cuanto más a menudo he tenido que recordar la bochornosa sensación de vergüenza que me daba entonces, tanto mayor ha sido mi amargura contra los seudosocialdemócratas que "deshonran el nombre de revolucionario" con su propaganda y no comprenden

---

único resultado es la confusión; confusión, principalmente, porque, al defender la continuidad de la organización, *Svoboda* no quiere saber nada de continuidad del pensamiento revolucionario y de la teoría socialdemócrata. Esforzarse por resucitar al revolucionario profesional (*Renacimiento del revolucionarismo*) y proponer para eso, primero, el terrorismo excitante y, segundo, la "organización de los obreros medios" (*Svoboda*, núm. 1, pág. 66 y siguientes), menos "estimulados desde fuera", equivale, en verdad, a derribar la casa propia para tener leña con que calentarla.

que nuestra misión no consiste en propugnar que se rebaje al revolucionario al nivel del militante primitivo, sino en elevar a este último al nivel del revolucionario.

d) Amplitud de la labor de organización

Como hemos visto, B-v habla de "la escasez de fuerzas revolucionarias aptas para la acción, que se deja sentir no sólo en San Petersburgo, sino en toda Rusia". Y es poco probable que alguien ponga en duda este hecho. Pero el quid está en cómo explicarlo. B-v escribe:

> "No nos proponemos esclarecer las causas históricas de este fenómeno; sólo diremos que la sociedad, desmoralizada por una larga reacción política y disgregada por los cambios económicos que se han producido y se producen, promueve *un número extremadamente reducido de personas aptas para la labor revolucionaria*; que la clase obrera, al promover a revolucionarios obreros, completa en parte las filas de las organizaciones clandestinas; pero el número de estos revolucionarios no corresponde a las demandas de la época. Tanto más que la situación del ocupado en la fábrica once horas y media al día, sólo le permite desempeñar principalmente funciones de agitador; en cambio, la propaganda y la organización, la reproducción y distribución de publicaciones clandestinas, la edición de proclamas, etc., recaen ante todo, quiérase o no, sobre un número reducidísimo de intelectuales" (*R. Dielo*, núm. 6, págs. 38-39).

Discrepamos en muchos puntos de esta opinión de B-v. No estamos de acuerdo, en particular, con las palabras subrayadas por nosotros, las cuales muestran con singular relieve que, después de haber sufrido mucho (como todo militante práctico que piense algo) a causa de nuestros métodos primitivos, B-v no puede, agobiado por el "economismo", encontrar una salida de esta situación insoportable. No, la sociedad promueve un número extremadamente *grande* de personas aptas para la "causa", pero no sabemos utilizarlas a todas. En este sentido, el estado crítico, el estado de transición de nuestro movimiento puede formularse del modo siguiente: *nos falta gente, y gente hay muchísima*. Hay infinidad de hombres porque tanto la clase obrera como sectores cada vez más diversos de la sociedad proporcionan año tras año, y en cantidad creciente, descontentos que desean protestar y que están dispuestos a contribuir cuanto puedan a la lucha contra el absolutismo, cuyo carácter insoportable no comprende aún todo el mundo, aunque masas cada día más vastas lo perciben más y más. Pero, al mismo tiempo, no hay hombres, porque no hay dirigentes, no hay jefes políticos, no hay talentos organizadores capaces de realizar una labor amplia y, a la vez, indivisible y armónica, que permita emplear todas las fuerzas, hasta las más insignificantes. "El crecimiento y el desarrollo de las organizaciones revolucionarias" se rezagan no sólo del crecimiento del movimiento obrero, cosa que reconoce incluso B-v, sino también del crecimiento del movimiento democrático general en todos los sectores del pueblo. (Por lo demás, es probable que B-v consideraría hoy esto un complemento a su conclusión.) El alcance de la labor revolucionaria es demasiado reducido en comparación con la amplia base espontánea del movimiento, está demasiado ahogado por la mezquina teoría de "la lucha económica contra los patronos y el gobierno". Pero hoy deben "ir a todas las clases de la población" no sólo los agitadores políticos, sino también los organizadores socialdemócratas*. No creo que ni un solo militante dedicado a la actividad práctica dude que los socialdemócratas puedan repartir mil funciones fragmentarias de su trabajo de organización entre personas de las clases más diversas. La falta de especialización es uno de los mayores defectos de nuestra técnica que B-v deplora con tanta amargura y tanta razón. Cuanto más menudas sean las distintas "operaciones" de la labor general, tantas más personas capaces de llevarlas a cabo podrán encontrarse (y, en la mayoría de los casos, totalmente incapaces de ser revolucionarios profesionales) y tanto más difícil será que la policía "cace" a todos esos "militantes que desempeñan funciones fragmentarias", tanto más difícil será que pueda montar con el delito insignificante de un individuo un "asunto" que compense los gastos del Estado en el mantenimiento de la policía política. Y en lo que respecta al número de personas dispuestas a prestarnos su concurso, hemos señalado ya en el capítulo precedente el cambio gigantesco que se ha operado en este aspecto durante los cinco años últimos. Pero, por otra parte, para agrupar en un todo único esas pequeñas fracciones, para no fragmentar junto con las funciones del movimiento el propio movimiento y para infundir al ejecutor de las funciones menudas la fe en la necesidad y la importancia de su trabajo, sin la cual nunca trabajará**, para todo esto hace falta precisamente

---

* Entre los militares, por ejemplo, se observa en los últimos tiempos una reanimación indudable del espíritu democrático, en parte a causa de los combates de calle, cada vez más frecuentes, contra "enemigos" como los obreros y los estudiantes. Y en cuanto nos lo permitan nuestras fuerzas, deberemos dedicar sin falta la mayor atención a la labor de agitación y propaganda entre los soldados y oficiales, a la creación de "organizaciones militares" afiliadas a nuestro partido.

** Recuerdo que un camarada me refirió un día que un inspector fabril, que había ayudado a la socialdemocracia y estaba dispuesto a seguir ayudándola, se quejaba amargamente, diciendo que no sabía si su "información" llegaba a un verdadero centro revolucionario, hasta qué punto era necesaria su ayuda ni hasta qué punto era posible utilizar sus pequeños y menudos servicios. Todo militante

una fuerte organización de revolucionarios probados. Con una organización así, la fe en la fuerza del partido se hará tanto más firme y tanto más extensa cuanto más clandestina sea esta organización; y en la guerra, como es sabido, lo más importante es no sólo infundir confianza en sus fuerzas al ejército propio, sino hacer que crean en ello el enemigo y todos los elementos *neutrales*; una neutralidad amistosa puede, a veces, decidir la contienda. Con semejante organización, erigida sobre una firme base teórica, y disponiendo de un órgano de prensa socialdemócrata, no habrá que temer que el movimiento sea desviado de su camino por los numerosos elementos "extraños" que se hayan adherido a él (al contrario, precisamente ahora, cuando predominan los métodos primitivos, vemos que muchos socialdemócratas lo llevan a la trayectoria del *Credo*, imaginándose que sólo ellos son socialdemócratas). En una palabra, la especialización presupone necesariamente la centralización y, a su vez, la exige en forma absoluta.

Pero el mismo B-v, que ha mostrado tan bien toda la necesidad de la especialización, no la aprecia bastante, a nuestro parecer, en la segunda parte del razonamiento citado. Dice que el número de revolucionarios procedentes de los medios obreros es insuficiente. Esta observación es del todo justa, y volvemos a subrayar que la "valiosa noticia de un observador directo" confirma por entero nuestra opinión sobre las causas de la crisis actual de la socialdemocracia y, por tanto, sobre los medios de remediarla. No sólo los revolucionarios en general se rezagan del ascenso espontáneo de las masas, sino que incluso los obreros revolucionarios se retrasan del ascenso espontáneo de las masas obreras. Y este *hecho* confirma del modo más evidente, incluso desde el punto de vista "práctico", que la "pedagogía" con que se nos obsequia tan a menudo, al discutirse el problema de nuestros deberes para con los obreros, es absurda y *reaccionaria en el aspecto político*. Este hecho testimonia que nuestra obligación primordial y más imperiosa consiste en ayudar a formar obreros revolucionarios que, *desde el punto de vista de su actividad en el partido*, estén al mismo nivel que los intelectuales revolucionarios (subrayamos: desde el punto de vista de su actividad en el partido, pues en otros sentidos, aunque sea necesario, está lejos de ser tan fácil y tan urgente que los obreros lleguen al mismo nivel). Por eso debemos orientar nuestra atención *principal a elevar* a los obreros al nivel de los revolucionarios y no a *descender* indefectiblemente nosotros mismos al nivel de la "masa obrera", como quieren los "economistas", e indefectiblemente al nivel del "obrero medio", como quiere *Svoboda* (que, en este sentido, se eleva al segundo grado de la "pedagogía" economista). Nada más lejos de mí que el propósito de negar la necesidad de publicaciones de divulgación para los obreros y de otras publicaciones de más divulgación aún (pero, claro está, no vulgares) para los obreros muy atrasados. Pero lo que me indigna es ese constante meter sin venir a cuento la pedagogía en los problemas políticos, en las cuestiones de organización. Pues ustedes, señores, que se desvelan por el "obrero medio", en el fondo más bien ofenden a los obreros con el deseo de hacerles sin falta *una reverencia* antes de hablar de política obrera o de organización obrera. ¡Yérganse para hablar de cosas serias y dejen la pedagogía a quienes ejercen el magisterio, pues no es ocupación de políticos ni de organizadores! ¿Es que entre los intelectuales no hay también hombres avanzados, elementos "medios" y "masas"? ¿Es que no reconoce todo el mundo que los intelectuales también necesitan publicaciones de divulgación? ¿No se escribe esa literatura? Pero imagínense que, en un artículo sobre la organización de los estudiantes universitarios o de bachillerato, el autor se pusiera a repetir con machaconería, como quien hace un descubrimiento, que se precisa, ante todo, una organización de "estudiantes medios". Por seguro que semejante autor sería puesto en ridículo, y le estaría muy bien empleado. Le dirían: usted denos unas cuantas ideíllas de organización, si las tiene, y ya veremos nosotros mismos quién es "medio", superior o inferior. Y si las que tiene sobre organización no son propias, todas sus disquisiciones sobre las "masas" y los "elementos medios" hastiarán simplemente. Comprendan de una vez que los problemas de “política” y "organización" son ya de por sí tan serios que no se puede hablar de ellos sino con toda seriedad: se puede y se debe *preparar* a los obreros (lo mismo que a los estudiantes universitarios y de bachillerato) *para poder abordar ante ellos* esos problemas; pero una vez los han abordado, den verdaderas respuestas, no se vuelvan atrás, hacia los "elementos medios" o hacia las

---

dedicado a la labor práctica podría citar, sin duda, más de un caso semejante, en que nuestros métodos primitivos de trabajo nos han privado de aliados. ¡Pero los empleados y los funcionarios podrían prestarnos y nos prestarían "pequeños" servicios, que en conjunto serían de un valor inapreciable, no sólo en las fábricas, sino en correos, en ferrocarriles, en aduanas, entre la nobleza, en la iglesia y en *todos* los demás sitios, incluso en la policía y hasta en la corte! Si tuviéramos ya un verdadero partido, una organización verdaderamente combativa de revolucionarios, no arriesgaríamos a todos esos "auxiliares", no nos apresuraríamos a introducirlos siempre y sin falta en el corazón mismo de las "actividades clandestinas"; al contrario, los cuidaríamos de un modo singular e incluso prepararíamos especialmente a personas para esas funciones, recordando que muchos estudiantes podrían sernos más útiles como funcionarios "auxiliares" que como revolucionarios "a breve plazo". Pero, vuelvo a repetirlo, sólo puede aplicar esta táctica una organización completamente firme ya que no tenga escasez de fuerzas activas.

"masas", no salgan del paso con retruécanos o frases*.

Si el obrero revolucionario quiere prepararse por entero para su trabajo, debe convertirse, también en un revolucionario profesional. Por esto no tiene razón B-v cuando dice que, por estar el obrero ocupado en la fábrica once horas y media, las demás funciones revolucionarias (salvo la agitación) "recaen ante todo, *quiérase o no*, sobre un número reducidísimo de intelectuales". No sucede esto "quiérase o no", sino debido a nuestro atraso, porque no comprendemos que tenemos el deber de ayudar a todo obrero que se distinga por su capacidad para convertirse en un agitador, organizador, propagandista, distribuidor, etc., etc., *profesional*. En este sentido dilapidamos vergonzosamente nuestras fuerzas, no sabemos cuidar lo que tiene que ser cultivado y desarrollado con particular solicitud. Fíjense en los alemanes: tienen cien veces más fuerzas que nosotros, pero comprenden perfectamente que los agitadores, etc., capaces de verdad, no descuellan con excesiva frecuencia de entre los obreros "medios". Por eso procuran colocar enseguida a todo obrero capaz en condiciones que le permitan desarrollar plenamente y aplicar plenamente sus aptitudes: hacen de él un agitador profesional, lo animan a ensanchar su campo de acción, a extender ésta de una fábrica a todo un oficio, de una localidad a todo el país. De este modo, el obrero adquiere experiencia y habilidad profesional, amplía su horizonte y su saber, observa de cerca a los jefes políticos destacados de otros lugares y de otros partidos, procura ponerse a la misma altura que ellos y unir en su persona el conocimiento del medio obrero y la lozanía de las convicciones socialistas a la maestría profesional sin la que *no puede* el proletariado desplegar su tenaz lucha contra sus enemigos perfectamente instruidos. Así, sólo así, surgen de la masa obrera los Bebel y los Auer. Pero lo que en un país libre en el aspecto político se hace en gran parte por sí solo, en Rusia deben hacerlo sistemáticamente nuestras organizaciones. Un agitador obrero que tenga algún talento y "prometa" no debe trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarlo de manera que viva de los fondos del partido, que pueda pasar a la clandestinidad en el momento preciso, que cambie de lugar de acción, pues de otro modo no adquirirá gran experiencia, no ampliará su horizonte, no podrá sostenerse siquiera varios años en la lucha contra los gendarmes. Cuanto más amplio y profundo es el movimiento espontáneo de las masas obreras, tantos más agitadores de talento descuellan y no sólo agitadores, sino organizadores, propagandistas y militantes "prácticos" de talento, "prácticos" en el bien sentido de la palabra (que son tan escasos entre nuestros intelectuales, en su mayor parte un tanto desidiosos y tardos a la rusa). Cuando tengamos destacamentos de obreros revolucionarios (y bien entendido que de "todas las armas" de la acción revolucionaria) especialmente preparados y con un largo aprendizaje, ninguna policía política del mundo podrá con ellos, porque esos destacamentos de hombres consagrados en cuerpo y alma a la revolución gozarán igualmente de la confianza ilimitada de las más amplias masas obreras. Y somos *los culpables* directos de no "empujar" bastante a los obreros a este camino, que es el mismo para ellos y para los "intelectuales", al camino del aprendizaje revolucionario profesional, tirando demasiado a menudo de ellos hacia atrás con nuestros discursos necios sobre lo que es "accesible" para la masa obrera, para los "obreros medios", etc.

En ese sentido, igual que en los otros, el reducido alcance del trabajo de organización está en relación indudable e íntima (aunque no se dé cuenta de ello la inmensa mayoría de los "economistas" y de los militantes prácticos noveles) con la reducción del alcance de nuestra teoría y de nuestras tareas políticas. El culto a la espontaneidad origina una especie de temor de apartarnos un poquitín de lo que sea "accesible" a las masas, un temor de subir demasiado por encima de la simple satisfacción de sus necesidades directas e inmediatas. ¡No tengan miedo, señores! ¡Recuerden ustedes que en materia de organización estamos a un nivel tan bajo que es absurda hasta la propia idea de que *podamos* subir *demasiado* alto!

e) La organización "de conspiradores" y la "democracia"

Entre nosotros hay mucha gente tan sensible a "la voz de la vida" que nada temen tanto como eso precisamente, acusando de ser adeptos del grupo Libertad del Pueblo, de no comprender la "democracia", etc., a los que comparten las opiniones expuestas más arriba. Nos vemos precisados a detenernos en estas acusaciones, que apoya también, como es natural, *Rabócheie Dielo*.

Quien escribe estas líneas sabe muy bien que los "economistas" petersburgueses acusaban ya a *Rabóchaya Gazeta* de seguir a Libertad del Pueblo (cosa comprensible si se la compara con *Rabóchaya Mysl*). Por eso, cuando, después de aparecer *Iskra*, un camarada nos refirió que los socialdemócratas de la ciudad X califican a *Iskra* de órgano de Libertad del

* *Svoboda*, núm. 1, artículo *La organización*, pág. 66: "La masa obrera apoyará con todo su peso todas las reivindicaciones que sean formuladas en nombre del Trabajo de Rusia" (¡Trabajo con mayúscula sin falta!), y el mismo autor exclama: "Yo no les tengo ninguna rabia a los intelectuales, pero..." (éste es el *pero* que Schedrín, traducía con las palabras: ¡de puntillas no se es más alto!)... "pero me pongo terriblemente furioso cuando viene una persona a contarme una retahíla de cosas muy bonitas y buenas y me hace que las crea por su (¿de él?) lindeza y demás méritos" (pág. 62). También yo "me pongo terriblemente furioso"...

Pueblo, no nos sentimos nada sorprendidos. Naturalmente, esa acusación era para todos nosotros un elogio, pues ¿a qué socialdemócrata decente no habrán acusado de lo mismo los "economistas"?

Estas acusaciones son debidas a malentendidos de dos géneros. En primer lugar, en nuestro país se conoce tan poco la historia del movimiento revolucionario que toda idea de formar una organización combativa centralizada que declare una guerra sin cuartel al zarismo es calificada de adicta a Libertad del Pueblo. Pero la magnífica organización que tenían los revolucionarios de la década del 70 y que debiera servirnos a todos de modelo no la crearon, ni mucho menos, los adeptos de Libertad del Pueblo, sino *los partidarios de Tierra y Libertad*[89] que luego se dividió en Reparto Negro y Libertad del Pueblo. Por eso es absurdo, tanto desde el punto de vista histórico como desde el lógico, ver en una organización revolucionaria de combate algo específico de Libertad del Pueblo, porque *ninguna* tendencia revolucionaria que piense realmente en una lucha seria puede prescindir de semejante organización. El error de los adeptos de Libertad del Pueblo no consistió en procurar que se incorporaran a su organización *todos* los descontentos ni orientar esa organización hacia una lucha resuelta contra la autocracia. En eso, por el contrario, estriba su gran mérito ante la historia. Y su error consistió en haberse apoyado en una teoría que no tenía en realidad nada de revolucionaria y en no haber sabido, o en no haber podido, establecer un nexo firme entre su movimiento y la lucha de clases en la sociedad capitalista en desarrollo. Y sólo la más burda incomprensión del marxismo (o su "comprensión" en sentido "struvista") ha podido dar lugar a la opinión de que la aparición de un movimiento obrero espontáneo de masas nos *exime* de la obligación de fundar una organización de revolucionarios tan buena como la de los partidarios de Tierra y Libertad o de crear otra incomparablemente mejor. Por el contrario, ese movimiento *nos impone* precisamente dicha obligación, ya que la lucha espontánea del proletariado no se convertirá en su verdadera "lucha de clase" mientras no esté dirigida por una fuerte organización de revolucionarios.

En segundo lugar, muchos -y entre ellos, por lo visto, B. Krichevski (*R. D.*, núm. 10, pág. 18)- no comprenden bien la polémica que siempre han sostenido los socialdemócratas contra la concepción de la lucha política como una lucha "de conspiradores". Hemos protestado y protestaremos siempre, desde luego, contra *la reducción* de la lucha política a las proporciones de una conjura*, pero eso, claro está, en modo alguno significaba que negásemos la necesidad de una fuerte organización revolucionaria. Y, por ejemplo, en el folleto, citado en la nota, junto a la polémica contra quienes quieren reducir la lucha política a una conjura se encuentra el esquema de una organización (como ideal de los socialdemócratas) lo bastante fuerte para poder recurrir tanto a la "insurrección" como, a cualquier "otra forma de ataque" "con objeto de asestar el golpe decisivo al absolutismo"**. Por su *forma*, una organización revolucionaria de esa fuerza en un país autocrático puede llamarse también organización "de conspiradores", porque la palabra francesa "*conspiration*" equivale a "conjuración", y el carácter conspirativo es imprescindible en el grado máximo para semejante organización". El carácter conspirativo es condición tan imprescindible de tal organización que las demás condiciones (número, selección, funciones, etc. de los miembros) tienen que concertarse con ella. Sería, por tanto, extrema candidez temer que nos acusen a los socialdemócratas de querer crear una organización de conspiradores. Todo enemigo del "economismo" debe enorgullecerse de esa acusación así como de la acusación de ser partidario de Libertad del Pueblo.

Se nos objetará que una organización tan poderosa y tan rigurosamente secreta, que concentra en sus manos todos los hilos de la actividad conspirativa, organización necesariamente centralista, puede lanzarse con excesiva ligereza a un ataque prematuro, puede enconar irreflexivamente el movimiento antes de que lo hagan posible y necesario la extensión del descontento político, la fuerza de la efervescencia y de la exasperación de la clase obrera, etc. Nosotros contestaremos que, hablando en términos abstractos, no es posible negar, desde luego, que una organización de combate *puede* abocar en una batalla impremeditada, la cual *puede* acabar en una derrota que en modo alguno sería inevitable en otras condiciones. Pero, en semejante problema, es imposible limitarse a consideraciones abstractas, porque todo combate entraña la posibilidad abstracta de la derrota, y no hay otro medio de *disminuir* esta posibilidad que preparar organizadamente el combate. Y si planteamos el problema en el terreno concreto de las condiciones

---

* Véase: *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, pág. 21, la polémica contra P. L. Lavrov. (Véase la presente edición, tomo I. *N. de la Edit.*).

** *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, pág. 23. (Véase la presente edición, tomo I. *N. de la Edit.*) Por cierto he aquí otro ejemplo de cómo *R. Dielo* o no comprende lo que dice, o cambia de opinión "según de donde sople el viento". En el número 1 de *R. Dielo* se dice en cursiva: "*El contenido del folleto que acabamos de exponer coincide plenamente con el programa de la redacción de "Rabócheie Dielo"* (pág. 142). ¿Es cierto eso? ¿Coincide con *Las tareas* la idea de que no se puede plantear al movimiento de masas como primera tarea derrocar la autocracia? ¿Coincide con ellas la teoría de la "lucha económica contra los patronos y el gobierno."? ¿Coincide la teoría de las fases? Que el lector juzgue de la firmeza de principios de un órgano que comprende la "coincidencia" de manera tan original

actuales de Rusia, habremos de llegar a esta conclusión positiva: una fuerte organización revolucionaria es sin duda necesaria para dar precisamente estabilidad al movimiento y *preservarlo* de la posibilidad de los ataques irreflexivos. Justamente ahora, cuando carecemos de semejante organización y cuando el movimiento revolucionario crece espontánea y rápidamente, *se observan ya* dos extremos opuestos (que, como es lógico, "se tocan"): o un "economismo" sin el menor fundamento, acompañado de prédicas de moderación, o un "terrorismo excitante", con tan poco fundamento, que tiende "a producir artificiosamente, en el movimiento que se desarrolla y se consolida, pero que todavía está más cerca de su principio que de su fin, síntomas de su fin" (V. Z. en *Zariá*, núm. 2-3, pág. 353). Y el ejemplo de *R. Dielo* demuestra que *existen ya* socialdemócratas que capitulan ante ambos extremos. Y no es de extrañar, porque, amén de otras razones, la "lucha económica contra los patronos y el gobierno" *jamás* satisfará a un revolucionario, y extremos opuestos siempre surgirán aquí o allá. Sólo una organización combativa centralizada que aplique firmemente la política socialdemócrata y satisfaga, por decido así, todos los instintos y aspiraciones revolucionarios puede preservar de un ataque irreflexivo al movimiento y preparar un ataque con perspectivas de éxito.

Se nos objetará también que el punto de vista expuesto sobre la organización contradice el "principio democrático". La acusación anterior tiene un origen ruso tan específico como *específico* carácter *extranjero* tiene esta otra. Sólo una organización con sede en el extranjero (La Unión de Socialdemócratas Rusos) ha podido dar a su redacción, entre otras instrucciones, la siguiente:

> "*Principio de organización*. Para favorecer el desarrollo y la unificación de la socialdemocracia es preciso subrayar, desarrollar, luchar por un amplio principio democrático de su organización de partido, cosa que han hecho especialmente imprescindible las tendencias antidemocráticas aparecidas en las filas de nuestro partido" (*Dos congresos*, pág. 18).

En el capítulo siguiente veremos cómo lucha precisamente *R. Dielo* contra las "tendencias antidemocráticas" de *Iskra*. Veamos ahora más de cerca el "principio" que proponen los "economistas". Es probable que todo el mundo esté de acuerdo en que el "amplio principio democrático" presupone las dos condiciones imprescindibles que siguen: primero, publicidad completa, y, segundo, carácter electivo de todos los cargos. Sin publicidad, más aún, sin una publicidad que no quede reducida a los miembros de la organización sería ridículo hablar de espíritu democrático. Llamaremos democrática a la organización del partido socialista alemán ya que en él todo es público, incluso las sesiones de sus congresos; pero nadie llamará democrática a una organización que se oculte de todos los que no sean miembros suyos con el manto del secreto. Cabe preguntar: ¿qué sentido tiene proponer un "*amplio* principio democrático", cuando la condición fundamental de ese principio es *irrealizable* para una organización secreta? El "amplio principio" resulta ser una mera frase que suena mucho, pero que está vacía. Más aún. Esta frase demuestra una incomprensión completa de las tareas urgentes del momento en materia de organización. Todo el mundo sabe hasta qué punto está extendida entre nosotros la falta de discreción conspirativa que predomina en la "gran" masa de revolucionarios. Ya hemos visto con cuánta amargura se queja de ello B-v, exigiendo, lleno de razón, "una severa selección de los afiliados" (*R. D.*, núm. 6, pág. 42). ¡Y de pronto aparecen gentes que se ufanan de su "sentido de la vida" y, en semejante situación, *no subrayan* la necesidad de la más severa discreción conspirativa y de la más rigurosa (y, por consiguiente, más estrecha) selección de los afiliados, sino un "*amplio* principio democrático"! Esto se llama tomar el rábano por las hojas.

No queda mejor parado el segundo rasgo de la democracia: el carácter electivo. En los países que gozan de libertad política, esta condición se sobrentiende por sí misma. "Se considera miembro del partido todo el que acepta los principios de su programa y ayuda al partido en la medida de sus fuerzas", dice el artículo primero de los estatutos orgánicos del Partido Socialdemócrata Alemán. Y como toda la liza política está abierta para todos, igual que la rampa del escenario para el público de un teatro, el que se acepte o se rechace, se apoye o se impugne son cosas que todos saben por los periódicos y por las reuniones públicas. Todo el mundo sabe que determinado dirigente político ha comenzado de tal manera, ha pasado por tal y tal evolución, se ha portado de tal y tal modo en un momento difícil de su vida, se distingue en general por tales y tales cualidades: por tanto, es natural que a este dirigente lo puedan elegir o no elegir, con conocimiento de causa, para determinado cargo en el partido, *todos* los miembros del mismo. El control general (en el sentido literal de la palabra) de cada uno de los pasos del afiliado al partido, a lo largo de su carrera política, crea un mecanismo de acción automática que tiene por resultado lo que en Biología se llama "supervivencia de los mejor adaptados". La "selección natural", producto de la completa publicidad, del carácter electivo y del control general, asegura que cada dirigente esté a fin de cuentas "en su sitio", se encargue de la labor que mejor concuerde con sus fuerzas y aptitudes, sufra en su carne todas las consecuencias de sus errores y demuestre a la vista de todos su capacidad para reconocer sus faltas y evitarlas.

¡Pero prueben ustedes a encajar este cuadro en el

marco de nuestra autocracia! ¿Es acaso concebible entre nosotros que "todo el que acepte los principios del programa del partido y ayude al partido en la medida de sus fuerzas" controle cada paso del revolucionario clandestino? ¿Que todos elijan a uno o a otro entre estos últimos, cuando, en bien de su trabajo, el revolucionario *está obligado* a ocultar su verdadera personalidad a las nueve décimas partes de esos "todos"? Reflexionen, aunque sólo sea un momento, en el verdadero sentido de las sonoras palabras de *R. Dielo* y verán que la "amplia democracia" de una organización de partido en las tinieblas de la autocracia, cuando son los gendarmes quienes seleccionan, no es más que *un juguete inútil y perjudicial*. Inútil porque, en la práctica, jamás ha podido organización revolucionaria alguna aplicar *una amplia* democracia, ni puede aplicarla, por mucho que lo desee. Perjudicial porque los intentos de aplicar en la práctica un "amplio principio democrático" sólo facilitan a la policía las grandes redadas y perpetúan los métodos primitivos de trabajo dominantes, desviando el pensamiento de los militantes dedicados a la labor práctica de la seria e imperiosa tarea de forjarse como revolucionarios profesionales hacia la redacción de prolijos reglamentos “burocráticos" sobre sistemas de votación. Sólo en el extranjero, donde no pocas veces se juntan gentes que no pueden encontrar una labor verdadera y real, ha podido desarrollarse en algún sitio, sobre todo en diversos grupos pequeños, ese "juego a la democracia".

Para demostrar al lector cuán indecoroso es el procedimiento predilecto de *R. Dielo* para preconizar un "principio" tan decoroso como la democracia en la labor revolucionaria, apelaremos de nuevo a un testigo. Se trata de E. Serebriakov, director de la revista londinense *Nakanunie*, que siente gran debilidad por *R. Dielo* y profundo odio a Plejánov y los "plejanovistas"; en los artículos referentes a la escisión de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, *Nakanunie* se puso resueltamente al lado de *R. Dielo* y descargó un nubarrón de palabras detestables sobre Plejánov. Tanto más valor tiene para nosotros el testigo en este punto. En el artículo *Con motivo del llamamiento del "Grupo de Autoemancipación de los Obreros"*, inserto en el número 7 de *Nakanunie* (julio de 1899), E. Serebriakov decía que era "indecoroso" plantear cuestiones "de obcecación, de primacía, de lo que se llama el areópago, en un movimiento revolucionario serio", y decía, entre otras cosas, lo siguiente:

> "Myshkin, Rogachov, Zheliábov, Mijáilov, Peróvskaya, Fígner y otros nunca se consideraron dirigentes y nadie los había elegido ni nombrado, aunque en realidad sí lo eran, porque tanto en el período de propaganda como en la lucha contra el gobierno cargaron con el mayor peso del trabajo, fueron a los sitios más peligrosos y su actividad fue la más fructífera. Y la primaria no resultaba de que la desearan, sino de que los camaradas que los rodeaban confiaban en su inteligencia, en su energía y en su lealtad. Temer a un areópago (y si no se le teme no hay por qué mencionarlo) que puede dirigir autoritariamente el movimiento es ya demasiada candidez. ¿Quién lo obedecería?"

Preguntamos al lector: ¿en qué se diferencia el "areópago" de las "tendencias antidemocráticas"? ¿No es evidente que el "decoroso" principio de organización de *Rabócheie Dielo* es tan cándido como indecoroso? Cándido porque sencillamente nadie obedecerá a un "areópago" o a gentes con "tendencias antidemocráticas", toda vez que "los camaradas que los rodean no confiarán en su inteligencia, en su energía ni en su lealtad". E indecoroso como demagógica salida de tono que especula con la presunción de unos, con el desconocimiento que otros tienen del estado en que realmente se encuentra nuestro movimiento y con la falta de preparación de los terceros y su desconocimiento de la historia del movimiento revolucionario. El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento ha de ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de los afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que el "ambiente democrático", a saber: la plena confianza mutua, propia de camaradas, entre los revolucionarios. Y es indiscutible que necesitamos más esta confianza porque en Rusia, no se puede ni hablar de sustituirla por un control democrático general. Cometeríamos un gran error si creyéramos que, por ser imposible un control verdaderamente “democrático", los afiliados a una organización revolucionaria se convierten en incontrolados: no tienen tiempo de pensar en las formas de juguete de democracia (democracia en el seno de un apretado núcleo de camaradas entre los que reina plena confianza mutua), pero sienten muy en lo vivo su *responsabilidad*, pues saben además, por experiencia, que una organización de verdaderos revolucionados no se detendrá en medios para deshacerse del un miembro indigno. Además, en el país hay una opinión pública bastante desarrollada de los medios revolucionarios rusos (e internacionales) que tiene mucha historia y castiga con implacable severidad todo incumplimiento del deber de la camaradería (¡y la "democracia", la verdadera democracia, no la de juguete, va implícita, como la parte en el todo, en este concepto de camaradería!). ¡Tomen todo esto en consideración y comprenderán qué nauseabundo tufillo a juego a los generales en el extranjero trasciende de todas esas habladurías y resoluciones sobre las "tendencias antidemocráticas"!

Hay que observar, además, que la otra fuente de tales habladurías, es decir, la candidez, se aumenta asimismo de una confusión de ideas acerca de la

democracia. En el libro de los esposos Webb sobre las tradeuniones inglesas hay un capítulo curioso: *La democracia primitiva*. Los autores refieren en él que los obreros ingleses tenían por señal imprescindible de democracia en el primer período de existencia de sus sindicatos que todos hicieran de todo en la dirección de los mismos: no sólo se decidían todas las cuestiones por votación de todos los miembros, sino que los cargos también eran desempeñados sucesivamente por todos los afiliados. Fue necesaria una larga experiencia histórica para que los obreros comprendieran lo absurdo de semejante concepto de la democracia y la necesidad, por una parte, de que existieran instituciones representativas y, por otra, funcionarios profesionales. Fueron necesarios unos cuantos casos de quiebra de cajas de los sindicatos para que los obreros comprendieran que la proporción entre las cuotas que pagaban y los subsidios que recibían no podía decidirse sólo por votación democrática, sino que exigía, además, el consejo de un perito en seguros. Lean también el libro de Kautsky sobre el parlamentarismo y la legislación popular y verán que las deducciones del teórico marxista coinciden con las enseñanzas de prolongados años de práctica de los obreros unidos "espontáneamente". Kautsky rebate con denuedo la forma primitiva que Rittinghausen tiene de concebir la democracia, se burla de la gente dispuesta a exigir en nombre de la democracia que "los periódicos del pueblo sean redactados directamente por el pueblo", demuestra la necesidad de que existan periodistas, parlamentarios, etc., profesionales, para dirigir de un modo socialdemócrata la lucha de clase del proletariado; ataca el "socialismo de anarquistas y literatos" que exaltan "por afán efectista" la legislación que emana directamente del pueblo y no comprenden que su aplicación es muy convencional en la sociedad contemporánea.

Todo el que haya desplegado una labor práctica en nuestro movimiento sabe cuán extendido está entre la masa de la juventud estudiantil y de los obreros el concepto "primitivo" de la democracia. No es de extrañar que este concepto penetre tanto en estatutos como en publicaciones. Los "economistas" de tipo bernsteiniano decían en sus estatutos: "Artículo 10. Todos los asuntos que atañen a los intereses de toda la organización sindical se resolverán por mayoría de votos de todos sus miembros". Los "economistas" de tipo terrorista los secundan: "Es preciso que los acuerdos del comité pasen por todos los círculos y sólo entonces sean efectivos" (*Svoboda*, núm. 1, pág. 67). Observen que esta reclamación de aplicar ampliamente el referéndum se plantea ¡después de exigir que toda la organización se base en el principio electivo! Nada más lejos de nosotros, claro está, que censurar por eso a los militantes dedicados al trabajo práctico, que han tenido muy poca posibilidad de conocer la teoría y la práctica de las organizaciones democráticas de verdad. Pero cuando *R. Dielo*, que pretende ejercer una función dirigente, se limita en tales circunstancias a insertar una resolución sobre el amplio principio democrático ¿cómo no llamar a esto sino puro "afán efectista"?

f) El trabajo a escala local y a escala nacional

Si las objeciones que se hacen al plan de organización que aquí exponemos, reprochándole su falta de democracia y su carácter conspirativo, carecen totalmente de fundamento, queda todavía pendiente una cuestión que se plantea muchas veces y merece detenido examen: se trata de la relación existente entre el trabajo local y el trabajo a escala nacional. Se expresa el temor de que, al crearse una organización centralista, el centro de gravedad pase del primer trabajo al segundo, el temor de que esto perjudique al movimiento, debilite la solidez de los vínculos que nos unen con la masa obrera, y, en general, la estabilidad de la agitación local. Contestaremos que nuestro movimiento se resiente durante estos últimos años precisamente de que los militantes locales estén demasiado absorbidos por el trabajo local; que por esta razón es necesario desplazar algo, sin el menor género de dudas, el centro de gravedad hacia el trabajo en plano nacional; que, lejos de debilitar, este desplazamiento dará, por el contrario, mayor solidez a nuestros vínculos y mayor estabilidad a nuestra agitación local. Examinemos la cuestión del órgano central y de los órganos locales, rogando al lector que no olvide que la prensa no es para nosotros sino *un ejemplo* ilustrativo de la labor revolucionaria y que, en general, es infinitamente más amplia y más variada.

En el primer período del movimiento de masas (1896-1898), los militantes locales intentan publicar un órgano destinado a toda Rusia: *Rabóchaya Gazeta*; en el período siguiente (1898-1900), el movimiento da un gigantesco paso adelante, pero los órganos locales absorben totalmente la atención de los dirigentes. Si se hace un recuento de todos esos órganos locales, resultará* por término medio un número al mes. ¿No es esto una prueba evidente del primitivismo de nuestros métodos de trabajo? ¿No demuestra eso de manera fehaciente el atraso que nuestra organización revolucionaria lleva del avance espontáneo del movimiento? Si se hubiera publicado *la misma cantidad* de números de periódicos por una organización única, y no por grupos locales dispersos, no sólo habríamos ahorrado una inmensidad de fuerzas, sino asegurado a nuestro trabajo infinitamente más estabilidad y continuidad.

* Véase: el *Informe presentado al Congreso de París*[90], pág. 14: "Desde entonces (1897) hasta la primavera de 1900 fueron publicados en diversos puntos treinta números de varios periódicos... Por término medio, aparecía más de un número al mes".

Olvidan con demasiada frecuencia este sencillo razonamiento tanto los militantes dedicados a las labores prácticas, que trabajan *activamente* de manera casi exclusiva en los órganos locales (por desgracia, en la inmensa mayoría de los casos, la situación no ha cambiado), como los publicistas que muestran en esta cuestión asombroso quijotismo. El militante dedicado al trabajo práctico suele darse por satisfecho con el razonamiento de que a los militantes locales "les es difícil"* ocuparse de la publicación de un periódico central para toda Rusia y que mejor es tener periódicos locales que no tener ninguno. Esto último es, desde luego, muy cierto, y ningún militante dedicado al trabajo práctico reconocerá antes que nosotros la gran importancia y la gran utilidad de los periódicos locales *en general*. Pero no se trata de esto, sino de ver si es posible librarse del fraccionamiento y del primitivismo en el trabajo tan palmariamente reflejados en los treinta números de periódicos locales publicados por toda Rusia en dos años y medio. No se constriñan al principio indiscutible, pero demasiado abstracto, de la utilidad de los periódicos locales en general; tengan, además, el valor de reconocer francamente sus lados negativos, puestos de manifiesto en dos años y medio de experiencia. Esta experiencia demuestra que, en nuestras condiciones, los periódicos locales resultan en la mayoría de los casos vacilantes en los principios y faltos de importancia política; en cuanto al consumo de energías revolucionarias, resultan demasiado costosos, e insatisfactorios por completo, desde el punto de vista técnico (me refiero, claro está, no a la técnica tipográfica, sino a la frecuencia y regularidad de la publicación). Y todos los defectos indicados no son obra de la casualidad, sino consecuencia inevitable del fraccionamiento que, por una parte, explica el predominio de los periódicos locales en el periodo que examinamos, y, por otra parte, encuentra *un apoyo* en ese predominio. Una organización local, por sí sola, *no está* realmente en condiciones de asegurar la firmeza de principios de su periódico ni de colocado a la altura de órgano político, *no está en condiciones* de reunir y utilizar datos suficientes para escribir de toda nuestra vida política. Y, en cuanto *al argumento* que ordinariamente se esgrime en los países libres para justificar la necesidad de numerosos periódicos locales -que son baratos, porque los confeccionan obreros locales, y pueden ofrecer una información mejor y más rápida a la población local-, la experiencia ha demostrado que, en nuestro país, se vuelve *contra* dichos periódicos. Estos resultan demasiado costosos en lo que al consumo de energías revolucionarias se refiere; y son publicados muy de tarde en tarde por la sencilla razón de que un periódico *ilegal*, por pequeño que sea, precisa un inmenso mecanismo clandestino de imprenta, que requiere la existencia de una gran industria fabril, pues en un taller de artesanos no es posible montar semejante mecanismo. Mas cuando éste es primitivo, la policía aprovecha muchas veces (todo militante dedicado al trabajo práctico conoce numerosos ejemplos de este género) la aparición y difusión de uno o dos números para hacer una redada *masiva*, que lo barre todo tan bien que es preciso volver a empezar de nuevo. Un buen mecanismo clandestino de imprenta exige una buena preparación profesional de los revolucionarios y la más consecuente división del trabajo, y estas dos condiciones son de todo punto irrealizables en una organización local aislada, por mucha fuerza que reúna en un momento dado. No hablemos ya de los intereses generales de todo nuestro movimiento (una educación socialista y política de los obreros basada en principios firmes); también los intereses locales específicos *quedan mejor atendidos por órganos no locales*. Sólo a primera vista puede parecer esto una paradoja; en realidad, la experiencia de los dos años y medio de que hemos hablado lo demuestra de manera irrefutable. Todo el mundo convendrá en que si las fuerzas locales que han publicado treinta números de periódicos hubieran trabajado para un solo periódico, habrían publicado sin dificultad sesenta números, si no cien, y, por consiguiente, se habrían reflejado de un modo más completo las particularidades del movimiento puramente local. No cabe duda de que no es fácil conseguir esta coordinación; pero hace falta que, al fin, reconozcamos su necesidad; que cada círculo local piense y *trabaje activamente* en este sentido sin esperar el empujón de fuera, sin dejarse seducir por la accesibilidad y la proximidad de un órgano local, proximidad que -según lo prueba nuestra experiencia revolucionaria- es, en buena parte, ilusoria.

Y prestan un flaco servicio al trabajo práctico los publicistas que, considerándose muy próximos a los militantes prácticos, no se dan cuenta de este carácter ilusorio y salen del paso con un razonamiento de simpleza tan extraordinaria como de vacuidad tan asombrosa: hacen falta periódicos locales, hacen falta periódicos comarcales, hacen falta periódicos centrales para toda Rusia. Es natural que, hablando en términos generales, todo esto haga falta, pero también hace falta, cuando se aborda un problema concreto de organización, pensar en las condiciones de medio y tiempo ¿No es, en efecto, un caso de quijotismo cuando *Svoboda* (núm. 1, pág. 68), "deteniéndose" especialmente "*en el problema del periódico*", escribe: "Nosotros creemos que en todo lugar algo considerable de concentración de obreros debe haber un periódico obrero propio. No traído de fuera, sino justamente propio". Si este publicista no quiere pensar en el sentido de sus palabras, piense

* Esta dificultad es sólo aparente. En realidad, *no hay* círculo local que no pueda asumir con energía una u otra función del trabajo a escala nacional. "No digas que no puedes, sino que no quieres".

usted al menos por él, lector: ¡cuántas decenas, si no centenares de "lugares algo considerables de concentración de obreros" hay en Rusia, y qué perpetuación de nuestro primitivismo en el trabajo resultaría si cada organización local se pusiera efectivamente a publicar su propio periódico! ¡Cómo facilitaría este fraccionamiento a nuestros gendarmes la tarea de capturar -y, además, sin hacer esfuerzos "algo considerables"- a los militantes locales, desde el comienzo mismo de su actuación, antes de haber podido llegar a ser verdaderos revolucionarios! En un periódico central para toda Rusia -continúa el autor- no interesarían mucho las narraciones de los manejos de los fabricantes "y de los pormenores de poca monta de la vida fabril en diversas ciudades que no son la suya", pero "al orlense no le aburrirá leer lo que sucede en Oriol. Sabe siempre con quién se han "metido", a quién "se le da para el pelo" y a él le baila el ojo" (pág. 69). Sí, sí, al orlense le baila el ojo, pero a nuestro publicista también "le baila" demasiado la imaginación. En lo que éste debiera pensar es en sí se muestra tacto al defender la mezquindad de esfuerzos. No cederemos a nadie la palma en reconocer cuán necesario e importante es denunciar los abusos que se cometen en las fábricas, pero hay que recordar que hemos llegado ya a un momento en que a los vecinos de San Petersburgo les aburre leer las cartas petersburguesas del periódico petersburgués *Rabóchaya Mysl*. Para denunciar los abusos que se cometen en las fábricas locales hemos tenido siempre, y *debemos seguir teniendo siempre* las hojas volantes; pero el *periódico* hay que elevarlo, y no rebajado al nivel de hojas volantes de fábrica. Para un “periódico" necesitamos denuncias no tanto de "pequeñeces", como de los grandes defectos típicos de la vida fabril, denuncias hechas con ejemplos de singular realce y, por lo mismo, capaces de interesar a todos los obreros y a todos los dirigentes del movimiento, capaces de enriquecer efectivamente sus conocimientos, ensanchar su horizonte, dar comienzo al despertar de un distrito más, de un nuevo sector profesional de obreros.

"Además, en un periódico local, los manejos de la administración de la fábrica o de otras autoridades pueden recogerse en seguida, aún recientes. Y mientras la noticia llega a un periódico central, lejano, en el punto de origen ya se habrá olvidado lo sucedido: "¿Cuándo habrá ocurrido eso?; ¡cualquiera lo recuerda!"" (loc. cit.). En efecto, ¡cualquiera lo recuerda! Los treinta números publicados en dos años y medio corresponden, según hemos visto en la misma fuente, a seis ciudades. De modo que a cada ciudad corresponde, por término medio, ¡*un número de periódico por medio año*! E incluso si nuestro insubstancial publicista triplica en su hipótesis el rendimiento del trabajo local (cosa que sería indudablemente inexacta con relación a una ciudad media, porque es imposible aumentar considerablemente el rendimiento sin salir del primitivismo en el trabajo), no recibiríamos, sin embargo, a más de un número cada dos meses, es decir, una situación que en nadase parece a "recoger las noticias aún recientes". Pero bastaría con que se unieran diez organizaciones locales e invistieran de funciones activas a sus delegados con el fin de montar un periódico central para que entonces pudieran "recogerse" *por toda Rusia* no pequeñeces, sino escándalos notables y típicos en realidad, y esto cada dos semanas. Nadie que sepa en qué situación se encuentran nuestras organizaciones lo dudará. Y en cuanto a lo de pillar al enemigo con las manos en la masa, si se toma esto en serio y no se habla por hablar, un periódico clandestino no puede, en general, ni pensar en ello: esto puede hacerlo sólo una hoja volante, porque el plazo máximo para sorprender así al enemigo no pasa, en la mayoría de los casos, de uno o dos días (tomen, por ejemplo, el caso de una huelga breve corriente, de atropellos en una fábrica o de una manifestación, etc.).

"El obrero no sólo vive en la fábrica, sino en la ciudad también", continúa nuestro autor, pasando de lo particular a lo general con una consecuencia tan rigurosa que honraría al mismo Boris Krichevski. Y señala los problemas de las dumas, hospitales y escuelas de las ciudades, exigiendo que el periódico obrero no calle los asuntos urbanos en general. La exigencia es de por sí magnífica, pero ilustra con particular evidencia la abstracta vacuidad a que se limitan con demasiada frecuencia las disquisiciones sobre los periódicos locales. Primero, si en "todo lugar algo considerable de concentración de obreros" se publicaran en efecto periódicos con una sección urbana tan detallada como quiere *Svoboda*, dadas nuestras condiciones rusas, la cosa degeneraría inevitablemente en verdadera cicatería, conduciría a debilitar la conciencia de lo importante que es un empuje revolucionario general en toda Rusia contra la autocracia zarista, y reforzaría los brotes, muy vivaces y más bien ocultos o reprimidos que arrancados de raíz, de una tendencia que ya ha adquirido fama por la célebre máxima sobre los revolucionarios que hablan demasiado del parlamento inexistente y muy poco de las dumas urbanas existentes[91]. Y hemos dicho "inevitablemente", subrayando así que no es esto, sino lo contrario, lo que *Svoboda* quiere a sabiendas. Pero no basta con las buenas intenciones. Para que la labor de esclarecimiento de los asuntos urbanos quede organizada con la orientación debida respecto a todo nuestro trabajo, hay que *empezar* por elaborar totalmente y dejar sentada con firmeza esa orientación, y no sólo mediante razonamientos, sino mediante una inmensidad de ejemplos, para que adquiera ya la solidez de *tradición*. Esto es lo que estamos muy lejos de tener y por esto precisamente hay que *empezar* antes de que se pueda pensar en una vasta prensa local y hablar de ella.

Segundo, para escribir bien y de un modo

interesante de verdad sobre asuntos locales, hay que conocerlos bien, y no sólo por los libros. Pero *en toda Rusia* apenas hay socialdemócratas que posean este conocimiento Para escribir en un periódico (y no en folletos de divulgación) sobre asuntos locales y estatales hay que disponer de datos frescos, variados, recogidos y elaborados por una persona entendida. Y para recoger y elaborar tales datos no basta la "democracia primitiva" de un círculo primitivo, en el que todos hacen de todo y se divierten jugando al referéndum. Para eso hace falta una plana mayor de autores especializados, de corresponsales especializados, un ejército de reporteros socialdemócratas, que entablen relaciones en todas partes, que sepan penetrar en todos los "secretos de Estado" (con los que tanto presume y que con tanta facilidad revela el funcionario ruso) y meterse entre todos los "bastidores"; un ejército de hombres obligados "por su cargo" a ser ubicuos y omniscios. Y nosotros, partido de lucha contra *toda* opresión económica, política, social y nacional, podemos y debemos encontrar, reunir, formar, movilizar y poner en campaña un ejército así de hombres omnisapientes, ¡pero eso está todavía por hacer! Ahora bien, nosotros no sólo no hemos dado aún, en la inmensa mayoría de los lugares, ni un paso en esa dirección, sino que a menudo ni siquiera existe *la conciencia* de la necesidad de hacerlo. Búsquense en nuestra prensa socialdemócrata artículos vivos e interesantes, crónicas y denuncias sobre nuestros asuntos y asuntillos diplomáticos, militares, eclesiásticos, urbanos, financieros, etc., etc.: se encontrará muy poco o *casi nada*[*]. ¡Por eso "me enfado terriblemente siempre que viene alguien y me ensarta una retahíla de lindezas y preciosidades" sobre la necesidad de periódicos "en todo lugar algo considerable de concentración de obreros" que denuncien las arbitrariedades tanto en la administración fabril como en la pública local y nacional!

El predominio de la prensa local sobre la central es síntoma de penuria o de lujo. De penuria, cuando el movimiento no ha cobrado todavía fuerzas para un trabajo a gran escala, cuando aún vegeta en medio del primitivismo y casi se ahoga "en las pequeñeces de la vida fabril". De lujo, cuando el movimiento *ha podido ya plenamente* con la tarea de las denuncias en todos los sentidos y de la agitación en todos los sentidos, de modo que, además del órgano central, se hacen necesarios numerosos órganos locales. Decida cada cual por sí mismo qué es lo que prueba el predominio que hoy tienen los periódicos locales entre nosotros. Por mi parte, me limitaré a formular con exactitud mi conclusión para no dar pie a malentendidos. Hasta ahora, la mayoría de nuestras organizaciones locales piensan casi exclusivamente en órganos locales y trabajan de un modo activo casi exclusivamente para ellos. Esto no es normal. Debe suceder lo contrario, que la mayoría de las organizaciones locales piense sobre todo en un órgano central para toda Rusia y trabaje principalmente para él. Mientras no ocurra así, no podremos publicar *ni un solo* periódico que sea por lo menos capaz de proporcionar realmente al movimiento una agitación *en todos los sentidos* en la prensa. Y cuando esto sea así, se entablarán por sí solas unas relaciones normales entre el órgano central necesario y los órganos locales necesarios.

***

A primera vista, la conclusión de que se precisa desplazar el centro de gravedad del trabajo local al trabajo a escala de toda Rusia puede parecer inaplicable al terreno de la lucha económica especial: el enemigo directo de los obreros es en este caso un patrono determinado o un grupo de patronos no ligados entre sí por una organización que recuerde, aunque sea remotamente, una organización puramente militar, rigurosamente centralista, dirigida hasta en los detalles más pequeños por una voluntad única, como es la organización del gobierno ruso, nuestro enemigo directo en la lucha política.

Pero no es así. La lucha económica -lo hemos dicho ya muchas veces- es una lucha sindical, y por ello exige que los obreros se unan por oficios, y no sólo por el lugar de trabajo. Y la necesidad de esta unión profesional se hace tanto más imperiosa cuanto mayor es la rapidez con que avanza la unión de nuestros patronos en toda clase de sociedades y corporaciones. Nuestra dispersión y nuestros métodos primitivos de trabajo obstaculizan directamente esta unión, que exige una organización de revolucionarios única para toda Rusia y capaz de encargarse de dirigir sindicatos obreros a escala de todo el país. Ya hemos hablado antes del tipo de organización deseable con este objeto, y ahora añadiremos sólo unas palabras en relación con el problema de nuestra prensa.

No creo que nadie dude de que todo periódico socialdemócrata deba tener *una sección* dedicada a la lucha sindical (económica). Pero el crecimiento del movimiento sindical nos obliga a pensar también en una prensa sindical. Creemos, sin embargo, que en

[*] Por esta razón, incluso el ejemplo de los órganos locales de excepcional valía confirma totalmente nuestro punto de vista. Por ejemplo, *Yuzhni Rabochi*[92] es un excelente periódico, al que no se puede acusar de falta de firmeza en los principios. Pero como sale rara vez, y las redadas son muy frecuentes, no ha podido dar al movimiento local todo lo que pretendía. Lo más apremiante para el partido en estos momentos -plantear con firmeza de principios los problemas fundamentales del movimiento y desplegar una agitación política en todos los sentidos- ha sido superior a las fuerzas de ese órgano local. Lo muy bueno que ha dado, como los artículos sobre el congreso de los industriales mineros, sobre el paro, etc., no era de carácter estrictamente local, *sino necesario para toda Rusia*, y no sólo para el Sur. Artículos como ésos no los ha habido en toda nuestra prensa socialdemócrata.

Rusia todavía no se puede ni hablar, salvo raras excepciones, de periódicos sindicales: son un lujo, y nosotros carecemos muchas veces hasta del pan de cada día. La forma de prensa sindical adecuada a las condiciones del trabajo clandestino, y ya ahora imprescindible, tendría que ser entre nosotros la de *folletos sindicales*. En ellos deberían recogerse y agruparse sistemáticamente datos *legales*[*] e ilegales sobre las condiciones de trabajo en cada oficio, sobre las diferencias que en este sentido existen entre los diversos puntos de Rusia, sobre las principales reivindicaciones de los obreros de una profesión determinada, sobre las deficiencias de la legislación concerniente a ella, sobre los casos notables de la lucha económica de los obreros de este gremio, sobre los gérmenes, la situación actual y las necesidades de su organización sindical, etc. Estos folletos, primero, librarían a nuestra prensa socialdemócrata de una inmensidad de pormenores sindicales que sólo interesan especialmente a los obreros de ese oficio Segundo, fijarían los resultados de nuestra experiencia en la lucha sindical, conservarían los datos recogidos, que ahora se pierden literalmente en el cúmulo de hojas y crónicas sueltas, y los sintetizarían. Tercero, podrían servir de algo así como guía para los agitadores, ya que las condiciones de trabajo varían con relativa lentitud, las reivindicaciones fundamentales de los obreros de un oficio determinado son extraordinariamente estables (compárense las reivindicaciones de los tejedores de la región de Moscú, en 1885[94] y de la región de San Petersburgo, en 1896) y un resumen de estas reivindicaciones y necesidades podría servir durante años enteros de manual excelente para la agitación económica en localidades atrasadas o entre capas atrasadas de obreros; ejemplos de huelgas que hayan tenido éxito en una región, datos sobre un nivel de vida más elevado y sobre mejores condiciones de trabajo en una localidad estimularían también a los obreros de otros lugares a nuevas y nuevas luchas. Cuarto, tomando la iniciativa de sintetizar la lucha sindical y reforzando de este modo los vínculos del movimiento sindical ruso con el socialismo, la socialdemocracia se preocuparía al mismo tiempo de que nuestro trabajo tradeunionista no ocupara un puesto ni demasiado reducido ni demasiado grande en el conjunto de nuestro trabajo socialdemócrata. A una organización local que esté apartada de las organizaciones de otras ciudades le es muy difícil, a veces casi imposible, mantener en este sentido una proporción adecuada (y el ejemplo de *Rabóchaya Mysl* demuestra a qué punto de monstruosa exageración de carácter tradeunionista puede llegarse en tal caso). Pero a una organización de revolucionarios a escala de toda Rusia que sustente con firmeza el punto de vista del marxismo, que dirija toda la lucha política y disponga de una plana mayor de agitadores profesionales, jamás le será difícil determinar acertadamente esa proporción.

[*] Los datos legales tienen especial importancia en este sentido, y estamos particularmente atrasados en lo que se refiere a saber recogerlos y utilizarlos sistemáticamente. No será exagerado decir que sólo con datos legales puede llegar a confeccionarse más o menos un folleto sindical, mientras que es imposible hacerlo con datos ilegales nada más. Recogiendo entre los obreros datos ilegales sobre problemas como los que ha tratado *Rabóchaya Mysl*[93], derrochamos en vano una inmensidad de fuerzas de un revolucionario (al que fácilmente puede sustituir en este trabajo un militante legal) y, a pesar de todo, no obtenemos nunca buenos datos, porque los obreros, que generalmente sólo conocen una sección de una gran fábrica y que casi siempre sólo conocen los resultados económicos, pero no las normas ni las condiciones generales de su trabajo, no pueden adquirir los conocimientos que suelen tener los empleados, inspectores, médicos fabriles, etc., y que están profusamente diseminados en crónicas periodísticas y publicaciones especiales de carácter industrial, sanitario, de los zemstvos, etc.

Recuerdo como si fuera ahora mismo mi "primer experimento", que no me dejó gana de repetido nunca. Me entretuve durante muchas semanas en interrogar "con apasionamiento" a un obrero que venía a verme sobre todos los detalles de la vida en la enorme fábrica donde él trabajaba. Verdad es que, aun con grandísimas dificultades, conseguí más o menos componer la descripción (¡sólo de una fábrica!), pero sucedía que el obrero, limpiándose el sudor, decía con una sonrisa al final de nuestro trabajo: "¡Me cuesta menos trabajar horas extra que contestarle a sus preguntas!"

Cuanto más energía pongamos en la lucha revolucionaria tanto más obligado se verá el gobierno a legalizar una parte de la labor "sindical", desembarazándonos así de parte de la carga que pesa sobre nosotros.

V. "Plan" de un periódico político central para toda Rusia

"El error más grande de *Iskra* en este sentido - escribe B. Krichevski (*R. D.*, núm. 10, pág. 30), imputándonos la tendencia a "convertir la teoría en doctrina muerta, aislándola de la práctica"- es su "plan" de una organización de todo el partido" (es decir, el artículo *¿Por dónde empezar?*[**]). Y Martínov lo secunda, declarando que "la tendencia de *Iskra* de aminorar la importancia de la marcha progresiva de la monótona lucha cotidiana en comparación con la propaganda de ideas brillantes y acabadas..., ha sido coronada por el plan de organización del partido, plan que se nos ofrece en el artículo *¿Por dónde empezar?*, publicado en el número 4" (loc. cit., pág. 61). Finalmente, hace poco se ha sumado a los indignados con este "plan" (las comillas deben expresar la ironía con que lo acoge) L. Nadiezhdin, que en su folleto *En vísperas de la revolución*, que acabamos de recibir (edición del "Grupo Revolucionario-Socialista" *Svoboda*, que ya conocemos), declara que "al hablar ahora de una

[**] Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

organización cuyos hilos arranquen de un periódico central para toda Rusia es dar ideas y hacer trabajo de gabinete" (pág. 126), dar pruebas de "literaturismo"¡ etc.

No puede sorprendernos que nuestro terrorista coincida con los defensores de la "marcha progresiva de la monótona lucha cotidiana", pues ya hemos visto las raíces de esta afinidad en los capítulos sobre política y organización. Pero debemos observar en el acto que L. Nadiezhdin, y sólo él, ha tratado honradamente de penetrar en el curso del pensamiento del artículo que le ha disgustado; ha tratado de responder yendo al grano, mientras que *R. Dielo* no ha dicho en esencia nada y ha tratado tan sólo de embrollar la cuestión, median te una sarta de indecorosas y demagógicas salidas de tono. Y, por desagradable que ello sea, hay que perder tiempo en limpiar antes los establos de Augías[95].

a) A quién ha ofendido el artículo "*¿Por dónde empezar?*"

Vamos a citar un ramillete de las expresiones y exclamaciones con que ha arremetido contra nosotros *Rabócheie Dielo*. "No es un periódico el que puede crear la organización del partido, sino a la inversa"... "Un periódico que se encuentre *por encima* del partido, esté *fuera de su control* y no dependa de él por tener su propia red de agentes"... "¿Por obra de qué milagro ha olvidado *Iskra* las organizaciones socialdemócratas, ya existentes de hecho, del partido a que ella misma pertenece?"... "Personas poseedoras de principios firmes y del plan correspondiente son también los reguladores supremos de la lucha real del partido, al que dictan el cumplimiento de su plan"... "El plan relega a nuestras organizaciones, reales y vitales, al reino de las sombras y quiere dar vida a una red fantástica de agentes"... "Si el plan de *Iskra* fuese llevado a la práctica, borraría por completo las huellas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia que se viene formando en nuestro país" "...Un órgano de propaganda se sustrae al control y se convierte en legislador absoluto de toda la lucha revolucionaria práctica"... "¿Qué actitud debe asumir nuestro partido al verse *totalmente* sometido a una redacción autónoma?", etc., etc.

Cómo ve el lector por el contenido y el tono de estas citas, *Rabócheie Dielo se ha ofendido*. Pero no por lo que a él le toca, sino por lo que toca a las organizaciones y comités de nuestro partido, a los que *Iskra*, según pretende dicho órgano, quiere relegar al reino de las sombras y hasta borrar sus huellas. ¡Que todos los horrores fueran así! Pero hay una cosa extraña. El artículo *¿Por dónde empezar?* apareció en mayo de 1901, y los artículos de *Rabócheie Dielo* en septiembre de 1901; ahora estamos ya a mediados de enero de 1902. ¡En estos cinco meses (tanto antes como después de septiembre), *ni un solo* comité, *ni una sola* organización del partido ha protestado formalmente contra ese monstruo que quiere desterrar a los comités y organizaciones al reino de las sombras! Y hay que hacer constar que, durante este período, han aparecido, tanto en *Iskra* como en numerosas otras publicaciones, locales y no locales, decenas y centenas de comunicaciones de todos los confines de Rusia. ¿Cómo ha podido suceder que las organizaciones a las que se quiere desterrar al reino de las sombras no se hayan dado cuenta de ello ni se hayan sentido ofendidas, y que, en cambio, se haya ofendido una tercera persona?

Ha sucedido esto porque los comités y las demás organizaciones están ocupados en trabajar de verdad, y no en jugar a la "democracia". Los comités han leído el artículo *¿Por dónde empezar?*, han visto en él una tentativa "de trazar un plan concreto de esta organización *a fin de que se pueda emprender su creación desde todas partes*", y, habiéndose percatado perfectamente de que *ni una sola* de "todas esas partes" pensará en "emprender su creación" antes de estar convencido de que es necesaria y de que el plan arquitectónico es certero, no han pensado, naturalmente, en "ofenderse" por la osadía de los que han dicho en *Iskra*: "Dada la urgencia e importancia del asunto, nos decidimos, por nuestra parte, a someter a la consideración de los camaradas el bosquejo de un plan que desarrollaremos con más detalle en un folleto en preparación". Parece mentira que no se comprenda, de enfocar este problema con honestidad, que si los camaradas *aceptan* el plan sometido a su consideración, no lo ejecutarán por "subordinación", sino por el convencimiento de que es necesario para nuestra obra común, y que, en el caso de *no aceptarlo*, el "bosquejo" (¡qué palabra más presuntuosa!, ¿verdad?) no pasará de ser un simple bosquejo. ¿¿No es demagogia arremeter contra el bosquejo de un plan no sólo "demoliéndolo" y aconsejando a los camaradas que lo rechacen, sino *previniendo* a gentes poco expertas en la labor revolucionaria contra los autores del bosquejo *por el mero hecho de que éstos se atreven* a "legislar", a actuar de "reguladores supremos", es decir, que se atreven a *proponer* un bosquejo de plan?? ¿Puede nuestro partido desarrollarse y marchar adelante si la tentativa de *elevar* a los dirigentes locales a ideas, tareas, planes, etc. más amplios tropieza no sólo con la objeción de que estas ideas son erróneas, sino con una sensación de "agravio" por el hecho de que se les "quiera" "*elevar*"? Porque también L. Nadiezhdin ha "demolido" nuestro plan, pero no se ha rebajado a semejante demagogia, que ya no puede explicarse simplemente por candor o por ideas políticas de un carácter primitivo; ha rechazado resueltamente y desde el primer momento la acusación de "fiscalizar al partido". Por esta razón podemos y debemos responder con argumentos a la crítica que Nadiezhdin hace del plan, mientras que a *Rabócheie Dielo* sólo cabe contestar con el desprecio.

Pero el despreciar a un autor que se rebaja hasta el

punto de gritar sobre "absolutismo" y "subordinación" no nos exime del deber de deshacer el lío en el que estas gentes meten al lector. Y aquí podemos demostrar palmariamente a todo el mundo de qué jaez son las frases en boga sobre la "amplia democracia". Se nos acusa de haber olvidado los comités, de querer o de intentar desterrarlos al reino de las sombras, etc. ¿Cómo contestar a estas acusaciones, cuando, por razones de discreción conspirativa, *no podemos* decir al lector *casi nada en realidad* de nuestras verdaderas relaciones con los comités? Quienes lanzan una acusación zahiriente que irrita a la multitud nos llevan ventaja por su desfachatez y por su desdén a los deberes del revolucionario que oculta cuidadosamente de los ojos del mundo las relaciones y los vínculos que tiene, establece o trata de entablar. Desde luego, nos negamos de una vez para siempre a competir con gente de esa calaña en el terreno de la "democracia". En cuanto al lector no iniciado en los asuntos del partido, el único medio de cumplir nuestro deber con él consiste en hablarle no de lo que es o está *im Werden*[*], sino de *una pequeña parte* de lo que ha sido, ya que se puede hablar de ello porque pertenece al pasado.

El Bund nos acusa de "impostores" con una alusión[**]; la Unión en el extranjero nos acusa de que tratamos de borrar las huellas del partido. ¡Un momento, señores! Recibirán ustedes plena satisfacción en el momento que expongamos al público *cuatro hechos* del pasado.

Primer[***] hecho. Los miembros de una de las Uniones de Lucha que participaron directamente en la formación de nuestro partido y en el envío de un delegado al congreso que lo fundó se ponen de acuerdo con uno de los miembros del grupo *Iskra* para establecer una biblioteca obrera especial con objeto de atender a las necesidades de todo el movimiento. No se consigue abrir la biblioteca obrera; y los folletos *Las tareas de los socialdemócratas rusos*; y *La nueva ley de fábricas*, escritos para ella, van a parar indirectamente y por mediación de terceras personas al extranjero, donde son publicados.

Segundo hecho. Los miembros del Comité Central del Bund proponen a uno de los miembros del grupo *Iskra* organizar conjuntamente lo que entonces el Bund llamaba "un laboratorio literario", indicando que si no se lograba realizar el proyecto, nuestro movimiento podía retroceder mucho. Resultado de aquellas negociaciones fue el folleto *La causa obrera en Rusia*[****].

Tercer hecho. El Comité Central del Bund, por intermedio de una pequeña ciudad provinciana, se dirige a uno de los miembros del grupo *Iskra*, proponiéndole que se encargue de redactar *Rabóchaya Gazeta* que ha de reanudar su publicación y obtiene, desde luego, su conformidad. Más tarde cambia la propuesta: se trata solamente de colaborar, debido a una nueva composición de la redacción. Claro que también se da la conformidad. Se envían los artículos (que se ha logrado conservar): *Nuestro programa*, protestando enérgicamente contra la campaña bernsteiniana y contra el viraje de las publicaciones legales y *Rabóchaya Mysl*; *Nuestra tarea urgente* ("la organización de un órgano del partido que aparezca regularmente y esté ligado estrechamente a todos los grupos locales"; los defectos del "primitivismo en el trabajo" imperante); *Un problema vital* (analizando la objeción de que *primero* habría que desarrollar la actividad de los grupos locales y luego emprender la organización de un órgano central; insistiendo en la importancia primordial de "la organización revolucionaria", en la necesidad de "elevar la organización, la disciplina y la técnica de la conspiración al más alto grado de perfección"). La propuesta de reanudar la publicación de *Rabóchaya Gazeta* no llega a ponerse en práctica, y los artículos quedan sin publicar.

Cuarto hecho. Un miembro del comité organizador del II Congreso ordinario de nuestro partido comunica a un miembro del grupo *Iskra* el programa del congreso y presenta la candidatura de este grupo para redactar *Rabóchaya Gazeta*, que reanudaba su publicación. Esta gestión, por decirlo así, preliminar, es sancionada luego por el comité al que pertenecía dicha persona, así como por el Comité Central del Bund; al grupo *Iskra* se indica el lugar y la fecha de celebración del congreso, pero el grupo (que por ciertos motivos no estaba seguro de poder enviar un delegado a este congreso) redacta asimismo un informe escrito para éste. En dicho informe se sostiene la idea de que eligiéndose sólo el Comité Central, lejos de resolverse el problema del agrupamiento en un momento de completa dispersión como el actual, se corre, además, el riesgo de poner en tela de juicio la gran idea de la creación del partido, caso de caer nuevamente en una rápida y completa redada, cosa más que probable cuando impera la falta de discreción conspirativa; que, por ello, debía empezarse por invitar a todos los comités y a todas las demás organizaciones a sostener el

[*] En proceso de gestación, de surgimiento. (*N. de la Edit.*)

[**] *Iskra*, núm. 8, respuesta del Comité Central de la Unión General Obrera Hebrea de Rusia y de Polonia a nuestro artículo sobre el problema nacional.

[***] Enumeramos deliberadamente estos hechos en orden distinto de como ocurrieron[96].

[****] Dicho sea de paso, el autor de este folleto me pide que haga saber que, lo mismo que sus folletos anteriores, el presente fue enviado a la Unión, suponiendo que el grupo Emancipación del Trabajo redactaría sus publicaciones (circunstancias especiales no le permitían conocer entonces, es decir, en febrero de 1899, el cambio operado en la redacción). Lo reeditará en breve la Liga[97].

órgano central cuando reanudara su aparición, órgano que *realmente* vincularía a todos los comités con lazos *efectivos* y prepararía *realmente* un grupo de dirigentes de todo el movimiento; que los comités y el partido podrían ya fácilmente transformar en Comité Central este grupo, creado por los primeros, cuando dicho grupo se hubiera desarrollado y fortalecido. Pero debido a una serie de detenciones el congreso no pudo celebrarse; y por motivos de conspiración se destruyó el informe que sólo algunos camaradas, entre ellos los delegados de un comité, habían podido leer.

Juzgue ahora el lector por sí mismo del carácter de procedimientos como la alusión del Bund a una impostura o el argumento de *Rabócheie Dielo* acerca de que queremos desterrar a los comités al reino de las sombras, "sustituir" la organización del partido por una organización que difunda las ideas de un solo periódico. Pues precisamente ante los comités, *por reiteradas invitaciones de ellos*, informamos sobre la necesidad de adoptar un plan determinado de trabajo común. Y precisamente para la organización del partido elaboramos este plan en nuestros artículos enviados a *Rabóchaya Gazeta* y en el informe para el congreso del partido, y repetimos que lo hicimos por invitación de personas que ocupaban en el partido una posición tan influyente, que tomaban la iniciativa de reconstruirlo (de hecho). Y sólo cuando hubieron fracasado las dos tentativas que la organización del partido hizo *con nosotros* para reanudar *oficialmente* la publicación del órgano central del partido, creímos que era nuestro deber ineludible presentar un órgano *no oficial*, para que, en la *tercera* tentativa, los camaradas vieran ya ciertos resultados de *la experiencia* y no meras conjeturas. Ahora todo el mundo puede apreciar ya ciertos resultados de esa experiencia, y todos los camaradas pueden juzgar si comprendimos bien nuestro deber y la opinión que merecen las personas que, molestas por el hecho de que demostremos a unas su falta de consecuencia en el problema "nacional" y a otras lo inadmisible de sus vacilaciones sin principios, tratan de equivocar a quienes desconocen el pasado más reciente.

b) ¿Puede un periódico ser organizador colectivo?

La clave del artículo *¿Por dónde empezar?* está en que hace *precisamente* esta pregunta y en que da una respuesta afirmativa. L. Nadiezhdin es, que sepamos, la única persona que intenta estudiar esta cuestión a fondo y demostrar la necesidad de darle respuesta negativa. A continuación reproducimos íntegramente sus argumentos:

> "...Mucho nos place que plantee *Iskra* (núm. 4) la necesidad de un periódico central para toda Rusia, pero en modo alguno podemos convenir en que este planteamiento corresponde al título del artículo *¿Por dónde empezar?* Es, sin duda, uno de los asuntos de suma importancia, pero no se pueden colocar los cimientos de una organización combativa para un momento revolucionario ni con esa labor, ni con toda una serie de hojas populares, ni con una montaña de proclamas. Es indispensable empezar a formar fuertes organizaciones políticas locales. Nosotros carecemos de ellas, nuestra labor se ha desarrollado principalmente entre los obreros cultos, mientras que las masas desplegaron de modo casi exclusivo una lucha económica. *Si no se educan fuertes organizaciones políticas locales, ¿qué valor podría tener un periódico central para toda Rusia, aunque esté excelentemente organizado?* ¡Una llama de fuego que sale de en medio de una zarza, y la zarza está ardiendo y no se consumé! *Iskra* cree que el pueblo se reunirá y organizará en torno a ese periódico, en el trabajo para él. *¡Pero si le es mucho más fácil reunirse y organizarse en torno a una labor más concreta!* Esta labor puede y debe consistir en organizar periódicos locales a vasta escala, en preparar inmediatamente las fuerzas obreras para manifestaciones, en hacer que las organizaciones locales trabajen constantemente entre los parados (difundiendo de un modo persistente entre ellos hojas volantes y octavillas, convocándolos a reuniones, llamándolos a oponer resistencia al gobierno, etc.).¡Hay que iniciar una labor política activa en el plano local, y cuando surja la necesidad de unificarse en este terreno real, la unión no será artificiosa, no quedará sobre el papel, porque no es por medio de periódicos como se conseguirá esta unificación del trabajo local en una obra común para toda Rusia!" (*En vísperas de la revolución*, pág. 54).

Hemos subrayado en este elocuente trozo los pasajes que permiten apreciar con mayor relieve tanto el juicio equivocado del autor sobre nuestro plan como, en general, su erróneo punto de vista, que él opone a *Iskra*. Si no se educan fuertes organizaciones políticas locales, de nada valdrá el mejor periódico central para toda Rusia. Completamente justo. Pero se trata precisamente de que *no existe otro medio de educar* fuertes organizaciones políticas que un periódico central para toda Rusia. Al autor se le ha escapado la declaración más importante que *Iskra* hizo *antes de pasar* a exponer su "plan": la declaración de que era necesario "exhortar a formar una organización revolucionaria capaz de unir a todas las fuerzas y de dirigir el movimiento *no sólo nominalmente*, sino en realidad, es decir, capaz de estar *siempre dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión*, aprovechándolas para multiplicar y reforzar los efectivos que han de utilizarse en el combate decisivo". Después de febrero y marzo, todos están ahora en principio de acuerdo con eso -continúa *Iskra*-; pero lo que necesitamos *es resolver el problema de una manera práctica*, y no en principio;

lo que necesitamos es trazar inmediatamente un plan concreto de esta obra para que todos puedan ahora mismo emprender la construcción *desde todas partes*. ¡Y he aquí que, de la solución práctica del problema, nos empujan una vez más hacia atrás, hacia una verdad justa en principio, incontestable, grande, pero de todo punto insuficiente, incomprensible por completo para las grandes masas trabajadoras: hacia la "educación de fuertes organizaciones políticas”! Pero ¡si no se trata ya de eso, respetable autor, sino de *cómo precisamente* hay que educar, y educar con éxito!

No es verdad que "nuestra labor se ha desarrollado principalmente entre los obreros cultos, mientras que las masas desplegaban de modo casi exclusivo una lucha económica". Bajo esta forma, la tesis se desvía hacia la tendencia, habitual en *Svoboda* y errónea de raíz de oponer los obreros cultos a la "masa”. Pues también los obreros cultos de nuestro país han desplegado en estos últimos años "de modo casi exclusivo una lucha económica”. Esto, por una parte. Por otra, tampoco las masas aprenderán jamás a desplegar la lucha política mientras no ayudemos *a formarse* a los dirigentes de esta lucha, procedentes tanto de los obreros cultos como de los intelectuales; y estos dirigentes pueden formarse *exclusivamente* enjuiciando de modo sistemático y cotidiano *todos* los aspectos de nuestra vida política, *todas las tentativas* de protesta y de lucha de las distintas clases y por diversos motivos. ¡Por eso es simplemente ridículo hablar de "educar organizaciones políticas" y, al mismo tiempo, *oponer* la "labor sobre el papel" de un periódico político a la "labor política activa en el plano local"! ¡Pero si *Iskra* adapta precisamente su "plan" de un periódico central al "plan" de crear una "disposición para el combate" que pueda apoyar tanto un movimiento de obreros parados o un alzamiento campesino como el descontento de la gente de los zemstvos, "la indignación de la población contra los ensoberbecidos bachibozuks zaristas", etc.! Por lo demás, toda persona familiarizada con el movimiento sabe perfectamente que la inmensa mayoría de las organizaciones locales *ni siquiera piensa* en ello; que muchas de las perspectivas aquí esbozadas de "una labor política viva" no las ha puesto en práctica *ni una sola vez* ninguna organización; que, por ejemplo, la tentativa de llamar la atención sobre el recrudecimiento del descontento y de las protestas entre los intelectuales de los zemstvos lleva el desconcierto y la perplejidad tanto a Nadiezhdin ("¡Dios mío!, ¿pero será ese órgano para los intelectuales de los zemstvos?", *En vísperas*, pág. 129), como a los "economistas" (véase la carta en el número 12 de *Iskra*), como a muchos militantes dedicados al trabajo práctico. En tales condiciones se puede "empezar" *únicamente* por hacer *pensar* a la gente en todo esto, por hacerla resumir y sintetizar todos y cada uno de los indicios de efervescencia y de lucha activa. En los momentos actuales de subestimación de la importancia de las tareas socialdemócratas, la "labor política activa" puede *iniciarse exclusivamente* por una agitación política viva, cosa imposible sin un periódico central para toda Rusia que aparezca con frecuencia y que se difunda con regularidad.

Los que consideran el "plan" de *Iskra* una manifestación de "literaturismo" no han comprendido en absoluto el fondo del plan, tomando como fin lo que se propone como medio más adecuado para el momento actual. Esta gente no se ha molestado en meditar sobre dos comparaciones que ilustran palmariamente el plan propuesto. La organización de un periódico político central para toda Rusia -se decía en *Iskra*- debe ser *el hilo fundamental* al que podríamos asirnos para desarrollar, ahondar y ampliar incesantemente esta organización (es decir, la organización revolucionaria, siempre dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión). Hagan ustedes el favor de decirnos: cuando unos albañiles colocan en diferentes sitios las piedras de una obra grandiosa y sin precedentes, ¿es una labor "sobre el papel" tender el cordel que les ayuda a encontrar el lugar preciso para las piedras, que les indica la meta final de la obra común, que les permite colocar no sólo cada piedra, sino cada trozo de piedra, el cual, al sumarse a los precedentes y a los que sigan, formará la hilada recta y completa? ¿No vivimos acaso un momento de esta índole en nuestra vida de partido, cuando tenemos piedras y albañiles, pero nos falta precisamente el cordel, visible para todos y al cual todos puedan atenerse? No importa que griten que, al tender el cordel, lo que pretendemos es mandar: si fuera así, señores, pondríamos *Rabóchaya Gazeta*, núm. 3, en lugar de *Iskra*, núm. 1, como nos lo habían propuesto algunos camaradas y como *tendríamos pleno derecho a hacer* después de los acontecimientos que hemos referido más arriba. Pero no lo hemos hecho: queríamos tener las manos sueltas para desarrollar una lucha inconciliable contra toda clase de seudosocialdemócratas; queríamos que nuestro cordel, si está bien derecho, sea respetado por su rectitud y no porque lo haya tendido un órgano oficial.

"La unificación de las actividades locales en órganos centrales se mueve en un círculo vicioso -nos alecciona L. Nadiezhdin-. La unificación requiere homogeneidad de elementos, y esta homogeneidad no puede ser creada más que por algún aglutinante, pero este aglutinante sólo puede aparecer como producto de fuertes organizaciones locales que, en el momento actual, en modo alguno se distinguen por su homogeneidad". Verdad esta tan respetable y tan incontestable como la de que es necesario educar fuertes organizaciones políticas. Y no menos estéril. *Cualquier* problema "se mueve en un círculo vicioso", pues toda la vida política es una cadena infinita compuesta de un sinfín de eslabones.

Todo el arte de un político estriba justamente en encontrar y aferrarse con nervio al preciso eslaboncito que menos pueda ser arrancado de las manos, que sea el más importante en un momento determinado y mejor garantice a quien lo sujete la posesión de toda cadena*. Si tuviéramos un destacamento de albañiles expertos que trabajasen de un modo tan acorde que aun sin el cordel pudieran colocar las piedras precisamente donde hace falta (hablando en abstracto, esto no es imposible, ni mucho menos), entonces quizás podríamos aferrarnos también a otro eslaboncito. Pero la desgracia consiste justamente en que aún carecemos de albañiles expertos que trabajen tan bien concertados, en que las piedras se colocan muy a menudo al azar, sin guiarse por el cordel común, de manera tan desordenada que el enemigo las dispersa de un soplo como si fuesen granos de arena y no piedras.

Otra comparación: "El periódico no es sólo un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo. En este último sentido *se le puede comparar con los andamios* que se levantan alrededor de un edificio en construcción, que señalan sus contornos, facilitan las relaciones entre los distintos albañiles, les ayudan a distribuirse la tarea y a observar los resultados generales alcanzados por el trabajo organizado"**. ¿Verdad que esto se parece mucho a la manera como el literato, hombre de gabinete, exagera la importancia de su función? El andamiaje no es imprescindible para la vivienda misma: se hace de materiales de peor calidad, se levanta por un breve período, y luego, una vez terminado el edificio, aunque sólo sea en bruto, va a parar a la estufa. En cuanto a la edificación de organizaciones revolucionarias, la experiencia demuestra que a veces se pueden construir sin andamios (recuérdese la década del 70). Pero ahora no podemos ni imaginarnos la posibilidad de levantar sin andamiaje el edificio que necesitamos.

Nadiezhdin no está de acuerdo y dice: "*Iskra* cree que el pueblo se reunirá y organizará en torno a ese periódico en el trabajo para él. ¡*Pero si le es mucho más fácil* reunirse y organizarse en torno a una labor *más concreta*!" Así, así: "más fácil reunirse y organizarse en torno a una labor más concreta"... Dice el refrán: "Agua que no has de beber, déjala correr". Pero hay gentes que no sienten reparo en beber agua en la que ya se ha escupido. ¡Qué de infamias no habrán dicho nuestros excelentes "críticos" legales "del marxismo" y admiradores ilegales de *Rabóchaya Mysl* en nombre de esta mayor concreción! Hasta qué punto coartan todo nuestro movimiento nuestra estrechez de miras, nuestra falta de iniciativa y nuestra timidez, que se justifican con los argumentos tradicionales de que "¡es mucho más fácil... en torno a una labor más concreta!" ¡Y Nadiezhdin, que se considera dotado de un sentido especial de la "vida", que condena con singular severidad a los hombres de "gabinete", que imputa (con pretensiones de agudeza) a *Iskra* la debilidad de ver en todas partes "economismo", que se imagina estar a cien codos por encima de esta división en ortodoxos y críticos, no se da cuenta de que, con sus argumentos, favorece la estrechez de miras que le indigna y bebe precisamente el agua llena de escupitajos! No basta, no, la indignación más sincera contra la estrechez de miras, ni el deseo más ardiente de hacer levantar a las gentes que se prosternan ante esta estrechez si el que se indigna va a merced de las olas y del viento y si se aferra con tanta "espontaneidad" como los revolucionarios de la década del 70 al "terror excitante", al "terror agrario", al "toque a rebato", etc. Vean en qué consiste ese "algo más concreto" en torno al que -cree él- será "mucho más fácil" reunirse y organizarse: 1) periódicos locales; 2) preparación de manifestaciones; 3) trabajo entre los obreros parados. A simple vista se advierte que todo eso ha sido entresacado totalmente al azar, por casualidad, por decir algo, porque, comoquiera que se mire, será un perfecto desatino ver en ello algo de especial utilidad para "reunir y organizar". Y el mismo Nadiezhdin dice unas páginas más adelante: "Ya va siendo hora de hacer constar sencillamente un hecho: en el plano local se realiza una labor pequeña en grado sumo, los comités no hacen ni la décima parte de lo que podrían..., los centros de unificación que tenemos ahora son una ficción, son burocracia revolucionaria, sus miembros se dedican a ascenderse mutuamente a generales, y así seguirán las cosas mientras no se desarrollen fuertes organizaciones locales". No cabe duda de que estas palabras encierran, al mismo tiempo que exageraciones, muchas y amargas verdades. ¿Será posible que Nadiezhdin no vea el nexo existente entre la pequeña labor realizada en el plano local y el estrecho horizonte de los dirigentes locales, la escasa amplitud de sus actividades, cosas inevitables, dada la poca preparación de los mismos, puesto que se encierran en los marcos de las organizaciones locales? ¿Será posible que Nadiezhdin haya olvidado, lo mismo que el autor del artículo sobre organización publicado en *Svoboda*, que el paso a una amplia prensa local (desde 1898) fue acompañado de una intensificación especial del "economismo" y del "primitivismo en el trabajo"? Además, aunque se pudiera organizar de manera más

* ¡Camarada Krichevski! ¡Camarada Martínov! Llamo la atención de ustedes sobre esta manifestación escandalosa de "absolutismo", de "autoridad sin control", de "reglamentación soberana", etc. Fíjense: ¡quiere poseer toda la cadena! Apresúrense a presentar querella. Ya tienen tema para dos artículos de fondo en el número 12 de *Rabócheie Dielo*.

** Al insertar en *Rabócheie Dielo* la primera frase de esta cita (núm. 10, pág. 62), Martínov ha omitido precisamente la segunda frase, como subrayando así que no quiere meterse en honduras o que es incapaz de comprender el fondo de la cuestión.

o menos satisfactoria "una abundante prensa local" (ya hemos demostrado más arriba que es imposible, salvo en casos muy excepcionales), ni siquiera en ese caso podrían tampoco los órganos locales "reunir y organizar" *todas* las fuerzas de los revolucionarios para una ofensiva *general* contra la autocracia, para dirigir la lucha *aunada*. No se olvide que aquí *sólo* se trata del alcance "colectivo", organizador, del periódico, y podríamos hacer a Nadiezhdin, defensor del fraccionamiento, la misma pregunta irónica que él hace: "¿No habremos heredado de alguna parte 200.000 organizadores revolucionarios?" Prosigamos. No se puede *contraponer* la "preparación de manifestaciones" al plan de *Iskra* por la sencilla razón de que este plan dice justamente que las manifestaciones más extensas son *uno de sus fines*; pero de lo que se trata es de elegir *el medio* práctico. Nadiezhdin se ha vuelto a embrollar al perder de vista que sólo puede "preparar" manifestaciones (que hasta ahora han sido espontáneas por completo en la inmensa mayoría de los casos) un ejército ya "reunido y organizado", y lo que nosotros *no sabemos* precisamente es reunir y organizar. "Trabajo entre los obreros parados". Siempre la misma confusión, ya que esto es también una de las operaciones bélicas de unos efectivos movilizados y no un plan para movilizar dichos efectivos. El caso siguiente demuestra hasta qué punto subestima Nadiezhdin, también en este sentido, el daño que produce nuestro fraccionamiento, la falta de los "200.000 organizadores". Muchos (Nadiezhdin entre ellos) han reprochado a *Iskra* la parquedad de noticias sobre el paro forzoso y la accidentalidad de las crónicas sobre los fenómenos más habituales de la vida rural. El reproche es merecido, pero *Iskra* aparece como culpable sin tener culpa alguna. Nosotros tratamos de "tender un cordelito" también por la aldea, pero en el campo no hay casi albañiles y se ha de alentar *por fuerza a todo* el que comunique aun el hecho más habitual, abrigando la esperanza de que esto multiplique el número de colaboradores en este terreno y *nos enseñe a todos* a elegir, por fin, los hechos que resaltan de verdad. Pero es tan escaso el menaje que, si no lo sintetizamos a escala nacional, no hay absolutamente nada con que aprender. No cabe duda de que un hombre que tenga, aunque sea aproximadamente, las aptitudes de agitador y el conocimiento de la vida de los vagabundos que observamos en Nadiezhdin podría prestar al movimiento servicios inestimables, haciendo agitación entre los obreros parados; pero un hombre de esa índole enterraría su talento si no se preocupara de dar a conocer a *todos* los camaradas rusos cada paso de su actuación, para que sirva de enseñanza y ejemplo a quienes, en su inmensa mayoría, aún no saben emprender esta nueva labor.

De la importancia de unificar y de la necesidad de "reunir y organizar" habla ahora todo el mundo sin excepción, pero en la mayoría de los casos no se tiene la menor idea concreta de por dónde empezar y cómo llevar a cabo esa unificación. Todos convendrán, por seguro, en que si "unificamos", por ejemplo, los círculos aislados de barrio de una ciudad, harán falta para ello *organismos comunes*, es decir, no sólo la denominación común de "unión", sino una labor realmente *común*, un intercambio de publicaciones, de experiencia, de fuerzas y distribución de funciones, no ya sólo por barrios, sino por oficios de todos los trabajos urbanos. Todo el mundo convendrá en que un sólido mecanismo conspirativo no cubrirá sus gastos (si es que puede emplearse una expresión comercial) con los "recursos" (se sobrentiende que tanto materiales como personales) de un barrio; que en este reducido campo de acción no pueda explayarse el talento de un especialista. Pero lo mismo puede afirmarse de la unión de distintas ciudades, porque incluso el campo de acción de una comarca aislada *resulta*, y ha resultado ya en la historia de nuestro movimiento socialdemócrata, de una estrechez insuficiente: lo hemos demostrado cumplidamente antes con el ejemplo de la agitación política y de la labor de organización. Es de imperiosa e impostergable necesidad ampliar ante todo este campo de acción, crear un nexo *real* entre las ciudades respaldado en una labor *regular* y *común*, porque el fraccionamiento deprime a la gente que "está en el hoyo" (expresión del autor de una carta dirigida a *Iskra*) sin saber lo que pasa en el mundo, de quién aprender, cómo conseguir experiencia y de qué manera satisfacer su deseo de una actividad amplia. Y yo continúo insistiendo en que este nexo *real* sólo puede *empezar* a establecerse con un periódico central que sea, para toda Rusia, la única empresa regular que haga el balance de toda la actividad en sus aspectos más variados, *impulsando* con ello a la gente a seguir infatigablemente hacia adelante, por *todos* los numerosos caminos que llevan a la revolución, lo mismo que todos los caminos llevan a Roma. Si deseamos la unificación no sólo de palabra es necesario que cada círculo local *dedique inmediatamente*, por ejemplo, una cuarta parte de sus fuerzas a un trabajo *activo* para la obra *común*. Y el periódico le muestra en seguida* los contornos generales, las proporciones y el carácter de la obra; le muestra qué lagunas son las que más se dejan sentir en toda la actividad general de Rusia, dónde no hay agitación, dónde son débiles los vínculos, qué

* *Con una salvedad*: siempre que simpatice con la orientación de este periódico y considere útil a la causa ser su colaborador, entendiendo por ello no solamente la colaboración literaria, sino toda la colaboración revolucionaria en general. *Nota para "Rabócheie Dielo"*: esta salvedad se sobrentiende para los revolucionarios que aprecian el trabajo y no el juego a la democracia, que no hacen distinción entre ser "simpatizante" y participar de la manera más activa y real.

ruedecitas del inmenso mecanismo general podría un círculo determinado arreglar o sustituir por otras mejores. Un círculo que aún no haya trabajado y que sólo busque trabajo podría empezar ya, no con los métodos primitivos del artesano en su pequeño taller aislado, que no conoce ni el desarrollo de la "industria" anterior a él ni el estado general de los métodos vigentes de producción industrial, sino como colaborador de una vasta empresa que *refleja* todo el empuje revolucionario general contra la autocracia. Y cuanto más perfecta sea la preparación de cada ruedecita, cuanto mayor cantidad de trabajadores sueltos participen en la obra común tanto más tupida será nuestra red y tanta menos confusión provocarán en las filas comunes inevitables descalabros.

El vínculo *efectivo* empezaría ya a establecerlo la mera difusión del periódico (si es que éste merecería realmente el nombre de periódico, es decir, si apareciese regularmente y no una vez al mes, como las revistas voluminosas, sino unas cuatro veces). Hoy día son muy raras las relaciones entre las ciudades en cuanto a los asuntos revolucionarios, en todo caso son una excepción; entonces, estas relaciones se convertirían en regla, y, naturalmente, no sólo asegurarían la difusión del periódico, sino también (lo que reviste mayor importancia) el intercambio de experiencia, informaciones, fuerzas y recursos. La labor de organización alcanzaría en el acto una amplitud mucho mayor, y el éxito de una localidad alentaría constantemente a seguir perfeccionándose, a aprovechar la experiencia ya adquirida por un camarada que actúa en otro confín del país. El trabajo local sería mucho más rico y variado que ahora; las denuncias de los manejos políticos y económicos que se recogiesen por toda Rusia servirían para la nutrición intelectual de los obreros de todas las profesiones y *de todos los grados de desarrollo*, suministrarían datos y darían motivo para charlas y lecturas sobre los problemas más distintos, planteados, además, por las alusiones de la prensa legal, por lo que se dice en sociedad y por los "tímidos" comunicados del gobierno. Cada explosión, cada manifestación se enjuiciaría y discutiría en todos sus aspectos y en todos los confines de Rusia, despertando el deseo de no quedar a la zaga, de hacer las cosas mejor que nadie (¡nosotros, los socialistas, no desechamos en absoluto toda emulación, toda "competencia" en general!), de preparar conscientemente lo que la primera vez se hizo en cierto modo de manera espontánea, de aprovechar las condiciones favorables de una localidad determinada o de un momento determinado para modificar el plan de ataque, etc. Al mismo tiempo, esta reanimación de la labor local no acarrearía la desesperada tensión "agónica" de todas las fuerzas, ni la movilización de *todos* los hombres, como sucede a menudo ahora, cuando hay que organizar una manifestación o publicar un número de un periódico local: por una parte, la policía tropezaría con dificultades mucho mayores para llegar hasta "la raíz", ya que no se sabría en qué localidad había que buscarla; por otra, una labor regular y común enseñaría a los hombres a concordar, *en cada caso concreto*, la fuerza de un ataque con el estado de fuerzas de tal o cual destacamento del ejército común (ahora casi nadie piensa en parte alguna en esta coordinación, pues los ataques son espontáneos en sus nueve décimas partes), y facilitaría el "transporte" no sólo de las publicaciones, sino también de las fuerzas revolucionarias.

Ahora, en la mayor parte de los casos estas fuerzas se desangran en la estrecha labor local; en cambio, entonces habría posibilidad y constantes ocasiones para trasladar a un agitador u organizador más o menos capaz de un extremo a otro del país. Comenzando por un pequeño viaje para resolver asuntos del partido y a expensas del mismo, los militantes se acostumbrarían a vivir enteramente a costa del partido, a hacerse revolucionarios profesionales, a formarse como verdaderos guías políticos.

Y si realmente lográsemos que todos o una gran mayoría de los comités, grupos y círculos locales emprendiesen activamente la labor común, en un futuro no lejano estaríamos en condiciones de publicar un semanario que se difundiese regularmente en decenas de millares de ejemplares por toda Rusia. Este periódico sería una partícula de un enorme fuelle de fragua que avivase cada chispa de la lucha de clases y de la indignación del pueblo, convirtiéndola en un gran incendio. En torno a esta labor, de por sí muy anodina y muy pequeña aún, pero regular y *común* en el pleno sentido de la palabra, se concentraría sistemáticamente y se instruiría el ejército permanente de luchadores probados. No tardaríamos en ver subir por los andamios de este edificio común de organización y destacarse de entre nuestros revolucionarios a los Zheliábov socialdemócratas; de entre nuestros obreros, a los Bebel rusos, que se pondrían a la cabeza del ejército movilizado y levantarían a todo el pueblo para acabar con la ignominia y la maldición de Rusia.

¡En esto es en lo que hay que soñar!

***

"¡Hay que soñar!" He escrito estas palabras y me he asustado. Me he imaginado sentado en el "Congreso de unificación" frente a los redactores y colaboradores de *Rabócheie Dielo*. Y he aquí que se pone en pie el camarada Martínov y se encara a mí con tono amenazador: "Permítame que le pregunte: ¿tiene aún la redacción autónoma derecho a soñar sin consultar antes a los comités del partido?" Tras él se yergue el camarada Krichevski (profundizando filosóficamente al camarada Martínov, quien hace mucho tiempo había profundizado ya al camarada Plejánov) y prosigue en tono más amenazador aún:

"Yo voy más lejos, y pregunto si, en general, un marxista tiene derecho a soñar, si no olvida que, según Marx, la humanidad siempre se plantea tareas realizables, que la táctica es un proceso de crecimiento de las tareas, las cuales crecen con el partido".

Sólo de pensar en esas preguntas amenazadoras me dan escalofríos y miro dónde podría esconderme. Intentaré hacerlo tras Písarev.

"Hay disparidades y disparidades -escribía Písarev a propósito de la existente entre los sueños y la realidad-. Mis sueños pueden adelantarse al curso natural de los acontecimientos o bien desviarse hacia donde el curso natural de los acontecimientos no puede llegar jamás. En el primer caso, los sueños no producen ningún daño, incluso pueden sostener y reforzar las energías del trabajador... En sueños de esta índole no hay nada que deforme o paralice la fuerza de trabajo. Todo lo contrario. Si el hombre estuviese privado por completo de la capacidad de soñar así, si no pudiese adelantarse alguna que otra vez y contemplar con su imaginación el cuadro enteramente acabado de la obra que empieza a perfilarse por su mano, no podría figurarme de ningún modo qué móviles lo obligarían a emprender y llevar a cabo vastas y penosas empresas en el terreno de las artes, de las ciencias y de la vida práctica... La disparidad entre los sueños y la realidad no produce daño alguno, siempre que el soñador crea seriamente en su sueño, se fije atentamente en la vida, compare sus observaciones con sus castillos en el aire y, en general, trabaje a conciencia por que se cumplan sus fantasías. Cuando existe algún contacto entre los sueños y la vida, todo va bien"[98].

Pues bien, los sueños de esta naturaleza, por desgracia, son rarísimos en nuestro movimiento. Y la culpa la tienen, sobre todo, los representantes de la crítica legal y del "seguidismo" ilegal que presumen de su sensatez, de su "proximidad" a lo "concreto".

c) ¿Qué tipo de organización necesitamos?

Por lo que precede, puede ver el lector que nuestra "táctica-plan" consiste en rechazar *el llamamiento* inmediato al asalto, en exigir que se organice "debidamente el asedio de la fortaleza enemiga" o, dicho en otros términos, en exigir que todos los esfuerzos se dirijan a reunir, organizar y movilizar un ejército regular. Cuando pusimos en ridículo a *Rabócheie Dielo* por el cambio que dio, pasando del "economismo" a los gritos sobre la necesidad del asalto (gritos que dio en el número 6 de *Listok "R. Diela"*[99] en abril de 1901), dicho órgano nos atacó, como es natural, acusándonos de "doctrinarismo", diciendo que no comprendemos el deber revolucionario, que exhortamos a la prudencia, etc. Desde luego, en modo alguno nos ha extrañado esta acusación en boca de gentes que carecen de todo principio y que salen del paso con la sabihonda "táctica-proceso"; como tampoco nos ha extrañado que esta acusación la haya repetido Nadiezhdin, que en general tiene el desprecio más olímpico por la firmeza de los principios programáticos y tácticos.

Dicen que la historia no se repite. Pero Nadiezhdin hace los imposibles por repetirla e imita con tesón a Tkachov, denigrando el "culturalismo revolucionario", vociferando sobre "las campanas al vuelo del *Veche*"*, pregonando un "punto de vista" especial "de vísperas de la revolución", etc. Por lo visto, olvida la conocida sentencia de que, si el original de un acontecimiento histórico es una tragedia, su copia no es más que una farsa[100]. La tentativa de adueñarse del poder -tentativa preparada por la prédica de Tkachov y realizada por el terrorismo "horripilante" y que en realidad horripilaba entonces- era majestuosa, y, en cambio, el terrorismo "excitante" del pequeño Tkachov es simplemente ridículo; sobre todo, es ridículo cuando se complementa con la idea de organizar a los obreros medios.

"Si *Iskra* -escribe Nadiezhdin- saliese de su esfera de litera turismo, vería que esto (hechos como la carta de un obrero en el número 7 de *Iskra*, etc.) son síntomas demostrativos de que pronto, muy pronto, comenzará el "asalto", y hablar ahora (¡*sic*!) de una organización cuyos hilos arranquen de un periódico central para toda Rusia es fomentar ideas y labor de gabinete". Fíjense en esta confusión inimaginable: por una parte, terrorismo excitante y "organización de los obreros medios" a la par con la idea de que es "más fácil" reunirse en torno a algo "más concreto", por ejemplo, de periódicos locales, y, por otra parte, hablar "ahora" de una organización para toda Rusia significa dar ideas de gabinete, es decir (empleando un lenguaje más franco y sencillo), ¡"ahora" ya es tarde! Y para "fundar a vasta escala periódicos locales" ¿no es tarde, respetabilísimo L. Nadiezhdin? Comparen con eso el punto de vista y la táctica de *Iskra*: el terrorismo excitante es una tontería; hablar de organizar precisamente a los obreros medios y de fundar *a vasta escala* periódicos locales significa abrir de par en par las puertas al "economismo". Es preciso hablar de una organización de revolucionarios única para toda Rusia, y no será tarde hablar de ella hasta el momento en que empiece el asalto de verdad, y no sobre el papel.

> "Sí -continúa Nadiezhdin-, en cuanto a la organización, nuestra situación está muy lejos de ser brillante: sí, *Iskra* tiene completa razón cuando dice que el grueso de nuestras fuerzas militares está constituido por voluntarios e insurrectos... Está bien que tengáis una idea lúcida del estado de nuestras fuerzas, pero ¿por qué olvidáis *que la multitud no es en absoluto nuestra* y que por eso *no nos preguntará* cuándo hay que romper las hostilidades y se lanzará al "motín"?.. Cuando la

---

* *Veche*: asamblea popular en la antigua Rusia, para la que se convocaba al toque de campana. (*N. de la Edit.*)

multitud empiece a actuar ella misma con su devastadora fuerza espontánea, *puede* arrollar y desalojar al "ejército regular", al que siempre se pensaba organizar en forma extraordinariamente sistemática, pero *no hubo tiempo* de hacerlo". (Subrayado por mí.)

¡Extraña lógica! *Precisamente* porque "la multitud no es nuestra" es insensato e indecoroso dar gritos de "asalto" inmediato, ya que el asalto es un ataque de un ejército regular y no una explosión espontánea de la multitud. Precisamente porque la multitud *puede* arrollar y desalojar al ejército regular necesitamos sin falta que toda nuestra labor de "organización extraordinariamente sistemática" del ejército regular marche a la par con el auge espontáneo, porque cuanto mejor consigamos esta organización tanto más probable será que el ejército regular no sea arrollado por la multitud, sino que se ponga a su frente y la encabece. Nadiezhdin se confunde porque se imagina que este ejército sistemáticamente organizado se ocupa de algo que lo aparta de la multitud, mientras que, en realidad, éste se ocupa exclusivamente de una agitación política múltiple y general, es decir, justamente de la labor que *aproxima y funde en un todo* la fuerza destructora espontánea de la multitud y la fuerza destructora consciente de la organización de revolucionarios. La verdad es que ustedes, señores, inculpan al prójimo las faltas propias, pues precisamente el grupo *Svoboda*, al introducir *en el programa* el terrorismo, exhorta con ello a crear una organización de terroristas, y una organización así desviaría realmente a nuestro ejército de su aproximación a la multitud que, por desgracia, ni es aún nuestra ni nos pregunta, o nos pregunta poco, cuándo y cómo hay que romper las hostilidades.

"Nos pillará desprevenidos la propia revolución -continúa Nadiezhdin, asustando a *Iskra*-, como nos ha ocurrido con los acontecimientos actuales, que nos han caído encima como un alud". Esta frase, relacionada con las que hemos citado antes, nos demuestra palmariamente que es absurdo el "punto de vista" especial "de vísperas de la revolución" ideado por *Svoboda*[*]. Hablando sin ambages, el "punto de vista" especial se reduce a que "ahora" ya es tarde para deliberar y prepararse. Pero en este caso, ¡oh, respetabilísimo enemigo del "literaturismo"!, ¿para qué escribir 132 páginas impresas "sobre cuestiones de teoría[**] y táctica"? ¿No le parece que "al punto de vista de vísperas de la revolución" le iría mejor publicar 132.000 octavillas con un breve llamamiento: "¡Por ellos!"?

Precisamente corre menor riesgo de que lo pille desprevenido la revolución quien coloca en el ángulo principal de todo su programa, de toda su *táctica*, de toda su *labor de organización* la agitación política entre todo el pueblo, como hace *Iskra*. Los que se dedican en toda Rusia a trenzar los hilos de la organización que arranque de un periódico central para todo el país, lejos de que los pillen desprevenidos los sucesos de la primavera, nos han ofrecido la posibilidad de pronosticarlos. Tampoco los han pillado desprevenidos las manifestaciones descritas en los números 13 y 14 de *Iskra*[101]; por el contrario, han tomado parte en ellas, con viva conciencia de que su deber era acudir en ayuda del ascenso espontáneo de la multitud, contribuyendo al mismo tiempo, por medio de su periódico, a que todos los camaradas rusos conozcan estas manifestaciones y utilicen su experiencia. ¡Y si conservan la vida, tampoco dejarán que los pille desprevenidos la revolución, que reclama de nosotros, ante todo y por encima de todo, que saquemos experiencia en la agitación, sepamos apoyar (apoyar a la manera socialdemócrata) toda protesta y acertemos a orientar el movimiento espontáneo, salvaguardándolo de los errores de los amigos y de las celadas de los enemigos!

Hemos llegado, pues, a la última razón que nos obliga a hacer particular hincapié en el plan de una organización formada en torno a un periódico central para toda Rusia, mediante la labor conjunta en este periódico común. Sólo una organización semejante aseguraría la *flexibilidad* indispensable a la organización socialdemócrata combativa, es decir, la capacidad de adaptarse en el acto a las condiciones de lucha más variadas y cambiantes con rapidez; saber, "de un lado, rehuir las batallas en campo abierto contra un enemigo que tiene superioridad aplastante de fuerzas, cuando concentra éstas en un punto, y para saber, de otro lado, aprovechar la torpeza de movimientos de este enemigo y lanzarse sobre él en el sitio y en el momento en que menos espere ser atacado"[***]. Sería un gravísimo error

---

[*] *En vísperas de la revolución*, pág. 62.

[**] Dicho sea de paso, L. Nadiezhdin no dice casi nada de los problemas de teoría en su "revista de cuestiones teóricas", si prescindimos del siguiente pasaje, sumamente curioso "desde el punto de vista de vísperas de la revolución": "La bernsteiniada en su conjunto pierde para nuestro momento su carácter agudo, como lo mismo nos da que el señor Adamóvich demuestre que el señor Struve debe presentar la dimisión o que, por el contrario, el señor Struve desmienta al señor Adamóvich y no consienta en dimitir. Nos da absolutamente igual, porque ha sonado la hora decisiva de la "evolución" (pág. 110). Sería difícil describir con mayor relieve la despreocupación infinita de L. Nadiezhdin por la teoría. ¡¡*Como* hemos proclamado que estamos en "vísperas de la revolución", "nos da absolutamente lo mismo" que los ortodoxos logren o no desalojar definitivamente de sus posiciones a los críticos!! ¡Y nuestro sabio no se percata de que, precisamente durante la revolución, nos harán falta los resultados de la lucha teórica contra los críticos para luchar resueltamente contra sus posiciones *prácticas*!

[***] *Iskra*, núm. 4: *¿Por dónde empezar?* "Un trabajo largo no asusta a los revolucionarios culturalistas que no

montar la organización del partido cifrando las esperanzas sólo en las explosiones y luchas de las calles o sólo en la "marcha progresiva de la lucha cotidiana y monótona". Debemos desplegar *siempre* nuestra labor cotidiana dispuestos a todo, porque muchas veces es casi imposible prever por anticipado cómo alternarán los períodos de explosiones con los de calma y, aun cuando fuera posible preverlo, no se podría aprovechar la previsión para reconstruir la organización, porque en un país autocrático estos cambios se producen con asombrosa rapidez, a veces como consecuencia de una incursión nocturna de los genízaros zaristas[102]. De la revolución misma no debe uno forjarse la idea de que sea un acto único (como, por lo visto, se la imaginan los Nadiezhdin), sino de que es una sucesión rápida de explosiones más o menos violentas, alternando con períodos de calma más o menos profunda. Por tanto, el contenido fundamental de las actividades de la organización de nuestro partido, el centro de gravedad de estas actividades debe consistir en una labor que es posible y necesaria tanto durante el período de la explosión más violenta como durante el de la calma más completa, a saber: en una labor de agitación política unificada en toda Rusia que arroje luz sobre todos los aspectos de la vida y que se dirija a las más grandes masas. Y esta labor es *inconcebible* en la Rusia actual sin un periódico central para toda Rusia que aparezca muy a menudo. La organización que se forme por sí misma en torno a este periódico, la organización de sus *colaboradores* (en la acepción más amplia del término, es decir, de todos los que trabajan en torno a él) estará precisamente dispuesta *a todo*, desde salvar el honor, el prestigio y la continuidad del partido en los momentos de mayor "depresión" revolucionaria, hasta preparar *la insurrección armada de todo el pueblo*, fijar fecha para su comienzo y llevarla a la práctica.

En efecto, figurémonos una redada completa, muy corriente entre nosotros, en una o varias localidades. Al no haber en *todas* las organizaciones locales *una* labor común llevada en forma regular, estos descalabros van acompañados a menudo de la interrupción del trabajo por largos meses. En cambio, si todas tuvieran una labor común, bastarían, en el caso de la mayor redada, unas cuantas semanas de trabajo de dos o tres personas enérgicas para poner en contacto con el organismo central común a los nuevos círculos de la juventud que, como es sabido, incluso ahora brotan con suma rapidez; y cuando la labor común que sufre los descalabros está a la vista de todo el mundo, los nuevos círculos pueden surgir y ponerse en contacto con dicho organismo central más pronto aun.

Por otra parte, imagínense una insurrección popular. Ahora es probable que todo el mundo esté de acuerdo en que debemos pensar en ella y prepararnos para ella. Pero *¿cómo* prepararnos? ¡No se querrá que el Comité Central nombre agentes en todas las localidades para preparar la insurrección! Aunque tuviésemos un Comité Central, éste no lograría absolutamente nada con designarlos, dadas las actuales condiciones rusas. Por el contrario, una red de agentes* que se forme por sí misma en el trabajo de organización y difusión de un periódico central no tendría que “aguardar con los brazos cruzados" la consigna de la insurrección, sino que desplegaría justamente esa labor regular que le garantizase, en caso de insurrección, las mayores probabilidades de éxito. Esa misma labor es la que reforzaría los lazos de unión tanto con las más grandes masas obreras como con todos los sectores descontentos de la autocracia, lo cual tiene suma importancia para la insurrección. En esa labor precisamente se formaría la capacidad de enjuiciar con tino la situación política general y, por tanto, la capacidad de elegir el momento adecuado para la insurrección. Esa misma labor es la que acostumbraría a todas las organizaciones locales a hacerse unísono eco de los problemas, casos y sucesos políticos que agitan a toda Rusia, responder a estos "sucesos" con la mayor energía posible, de la manera más uniforme y conveniente posible; y la insurrección es, en el fondo, la "respuesta" más enérgica, más uniforme y más conveniente de todo el

comparten el punto de vista de vísperas de la revolución", escribe Nadiezhdin (pág. 62). Con este motivo haremos la siguiente observación: si no sabemos elaborar una táctica política y un plan de organización orientados sin falta hacia una *labor muy larga* y que al mismo tiempo aseguren, por el propio proceso de este trabajo, la disposición de nuestro partido a ocupar su puesto y cumplir con su deber en cualquier circunstancia imprevista, por más que se precipiten los acontecimientos, seremos simplemente unos deplorables aventureros políticos. Sólo Nadiezhdin, que ha empezado a llamarse socialdemócrata desde ayer, puede olvidar que el objetivo de la socialdemocracia consiste en transformar de raíz las condiciones de vida de toda la humanidad, por lo cual es imperdonable que un socialdemócrata se "asuste" por lo largo del trabajo.

* ¡Ay! ¡Se me ha escapado una vez más la truculenta palabra "agentes" que tanto hiere el democrático oído de los Martínov! Me extraña que esta palabra no haya molestado a los corifeos de la década del 70 y, en cambio, moleste a los primitivos de la del 90. Me gusta esta palabra, porque indica de un modo claro y tajante la causa común a la que todos los agentes subordinan sus pensamientos y sus actos, y si hubiese que sustituir esta palabra por otra, yo sólo elegiría el término "colaborador", si éste no tuviese cierto deje de literaturismo y de vaguedad. Porque lo que necesitamos es una organización militar de agentes. A propósito sea dicho, los numerosos Martínov (sobre todo, en el extranjero), que gustan de "ascenderse recíprocamente a generales", podrían decir, en lugar de "agente en asuntos de pasaportes", "comandante en jefe de la unidad especial destinada a proveer de pasaportes a los revolucionarios", etc.

pueblo al gobierno. Esa misma labor es la que acostumbraría, por último, a todas las organizaciones revolucionarias, en todos los confines de Rusia, a mantener las relaciones más constantes, y conspirativas a la vez, que crearían la unidad efectiva del partido; sin estas relaciones es imposible discutir colectivamente un plan de insurrección ni adoptar las medidas preparatorias indispensables en vísperas de ésta, medidas que deben guardarse en el secreto más riguroso.

En pocas palabras, "el plan de un periódico político central para toda Rusia", lejos de ser el fruto de un trabajo de gabinete de personas contaminadas de doctrinarismo y literaturismo (como les ha parecido a gentes que han meditado poco en él), es, por el contrario, el plan más práctico de empezar a prepararse en el acto y por doquier para la insurrección, sin olvidar al mismo tiempo ni por un instante la labor corriente de cada día.

Conclusión

La historia de la socialdemocracia rusa se divide manifiestamente en tres períodos.

El primer período comprende cerca de un decenio, de 1884 a 1894 poco más o menos. Fue el período en que brotaron y se afianzaron la teoría y el programa de la socialdemocracia. El número de adeptos de la nueva tendencia en Rusia se podía contar con los dedos de las manos. La socialdemocracia existía sin movimiento obrero y pasaba, como partido político, por el proceso de desarrollo intrauterino.

El segundo período abarca tres o cuatro años, de 1894 a 1898. La socialdemocracia aparece como movimiento social, como impulso de las masas populares, como partido político. Fue el período de infancia y adolescencia. Con la rapidez de una epidemia, se propaga el apasionamiento general de los intelectuales por la lucha contra el populismo y por la corriente de ir hacia los obreros, el apasionamiento general de los obreros por las huelgas. El movimiento hace grandes progresos. La mayoría de los dirigentes eran hombres muy jóvenes que estaban lejos de haber alcanzado la "edad de treinta y cinco años", que el señor N. Mijailovski tenía por algo así como frontera natural. Por su juventud, no estaban preparados para la labor práctica y desaparecían de la escena con asombrosa rapidez. Pero la magnitud de su trabajo, en la mayoría de los casos, era muy grande. Muchos de ellos comenzaron a pensar de un modo revolucionario como adeptos del grupo Libertad del Pueblo. Casi todos rendían en sus mocedades pleitesía a los héroes del terrorismo, y les costó mucho trabajo sustraerse a la impresión seductora de esta tradición heroica; hubo que romper con personas que a toda costa querían seguir siendo fieles a Libertad del Pueblo y gozaban de gran respeto entre los jóvenes socialdemócratas. La lucha obligaba a estudiar, a leer obras ilegales de todas las tendencias, a ocuparse intensamente de los problemas del populismo legal. Formados en esta lucha, los socialdemócratas acudían al movimiento obrero sin olvidar "un instante" ni la teoría del marxismo que les alumbró con luz meridiana ni la tarea de derrocar a la autocracia. La formación del partido, en la primavera de 1898[103], fue el acto de mayor relieve, y *último* a la vez, de los socialdemócratas de aquel período.

El tercer período despunta, como acabamos de ver, en 1897 y viene a sustituir definitivamente .al segundo en 1898 (1898-?). Es el período de dispersión, de disgregación, de vacilación. Igual que mudan la voz los adolescentes, la socialdemocracia rusa de aquel período también la mudó y empezó a dar notas falsas, por una parte, en las obras de los señores Struve, Prokopóvich, Bulgákov y Berdiáiev, y, por otra, en las de V. I-n., R. M., B. Krichevski y Martínov. Pero iban cada uno por su lado y retrocedían los dirigentes nada más: el propio movimiento seguía creciendo y haciendo progresos gigantescos. La lucha proletaria englobaba nuevos sectores de obreros y se propagaba por toda Rusia, contribuyendo a la vez indirectamente a avivar el espíritu democrático entre los estudiantes y entre los otros sectores de la población. Pero la conciencia de los dirigentes cedió ante la magnitud y el vigor del crecimiento espontáneo. Entre los socialdemócratas predominaba ya otra clase de gente: los militantes formados casi exclusivamente en el espíritu de la literatura marxista "legal", cosa tanto más insuficiente cuanto más alto era el nivel de conciencia que reclamaba de ellos la espontaneidad de las masas. Los dirigentes no sólo quedaban rezagados tanto en el sentido teórico ("libertad de crítica") como en el terreno práctico ("métodos primitivos de trabajo"), sino que intentaban defender su atraso recurriendo a toda clase de argumentos rimbombantes. El movimiento socialdemócrata era rebajado al nivel del tradeunionismo tanto por los brentanistas de la literatura legal como por los seguidistas de la ilegal. El programa del *Credo* comienza a llevarse a la práctica, sobre todo, cuando los "métodos primitivos de trabajo" de los socialdemócratas reavivan las tendencias revolucionarias no socialdemócratas.

Y si el lector me reprocha que me haya explayado con exceso de pormenores en un periódico como *Rabócheie Dielo*, le contestaré: *R. Dielo* ha adquirido una importancia "histórica" por haber reflejado con el mayor relieve el "espíritu" de este tercer período*. No

---

* Podría contestar también con un refrán alemán: "*Den Sack schlägt man, den Esel meint man*", lo cual quiere decir: quien a uno castiga, a ciento hostiga. No sólo *R. Dielo*, sino la gran masa de los militantes dedicados al trabajo práctico y de los teóricos sentían entusiasmo por la "crítica" de moda, se armaban un lío con la espontaneidad, se desviaban de la concepción socialdemócrata de nuestras

era el consecuente R. M., sino precisamente los Krichevski y Martínov, que cambian de dirección como las veletas a los cuatro vientos, quienes podían expresar de verdad la dispersión, las vacilaciones y la disposición a hacer concesiones a la "crítica", al "economismo" y al terrorismo. Lo que caracteriza a este período no es el desprecio olímpico de algún admirador de "lo absoluto" por la labor práctica, sino precisamente la unión de un practicismo mezquino con la más completa despreocupación por la teoría. Más que negar abiertamente las "grandes palabras", lo que hacían los héroes de este período era envilecerlas: el socialismo científico dejó de ser una teoría revolucionaria integral, convirtiéndose en una mezcolanza a la que se añadían "libremente" líquidos procedentes de cualquier manual alemán nuevo; la consigna de "lucha de clases" no impulsaba a una actividad cada vez más amplia, cada vez más enérgica, sino que servía de amortiguador, ya que "la lucha económica está íntimamente ligada a la lucha política"; la idea del partido no exhortaba a crear una organización combativa de revolucionarios, sino que justificaba una especie de "burocracia revolucionaria" y el juego infantil a formas "democráticas".

Ignoramos cuándo acabará el tercer período y empezará el cuarto (en todo caso anunciado ya por muchos síntomas). Del campo de la historia pasamos aquí al terreno de lo presente y, en parte, de lo futuro. Pero creemos con firmeza que el cuarto período ha de conducir al afianzamiento del marxismo militante, que la socialdemocracia rusa saldrá fortalecida y arreciada de la crisis, que la retaguardia oportunista será "relevada" por un verdadero destacamento de vanguardia de la clase más revolucionaria.

A guisa de exhortación a este "relevo", y resumiendo lo que acabamos de exponer, podemos dar esta escueta respuesta a la pregunta: ¿qué hacer?:

Acabar con el tercer período.

tareas políticas y orgánicas hacia la concepción tradeunionista.

Anexo
Intento de fusionar "*Iskra*" con "*Rabócheie Dielo*"

Nos resta esbozar la táctica adoptada y consecuentemente aplicada por *Iskra* en las relaciones orgánicas con *Rabócheie Dielo*. Esta táctica ha sido expuesta ya por completo en el número 1 de *Iskra*, en el artículo sobre *La escisión en la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero*. Admitimos en seguida el punto de vista de que la verdadera Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, reconocida por el I Congreso de nuestro partido como su representante fuera del país, *se había escindido* en dos organizaciones; que seguía pendiente el problema de la representación del partido, puesto que lo había resuelto sólo con carácter provisional y convencional, en el Congreso internacional celebrado en París, la elección de dos miembros procedentes de Rusia, uno por cada parte de la Unión escindida, para el Buró Socialista Internacional permanente[104]. Hemos declarado que, en el fondo, *Rabócheie Dielo no tenía razón*; en cuanto a los principios, nos colocamos resueltamente al lado del grupo Emancipación del Trabajo, pero nos negamos, al mismo tiempo, a entrar en detalles de la escisión y señalamos los méritos de la Unión en el terreno de la labor puramente práctica[*].

De modo que nos manteníamos, hasta cierto punto, a la expectativa: hacíamos una concesión al criterio imperante entre la mayoría de los socialdemócratas rusos, los cuales sostenían que incluso los enemigos más decididos del "economismo" podían trabajar codo con codo con la Unión, porque ésta había declarado más de una vez que estaba de acuerdo en principio con el grupo Emancipación del Trabajo y que no pretendía, según afirmaba, tener una posición independiente en los problemas cardinales de la teoría y de la táctica. El acierto de la posición que habíamos adoptado lo corrobora indirectamente el hecho de que, casi en el momento de aparecer el primer número de *Iskra* (diciembre de 1900), se separaron de la Unión tres miembros, formando el llamado grupo de iniciadores, los cuales se dirigieron: 1) a la sección de la organización de *Iskra* en el extranjero; 2) a la Organización Revolucionaria Sotsial-Demokrat[105], y 3) a la Unión, proponiendo su mediación para entablar negociaciones conciliadoras. Las dos primeras organizaciones aceptaron en seguida, *la tercera se negó*. Por cierto, cuando en el Congreso de "unificación", celebrado el año pasado[106], uno de los oradores expuso los hechos citados, un miembro de la administración de la Unión declaró que su negativa se debía *exclusivamente* a que la Unión estaba descontenta de la composición del grupo de iniciadores. Estimando que es mi deber insertar esta explicación, no puedo, sin embargo, dejar de observar por mi parte que no la considero satisfactoria: como la Unión estaba al tanto de la conformidad de las dos organizaciones para entablar negociaciones, podía dirigirse a ellas por conducto de otro mediador o directamente.

En la primavera de 1901, tanto *Zariá* (núm. 1, abril) como *Iskra* (núm. 4, mayo) entablaron una polémica directa contra *Rabócheie Dielo*[**]. *Iskra* atacó, sobre todo, el *Viraje histórico de Rabócheie Dielo*, que en su hoja de *abril*, esto es, después de los acontecimientos de primavera, dio ya muestras de poca firmeza respecto al apasionamiento por el

[*] Este juicio sobre la escisión no sólo se basaba en el conocimiento de las publicaciones, sino en datos recogidos en el extranjero por algunos miembros de nuestra organización que habían estado allí.
[**] Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

terrorismo y por los llamamientos "sanguinarios". A pesar de esta polémica, la Unión contestó que estaba dispuesta a reanudar las negociaciones de conciliación por intermedio de un nuevo grupo de "conciliadores"[107]. La conferencia preliminar de representantes de las tres organizaciones citadas se celebró en el mes de junio y elaboró un proyecto de pacto basado en un detalladísimo "acuerdo en principio", publicado por la Unión en el folleto *Dos congresos* y por la Liga en el folleto *Documentos del Congreso de "unificación"*.

El contenido de este acuerdo (o, como suele llamársele, resoluciones de la Conferencia de junio) adoptado con arreglo a los principios demuestra con claridad meridiana que nosotros exigíamos, como condición indispensable para la unificación, que se repudiara del modo *más decidido* toda manifestación de oportunismo en general y de oportunismo ruso en particular. "Rechazamos -dice el primer párrafo- todas las tentativas de introducir el oportunismo en la lucha de clase del proletariado, tentativas que se han manifestado en el llamado "economismo", bernsteinianismo, millerandismo, etc.". "La esfera de actividad de la socialdemocracia comprende… la lucha ideológica contra todos los adversarios del marxismo revolucionario" (4, c). "En todas las esferas de la labor de agitación y de organización, la socialdemocracia no debe olvidar ni un instante la tarea inmediata del proletariado ruso: derrocar a la autocracia" (5, a); ..."la agitación, no sólo en el terreno de la lucha diaria del trabajo asalariado contra el capital" (5, b); ..."no reconociendo... la fase de la lucha puramente económica y de la lucha por reivindicaciones políticas parciales" (5, c); ..."consideramos de importancia para el movimiento criticar las corrientes que erigen en principio... lo elemental... y lo estrecho de las formas inferiores del movimiento" (5, d). Incluso una persona completamente extraña, después de leer más o menos atentamente estas resoluciones, ha de ver por su mismo enunciado que se dirigen contra quienes eran oportunistas y "economistas" y han olvidado, aunque sólo sea un instante, la tarea de derribar la autocracia, contra quienes han aceptado la teoría de las fases, han erigido en principio la estrechez de miras, etc. Y quien conozca más o menos la polémica que el grupo Emancipación del Trabajo, *Zariá* e *Iskra* han tenido con *Rabócheie Dielo*, no dudará un instante que estas resoluciones rechazan, punto por punto, precisamente las aberraciones en que había caído *Rabócheie Dielo*. Por eso, cuando en el Congreso de "unificación" uno de los miembros de la Unión declaró que los artículos publicados en el número 10 de *Rabócheie Dielo* no se debían al nuevo "viraje histórico" de la Unión, sino al espíritu demasiado "abstracto"* de las resoluciones, uno de los oradores lo puso con toda razón en ridículo. Las resoluciones, contestó, lejos de ser abstractas, son increíblemente concretas: basta echarles una ojeada para ver que "se quería cazar a alguien".

Esta expresión motivó en el congreso un episodio característico. Por una parte, B. Krichevski se aferró a la palabra "cazar", creyendo que era un lapsus delator de mala intención por nuestra parte ("tender una emboscada") y exclamó en tono patético: "¿A quién se iba a cazar?" "Sí, en efecto, ¿a quién?", preguntó irónicamente Plejánov. "Yo ayudaré al camarada Plejánov en su perplejidad -contestó B. Krichevski -, yo le explicaré que a quien se quería cazar era a la *redacción de "Rabócheie Dielo"*. (*Hilaridad general*.) ¡Pero no nos hemos dejado cazar!" (*Exclamaciones de la izquierda*: "¡Peor para vosotros!"). Por otra parte, un miembro del grupo Borbá (grupo de conciliadores), pronunciándose contra las enmiendas de la Unión a las resoluciones, y en su deseo de defender a nuestro orador, declaró que, evidentemente, la expresión "se quería cazar" se había escapado sin querer en el calor de la polémica.

Por lo que a mí se refiere, creo que el orador que ha empleado la expresión no se sentirá del todo satisfecho de esta "defensa". Yo creo que las palabras "se quería cazar a alguien" fueron "dichas en broma, pero pensadas en serio"; nosotros hemos acusado siempre a *Rabócheie Dielo* de falta de firmeza, de vacilaciones, *razón* por la cual *debíamos*, naturalmente, tratar de *cazarlo* para hacer imposibles las vacilaciones en lo sucesivo. No se podía hablar aquí de mala intención porque se trataba de falta de firmeza en los principios. Y hemos sabido "cazar" a la Unión, procediendo lealmente**, e manera que las resoluciones de junio fueron firmadas por el propio B. Krichevski y por otro miembro de la administración de la Unión.

Los artículos publicados en el número 10 de *Rabócheie Dielo* (nuestros camaradas vieron este número sólo cuando hubieron llegado al congreso y unos días antes de inaugurarse éste) demostraban

* Esta afirmación se repite en *Dos congresos*, pág. 25.

** A saber: en la introducción a las resoluciones de junio dijimos que la socialdemocracia rusa mantuvo siempre en conjunto la posición de fidelidad a los principios del grupo Emancipación del Trabajo y que el mérito de la Unión estaba sobre todo en su actividad en el terreno de las publicaciones y de la organización. En otros términos, dijimos que estábamos completamente dispuestos a olvidar el pasado y a reconocer que la labor de nuestros camaradas de la Unión era útil a la causa, *a condición* de que acabaran por completo con las vacilaciones, objeto de nuestra "caza". Toda persona imparcial que lea las resoluciones de junio las comprenderá sólo en este sentido. Pero si ahora la Unión nos acusa solemnemente de *faltar a la verdad* (*Dos congresos*, pág. 30) por estas palabras sobre sus méritos, después de haber *provocado* ella misma con su nuevo viraje hacia el "economismo" (en los artículos del número 10 y en las enmiendas) la ruptura, esta acusación, como es natural, no puede menos de provocar una sonrisa.

claramente que del verano al otoño se había producido otro viraje en la Unión: los "economistas" obtuvieron una vez más la supremacía, y la redacción, dúctil a toda nueva "corriente", volvió a defender a los "más declarados bernsteinianos", la "libertad de crítica" y la "espontaneidad" y a predicar por boca de Martínov la "teoría de restringir" la esfera de nuestra influencia política (con el propósito aparente de complicar esta misma influencia). Una vez más se ha confirmado la certera observación de Parvus de que es difícil cazar a un oportunista con una simple fórmula, porque le cuesta tan poco firmar *cualquier* fórmula como renegar de ella, ya que el oportunismo consiste precisamente en la falta de principios más o menos definidos y firmes. Hoy, los oportunistas rechazan *toda* tentativa de introducir el oportunismo, rechazan *toda* restricción, prometen solemnemente "no olvidar un instante el derrocamiento de la autocracia", hacer "agitación no sólo en el terreno de la lucha diaria del trabajo asalariado contra el capital", etc., etc. Y mañana cambian de tono y vuelven a las andadas so pretexto de defender la espontaneidad, de la marcha progresiva de la lucha cotidiana y monótona, de ensalzar las reivindicaciones que prometen resultados palpables, etc. Al continuar afirmando que en los artículos del número 10 la "Unión no ha visto ni ve ninguna abjuración herética de los principios generales del proyecto de la conferencia" (*Dos congresos*, pág. 26), la Unión sólo revela con ello que es incapaz por completo o que no quiere comprender el fondo de las discrepancias.

Después del número 10 de *Rabócheie Dielo* nos quedaba por hacer una sola tentativa: iniciar una discusión general para convencernos de si toda la Unión se solidarizaba con estos artículos y con su redacción. La Unión está disgustada con nosotros, sobre todo, por este hecho y nos acusa de que intentamos sembrar la discordia en su seno, de que nos inmiscuimos en cosas ajenas, etc. Acusaciones a todas luces infundadas, porque, teniendo una redacción compuesta por elección y dúctil para "girar" al menor soplo del viento, todo depende precisamente de la dirección del viento, y éramos nosotros quienes determinábamos esa dirección en las sesiones a puerta cerrada, a las que sólo asistían los miembros de las organizaciones venidas para unificarse. Las enmiendas que se han introducido en las resoluciones de junio en nombre de la Unión nos han quitado el último asomo de esperanza de llegar a un acuerdo. Las enmiendas son una prueba documental del nuevo viraje hacia el "economismo" y de la solidaridad de la mayoría de la Unión con el número 10 de *Rabócheie Dielo*. Se borraba del número de manifestaciones del oportunismo el "llamado economismo" (debido a la supuesta "vaguedad" de estas palabras, si bien de esta motivación no se deduce sino la necesidad de definir con mayor exactitud la esencia de una aberración muy extendida); también se borraba el "millerandismo" (si bien B. Krichevski lo defendía en *Rabócheie Dielo*, núm. 2-3, págs. 83-84, y con mayor franqueza aún en *Vorwärts**). A pesar de que las resoluciones de junio indicaban de manera terminante que la tarea de la socialdemocracia consistía en "dirigir todas las manifestaciones de lucha del proletariado contra todas las formas de opresión política, *económica* y social", exigiendo con ello que se introdujera método y unidad en todas estas manifestaciones de lucha, la Unión añadía palabras superfluas por demás, diciendo que la "lucha económica es un poderoso estímulo para el movimiento de masas" (estas palabras, de por sí, son indiscutibles, pero, existiendo un "economismo" estrecho, no podían menos de llevar a interpretaciones falsas). Más aún, se ha llegado hasta a *restringir* con descaro en las resoluciones de junio la "política", ya eliminando las palabras "ni por un instante" (no olvidar el objetivo del derrocamiento de la autocracia), ya añadiendo las palabras "la lucha económica es el medio aplicable *con la mayor amplitud* para incorporar a las masas a la lucha política activa". Es natural que, una vez introducidas estas enmiendas, todos los oradores de nuestra parte fueran renunciando uno tras otro a la palabra, pues veían la completa inutilidad de seguir negociando con gente que volvía a girar hacia el "economismo" y se reservaba la libertad de vacilar.

"Precisamente lo que la Unión ha tenido por condición *sine qua non* para la solidez del futuro acuerdo, o sea, el mantenimiento de la fisonomía propia de *Rabócheie Dielo* y de su autonomía, es lo que *Iskra* consideraba un obstáculo para el acuerdo" (*Dos congresos*, pág. 25). Esto es muy inexacto. Nunca hemos atentado contra la autonomía de *Rabócheie Dielo***. Efectivamente, *hemos rechazado en forma categórica* su fisonomía propia si se entiende por tal la "fisonomía propia" en los problemas de principio de la teoría y de la táctica: las resoluciones de junio contienen precisamente la negación categórica de *esta* fisonomía propia, porque, en la práctica, esta "fisonomía propia" ha significado siempre, lo repetimos, vacilaciones de toda clase y el apoyo que prestaban a la dispersión imperante en nuestro ambiente, dispersión insoportable desde el punto de vista del partido. Con sus artículos del número 10 y con las "enmiendas", *Rabócheie Dielo* ha manifestado claramente su deseo de mantener precisamente esta fisonomía propia, y

* En *Vorwärts* se inició una polémica a este respecto entre su redacción actual, Kautsky y Zariá. No dejaremos de dar a conocer esta polémica a los lectores rusos[108].

** Si no contamos como restricción de la autonomía las reuniones de las redacciones, relacionadas con la formación de un consejo supremo común de las organizaciones unidas, cosa que *Rabócheie Dielo* aceptó también en junio.

semejante deseo ha conducido de manera natural e inevitable a la ruptura y a la declaración de guerra. Pero todos nosotros estábamos dispuestos a reconocer la "fisonomía propia" de *Rabócheie Dielo* en el sentido de que debe concentrarse en determinadas funciones literarias. La distribución acertada de estas funciones se imponía por sí misma: 1) revista científica, 2) periódico político y 3) recopilaciones y folletos de divulgación. Sólo la conformidad de *Rabócheie Dielo* con esta distribución demostraría su *sincero* deseo de acabar de una vez para siempre con las aberraciones combatidas por las resoluciones de junio; sólo esta distribución eliminaría toda posibilidad de rozamientos y aseguraría efectivamente la firmeza del acuerdo, sirviendo a la vez de base para que nuestro movimiento crezca más y alcance nuevos éxitos.

Ahora ningún socialdemócrata ruso puede poner ya en duda que la ruptura definitiva de la tendencia revolucionaria con la oportunista no ha sido originada por cuestiones "de organización", sino precisamente por el deseo de los oportunistas de afianzar la fisonomía propia del oportunismo y de seguir ofuscando las mentes con las disquisiciones de los Krichevski y los Martínov.

Escrito entre el otoño de 1901 y febrero de 1902. Publicado por primera vez en marzo de 1902 en folleto aparte en Stuttgart.
T. 6, págs. 1-190.

Enmienda para "¿Qué hacer?"

El "grupo de iniciadores", al que me he referido en el folleto *¿Qué hacer?*, pág. 141, me pide que haga la siguiente enmienda al pasaje donde se expone su participación en el intento de conciliar las organizaciones socialdemócratas en el extranjero:

"Sólo uno de los tres miembros de este grupo se retiró de la Unión a fines de 1900; los restantes no lo hicieron hasta 1901, cuando se hubieron convencido de que era imposible conseguir que la Unión aceptara celebrar una conferencia con la organización de *Iskra* en el extranjero y con la Organización Revolucionaria Sotsial-Demokrat, a lo que se constreñía la propuesta del grupo de iniciadores. La administración de la Unión rechazó al principio esta propuesta, achacando su negativa a participar en la conferencia a la "incompetencia" de los integrantes del grupo de iniciadores mediador y expresando su deseo de entablar relaciones directas con la organización de *Iskra* en el extranjero. Sin embargo, la administración de la Unión no tardó en poner en conocimiento del grupo de iniciadores que, después de aparecido el primer número de *Iskra*, en el cual se publicaba la nota sobre la escisión de la Unión, cambiaba de parecer y no quería ponerse en contacto con *Iskra*. ¿Cómo explicar después de eso la declaración de un miembro de la administración de la Unión de que la negativa de ésta a participar en la conferencia se debía *exclusivamente* a que estaba descontenta de la composición del grupo de iniciadores? Por cierto, tampoco se comprende que la administración de la Unión aceptara participar en la Conferencia de junio del año pasado: la nota que apareció en el primer número de *Iskra* sigue en vigor, y la repudia de la Unión por *Iskra* cobró mayor realce en el primer volumen de *Zariá* y en el cuarto número de *Iskra*, que aparecieron antes de la Conferencia de junio".

N. Lenin

"Iskra", núm. 19, del 1 de abril de 1902.
T. 6, págs. 191-192.

AVENTURERISMO REVOLUCIONARIO.

I

Vivimos tiempos turbulentos, en los que la historia de Rusia avanza con botas de siete leguas y cada año significa, a veces, más que decenios en períodos pacíficos. Se hace el balance de medio siglo de la época posterior a la reforma campesina[109] y se asientan los cimientos de las estructuras sociopolíticas que determinarán durante largo tiempo los destinos de todo el país. El movimiento revolucionario sigue creciendo con celeridad sorprendente y "nuestras tendencias" sazonan (y se agostan) con rapidez extraordinaria. Las tendencias que disponen de sólidas bases en el régimen clasista de un país capitalista en tan rápido desarrollo como Rusia encuentran "su sitio" casi en el acto y buscan a las clases afines. Un ejemplo: la evolución del señor Struve. Los obreros revolucionarios proponían, hace sólo año y medio, que se le "arrancase la careta" de marxista; ahora, él mismo actúa ya sin careta como jefe (¿o lacayo?) de los terratenientes liberales, orgullosos de su arraigo y su sensatez. Por el contrario, las tendencias que expresan únicamente la volubilidad tradicional de las opiniones sustentados por los sectores intelectuales intermedios e indefinidos tratan de remplazar el acercamiento a determinadas clases con declaraciones, tanto más ruidosas cuanto mayor es el estruendo de los acontecimientos. "Alborotamos, amigo, alborotamos": tal es la consigna de muchas personas de espíritu revolucionario, arrastradas por el torbellino de los acontecimientos y carentes de bases teóricas y sociales.

Entre esas tendencias "ruidosas" figuran también los "socialistas-revolucionarios"[110], cuya fisonomía se dibuja con claridad creciente. Y es hora ya de que el proletariado examine con atención esta fisonomía y comprenda de un modo exacto qué representan en realidad quienes lo buscan por amigo con tanto mayor insistencia cuanto más evidente se hace su imposibilidad de existir como corriente especial sin acercarse de lleno a la clase social revolucionaria de verdad.

Circunstancias de tres tipos han contribuido más que nada a descubrir la fisonomía auténtica de los socialistas-revolucionarios. Primero, la división entre la socialdemocracia revolucionaria y el oportunismo, que se alza bajo la bandera de la "crítica del marxismo". Segundo, el asesinato de Sipiaguin por Balmáshev y el nuevo viraje de algunos revolucionarios hacia el terrorismo. Tercero y principal, el novísimo movimiento entre el campesinado, que ha obligado a quienes saben nadar entre dos aguas y carecen de todo programa a manifestarse *post factum* con algo, al menos, que se parezca a un programa. Analicemos estas tres circunstancias, previniendo que en un artículo periodístico sólo podremos abordar someramente los puntos fundamentales de la argumentación y que quizás la expongamos con mayor detenimiento en un artículo para alguna revista o folleto.

Los socialistas-revolucionarios han hecho una declaración teórica de principios sólo en el número 2 de *Véstnik Russkoi Revoliutsii*[111], en un editorial no firmado y titulado *El crecimiento mundial y la crisis del socialismo*. Aconsejamos con insistencia este artículo a cuantos quieran tener una idea clara de la versatilidad y de la más absoluta carencia de principios en el terreno de la teoría (así como del arte de encubrirlas con un torrente de palabras). Todo el contenido de este artículo, notable en grado sumo, puede expresarse en dos palabras. El socialismo ha crecido y se ha convertido en una fuerza mundial, el socialismo (= el marxismo) se escinde ahora a consecuencia de la guerra de los revolucionarios ("ortodoxos") contra los oportunistas ("críticos"). "Como es natural", los socialistas-revolucionarios jamás hemos simpatizado con el oportunismo, pero saltamos de gozo con motivo de la "crítica" que nos ha librado del dogma; también nosotros emprendemos la revisión de ese dogma, y aunque todavía no hemos mostrado absolutamente ninguna crítica (a excepción de la oportunista burguesa), aunque todavía no hemos revisado nada en absoluto, esta libertad nuestra respecto de la teoría debe sernos reconocida como un mérito intencionado. Con tanto mayor motivo debe reconocérsenos el mérito de que, como personas libres de la teoría que somos, defendamos a capa y espada la unión general y condenemos con fervor toda discusión teórica de principios. "Una organización revolucionaria seria -nos asegura muy en serio *V. R. R.* en el núm. 2, pág. 127- renunciaría a resolver los problemas en litigio de la teoría social, que desunen siempre, lo que, como es natural, no debe impedir a los teóricos buscarles solución". O dicho más claro: que el escritor escriba, y el lector lea; mientras tanto, alegrémonos nosotros con motivo de ese lugar vacío liberado.

No es necesario, por supuesto, analizar en serio esta teoría del apartamiento del socialismo (con motivo, en realidad, de las discusiones). A juicio nuestro, la crisis del socialismo obliga a los socialistas más o menos serios a redoblar precisamente la atención por la teoría, a adoptar de

modo más resuelto una posición determinada con rigor, a deslindarse con mayor decisión de los elementos vacilantes e inseguros. En cambio, a juicio de los socialistas-revolucionarios, puesto que "incluso entre los alemanes" hay escisión y disensión, el propio Dios nos ordena a los rusos que estemos orgullosos de no saber adónde vamos. A nuestro parecer, la falta de teoría niega el derecho de existencia a la tendencia revolucionaria y, tarde o temprano, la condena de manera ineluctable a la bancarrota política. En cambio, a juicio de los socialistas-revolucionarios, la falta de teoría es una cosa muy buena, especialmente cómoda "para la unificación". Como ven, no podremos entendernos con ellos, ni ellos con nosotros, pues hablamos lenguajes distintos. Sólo hay una esperanza: que les haga entrar en razón el señor Struve, quien habla también (aunque con mayor seriedad) de suprimir los dogmas y de que "nuestra" misión (como la misión de toda burguesía que se dirige al proletariado) no consiste en desunir, sino en unir. ¿Verán algún día los socialistas-revolucionarios, con la ayuda del señor Struve, lo que significa de verdad su posición de librarse del socialismo para unirse y de unirse por haberse librado del socialismo?

Pasemos al segundo punto, al problema del terrorismo.

Los socialistas-revolucionarios se afanan por defender el terrorismo, cuya inutilidad ha demostrado de modo tan patente la experiencia del movimiento revolucionario ruso, declarando que lo admiten sólo junto a la labor entre las masas y que, por ello, no les atañen los argumentos que los socialdemócratas rusos han esgrimido para refutar la conveniencia (y la han refutado para largo) de este método de lucha. Se repite algo muy parecido a su actitud ante la "crítica". No somos oportunistas, gritan los socialistas-revolucionarios; pero, al mismo tiempo, relegan al olvido el dogma del socialismo proletario, tomando por base únicamente la crítica oportunista, y ninguna otra. No repetimos los errores de los terroristas, no distraemos a nadie de la labor entre las masas, aseguran los socialistas-revolucionarios; pero, al mismo tiempo, recomiendan celosamente al partido actos como el asesinato de Sipiaguin por Balmáshev, aunque todo el mundo sabe y ve muy bien que este acto no ha tenido -ni podía tener, por la forma en que ha sido realizado- ninguna relación con las masas, que quienes lo han cometido no confiaban ni contaban con ningún apoyo o acción concreta de la multitud. Los socialistas-revolucionarios no advierten ingenuamente que su inclinación al terrorismo está unida con el más estrecho vínculo causal al hecho de haberse encontrado desde el primer momento, y de seguir encontrándose, al margen del movimiento obrero, sin tratar siquiera de convertirse en el partido de una clase revolucionaria que sostiene su lucha de clase. Los votos fervorosos obligan con mucha frecuencia a ponerse en guardia y desconfiar de la veracidad de lo que necesita un condimento picante. Y cuando leo las aseveraciones de los socialistas-revolucionarios de que con el terrorismo no relegan la labor entre las masas, recuerdo con frecuencia estas palabras: ¿cómo no se cansan de jurar? Porque quienes hacen esas afirmaciones se han apartado ya, y siguen apartándose, del movimiento obrero socialdemócrata -que de veras pone en pie a las masas-, asiéndose a fragmentos de teorías, cualesquiera que sean.

La octavilla publicada el 3 de abril de 1902 por el Partido de los Socialistas-Revolucionarios[112] puede servir de magnífica ilustración a cuanto queda dicho. Es la fuente más auténtica, más viva, más cercana a los propugnadores de la acción directa. En esta octavilla, "el planteamiento del problema de la lucha terrorista" "coincide plenamente" también "con la concepción del partido", según el valioso testimonio de *Revoliutsiónnaya Rossía*[113] (núm. 7, pág. 24)*.

La octavilla del 3 de abril copia con exactitud admirable el clisé de la "novísima" argumentación de los terroristas. Lo primero que salta a la vista son estas palabras: "no exhortamos a practicar el terrorismo en lugar de la labor entre las masas, sino precisamente a realizar esa labor de manera simultánea". Y saltan a la vista porque han sido compuestas con caracteres el triple mayores que el resto del texto (procedimiento repetido también, como es natural, por *Revoliutsiónnaya Rossía*). ¡Es tan sencillo, en efecto! Basta con componer con negrillas "no en lugar, sino además de la labor" para que pierdan en el acto su valor todos los argumentos de los socialdemócratas, todas las enseñanzas de la historia. Pero prueben a leer toda la octavilla y verán que el juramento en negrillas invoca en vano el nombre de las masas. ¡El día en que "el pueblo obrero salga de las tinieblas" y "la potente ola popular haga pedazos las puertas de hierro" "no llegará, ¡ay!" (textualmente: ¡ay!) "tan pronto y es terrible pensar cuántas víctimas costará!" ¿Es que las palabras "no llegará, ¡ay!, tan pronto" no expresan incomprensión absoluta del movimiento de masas y desconfianza en él? ¿Es que este argumento no ha sido inventado adrede para burlarse de que el pueblo

---

* A decir verdad, *Revoliutsiónnaya Rossía* hace también ciertos equilibrios al hablar de este punto. Por una parte, "coincide plenamente"; por otra, insinúa "exageraciones". Por un lado, declara que esta octavilla es obra sólo de "un grupo" de socialistas-revolucionarios. Por otro, nos encontramos ante *el hecho* de que lleva la siguiente firma: "Edición del *Partido* de los Socialistas-Revolucionarios"; y, además, repite el epígrafe de *Revoliutsiónnaya Rossía* ("En la lucha adquirirás tu derecho"). Comprendemos que a *Revoliutsiónnaya Rossía* le desagrade tocar punto tan delicado; sin embargo, consideramos sencillamente indecoroso jugar al escondite en tales casos. A la socialdemocracia revolucionaria le desagradó también la existencia del "economismo"[114], pero lo desenmascaró públicamente sin intentar jamás desorientar a nadie.

obrero se ponga ya en pie? Y, por último, aun en el caso de que este manido argumento tuviera tanto fundamento como absurdo es en realidad, de él dimanaría con singular relieve la inutilidad del terrorismo, pues *sin* el pueblo obrero no pueden nada, nada a ciencia cierta, las bombas de toda índole.

Pero escuchen lo que sigue: "Cada golpe terrorista parece arrebatar a la autocracia una parte de su fuerza y transferir (!) toda esta fuerza (!) a los luchadores por la libertad". "Y como el terrorismo será practicado de manera sistemática (!), es evidente que la balanza se inclinará por último a nuestro favor". Sí, sí, es evidente para todos que nos encontramos ante el mayor de los prejuicios terroristas en su forma más burda: ¡el asesinato político "transfiere la fuerza" por sí solo! Ahí tienen, de una parte, la teoría de la transferencia de la fuerza, y de otra, "no en lugar, sino además de la labor..." ¿Cómo no se cansarán de lanzar votos?

Pero esto no es más que el comienzo. Lo gordo viene después. "¿Contra quién disparar?", pregunta el Partido de los Socialistas-Revolucionarios. Y responde: contra los ministros, y no contra el zar, pues "el zar no llevará las cosas al extremo" (¡¡cómo lo han sabido??) y, además, "esto es más fácil" (¡así se dice textualmente!): "ningún ministro puede atrincherarse en palacio como en una fortaleza". Y esta argumentación termina con el siguiente razonamiento, digno de ser inmortalizado como modelo de "teoría" de los socialistas-revolucionarios: "Contra la multitud, la autocracia tiene a los soldados; contra las organizaciones revolucionarias, a la policía secreta y uniformada; pero ¿qué podrá salvarla..." (¿a quién?, ¿a la autocracia?; ¡el autor, sin darse cuenta, ha identificado ya a la autocracia con el ministro, contra quien es fácil disparar!) "...de individuos aislados o de pequeños grupos que se preparan constantemente para el ataque, incluso en secreto los unos de los otros (!!), y atacan? No hay fuerza que valga contra la calidad de incapturable. Por tanto, nuestra tarea es clara: eliminar a todo verdugo autocrático y autoritario por el único procedimiento que la autocracia nos ha dejado (!): la muerte". Por muchas montañas de papel que escriban los socialistas-revolucionarios, asegurando que con su prédica del terrorismo no relegan ni desorganizan la labor entre las masas, no podrán refutar con torrentes de palabras el hecho de que precisamente la octavilla citada expresa con exactitud la verdadera psicología del terrorista contemporáneo. La teoría de la transferencia de la fuerza se completa de manera lógica con la teoría de la calidad de incapturable, teoría que pone definitivamente cabeza abajo no sólo toda la experiencia del pasado, sino todo el sentido común. Que la "multitud" es la única "esperanza" de la revolución y que contra la policía sólo puede luchar una organización revolucionaria que dirija (de hecho, y no de palabra) a esa multitud son cosas tan elementales que da vergüenza demostradas. Y sólo la gente que lo ha olvidado todo y no ha aprendido absolutamente nada es capaz de resolver la cuestión "al revés", llegando al fabuloso y absurdo disparate de que a la autocracia pueden "salvarla" de la multitud los soldados, y de las organizaciones revolucionarias, la policía, ¡¡pero *nada la salvará* de los individuos sueltos que se dediquen a cazar ministros!!

Este fabuloso razonamiento que -estamos seguros de ello- se hará célebre, en modo alguno es una simple curiosidad. Alecciona también porque pone al desnudo, al llevarlo con audacia hasta el absurdo, el error fundamental de los terroristas, el error común de los terroristas y los "economistas" (¿quizás haya que decir ya: de los antiguos portavoces del finado "economismo"?) Este error consiste, como hemos indicado ya muchas veces, en *no comprender* el defecto principal de nuestro movimiento. Debido al desarrollo del movimiento a velocidad extraordinaria, los dirigentes se han rezagado de las masas, y las organizaciones revolucionarias no han crecido en la misma proporción que la actividad revolucionaria del proletariado, resultando incapaces para ir en cabeza y dirigir a las masas. Ninguna persona concienzuda que conozca algo, por poco que sea, el movimiento duda hoy de que haya tal desproporción. Y como esto es así, también es evidente que los actuales terroristas son verdaderos "economistas" al revés, ya que caen en el extremo opuesto, tan insensato como el otro. Exhortar al terrorismo, a que individuos sueltos y grupos que no se conocen entre sí organicen atentados contra ministros en momentos cuando los revolucionarios *carecen* de fuerzas y medios *suficientes* para dirigir a las masas, que se ponen ya en pie, significa *de por sí* no sólo interrumpir la labor entre las masas, sino desorganizarla de manera directa. En la octavilla del 3 de abril leemos que nosotros, los revolucionarios, "estamos acostumbrados a apiñarnos tímidamente en un tropel, e incluso (NB) el espíritu nuevo y audaz que se viene dejando sentir durante los dos o tres años últimos ha dado, por ahora, mayor impulso al estado de ánimo de la multitud que al de los individuos". En estas palabras hay mucha verdad revelada sin proponérselo sus autores. Y precisamente esta verdad derrota en toda la línea a los predicadores del terrorismo. Todo socialista que piensa extrae de esta verdad la siguiente conclusión: hay que actuar en tropel con mayor energía, audacia y unanimidad. Pero los socialistas-revolucionarios deducen: ¡"dispara, individuo incapturable, pues el tropel, ¡ay!, no llegará tan pronto, y, además, están los soldados para hacerle frente!" ¡Señores, esto ya no tiene la menor sensatez!

En la octavilla tampoco falta la teoría del terrorismo excitativo. "Cada desafío del héroe despierta en todos nosotros el espíritu de lucha e intrepidez", nos dicen. Sin embargo, sabemos por lo pasado y vemos por lo presente que *sólo* las nuevas formas del movimiento de masas o el despertar de

nuevos sectores de la masa a la lucha independiente despiertan de verdad *en todos* el espíritu de lucha e intrepidez. En cambio, los desafíos, precisamente porque no pasan de ser *desafíos* de los Balmáshev, causan sólo de momento una sensación efímera y llevan a la larga incluso a la apatía, a la espera pasiva del *desafío* siguiente. Se nos asegura más adelante que "cada relámpago de terrorismo da luz a la inteligencia", lo cual no advertimos, lamentablemente, en el Partido de los Socialistas-Revolucionarios, que preconiza el terrorismo. Se nos ofrece una teoría de la labor minúscula y de la gran obra. "Quien tenga más fuerzas y mayores posibilidades y decisión no debe darse por satisfecho con la labor minúscula (!), debe buscar y entregarse a una gran obra: la propaganda del terrorismo entre las masas (1), la preparación de complicadas... (¡se ha olvidado ya la teoría de la calidad de incapturable!...) empresas terroristas". ¿Verdad que resulta inteligente a maravilla? Entregar la vida de un revolucionario para vengarse del canalla Sipiaguin y sustituirlo por el canalla Pleve es una gran obra. Pero preparar, *por ejemplo*, a las masas para una manifestación armada es una labor minúscula. *Revoliutsiónnaya Rossía* explica esto en su número 8, al declarar que de las manifestaciones armadas "es fácil hablar y escribir como de algo perteneciente a un, futuro lejano e impreciso"; "pero todas estas peroratas han tenido hasta ahora un carácter sólo teórico"[115]. ¡Qué bien conocemos este lenguaje de quienes se sienten libres de las incomodidades que implican las firmes convicciones socialistas y de la gravosa experiencia de todos los movimientos populares, cualesquiera que sean! Esas personas confunden lo tangible y lo sensacional inmediato de los resultados con su importancia práctica. Para ellas, la exigencia de sustentar con firmeza el criterio clasista y velar por el carácter masivo del movimiento es "teorización" "imprecisa". La precisión consiste, según ellas, en seguir con servilismo cada viraje del estado ánimo y ... y, como consecuencia, ser impotente sin remedió ante cada viraje. Empiezan las manifestaciones, y esa gente se deshace en frases sangrientas y habla del comienzo del fin. Se interrumpen las manifestaciones, y entonces nos desanimamos y gritamos a todo correr: "el pueblo ¡ay! aún tardará..." Una nueva infamia de los verdugos zaristas, y exigimos que se nos indique el medio "preciso" que sirva de *respuesta* exhaustiva precisamente a esa violencia de los verdugos, un medio que "transfiera la fuerza" en el acto, ¡y prometemos con orgullo dicha transferencia! Esa gente no comprende que la promesa de "transferir" la fuerza es, ya de por sí, aventurerismo político y que este aventurerismo depende de su carencia de principios.

La socialdemocracia pondrá siempre en guardia contra el aventurerismo y denunciará sin piedad las ilusiones, que terminan de manera ineluctable en el más completo desengaño. Debemos tener presente que un partido revolucionario es digno de este nombre sólo cuando dirige *de verdad* el movimiento de una clase revolucionaria. Debemos tener presente que todo movimiento popular adquiere formas infinitamente diversas, elabora sin cesar nuevas formas y abandona las viejas, creando variantes o nuevas combinaciones de las formas viejas y nuevas. Y es deber nuestro participar de manera activa en este proceso de elaboración de métodos y medios de lucha. Cuando arreció el movimiento estudiantil, llamamos al obrero en ayuda del estudiante (*Iskra*, núm. 2), sin atrevernos a predecir las formas de las manifestaciones, sin prometer que de ellas dimanarían la transferencia inmediata de la fuerza, el alumbramiento de la inteligencia y la calidad especial de incapturable. Cuando se estabilizaron las manifestaciones, llamamos a organizarlas y a armar a las masas, dimos la tarea de preparar la insurrección del pueblo. Sin negar en principio lo más mínimo la violencia y el terrorismo, exigimos que se trabajara en la preparación de formas de violencia que previesen y asegurasen la participación directa de las masas. No cerramos los ojos ante la dificultad de esta tarea, pero laboraremos con firmeza y tenacidad para cumplirla, sin que nos turben las objeciones de que es "un futuro lejano e impreciso". Sí, señores, somos también partidarios de las futuras formas del movimiento, y no sólo de las pasadas. Preferimos el largo y difícil trabajo en lo que tiene porvenir y no la "fácil" repetición de lo que ha sido ya condenado por el pasado. Arrancaremos siempre la careta a quienes hablan sin cesar de la guerra contra los clisés del dogma, pero se limitan, de hecho, a repetir los lugares comunes de las teorías más vetustas y dañinas de la transferencia de la fuerza, de la diferencia entre la labor grande y la minúscula y, como es natural, de la teoría del desafío y del combate singular. "De la misma manera que los jefes decidían antaño en un combate singular las batallas de los pueblos, los terroristas conquistarán la libertad para Rusia en combate singular con la autocracia"; así termina la octavilla del 3 de abril. Y basta con publicar *semejantes* frases para verlas refutadas.

Quienes realizan de verdad su labor revolucionaria en ligazón con la lucha de clase del proletariado saben, ven y sienten perfectamente cuán numerosas son las demandas directas e inmediatas del proletariado (y de los sectores del pueblo capaces de apoyarle) todavía sin satisfacer. Saben que en muchísimos lugares, en zonas inmensas, los obreros pugnan literalmente por lanzarse a la lucha, y sus impulsos se pierden en vano por la insuficiencia de publicaciones y de dirigentes, por la falta de fuerzas y medios en las organizaciones revolucionarias. Y nos encontramos -vemos que nos encontramos- en el maldito círculo vicioso que tanto tiempo gravitó sobre la revolución rusa como un sino fatal. De un lado, se pierde en vano el ímpetu revolucionario de la multitud poco ilustrada y organizada. De otro lado, se

pierden en vano los disparos de los "individuos incapturables", que pierden la fe en la posibilidad de marchar en filas cerradas, de laborar hombro a hombro con la masa.

¡Pero la cosa aún puede remediarse por completo, camaradas! La pérdida de la fe en la verdadera obra no es más que una rara excepción. El apasionamiento por el terrorismo no es más que un estado de ánimo efímero. ¡Cerremos más estrechamente las filas socialdemócratas y fundiremos en un todo la organización combativa de los revolucionarios y el heroísmo masivo del proletariado ruso!

- - -

En el artículo siguiente examinaremos el programa agrario de los socialistas-revolucionarios.

II

La actitud de los socialistas-revolucionarios ante el movimiento campesino ofrece un interés especial. Precisamente en el problema agrario se han considerado siempre fuertes, sobre todo, los representantes del viejo socialismo ruso, sus herederos populistas-liberales[116] y los numerosos partidarios de la crítica oportunista en Rusia, los cuales afirman a gritos que la "crítica" ha infligido ya la derrota definitiva al marxismo en este dominio. También nuestros socialistas-revolucionarios ponen de vuelta y media, como suele decirse, al marxismo: "prejuicios dogmáticos... dogmas ya caducos y hace mucho refutados por la vida..., la intelectualidad revolucionaria ha cerrado los ojos ante los problemas del campo, la labor revolucionaria entre los campesinos estaba prohibida por la ortodoxia", y otras muchas cosas del mismo estilo. Hoy está de moda soltar coces a la ortodoxia. Pero ¿en qué variedad habrá que clasificar a los coceadores que *no tuvieron tiempo* siquiera de bosquejar su propio programa agrario *antes de que comenzara* el movimiento entre los campesinos? Cuando *Iskra*, ya en el núm. 3*, esbozó su programa agrario, *Véstnik Russkoi Revoltutsii* sólo pudo balbucear: "Con semejante planteamiento del problema se esfuma en grado considerable otra de nuestras discrepancias". Por cierto, a la redacción de *Véstnik Russkoi Revoliutsii* le ocurrió la pequeña desgracia de no comprender en absoluto precisamente el planteamiento del problema por *Iskra* ("llevar la lucha de clases al campo"). Ahora *Revoliutsiónnaya Rossía* se remite con retraso al folleto titulado *Un problema actual*, aunque tampoco hay allí programa alguno, sino sólo la exaltación de oportunistas tan "famosos" como Hertz.

Pues bien, esta misma gente, que antes de iniciarse el movimiento se mostraba de acuerdo tanto con *Iskra* como con Hertz, al día siguiente de la insurrección campesina lanza un manifiesto "en nombre de la Unión Campesina (!) del Partido de los Socialistas-Revolucionarios", en el que no encontrarán ni una sola sílaba que proceda realmente del campesino, sólo encontrarán la repetición literal de lo que han leído centenares de veces en los escritos de los populistas, los liberales y los "críticos"[117]... Suele decirse que la fortuna sonríe a los audaces. Y eso así es, señores socialistas-revolucionarios, pero no es ésta la audacia que atestiguan los anuncios burdamente pintarrajeados.

Hemos visto que la "ventaja" principal de los socialistas-revolucionarios consiste en sentirse libres de la teoría; y su arte principal, en hablar para no decir nada. Mas, para presentar un programa hay que decir algo. Es necesario, por ejemplo, arrojar por la borda "el dogma de los socialdemócratas rusos de fines de los años 80 y comienzos de la década del 90, según el cual no existe otra fuerza revolucionaria que el proletariado urbano". ¡Qué cómoda es la palabreja "dogma"! Basta con adulterar ligeramente la teoría opuesta, encubrir luego esta adulteración con el espantajo llamado "dogma", ¡y asunto concluido!

Todo el socialismo moderno, empezando por el *Manifiesto Comunista*, se basa en la verdad indiscutible de que la única clase *auténticamente* revolucionaria de la sociedad capitalista es el proletariado. Las demás clases pueden ser y son revolucionarias sólo en parte y sólo en ciertas condiciones. Cabe preguntar: ¿qué se debe pensar de quienes "han convertido" esta verdad en un dogma de los socialdemócratas rusos de una época determinada y pretenden convencer al lector ingenuo de que este dogma "se basaba íntegramente en la creencia de que la lucha política abierta estaba aún muy lejos"?

Frente a la teoría de Marx sobre la única clase verdaderamente revolucionaria de la sociedad moderna, los socialistas-revolucionarios oponen una trinidad -"intelectualidad, proletariado y campesinado"-, con lo cual revelan una irremediable confusión conceptual. Si se contrapone la intelectualidad al proletariado y al campesinado, eso significa que se entiende por intelectualidad una determinada categoría social, un grupo de personas que ocupa una posición social tan definida como la de los obreros asalariados y los campesinos. Mas considerada como tal categoría social, la intelectualidad rusa es precisamente una intelectualidad burguesa y pequeñoburguesa. El señor Struve tiene toda la razón, en lo que atañe a esta categoría, cuando denomina su periódico órgano de la intelectualidad rusa. Pero si se habla de los intelectuales que *no ocupan todavía* una posición social determinada, o de los que la vida *ha desalojado* ya de su posición normal y que se pasan al campo del proletariado, entonces será absurdo por completo contraponer esta intelectualidad al proletariado, Como cualquiera otra clase de la sociedad moderna, el proletariado no sólo forma su propia intelectualidad, sino que, además, conquista partidarios entre toda la gente culta. La campaña de

* Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

los socialistas-revolucionarios contra el "dogma" fundamental del marxismo sólo viene a demostrar una vez más que toda la fuerza de ese partido está representada por el puñado de intelectuales rusos que se han desgajado de lo viejo, pero no se han identificado con lo nuevo.

En lo que se refiere al campesinado, los juicios de los socialistas-revolucionarios son todavía más confusos. Basta con fijarse en el planteamiento de la cuestión: "¿Cuáles son las clases sociales que, en general (!), se aferran siempre (!!) al régimen existente... (¿sólo el autocrático?, ¿o, en términos generales, el burgués?)..., lo protegen y no se dejan llevar por la radicalización?" En rigor, esta pregunta sólo puede contestarse con otra: ¿qué elementos de la intelectualidad se aferran siempre y en general al caos de ideas existente, lo protegen y no se dejan llevar por la concepción del mundo ciertamente socialista? Pero los socialistas-revolucionarios quieren dar una respuesta seria a una pregunta carente de seriedad. Entre "estas" clases incluyen, en primer lugar, a la burguesía, pues sus "intereses han sido satisfechos". El viejo prejuicio de que los intereses de la burguesía rusa han sido ya satisfechos en tal grado que en nuestro país no existe ni puede existir una democracia burguesa (véase *Véstnik Russkoi Revoliutsii*, núm. 2, págs. 132-133) es hoy patrimonio común de los "economistas" y de los socialistas-revolucionarios. Una vez más: ¿no les hará entrar en razón el señor Struve?

En segundo lugar, incluyen entre estas clases a "los sectores pequeñoburgueses", "cuyos intereses son individualistas, no están definidos como intereses de clase ni se formulan en un programa sociopolítico reformador o revolucionario". Dios sabrá de dónde proviene eso. Todo el mundo sabe que la pequeña burguesía, lejos de proteger siempre y en general el régimen existente, actúa no pocas veces en sentido revolucionario incluso contra la burguesía (concretamente, cuando se suma al proletariado), con mucha frecuencia contra el absolutismo y casi siempre formula programas de reformas sociales. Nuestro autor se ha limitado a charlatanear del modo "más estrepitoso" contra la pequeña burguesía, siguiendo la "norma de la vida" que Turguénev pone en boca de "un viejo pícaro" en una de sus *Poesías en prosa*: gritar lo más alto posible contra los defectos que uno mismo ve que tiene[118]. Pues bien: *por cuanto* los socialistas-revolucionarios ven que sólo algunos sectores pequeñoburgueses de la intelectualidad pueden constituir la única base social de su posición entre dos aguas, escriben, *por ello*, de la pequeña burguesía como si el tal término no significara una categoría social y fuera simplemente un giro polémico. Desean también eludir otro punto desagradable: su incomprensión de que el campesinado de nuestros días, tomado en su conjunto, pertenece a los "sectores pequeñoburgueses". ¿Por qué no intentan, señores socialistas-revolucionarios, darnos una respuesta sobre este punto? ¿No podrían decirnos por qué, mientras repiten trozos de las teorías del marxismo ruso (por ejemplo, sobre la significación progresista de que los campesinos busquen ocupaciones eventuales fuera de su hacienda y vayan de un lugar a otro), cierran los ojos ante el hecho de que ese mismo marxismo ha demostrado el carácter pequeñoburgués de la hacienda campesina rusa? ¿No podrían explicarnos cómo es posible que en la sociedad moderna los "propietarios o semipropietarios" no pertenezcan a los sectores pequeñoburgueses?

¡No, no esperen nada de eso! Los socialistas-revolucionarios no contestarán, no dirán ni explicarán nada a fondo, pues (a semejanza, una vez más, de los "economistas") han asimilado firmemente la táctica de hacerse los ausentes cuando se trata de la teoría. *Revoliutsiónnaya Rossía* señala con la cabeza a *Véstnik Russkoi Revoliutsii* como si dijera: "Eso es cosa suya" (véase núm. 4, respuesta a *Zariá*), y *Véstnik Russkoi Revoliutsii* relata al lector las hazañas de la crítica oportunista y amenaza, amenaza y vuelve a amenazar con exacerbar más aún la crítica. ¡Poco es eso, señores!

Los socialistas-revolucionarios han mantenido su pureza frente a la influencia nociva de las modernas doctrinas socialistas. Han conservado incólumes los buenos y viejos métodos del socialismo vulgar. Nos encontramos ante un nuevo hecho histórico, ante un nuevo movimiento que surge en determinado sector del pueblo. Pero ellos no estudian la situación de este sector, no se fijan el objetivo de explicar el movimiento de esta categoría social por su carácter y sus relaciones con el régimen económico en desarrollo de toda la sociedad. Para ellos, todo eso es dogma vacío, ortodoxia ya caduca. Su procedimiento es más sencillo. ¿De qué hablan los propios representantes de este sector en ascenso? De la tierra, del aumento de las parcelas, de su redistribución. Y eso es todo. Ahí tienen un "programa semisocialista", un "principio absolutamente justo", una "idea luminosa", el "ideal que vive ya en germen en la mente de los campesinos", etc. Lo único que hace falta es "depurar y elaborar este ideal", deducir "la idea pura del socialismo". ¿No lo cree usted, lector? ¿Le parece inverosímil que vuelvan a sacar a la luz del día estos andrajos populistas personas que repiten con tanto desparpajo lo que han leído en el último libro? Pues es un hecho, y todas las frases que hemos citado han sido tomadas de la declaración hecha "en nombre de la Unión Campesina" y aparecida en el núm. 8 de *Revoliutsiónnaya Rossía*.

Los socialistas-revolucionarios acusan a *Iskra* de rezar un responso prematuro al calificar el movimiento campesino de última sublevación del campesinado; el campesinado, nos sermonean, puede participar también en el movimiento socialista del proletariado. Esta acusación muestra palmariamente toda la confusión de ideas que existe entre los

socialistas-revolucionarios. No han comprendido siquiera que una cosa es el movimiento democrático contra los restos de la servidumbre y otra el movimiento socialista contra la burguesía. Y al no comprender el propio movimiento campesino, no han podido comprender tampoco que las palabras de *Iskra* que los asustaron se refieren únicamente al primero de los dos movimientos. *Iskra* no sólo dice en su programa que los pequeños productores arruinados (incluidos los campesinos) pueden y deben participar en el movimiento socialista del proletariado, sino que, además, señala con exactitud las condiciones de esa participación. Pero el actual movimiento campesino no es en modo alguno un movimiento socialista, dirigido contra la burguesía y el capitalismo. Por el contrario, agrupa a los elementos burgueses y proletarios del campesinado, que están realmente unidos en la lucha contra los restos de la servidumbre. El movimiento campesino de nuestros días tiende a instaurar -e instaurará- en el campo no un modo de vida socialista o semisocialista, sino un modo de vida burgués, limpiando de trabas feudales las bases, ya formadas, del régimen burgués en nuestro agro.

Por otra parte, todo eso es incomprensible en absoluto para los socialistas-revolucionarios. Incluso aseguran en serio a *Iskra* que desbrozar el camino para el desarrollo del capitalismo es un dogma vacío, pues "las reformas" (de los años sesenta[119]) "desbrozaron ya (!) por completo (!!) el terreno al desarrollo del capitalismo". Ahí tienen hasta dónde puede llegar un hombre despierto y cautivo de una pluma ágil, el cual se imagina que puede escribir "en nombre de la Unión Campesina" todo lo que se le ocurra: ¡el campesino no lo comprenderá! Pero reflexione un poco, estimado autor: ¿no ha oído nunca que los restos de la servidumbre frenan el desarrollo del capitalismo? ¿No le parece que esto es casi una tautología? ¿Y no ha leído en ningún sitio que en el campo ruso actual siguen existiendo restos de la servidumbre?

Iskra afirma que la próxima revolución será burguesa. Los socialistas-revolucionarios objetan: será, "ante todo, una revolución política y, hasta cierto punto, democrática". ¿Por qué no intentan los autores de esta graciosa objeción explicarnos si ha habido alguna vez en la historia, y si es concebible en general, una revolución burguesa que no sea "hasta cierto punto democrática"? Porque ni siquiera el programa de los propios socialistas-revolucionarios (usufructo igualitario de la tierra convertida en propiedad de la sociedad) rebasa los límites de un programa burgués, pues mantener la producción mercantil y admitir la hacienda privada, aunque sea en la tierra común, no suprime en lo más mínimo las relaciones capitalistas en la agricultura.

Cuanto más frívola es la actitud de los socialistas-revolucionarios ante las verdades más elementales del moderno socialismo, con tanta mayor facilidad inventan "deducciones elementalísimas" y hasta se enorgullecen de que su "programa se reduce" a ellas. Examinemos sus tres deducciones, que perdurarán probablemente como un monumento a la agudeza de ingenio y a la profundidad de las convicciones socialistas de los socialistas-revolucionarios.

Deducción Nº 1: "Ahora gran parte del territorio de Rusia pertenece ya al Estado; es necesario que todo el territorio pertenezca al pueblo". "Ahora" estamos "ya" hartos de encontrar enternecedoras alusiones a la propiedad agraria del Estado en Rusia en las obras de los populistas policíacos (a lo Sazónov y otros) y de diversos reformadores de cátedra[120]. Es "necesario" que a la cola de esos señores se arrastren hombres que se denominan socialistas y, además, revolucionarios. Es "necesario" que los socialistas subrayen la supuesta omnipotencia del "Estado" (olvidándose incluso de que gran parte de las tierras estatales están concentradas en las zonas periféricas deshabitadas del país), y no la oposición clasista entre los campesinos semisiervos y el puñado de grandes terratenientes privilegiados, dueños de la mayoría de las mejores tierras cultivadas y con los que el "Estado" ha vivido siempre en buena armonía. Nuestros socialistas-revolucionarios, al imaginarse que deducen la idea pura del socialismo, lo que en realidad hacen es mancillarla por no adoptar una actitud crítica ante el viejo populismo.

Deducción Nº 2: "Ahora la tierra pasa ya del capital al trabajo; es necesario que el Estado dé cima a este proceso". De un error, otro mayor. Demos un paso más hacia el populismo policiaco e invitemos al "Estado" (¡de clase!)' a ampliar la propiedad agraria campesina en general. Eso será socialista en magnífico grado y revolucionario en escala sorprendente. Pero ¿qué se puede esperar de quienes conceptúan que la compra y el arriendo de tierras por los campesinos es el paso "del capital al trabajo" y no de la tierra de los terratenientes feudales a la burguesía feudal? Recordemos a esta gente aunque nada más sean los datos referentes a la distribución efectiva de las tierras que "están pasando al trabajo": de seis a nueve décimas partes de las tierras compradas por campesinos y de cinco a ocho décimas partes de las tierras arrendadas por labradores se concentran en manos de *una quinta parte de familias*, es decir, de una pequeña minoría de gente acomodada. Juzguen por eso si abunda la verdad en las palabras de los socialistas-revolucionarios cuando afirman que ellos "no cuentan" con los campesinos acomodados, sino sólo con "los escuetos sectores del trabajo".

Deducción Nº 3: "El campesino tiene ya tierra y, en la mayoría de los casos, basa el usufructo en la distribución igualitaria; es necesario llevar hasta el fin este usufructo laboral... y darle cima mediante el desarrollo de cooperativas de todo tipo, llegando a la producción agrícola colectiva". ¡Escarben en el

socialista-revolucionario y encontrarán al señor V. V.! En cuanto se llega a los hechos, no tardan en salir a rastras al exterior los viejos prejuicios del populismo, conservados perfectamente bajo el manto de hábiles frases. Propiedad estatal de la tierra-culminación por el Estado del paso de la tierra a los campesinos-comunidad rural-cooperativas-colectivismo: en este magnífico esquema de los señores Sazónov, Yúzov y N.-on, de los socialistas-revolucionarios, de Gorshtetter, Totomiants, etc., etc., falta un detalle insignificante. En él no se habla ni del capitalismo en desarrollo ni de la lucha de clases. Pero ¿de dónde podía surgir esta pequeñez en la mente de unos hombres cuyo bagaje ideológico se reduce a andrajos del populismo y elegantes remiendos de la crítica de moda? ¿No ha dicho *el propio* señor Bulgákov que en el campo no hay lugar para la lucha de clases? ¿Es que la sustitución de la lucha de clases con "las cooperativas de todo tipo" no satisfará a los liberales, a los "críticos" y, en general, a cuantos ven en el socialismo sólo un rótulo tradicional? ¿Y acaso no se puede tratar de tranquilizar a los ingenuos con la aseveración de que "naturalmente, no tenemos que ver nada con toda idealización de la comunidad", aunque junto a ella leamos vaniloquios colosales sobre "la colosal organización del campesinado comunal", acerca de que "en ciertos aspectos, ni una sola clase de Rusia se siente tan impulsada como los campesinos a la lucha puramente (!) política", que los límites y la competencia de la autodeterminación (!) campesina son mucho más amplios que los del zemstvo, que esta combinación de una "autonomía" amplia"... (¿hasta los límites mismos de la aldea?) con la ausencia "de los derechos cívicos más elementales" "parece haber sido inventada adrede para... despertar y ejercitar (!) los instintos y hábitos políticos de la lucha social"? Si no te gusta, no escuches, pero...

"Hace falta estar ciego para no ver cuánto más fácil es pasar a la idea de la socialización de la tierra a partir de las tradiciones de la administración comunal de la tierra". ¿No será al revés, señores? ¿N o estarán ciegos y sordos de remate quienes no se han enterado hasta ahora de que es justamente el aislamiento medieval de la comunidad semisierva, que fracciona al campesinado en minúsculas agrupaciones y ata de pies y manos al proletariado rural, lo que mantiene las tradiciones de rutina, opresión y barbarie? ¿No tiran ustedes piedras contra su propio tejado, al reconocer la utilidad de que los campesinos tengan una ocupación auxiliar, la cual ha acabado ya en tres cuartas partes con el cacareado igualitarismo de las tradiciones comunales, reduciéndolas a una simple intriga policíaca?

El programa mínimo de los socialistas-revolucionarios, basado en la teoría que acabamos de analizar, es algo verdaderamente curioso. Dos puntos de este "programa" dicen: 1) "socialización de la tierra, es decir, su paso a propiedad de toda la sociedad y en usufructo de los trabajadores"; 2) "desarrollo entre los campesinos de agrupaciones sociales y cooperativas económicas de todo tipo... (¿para la lucha "puramente" política?)... para ir emancipando paso a paso del poder del capital monetario al campesinado... (¿y someterlo al capital industrial?)... y para preparar la futura producción agrícola colectiva". En estos dos puntos se refleja como el sol en una pequeña gota de agua todo el espíritu del "socialrevolucionarismo" de nuestros días. En teoría, frases revolucionarias en vez de un sistema meditado y cabal de concepciones; en la práctica, una tentativa impotente de aferrarse a uno u otro pequeño recurso de moda en vez de participar en la lucha de clases; eso es todo lo que nos ofrecen. Para colocar en el programa *mínimo* la socialización de la tierra *al lado* de las cooperativas hacía falta, debemos reconocerlo, un valor cívico nada común. Nuestro programa mínimo se basa, por una parte, en Babeuf y, por otra, en el señor Levitski. Es algo inimitable.

Si fuera posible tomar en serio este programa, deberíamos decir que, al engañarse a sí mismos con el sonido de las palabras, los socialistas-revolucionarios engañan también al campesino. Porque es un engaño decir que "las cooperativas de todo tipo" desempeñan en la sociedad actual un papel revolucionario y preparan el terreno para el colectivismo, y no para el fortalecimiento de la burguesía rural. Es un engaño prometer al "*campesinado*" la socialización de la tierra como un "mínimo", como algo tan próximo como las cooperativas. Cualquier socialista podría explicar a nuestros socialistas-revolucionarios que la abolición de la propiedad privada de la tierra puede ser hoy únicamente el umbral de la abolición de la propiedad en general y que, por sí sola, la entrega de la tierra "en usufructo de los trabajadores" no satisfaría aún al proletariado, pues millones y decenas de millones de campesinos arruinados no estarían en condiciones de cultivarla, aunque la tuvieran. Y proveer de aperos, ganado, etc., a esos millones de campesinos arruinados significaría ya la socialización de todos los medios de producción y requeriría la revolución socialista del proletariado, y no el movimiento campesino contra los restos de la servidumbre. Los socialistas-revolucionarios confunden la socialización de la tierra con su nacionalización burguesa. Esta segunda medida es concebible también, hablando en abstracto, sin suprimir la base del capitalismo, sin abolir el trabajo asalariado. Pero precisamente el ejemplo de los mismos socialistas-revolucionarios confirma de manera fehaciente la verdad de que lanzar la consigna de nacionalización de la tierra en un Estado policiaco significa velar el único principio revolucionario -el de la lucha de clases- y hacer el juego a la burocracia.

Y por si esto fuera poco, los socialistas-revolucionarios caen en la más franca reacción

cuando se sublevan contra la reivindicación de nuestro proyecto de programa: "derogación de todas las leyes que coartan el derecho de los campesinos a disponer de su tierra". En nombre del prejuicio populista del "principio comunal" y del "principio igualitario", niegan al campesino un "derecho cívico tan elemental" como es el de disponer de su tierra, renuncian indulgentemente a ver el cerrado carácter de la comunidad actual y se convierten en defensores de las prohibiciones policíacas, establecidas y sostenidas por el "Estado" "…¡de los jefes de los zemstvos[121]! Creemos que ni al señor Levitski ni siquiera al señor Pobedonóstsev les asustará lo más mínimo la consigna de socialización de la tierra para su usufructo igualitario, ya que esta reivindicación se proclama como un mínimo, junto al cual figuran las cooperativas y la defensa de la sujeción policíaca del mujik a la parcela que le ha asignado el Estado[122].

Que el programa agrario de los socialistas-revolucionarios sirva de enseñanza y advertencia a todos los socialistas, que sea un ejemplo patente de adónde conducen la vacuidad ideológica y la falta de principios, denominadas por alguna gente ligera de cascos libertad respecto del dogma. En cuanto se llega a los hechos, vemos que los socialistas-revolucionarios no poseen ni una sola de las tres condiciones necesarias para presentar un programa socialista consecuente: ni una idea clara del objetivo final, ni una comprensión justa del camino que conduce a ese objetivo, ni una noción exacta del verdadero estado de cosas en el momento actual y de las tareas inmediatas de este momento. Al mezclar la socialización de la tierra con su nacionalización burguesa y confundir la primitiva idea campesina de la pequeña parcela en usufructo igualitario con la doctrina del moderno socialismo sobre la transformación de todos los medios de producción en propiedad social y la organización de la producción socialista, no han hecho otra cosa que eclipsar el objetivo final del socialismo. La idea que tienen del camino que conduce al socialismo queda caracterizada admirablemente con la sustitución de la lucha de clases por el desarrollo de las cooperativas. Al apreciar el momento actual de la evolución agraria de Rusia han olvidado una pequeñez: los restos del régimen de la servidumbre que oprimen al campo ruso. La famosa trinidad que expresa sus concepciones teóricas -intelectualidad, proletariado y campesinado- se ha completado con otra trinidad "programática" no menos famosa: socialización de la tierra- cooperativas- sujeción a la parcela.

Compárese con esto el programa de *Iskra*, que señala un solo objetivo final a todo el proletariado en lucha, sin reducirlo a un "mínimo" ni rebajarlo para adaptarse a las ideas de algunos sectores atrasados del proletariado o de los pequeños productores. El camino para lograr este objetivo es el mismo en la ciudad y en el campo: la lucha de clase del proletariado contra la burguesía. Pero, además de esta lucha de clase, en nuestro campo sigue sosteniéndose otra: la lucha de todo el campesinado contra los restos de la servidumbre. Y en *esta* lucha, el partido del proletariado promete su apoyo a *todo* el campesinado, se esfuerza por señalarle el verdadero objetivo de su impulso revolucionario, por encauzar su rebelión contra su verdadero enemigo, considerando deshonesto e indigno tratar al mujik como a un menor sometido a tutela y ocultarle que, en el momento actual, sólo puede conseguir de inmediato la abolición total de los restos y vestigios de la servidumbre, sólo puede desbrozar el camino para una lucha más amplia y más difícil de todo el proletariado contra toda la sociedad burguesa.

Publicado en los núms. 23 y 24 de "Iskra" el 1 de agosto y el 1 de septiembre de 1902.
T. 6, págs. 377-398

A LOS POBRES DEL CAMPO.

Explicación a los campesinos de qué quieren los socialdemócratas

1. La lucha de los obreros de la ciudad

Es probable que muchos campesinos hayan oído hablar ya de los disturbios obreros en las ciudades. Algunos habrán estado en las capitales[123] y en las fábricas y habrán tenido ocasión de ver allí los motines, como los llama la policía. Otros conocerán a obreros que han participado en los disturbios y han sido confinados en las aldeas por orden de las autoridades. Otros habrán leído octavillas de los obreros y folletos sobre la lucha obrera. Por último, habrá quienes hayan oído simplemente relatos de gente avezada sobre lo que ocurre en las ciudades.

Antes se amotinaban solamente los estudiantes, pero ahora se han levantado en todas las grandes ciudades millares y millares de obreros que luchan, en la mayoría de los casos, contra sus patronos, contra los fabricantes, contra los capitalistas. Los obreros declaran huelgas, suspenden todos a un mismo tiempo el trabajo en la fábrica, reclaman aumento de salario, exigen que no se les obligue a trabajar once o diez horas al día, sino ocho nada más. Reclaman también otras mejoras para la gente que trabaja. Quieren que los talleres estén mejor instalados, que las máquinas tengan dispositivos especiales de protección para no mutilar a los obreros que las manejan, que sus hijos puedan asistir a las escuelas, que se atienda debidamente a los enfermos en los hospitales, que las viviendas de los obreros sean casas adecuadas para seres humanos y no auténticas perreras.

La policía interviene en la lucha obrera. Detiene a los obreros, los encarcela, los confina sin juicio previo en sus pueblos natales y hasta los destierra a Siberia. El gobierno dicta leyes que prohíben las huelgas y las reuniones de los obreros. Pero los obreros luchan contra la policía y contra el gobierno. Y claman: ¡Ya hemos doblado bastante el espinazo los millones de obreros! ¡Ya hemos trabajado bastante para los ricachones, sin salir de la miseria! ¡Basta de tolerar que se nos robe! ¡Queremos agruparnos en asociaciones, queremos reunir a todos los obreros en una gran unión obrera (*un partido* obrero) y conquistar entre todos una vida mejor! Queremos una sociedad nueva y mejor organizada. Y en esta sociedad nueva y mejor no habrá ricos ni pobres; todos deberán trabajar. No serán unos cuantos ricachones, sino todos los trabajadores los que han de gozar de los frutos del trabajo común. Las máquinas y demás perfeccionamientos deben aliviar el trabajo de todos, y no enriquecer a unos cuantos a costa de millones y millones de hombres del pueblo. Esta sociedad nueva y mejor se llama *sociedad socialista*. La doctrina que trata de esta sociedad se llama *socialismo*. Las asociaciones de obreros para luchar por esta organización mejor de la sociedad se llaman partidos *socialdemócratas*. Tales partidos existen abiertamente en casi todos los países (menos en Rusia y Turquía), y nuestros obreros, unidos a los socialistas de entre la gente instruida, también han organizado un partido de este tipo: *el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia*.

El gobierno lo persigue; pero el partido, pese a todas las prohibiciones, existe en la ilegalidad, publica sus periódicos y sus libros y organiza asociaciones secretas; y los obreros no sólo se reúnen clandestinamente, sino que incluso salen a la calle en grandes masas y despliegan banderas con inscripciones como éstas: "¡Viva la jornada de 8 horas!", "¡Viva la libertad!", "¡Viva el socialismo!" El gobierno persigue por eso con furia a los obreros. Hasta manda tropas para que disparen contra ellos. Los soldados rusos han matado a obreros rusos en Yaroslavl, en San Petersburgo, en Riga, en Rostov del Don, en Zlatoúst.

Pero los obreros no se rinden. Continúan la lucha. Dicen: no nos asustan las persecuciones, ni las cárceles, ni el destierro, ni los trabajos forzados, ni la muerte. Nuestra causa es justa. Luchamos por la libertad y la felicidad de todos los que trabajan. Luchamos por liberar de la violencia, de la opresión y de la miseria a decenas y centenares de millones de hombres del pueblo. Los obreros son cada vez más conscientes. El número de socialdemócratas aumenta con rapidez en todos los países. Triunfaremos a pesar de todas las persecuciones.

Los pobres del campo deben comprender claramente quiénes son los socialdemócratas, qué quieren y cómo hay que obrar en el campo para ayudarles a conquistar la felicidad del pueblo.

2. ¿Qué quieren los socialdemócratas?

Los socialdemócratas rusos pretenden, ante todo, la *libertad política*. Y necesitan esta libertad para agrupar amplia y públicamente a todos los obreros rusos en la lucha por una organización nueva y mejor de la sociedad, por una sociedad socialista.

¿Qué es la libertad política?

Para que el campesino lo comprenda debe comparar primero su actual libertad con el régimen de la servidumbre. En el régimen de la servidumbre, el campesino no podía casarse sin la autorización del

terrateniente. Ahora no necesita ningún permiso para casarse. En el régimen de la servidumbre, el campesino debía trabajar obligatoriamente para su señor en los días señalados por el baile que lo representaba. Ahora el campesino es libre de elegir patrono, los días de trabajo y el jornal que ha de percibir. En el régimen de la servidumbre, el campesino no podía abandonar la aldea sin la autorización del señor. Ahora es libre de ir adonde quiera, si el "mir" se lo permite, si no tiene deudas atrasadas, si consigue el pasaporte, si el gobernador o el jefe de policía del distrito no le prohíben el desplazamiento. De modo que ni siquiera ahora puede trasladarse libremente el campesino adonde quiera; el campesino sigue siendo un semisiervo. Más adelante explicaremos con detenimiento por qué el campesino ruso sigue siendo un semisiervo y cómo puede salir de esta situación.

En el régimen de la servidumbre, el campesino no podía adquirir bienes, no podía comprar tierras sin la autorización del señor. Ahora es libre de adquirir toda clase de bienes (aunque tampoco goza de plena libertad para marcharse del "mir", ni plena libertad para disponer de sus propias tierras como le plazca). En el régimen de la servidumbre podía el campesino ser sometido a castigos corporales por orden del terrateniente. Ahora no puede ser castigado por su terrateniente, si bien tampoco está libre hasta la fecha de los castigos corporales.

Pues bien, esta libertad es la que se llama libertad *civil*: la libertad en los asuntos familiares, en los asuntos personales, en los asuntos relacionados con los bienes. El campesino y el obrero son libres (aunque no del todo) para organizar su vida familiar, sus asuntos personales, para disponer de su trabajo (elegir patrono) y de sus bienes.

Pero ni los obreros rusos ni todo el pueblo ruso disfrutan hasta ahora de la libertad de administrar sus asuntos *nacionales*. El pueblo todo, en masa, sigue siendo tan siervo de los funcionarios como los campesinos lo eran de los terratenientes. El pueblo ruso no tiene derecho a elegir a los funcionarios ni a representantes que promulguen leyes para todo el Estado. El pueblo ruso ni siquiera tiene el derecho de organizar asambleas para deliberar sobre los asuntos *del Estado*. Sin el permiso de los funcionarios que nos han sido impuestos sin nuestro consentimiento, lo mismo que en los viejos tiempos el señor nombraba sin el consentimiento de los campesinos al baile que lo representaba, no podemos siquiera publicar periódicos, ni libros, ni hablar ante todos y para todos de los asuntos del Estado.

Lo mismo que antes eran los campesinos esclavos de los terratenientes, sigue siendo el pueblo ruso hasta hoy esclavo de los funcionarios. En el régimen de la servidumbre, los campesinos carecían de libertades civiles; de igual manera carece el pueblo ruso hasta hoy de libertad *política*. Libertad política quiere decir libertad del pueblo para disponer de sus asuntos nacionales, de los asuntos del Estado. Libertad política quiere decir derecho del pueblo a elegir a sus representantes (diputados) a la Duma de Estado[124] (Parlamento). Todas las leyes deben ser discutidas y promulgadas por esta Duma de Estado elegida por el pueblo y única capacitada para fijar todos los impuestos y tributos. Libertad política quiere decir derecho del pueblo a elegir él mismo a todos sus funcionarios, de convocar toda clase de asambleas para deliberar sobre todos los asuntos del Estado y publicar, sin necesidad de permiso alguno, toda suerte de libros y periódicos.

Todos los demás pueblos de Europa han conquistado hace ya mucho tiempo la libertad política. Sólo en Turquía y en Rusia el pueblo sigue sometido a la esclavitud política del gobierno del sultán y del gobierno autocrático del zar. La autocracia zarista significa potestad ilimitada del zar. El pueblo no toma parte alguna en la organización ni en la administración del Estado. El zar, con su poder unipersonal, ilimitado y absoluto, es el único que promulga todas las leyes y nombra a todos los funcionarios. Pero, naturalmente, el zar *ni siquiera puede conocer* todas las leyes rusas ni a todos los funcionarios rusos. El zar ni siquiera puede estar enterado de lo que ocurre en el Estado. El zar no hace sino sancionar la voluntad de algunos de los funcionarios más importantes y linajudos. Una persona sola, pese a todos sus deseos, no podría gobernar un Estado tan vasto como es Rusia. Quien gobierna a Rusia no es el zar -¡lo de la autocracia unipersonal son meras palabras!-, sino un puñado de funcionarios de los más ricos y linajudos. El zar se entera sólo de lo que este puñado tiene a bien comunicarle. El zar no cuenta con ninguna posibilidad de contrariar la voluntad de este puñado de la nobleza venerable: él mismo es un terrateniente de la nobleza; ha vivido siempre desde la infancia entre esa gente de rancio abolengo y ellos son quienes lo han educado e instruido; el zar sabe del pueblo ruso únicamente lo que sabe de él esta nobleza de abolengo, lo que saben de él los ricos terratenientes y los pocos comerciantes acaudalados que tienen acceso a la corte.

En cada administración de vólost[125] se puede ver colgado el siguiente cuadro: el zar Alejandro III (padre del actual soberano) pronuncia una alocución a los síndicos subdistritales que asisten al acto de su coronación. El zar les ordena: "¡*Obedeced a vuestros mariscales de la nobleza*!"[126] y el zar actual, Nicolás II, repetía las mismas palabras. Quiere decir que los mismos zares reconocen que no pueden gobernar el Estado sino con la nobleza, mediante los nobles. Es preciso tener bien presentes estos discursos del zar sobre la obediencia que los campesinos deben a la nobleza. Hay que comprender claramente cómo engañan al pueblo quienes se esfuerzan por presentar al gobierno del zar como el mejor de los gobiernos. En otros países, dicen, existe un gobierno

representativo; allí se elige a los ricos, y los ricos son injustos gobernando y oprimen a los pobres. En cambio, el gobierno de Rusia no es representativo; quien lo gobierna todo es el zar autocrático. El zar está por encima de todos, tanto de los pobres como de los ricos. El zar es justo con todos, tanto con los pobres como con los ricos.

Estos discursos no son sino pura hipocresía. Todos los rusos saben lo que vale la justicia de nuestra forma de gobierno. Todos saben si en nuestro país un simple obrero o un jornalero del campo puede o no formar parte del Consejo de Estado. Mientras que en todos los demás países europeos ha habido obreros de fábricas y jornaleros del campo elegidos a las Dumas de Estado (Parlamentos), donde han podido hablar libremente a todo el pueblo de la calamitosa vida de los obreros, exhortándolos a asociarse y a luchar por una vida mejor. Y nadie se ha atrevido a interrumpir tales discursos de los diputados del pueblo, ningún policía ha osado tocarles al pelo de la ropa.

En Rusia no existe un gobierno representativo; gobiernan no sólo los ricos y los aristócratas, sino los peores de ellos. Gobiernan los que se destacan por su soplonería en la corte zarista, los que mejor saben poner la zancadilla, los que mienten y calumnian ante el zar, los que adulan y halagan. Gobiernan en secreto; el pueblo no se entera ni puede enterarse de cuáles son las leyes que se preparan, ni las guerras que se planean, ni los nuevos impuestos que se van a implantar, ni qué funcionarios ni por qué méritos o culpas son premiados o destituidos. En ningún país hay tantos funcionarios como en Rusia. Y estos funcionarios se alzan como un denso bosque ante el pueblo amordazado; un simple trabajador jamás logrará abrirse paso a través de ese bosque, nunca alcanzará la verdad. Ninguna reclamación contra los funcionarios, acusados de concusión, despojo o violencia, sale a la luz: el interminable papeleo burocrático la extingue. La voz de una persona sola nunca llega a todo el pueblo, pues se desvanece en esa tupida selva o es apagada en las mazmorras policíacas. El ejército de funcionarios que no ha sido elegido por el pueblo ni tampoco está obligado a rendir cuentas a éste, ha tejido una espesa telaraña, en la que los hombres forcejean como moscas.

El absolutismo zarista es el absolutismo de los funcionarios. El absolutismo zarista es la sumisión feudal del pueblo a los funcionarios y, sobre todo, a la policía. El absolutismo zarista es el absolutismo de la policía.

Por eso los obreros salen a la calle y escriben en sus banderas: "¡Abajo el absolutismo!", "¡Viva la libertad política!" Por eso millones y millones de campesinos pobres tienen que apoyar y hacer suyo este grito de combate de los obreros de la ciudad. Lo mismo que éstos, los obreros del campo y los campesinos desposeídos, sin dejarse asustar por las persecuciones, sin temer las amenazas y violencias de toda clase del enemigo, sin inmutarse por los primeros reveses, deben emprender una lucha resuelta por la libertad de todo el pueblo ruso y reclamar, ante todo, *una convocatoria de representantes del pueblo*. ¡Que el pueblo mismo elija en toda Rusia a sus diputados! ¡Que estos representantes del pueblo constituyan una asamblea suprema que establezca un gobierno electo en Rusia, libere al pueblo de la sumisión feudal a los funcionarios y a la policía y le asegure la libertad de reunión, la libertad de palabra y la libertad de prensa!

Esto es lo que quieren, ante todo, los socialdemócratas. Este es el significado de su primera reivindicación: *libertad política*.

Sabemos que la libertad política, la libertad de elección a la Duma de Estado (Parlamento), la libertad de reunión y la libertad de prensa no han de liberar de golpe y porrazo al pueblo trabajador de la miseria y la opresión. En el mundo no hay un medio que pueda librar de golpe a los pobres de la ciudad y del campo de trabajar para los ricos. El pueblo trabajador no puede confiar *más que en sí mismo*, no puede contar con nadie *más que consigo mismo*. Nadie le librará de la miseria *si no se libra de ella él mismo*. Y para liberarse, los obreros deben unirse en todo el país, en toda Rusia, en una asociación, en un partido. Pero los millones de obreros no pueden unirse mientras el gobierno policiaco absolutista prohíba toda reunión, todo periódico obrero, toda elección de diputados obreros. Para unirse, hay que disfrutar del derecho de organización de toda clase de asociaciones, hay que gozar de la libertad de asociación, de la libertad política.

La libertad política no librará inmediatamente a los obreros de la miseria, *pero les proporcionará armas para luchar contra ella*. No existe ni puede existir otro medio de lucha contra la miseria que *la unión de los obreros mismos*. No hay posibilidad de unión para millones de hombres del pueblo mientras no haya *libertad política*.

En todos los países europeos en que el pueblo ha conquistado la libertad política, los obreros hace ya mucho tiempo que han comenzado a unirse. Los obreros que carecen de tierra y de talleres y que han trabajado toda su vida como asalariados de otras personas son denominados en toda Europa *proletarios*. Hace más de cincuenta años que sonó el llamamiento a la unión del pueblo trabajador: "¡Proletarios de todos los países, uníos!"[127] Estas palabras han recorrido en los últimos cincuenta años el mundo entero; estas palabras se repiten en miles y miles de asambleas obreras; estas palabras pueden leerse en millones de folletos y periódicos socialdemócratas publicados en todos los idiomas.

Claro está que unir a millones de obreros en una asociación, en un partido, es una obra muy ardua que requiere tiempo, perseverancia, tenacidad y valor. Los obreros están agobiados por el peso de la pobreza y de la miseria, están embrutecidos por los

eternos trabajos forzados para los capitalistas y los terratenientes; los obreros carecen a menudo de tiempo hasta para pensar en el motivo de su eterna miseria y en la manera de librarse de ella. Se impide por todos los medios la unión de los obreros; y esto se hace empleando la violencia en forma directa y con toda ferocidad, como en Rusia, donde no existe libertad política, o negando el trabajo a los obreros que propagan la doctrina socialista, o bien, por último, valiéndose del engaño y del soborno. Pero no hay violencias ni persecuciones que puedan detener a los obreros proletarios que luchan por esa gran causa que es la de liberar de la miseria y la opresión a todo el pueblo trabajador. El número de obreros socialdemócratas aumenta sin cesar. Así, en el vecino país alemán existe un gobierno representativo. Antes, en Alemania también gobernaba el rey en forma absoluta y con poderes ilimitados. Pero desde hace tiempo -más de cincuenta años-, el pueblo alemán liquidó el absolutismo y conquistó por la fuerza la libertad política. En Alemania, las leyes no son redactadas por un puñado de funcionarios, como ocurre en Rusia, sino *por una asamblea de diputados del pueblo*, por un Parlamento o Dieta imperial, como lo llaman los alemanes. Los diputados a esta Dieta son elegidos por todos los varones que han alcanzado la mayoría de edad. Por eso se puede calcular el número de votos emitidos a favor de los socialdemócratas. En 1887, una décima parte del total de los votos fue emitida a favor de los socialdemócratas. En 1898 (durante las últimas elecciones a la Dieta imperial alemana), el número de votos obtenidos por los socialdemócratas *casi se triplicó*. *Más de la cuarta parte* de todos los votos era ya a favor de los socialdemócratas. *Más de dos millones* de hombres adultos eligieron al Parlamento *a diputados socialdemócratas*. Entre los obreros del campo de Alemania, el socialismo está aún poco difundido; pero ahora progresa con suma rapidez. Y cuando la masa de braceros, de jornaleros y de campesinos pobres y depauperados se una a sus hermanos de la ciudad, los obreros alemanes vencerán y establecerán un régimen en el que no habrá miseria ni opresión de los trabajadores.

Ahora bien, ¿por qué medios quieren los obreros socialdemócratas liberar de la miseria al pueblo?

Para saberlo hay que comprender claramente cuál es la causa de la miseria de las grandes masas del pueblo en el régimen social de nuestros días. Crecen ricas ciudades, constrúyense tiendas y casas lujosas, se tienden vías férreas, se introduce toda clase de máquinas y de perfeccionamientos en la industria y en la agricultura y, por otro lado, millones de hombres del pueblo no consiguen salir de la miseria y continúan trabajando toda la vida para lograr a duras penas mantener a sus familias. Pero esto no es todo. Aumenta sin cesar el número de parados. Cada vez hay más gentes en el campo y en la ciudad que no pueden encontrar ningún trabajo. En las aldeas pasan hambre; en las ciudades engrosan los ejércitos de vagabundos y maleantes, viven hacinados como bestias en las covachas de los arrabales o en terribles sótanos y tugurios, como en el mercado Jitrov de Moscú.

Cada vez hay más riquezas y más lujo, mientras que los millones y millones de hombres que crean con su trabajo todas estas riquezas siguen sumidos en la pobreza y en la miseria. Los campesinos se mueren de hambre, los obreros deambulan sin trabajo; entretanto, los comerciantes exportan de Rusia al extranjero millones de puds de trigo y las fábricas están paradas porque no hay posibilidad de colocar las mercancías, de venderlas. ¿Cómo puede suceder eso?

Sucede, ante todo, porque la gran mayoría de las tierras, así como las fábricas, los talleres, las máquinas, los edificios y los barcos son propiedad de un reducido número de ricachos. En estas tierras, en estas fábricas y en estos talleres trabajan decenas de millones de hombres, mientras que los dueños de todo eso son unos millares o unas decenas de miles de ricos, de terratenientes, de comerciantes, de fabricantes. El pueblo trabaja para ellos a cambio de un salario, de un mendrugo de pan. Todo lo producido por encima de la miserable cantidad requerida para la manutención de los obreros se lo embolsan los ricos; ésos son sus beneficios, sus "ingresos". Todas las ventajas proporcionadas por las máquinas y por los perfeccionamientos introducidos en el trabajo benefician a los terratenientes y a los capitalistas; ellos son los que acumulan millones y millones, mientras que los trabajadores sólo perciben de todas estas riquezas unas despreciables migajas. Los trabajadores se reúnen para trabajar: en las grandes fincas y en las grandes fábricas trabajan varios centenares, y a veces hasta varios miles de obreros. Esta labor conjunta, con empleo de máquinas de lo más variadas, acrecienta la eficacia del trabajo, pues un solo obrero rinde ahora mucho más de lo que rendían antaño decenas de obreros que trabajaban individualmente y sin ninguna clase de máquinas. Pero los que se aprovechan de los frutos de esta eficacia, de este mayor rendimiento del trabajo, no son todos los trabajadores, sino sólo un número insignificante de grandes terratenientes, comerciantes y fabricantes.

A menudo se oye decir que los terratenientes y los comerciantes "*dan* trabajo" al pueblo, "dan" el sustento a la gente pobre. Se dice, por ejemplo, que a los campesinos del lugar los "*mantiene*" la fábrica vecina o la finca vecina. Mas, en realidad, son los obreros quienes, con su trabajo, *se mantienen* a sí mismos y *mantienen* también a todos los que no trabajan. *Pero a cambio del permiso* de trabajar en las tierras del terrateniente, en la fábrica o en el ferrocarril, el obrero *entrega gratis* al propietario todo lo que produce, recibiendo únicamente lo preciso para una mísera existencia. Esto quiere decir

que, en realidad, no son los terratenientes ni los comerciantes quienes dan trabajo a los obreros, sino éstos quienes mantienen con su trabajo a todos, entregando gratis la mayor parte de su trabajo.

Prosigamos. La miseria del pueblo proviene, en todos los Estados modernos, de que los trabajadores elaboran toda clase de objetos para la venta, para el mercado. El fabricante y el artesano, el terrateniente y el campesino acomodado producen distintos artículos, crían ganado, siembran y recogen cereales *para la venta*, para obtener *dinero*. El dinero es hoy, en todas partes, la fuerza suprema. Por dinero se canjean todos los productos del trabajo humano. Por dinero se puede adquirir todo cuanto se quiera. Por dinero se puede incluso comprar a un hombre, es decir, obligar a un hombre pobre a trabajar para el que tiene dinero. Antes, la fuerza principal era la tierra. Así ocurría en el régimen de la servidumbre. El que poseía tierra era fuerte y poderoso. Pero ahora, la fuerza principal es el dinero, el capital. Por dinero se puede adquirir toda la tierra que se quiera. Sin dinero poco se puede hacer, aun disponiendo de tierra, pues no se puede comprar un arado ni otros aperos, no se puede comprar ganado, ropa ni demás artículos que se venden en la ciudad, sin hablar ya de pagar las contribuciones. Para conseguir dinero, casi todos los terratenientes han hipotecado sus fincas. Para conseguir dinero, el gobierno pide préstamos a los ricos ya los banqueros de todo el mundo y paga en concepto de intereses centenares de millones de rublos al año.

Por dinero todos luchan ahora ferozmente unos contra otros. Cada cual se afana por comprar más barato y por vender más caro; cada cual trata de adelantarse a los demás, de vender la mayor cantidad posible de mercancías, de hacer que bajen los precios, de ocultar a los demás los lugares donde se puede vender con ventaja o conseguir suministros lucrativos. Las gentes de pocos recursos, el pequeño artesano y el pequeño campesino son los que llevan la peor parte en esta gran contienda por el dinero, los que siempre quedan a la zaga del comerciante rico o del campesino rico. Nunca tienen reservas, viven al día, y en todos los apuros o calamidades tienen que empeñar sus últimos enseres o malvender el ganado de labor. Y una vez que han caído en las garras de algún kulak[128] o usurero, son rarísimos los casos en que pueden soltarse del cepo; la mayoría de las veces terminan arruinándose por completo. Cada año, centenares de miles de pequeños campesinos y artesanos condenan las puertas y ventanas de sus casas, traspasan gratis sus lotes a la comunidad y se convierten en obreros asalariados, en braceros, en peones, en proletarios. Entretanto, los ricos amasan cada vez mayores fortunas en esta lucha por el dinero. Los ricos acumulan millones, centenares de millones de rublos en los bancos y se lucran no sólo con el dinero propio, sino también con el dinero ajeno depositado en los bancos. Las decenas o los centenares de rublos depositados en los bancos o en las cajas de ahorro por las gentes modestas proporcionan a éstas 3 ó 4 kopeks de interés por cada rublo, mientras que los ricos juntan millones con esas decenas de rublos, multiplican sus operaciones y obtienen de diez a veinte kopeks por cada rublo.

Por eso dicen los obreros socialdemócratas que el único medio de acabar con la miseria del pueblo es cambiar de arriba abajo el orden actual de cosas en todo el Estado e instaurar el *orden socialista*, lo que quiere decir quitarles a los grandes terratenientes sus haciendas, a los fabricantes sus fábricas, a los banqueros sus capitales en dinero efectivo, suprimir su *propiedad privada* y entregarla al pueblo trabajador en todo el Estado. Entonces quienes dispondrán del trabajo de los obreros serán los obreros mismos y sus delegados, y no los ricos, que viven del trabajo ajeno. Entonces los frutos del trabajo común y las ventajas de todos los perfeccionamientos y de las máquinas serán para todos los obreros. Entonces la riqueza aumentará con mayor rapidez, pues los obreros trabajarán para sí mismos mejor que para los capitalistas, la jornada de trabajo será más corta, los obreros comerán y vestirán mejor, y su vida cambiará por completo.

Pero transformar todo el orden de cosas en todo el Estado es una tarea ímproba. Para ello es preciso un gran trabajo, una lucha larga y tenaz. Todos los ricos, todos los propietarios, toda *la burguesía*[*] defenderán sus riquezas con uñas y dientes. Para defender a *toda la clase rica* se levantarán los funcionarios y el ejército, pues el gobierno mismo se encuentra en manos de la clase rica. Los obreros tienen que unirse y luchar juntos, como un solo hombre, contra todos los que viven del trabajo ajeno; los obreros tienen que unirse ellos mismos y unir a todos los desposeídos en una sola *clase obrera*, en una sola *clase del proletariado*. La lucha será difícil para la clase obrera, pero terminará necesariamente en el triunfo de los obreros, porque la burguesía, la gente que vive del trabajo ajeno, constituye una ínfima parte del pueblo, mientras que la clase obrera representa la inmensa mayoría del pueblo. Obreros contra propietarios quiere decir millones contra millares.

Y los obreros de Rusia comienzan ya a unirse para esta gran lucha en un partido obrero socialdemócrata. A pesar de lo difícil que es asociarse clandestinamente, ocultándose de la policía, la unión se robustece y acrecienta. Y cuando el pueblo ruso conquiste la libertad política, la causa

---

[*] Burgués quiere decir propietario. Burguesía quiere decir el conjunto de propietarios. Un gran burgués es un gran propietario. Un pequeño burgués es un pequeño propietario. Los términos "burguesía" y "proletariado" quieren decir lo mismo que propietarios y obreros, ricos y pobres, gente que vive del trabajo ajeno y gente que trabaja para otros a cambio de un salario.

de la unión de la clase obrera, la causa del socialismo progresará con mucha mayor rapidez, con más rapidez aún de lo que progresa actualmente entre los obreros alemanes.

3. Riqueza y miseria, propietarios y obreros en el campo

Ahora ya sabemos qué quieren los socialdemócratas. Quieren luchar contra toda la clase rica para liberar al pueblo de la miseria. Y en nuestro país, la miseria en el campo no es menor, sino quizás mayor, que en las ciudades. No vamos a hablar aquí de cuán grande es la miseria en el campo: todos los obreros que hayan estado en el campo y todos los campesinos conocen muy bien la miseria, el hambre, el frío y la ruina que imperan en el agro.

Pero el campesino ignora *por qué* vive en la miseria, pasa hambre y se arruina; ignora *cómo* puede librarse de la miseria. Para saber esto es preciso, ante todo, comprender el origen de toda miseria, de toda indigencia, tanto en la ciudad como en el agro. Ya nos hemos referido a ello brevemente y hemos visto que los campesinos pobres y los obreros del campo deben unirse con los obreros de la ciudad. Mas esto no basta. Hay que saber, además, quién seguirá en el campo a los ricos, a los propietarios, y quién a los obreros, a los socialdemócratas. Hay que conocer si son muchos los campesinos que saben, tan bien como los terratenientes, amasar capital y vivir del trabajo ajeno. Si eso no se esclarece a fondo, nada de lo que se diga sobre la miseria podrá surtir efecto, y los pobres del campo no llegarán a comprender *quiénes* son en el campo los que deben agruparse entre sí y unirse con los obreros de la ciudad, ni *qué* deben hacer para conseguir una alianza *firme*, para que el campesino no se vea engañado por el terrateniente y, encima, también por los suyos, por los mujiks ricos.

A fin de poner eso en claro, veamos ahora cuál es la fuerza de los terratenientes en el campo y cuál la de los campesinos ricos.

Comencemos por los terratenientes. De su fuerza se puede juzgar, ante todo, por la superficie de tierra que poseen a título de propiedad privada. El total de las tierras en la Rusia europea -tanto la parcelaria de los campesinos como las tierras de propiedad privada- se calculaba en cerca de 240 millones de deciatinas* (sin contar las tierras del fisco, de las que hablaremos aparte)**. De estos 240 millones de deciatinas, hay en poder de los campesinos, es decir, de *más de diez millones de familias*, 131 millones de deciatinas de tierra parcelaria. Mientras que en poder de los propietarios privados, es decir, de *menos de medio millón de familias*, hay 109 millones de deciatinas. Esto quiere decir que, por término medio, a una familia campesina le corresponden 13 deciatinas, mientras que a la familia de un propietario privado, ¡218 deciatinas! Pero la desigualdad en la distribución de la tierra es todavía mucho mayor, como veremos en seguida.

Siete de los ciento nueve millones de deciatinas de tierra en poder de los propietarios privados pertenecen a *la corona*, es decir, son propiedad privada de los miembros de la familia imperial. El zar, con su familia, es el primer terrateniente, el terrateniente más grande de Rusia. ¡*Una sola* familia posee *más* tierra que *medio millón* de familias campesinas! Además, las iglesias y los monasterios poseen cerca de seis millones de deciatinas. Nuestros popes predican a los campesinos desinterés y abstinencia, mientras ellos mismos han echado la zarpa, sin reparar en medios, a inmensas extensiones de tierra.

Además, cerca de dos millones de deciatinas se hallan en poder de las ciudades y poblados y otro tanto en manos de distintas sociedades y compañías comerciales e industriales. Unos noventa y dos millones de deciatinas (la cifra exacta es de 91.605.845, mas, para simplificar, redondeamos) pertenecen a *menos de medio millón* (481.358) de familias de propietarios privados. La mitad de estas familias son propietarios muy pequeños: cada uno posee menos de 10 deciatinas. En total, poseen menos de un millón de deciatinas. En cambio, *dieciséis mil* familias poseen, cada una, más de *mil* deciatinas de tierra; en total, poseen *sesenta y cinco millones de deciatinas*. Para demostrar qué enorme es la superficie de tierra concentrada en manos de los grandes terratenientes, señalaremos además que *algo menos de mil familias* (924) poseen, cada una, *más de diez mil deciatinas de tierra*, y todas ellas poseen ¡*veintisiete millones de deciatinas*! Un millar de familias terratenientes poseen tanto como dos millones de familias campesinas.

Se comprende, pues, que millones y millones de hombres del pueblo *deban* pasar penalidades y hambre, y *hayan de pasarlas siempre*, mientras varios millares de ricachones posean extensiones tan inmensas. De ahí que, mientras eso ocurra, también el poder del Estado, el propio gobierno (aunque sea el gobierno zarista) habrá de danzar al son que le toquen esos grandes terratenientes. Se comprende que los pobres del campo no tengan de quién ni de dónde esperar ayuda, mientras ellos mismos no se unan, no se agrupen estrechamente en una sola clase para desplegar una lucha tenaz desesperada contra la clase de los terratenientes.

Aquí cabe hacer notar que en nuestro país hay

* Una deciatina equivale, aproximadamente, a una hectárea. (*N. de la Edit.*)

** Todas estas cifras, como las que siguen, sobre la cantidad de tierra datan de los años 1877 y 1878 y han quedado muy anticuadas. Pero no existen datos más recientes. El gobierno ruso sólo puede mantenerse en la oscuridad, razón por la cual se reúnen en nuestro país tan raramente datos completos y veraces sobre la vida del pueblo en todo el Estado.

muchísimas personas (hasta entre la gente instruida) que tienen una idea completamente equivocada de la fuerza de la clase de los terratenientes cuando dicen que el "Estado" posee mucha más tierra. "Hoy ya -dicen esos malos consejeros del campesino-, una gran parte del territorio (es decir, de toda la tierra) de Rusia pertenece al Estado" (hemos citado estas palabras del periódico *Revoliutsiónnaya Rossía*, núm. 8, pág. 8). El error de estos hombres se debe a lo siguiente. Han oído que *el Tesoro* posee en la Rusia europea ciento cincuenta millones de deciatinas, cosa que, realmente, es cierta; pero se han olvidado de que estos ciento cincuenta millones de deciatinas son en su casi totalidad *tierras yermas y bosques en el lejano Norte*, en las provincias de Arjánguelsk, Vólogda, Olonets, Viatka y Perm. De modo que el Tesoro sólo posee tierras que no han servido hasta ahora en absoluto para la explotación. Y las tierras cultivables en poder del Tesoro son *menos de cuatro millones de deciatinas*; pero estas tierras (por ejemplo, en la provincia de Samara, donde está la mayor parte) son arrendadas por los ricos a precios baratísimos, por una bagatela. Los ricos toman en arriendo decenas de millares de deciatinas de estas tierras y luego las subarriendan a los campesinos por una renta triplicada.

Sí, muy malos consejeros del campesino son quienes le dicen que el Tesoro posee mucha tierra. En realidad, los que poseen muchas tierras buenas son los grandes propietarios agrarios (incluido el zar), y estos grandes terratenientes tienen en sus manos el propio Tesoro. Y mientras los pobres del campo no sepan unirse y llegar a ser, gracias a su unión, una fuerza temible, el "Estado" seguirá siendo siempre un obediente criado de la clase de los terratenientes. Tampoco hay que olvidar que, antes, los terratenientes eran casi exclusivamente de la nobleza. También hoy la nobleza posee mucha tierra (ciento quince mil nobles poseían, según los datos de 1877 y 1878, setenta y tres millones de deciatinas). Pero la fuerza principal es ahora el dinero, el capital. Inmensas superficies de tierra han sido compradas por los comerciantes y los campesinos acomodados. Se calcula que, en treinta años (de 1863 a 1892), la nobleza perdió tierras (es decir, vendió más de lo que compró) por una suma de seiscientos millones y pico de rublos. Entretanto, los comerciantes y los ciudadanos honorables adquirieron tierras por valor de doscientos cincuenta millones de rublos. Los campesinos, los cosacos y "demás lugareños" (así denomina nuestro gobierno a la gente humilde para distinguida de la "gente noble" y "selecta") adquirieron tierra por valor de trescientos millones de rublos. Esto quiere decir que en toda Rusia, por término medio, los campesinos adquieren anualmente tierras en propiedad privada por la suma de diez millones de rublos.

Por lo tanto, hay distintos campesinos: unos viven en la miseria y pasan hambre; otros se enriquecen. Por tanto, cada día son más los campesinos ricos que se orientan hacia los terratenientes, que se pondrán al lado de los ricos contra los obreros. Y los pobres del campo, que quieren unirse a los obreros de la ciudad, tienen que pensarlo bien, tienen que ver si son muchos esos campesinos ricos, cuál es su fuerza y qué clase de unión necesitamos para combatirla. Acabamos de mencionar a los malos consejeros del campesino. A estos malos consejeros les gusta repetir: los campesinos ya tienen su unión. Esta unión es el "mir", la comunidad. El "mil'" es una gran fuerza. La unión en el "mir'" agrupa estrechamente a los campesinos; la organización (es decir, asociación, unión) de los campesinos en el "mil'" es colosal (es decir, enorme, inabarcable).

Eso no es cierto. Eso es un cuento. Aunque inventado por buenas gentes, un cuento al fin y al cabo. Si prestamos oído a los cuentos, no haremos sino dañar nuestra causa, la causa de la alianza de los pobres del campo con los obreros de la ciudad. Que cada hombre del agro mire atentamente en torno suyo: ¿es que la unión en el "mir", la comunidad campesina, se parece en algo a la unión de los pobres para luchar contra *todos* los ricachones, contra *todos* los que viven del trabajo ajeno? No, no se parece ni puede parecerse. En cada aldea, en cada comunidad hay muchos braceros, muchos campesinos arruinados, así como también hay ricachones que tienen braceros en sus haciendas y adquieren tierras "en propiedad perpetua". Estos ricachones son también miembros de la comunidad y llevan la batuta en ella, pues constituyen una fuerza. Pero ¿acaso necesitamos una unión en la que entren los ricachones y lleven la batuta dentro? De ningún modo. Lo que necesitamos es una unión *para luchar* contra los ricachones. Por tanto, la unión en el "mir" no nos sirve en absoluto.

Necesitamos una unión voluntaria, una unión constituida exclusivamente por quienes hayan comprendido que deben aliarse con los obreros de la ciudad. Y la comunidad no es una unión voluntaria, sino una unión oficial. La comunidad no la forman quienes trabajan para los ricachones, quienes desean luchar unidos contra los ricachones. La integran hombres de toda índole, y no por su propia voluntad, sino porque sus padres vivieron en esas tierras y trabajaron para ese terrateniente, porque las autoridades los adscribieron a esa comunidad. Los campesinos pobres no pueden salirse libremente de la comunidad; tampoco pueden admitir libremente en ella a ninguna persona ajena, registrada por la policía en otro subdistrito, pero que para nosotros, para nuestra unión, tal vez fuese necesario que estuviera precisamente aquí. Sí, nos hace falta una unión distinta por completo, la unión voluntaria de los obreros agrícolas y campesinos pobres, exclusivamente para luchar contra todos los que viven del trabajo ajeno.

Hace ya mucho que pasaron los tiempos en que el

"mir'" era una fuerza. Y esos tiempos jamás volverán. El "mir" era una fuerza cuando entre los campesinos no había casi braceros ni obreros que deambularan por toda Rusia en busca de un jornal, cuando no había casi ricachos y cuando a todos los oprimía igualmente el señor feudal. Ahora la fuerza principal es el dinero. Por dinero, hasta los miembros de una misma comunidad luchan entre sí como fieras salvajes. Los mujiks adinerados oprimen a miembros de su propia comunidad y los expolian con más crueldad que algunos terratenientes. Lo que nosotros necesitamos ahora no es la unión en el "mir", sino la unión contra *el poder del dinero*, contra el poder del capital, la unión de todos los obreros agrícolas y de todos los campesinos pobres de las distintas comunidades, la alianza de todos los pobres del campo con los obreros de la ciudad para combatir por igual a los terratenientes y a los campesinos ricos.

Ya hemos visto cuál es la fuerza de los terratenientes. Veamos ahora si los campesinos ricos son muchos y qué fuerza tienen.

De la fuerza de los terratenientes hemos juzgado por la magnitud de sus fincas, por el área de sus tierras. Los terratenientes disponen libremente de sus tierras, las compran y venden con toda libertad. Por eso puede juzgarse con toda exactitud de su fuerza por la superficie de las tierras que poseen. Los campesinos, en cambio, no gozan hasta ahora en nuestro país del derecho de disponer libremente de sus tierras; hasta hoy siguen siendo semisiervos, sujetos a su comunidad. Por eso no puede juzgarse de la fuerza de los campesinos ricos por la superficie de tierra parcelaría de que disponen. Los campesinos ricos no se enriquecen con el producto de sus parcelas comunales, sino que *compran* mucha tierra, tanto en propiedad "perpetua" (es decir, en propiedad privada) como "por años" (es decir, la toman en arriendo), y la compran ya sea a los terratenientes ya a otros campesinos de la misma comunidad, que abandonan la tierra o la ceden, acuciados por la necesidad. Por eso, lo más acertado será diferenciar a los campesinos ricos, medios y pobres por el número de caballos que posean. Un campesino que tiene muchos es casi siempre un campesino rico; y si tiene mucho ganado de labor es porque posee extensos sembrados, mucha tierra, aparte de la parcelaría suya, así como dinero disponible. Además, contamos con la posibilidad de averiguar cuántos campesinos, dueños de muchos caballos, hay en toda Rusia (la Rusia europea, sin contar Siberia ni el Cáucaso). Por supuesto, no se olvide que de toda Rusia sólo puede hablarse en promedios: entre los distintos distritos y provincias hay grandes diferencias. Así, cerca de las ciudades hay a menudo campesinos ricos que no poseen muchos caballos. Unos se dedican al ventajoso negocio de la horticultura; otros tienen poco ganado de labor, pero mucho vacuno y venden leche. Hay también por toda Rusia campesinos que no se enriquecen con la tierra, sino comerciando; instalan mantequerías, molinos y otras empresas. Todo el que vive en el campo conoce muy bien a los campesinos ricos de su aldea e incluso de la comarca. Pero lo que nosotros necesitamos saber es cuántos hay en toda Rusia y cuál es su fuerza para que el campesino pobre no actúe al azar, a ciegas, sino que sepa exactamente cómo son sus amigos y cómo sus enemigos.

Pues bien, veamos cuántos son los campesinos ricos y pobres de ganado de labor. Ya hemos dicho que en toda Rusia existen cerca de *diez millones* de familias campesinas. El total de caballos de que disponen ahora debe de andar por los *quince millones* (hace unos catorce años había diecisiete millones, pero ahora hay menos). Esto significa que, por término medio, a cada *diez* familias corresponden *quince* caballos. Pero el caso es que algunos -muy pocos- poseen muchos caballos, mientras que otros -la gran mayoría- carecen por completo de ellos o tienen pocos. Los campesinos sin caballo *no bajan de los tres millones*, y cerca de tres millones y medio de campesinos *tienen un solo caballo*. Son campesinos en completa ruina o campesinos pobres. Los llamamos los pobres del campo. Son *seis millones y medio* de familias de los diez millones antes señalados, es decir, ¡*casi las dos terceras partes*! Luego siguen los campesinos medios, que poseen una yunta. Suman cerca de dos millones de familias, con *unos cuatro* millones de caballos. Siguen los campesinos ricos, que poseen más de un par de caballos de tiro. De esta categoría hay *millón y medio* de familias, pero poseen *siete millones* y medio de caballos*. Por tanto, aproximadamente la sexta parte de las familias posee la mitad del ganado de labor.

Sabido esto, podemos juzgar con bastante exactitud de la fuerza de los campesinos ricos. Su número no es muy grande: en diversas comunidades, en diversos subdistritos hay unos diez o veinte por cada cien familias. Pero estas contadas familias son las más ricas. Por ello poseen, en toda Rusia, casi la misma cantidad de caballos que todos los campesinos

---

* Repetimos una vez más que calculamos con promedios, en cifras aproximadas. Puede darse el caso de que los campesinos ricos no sean exactamente millón y medio, sino millón y un cuarto, millón y tres cuartos o incluso dos millones. La diferencia no es muy grande. El fin que perseguimos no es calcular cada millar o cada centena de millar, sino comprender claramente cuál es la fuerza de los campesinos ricos, cuál es su situación, para saber distinguir a los enemigos y a los amigos, para no ilusionarse con toda clase de cuentos o charlatanerías, sino para conocer con exactitud tanto la situación de los pobres como, especialmente, la de los ricos.
Que cada trabajador rural se fije bien en su subdistrito y en los subdistritos vecinos. Verá que nuestro cálculo es exacto, que, por término medio, así resulta en todas partes: por cada cien familias, diez, a lo más veinte, corresponden a los campesinos ricos; unas veinte, a los campesinos medios, las demás, a los campesinos pobres.

restantes juntos. Eso significa que también tienen casi la mitad de todos los sembrados campesinos. Recogen muchos más cereales de los que necesitan para alimentar a sus familias. Venden mucho grano. Los cereales no sólo les sirven para alimentarse, sino, en su mayor parte, para venderlos, para hacer dinero. Estos campesinos pueden acumular dinero. Lo depositan en las cajas de ahorro y en los bancos y compran tierras. Ya nos hemos referido a la gran cantidad de tierra que los campesinos compran cada año en todo el país. Casi toda esa tierra cae en manos de esos contados campesinos ricos. Los pobres del campo, lejos de pensar en la compra de tierras, tienen que cavilar en el modo de obtener medios de subsistencia. Muy a menudo el dinero no les alcanza para pan ni, mucho menos, para comprar tierras. Por esta razón cualquier banco en general, y el Banco Campesino en particular, no ayudan a adquirir tierras a todos los campesinos (como aseguran a veces algunas personas que engañan al mujik o la gente demasiado simple), sino sólo a un número insignificante de ellos, sólo a los campesinos ricos. Por esta misma razón, esos malos consejeros del mujik que hemos mencionado antes mienten cuando, al hablar de la compra de tierras por los campesinos, afirman que esta tierra pasa del capital al trabajo. La tierra no puede pasar nunca al trabajo, es decir, al trabajador pobre, pues por ella hay que pagar dinero. Y los pobres jamás tienen dinero de sobra. La tierra pasa sólo a los campesinos adinerados, al capital, sólo a las manos de quienes han de ser combatidos por los pobres del campo en unión de los obreros de la ciudad.

Los campesinos ricos no sólo adquieren tierras en propiedad perpetua; toman aún más por años, en arriendo. Se las arrebatan a los campesinos pobres, arrendando extensas superficies. Por ejemplo, en un solo distrito de la provincia de Poltava (el de Ronstantinogrado) se calculó la tierra que tomaban en arriendo lo campesinos ricos. ¿Y qué resultó? Los que arrendaban treinta y más deciatinas por familia eran muy pocos: dos familias de cada quince. Pero estos ricachones acaparaban *la mitad* del total de la tierra arrendada, correspondiendo a cada uno de ellos ¡*setenta y cinco deciatinas* de tierra arrendada! En la provincia de Táurida se calculó cuánta tierra del Tesoro arrendada por el "mir" (por las comunidades campesinas) había sido acaparada por los ricachones. Resultó que los ricachones -*una quinta parte* de las familias- acaparaban *las tres cuartas partes* de todas las tierras arrendadas. En todas partes la tierra se reparte según el dinero, y los que disponen de dinero son solamente unos cuantos ricachones.

Además, los propios campesinos dan hoy en arriendo mucha tierra. Abandonan sus parcelas, pues carecen de ganado, de simientes, de recurso alguno para seguir llevando adelante sus haciendas. Sin dinero, hoy día no se puede hacer nada, aun poseyendo tierra. Así, en el distrito de Novoúzensk, provincia de Samara, una familia, y a veces dos de cada tres de campesinos ricos *toman en arriendo tierra parcelaria* en su propia comunidad o en otras. Y los que dan su tierra en arriendo son campesinos que no tienen ganado de labor o tienen un solo caballo. En la provincia de Táurida, *la tercera parte* de las familias campesinas entrega en arriendo sus parcelas. Y entrega *la cuarta parte* del total de las parcelas campesinas, doscientas cincuenta mil deciatinas, ciento cincuenta mil de las cuales (las tres quintas partes) van a parar ¡a manos de los campesinos ricos! Una vez más vemos si la unión en el "mir" (en la comunidad) sirve o no para los pobres. En la comunidad rural, quien posee el dinero tiene la fuerza. Pero nosotros necesitamos la unión de los pobres de todas las comunidades.

Lo mismo que se engaña al campesino con la compra de tierra, también se le engaña, al hablarle de la adquisición a precios módicos de arados, segadoras y otros aperos perfeccionados. Se organizan almacenes y arteles en los zemstvos y se dice: los aperos perfeccionados mejorarán la situación de los campesinos. Esto es puro embuste. Todos los mejores aperos van a parar sólo a manos de los ricachones; los pobres casi ni los ven en absoluto. Los pobres no están para arados ni para segadoras. ¡Bastante tienen con ir tirando! Toda esta "ayuda al campesino" es ayuda a los ricachones, y nada más. Y a la masa de campesinos pobres, que carece de tierra, de ganado y de reservas no se le ayuda con el abaratamiento de los aperos perfeccionados. Por ejemplo, en un distrito de la provincia de Samara se han contado todos los aperos perfeccionados que hay en poder de los campesinos ricos y de los campesinos pobres. Resulta que *una quinta parte* de las familias, es decir, las más acomodadas, tienen en sus manos casi *las tres cuartas partes* de todos los aperos perfeccionados, mientras que los pobres -*la mitad* de las familias- poseen tan sólo *una trigésima parte*. En dicho distrito hay veintiocho mil familias, diez mil de las cuales carecen de caballos o tienen uno solo; estas diez mil sólo poseen *siete* de los 5.724 aperos perfeccionados con que cuentan todas las haciendas campesinas del distrito. Siete aperos de 5.724: ¡he ahí en qué proporción llegan a los campesinos pobres los perfeccionamientos de la hacienda rural, la difusión de arados y segadoras que, según se afirma, ayuda a "todos los labradores"! ¡He ahí lo que los campesinos pobres pueden esperar de quienes hablan de "mejorar la hacienda campesina"!

Por último, una de las peculiaridades principales de los campesinos ricos es que *contratan a braceros y jornaleros*. Lo mismo que los terratenientes, los campesinos ricos viven también del trabajo ajeno. Lo mismo que los terratenientes, se enriquecen a costa de la miseria y la ruina de las masas campesinas. Lo mismo que los terratenientes, se afanan por exprimir la mayor cantidad posible de trabajo de sus braceros

y pagarles lo menos posible. Si millones de campesinos no se arruinaran por completo y no se viesen obligados a buscar trabajo en haciendas de otros, a convertirse en asalariados, a vender su fuerza de trabajo, los campesinos ricos no podrían existir, no podrían explotar sus fincas. Entonces no podrían recoger las parcelas "abandonadas"" no encontrarían obreros. Y en toda Rusia, el millón y medio de campesinos ricos contratan, probablemente, no menos de *un millón* de braceros y jornaleros. Naturalmente, en la gran lucha entre la clase propietaria y la clase desposeída, entre los patronos y los obreros, entre la burguesía y el proletariado, los campesinos ricos se pondrán al lado de los propietarios, en contra de la clase obrera.

Ahora ya conocemos la situación y la fuerza de los campesinos ricos. Veamos cómo viven los pobres del campo.

Ya hemos dicho que las capas pobres del campo constituyen la enorme mayoría, casi las dos terceras partes de las familias campesinas de toda Rusia. En primer término, el número de haciendas campesinas carentes de ganado de labor es, por lo menos, de *tres millones*; hoy quizás sean más aún, cerca de tres millones y medio. Cada año de hambre, cada mala cosecha arruina a decenas de millares de familias. La población aumenta, cada vez se vive con más aprieto, en tanto que la mejor tierra ha sido acaparada ya por los terratenientes y los campesinos ricos. Pues bien, cada año son más los campesinos que se arruinan, que se van a las ciudades y a las fábricas, que se ponen a trabajar de braceros, de peones. Un campesino sin caballo es ya un paria completo. Es un proletario. No vive (puesto que subsiste, aunque mejor dicho estaría que va maltirando, y no viviendo) de la tierra, ni de su hacienda, sino del *trabajo asalariado*. Es un hermano carnal del obrero de la ciudad. No necesita tan siquiera la tierra: la mitad de las familias que no tienen caballo *arriendan sus parcelas*, y a veces incluso las entregan gratis a la comunidad (algunos hasta pagan algo ellos mismos para cubrir las contribuciones), pues no las pueden cultivar por su cuenta. El campesino sin caballo siembra una deciatina, a lo sumo dos. Siempre tiene que comprar grano (si es que tiene con qué), pues el suyo nunca le basta. Muy poco le aventajan los que poseen un solo caballo, que en toda Rusia sumarán unos tres millones y medio de familias. Suele haber excepciones, claro, y ya hemos dicho que en algunas partes hay campesinos que, con un solo caballo, viven medianamente e incluso son ricos. Pero no hablamos de las excepciones ni de algunos lugares aislados, sino de toda Rusia. Si tomamos a toda la masa de campesinos poseedores de un solo caballo, no cabe duda de que esta masa se compone de pobres, de indigentes. El campesino poseedor de un solo caballo, incluso en las provincias agrícolas siembra todo lo más tres o cuatro deciatinas, rara vez cinco; y tampoco le alcanza su propio cereal. No se alimenta mejor que el campesino sin caballo ni siquiera en los años de buena cosecha; por lo tanto, nunca llega a comer lo suficiente, siempre pasa hambre. Su hacienda está en completa decadencia, su ganado es malo, está mal alimentado y no tiene fuerza para ejecutar debidamente las labores del campo. El campesino que tiene un solo caballo puede gastar -por ejemplo, en la provincia de Vorónezh- en toda su hacienda (además del forraje para el ganado), a lo sumo, ¡*veinte rublos al año*! (Un campesino rico gasta el *décuplo*.) ¡Veinte rublos al año para pagar la renta de la tierra, comprar ganado, reparar el arado y otros aperos de labranza, para pagar al pastor y para todo lo demás! ¿Acaso puede llamarse hacienda eso? Eso es un agobio constante, un trabajo de galeotes, un eterno tormento. Se comprende, pues, que entre los campesinos poseedores de un solo caballo haya no pocos que también *dan en arriendo sus parcelas*. El que está en la miseria poco provecho puede sacarle a la tierra, aun teniéndola. Sin dinero, de la tierra no se obtiene no ya producto en metálico, sino ni siquiera lo necesario para el sustento. Y el dinero hace falta para todo: para comer, para vestir, para llevar adelante la hacienda y para pagar los impuestos. En la provincia de Vorónezh, cada campesino que posee un solo caballo debe pagar anualmente, tan sólo en concepto de impuestos, *unos dieciocho rublos*, mientras que, para *todos* los gastos, apenas si puede conseguir más de setenta y cinco rublos al año. Así, sólo en tono de burla puede hablarse de compra de tierras, de aperos perfeccionados o de bancos agrícolas: nada de eso ha sido ideado para los pobres.

¿De dónde, pues, sacar el dinero? Buscando algún "jornal". El campesino que tiene un solo caballo, lo mismo que el que no tiene ninguno, puede ir tirando asimismo a trancas y barrancas gracias sólo a "las ocupaciones auxiliares". ¿Y qué significa buscar "jornales"? Significa trabajar en haciendas de otros, hacer trabajo asalariado. Significa que el campesino poseedor de un solo caballo es ya un propietario sólo a medias, habiéndose convertido en asalariado, en proletario. Por eso se llama a estos campesinos *semiproletarios*. Son asimismo hermanos carnales del obrero de la ciudad, pues también a ellos los despojan a mansalva los patronos de todo tipo. Tampoco ellos tienen otra salida ni otra salvación que no sea unirse con los socialdemócratas para luchar juntos contra todos los ricachones, contra todos los propietarios. ¿Quién trabaja en el tendido de los ferrocarriles? ¿A quién roban los contratistas? ¿Quién va a las talas y a transportar la madera por los ríos? ¿Quién trabaja de bracero? ¿Quién de jornalero? ¿Quién hace los trabajos menos calificados en las ciudades y en los muelles de los puertos? Los pobres del campo. Los campesinos que carecen de caballos o que poseen un solo caballo. Los proletarios y semiproletarios del campo. ¡Y cuántos son en toda Rusia! Se ha sacado la cuenta de

que cada año se solicitan en toda Rusia (excluidos el Cáucaso y Siberia) ocho y, a veces, hasta nueve *millones* de pasaportes. Todos son de trabajadores que salen de sus aldeas en busca de jornal. Son campesinos de nombre nada más, pero, en realidad, se trata de asalariados, de obreros. Todos ellos deben unirse en una sola asociación con los obreros de la ciudad, y cada destello de luz y de saber que llegue al campo fortalecerá y consolidará esta asociación.

Tampoco hay que olvidar otra cosa más respecto a las "ocupaciones auxiliares". Funcionarios de toda laya, así como las gentes con mentalidad de funcionario, suelen decir que el campesino, el mujik, "necesita" dos cosas: tierra (mas no mucha, pues no hay de donde sacarla, ya que los ricachones la han acaparado) y "jornales". De manera que, al decir de esta gente, para ayudar al pueblo hay que fomentar en el campo las industrias de oficio, hay que "proporcionar" más "jornales". Todo eso no es más que pura hipocresía. Para el campesino pobre no hay más jornales que los procedentes del trabajo asalariado. "Proporcionar jornales" al campesino quiere decir transformarlo en obrero asalariado. ¡Ni que decir tiene que es una excelente ayuda! Para los campesinos ricos hay otra clase de "ocupaciones auxiliares" que requieren capital: por ejemplo, la instalación de molinos o de cualquier otra empresa, la compra de una trilladora, el comercio, etc. Confundir estas ocupaciones auxiliares de la gente adinerada con *el trabajo asalariado* de los campesinos pobres significa engañar a estos últimos. A los ricos, naturalmente, les conviene este engaño, les conviene presentar las cosas como si todas las "ocupaciones auxiliares" estuviesen al alcance de todos los campesinos. Mas quien procura en realidad el bien de los campesinos pobres les dice *toda la verdad y nada más que la verdad*.

Ahora nos queda por hablar del campesino medio. Ya hemos visto que, en general, se puede considerar campesino medio, en toda Rusia, al que posee una yunta, y que entre los diez millones de familias campesinas habrá cerca de dos millones de este tipo. El campesino medio se encuentra entre el campesino rico y el proletario; por eso precisamente se le llama campesino medio. También su vida es mediana: en los años buenos logra salir del paso con lo que le rinde su hacienda; pero la miseria lo acecha de continuo. Carece de ahorros, y si los tiene, son bien escasos. Por eso es precaria su hacienda. El campesino medio tropieza con dificultades para conseguir dinero. De su propia hacienda rara vez puede obtener el que necesita, y aun así, muy justo. Y si quiere buscar algún jornal, tiene que abandonar su hacienda, y ésta se resiente. No obstante, pocos campesinos medios pueden pasarse sin ocupaciones auxiliares, y muchos tienen que trabajar por contrata, la necesidad les hace caer en las zarpas de los terratenientes, contraer deudas. Y el campesino medio casi nunca logra liquidar sus deudas, pues carece de ingresos seguros, como los del campesino rico. Por eso cuando contrae una deuda es como si metiese el cuello en el dogal. Nunca consigue salir de las deudas y acaba arruinándose por completo. El campesino medio es quien más trabaja para el terrateniente, pues éste necesita para ciertos trabajos a destajo a un campesino no arruinado, a un campesino que tenga una yunta y todos los aperos de labranza necesarios. Al campesino medio le es difícil buscar ocupaciones auxiliares en otros lugares alejados, y por eso tolera que el terrateniente lo subyugue, tanto por el cereal como por el apacentamiento de su ganado, por el arrendamiento de los recortes[129] y por el dinero que le pidiera prestado en invierno. Además del terrateniente y del kulak, acosa también al campesino medio el vecino rico, que nunca pierde ocasión de quedarse con la tierra de éste y de oprimirle con todos los medios a su alcance. Así vive el campesino medio, que no es ni chicha ni limonada. No puede ser ni verdadero patrono ni obrero. Todos los campesinos medios pretenden ser acomodados, quieren ser propietarios, pero son contados quienes lo consiguen. Muy pocos de ellos llegan a tomar braceros o jornaleros, afanados por enriquecerse a costa del trabajo ajeno, por encumbrarse sobre espaldas ajenas y llegar a campesinos ricos. La mayoría de los campesinos medios no sólo carecen de recursos para tomar braceros o jornaleros, sino que ellos mismos han de trabajar por un jornal.

En todas partes donde comienza la lucha entre ricos y pobres, entre propietarios y obreros, el campesino medio se encuentra en la encrucijada, sin saber qué partido tomar. Los ricos lo llaman a su lado y le dicen: tú también eres un amo, un propietario, no tienes por qué andar con los obreros descamisados. Y los obreros le dicen: los ricos te estafarán y te robarán, no tienes otra salvación que ayudarnos en la lucha contra todos los ricos. Esta pugna por el campesino medio se despliega por doquier, en todos los países donde los obreros socialdemócratas luchan por la emancipación del pueblo trabajador. En Rusia esta lucha comienza justamente ahora. Por esta razón debemos estudiar ese problema con particular cuidado y comprender claramente de qué engaños se valen los ricos para atraer a los campesinos medios, comprender claramente qué debemos hacer para denunciar esos engaños y cómo tenemos que ayudar al campesino medio a encontrar a sus auténticos amigos. Si los obreros socialdemócratas rusos emprenden al punto un camino acertado, lograremos, mucho más rápidamente que los camaradas obreros alemanes, organizar una sólida alianza de los trabajadores del campo con los obreros de la ciudad y obtener pronto la victoria sobre todos los enemigos de los trabajadores.

4. ¿Con quién debe ir el campesino medio? ¿Con los propietarios y los ricos o con los obreros y los pobres?

Todos los propietarios, toda la burguesía procuran ganarse al campesino medio, prometiéndole las más diversas medidas para mejorar su hacienda (arados baratos, bancos agrícolas, siembra de pastos, venta de ganado y abonos a bajos precios, etc.), así como haciéndole participar en toda clase de sociedades agrícolas (cooperativas, como se las llama en los libros), de asociaciones de labradores de todo género para llevar mejor la hacienda. De esta manera procura la burguesía desviar de la alianza con los obreros al campesino medio e incluso al pequeño, al semiproletario, y trata de colocarlos al lado de los ricos, de la burguesía, en la lucha de ésta contra los obreros, contra el proletariado.

Los obreros socialdemócratas contestan a eso: mejorar las haciendas es buena cosa. Nada de malo hay en comprar más barato los arados; hoy hasta los comerciantes algo avispados procuran vender barato para atraer clientes. Pero cuando se dice a los campesinos medios y pobres que la mejora de la hacienda y el abaratamiento de los arados han de ayudarles a todos a salir de la miseria y a levantar cabeza, sin tocar para nada a los ricos, *esto ya es un engaño*. De todas esas mejoras, abaratamientos y cooperativas (sociedades para la venta y compra de mercancías) *los que salen mucho más beneficiados son los ricos*. Los ricos se fortalecen más cada día, y cada día oprimen más a los campesinos pobres y medios. Mientras los ricos sigan siendo ricos y tengan en su poder la mayor parte de las tierras, así como del ganado, de los aperos y del dinero, no sólo los campesinos pobres, sino incluso los campesinos medios *jamás* lograrán salir de la miseria. Algún que otro campesino medio podrá pasar a duras penas a la categoría de rico con ayuda de estas mejoras y de estas cooperativas, mas el pueblo todo y todos los campesinos medios se hundirán más y más en la miseria. Para que *todos* los campesinos medios se hagan ricos hay que retirar a los propios ricos, cosa que puede lograr solamente la alianza de los obreros de la ciudad con los pobres del campo.

La burguesía dice al campesino medio (y hasta al pequeño campesino): te venderemos tierra barata y arados baratos, pero a cambio de que nos vendas tu alma, de que renuncies a la lucha contra todos los ricos.

El obrero socialdemócrata dice: si realmente venden barato ¿por qué no comprar, si hay dinero? El negocio es el negocio. Pero nadie debe vender nunca su alma. Renunciar a la lucha al lado de los obreros de la ciudad contra toda la burguesía significa seguir eternamente en la miseria y en la penuria. El abaratamiento de las mercancías no hará sino beneficiar todavía más al rico, enriquecerlo más aún. Y al que no tenga dinero, de nada le valdrá bicoca alguna mientras no le arrebate a la burguesía el que se ha embolsado.

Tomemos un ejemplo. Los adictos de la burguesía prodigan elogios a las cooperativas de todo género (sociedades para comprar barato y vender con ventaja). Hay incluso gentes que se llaman "socialistas-revolucionarios" y que, siguiendo a la burguesía, aseguran a voz en cuello que lo que más necesita el campesino son las cooperativas. También en Rusia se comienza a fomentarlas, pero son todavía muy pocas y lo seguirán siendo mientras no haya libertad política. Pero en Alemania hay muchas cooperativas de toda clase entre los campesinos. Y miren quién saca más provecho de ellas. En toda Alemania hay ciento cuarenta mil propietarios agrícolas que participan en cooperativas para la venta de leche y productos lácteos. Estos ciento cuarenta mil propietarios (una vez más tomamos números redondos para mayor sencillez) poseen 1.100.000 vacas. Se calcula que en toda Alemania hay *cuatro millones* de campesinos pobres, de los cuales sólo cuarenta mil participan en estas cooperativas, lo que quiere decir que de cada cien campesinos pobres *solamente uno* utiliza estas cooperativas. Estos cuarenta mil campesinos pobres tienen sólo cien mil vacas. El número de propietarios medios, de campesinos medios, es de *un millón*; de ellos, cincuenta mil participan en las cooperativas (es decir, cinco por cada cien), y tienen doscientas mil vacas. Por último, el número de propietarios ricos (es decir, terratenientes y campesinos ricos) es de *un tercio de millón*, de los cuales participan en las cooperativas cincuenta mil (o sea, ¡*diecisiete* de cada cien!), y tienen ochocientas mil vacas!

¡He ahí a quién benefician ante todo y sobre todo las cooperativas! Es así como engaña al mujik la gente que habla de salvar al campesino medio con sociedades de todo género para comprar barato y vender con ventaja. ¡Demasiado barato quiere pagar la burguesía para "arrancar" al mujik de la influencia de los socialdemócratas, que llaman a los campesinos pobres y medios a luchar a su lado!

En nuestro país también se comienza a organizar distintas queserías y lecherías colectivas. Y también hay mucha gente que grita: lo que necesita el mujik son arteles, la unión en la comunidad, cooperativas. Pero fíjense a quién benefician esos arteles, esas cooperativas, esos arrendamientos comunales. En nuestro país hay por lo menos veinte familias campesinas de cada cien que carecen de vacas; treinta tienen a razón de una vaca y venden leche acuciadas por la gran necesidad, mientras que sus hijos se quedan sin leche, padecen hambre y mueren como moscas. En cambio, los mujiks ricos tienen tres, cuatro y más vacas; en total, la mitad de las vacas de los campesinos. ¿A quién, pues, benefician las queserías colectivas? Está claro que en primer término a los terratenientes y a la burguesía rural. Está claro que *les conviene* que los campesinos medios y pobres quieran imitarlos y aspiren a ser

como ellos, que no tengan por medio para salir de la miseria la lucha de todos los obreros contra toda la burguesía, sino la aspiración de cada pequeño propietario a escapar de su situación y pasar a las filas de los ricachos.

Esta aspiración la apoyan y estimulan por todos los medios cuantos adeptos tiene la burguesía con la careta de defensores y amigos del pequeño campesino. Y hay mucha gente ingenua que no ve al lobo bajo la piel de cordero y repite las mentiras de la burguesía, creyendo que beneficia al campesino pobre y medio. Por ejemplo, procuran demostrar en sus libros y discursos que la pequeña hacienda es la más ventajosa, la más rentable, que la pequeña hacienda prospera; por eso, según ellos, hay tantos pequeños propietarios agrícolas en todas partes y están tan aferrados a la tierra (¡y no porque la burguesía haya acaparado ya las mejores tierras ni porque también tenga en sus manos todo el dinero, mientras que los campesinos pobres han de pasar toda la vida apreturas y tribulaciones en su jirón de tierra!). El pequeño campesino no necesita mucho dinero, dice esa gente meliflua; el campesino pequeño y medio es más ahorrativo y diligente que el rico; y, además, sabe vivir con más sencillez: en lugar de comprar heno para sus bestias, se las arregla con paja; en lugar de comprar una máquina cara, se levanta más temprano, trabaja más y suple a la máquina; en lugar de entregar su dinero a otras gentes en pago por cada reparación, empuña en las fiestas el hacha, hace toda clase de trabajos de carpintería y le resulta mucho más barato que al gran propietario; en lugar de mantener un caballo o un buey, que resultan caros, se las apaña con la vaca hasta para labrar la tierra; en Alemania todos los campesinos pobres aran con vacas; y en nuestro país el pueblo está también tan arruinado que no sólo a las vacas, sino incluso a la gente se la unce al arado. ¡Y es tan ventajoso, tan barato! ¡Qué digno de elogio es que el campesino medio y pequeño sea tan diligente y laborioso, que viva con tanta sobriedad, que no se regale con nada, que no piense en el socialismo, sino únicamente en su hacienda! ¡No siguen el ejemplo de los obreros, que declaran huelgas contra la burguesía, sino de los ricos, tratan de llegar a ser gente acomodada! ¡Oh, si todo el mundo fuese tan laborioso y tan diligente, si viviese con tanta sencillez, si no se emborrachase, si ahorrase más dinero, si gastase menos en ropa y tuviese menos hijos viviría muy bien y no habría ni miseria ni penurias!

La burguesía dirige estas almibaradas parrafadas al campesino medio, y hay todavía pazguatos que creen en esas cantinelas y las repiten*. En realidad, esas soflamas no son sino un engaño, un escarnio al campesino. Esa gente meliflua llama hacienda barata y ventajosa a la miseria, a la amarga necesidad que obliga al campesino medio y pequeño a trabajar de sol a sol, a ahorrar en cada mendrugo de pan, a negarse cualquier gasto por nimio que sea. Naturalmente ¿puede haber algo más "barato" y "ventajoso" que llevar tres años los mismos pantalones, andar en verano sin botas, sujetar el arado de madera con una soga y alimentar la vaca con paja podrida sacada de la techumbre? ¡Habría que poner en esa hacienda "barata" y "ventajosa" a cualquier burgués o campesino rico y no tardaría en olvidar sus charlas almibaradas!

La gente que prodiga elogios a la pequeña hacienda quiere a veces favorecer al campesino; pero, en realidad, no hace más que perjudicarlo. Con sus palabras melosas engaña al mujik, lo mismo que se engaña al pueblo con *la lotería*. Ahora diré qué es eso de la lotería. Supongamos que tengo una vaca que cuesta, por ejemplo, cincuenta rublos. Quiero rifarla y ofrezco a todo el mundo billetes por valor de un rublo. ¡Por un solo rublo se puede ganar una vaca! La gente acude al señuelo, y los rublos llueven. Cuando he reunido cien rublos, hago el sorteo: el que tenga el billete premiado, se llevará la vaca por un solo rublo, y los demás se irán sin nada. ¿Le ha salido "barata" la vaca a la gente? No; le ha salido muy cara, porque ha pagado el doble de lo que cuesta, porque dos personas (el que ha organizado la lotería y el que ha ganado la vaca) se han lucrado sin ningún trabajo a costa de las noventa y nueve personas que han perdido su dinero. Así pues, quien diga que las loterías son ventajosas para el pueblo no hace más que engañarlo. Lo mismo engaña al campesino el que promete librarlo de la miseria y de la pobreza mediante cooperativas de toda clase (sociedades para vender con ventana y comprar barato), mediante todo género de perfeccionamientos agrícolas, bancos, etc. Así como en la lotería uno sale ganando, mientras los demás pierden, sucede aquí lo mismo: un campesino medio podrá amañárselas, llegar a la posición de los ricos, mientras que noventa y nueve de sus compañeros pasarán la vida doblando el espinazo, sin lograr salir de la miseria y hasta cayendo más y más en la ruina. Que cada aldeano se fije bien en lo que pasa en su comunidad y en todos los contornos: ¿son muchos los campesinos medios que consiguen llegar a ricos y olvidar la miseria? ¿Y cuántos son los que no se ven libres de la miseria en

* En Rusia, esos pazguatos que quieren el bien del mujik y que, no obstante, a veces lanzan esas soflamas se llaman "populistas" o también "partidarios de la pequeña hacienda". Por sus pocas luces les siguen asimismo los "socialistas-revolucionarios". También entre los alemanes hay no poca gente meliflua. Uno de ellos, Eduardo David, escribió hace poco un libro voluminoso, en el que afirma que la pequeña hacienda es incalculablemente más ventajosa que la grande, pues el pequeño campesino no hace gastos superfluos, no mantiene caballerías para arar las tierras y se las arregla con la misma vaca que le da leche.

toda la vida? ¿Cuántos los que se arruinan y se marchan de la aldea? Como hemos visto, el número de haciendas campesinas medias de toda Rusia se calcula en no más de dos millones. Supongamos que el número de sociedades de toda clase para comprar barato y vender con ventaja se decuplique en comparación con las que existen ahora. ¿Qué ocurrirá? Pues que, en el mejor de los casos, unos cien mil campesinos medios podrán llegar a ricos. ¿Y qué significará esto? Que llegarán a serlo cinco de cada cien campesinos medios. Pero ¿y los noventa y cinco restantes? ¡Vivirán con las mismas dificultades, y muchos con más dificultades que antes! ¡Y los campesinos pobres se arruinarán más aún!

Naturalmente, lo que la burguesía necesita es que el mayor número posible de campesinos medios y pequeños siga a los ricos, *crea* en la posibilidad de librarse de la miseria sin luchar contra la burguesía y *confíe* en su laboriosidad, en su capacidad de ahorrar y de enriquecerse, y no en su alianza con los obreros del campo y de la ciudad. La burguesía trata de alimentar por todos los medios esta fe y esta esperanza engañosas del mujik, trata de adormecerlo con toda clase de palabras almibaradas.

Para descubrir el engaño de toda esta gente meliflua, basta con hacerle tres preguntas.

Primera. ¿Puede librarse el pueblo trabajador de la penuria y de la miseria, en tanto pertenezcan a propietarios privados cien millones de deciatinas de los doscientos cuarenta millones de tierra cultivable que hay en Rusia; en tanto dieciséis mil grandes terratenientes tengan en su poder sesenta y cinco millones de deciatinas?

Segunda. ¿Puede librarse el pueblo trabajador de la penuria y de la miseria, en tanto millón y medio de familias campesinas ricas (del total de diez millones) acaparen la mitad de los sembrados, de los caballos, del ganado y de mucho más de la mitad de todas las reservas y de los ahorros de los campesinos? ¿En tanto esta burguesía campesina siga enriqueciéndose más y más, oprimiendo a los campesinos pobres y medios y amasando fortunas con el trabajo de los braceros y jornaleros? ¿En tanto seis millones y medio de familias campesinas sigan arruinadas, siempre hambrientas y ganándose un mísero mendrugo de pan con toda clase de trabajos asalariados?

Tercera. ¿Puede librarse el pueblo trabajador de la penuria y de la miseria, cuando el dinero ha pasado a ser la fuerza principal, cuando se puede comprar por dinero todo: una fábrica, tierras y hasta hombres para hacerlos obreros asalariados, esclavos asalariados? ¿Cuándo sin dinero no se puede vivir ni sacar adelante la hacienda? ¿Cuando el pequeño propietario, el pobre, tiene que luchar contra el gran propietario para conseguir dinero? ¿Cuando varios millares de terratenientes, comerciantes, fabricantes y banqueros tienen acaparados centenares de millones de rublos y disponen, además, de todos los bancos, donde se concentran millares de millones de rublos?

Nadie puede eludir estas preguntas con melifluas palabras acerca de las ventajas de la pequeña hacienda o de las cooperativas. Estas preguntas tienen sólo una respuesta: la verdadera "cooperación", capaz de salvar al pueblo trabajador, es *la alianza* de los pobres del campo con los obreros socialdemócratas de la ciudad para luchar contra toda la burguesía. Cuanto antes se amplíe y afiance *esta* alianza con tanta mayor rapidez comprenderá el campesino medio toda la falsedad de las promesas burguesas, con tanta mayor rapidez se pondrá de nuestro lado.

La burguesía lo sabe, y por eso, además de las palabras melosas, difunde mentiras y más mentiras acerca de los socialdemócratas. Dice que éstos quieren suprimir la propiedad del campesino medio y pequeño. *Eso es mentira*. Los socialdemócratas quieren suprimir solamente la gran propiedad, *solamente la de los que viven del trabaja ajeno*. Los socialdemócratas *nunca suprimirán la propiedad de los patronos pequeños y medios que no emplean a obreros asalariados*. Los socialdemócratas guardan y defienden los intereses de todo el pueblo trabajador, y no sólo de los obreros de la ciudad, que son los más conscientes y están más unidos; defienden también los intereses de los obreros agrícolas, de los pequeños artesanos y de los campesinos siempre y cuando no tengan obreros asalariados ni sigan a los ricos, ni se pasen al lado de la burguesía. *Los socialdemócratas luchan por todas las mejoras de la vida de los obreros y de los campesinos* que puedan ser aplicadas ya, hasta tanto no destruyamos el dominio de la burguesía, y que faciliten la lucha contra la burguesía. Pero los socialdemócratas no engañan al campesino, le dicen *toda la verdad*, le dicen de antemano y con toda franqueza que ninguna mejora puede salvar al pueblo de la penuria y de la miseria mientras la burguesía siga dominando. Para que *todo el pueblo* sepa quiénes son los socialdemócratas y qué pretenden, éstos han redactado su programa*. Un *programa* quiere decir una exposición breve, clara y precisa de *todo lo que el partido quiere conquistar y por lo que lucha*. El Partido Socialdemócrata es el único partido que presenta un programa claro y preciso para que todo el pueblo lo vea y lo conozca, para que en el partido no puedan militar sino los que efectivamente desean luchar por emancipar a todo el pueblo trabajador del yugo de la burguesía y que, además, tienen una noción clara y certera de quiénes deben unirse para esta lucha y cómo hay que desplegarla. Además, los socialdemócratas estiman que en el programa hay que *explicar* con claridad, franqueza y exactitud *las*

* Véase, al final de este folleto, el *Apéndice*: Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, propuesto por el periódico socialdemócrata *Iskra* y la revista *Zariá*.

causas de la penuria y de la miseria del pueblo trabajador y por qué la unión de los obreros se amplía y fortalece. Decir que se vive mal y llamar al levantamiento es poco; eso puede hacerlo cualquier charlatán, mas con escaso resultado. Es preciso que el pueblo trabajador comprenda claramente *la causa* de su indigencia y sepa *con quién debe unirse* para luchar, para salir de la pobreza.

Ya hemos dicho lo que quieren los socialdemócratas; hemos mencionado las causas de la penuria y de la miseria del pueblo trabajador, hemos indicado contra quiénes deben luchar los campesinos pobres y con quiénes unirse para sostener esta lucha.

Ahora diremos *cuáles son las mejoras* de la vida de los obreros y de los campesinos que podemos conquistar *inmediatamente* con nuestra lucha.

5. ¿Qué mejoras reclaman los socialdemócratas para todo el pueblo y para los obreros?

Los socialdemócratas luchan por liberar al pueblo trabajador de todo despojo de toda opresión y de toda injusticia. Para verse libre, la clase obrera tiene, ante todo, que unirse. Y para unirse hace falta libertad de asociación, es decir, derecho de asociación; es preciso disfrutar de *libertad política*. Ya hemos dicho que el absolutismo es el avasallamiento del pueblo por los funcionarios y la policía. Por eso necesita libertad política todo el pueblo, a excepción del puñado de cortesanos, magnates y altos dignatarios que tienen acceso a la corte. Ahora bien, los que más la necesitan son los obreros y los campesinos. Los ricos pueden, gracias a su dinero, ponerse a cubierto de la arbitrariedad y los abusos de los funcionarios y la policía. La gente rica puede hacer oír sus quejas muy arriba. Por eso la policía y los funcionarios la molestan mucho menos que a los pobres. Los obreros y los campesinos carecen de medios para ponerse a cubierto de la policía y los funcionarios, no pueden elevar sus quejas a nadie ni disponen de dinero para pleitos. Los obreros y los campesinos jamás lograrán verse libres de las cargas, los abusos y las vejaciones de la policía y de los funcionarios mientras no exista en el Estado *un gobierno electivo*, mientras no haya *una asamblea nacional de diputados*. Sólo la asamblea nacional de diputados es capaz de liberar al pueblo del avasallamiento en que lo tienen los funcionarios. Todo campesino consciente debe apoyar a los socialdemócratas, los cuales, ante todo y sobre todo, reclaman al gobierno zarista *la convocatoria de una asamblea nacional de diputados*. Los diputados deben ser elegidos por todos, sin distinciones estamentales entre ricos y pobres. Las elecciones deben ser libres, sin que los funcionarios pongan impedimentos de ningún género. Del orden en las elecciones deben cuidar mandatarios y no los gendarmes rurales o los jefes de los zemstvos. Sólo así podrán los diputados de todo el pueblo estudiar las necesidades de éste e implantar en Rusia un régimen mejor.

Los socialdemócratas exigen que la policía no pueda encarcelar a nadie sin previo juicio. Los funcionarios deben ser castigados severamente por toda detención arbitraria. Para poner fin a los abusos de los funcionarios hace falta que el pueblo mismo los elija, que cada cual pueda apelar directamente a los tribunales contra cualquier funcionario. De lo contrario ¿qué se saca con denunciar a los gendarmes rurales ante el jefe del zemstvo o a éste ante el gobernador? Como es natural, el jefe del zemstvo no hará más que encubrir a los gendarmes, el gobernador al jefe del zemstvo, y el castigado será el demandante, que irá a presidio o será desterrado a Siberia. Sólo se meterá en cintura a los funcionarios cuando en Rusia (lo mismo que en los demás Estados) gocen todos del derecho a elevar quejas a la asamblea nacional, a los tribunales de libre elección, a hablar libremente de sus necesidades o a escribir en la prensa.

El pueblo ruso sigue hasta hoy sojuzgado por los funcionarios. ¡Sin la autorización de éstos no se puede celebrar una reunión ni publicar un periódico o un libro! ¿No es esto una verdadera servidumbre? Si no se pueden organizar libremente reuniones ni publicar libros con toda libertad ¿cómo se va a hacer entrar en razón a los funcionarios y a los ricos? Por supuesto, son los funcionarios quienes prohíben todo libro veraz, toda palabra veraz sobre las necesidades del pueblo. Por eso, el Partido Socialdemócrata también se ve obligado a publicar y a difundir clandestinamente este libro que estáis leyendo; y a quien se le encuentre, se le hará comparecer ante los tribunales y será encarcelado. Pero los obreros socialdemócratas no se arredran y publican y distribuyen entre el pueblo más libros veraces cada día. ¡Y ni las cárceles ni las persecuciones podrán poner coto a la lucha por la libertad del pueblo!

Los socialdemócratas exigen que sean suprimidos los estamentos, que todos los ciudadanos del Estado gocen de absoluta igualdad de derechos. En nuestro país hay actualmente sectores no tributarios y estamentos que tributan, castas privilegiadas y gente sin ningún privilegio, personas de alcurnia y villanos. Para la plebe subsiste hasta el látigo. No hay otro país donde los obreros y los campesinos sufran tantas vejaciones. En ningún país, fuera de Rusia, rigen leyes distintas para los diversos sectores sociales. Ya es hora de que el pueblo ruso reclame para el mujik *los mismos derechos* de que disfruta el noble. ¿No es una vergüenza que cuarenta años después de la abolición del régimen de la servidumbre siga en vigor la pena del azote, siga existiendo el sector *tributario*?

Los socialdemócratas reclaman para el pueblo plena libertad de desplazamiento y de ocupación. ¿Qué significa *libertad de desplazamiento*? Significa que el campesino tenga derecho de ir adonde quiera, de trasladarse a donde se le antoje, de elegir para su

residencia cualquier aldea o ciudad sin tener que solicitar la autorización de nadie. Significa que en Rusia sean suprimidos también los pasaportes (en otros Estados hace ya mucho tiempo que han sido suprimidos), que ningún gendarme rural ni ningún jefe del zemstvo se atreva a impedir a ningún campesino tomar domicilio y trabajar donde quiera. El mujik ruso está tan avasallado todavía por los funcionarios que no puede trasladarse libremente a la ciudad ni a otras tierras. ¡El ministro dispone que los gobernadores no permitan traslados *sin permiso previo*! ¡Resulta que el gobernador sabe mejor adónde tiene que ir el mujik que el propio interesado! ¡El mujik es un niño que ni siquiera puede moverse sin la autorización de los jefes! ¿No es esto una verdadera adscripción a la gleba? ¿No es un escarnio al pueblo el que cualquier vástago de la nobleza venido a menos tenga autoridad sobre agricultores adultos, propietarios de tierras?

Hay un librillo titulado *La mala cosecha y la calamidad pública* (o sea, el hambre), escrito por el señor Ermólov, actual "ministro de Agricultura". En él se dice abiertamente: el mujik no debe trasladarse de lugar cuando los señores terratenientes de su localidad necesitan mano de obra. El ministro habla claramente y sin el menor recato, creyendo que el mujik no oirá sus palabras o que, si las oye, no las comprenderá. ¿Para qué ha de permitirse la marcha de la gente cuando los señores terratenientes tienen necesidad de mano de obra barata? Cuanto más apretado viva el pueblo, mayores serán las ventajas de los terratenientes, mayor la miseria de aquél, menos jornal exigirá y más sumiso será para soportar todo género de opresiones. Antes eran los bailes quienes cuidaban de los intereses de los señores; hoy lo hacen los jefes de los zemstvos y los gobernadores. Antes eran los bailes quienes ordenaban que se azotase a la gente en las cuadras; hoy son los jefes de los zemstvos quienes ordenan que se azote a la gente en la administración subdistrital.

Los socialdemócratas reclaman la supresión del ejército permanente para sustituido por milicias populares, por el armamento de todo el pueblo. El ejército permanente es un ejército alejado del pueblo e instruido para disparar contra el pueblo. Si al soldado no se le encerrase en el cuartel durante varios años y no se le sometiera a una disciplina inhumana, ¿podría acaso disparar contra sus hermanos, los obreros y los campesinos? ¿Podría acaso ir contra los mujiks hambrientos? Para .defender el país contra los ataques de un enemigo no hace ninguna falta un ejército permanente; para ello basta con las milicias populares. Si todos los ciudadanos del Estado estuvieran armados, ningún enemigo sería peligroso para Rusia. Y el pueblo se vería libre del peso de la soldadesca, cuyo mantenimiento cuesta *anualmente centenares de millones de rublos* al pueblo, y ésta es la causa de que los tributos sean tan altos, y la vida más difícil cada día. La soldadesca retuerza más aún el poder de los funcionarios y de la policía sobre el pueblo. La soldadesca hace falta para saquear a otros pueblos, por ejemplo, para quitar tierra a los chinos. Ello no mejora la situación del pueblo, sino que la empeora con nuevos impuestos. La sustitución del ejército permanente por el pueblo en armas sería un enorme alivio para todos los obreros y todos los campesinos.

También sería un enorme alivio para ellos la *abolición de los impuestos indirectos*, abolición que reclaman los socialdemócratas. Se llaman impuestos indirectos los que no graven directamente la tierra o la propiedad, sino que son pagados *indirectamente* por el pueblo, mediante el aumento del precio de los artículos. El fisco grava con impuestos el azúcar, el vodka, el petróleo, las cerillas y toda clase de artículos de uso y consumo; este impuesto lo abona al fisco el comerciante o el fabricante; pero, como es natural, no de su bolsillo, sino de los bolsillos de los compradores. Los precios del vodka, del azúcar, del petróleo y de las cerillas suben; y los que compran una botella de vodka o una libra de azúcar pagan no sólo el precio del artículo, sino, además, el impuesto que lo grava. Por ejemplo, si se pagan catorce kopeks por una libra de azúcar, cuatro kopeks (más o menos) corresponden al impuesto; el fabricante de azúcar ha pagado ya este impuesto al Tesoro, y ahora se rembolsa la suma pagada a costa de cada comprador. Vemos, pues, que los impuestos indirectos son los que gravan los artículos de uso y consumo, los que el comprador paga en forma de precio más alto. Se suele decir que los impuestos indirectos son los más justos, pues uno paga en relación con lo que compra. Esto no es cierto. Los impuestos indirectos son los más injustos, pues a los pobres les es mucho más difícil pagarlos que a los ricos. Un rico tiene ingresos diez e incluso cien veces superiores a los de un campesino o un obrero. Pero ¿acaso necesita el rico cien veces más azúcar, diez veces más vodka, más cerillas o petróleo que el pobre? Claro que no. Una familia rica puede comprar el doble, o el triple, todo lo más, de petróleo, vodka o azúcar de lo que compra una familia pobre. Ello quiere decir que, de sus ingresos, el rico pagará en concepto de impuestos *una parte menor* que el pobre. Supongamos que un campesino pobre tiene dos cientos rublos de ingresos anuales y que destina sesenta a la adquisición de distintos artículos, los cuales, como están gravados con impuestos, son más caros (el azúcar, las cerillas y el petróleo están gravados con *un impuesto de consumo* que el fabricante ha de pagar antes de lanzar la mercancía al mercado; el fisco eleva directamente el precio del vodka fabricado por el Estado; el precio del percal, del hierro y de otros artículos ha aumentado porque la importación de estos artículos del extranjero, que son más baratos, está gravada con altos aranceles). De estos sesenta rublos, *veinte* se irán en impuestos. Es decir, que el

pobre entregará por cada rublo de ingresos *diez kopeks* en concepto de impuestos indirectos (sin contar los directos, el rescate, los tributos, la contribución de la tierra, los impuestos de los zemstvos, de las administraciones locales, de la comunidad). El campesino rico tiene mil rublos de ingresos; si compra mercancías por valor de ciento cincuenta rublos, gravadas con impuestos indirectos, *cincuenta rublos* se le irán en el pago de estos impuestos. Lo que quiere decir que el rico pagará en concepto de impuestos indirectos nada más que *cinco kopeks* por cada rublo de ingresos. Cuanto más rica es una persona, menos impuestos indirectos paga en relación con sus ingresos. Por esta razón, los impuestos indirectos son los más injustos. Los impuestos indirectos son gravámenes para los pobres. Los campesinos y los obreros constituyen las nueve décimas partes del total de la población y pagan las nueve o las ocho décimas partes de todos los impuestos indirectos. ¡En cambio, por seguro que no perciben más de las cuatro décimas partes de todos los ingresos! Pues bien, los socialdemócratas reclaman la abolición de los impuestos indirectos y la implantación de un impuesto progresivo sobre los ingresos y las herencias. Lo que quiere decir que cuanto mayores sean los ingresos, más altos deben ser los impuestos. El que tenga mil rublos de ingresos, que pague un kopek por cada rublo; el que tenga dos mil rublos, que pague dos kopeks, y así sucesivamente. Los que tengan ingresos pequeños (por ejemplo, inferiores a cuatrocientos rublos) no pagarán nada. Los más ricos serán los que paguen los impuestos más elevados. Semejante impuesto de *utilidades*, o mejor dicho, semejante impuesto *progresivo de utilidades* sería mucho más justo que los impuestos indirectos. Por eso los socialdemócratas exigen la abolición de los impuestos indirectos y la implantación de un impuesto progresivo de utilidades. Como es lógico, ningún propietario, ningún burgués quiere que así sea, y todos se oponen a ello. Sólo la firme alianza de los pobres del campo y los obreros de la ciudad podrá arrancar a la burguesía esta mejora.

Por último, una mejora de mucha importancia para todo el pueblo y, en especial, para los pobres del campo, es *la enseñanza gratuita* para los niños, reclamada por los socialdemócratas. Hoy día existen muchas menos escuelas en el campo que en las ciudades con la agravante de que sólo las clases ricas, sólo la burguesía puede dar a sus hijos una buena instrucción. Únicamente la enseñanza gratuita y obligatoria *para todos los niños* puede sacar al pueblo, aunque en parte nada más, de su ignorancia actual. Los pobres del campo son los que padecen más por su ignorancia y los que más necesitan la instrucción. Pero, como es natural, necesitamos una enseñanza libre y auténtica y no la que nos imponen los funcionarios y los popes.

Los socialdemócratas reclaman también que cada uno tenga pleno derecho a profesar libremente la religión que quiera. De todos los Estados europeos, tan sólo en Rusia, y también en Turquía, rigen todavía leyes ignominiosas contra los creyentes de otras religiones que no sea la ortodoxa, es decir, contra los cismáticos, contra los seguidores de sectas y contra los hebreos. Estas leyes, o bien prohíben una religión determinada, o prohíben su propagación, o privan de ciertos derechos a los devotos de esta religión. Todas esas leyes son las más injustas, las más coercitivas, las más ignominiosas. Cada cual debe disfrutar de plena libertad, y no sólo para profesar la religión que quiera, *sino también para propagar cualquier religión y para cambiar de religión*. Ningún funcionario debe tener siquiera el derecho de preguntar la religión que uno profesa, cualquiera que sea, por tratarse de un asunto que sólo incumbe a la conciencia, y nadie debe entrometerse. No debe haber ninguna religión ni iglesia "*dominante*". Todas las religiones y todas las iglesias deben ser iguales ante la ley. A los sacerdotes de cada religión pueden mantenerlos sus creyentes respectivos, y el Estado no debe sostener a expensas del Tesoro ninguna religión, a ninguna clase de sacerdotes, ni ortodoxos, ni cismáticos, ni de sectas, ni a cualesquiera otros. Por todo esto luchan los socialdemócratas, y mientras esas medidas no sean puestas en práctica sin salvedades ni añagazas de ningún género, el pueblo no se verá libre de las vergonzosas persecuciones policíacas por motivos religiosos ni de las no menos vergonzosas dádivas policíacas en beneficio de una u otra religión.

***

Hemos visto las mejoras que los socialdemócratas quieren lograr para todo el pueblo, sobre todo para los pobres. Veamos ahora qué mejoras pretenden para los obreros, no sólo fabriles y urbanos, sino también para los del campo. Los obreros fabriles viven más juntos y agrupados, trabajan en grandes talleres y les es más fácil aprovechar la ayuda que les brindan los socialdemócratas de los medios instruidos. Debido a todas estas razones, los obreros de las ciudades han comenzado, mucho antes que todos los demás, a luchar contra los patronos y han conseguido mejoras más importantes; entre ellas, la promulgación de leyes fabriles. Pero los socialdemócratas luchan por conseguir iguales mejoras para *todos* los obreros, para los operarios que tanto en la ciudad como en el campo trabajan a domicilio para sus patronos; para los obreros asalariados que trabajan para pequeños maestros de oficios y artesanos; para los obreros de la construcción (carpinteros, albañiles, etc.); para los obreros forestales, para los peones, *y exactamente lo mismo para los obreros agrícolas*. En la actualidad, todos los obreros mencionados comienzan a unirse por toda Rusia, siguiendo el ejemplo de los fabriles y ayudados por éstos; se unen para luchar por mejores condiciones de vida, por la reducción de la jornada

de trabajo, *por salarios más altos*. Y el Partido Socialdemócrata se plantea la misión de ayudar a todos los obreros en su lucha por una vida mejor, de ayudar a *todos* a organizar (unir) en fuertes asociaciones a los obreros más firmes y seguros, de ayudarles con la difusión de libros y octavillas, con el envío de obreros avezados para ponerlos al lado de los inexpertos y, en general, de ayudarles en todo lo posible. Cuando consigamos la libertad política, tendremos en la asamblea nacional de diputados gente nuestra, diputados obreros, socialdemócratas, y ellos, igual que sus camaradas de otros países, exigirán la aprobación de leyes que favorezcan a los obreros.

No vamos a enumerar aquí *todas* las mejoras que el Partido Socialdemócrata reivindica para los obreros, pues figuran en el programa y están explicadas con detalle en el libro *La causa obrera en Rusia*. Aquí nos bastará con citar las principales. La jornada de trabajo no debe pasar de ocho horas. Debe haber siempre un día a la semana para el descanso. Las horas extraordinarias deben ser terminantemente prohibidas, así como el trabajo nocturno. Los niños deben recibir enseñanza gratuita hasta los 16 años, razón por la cual no se debe tolerar que realicen trabajo asalariado antes de esa edad. En los trabajos nocivos no debe admitirse a mujeres. Los obreros accidentados en el trabajo deben recibir una indemnización del patrón: por ejemplo, en los casos de accidentes trabajando con trilladoras, aventadoras, etc. La paga siempre debe ser *semanal* para todos los obreros asalariados, y no bimestral ni trimestral, como es frecuente en las contratas para faenas agrícolas. A los obreros les importa mucho recibir puntualmente la paga cada semana, y además en metálico, y no en artículos. A los patronos les gusta mucho imponer a los obreros, a cuenta del jornal, la compra de toda clase de mercancías malas a precios exorbitantes. Para poner coto a esta desvergüenza se precisa una ley que prohíba terminantemente el pago del salario en especie. Los obreros de edad avanzada deben recibir una pensión del Estado. Los obreros mantienen con su trabajo a todas las clases ricas y a todo el Estado; por eso tienen tanto derecho a la jubilación como los funcionarios, que lo disfrutan. Para que los patronos no se atrevan a abusar de su situación ni vulnerar los reglamentos dictados en favor de los obreros, se deberá nombrar inspectores, y no sólo en las fábricas, sino también en las grandes haciendas de los terratenientes, y, en general, en todas las empresas que tengan obreros asalariados. Pero esos inspectores no deben ser funcionarios, no deben ser nombrados por los ministros o los gobernadores, no deben estar al servicio de la policía. Los inspectores deben ser *obreros elegidos*. La Hacienda Pública debe pagar a esos mandatarios de los obreros, libremente elegidos por éstos. Y esos diputados obreros elegidos deben cuidar también de que las viviendas de los obreros estén en buen estado, de que los amos no obliguen a los obreros a vivir en pocilgas o en covachas (como suele ocurrir en las labores del campo), de que se observen las disposiciones sobre el descanso laboral, etc. Además, no hay que olvidar que de nada servirá ningún mandatario elegido de los obreros mientras no haya libertad política, mientras la policía sea omnipotente y no responda ante el pueblo. Todo el mundo sabe que ahora la policía detiene sin orden judicial previa, y no sólo a los diputados obreros, sino a cualquier obrero que se atreva a hablar en nombre de todos, que denuncie las infracciones de la ley y llame a los obreros a la unión. Pero cuando tengamos libertad política, los diputados da los obreros serán de gran utilidad.

Es preciso *prohibir terminantemente* a todos los patronos (fabricantes, terratenientes, contratistas, campesinos ricos) que hagan a capricho ninguna clase de descuentos del salario de los obreros, como, por ejemplo, los descuentos por trabajo defectuoso, multas, etc. Es una arbitrariedad y un abuso el que los patronos descuenten *a capricho* dinero del salario de los obreros. Bajo ningún concepto se debe permitir que el patrono merme el salario de los obreros con descuentos de ningún tipo. El patrono no debe ser al mismo tiempo juez y alguacil (¡valiente juez, que se embolsa los descuentos que hace al obrero!), sino que debe recurrir a *un verdadero tribunal* de elección, integrado, a partes iguales, por representantes de los obreros y de los patronos. Sólo un tribunal de esta índole podrá examinar con justicia las quejas de los patronos contra los obreros y las de los obreros contra los patronos.

Estas son las mejoras que los socialdemócratas reivindican para toda la clase obrera. Los obreros de cada finca, de cada hacienda o de cada contratista deben procurar examinar con personas dignas de confianza cuáles son las mejoras que deben exigir, cuáles las reivindicaciones que han de presentar (como es natural, las reivindicaciones de los obreros serán distintas en cada fábrica, en cada hacienda y para cada contratista).

Los comités socialdemócratas ayudan a los obreros en toda Rusia a formular sus reivindicaciones con precisión y claridad y también a lanzar octavillas impresas donde exponen estas reivindicaciones para que las conozcan todos los obreros, así como los patronos y las autoridades. Cuando los obreros defienden estrechamente unidos, como un solo hombre, sus reivindicaciones, los patronos tienen que ceder y aceptarlas. Por este camino han conseguido ya muchas mejoras los obreros en las ciudades. Y ahora también los operarios de la industria a domicilio, los artesanos y los obreros agrícolas comienzan a unirse (a organizarse) y a luchar por sus reivindicaciones. Mientras no tenemos libertad política, luchamos clandestinamente, ocultándonos de la policía, que prohíbe toda clase de octavillas y toda asociación obrera. Pero cuando conquistemos la

libertad política, ampliaremos nuestra lucha y la desplegaremos a la vista de todos para que el pueblo trabajador de toda Rusia se una y se defienda de las vejaciones con mayor cohesión. Cuantos más obreros se agrupen *en el Partido Obrero Socialdemócrata* tanto mayor será su fuerza, tanto antes lograrán liberar por completo a la clase obrera de toda opresión, de todo trabajo asalariado, de todo trabajo para la burguesía.

***

Ya hemos dicho que el Partido Obrero Socialdemócrata quiere conseguir mejoras no sólo para los obreros, sino también para *todos los campesinos*. Veamos ahora cuáles son las que reivindica para éstos.

6. ¿Qué mejoras reclaman los socialdemócratas para todos los campesinos?

Para la emancipación completa de todos los trabajadores, los campesinos pobres deben luchar unidos a los obreros de la ciudad contra toda la burguesía, incluidos los campesinos ricos. Los campesinos ricos tratarán de pagar a sus braceros lo menos posible y de obligarles a trabajar más horas y más duro. Los obreros de la ciudad y del campo reclamarán que los braceros del campesino rico también cobren salarios más elevados y trabajen en mejores condiciones, disfrutando de descanso. Por consiguiente -ya lo hemos dicho y lo repetiremos siempre-, los campesinos pobres tienen que formar sus propias asociaciones sin los campesinos ricos.

Pero en Rusia todos los campesinos, tanto los ricos como los pobres, siguen siendo aún siervos en muchos aspectos. Todos ellos constituyen *los villanos*, *el sector inferior*, *tributario*; todos están avasallados por los funcionarios de la policía y por los jefes de los zemstvos; todos siguen trabajando con mucha frecuencia para el señor, igual que antes, por el disfrute de los recortes, de los abrevaderos, de los pastizales y de los prados, lo mismo que se trabajaba para el señor feudal bajo el régimen de la servidumbre. *Todos* los campesinos quieren liberarse de esta nueva servidumbre, *todos* quieren gozar de la plenitud de derechos, *todos* odian a los terratenientes, que hasta hoy siguen obligándolos a *hacer prestaciones personales*, a pagar con su trabajo a los señores de la nobleza por el disfrute de la tierra, de los abrevaderos, de los pastizales, de los prados; siguen obligándolos a trabajar por los daños que haya ocasionado el ganado del campesino en los campos del señor y a enviar a las mujeres a segar "a merced" los campos del señor. Los campesinos pobres sufren mucho más a causa de todos estos servicios que los campesinos ricos. El campesino rico se libra a veces mediante un rescate de su trabajo para el señor; pero, no obstante, se halla también muy oprimido las más de las veces por los terratenientes. Por lo tanto, los campesinos pobres deben luchar junto con los campesinos ricos contra la falta de derechos, contra toda prestación personal, contra toda clase de pago en trabajo. Pero sólo nos libraremos de *todo* sojuzgamiento, de *toda* miseria, cuando venzamos a *toda* la burguesía, incluidos los campesinos ricos. Ahora bien, hay yugos que nos sacudiremos *antes*, pues también al campesino rico le saben a cuerno quemado. En Rusia tenemos todavía muchos lugares y muchas comarcas donde todos los campesinos siguen siendo hasta la fecha siervos en todos los aspectos. Por eso todos los obreros rusos y todos los campesinos pobres tienen que *luchar con todas sus fuerzas en dos direcciones*: por una parte, aliados a todos los obreros, *contra todos los burgueses*; por otra, aliados a todos los campesinos, *contra los funcionarios de las aldeas*, *contra los terratenientes feudales*. Si los campesinos pobres no constituyen su organización especial, aparte de los campesinos ricos, éstos los engañarán, los estafarán, se harán terratenientes, y a quien no tiene nada no sólo lo dejarán mondo y lirondo, sino que ni la libertad de asociarse le concederán siquiera. Si los campesinos pobres no luchan junto a los campesinos ricos contra el yugo feudal, continuarán atados, sin poder moverse, y tampoco tendrán plena libertad para unirse a los obreros de la ciudad.

Los campesinos pobres deben descargar primero sus golpes contra los terratenientes y sacudirse aunque sólo sea el yugo peor, el más pernicioso, el yugo de los señores. En esta empresa muchos campesinos ricos y partidarios de la burguesía también se pondrán de parte de los campesinos pobres, pues todos están ya hartos de la soberbia de los terratenientes. Pero en cuanto le cortemos las alas al poder de los grandes terratenientes, el campesino rico enseñará los dientes y alargará sus garras con ánimo de apoderarse de todo; y, por cierto, esas garras están bien afiladas y ya han arramblado con mucho. Por eso hay que estar alerta y sellar una unión fuerte e indestructible con los obreros de la ciudad. Estos obreros ayudarán a despojar al terrateniente de sus hábitos inveterados de gran señor y también a bajar los humos al campesino rico (como se los han bajado ya un poco a sus patronos, a los fabricantes). Sin la alianza con los obreros de la ciudad, los campesinos pobres no se librarán *nunca* de todos los yugos, de toda necesidad y de toda miseria; nadie más que los obreros les ayudarán en esta empresa, y tampoco tienen con quién contar, si no es consigo mismos. Pero hay mejoras que hemos de conseguir antes, que podemos obtener ahora mismo, al comienzo de esta gran lucha. En Rusia existen muchas cargas que desaparecieron hace tiempo en otros países. Pues bien, *todos los campesinos rusos* pueden librarse *ahora mismo* del yugo de los funcionarios, del yugo de la servidumbre impuesto por los señores.

Examinemos ahora qué mejoras reclama ante todo y sobre todo el Partido Obrero Socialdemócrata para librar a todos los campesinos rusos aunque sólo sea

del peor de los yugos, del yugo feudal, y para dejar las manos libres a los campesinos pobres en la lucha contra toda la burguesía rusa.

La primera reivindicación del Partido Obrero Socialdemócrata es abolir en el acto todos los pagos de rescate, todas las capitaciones, todas las cargas que agobian a los campesinos "tributarios". Cuando los comités de nobles y el gobierno aristocrático del zar ruso "emanciparon" de la servidumbre a los campesinos, se obligó a éstos a *rescatar* sus propias tierras, ¡a pagar las tierras que venían cultivando desde tiempos inmemoriales! Fue una *expoliación*. Los comités de nobles *despojaban* abiertamente a los campesinos con la ayuda del gobierno zarista, el cual envió tropas a muchos lugares para imponer *por la fuerza* las actas reglamentarias[130], para dar baqueta a los campesinos que no querían aceptar las míseras y mermadas parcelas. Sin las tropas, sin las torturas y los fusilamientos los comités de nobles no habrían podido despojar nunca tan descaradamente a los campesinos como lo hicieron durante la abolición de la servidumbre. Los campesinos tienen que recordar siempre cómo los estafaron y saquearon los comités de nobles y de los terratenientes, porque también ahora el gobierno zarista nombra siempre comités de nobles o de funcionarios cuando se trata de promulgar nuevas leyes para los campesinos. Recientemente (el 26 de febrero de 1903) el zar ha lanzado un manifiesto, en el que promete revisar y mejorar las leyes sobre los campesinos. Pero ¿quién las va a revisar? ¿Quién las va a mejorar? ¡Otra vez los nobles y los funcionarios! Los campesinos siempre serán engañados mientras no consigan constituir *comités campesinos* para mejorar la vida campesina. ¡Ya han mandado bastante tiempo los terratenientes, los jefes de los zemstvos y los funcionarios de todos los tipos a los campesinos! ¡Ya es hora de acabar con esta servidumbre feudal que impone cualquier gendarme de aldea, cualquier hijo de noble arruinado por las francachelas, llámese jefe de zemstvo, jefe de policía o gobernador! Los campesinos deben exigir que se les conceda la libertad de organizar *ellos mismos* sus asuntos, deliberar, proponer y aplicar *por sí mismos* nuevas leyes. Los campesinos deben exigir *comités campesinos* libres, constituidos por elección, y mientras no lo consigan serán siempre engañados y expoliados por los nobles y los funcionarios. Nadie liberará de los funcionarios sanguijuelas a los mujiks si no se liberan ellos mismos, si no se unen para tomar sus destinos en *sus propias* manos.

Los socialdemócratas no sólo reivindican la abolición total e inmediata de los pagos de rescate, de las capitaciones y demás cargas, sino que exigen también que *se restituya al pueblo* el dinero que le han arrebatado con los rescates. Desde que han sido liberados de la servidumbre por los comités de nobles, los campesinos han pagado de más en toda Rusia centenares de millones de rublos. Y deben reclamar la restitución de este dinero. Que el gobierno imponga un tributo especial a la nobleza gran terrateniente, que se confisquen las tierras de los monasterios y de la corona (es decir, de la familia imperial), que una asamblea nacional de diputados disponga de ese dinero en beneficio de los campesinos. En ninguna parte del mundo existe tanta humillación, tanta miseria, una mortalidad tan espantosa de hambre que afecta a millones de campesinos como en Rusia. En nuestro país se ha condenado al campesino a morir de hambre porque lo saquearon los comités de nobles y le siguen robando todos los años desde entonces, haciéndole pagar los viejos tributos a los herederos de los antiguos señores feudales, obligándole a pagar los rescates y las capitaciones ¡Que los expoliadores respondan de sus fechorías! ¡Que paguen los grandes terratenientes de la nobleza para que se pueda prestar ayuda eficaz a los hambrientos! El mujik hambriento no necesita limosnas ni dádivas mezquinas. Que exija la devolución del dinero que ha pagado durante años y años a los terratenientes y al Estado. Entonces la asamblea nacional de diputados y los comités campesinos podrán prestar una ayuda eficaz y verdadera a los hambrientos.

El Partido Obrero Socialdemócrata reivindica, además, la abolición inmediata y completa de la caución solidaria[131] y de *todas las leyes que impiden al campesino disponer de sus tierras*. El manifiesto del zar del 26 de febrero de 1903 promete anular la caución solidaria. Ya se ha promulgado la ley que la anula. Pero no basta. Es preciso, además, derogar inmediatamente todas las leyes que impiden al campesino disponer de su tierra. De lo contrario, el campesino, aun sin la caución solidaria, no podrá ser completamente libre, seguirá siendo un semisiervo. El campesino debe obtener *la libertad completa* de disponer de su tierra, debe poder entregarla o venderla a quien quiera, sin tener que solicitar la autorización de nadie. Y esto es lo que no consiente el decreto del zar, por el cual toda la nobleza, todos los comerciantes, toda la burguesía pequeña y media pueden disponer libremente de la tierra, pero no el campesino. El mujik es un niño pequeño. Hay que poner a su lado a un jefe de zemstvo para que vele por él como una niñera. Hay que prohibirle que venda su parcela, pues derrochará el dinero. Así es cómo discurren los defensores de la servidumbre, y todavía hay bobalicones que les dan crédito y que, deseando el bien del mujik, dicen que hay que prohibirle que venda la tierra. Incluso los populistas (de quienes hemos hablado anteriormente) y gentes que se llaman a sí mismos "socialistas-revolucionarios" se dejan convencer y creen preferible que nuestro mujik siga siendo un poquitín siervo y no venda la tierra.

Los socialdemócratas dicen: ¡Eso es pura hipocresía, señoritismo y palabras almibaradas! Cuando alcancemos el socialismo, cuando la clase

obrera venza a la burguesía, toda la tierra será común y *nadie* tendrá derecho a venderla. Bien, pero ¿y hasta entonces? ¡El noble y el comerciante podrán venderla, y el campesino no? ¡El noble y el comerciante serán libres, mientras el campesino seguirá siendo medio siervo? ¡El campesino tendrá que seguir pidiendo permiso a las autoridades?

Eso es un engaño, y por mucho que se encubra con frases melosas, no dejará de serlo.

En tanto se permita al noble y al comerciante vender sus tierras, el campesino debe tener también *pleno derecho* de vender la suya y disponer de ella con *absoluta libertad*, exactamente lo mismo que el noble y el comerciante.

Cuando la clase obrera haya vencido a toda la burguesía, confiscará la tierra de los grandes propietarios, organizará en las grandes fincas *haciendas colectivas* para que los obreros cultiven la tierra juntos, en común, elijan libremente a gente de confianza para los cargos administrativos, dispongan de toda clase de máquinas que faciliten las labores y trabajen por turnos no más de ocho horas diarias (o puede que seis). Entonces, incluso el pequeño campesino que quiera seguir trabajando solo, a la antigua, no lo hará para el mercado, para vender sus productos al primero que llegue, sino para la asociación obrera. El pequeño campesino suministrará a la asociación obrera pan, carne y legumbres, y los obreros le entregarán a cambio, sin dinero, máquinas, ganado, abonos, ropa y todo lo que necesite. Entonces no habrá lucha por el dinero entre el gran y el pequeño propietario, no habrá trabajo asalariado en provecho de otros, sino que todos trabajarán para sí mismos, todos los perfeccionamientos del trabajo y las máquinas beneficiarán a los propios obreros, servirán para facilitar su trabajo, para mejorar su vida.

Pero toda persona sensata comprende que no se puede conseguir el socialismo de golpe. Para ello hay que luchar encarnizadamente contra toda la burguesía, contra toda clase de gobiernos, hay que agrupar en una unión sólida e inquebrantable a todos los obreros de las ciudades de Rusia entera y a los campesinos pobres con ellos. Es una obra grandiosa, a la que vale la pena consagrar toda la vida. Y mientras no hayamos alcanzado el socialismo, el gran propietario seguirá luchando contra el pequeño propietario por el dinero. ¿Por qué el gran propietario ha de tener la libertad de vender la tierra, y el pequeño campesino no ha de tenerla? Lo repetimos una vez más: los campesinos no son niños pequeños y no permitirán a nadie que les mande; los campesinos deben obtener *los mismos derechos*, sin restricción alguna, que disfrutan la nobleza y los comerciantes.

Suele decirse también que la tierra del campesino no es suya, sino de la comunidad, y no se puede permitir a cada cual que la venda. Esto es también un engaño. ¿Acaso la nobleza y los comerciantes no tienen sus asociaciones? ¿Acaso no se unen también en compañías, no compran juntos tierras y fábricas y todo lo que se les antoja? ¿Por qué, pues, no se inventa ninguna restricción para las asociaciones de los nobles, en tanto que cualquier canalla de la policía va ideando restricciones y prohibiciones para el mujik? Los campesinos jamás han recibido nada bueno de los funcionarios, y sí únicamente palizas, cargas tributarias y ultrajes. Los campesinos jamás recibirán nada bueno hasta que tomen todos sus asuntos en sus propias manos, hasta que consigan la plena igualdad de derechos y la libertad completa. Si los campesinos quieren que sus tierras sean colectivas, nadie podrá impedírselo; constituirán por acuerdo voluntario una sociedad formada por quienes ellos quieran y como quieran, y redactarán el contrato colectivo que mejor les cuadre, con absoluta libertad. Y que ningún funcionario se atreva a meter las narices en los asuntos de la colectividad campesina, que nadie tenga la osadía de mofarse del campesino e inventar restricciones y prohibiciones para el mujik.

* * *

Por último, los socialdemócratas quieren conseguir otra importante mejora para los campesinos: limitar ahora mismo, en el acto, el avasallamiento del mujik por los señores, el avasallamiento feudal del mujik. Está claro que no podremos suprimir todas las cargas mientras haya en el mundo miseria; y no se podrá acabar con la miseria mientras las tierras y las fábricas estén en poder de la burguesía, mientras la fuerza principal del mundo esté en el dinero, mientras no se instaure la *sociedad socialista*. Pero en las aldeas de Rusia persiste aún mucho avasallamiento de singular dureza que ya no lo hay en otros países, aunque en ellos tampoco se ha instaurado todavía el socialismo. En Rusia aún hay mucho *avasallamiento feudal* ventajoso para todos los terratenientes, avasallamiento que pesa sobre todos los campesinos y que puede y debe ser suprimido ahora mismo, en el acto y en primer término.

Expliquemos qué yugo es ése, al que denominamos avasallamiento feudal.

Cualquier aldeano conoce casos como éstos: las fincas del terrateniente se encuentran al lado de las tierras de los campesinos. Cuando se liberó a los campesinos, se les despojó, con los recortes, de tierras que necesitaban, se les arrebató prados, pastizales, dehesas y abrevaderos. Los campesinos no pueden hacer nada sin los recortes que les quitaron, sin los pastizales, sin los abrevaderos. Quiéranlo o no, tienen que recurrir al terrateniente y pedirle que les deje llevar el ganado al abrevadero, al pastizal, etc. El terrateniente no explota su finca, tal vez ni siquiera tenga dinero y viva únicamente de lo que le proporciona este avasallamiento de los campesinos. Los campesinos trabajan gratis para él por el disfrute de los recortes, labran con sus caballerías las tierras

del terrateniente, recogen las cosechas de éste, le siegan los prados, le trillan las mieses y, en algunos lugares, llevan incluso estiércol suyo para abonar las tierras del terrateniente, le entregan lienzo, huevos y animales de toda especie. ¡Exactamente igual que en el régimen de la servidumbre! Entonces los campesinos trabajaban gratis para el señor de la hacienda en que vivían; y ahora lo hacen también con mucha frecuencia gratis para el señor por el disfrute de las mismas tierras que les arrebataron al ser liberados por los comités de nobles. Es la misma prestación personal. En algunas provincias los propios campesinos llaman a este trabajo sufra. Esto es lo que nosotros denominamos avasallamiento feudal. Los comités de terratenientes, los comités de la nobleza se las arreglaron durante la liberación de los campesinos siervos para poder seguir avasallándolos como antes. Para ello recortaron adrede las parcelas de los mujiks, enclavaron las tierras del terrateniente entre las del mujik a fin de que éste no tuviera sitio ni para soltar una gallina, trasladaron a los campesinos a tierras peores y les cerraron adrede el paso hacia los abrevaderos con campos de terratenientes. En pocas palabras, se las arreglaron para que los campesinos cayeran en la celada y poder seguir esclavizándolos con toda impunidad. Y es incalculable el número de aldeas en que los campesinos siguen tan supeditados a los terratenientes vecinos como durante el régimen de la servidumbre. En estas aldeas, tanto el mujik rico como el pobre están atados de pies y manos y se hallan a merced del terrateniente. Esto causa mucho mayores penalidades al campesino pobre que al rico. El mujik rico suele tener sus tierras y no presta ningún servicio en las tierras del señor, sino que manda a algún bracero a que trabaje por él. Pero el campesino pobre no tiene ninguna salida, y el terrateniente lo exprime como quiere. Con semejante avasallamiento, el campesino pobre no puede ni respirar, no puede ausentarse en busca de jornales porque tiene que trabajar para el señor, no puede ni pensar siquiera en unirse libremente con todos los campesinos pobres y con los obreros de la ciudad para constituir una asociación, un partido.

Ahora bien, ¿no habrá algún medio para abolir ese avasallamiento ahora mismo, en el acto? El Partido Obrero Socialdemócrata ofrece a los campesinos *dos* medios para conseguirlo. Pero, lo repetimos una vez más, sólo el socialismo liberará de todo avasallamiento a todos los campesinos pobres, pues mientras los ricos tengan fuerza, siempre oprimirán de uno u otro modo a los pobres. Suprimir de golpe todas las formas de avasallamiento es imposible; mas se puede restringir en gran medida el avasallamiento de mayores nocividad e ignominia, el avasallamiento feudal, que oprime tanto a los campesinos pobres como a los campesinos medios e incluso a los ricos, se puede lograr hoy mismo un alivio para los campesinos.

Para conseguirlo hay dos recursos.

Primero: tribunales de libre elección constituidos por delegados de los braceros y de los campesinos pobres, así como de los campesinos ricos y de los terratenientes.

Segundo: *comités campesinos* elegidos con libertad. Estos comités campesinos no sólo deben tener el derecho de deliberar y adoptar medidas de todo género para suprimir las prestaciones personales y acabar con los vestigios del régimen de la servidumbre, sino también el de *incautarse de los recortes de las tierras y restituirlos a los campesinos*.

Examinemos con mayor detenimiento estos dos medios. Los tribunales de mandatarios de libre elección examinarán todas las reclamaciones de los campesinos contra el avasallamiento. Estos tribunales tendrán derecho a disminuir la renta si los terratenientes llegasen a elevarla demasiado, aprovechándose de la miseria de los campesinos. Estos tribunales tendrán asimismo el derecho de eximir a los campesinos de los pagos abusivos. Por ejemplo, si un terrateniente hubiese contratado a un mujik en invierno para trabajar en verano por la mitad del jornal ordinario, el tribunal examinará el caso y fijará una retribución justa. Es claro que estos tribunales no deberán estar integrados por funcionarios, sino por delegados elegidos con libertad y, además, de manera que los braceros y los campesinos pobres tengan necesariamente los suyos y que el número de éstos no sea inferior al de los delegados de los campesinos ricos y los terratenientes. Estos tribunales examinarán también todos los conflictos entre los obreros y los patronos. A los obreros y a todos los campesinos pobres les será más fácil defender sus derechos en estos tribunales, les será más fácil unirse y ver claramente quiénes son los que pueden defender con firmeza y fidelidad a los campesinos pobres y a los obreros.

El otro medio es más importante aún. Se trata de *los comités campesinos* libres, elegidos e integrados por mandatarios de los braceros y de los campesinos pobres, medios y ricos. En cada distrito habrá un comité (o varios, si los campesinos lo estimasen necesario; incluso es posible que lleguen a elegir un comité campesino en cada subdistrito y en cada aldea grande). Nadie mejor que los propios campesinos conoce el avasallamiento que pesa sobre ellos. Nadie mejor que los propios campesinos sabrá desenmascarar a los terratenientes, que siguen viviendo hasta hoy del avasallamiento feudal. Los comités campesinos determinarán qué recortes de tierras, prados, dehesas, etc. fueron arrebatados injustamente a los campesinos y decidirán si procede confiscar estas tierras sin indemnización o indemnizando a expensas de la gran nobleza a quienes las adquirieron. Los comités campesinos librarán a los agricultores, por lo menos, de las trampas en que los capturaron muchísimos comités de la nobleza y de los terratenientes. Los comités

campesinos librarán a los campesinos de la ingerencia de los funcionarios, demostrarán que los campesinos mismos quieren y pueden organizar sus asuntos y les ayudarán a ponerse de acuerdo sobre sus necesidades y a conocer bien a las personas capaces de defender lealmente a los pobres del campo y la alianza con los obreros de la ciudad. Los comités campesinos son el primer paso para que hasta en las aldeas más remotas adquieran los campesinos plena independencia y lleguen a ser dueños de su destino.

Por eso los obreros socialdemócratas advierten a los campesinos:

No os fiéis de ningún comité de la nobleza, de ninguna comisión de funcionarios.

Exigid una asamblea de diputados de todo el pueblo.

Exigid la institución de comités campesinos.

Exigid libertad completa para publicar toda clase de libros y periódicos.

Cuando todos sin excepción gocen del derecho de manifestar con libertad, sin temor a nadie, sus opiniones y sus deseos, tanto en la asamblea de diputados de todo el pueblo como en los comités campesinos, o en los periódicos, se verá muy pronto quién está al lado de la clase obrera y quién al lado de la burguesía. Ahora, la inmensa mayoría ni siquiera piensa en eso; unos ocultan sus verdaderas opiniones, otros aún no tienen opinión propia; también los hay que engañan deliberadamente. Pero entonces todos pensarán ya en ello, no habrá por qué ocultarlo y no se tardará en ponerlo todo en claro. Ya hemos dicho que la burguesía atraerá a su lado a los campesinos ricos. Cuanto antes y con más amplitud se logre suprimir el avasallamiento feudal de los campesinos, cuanto mayor sea la verdadera libertad obtenida por éstos, tanto antes se unirán los campesinos pobres entre ellos, tanto antes se unirán también los campesinos ricos con toda la burguesía. Y no importa que se unan; eso no nos asusta, aunque sabemos perfectamente que esa unión robustecerá a los campesinos ricos. También nosotros nos uniremos, y *nuestra unión*, la unión de los pobres del campo con los obreros de la ciudad será incalculablemente más numerosa, será una unión de decenas de millones contra otra de centenares de miles. Sabemos también que la burguesía tratará (¡ya lo está haciendo!) de atraer a su lado a los campesinos medios e incluso a los pequeños campesinos, tratará de engañarlos, de seducirlos, de dividirlos, les prometerá hacerlos también a todos ellos campesinos ricos. Ya hemos visto de qué medios y engaños se vale la burguesía para seducir al campesino medio. Debemos, por esto, abrirles de antemano los ojos a los campesinos pobres, reforzar de antemano su peculiar alianza con los obreros de la ciudad contra toda la burguesía.

Que cada aldeano mire bien a su alrededor. ¡Con cuánta frecuencia hablan los mujiks ricos contra los señores, contra los terratenientes! ¡Cómo se lamentan de la opresión del pueblo, de que la tierra de los señores permanece baldía! ¡Cómo les gusta hablar (cuando no hay testigos) de que el mujik tome la tierra en sus manos!

¿Se puede acaso creer lo que dicen los ricos? No. Los campesinos ricos no quieren la tierra para el pueblo, sino para ellos. Ya tienen acaparada mucha tierra, bien comprada bien tomada en arriendo; pero les parece poca aún. *Esto quiere decir que los campesinos pobres no irán mucho tiempo al lado de los ricos en su lucha contra los terratenientes*. Sólo podemos dar con ellos el primer paso; luego tendremos que ir separados.

Por eso hay que separar muy bien este primer paso de los otros pasos, así como de nuestro último paso, del paso principal. El primer paso en el campo es liberar por completo y conceder plenos derechos al campesino, así como elegir comités campesinos encargados de restituir los recortes. Nuestro último paso, tanto en la ciudad como en el campo, será uno mismo: *confiscar todas las tierras y todas las fábricas de los terratenientes y de la burguesía e instaurar la sociedad socialista*. Entre el primero y el último paso tendremos que sostener no pocas luchas, *y quien confunde el primer paso con el último perjudica esta lucha y pone sin darse cuenta una venda en los ojos de los campesinos pobres*.

Los campesinos pobres darán el primer paso con todos los campesinos. Tal vez algunos kulaks queden al margen de la lucha; tal vez haya un mujik de cada cien a quien no le repugne ningún avasallamiento. Pero la gran masa marchará junta, porque todos los campesinos necesitan la igualdad de derechos. El yugo de los terratenientes ata a todos de pies y manos. Pero el último paso nunca lo darán todos los campesinos juntos, porque se alzarán todos los campesinos ricos contra los braceros. Entonces necesitaremos la sólida alianza de los campesinos pobres con *los obreros socialdemócratas de la ciudad*. Engañan a los campesinos quienes les dicen que pueden dar a la vez el primer paso y el último. Y quienes afirman tal cosa, olvidan la gran lucha existente entre los propios campesinos, la gran lucha empeñada entre los campesinos pobres y los campesinos ricos.

Por eso los socialdemócratas no prometen *de inmediato* al campesino el oro y el moro. Por eso exigen, ante todo, plena libertad para la lucha, para esa lucha grande y amplia de todo el pueblo, de toda la clase obrera contra toda la burguesía. Por eso los socialdemócratas proponen *un primer paso, pequeño, pero seguro*.

Algunos creen que nuestra reivindicación de constituir comités campesinos para limitar el avasallamiento y devolver los recortes es una especie de barrera o de tope. Como si dijéramos: detente aquí y no vayas más allá. Esa gente ha comprendido muy mal lo que quieren los socialdemócratas. La

reivindicación de constituir comités campesinos para limitar el avasallamiento y devolver los recortes no es ninguna barrera. Es una *puerta*, y hay que forzarla primero *para seguir adelante*, para marchar por un camino ancho y despejado *hasta el final*, hasta la liberación completa de todo el pueblo trabajador de Rusia. Mientras los campesinos no fuercen esa puerta, seguirán en la ignorancia, seguirán avasallados, sin gozar de plenos derechos, sin libertad completa y verdadera, y ni siquiera podrán ver con claridad entre ellos quién es amigo y quién enemigo de los trabajadores. Por eso los socialdemócratas señalan esta puerta y dicen que primero hay que empujarla con el esfuerzo de todo el pueblo y echarla abajo. En cambio hay gentes que se llaman populistas y socialistas-revolucionarios, que también desean el bien del mujik, que alborotan, vociferan y hacen aspavientos, que quieren ayudarle y ¡*no ven dicha puerta*! Esa gente es tan ciega, que dice: ¡no debe concederse al mujik el derecho a disponer libremente de su tierra! Desean el bien del mujik, pero discurren a veces como partidarios de la servidumbre. De amigos como ésos poca ayuda tendremos. ¿De qué vale desear el bien del mujik cuando ni siquiera se ve claramente cuál es la primera puerta que hay que forzar? ¿De qué vale desear el socialismo, si no se ve la manera de salir al camino de la libre lucha popular por el socialismo, y no sólo en la ciudad, sino también en el campo, no sólo contra los terratenientes, sino también *contra los ricos dentro de la comunidad, del "mir"*?

Por eso los socialdemócratas señalan con tanta insistencia esta puerta, la más próxima, la primera. La dificultad no consiste ahora en expresar un cúmulo de buenos deseos, sino en señalar el camino acertado, en comprender claramente *cómo se ha de dar el primer paso*. Que el mujik ruso está abrumado por el avasallamiento, que el mujik ruso sigue siendo un semisiervo, ya lo dicen y lo escriben hace cuarenta años todos los amigos del mujik. Mucho antes de que aparecieran en Rusia los socialdemócratas, todos los amigos del mujik habían escrito ya numerosos libros describiendo la forma bochornosa en que los terratenientes despojan y avasallan al mujik mediante recortes de todo tipo de las tierras. Que hay que ayudar al mujik ahora mismo, en el acto, que hay que liberarlo, por poco que sea, del avasallamiento, es cosa que hoy ven todas las personas honradas, y hasta los funcionarios de nuestro gobierno policiaco comienzan a hablar de ello. Pero todo consiste en saber *cómo ha de acometerse esta empresa, cómo ha de darse el primer paso*, cuál es la puerta que hay que echar abajo primero.

Las distintas personas que desean el bien del mujik dan a este problema dos soluciones diferentes. Cada proletario del campo tiene que tratar de comprender claramente las dos soluciones y hacerse una idea firme y concreta. Una solución la dan los populistas y los socialistas-revolucionarios. Ante todo, dicen, hay que desarrollar entre los campesinos toda clase de cooperativas. Hay que reforzar la comunidad rural. No debe concederse a cada campesino el derecho a disponer libremente de su tierra. Que la comunidad rural tenga mayores derechos, que toda la tierra de Rusia sea poco a poco de la comunidad. A los campesinos hay que concederles todo género de facilidades para la adquisición de tierras, para que la tierra pase con mayor facilidad del capital al trabajo.

La otra solución la dan los socialdemócratas. El campesino tiene, ante todo, que lograr la plenitud de derechos, sin exceptuar ninguno, de que gozan el noble y el comerciante. El campesino debe tener pleno derecho a disponer libremente de su tierra. Para suprimir la forma más infame de avasallamiento hay que constituir comités campesinos que restituyan a los labradores los recortes. No es la unión en el "mir"' lo que necesitamos, sino la unión de los campesinos pobres de las distintas comunidades rurales en toda Rusia, la alianza de los proletarios del campo con los proletarios de la ciudad. Toda cooperativa y la adquisición de tierras por la comunidad rural siempre beneficiarán más a los campesinos ricos y engañarán al campesino medio.

El gobierno ruso ve que es preciso aliviar la situación de los campesinos, pero quiere salir del paso con zarandajas, pretende hacerlo todo mediante los funcionarios. Los campesinos deben estar alerta, pues las comisiones de funcionarios los engañarán lo mismo que los engañaron los comités de nobles. Los campesinos deben reclamar la elección de comités campesinos libres. No hay que esperar que los funcionarios concedan un alivio; son los mismos campesinos los que deben tomar en sus manos su propio destino. No importa que demos primero un solo paso, no importa que primero nos libremos sólo del peor avasallamiento. Lo que importa es que los campesinos se percaten de su fuerza, que se pongan de acuerdo y se unan libremente. Ninguna persona honrada puede negar que los recortes sirven a menudo para aplicar la forma más escandalosa de avasallamiento: el avasallamiento feudal. Ninguna persona honrada puede negar que nuestra reivindicación es la exigencia primordial y más justa: que los propios campesinos elijan libremente *sus* comités, sin funcionarios, para suprimir todo avasallamiento feudal.

En los comités libres de campesinos (lo mismo que en la libre asamblea de diputados de toda Rusia), los socialdemócratas procederán, inmediatamente y con todas sus fuerzas, a sellar una alianza especial entre los proletarios del campo y los proletarios de la ciudad. Los socialdemócratas defenderán todas las medidas que favorezcan a los proletarios del campo y les ayudarán, una vez dado el primer paso, a dar lo más pronto y lo más unidos posible el segundo, el tercero y así sucesivamente hasta el último, hasta la

completa *victoria del proletariado*. Pero ¿acaso puede afirmarse ya hoy cuál será la reivindicación que habrá de estar mañana a la orden del día para dar el segundo paso? No, no es posible decirlo, porque ignoramos cuál será mañana la actitud de los campesinos ricos y de mucha gente instruida que se ocupa de toda clase de cooperativas y de todo género de transferencias de tierras del capital al trabajo.

Puede darse el caso de que para entonces aún no hayan tenido tiempo de entenderse con los terratenientes y quieran darle el golpe de gracia al poder de éstos. Nada mejor. Los socialdemócratas así lo desean. Y aconsejarán a los proletarios del campo y de la ciudad que reclamen la confiscación de todas las tierras de los latifundistas y su entrega al Estado popular libre. Los socialdemócratas velarán atentamente por que los proletarios del campo no sean engañados, por que se refuercen más aún para la lucha final por la emancipación completa del proletariado.

Pero tal vez las cosas sucedan de un modo completamente distinto, y hasta es más probable que así sea. Mañana mismo, tan pronto se restrinja y limite la peor forma de avasallamiento, los campesinos ricos y mucha gente instruida pueden unirse con los terratenientes, y entonces toda la burguesía del campo se alzará contra todo el proletariado rural. Entonces sería ridículo que luchásemos únicamente contra los terratenientes. Entonces tendremos que luchar contra toda la burguesía y exigir, ante todo, la mayor libertad y el mayor campo posibles para esta lucha, exigir mejoras para la vida del obrero a fin de facilitarle la lucha.

En todo caso, ocurra lo uno o lo otro, nuestra primera tarea, nuestra tarea principal e indefectible será: *fortalecer la alianza de los proletarios y semiproletarios del campo con el proletariado de la ciudad*. Para esta alianza nos hace falta ahora mismo, en el acto, *plena libertad política para el pueblo, igualdad completa de derechos para los campesinos y la supresión del avasallamiento feudal*. Y cuando esta alianza se forje y se consolide, desenmascararemos con facilidad todos los engaños de que se vale la burguesía para embaucar al campesino medio; entonces daremos rápida y fácilmente, contra toda la burguesía y todas las fuerzas del gobierno, el segundo, el tercero y el último paso; entonces marcharemos con firmeza hacia la victoria y lograremos rápidamente *la liberación completa de todo el pueblo trabajador*.

7. La lucha de clases en el campo

¿Qué es *la lucha de clases*? Es la lucha de una parte del pueblo contra otra, la lucha de las masas trabajadoras, de los parias y de los oprimidos contra los privilegiados, los opresores y los parásitos; la lucha de los obreros asalariados, de los proletarios contra los propietarios, contra la burguesía. En el campo ruso se ha sostenido siempre, y sigue empeñada ahora, esta gran lucha, aunque no todos la vean ni todos comprendan su significado. Durante el régimen de la servidumbre, toda la masa de los campesinos luchaba contra sus opresores, contra la clase de los terratenientes, a los que protegía, defendía y apoyaba el gobierno del zar. Los campesinos no podían unirse, pues entonces estaban completamente anonadados por la ignorancia y carecían de aliados y de hermanos entre los obreros de la ciudad. Pese a ello, los campesinos luchaban como sabían y como podían. No temían las feroces persecuciones del gobierno, ni los baquetazos ni las balas; no creían a los curas, que querían inculcarles a toda costa la idea de que el régimen de la servidumbre estaba sancionado por las sagradas escrituras y legitimado por Dios (¡así lo afirmaba rotundamente en aquella época el arzobispo Filareto!). Se levantaban en diversos lugares hasta que el gobierno acabó por ceder, temeroso de un alzamiento general de todos ellos.

El régimen de la servidumbre fue abolido, aunque no del todo. Los campesinos siguieron privados de derechos, siguieron constituyendo el sector inferior, villano y tributario, aprisionado por las garras del avasallamiento feudal. Continuaron los disturbios en el campo. Los campesinos siguieron buscando la verdadera y completa libertad. Pero después de la abolición del régimen de la servidumbre surgió una nueva lucha de clases: *la lucha entre el proletariado y la burguesía*. Aumentaron las riquezas, se construyeron ferrocarriles y grandes fábricas y creció la población de las ciudades, que ganaron en suntuosidad; pero todas esas riquezas las acaparaba un número muy reducido de personas, mientras el pueblo se empobrecía más, se arruinaba, pasaba hambre y tenía que buscar un jornal, trabajando para otros. Los obreros de la ciudad emprendieron una lucha nueva: la gran lucha de todos los pobres contra todos los ricos. Los obreros de las ciudades se agruparon en el Partido Socialdemócrata y luchan ahora unidos, con tesón y firmeza, avanzando paso a paso, preparándose para la gran lucha final y exigiendo la libertad política para todo el pueblo.

Llegó a agotarse también la paciencia de los campesinos. En la primavera del pasado año de 1902, los campesinos de las provincias de Poltava, Járkov y otras se alzaron contra los terratenientes, apoderándose de sus graneros, repartiéndose sus bienes y entregando a los hambrientos el trigo que había sido sembrado y recogido por ellos, pero del que se habían apropiado los terratenientes. Los campesinos reclamaban un nuevo reparto de la tierra. Y como no podían soportar la terrible opresión, se lanzaron a buscar una suerte mejor, decidiendo, con razón sobrada, que más valía morir luchando contra los opresores que renunciar a la lucha y dejarse morir de hambre. Pero los campesinos no lograron mejorar su suerte. El gobierno zarista los declaró simples rebeldes y bandoleros (¡por haber arrebatado a los

expoliadores terratenientes el trigo que los propios campesinos habían sembrado y recogido!) y envió contra ellos tropas, como si se tratara de combatir a un ejército enemigo. Los campesinos fueron derrotados. Se disparó contra ellos, matando a muchos. Los campesinos eran azotados ferozmente, a veces hasta quedar sin vida, se los torturaba como ni siquiera los turcos torturan jamás a sus enemigos, los cristianos. Los enviados del zar, los gobernadores, eran los que con más saña aplicaban las torturas, como auténticos verdugos. Los soldados violaban a las mujeres y a las hijas de los campesinos, los cuales fueron juzgados al fin y a la postre por tribunales de funcionarios, que los obligaron a desembolsar ochocientos mil rublos a favor de los terratenientes. En aquel proceso ignominioso, celebrado a puerta cerrada, no se permitió siquiera que los defensores hablasen de las torturas y los martirios que los enviados del zar, el gobernador Obolenski y otros sicarios zaristas, habían aplicado a los campesinos.

Los campesinos lucharon por una causa justa. La clase obrera rusa honrará siempre la memoria de los mártires fusilados o muertos a palos por los sicarios del zar. Estos mártires lucharon por la libertad y la felicidad del pueblo trabajador y fueron vencidos; pero los campesinos se volverán a levantar una y otra vez, sin que su ánimo decaiga por la primera derrota. Los obreros conscientes habrán de aplicar todos sus esfuerzos a que el mayor número posible de trabajadores de la ciudad y del campo conozca la lucha de los campesinos y se prepare para otra más afortunada. Los obreros conscientes dedicarán todos sus esfuerzos a ayudar a los campesinos *a que comprendan claramente por qué fue aplastado el primer alzamiento campesino* (el de 1902) *y qué se debe hacer para que alcancen el triunfo los campesinos y los obreros, y no los sicarios del zar*.

El levantamiento campesino fue aplastado porque se trataba del de una masa ignorante e inconsciente, de un alzamiento sin reivindicaciones *políticas* claras y concretas, pues en él no figuraba la exigencia de un cambio de régimen *estatal*. El levantamiento campesino fue aplastado porque *careció de preparación*. El levantamiento campesino fue aplastado porque los proletarios del campo no estaban aliados aún a los proletarios de la ciudad. Estas fueron las tres causas del primer fracaso campesino. Para que un alzamiento triunfe es preciso que sea consciente, esté preparado, abarque a toda Rusia y se lleve a cabo en unión de los obreros de la ciudad. Cada paso de la lucha obrera en las ciudades, cada libro o periódico socialdemócrata, cada alocución de un obrero consciente a los proletarios del campo contribuye a acercar el día en que el alzamiento habrá de repetirse y conducir a la victoria.

Los campesinos se alzaron inconscientemente por la sencilla razón de que ya no podían aguantar más, porque no se resignaban a morir sin rechistar ni oponer resistencia. Habían sufrido tanto a causa de las expoliaciones, de la opresión y de las torturas de todo género que no podían menos de dar crédito, aunque fuera un instante, a los sordos rumores sobre la piedad del zar, no podían menos de creer que toda persona sensata habría de reconocer justo el reparto del trigo entre los hambrientos, entre los que se habían pasado la vida trabajando para otros, sembrando y recogiendo trigo, y que ahora se morían de hambre junto a los abarrotados graneros "del señor". Los campesinos parecían haberse olvidado de que las mejores tierras y todas las fábricas habían sido acaparadas por los ricos, por los terratenientes y por la burguesía precisamente para que el pueblo, obligado por el hambre, trabajase para ellos. Los campesinos se habían olvidado de que para defender a la clase de los ricos no sólo se pronuncian sermones desde los púlpitos, sino que también está el gobierno del zar con todo el enjambre de funcionarios y soldados. Pero el gobierno del zar se encargó de recordárselo, demostrándoles con feroz crueldad lo que significaba el poder del Estado, a quién sirve y a quién defiende. Nosotros tenemos tan sólo que recordar con mayor frecuencia esta lección a los campesinos, y ellos comprenderán fácilmente por qué es indispensable *cambiar el régimen estatal*, por qué es indispensable *la libertad política*. Los levantamientos campesinos dejarán de ser inconscientes cuando sea mayor el número de los que comprendan esto, cuando todo campesino instruido y sensato conozca *las tres reivindicaciones principales* por las que se debe luchar en primer término. La primera reivindicación es convocar *una asamblea de diputados de todo el pueblo para establecer en Rusia un gobierno de elección popular, y no un gobierno autocrático*. La segunda reivindicación es *libertad general para publicar toda clase de libros y periódicos*. La tercera reivindicación *es que las leyes reconozcan la plena igualdad de derechos de los campesinos con respecto a los demás estamentos y que se convoquen elecciones a comités campesinos para liquidar en primer término todo avasallamiento feudal*. Estas son las reivindicaciones fundamentales de los socialdemócratas, y a los campesinos no les será ahora difícil comprenderlas, comprender *por dónde hay que empezar* la lucha por la libertad del pueblo. Y cuando los campesinos hayan comprendido estas reivindicaciones, comprenderán también que es preciso *prepararse* para la lucha con gran anticipación, de un modo firme y tenaz, y que esa preparación no puede realizarse yendo cada uno por su lado, sino juntos con los obreros de la ciudad, con los socialdemócratas.

Cada obrero y cada campesino consciente debe reunir en torno suyo a los compañeros más sensatos, leales y valientes y procurar explicarles qué quieren conseguir los socialdemócratas para que todos comprendan qué lucha se debe empeñar y qué reclamar. Es preciso que los socialdemócratas conscientes empiecen a enseñar su doctrina a los

campesinos, les den a leer libros socialdemócratas, les expliquen el contenido de esos libros en pequeñas reuniones de gente de confianza y lo hagan todo esto poco a poco, con cautela, pero sin cesar.

Ahora bien, la doctrina socialdemócrata no se debe explicar únicamente según está escrita en los libros, sino corroborándola con cada ejemplo, con cada caso de opresión y de injusticia que se observe. La doctrina socialdemócrata es la doctrina de la lucha contra toda opresión, contra todo despojo, contra toda injusticia. Sólo puede ser un verdadero socialdemócrata quien conozca las causas de la opresión y *luche siempre y en todas partes contra cualquier caso de opresión*. Mas ¿cómo ha de hacerse todo eso? Los socialdemócratas conscientes de cada ciudad o de cada aldea deben reunirse y decidir ellos mismos la forma en que todo eso ha de llevarse a cabo a fin de que reporte el mayor provecho posible a toda la clase obrera. Citaré un par de casos como ejemplo. Supongamos que un obrero socialdemócrata va a pasar una temporada a su aldea o que cualquier obrero socialdemócrata de la ciudad va a una aldea que no es la suya. La aldea entera se encuentra entre las garras del terrateniente, como una mosca prisionera en una tela de araña, sin poder librarse en toda la vida del avasallamiento ni huir de él a ninguna parte. Hay que elegir sin pérdida de tiempo a los campesinos más inteligentes, más sensatos y más seguros, a los que buscan la verdad y no se dejan intimidar por cualquier esbirro policiaco, y explicarles las causas de su sojuzgamiento, hacerles comprender de qué medios se han valido los terratenientes para engañar y despojar a los campesinos en los comités de la nobleza. Hay que hablarles de la fuerza de los ricos y de cómo el gobierno del zar les presta su apoyo, hay que darles a conocer las reivindicaciones de los obreros socialdemócratas. Cuando los campesinos hayan comprendido estas cosas nada complicadas, habrá que pensar muy bien con ellos en la posibilidad de que, todos a una, opongan resistencia al terrateniente, la posibilidad de presentarle sus primeras y principales reivindicaciones (como ocurre en las ciudades, donde los obreros presentan sus reivindicaciones a los patronos). Si el terrateniente tiene sometido a su férula un pueblo grande o varias aldeas, lo mejor sería conseguir del comité socialdemócrata más próximo, mediante personas de confianza, *octavillas* en las que el comité describa bien, desde su mismo origen, el yugo que padecen los campesinos y exponga cuáles han de ser sus primeras reivindicaciones: que se rebaje la renta por la tierra arrendada; que las contratas de invierno[132] se hagan conforme a los jornales existentes, y no a medio jornal; que no se aplique castigos abusivos ni se acose tanto a los campesinos por los daños que cause su ganado en las tierras del señor y otras reivindicaciones de distinto género. Estas octavillas permitirán a los campesinos que sepan leer enterarse bien de las cosas y explicárselas, a su vez, a los analfabetos. Los campesinos verán entonces claramente que los socialdemócratas están de su lado, que condenan toda expoliación. Los campesinos empezarán entonces a comprender cuál es el alivio que pueden conseguir inmediatamente -y que, aunque sea muy pequeño, no por eso dejará de ser un alivio- si se mantienen unidos, y cuáles son las grandes mejoras que hay que conseguir en todo el Estado mediante una gran lucha llevada a cabo en unión de los obreros socialdemócratas de la ciudad. Los campesinos se irán entonces preparando cada vez más para esta gran lucha, irán aprendiendo a encontrar gente segura y a defender de mancomún sus reivindicaciones. Quizás se logre algunas veces organizar una huelga, a semejanza de como lo hacen los obreros de la ciudad. Bien es verdad que en el campo esto es más difícil; pero, no obstante, en algunas ocasiones puede conseguirse, pues en otros países ha habido huelgas que han tenido éxito, por ejemplo, durante las temporadas de siembra o recolección, cuando los terratenientes y los agricultores ricos necesitan obreros a toda costa. Si los campesinos pobres se han preparado para la huelga, si todos han llegado hace tiempo a un acuerdo respecto a las reivindicaciones comunes que van a presentar, si esas reivindicaciones han sido esclarecidas en octavillas o simplemente bien explicadas en reuniones, todos se mantendrán unidos, y el terrateniente se verá obligado a ceder o, por lo menos, a poner cierto freno a su expoliación. Si la huelga se sostiene con solidaridad, si se organiza en la época de las faenas agrícolas, poco será lo que puedan hacer el terrateniente o incluso las autoridades con sus tropas, pues el tiempo pasa, el terrateniente verá que eso es una ruina para él y se avendrá muy pronto a razones. Naturalmente, se trata de algo nuevo, y las cosas nuevas no siempre salen bien desde el principio. En un comienzo, tampoco los obreros de las ciudades sabían luchar unidos, no sabían cuáles eran las reivindicaciones que debían presentar en común, yendo simplemente a romper las máquinas y a destrozar las fábricas. Pero ahora los obreros han aprendido a luchar unidos. Toda obra nueva requiere un aprendizaje. Ahora los obreros ya saben que de buenas a primeras sólo se pueden conseguir algunos respiros -siempre y cuando se actúe con solidaridad-; mientras tanto, el pueblo se irá acostumbrando a resistir unido y se irá preparando cada vez mejor para la gran lucha decisiva. Del mismo modo irán aprendiendo los campesinos a ofrecer resistencia a los expoliadores más crueles, a reivindicar, unidos, medidas que alivien su situación y a prepararse con cautela, con firmeza y en todas partes para la gran lucha por la libertad. El número de obreros y campesinos conscientes será cada día mayor; las organizaciones socialdemócratas del campo, cada vez más fuertes; y cada caso de avasallamiento por parte de los terratenientes, cada

exacción hecha para los curas, cada atrocidad de la policía y cada abuso de las autoridades irán abriendo más y más los ojos al pueblo, irán acostumbrándolo a luchar unido y habituándolo a la idea de que es preciso cambiar por la fuerza el régimen estatal existente.

Al principio de este folleto hemos dicho ya que los obreros de las ciudades salen ahora a las calles y a las plazas exigiendo públicamente *libertad*, inscribiendo en sus banderas y proclamando a gritos la consigna de "¡Abajo el absolutismo!" Pronto llegará el día en que los obreros de las ciudades se levanten, mas no para pasearse por las calles gritando, sino para la gran lucha final; el día en que todos los obreros clamarán como un solo hombre: "¡Moriremos luchando o conseguiremos la libertad!"; el día en que, para ocupar el puesto de los centenares de obreros caídos en la lucha, se alzarán con mayor decisión aún miles de nuevos combatientes. Y entonces se levantarán también los campesinos, se levantarán en toda Rusia y acudirán en ayuda de los obreros de las ciudades, dispuestos a luchar hasta el fin por la libertad de los campesinos y de los obreros. Cuando este levantamiento se produzca, no habrá hordas zaristas capaces de hacerle frente. La victoria será del pueblo trabajador, y la clase obrera emprenderá el grande y anchuroso camino que habrá de librar a todos los trabajadores de toda opresión. ¡La clase obrera aprovechará la libertad para luchar por el socialismo!

Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, propuesto por el periódico "Iskra" y la revista "Zariá"

Ya hemos dicho qué es un programa, para qué hace falta y por qué tan sólo el Partido Socialdemócrata propone un programa claro y concreto. El único organismo que puede aprobar definitivamente el programa es el congreso de nuestro partido, es decir, una asamblea en la que se reúnan delegados de todos los militantes. En la actualidad, el Comité de Organización, está llevando a cabo los preparativos para celebrar ese congreso. Pero muchos comités de nuestro partido han declarado ya públicamente que están de acuerdo con *Iskra*, que reconocen a *Iskra* como órgano central de prensa del partido. Por eso nuestro proyecto de programa puede servir muy bien para dar a conocer con toda exactitud, antes de la celebración del congreso, qué quieren los socialdemócratas. De aquí que hayamos considerado necesario ofrecer íntegro este proyecto como apéndice a nuestro folleto.

Claro que, sin una explicación previa, no todo lo que se dice en el programa podrá ser comprendido por cualquier obrero. Muchos grandes socialistas han trabajado en la creación de la doctrina socialdemócrata, a la que dieron forma definitiva Marx y Engels; mucho han tenido que padecer los obreros de todos los países para adquirir la experiencia que hoy queremos aprovechar nosotros, asentando en ella nuestro programa. Por eso, los obreros deben estudiar la doctrina socialdemócrata, para comprender cada palabra del programa, que es *su* programa, *su* bandera de lucha. Los obreros comprenden y asimilan el programa socialdemócrata con mucha facilidad porque en él se habla de lo que todo obrero consciente ha visto y vivido. A nadie deben asustar las "dificultades" que ofrece el comprender de primera intención el programa: cuanto más lea y reflexione cada obrero, cuanta más experiencia de lucha posea, mejor lo comprenderá. Pero es preciso que todos mediten y discutan el programa *íntegro* de los socialdemócratas, que todos tengan siempre en la memoria *cuanto los socialdemócratas piden y piensan acerca de la liberación* del pueblo trabajador en su totalidad. Los socialdemócratas quieren que no quede uno sin conocer con claridad y exactitud, del principio al fin, toda la verdad de lo que es el Partido Socialdemócrata.

Aquí no podemos explicar con detalles todo el programa. Necesitaríamos para eso escribir un libro más. Nos limitaremos a señalar brevemente el contenido del programa y aconsejamos al lector que consiga en su ayuda dos libritos. Uno es *El Programa de Erfurt*, del socialdemócrata alemán Carlos Kautsky, traducido al ruso; el otro es *La causa obrera en Rusia*, del socialdemócrata ruso L. Mártov. Ambos libritos le ayudarán a comprender todos los puntos de nuestro programa.

Señalaremos ahora con una letra cada parte de nuestro programa (véase el texto más adelante) y diremos de qué trata cada una.

A) Al principio mismo se dice que el proletariado lucha en todo el mundo por su emancipación, y que el proletariado ruso no es sino un destacamento del ejército mundial de la clase obrera de todos los países.

B) Luego se explica cuál es el orden burgués imperante en casi todos los países del mundo, Rusia incluida; cómo padece miseria y calamidades la mayor parte de la población, trabajando para los terratenientes y los capitalistas; cómo se arruinan los pequeños artesanos y campesinos, mientras se levantan grandes fábricas; cómo oprime el capital, no sólo al obrero, sino también a su mujer y a sus hijos; cómo empeora la situación de la clase obrera; cómo aumentan el paro y la miseria.

C) Después se habla de la unión de los obreros, de su lucha y del gran objetivo de ésta: liberar a todos los oprimidos, suprimir por completo toda opresión de los pobres por los ricos. En esta parte se explica asimismo la razón de que la clase obrera se vaya haciendo cada vez más fuerte y de que sea inevitable su triunfo sobre todos sus enemigos, sobre todos los defensores de la burguesía.

D) A continuación se dice para qué han sido organizados partidos socialdemócratas en todos los

países, cómo estos partidos ayudan a la clase obrera a luchar, cómo agrupan y dirigen a los obreros, cómo los ilustran y preparan para la gran lucha.

E) Luego se explican las causas de que en Rusia el pueblo viva en peores condiciones que en otros países y se dice qué gran maldición es el régimen absolutista del zar, que lo primero que hace falta es derrocar ese régimen y dar paso a un gobierno de elección popular.

F) ¿Qué mejoras puede proporcionar a todo el pueblo un gobierno electivo? Ya las hemos indicado en nuestro folleto; también el programa habla de ellas.

G) Seguidamente el programa señala las mejoras que deben conseguirse hoy mismo para toda la clase obrera a fin de que pueda vivir mejor y luchar con más libertad por el socialismo.

H) El programa destaca en especial las mejoras que deben conseguirse en primer término para todos los campesinos al objeto de que los pobres del campo puedan desplegar con mayores facilidad y libertad su lucha de clase tanto contra la burguesía rural como contra toda la burguesía rusa.

I) Por último, el Partido Socialdemócrata advierte al pueblo que no debe dar crédito a ninguna promesa ni a las palabras melifluas de la policía y de los funcionarios, sino luchar firmemente por la convocatoria inmediata de una asamblea de diputados de libre elección por todo el pueblo.

Escrito en la primera quincena de marzo de 1903. Publicado en un folleto en mayo de 1903, en Ginebra, por la Liga de la Socialdemocracia Revolucionaria Rusa en el Extranjero.

T. 7, págs. 129-230.

EL PROBLEMA NACIONAL EN NUESTRO PROGRAMA.

En el proyecto de programa del partido reivindicamos la república gobernada conforme a una Constitución democrática que asegure, entre otras cosas, "el reconocimiento del derecho de autodeterminación para todas las naciones que integran el Estado". A muchos les ha parecido poco clara esta reivindicación programática, y en el núm. 33[133], al referirnos al Manifiesto de los socialdemócratas armenios, explicamos del siguiente modo el significado de este punto. La socialdemocracia luchará en todo momento contra cualquier intento de influir desde fuera sobre la autodeterminación nacional, ya sea por medio de la violencia como de cualquier injusticia. Ahora bien, el reconocimiento incondicional de la lucha por la libre determinación en modo alguno nos obliga a apoyar cualquier demanda de autodeterminación nacional. La socialdemocracia, como partido del proletariado, se plantea la tarea positiva y fundamental de cooperar a la autodeterminación del proletariado de cada nación, y no a la de pueblos y naciones como tales. Nosotros debemos tender, siempre y de un modo incondicional, a lograr la unión *más estrecha* entre los proletarios de todas las naciones, y tan sólo en casos aislados y a título de excepción podemos presentar y apoyar con energía reivindicaciones tendentes a constituir un nuevo Estado de clase o a sustituir la plena unidad política del Estado por una unidad federativa, más débil, etc.

Tal interpretación de nuestro programa en lo tocante a la cuestión nacional provocó una enérgica protesta del Partido Socialista Polaco (PSP)[134]. En el artículo *Actitud de la socialdemocracia de Rusia ante el problema nacional* (*Przedswit*[135], marzo de 1903), el PSP se muestra indignado de tan "asombrosa" interpretación y de cuán "nebulosa" es nuestra "enigmática" autodeterminación, acusándonos de doctrinarios y de adictos a la concepción "anarquista" de que "el obrero no muestra interés por nada que no sea la destrucción total del capitalismo, ya que el idioma, la nación, la cultura, etc., no son más que invenciones burguesas", etc. Merece la pena que nos detengamos a examinar con todo detalle esta argumentación, en la que aparecen casi todos los malentendidos sobre la cuestión nacional, tan habituales y tan difundidos entre los socialistas.

¿Por qué resulta tan "asombrosa" nuestra interpretación? ¿Por qué se la considera una desviación del sentido "literal"? ¿Será posible que el reconocimiento del *derecho* de las naciones a la libre determinación exija que *se apoye* cualquier demanda de autodeterminación de cualquier nación? El reconocimiento del *derecho* de todos los ciudadanos a unirse en asociaciones libres no nos obliga en absoluto a los socialdemócratas a *apoyar* la formación de toda nueva asociación ni nos impide pronunciarnos y realizar una labor de agitación en contra de la idea de constituir una nueva asociación que no sea conveniente ni razonable. Reconocemos incluso *el derecho* de los jesuitas a realizar libremente una labor de agitación, pero luchamos (no al modo policiaco, claro está) contra la unión de los jesuitas y los proletarios. Por eso, cuando *Przedswit* dice: "si esa reivindicación de la libre autodeterminación debe ser entendida literalmente (y tal es el significado que hasta ahora le hemos atribuido) nos daríamos por satisfechos", resulta evidente que quien se aparta del sentido literal del programa es precisamente el PSP. Desde un punto de vista formal, lo ilógico de su deducción no ofrece dudas.

Pero no queremos limitarnos a una comprobación formal de nuestra interpretación. Planteemos también expresamente el fondo de la cuestión: ¿debe la socialdemocracia exigir siempre y sin condiciones la independencia nacional o sólo en determinadas condiciones? Y en el segundo caso ¿en cuáles concretamente? El PSP siempre ha resuelto esta cuestión a favor del reconocimiento incondicional, por lo que no nos extraña en absoluto su ternura para con los socialistas-revolucionarios rusos, que exigen un régimen político federativo y se pronuncian en pro del "reconocimiento pleno e incondicional del derecho de autodeterminación nacional" (*Revoliutsiónnaya Rossía*, núm. 18, artículo *El sojuzgamiento nacional y el socialismo revolucionario*). Por desgracia, no se trata más que de una de esas frases democráticas burguesas que muestran por milésima vez la verdadera naturaleza del llamado partido de los llamados socialistas-revolucionarios. Al morder el anzuelo de esas frases y al dejarse seducir por todo ese alboroto, el PSP muestra a su vez lo poco ligado que está en su conciencia teórica y en su actividad política con la lucha de clase del proletariado. Y nosotros debemos *supeditar* la reivindicación de la autodeterminación nacional justamente a los intereses de esa lucha. Y ésa es la condición que establece la diferencia entre nuestro planteamiento de la cuestión nacional y el planteamiento democrático burgués. El demócrata burgués (y también el oportunista socialista de nuestros días, que sigue sus pasos) se imagina que la democracia suprime la lucha de clases, y por eso plantea todas sus reivindicaciones políticas en forma

abstracta, superficial, "incondicional" desde el punto de vista de los intereses de "todo el pueblo" o incluso desde el punto de vista del eterno principio absoluto de la moral. Los socialdemócratas desenmascaran implacablemente esa ilusión burguesa, y lo hacen siempre y en todas partes, lo mismo si está expresada en una filosofía idealista abstracta que en el planteamiento de la reivindicación incondicional de la independencia nacional.

En el caso de que aún sea preciso demostrar que los marxistas no pueden reconocer la reivindicación de independencia nacional más que en forma condicionada y precisamente en virtud de la condición arriba expuesta, citaremos las palabras de un autor que *defendía* desde un punto de vista marxista la reclamación de los proletarios polacos de que se concediera la independencia a Polonia. En 1896, Carlos Kautsky escribía en su artículo *Finis Poloniae*?: "En cuanto el proletariado polaco se dedique a la cuestión polaca, no podrá dejar de pronunciarse a favor de la independencia de Polonia. Por eso, no puede menos de aplaudir cualquier paso que se dé ya ahora en esa dirección siempre y cuando dicho paso sea compatible con los intereses de clase del proletariado internacional en lucha.

"En todo caso -sigue diciendo Kautsky-, es preciso hacer esta salvedad. *La independencia nacional no está tan íntimamente ligada a los intereses de clase del proletariado en lucha como para que haya que tender a ella de un modo incondicional y en todas las circunstancias*.* Marx y Engels defendieron con extraordinaria energía la unificación y la liberación de Italia; pero eso no impidió que en 1859 se pronunciaran contra la alianza de Italia con Napoleón" (*Neue Zeit*, XIV, 2, pág. 520).

Ya lo ven ustedes: Kautsky rechaza de plano la reivindicación *incondicional* de la independencia de las naciones y exige categóricamente que el problema se plantee no sólo en el terreno de la historia en general, sino precisamente en el de clase. Y si examinamos cómo planteaban la cuestión polaca Marx y Engels, veremos que también lo hacían de esa mismísima manera desde el primer momento. La *Nueva Gaceta del Rin*[136] dedicó mucho espacio a la cuestión polaca y reclamaba con energía no sólo la independencia de Polonia, sino también la guerra de Alemania con Rusia por la libertad de Polonia. Sin embargo, en aquella misma época, Marx atacó a Ruge, quien se había pronunciado a favor de la libertad de Polonia en la Dieta de Francfort[137], dando a la cuestión polaca una solución basada exclusivamente en frases democráticas burguesas sobre la "vergonzosa injusticia" y sin hacer el menor análisis histórico. Marx no era uno de esos pedantes y filisteos de la revolución que, en los momentos revolucionarios de la historia, lo que más temen de todo es la "polémica". Se burlaba con sarcasmo implacable del "humanitario" ciudadano Ruge, mostrándole en el ejemplo de la opresión del Sur de Francia por el Norte que no toda opresión nacional despierta siempre un anhelo de independencia legítimo desde el punto de vista de la democracia y del proletariado. Marx hacía referencia a las particulares condiciones sociales por las que "Polonia había llegado a ser la parte revolucionaria de Rusia, Austria y Prusia... Incluso la nobleza polaca, que en parte se asentaba todavía en bases feudales, se había adherido con un espíritu de abnegación sin igual a la revolución agraria democrática. Polonia era ya un foco de la democracia europea cuando Alemania vegetaba aún en la más vulgar ideología constitucional y pomposamente filosófica... Mientras nosotros (los alemanes) ayudemos a oprimir a Polonia, mientras tengamos atada una parte de Polonia a Alemania seguiremos atados nosotros mismos a Rusia y a la política rusa y no podremos liberarnos radicalmente en nuestro país del absolutismo patriarcal-feudal. La creación de una Polonia democrática es la primera condición para crear una Alemania democrática"[138].

Hemos citado con tanta amplitud estas manifestaciones porque muestran a las claras en qué condiciones históricas plasmó entre la socialdemocracia internacional ese planteamiento de la cuestión polaca que ha persistido durante casi toda la segunda mitad del siglo XIX. No fijarse en el cambio que desde entonces han experimentado las condiciones y defender las viejas soluciones del marxismo equivale a permanecer fieles a la letra de la doctrina, pero no a su espíritu, significa repetir de memoria las antiguas conclusiones sin saber aprovechar los métodos de investigación marxista para analizar la nueva situación política. La época de entonces, época de los últimos movimientos revolucionarios burgueses, y la época actual, época de atroz reacción y de máxima tensión de todas las fuerzas en vísperas de la revolución proletaria, se distinguen del modo más fehaciente. *Entonces* era revolucionaria Polonia en su totalidad y no sólo el campesinado, sino también la nobleza en masa. Las tradiciones de la lucha por la liberación nacional eran tan fuertes y tan profundas que los mejores hijos de Polonia, después de haber sido derrotados en su patria, iban a todas partes a prestar apoyo a las clases revolucionarias. El recuerdo de Dabrowski y Wróblewski se halla indisolublemente ligado al más grande movimiento proletario del siglo XIX, a la última insurrección (confiamos en que haya sido la última infructuosa) de los obreros de París[139]. *Entonces* era realmente imposible el pleno triunfo de la democracia en Europa si no se restauraba la independencia de Polonia. *Entonces* Polonia era realmente el baluarte de la civilización frente al zarismo, el destacamento avanzado de la democracia. *Ahora* las clases gobernantes de Polonia, la nobleza

* Subrayado por nosotros.

de Alemania y Austria y los peces gordos de la industria y las finanzas de Rusia son partidarios de las clases gobernantes de los países que oprimen a Polonia, mientras que el proletariado alemán y ruso lucha por su emancipación a la par con el proletariado polaco, que ha recogido heroicamente las grandes tradiciones de la vieja Polonia revolucionaria. *Ahora* los representantes avanzados del marxismo en el vecino país, que están atentos al desarrollo político de Europa y llenos de simpatía por la heroica lucha de los polacos, reconocen, sin embargo, expresamente que "Petersburgo es hoy un centro revolucionario mucho más importante que Varsovia y que el movimiento revolucionario ruso tiene ya mucha más importancia internacional que el polaco". Así hablaba Kautsky en 1896, al exteriorizar que era natural suponer que en el programa de los socialdemócratas polacos figurase la reivindicación de restablecer la independencia de Polonia. Y en 1902, al estudiar la evolución del problema polaco desde 1848 hasta nuestros días, Mehring llegó a la siguiente conclusión: "Si al proletariado polaco se le ocurriera inscribir en su bandera el restablecimiento del Estado clasista polaco, del que ni oír hablar quieren las propias clases dominantes, representaría un sainete histórico. Las clases poseedoras suelen correr esta clase de aventuras (como fue el caso de la nobleza polaca en 1791), pero la clase obrera no puede caer tan bajo. Si esta utopía reaccionaria es sacada a la luz del día para que los sectores de la intelectualidad y de la pequeña burguesía, entre los cuales aún encuentra cierto eco la agitación nacional, se sientan atraídos por la agitación proletaria, merece ser condenada por partida doble como manifestación de ese infame oportunismo que sacrifica los intereses cardinales de la clase obrera en aras de efímeros e insignificantes éxitos de poco precio.

"Estos intereses imponen a rajatabla a los obreros polacos de los tres Estados que se han repartido a Polonia la necesidad de luchar hombro a hombro y sin ninguna reserva al lado de sus hermanos de clase. Pasaron los tiempos en que de la revolución burguesa podía nacer una Polonia libre; en la actualidad, el resurgimiento de Polonia sólo es posible con la revolución social, cuando el proletariado contemporáneo rompa sus cadenas".

Suscribimos por entero esta conclusión de Mehring. Advertimos sólo que tal conclusión sigue siendo intachable aun en el caso de que no vayamos en nuestros argumentos tan lejos como Mehring. No cabe duda de que el estado actual de la cuestión polaca difiere radicalmente del de hace cincuenta años. Pero no puede considerarse eterno tal estado. Tampoco cabe duda de que el antagonismo de clase ha relegado muy a segundo plano los problemas nacionales; pero no se puede afirmar de un modo rotundo, sin correr peligro de caer en el doctrinarismo, que no pueda aparecer por cierto tiempo en el proscenio del drama político tal o cual problema nacional. Ni cabe duda alguna de que es muy poco probable el restablecimiento de Polonia antes de la caída del capitalismo, pero no se puede afirmar la imposibilidad absoluta de que, en determinada concurrencia de circunstancias, la burguesía polaca pueda mostrarse partidaria de la independencia, etc. En este sentido, la socialdemocracia rusa tampoco se ata las manos, ni mucho menos. Al plantear en su programa el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación, lo hace teniendo en cuenta todas las combinaciones posibles y aun todas *las imaginables*. Este programa en modo alguno excluye la posibilidad de que el proletariado polaco haga suya la consigna de una república polaca libre e independiente, aun cuando sea ínfima la probabilidad de que esto pueda realizarse antes del socialismo. Este programa sólo exige que el partido socialista de verdad no corrompa la conciencia proletaria, no vele la lucha de clases, no seduzca a la clase obrera con frases democráticas burguesas, no vulnere la unidad de la actual lucha política del proletariado. En esta condición, la única bajo la cual admitimos la autodeterminación, es justamente donde reside la esencia del problema. En vano se esfuerza el PSP en presentar las cosas como si lo que le separa de los socialdemócratas rusos o alemanes es que éstos niegan el derecho a la autodeterminación, el derecho a aspirar a una república libre e independiente. No es esto lo que nos impide considerar al PSP un auténtico partido obrero socialdemócrata, sino la tendencia que manifiesta a olvidar el punto de vista de clase, a velarlo con su patrioterismo, así como la ruptura de la unidad en la actual lucha política. He aquí, por ejemplo, el habitual planteamiento de la cuestión por el PSP: "...arrancando Polonia al zarismo, nosotros sólo podemos debilitarlo; son los camaradas rusos los que tienen que derribarlo". O bien "al ser suprimida la autocracia, nosotros determinaríamos simplemente nuestro destino, separándonos de Rusia". Vean ustedes a qué monstruosas conclusiones lleva esta monstruosa lógica, aun desde el punto de vista de la reivindicación programática del restablecimiento de la independencia de Polonia. *Como quiera* que una de las posibles consecuencias (pero no cabe duda de que bajo el dominio de la burguesía, no seguras del todo) de la evolución democrática es la reconstitución de Polonia, el proletariado polaco no debe luchar al lado del proletariado ruso por el derrocamiento del zarismo, sino "sólo" por el debilitamiento de éste mediante la separación de Polonia. *Como quiera que* el zarismo ruso va reforzando su alianza con la burguesía y los gobiernos de Alemania, Austria, etc., el proletariado polaco tiene *que* debilitar la suya con el proletariado ruso, alemán, etc., a cuyo lado lucha ahora contra *una misma* opresión. Esto no es otra cosa que sacrificar los más acuciantes intereses del proletariado a una interpretación democrática

burguesa de la independencia nacional. La desintegración de Rusia, a la que aspira el PSP, *en contraste* con nuestro objetivo de derrocar la autocracia, es y será una frase sin sentido mientras el desarrollo económico vaya cohesionando más y más las distintas partes de un todo político y mientras la burguesía de todos los países se vaya agrupando cada vez más estrechamente frente a su enemigo común, el proletariado, y en defensa de su común aliado, el zar. En cambio, *la desintegración de las fuerzas del proletariado*, que gime ahora bajo el yugo de esa misma autocracia, es una triste realidad, es una consecuencia directa del error del PSP, de su prosternación ante las fórmulas democráticas burguesas. Para cerrar los ojos ante esa desintegración del proletariado, el PSP tiene que caer en el patrioterismo y exponer, por ejemplo, las concepciones de los socialdemócratas rusos en los siguientes términos: "Nosotros (los polacos) debemos esperar hasta que llegue la revolución social y, mientras tanto, soportar pacientemente la opresión nacional". Esto es una flagrante falsedad. Los socialdemócratas rusos jamás han aconsejado tal cosa; al contrario, ellos mismos luchan y exhortan a todo el proletariado ruso a luchar contra cualquier opresión nacional en Rusia; ellos proponen en *su* programa no sólo la plena igualdad de derechos para los idiomas, las naciones, etc., sino también el reconocimiento del derecho de cada nación a ser dueña de sus destinos. Y si nosotros, al reconocer ese derecho, *supeditamos* a los intereses de la lucha proletaria nuestro apoyo a la reivindicación de la independencia nacional, sólo un patriotero puede explicar nuestra posición por la desconfianza que otras nacionalidades inspiran a los rusos, pues en realidad tal posición debe desprenderse por fuerza de la desconfianza que la burguesía inspira al proletario consciente. El PSP considera que el problema nacional se reduce a la siguiente contraposición: "nosotros" (los polacos) y "ellos" (los alemanes, rusos, etc.). Pero los socialdemócratas destacan en primer plano esta otra contraposición: "nosotros", los proletarios, y "ellos", la burguesía. "Nosotros" -los proletarios- hemos visto muchísimas veces cómo la burguesía *traiciona* los intereses de la libertad, de la patria, del idioma y de la nación cada vez que se alza ante ella el proletariado revolucionario. Hemos visto cómo la burguesía francesa se entregaba a los prusianos en el momento de mayor opresión y humillación de la nación francesa, cómo el gobierno de la defensa nacional se convertía en el gobierno de la traición al pueblo, cómo la burguesía de una nación oprimida recababa la ayuda de los soldados de la nación opresora para aplastar a sus compatriotas proletarios, que se habían atrevido a tender la mano hacia el poder. Por eso, y sin que nos inmuten lo más mínimo los despropósitos patrioteros y oportunistas, siempre diremos a los obreros polacos: sólo la alianza mayor y más estrecha con el proletariado ruso puede dar satisfacción a las exigencias de la actuar lucha política contra la autocracia, sólo esa alianza es capaz de asegurar la plena emancipación política y económica.

Lo que acabamos de decir de la cuestión polaca puede aplicarse íntegramente a cualquier problema nacional. La maldita historia de la autocracia nos ha dejado en herencia una terrible *desunión* de las clases obreras de los distintos pueblos oprimidos por esa autocracia. Semejante desunión constituye un mal gravísimo y un obstáculo tremendo para la lucha contra la autocracia, por lo que no debemos perpetuar ese mal ni canonizar esa iniquidad con ningún "principio" de independencia orgánica o de "federación" de partidos. Lo más simple y fácil es, naturalmente, seguir la línea de menor resistencia y acomodarse cada cual en su rincón, ateniéndose a la regla de "eso no va conmigo", como quiere hacerlo ahora el Bund. Cuanto mejor comprendamos lo necesaria que es la unidad, cuanto más firme sea nuestro convencimiento de que la ofensiva general contra la autocracia es imposible sin una unidad completa, cuanto más resalte la necesidad de que, dado el régimen político de nuestro país, exista una organización centralizada de lucha, tanto menos inclinados nos sentiremos a conformarnos con una solución "simple" del problema, pero que es tan sólo una solución aparente y, en realidad, profundamente falsa. Si no se comprende cuán nociva es la desunión, si no se quiere acabar a toda costa y de manera radical con esa desunión en el campo del partido proletario, tampoco harán falta las hojas de parra de la "federación", de nada servirá abordar la solución de un problema que en el fondo no quiere resolver una de las "partes", mejor será dejar que las enseñanzas proporcionadas por la experiencia de la vida y por el movimiento real convenzan de la necesidad del centralismo para asegurar el éxito de la lucha de los proletarios de cualquier pueblo oprimido por la autocracia contra esa misma autocracia y contra la burguesía internacional, cada vez más unida.

Publicado el 15 de julio de 1903 en el núm. 44 de "Iskra".

T. 7, págs. 133-242.

UN PASO ADELANTE, DOS PASOS ATRÁS.

(*Una crisis en nuestro partido*)[140]

Prologo

En toda lucha larga, tenaz y apasionada comienzan a perfilarse por lo general, al cabo de cierto tiempo, los problemas en litigio centrales, básicos, de cuya solución depende el desenlace definitivo de la campaña y respecto a los cuales se relegan a segundo plano cada día más todos los episodios de poca monta y pequeñeces de toda índole de la lucha.

Esto es lo que sucede también con la lucha empeñada en el seno de nuestro partido, de la que están pendientes hace ya seis meses todos sus militantes. Y precisamente porque en el esbozo de toda la lucha que ofrezco al lector he tenido que referirme a muchas pequeñeces* de insignificante interés y a muchas intrigas*, en el fondo, de ningún interés, precisamente por ello quisiera, desde el comienzo mismo, atraer la atención del lector a dos puntos verdaderamente centrales y básicos que ofrecen inmenso interés, revisten indudable valor histórico y constituyen las cuestiones políticas más urgentes que nuestro partido tiene planteadas hoy.

La primera de ellas es la relativa a la trascendencia política de la división de nuestro partido en "mayoría" y "minoría", división que ha tomado forma en su II Congreso[141] y que ha dejado muy atrás todas las divisiones anteriores de los socialdemócratas rusos.

La segunda concierne al valor de principio de la posición de la nueva *Iskra*[142] en los problemas de organización, ya que esta posición es efectivamente de principios.

La primera cuestión es la del punto de arranque de nuestra lucha en el partido, la del origen, las causas y el carácter político fundamental de esta lucha. La segunda cuestión es la de los resultados definitivos de la misma, la de su meta, la del balance que, en el terreno de los principios, resulta si se suma todo lo que se refiere a la esfera de los principios y se resta todo lo que se refiere a la esfera de las intrigas mezquinas. La primera cuestión se despeja analizando la lucha desplegada en el congreso del partido; la segunda, analizando el nuevo contenido de principio de la nueva *Iskra*. Uno y otro análisis, que constituyen el contenido de las nueve décimas partes de mi folleto, llevan a la conclusión de que la "mayoría" es el ala revolucionaria de nuestro partido, y la "minoría" es su ala oportunista. Las discrepancias que separan un ala de la otra en el presente se reducen, principalmente, no al programa ni a la táctica, sino sólo a problemas de organización; el nuevo sistema de concepciones, que se vislumbra en la nueva *Iskra* con tanta mayor claridad cuanto más procura ahondar su posición y cuanto más depurada va quedando ésta de intrigas por la cooptación, es el oportunismo en los problemas de organización.

El principal defecto de lo que se ha escrito hasta ahora sobre la crisis de nuestro partido, en el terreno del estudio y explicación de los hechos, es la falta casi total de un análisis de las actas del congreso del partido y, en el terreno del esclarecimiento de los principios fundamentales del problema de organización, la falta de un análisis del nexo que indudablemente existe entre el error cardinal cometido por los camaradas Mártov y Axelrod al formular el artículo primero de los estatutos y al defender esta fórmula, por una parte, y todo el "sistema" (si es que puede hablarse en este caso de sistema) de concepciones de principio que ahora tiene *Iskra* sobre el problema de organización. La actual redacción de *Iskra* ni siquiera advierte, por lo visto, este nexo, aun cuando en las publicaciones de la "mayoría" se haya señalado ya muchísimas veces la importancia de las discusiones en torno al artículo primero. En el fondo, el camarada Axelrod y el camarada Mártov no hacen ahora sino ahondar, acrecentar y ensanchar su error inicial respecto al artículo primero. En realidad, la posición de los oportunistas en el problema de organización, consistente en que abogan por una organización amorfa y sin fuerte cohesión; en que rechazan la idea (la idea "burocrática") de estructurar el partido de arriba abajo conforme al congreso del mismo y a los organismos elegidos por él; en su tendencia a ir de abajo arriba, permitiendo que se tenga por miembro del partido cualquier profesor, cualquier estudiante de bachillerato, "todo huelguista"; en su hostilidad al "formalismo" que exige de los militantes la pertenencia a una de las organizaciones reconocidas por el partido; en su propensión a la psicología del intelectual burgués, dispuesto tan sólo a "reconocer platónicamente las relaciones de organización"; en la facilidad con que se entregan a las lucubraciones oportunistas y a las frases anárquicas; en su tendencia al autonomismo en contra del centralismo; resumiendo, en todo lo que hoy florece con exuberancia en la nueva *Iskra*, contribuyendo cada día más al esclarecimiento palmario y completo del error inicial, despuntó ya en las discusiones

---

* Omitidas en la presente edición. (*N. de la Edit.*)
* Omitidas en la presente edición. (*N. de la Edit.*)

entabladas en torno al artículo primero.

Por lo que se refiere a las actas del congreso del partido, la falta de atención, verdaderamente inmerecida, de que son objeto puede explicarse sólo por las intrigas que encizañan nuestras discusiones y, además, tal vez por la abundancia de verdades demasiado amargas contenidas en esas actas que brindan un cuadro único en su género -insustituible por lo exacto, lo completo, lo polifacético, lo rico y lo auténtico- de la verdadera situación creada en nuestro partido; un cuadro de los puntos de vista, de los estados de ánimo y de los planes pintado por los mismos hombres que participan en el movimiento; un cuadro de los matices políticos existentes en nuestro partido que permite ver su fuerza relativa, sus relaciones mutuas y su lucha. Precisamente las actas del congreso del partido, y sólo ellas, son las que nos permiten ver hasta qué punto hemos conseguido barrer de verdad los restos de las viejas relaciones, puras relaciones de círculo, y sustituidas con una grande y única conexión del partido. Todo militante que quiera participar conscientemente en los asuntos de su partido está obligado a estudiar con detenimiento nuestro congreso; y repito que a estudiar, porque la mera lectura del montón de escritos desordenados, como son las actas, no basta para dar un cuadro del congreso. Sólo mediante un estudio minucioso e individual puede conseguirse (y debe conseguirse) que los breves resúmenes de los discursos, los sucintos extractos de las discusiones y las pequeñas escaramuzas por pequeñas (pequeñas al parecer) cuestiones converjan en un todo para que los miembros del partido vean alzarse viva la figura de cada orador destacado y quede clara toda la fisonomía política de cada grupo de delegados al congreso. El que escribe estas líneas dará por bien empleado su trabajo si consigue al menos impulsar el estudio amplio e individual de las actas del congreso del partido.

Unas palabras más sobre los adversarios de la socialdemocracia. Se refocilan con malicia de nuestras discusiones, haciendo muecas de alegría; procurarán, claro es, entresacar para sus fines algunos pasajes sueltos de mi folleto, consagrado a los defectos y deficiencias de nuestro partido. Los socialdemócratas rusos están ya lo bastante fogueados en la brega para no dejarse cohibir por semejantes alfilerazos y para continuar, pese a ellos, su labor de autocrítica, poniendo al descubierto sin piedad sus propias deficiencias, que a la fuerza serán inexorablemente allanadas por el desarrollo del movimiento obrero. ¡Y que prueben los señores adversarios a describirnos un cuadro de la situación *efectiva* de sus "partidos" que tenga aunque sólo sea un lejano parecido con el que ofrecen las actas de nuestro II Congreso!

Mayo de 1904.

N. Lenin

a) Preparación del congreso

En el anuncio de 1900 que precedió a la inauguración de *Iskra*, este periódico declaró que, antes de unificarnos, hacía falta deslindar nuestros campos. *Iskra* procuró convertir la Conferencia de 1902[143] en una reunión privada y no en un congreso del partido*. *Iskra* procedió con extraordinario cuidado en el verano y el otoño de 1902 al renovar el Comité de Organización elegido por aquella conferencia. Por último, la labor de deslindamiento acabó tal y como todos nosotros reconocimos. El Comité de Organización se constituyó en las postrimerías de 1902, *Iskra* celebró su afianzamiento y declaró -en el artículo *de fondo* del núm. 32- que la convocatoria de un congreso del partido era una necesidad *de lo más imperiosa* y urgente. De modo que lo que menos se nos puede reprochar es precipitación en la convocatoria del II Congreso. Nos atuvimos estrictamente a la regla: en cosa alguna, pensar mucho y hacer una.

b) Importancia de los agrupamientos en el congreso

¿Cuál era, pues, la tarea principal del congreso? Crear un partido *verdadero* basado en las normas de principio y organización propuestas y elaboradas por *Iskra*. Los tres años de actividad de *Iskra* y su reconocimiento por la mayoría de los comités habían decidido de antemano que ésa debía ser precisamente la dirección en que habría de trabajar el congreso. El programa y la orientación de *Iskra* debían convertirse en el programa y la orientación del partido; los planes de organización de *Iskra* debían quedar consolidados en los estatutos orgánicos del partido. Pero se comprende de por sí que semejante resultado no podía conseguirse sin lucha: la plenitud de representación en el congreso aseguraba también la asistencia de organizaciones que sostenían contra *Iskra* una lucha denodada (Bund y *Rabócheie Dielo*)[144] y de otras que, reconociendo de palabra a *Iskra* como órgano directivo, perseguían en la práctica planes peculiares suyos y se distinguían por su falta de firmeza en el terreno de los principios (el grupo *Yuzhni Rabochi*[145] y los delegados de algunos comités adheridos a él). En tales condiciones, el congreso no podía menos de convertirse en *campo de batalla por la victoria de la orientación iskrista*. Todo el que lea con alguna atención las actas del congreso verá en seguida que éste fue en realidad dicho campo de batalla. Nuestra misión ahora consiste en estudiar detenidamente los agrupamientos principales que, con motivo de diversas cuestiones, se han manifestado en el congreso y reconstruir, con los datos exactos de las actas, la fisonomía política de cada uno de los grupos fundamentales del mismo. ¿Qué eran en verdad los grupos, tendencias y matices que debían unirse en el congreso, bajo la dirección de

* Véanse las actas del II Congreso, pág. 20.

Iskra, en un partido único? Esto es lo que hemos de mostrar, analizando los debates y las votaciones. La aclaración de este punto es también de cardinal importancia para estudiar quiénes son en realidad nuestros socialdemócratas y para comprender las causas de la discrepancia.

c) Comienza el congreso. Incidente con el Comité de organización

Como mejor se hará el análisis de los debates y votaciones del congreso será siguiendo el orden de las sesiones del mismo, a fin de ir señalando consecutivamente los matices políticos que en él iban resaltando cada vez más. Sólo cuando sea absolutamente necesario dejaremos de atenernos al orden cronológico para examinar de paso problemas que guarden estrecha relación entre sí o agrupamientos homogéneos. En aras de la imparcialidad, trataremos de señalar *todas* las votaciones principales, dejando a un lado, naturalmente, numerosos casos en que se votaron menudencias que nos quitaron en el congreso inmensidad de tiempo (en parte, por nuestra inexperiencia y porque no supimos distribuir los problemas entre las reuniones de comisiones y las sesiones plenarias, y, en parte, por dilaciones rayanas en la obstrucción).

El primer problema promotor de los debates en que empezaron a manifestarse los diferentes matices fue el de la prelación (en el "orden del día" del congreso) del punto siguiente: "Situación del Bund en el partido (págs. 29-33 de las actas). Según el criterio iskrista, que defendíamos Plejánov, Mártov, Trotski y yo, no podía haber ningún género de dudas a este respecto. La salida del Bund del seno del partido demostró de manera fehaciente la justedad de nuestras consideraciones: si el Bund no quería ir con nosotros ni reconocer los principios de organización que con *Iskra* compartía la mayoría del partido, era inútil y absurdo "aparentar" que íbamos juntos y únicamente alargar el congreso (como lo alargaban los bundistas). El problema estaba ya claro por completo en las publicaciones; y para todo militante que reflexionara algo era evidente que sólo cabía plantear de plano la cuestión y elegir expresa y honestamente entre autonomía (vamos juntos) y federación (nos separamos).

Con toda su política de evasivas, también aquí quisieron los bundistas eludir el problema, aplazándolo. Se les unió el camarada Akímov, quien planteó en el acto, por lo visto en nombre de todos los partidarios de *Rabócheie Dielo*, las discrepancias con *Iskra* en materia de organización (pág. 31 de las actas). Al lado del Bund y de *Rabócheie Dielo* se coloca el camarada Májov (¡dos votos del comité de Nikoláiev, que hacía poco había expresado su solidaridad con *Iskra*!). El camarada Májov tiene una verdadera confusión en este problema y cree también un "problema peliagudo" el del "régimen democrático o, por el contrario (¡fíjense en esto!), del centralismo".

De manera que contra los iskristas están: el Bund, *Rabócheie Dielo* y el camarada Májov, que reúnen precisamente los diez votos opuestos a nosotros (pág. 33). El número de *votos a nuestro favor* fue de *treinta*, en torno del cual oscilan con frecuencia, como veremos más adelante, los votos de los iskristas. Hubo once abstenciones de los que, por lo visto, no se inclinaban por ninguno de los dos "partidos" en pugna. Es interesante observar que, cuando votamos el artículo 2 de los estatutos del Bund (artículo que, al ser rechazado, provocó la salida del Bund del seno del partido), los votos a favor del artículo 2 y las abstenciones sumaron también diez (pág. 289 de las actas), absteniéndose precisamente los tres representantes de *Rabócheie Dielo* (Brúker, Martínov y Akímov) y el camarada Májov. Es evidente que la votación sobre *el lugar* que correspondía al problema del Bund tuvo por resultado un agrupamiento *nada casual*. Es evidente que todos estos camaradas disentían de *Iskra* no sólo en la cuestión técnica del orden de examen de los problemas, sino *también en el fondo*.

Después de votar el lugar que correspondía al problema del Bund, surgió en el congreso la cuestión del grupo Borbá[146], cuestión que produjo también un agrupamiento muy interesante y que estaba estrechamente relacionada con el problema más "peliagudo" del congreso: el de la composición personal de los organismos centrales. La comisión encargada de decidir quién ha de tomar parte en el congreso opina que no debe invitarse al grupo Borbá, según acuerdo, *dos veces reiterado*, del Comité de Organización (v. págs. 383 y 375 de las actas) y el informe de *sus representantes en esta comisión* (pág. 35).

El camarada Egórov, *miembro del Comité de Organización*, declara que "el problema del grupo Borbá (tomen nota: del grupo Borbá y no de tal o cual miembro de este grupo) es nuevo para él" y pide que se suspenda la sesión. Es una incógnita sin despejar el que un problema sobre el que han recaído dos acuerdos del Comité de Organización pueda ser nuevo para uno de sus miembros. Se suspende la sesión y se reúne el Comité de Organización (pág. 40 de las actas) con la asistencia de sus miembros que se encuentran por casualidad en el congreso (estaban ausentes varios miembros del mismo, que eran de los viejos de la organización de *Iskra*). Comienzan los debates sobre Borbá. Están en pro los representantes de *Rabócheie Dielo* (Martínov, Akímov y Brúker, págs. 36-38); en contra, los iskristas (Pavlóvich, Sorokin, Langue, Trotski, Mártov y otros). Nuevamente se abre en el congreso la división en grupos que ya conocemos. Con motivo de Borbá se empeña una lucha tenaz, y el camarada Mártov pronuncia un discurso muy detallado (pág. 38) y "combativo" en el que alude con razón a la

"desigualdad con que están representados" los grupos rusos y extranjeros, habla de que no estaría "bien" del todo conceder a un grupo del extranjero un "privilegio" (¡palabras de oro, especialmente instructivas ahora, desde el punto de vista de lo que ha sucedido después del congreso!), que no debía fomentarse "en el partido el caos orgánico, manifestación sintomática del cual era un desmembramiento no debido a ninguna consideración de principio". *Nadie*, fuera de los partidarios de *Rabócheie Dielo*, se puso de una manera franca y argumentada al lado del grupo Borbá mientras estuvo abierto el turno de petición de la palabra (pág. 40).

Después de cerrado el turno de petición de la palabra, cuando ya no se puede hablar *sobre el fondo* de la cuestión, el camarada Egórov "insiste en que se escuche el acuerdo que acaba de tomar el Comité de Organización". No es de extrañar que los delegados al congreso se muestren indignados de tal proceder, y el camarada Plejánov, como presidente, expresa su "perplejidad de que el camarada Egórov siga en sus trece". Porque una de dos: o se habla clara y concretamente sobre el fondo de la cuestión ante todo el congreso o se calla uno la boca. ¡Pero dejar que se cierre el turno de petición de la palabra y presentar después al congreso como "palabras finales" *un nuevo* acuerdo del Comité de Organización precisamente sobre el problema discutido es un golpe a traición!

La sesión se reanuda después de la comida, y el buró, que sigue en la perplejidad, decide dejarse de "formalidades" y echar mano del último recurso que sólo en casos extremos se utiliza en los congresos: "la explicación entre camaradas". Popov, representante del Comité de Organización, comunica el acuerdo de éste aprobado por todos sus miembros con un voto en contra, el de Pavlóvich (pág. 43), acuerdo que propone al congreso invitar a Riazánov.

Pavlóvich declara que ha negado y sigue negando legitimidad a la reunión del Comité de Organización y que el nuevo acuerdo del citado comité "*está en contradicción con el anterior*". Esta declaración desencadena una verdadera tempestad. El camarada Egórov, también miembro del Comité de Organización y del grupo *Yuzhni Rabochi*, elude en su respuesta el fondo del problema y quiere trasladar el centro de la atención al de la disciplina. El camarada Pavlóvich, dice, ha faltado a la disciplina de partido (!), ya que el Comité de Organización, después de examinar la protesta de aquél, había acordado "no poner en conocimiento del congreso la opinión particular de Pavlóvich". Se pasa a discutir el problema de la disciplina de partido, y Plejánov explica en forma didáctica al camarada Egórov, entre ruidosos aplausos del congreso, que "*nosotros no tenemos mandatos imperativos*" (pág. 42, cfr. pág. 379, reglamento del congreso, artículo 7: "Los delegados no tendrán limitados sus poderes por mandatos imperativos. Gozarán de plenas libertad e independencia en su ejercicio"). "El congreso es la instancia suprema del partido", y, por tanto, falta a la disciplina debida al partido y al reglamento del congreso precisamente quien ponga obstáculos en cualquier forma a que cualquiera de los delegados apelen *directamente* al congreso sobre *todas* las cuestiones de la vida del partido sin excepción alguna. La cuestión en litigio se reduce, pues, al dilema: ¿círculos o partido? O restricción de los derechos de los delegados al congreso, en virtud de imaginarios derechos o estatutos de toda suerte de grupos y círculos, o disolución *total* antes del congreso, y no sólo de palabra, sino de hecho, de todas las instancias inferiores y viejos grupitos hasta que se creen verdaderas instituciones funcionales del partido. El lector puede ver ya por esto la inmensa importancia de principio que tenía tal discusión al comienzo mismo (tercera sesión) de un congreso que se proponía restaurar de hecho el partido. En esta discusión se concentraba, por decirlo así, el conflicto declarado entre los antiguos círculos y grupitos (como el *Yuzhni Rabochi*) y el partido que renacía. Y los grupos antiiskristas salen en seguida a la superficie: tanto el bundista Abramsón como el camarada Martínov, ardiente partidario de la actual redacción de *Iskra*, y el camarada Májov, a quien también conocemos, se pronuncian a favor de Egórov y del grupo *Yuzhni Rabochi*, en contra de Pavlóvich. El camarada Martínov, que ahora, a porfía con Mártov y Axelrod, hace gala de "democracia" en materia de organización, recuerda hasta... ¡¡el ejército, donde sólo se puede apelar a la instancia superior por mediación de la inferior!! Todo el que asistía al congreso o había estado muy al tanto de la historia interna de nuestro partido hasta la celebración del congreso comprendía con meridiana claridad el verdadero sentido de esta "cerrada" oposición antiiskrista. La tarea de la oposición (acaso no siempre comprendida por todos sus representantes y a veces sostenida por inercia) consistía en salvaguardar la independencia, la peculiaridad y los intereses de capilla de los pequeños grupos para que no se los tragara un partido amplio que se venía estructurando tal y como estipulaban los principios iskristas.

Ese es precisamente el punto de vista que, respecto a la cuestión tratada, adoptó asimismo el camarada Mártov, quien por entonces no se había unido aún a Martínov. El camarada Mártov se alza resuelto y con razón contra quienes, "en la idea de la disciplina de partido, no van más allá de las obligaciones del revolucionario ante el grupo de orden *inferior* del que forma parte". "En el seno de un partido unido es inadmisible agrupamiento *forzoso* alguno" (subrayado por Mártov), explica Mártov a los defensores de los círculos sin prever cómo fustigan estas palabras su propia conducta política en las últimas sesiones del congreso y

después de él...

d) Disolución del grupo "*Yuzhni Rabochi*"

Quizás tenga visos de casualidad la forma en que se dividieron los delegados en el problema del Comité de Organización. Pero tal opinión sería errónea, y, para eliminarla, abandonaremos el orden cronológico y examinaremos en el acto un incidente que, aun cuando se produjo al finalizar el congreso, está íntimamente relacionado con lo que acabamos de exponer. Se trata de la disolución del grupo *Yuzhni Rabochi*. En contra de las tendencias de *Iskra* en materia de organización -plena cohesión de las fuerzas del partido y eliminación del caos que las desmiembra- se pronunciaron en este caso los intereses de uno de los grupos, cuya labor era útil mientras no había un verdadero partido, pero que holgaba cuando se organizó el trabajo de un modo centralizado. En aras de los intereses de un círculo, el grupo *Yuzhni Rabochi* podía pretender con tanto derecho como la vieja redacción de *Iskra* a que se observara la "continuidad" y su inviolabilidad. En aras de los intereses del partido, este grupo debía someterse al traslado de sus fuerzas a "las correspondientes organizaciones del partido" (pág. 313, final de la resolución adoptada por el congreso). Desde el punto de vista de los intereses de círculo y de la mentalidad "filistea" no podía menos de parecer "delicada" (expresión de los camaradas Rúsov y Deutsch) la disolución de un grupo útil, que tenía tan pocas ganas de disolverse como la vieja redacción de *Iskra*. Desde el punto de vista de los intereses del partido, era imprescindible la disolución, "el desleimiento" (expresión de Gúsev) en el partido. El grupo *Yuzhni Rabochi* dijo sin rodeos que "no estimaba necesario" declararse disuelto y exigía que "el congreso expresara su opinión en forma categórica" y, además "en el acto: sí o no". El grupo *Yuzhni Rabochi* apelaba explícitamente a la misma "continuidad" que la vieja redacción de *Iskra*... ¡después de haber sido disuelta! "Aunque todos nosotros, uno por uno, constituimos un partido unido -dijo el camarada Egórov-, este partido se compone, sin embargo, de toda una serie de organizaciones que se deben tener en cuenta *como magnitudes históricas*... Si una organización de este tipo *no perjudica al partido, no hay motivo para disolverla*".

Así pues, se planteaba con absoluta claridad una importante cuestión *de principio*, y todos los iskristas -mientras no salían aún a primer plano sus propios intereses de circulo- se levantaron con denuedo contra los elementos vacilantes (los bundistas y dos de *Rabócheie Dielo* habían abandonado ya el congreso; se habrían declarado sin duda decididos partidarios de "tener en cuenta las magnitudes históricas"). La votación dio *treinta y un votos a favor*, cinco en contra y cinco abstenciones (cuatro miembros del grupo *Yuzhni Rabochi* y probablemente Belov, a juzgar por sus anteriores declaraciones, pág. 308). El grupo de *diez votos*, opuesto a rajatabla al plan de organización consecuente propugnado por *Iskra* y defensor de los círculos contra el espíritu de partido, se perfila con toda nitidez. En los debates, los iskristas plantean esta cuestión precisamente desde el punto de vista de los principios (véase el discurso de Langue, pág. 315), pronunciándose en contra de los métodos primitivos de trabajo y de la dispersión, negándose a tener en cuenta las "simpatías" de las diversas organizaciones y diciendo francamente que la unificación del partido y el triunfo de los principios programáticos que aquí hemos aprobado se habrían conseguido ya "si los camaradas del grupo *Yuzhni Rabochi* se hubieran atenido antes, hace uno o dos años, a un punto de vista de mayor adhesión a los principios". En el mismo sentido hablan Orlov, Gúsev, Liádov, Muraviov, Rúsov, Pavlóvich, Glébov y Gorin. Los iskristas de la "minoría", lejos de impugnar estas alusiones concretas, que se hicieron reiteradamente en el congreso a la política y la "trayectoria" de insuficiente adhesión a los principios que seguían el grupo *Yuzhni Rabochi*, Májov y otros; lejos de hacer salvedad alguna a este respecto, se unieron resueltamente a ellos por boca de Deutsch, censurando el "caos" y aplaudiendo que el propio camarada Rúsov "planteara francamente la cuestión" (pág. 315).

El asunto de la disolución del grupo *Yuzhni Rabochi* indignó terriblemente a sus componentes, de lo que también encontramos indicios en las actas (no debe olvidarse que las actas dan sólo un pálido reflejo de los debates, pues en lugar de discursos completos contienen extractos y resúmenes muy abreviados). El camarada Egórov calificó incluso de "mentira" la simple mención del grupo *Rabóchaya Mysl*[147] junto al *Yuzhni Rabochi*, ejemplo típico de la actitud predominante en el congreso respecto al "economismo" consecuente. Incluso mucho después, en la 37 sesión, Egórov habla de la disolución de *Yuzhni Rabochi* con la mayor de las irritaciones (pág. 356), pidiendo que se haga constar en el acta que, cuando se trató de este grupo, no se preguntó a sus miembros con qué medios contaban para editar ni se les habló del control por parte del Órgano Central y del Comité Central. Durante la discusión sobre el grupo *Yuzhni Rabochi*, el camarada Popov alude a la compacta mayoría que pareció decidir de antemano la cuestión de dicho grupo. "Ahora -dice (pág. 316)-, *después de los discursos de los camaradas Gúsev y Orlov, todo está claro*". El sentido de estas palabras es indudable: ahora, después de que los iskristas han expresado su opinión y han propuesto una resolución, todo está claro, es decir, está claro que el grupo *Yuzhni Rabochi* será disuelto contra su voluntad.

e) El incidente de la igualdad de las lenguas

Volvamos al orden de sesiones del congreso.

Hemos podido persuadirnos de que antes aún de

que se pasara a examinar a fondo las cuestiones, se había manifestado ya con claridad en el congreso no sólo un grupo perfectamente definido de antiiskristas (ocho votos), sino también un grupo de elementos intermedios, vacilantes, dispuestos a apoyar a estos ocho y aumentar su número hasta dieciséis o dieciocho votos.

La cuestión del lugar que debía ocupar el Bund en el partido, examinada en el congreso con extraordinarios y excesivos pormenores, se redujo a tratar una tesis de principio, posponiéndose el acuerdo práctico hasta que se discutieran las relaciones en materia de organización. Como en las publicaciones se había dedicado ya bastante espacio antes del congreso a explicar temas referentes a este punto, los debates del congreso dieron poco relativamente nuevo. Sin embargo, no se puede menos de señalar que los partidarios de *Rabócheie Dielo* (Martínov, Akímov y Brúker), al decir que estaban conformes con la resolución de Mártov, hicieron la salvedad de que la consideraban insuficiente y disentían de ella en las conclusiones (págs. 69, 73, 83, 86).

Después de tratar del lugar que correspondía al Bund, el congreso pasó a discutir el programa. En este punto, la mayor parte de la discusión giró en torno a enmiendas parciales de escaso interés. En principio, la oposición de los antiiskristas se expresó únicamente en la cruzada del camarada Martínov contra el célebre planteamiento de la cuestión de lo espontáneo y lo consciente. Estuvieron de acuerdo con Martínov, como es natural, los bundistas y los de *Rabócheie Dielo*. Mártov y Plejánov, entre otros, demostraron lo infundado de las objeciones de Martínov. ¡Como cosa curiosa hay que hacer notar que la redacción de *Iskra* (tras de pensarlo, por lo visto) se ha pasado al lado de Martínov y dice ahora lo contrario de lo que decía en el congreso![148]

Dejando a un lado las discusiones sobre el reconocimiento de *Iskra* como Órgano Central (de las que hemos hablado antes) y el comienzo de los debates sobre los estatutos (será más cómodo analizar los debates cuando examinemos toda la discusión de los estatutos), pasaremos a los matices de principio que se descubrieron al tratar del programa. Señalemos ante todo un detalle típico en grado sumo: los debates acerca de la representación proporcional. El camarada Egórov, del grupo *Yuzhni Rabochi*, abogó por que se incluyera este punto en el programa, y lo hizo de tal modo que motivó la acertada objeción de Posadovski (iskrista de la minoría) de que había una "seria discrepancia". "Es indudable -dijo el camarada Posadovski- que disentimos en la cuestión fundamental siguiente: *¿es preciso someter nuestra política futura a unos u otros principios democráticos fundamentales, reconociéndoles un valor absoluto*, o bien deben quedar todos los principios democráticos sometidos exclusivamente a los intereses de nuestro partido? Me declaro decididamente partidario de esto último". Plejánov "se adhiere sin reservas" a Posadovski, rebelándose de manera más concreta y enérgica aún contra "el valor absoluto de los principios democráticos" y contra "el modo abstracto" de interpretarlos. "Es concebible en hipótesis el caso – dice de que los socialdemócratas estemos en contra del sufragio universal. Hubo una época en que la burguesía de las repúblicas italianas privaba de derechos políticos a la nobleza. El proletariado revolucionario podría limitar los derechos políticos de las clases superiores, lo mismo que éstas hacían antes con él". El discurso de Plejánov es acogido con aplausos y, siseos, y cuando Plejánov protesta contra el *Zwischenruf**, diciendo "no hay que sisear", y ruega a los camaradas que no se cohíban, el camarada Egórov se pone en pie y dice: "Como esos discursos provocan aplausos, no tengo más remedio que sisear". Y se declara con el camarada Goldblat (delegado del Bund) en contra de las opiniones de Posadovski y Plejánov. Es de lamentar que se levantara la sesión y no se volviera a tratar el asunto que surgió en los debates.

La discrepancia se puso de manifiesto con mayor relieve aún en la cuestión de la "igualdad de las lenguas" (pág. 171 y siguientes de las actas). En este punto los debates no son tan elocuentes como las votaciones: sumándolas, llegamos a la cifra inverosímil de ¡*dieciséis*! ¿Cuál fue el motivo? Decidir si bastaba señalar en el programa la igualdad de todos los ciudadanos, independientemente de su sexo, etc., *y de su lengua*, o si era preciso decir: "libertad de lengua" o "igualdad de las lenguas". El camarada Mártov ha definido este episodio con bastante acierto en el Congreso de la Liga, diciendo que "una discusión insignificante sobre la redacción de un punto del programa adquirió significación de principio porque la mitad del congreso se mostraba dispuesta a echar abajo la Comisión de Programa". Así es, precisamente. El motivo del choque fue insignificante en realidad, y, sin embargo, el choque adquirió verdadero carácter *de principio* y, por lo mismo, formas terriblemente encarnizadas, llegándose al intento de "*echar abajo*" la Comisión de Programa y a sospechar que se deseaba "*jugar una mala pasada al congreso*" (¡sospecha que Egórov expresó con relación a Mártov!), llegándose a cruzar alusiones personales del carácter más... insultante (pág. 178). Incluso el camarada Popov "lamentó que, por naderías, se creara *ese ambiente*" (subrayado por mí, pág. 182), ambiente que reinó durante tres sesiones (16, 17 y 18).

Todas estas expresiones muestran del modo más preciso y categórico el importantísimo hecho de que el ambiente de "sospechas" y de las más enconadas formas de lucha ("echar abajo") -¡después, en el

* Objeción hecha desde un escaño durante un discurso. (*N. de la Edit.*)

Congreso de la Liga, se acusó a la mayoría de los iskristas de haberlo creado!- había sido creado, en realidad, *mucho antes de que nos escindiéramos en mayoría y minoría*. El conflicto no lo promovieron ni los insultos ni las pullas, que fueron sólo un síntoma de que en el mismo agrupamiento político del congreso existía una "contradicción", existían todos los antecedentes de un conflicto, existía una falta de homogeneidad interna que prorrumpía con fuerza inmanente con cualquier motivo, *incluso insignificante*.

Por el contrario, desde el punto de vista que yo observo el congreso, se explica y era inevitable por completo el conflicto más agudo de carácter *de principio* por un motivo "insignificante". Puesto que en nuestro congreso hubo una lucha constante entre iskristas y antiiskristas, puesto que entre éstos y aquéllos estaban los elementos vacilantes y puesto que estos últimos sumaban con los antiiskristas un tercio de los votos (8+10=18 de 51, según mis cálculos, por supuesto aproximados), resulta muy comprensible y natural que *siempre que se apartaba de los iskristas una minoría, aunque fuese pequeña*, se abría una posibilidad de victoria de la tendencia antiiskrista, provocándose, por ello mismo, una lucha "rabiosa". Esto no es resultado de las salidas de tono e invectivas de inoportuna dureza, sino de la correlación de fuerzas políticas. No eran las palabras mayores las que daban origen al conflicto político, sino la existencia de un conflicto político en el mismo agrupamiento del congreso lo que daba pie a los insultos y a las diatribas: esta contraposición encierra la discrepancia fundamental de principio entre Mártov y nosotros en la apreciación de la importancia política del congreso y de sus resultados.

En el transcurso de todo el congreso hubo tres casos notables de separación de un grupo insignificante de iskristas de su mayoría -la igualdad de las lenguas, el artículo primero de los estatutos y las elecciones-, y en los tres casos se entabló una lucha encarnizada que, al fin y al cabo, ha tenido por consecuencia la grave crisis que sufre ahora el partido. Para comprender el sentido político de esta crisis y de esta lucha, debemos examinar los agrupamientos políticos de los matices que se enfrentaron en el congreso.

Comienza la guerra por una discusión entre el camarada Mártov y el líder de los bundistas, camarada Líber (págs. 171-172). Mártov procura demostrar que es suficiente exigir "la igualdad de derechos de los ciudadanos". Se declina la "libertad de idioma", pero se propone de rechazo la "igualdad de las lenguas", y el camarada Egórov se lanza al combate en compañía de Líber. Mártov califica de fetichismo "el que los oradores insistan en la igualdad de las naciones y trasladen la desigualdad al terreno lingüístico. Entretanto, esta cuestión debe examinarse por otro lado: existe una desigualdad de derechos entre las naciones, y esta desigualdad se expresa también, entre otras cosas, en que los de una nación determinada se ven privados del derecho a emplear su lengua materna" (pág. 172).

El agrupamiento de los delegados en esta lucha está claro en especial merced a la abundancia de votaciones nominales. Estas votaciones fueron tres. Contra el núcleo iskrista forman bloque permanente todos los antiiskristas (ocho votos) y, con muy ligeras vacilaciones, todo el centro (Májov, Lvov, Egórov, Popov, Medvédev, Ivanov, Tsariov, Belov; sólo vacilaron al principio los dos últimos, absteniéndose unas veces, votando otras con nosotros, y no se definieron por completo hasta la tercera votación). De los iskristas se separa una parte, sobre todo los caucasianos (tres con seis votos), y, debido a esto, prevalece al fin y al cabo la tendencia del "fetichismo". Cuando se votó por tercera vez, cuando los partidarios de ambas tendencias aclararon más sus posiciones, los tres caucasianos de los seis votos se apartaron de los iskristas de la mayoría y se adhirieron al grupo contrario. De los iskristas de la minoría se apartaron dos con dos votos: Posadovski y Róstich. En las dos primeras votaciones se pasaron al grupo opuesto o se abstuvieron: Lenski, Stepánov y Gorski, de la mayoría iskrista, y Deutsch, de la minoría. *La separación de ocho votos iskristas (del total de treinta y tres) inclinó la balanza a favor de la coalición de antiiskristas y elementos vacilantes*. Este es precisamente el hecho fundamental de la división en grupos que hubo en el congreso, hecho que volvió a repetirse (separándose sólo *otros* iskristas) con motivo de la votación del artículo primero de los estatutos y de las elecciones.

f) El programa agrario

La falta de firmeza de los antiiskristas y del "centro" en el terreno de los principios se puso también de relieve en las discusiones entabladas en torno al programa agrario, que quitaron al congreso mucho tiempo (véase págs. 190-226 de las actas) y plantearon numerosas cuestiones de extraordinario interés. Como podía esperarse, es el camarada Martínov quien emprende la ofensiva contra el programa (después de unas pequeñas observaciones de los camaradas Líber y Egórov). Utiliza el viejo argumento de que, corrigiendo "precisamente esta injusticia histórica", "canonizamos" de un modo indirecto "otras injusticias históricas", etc. Se pone de su lado el camarada Egórov, que ni siquiera "ve claramente cuál es el sentido de este programa: se trata de un programa para nosotros, es decir, formula las reivindicaciones que nosotros planteamos, o se trata de un programa que nosotros queremos hacer popular" (!?!?). El camarada Líber "desearía hacer las mismas indicaciones que el camarada Egórov". El camarada Májov habla con la decisión que le es propia, declarando que "la mayoría (?) de los que han hablado no comprende en absoluto qué es el programa propuesto ni los fines que persigue". Según

dice, "es difícil considerar socialdemócrata el programa agrario propuesto"; este programa... "huele un poco a juego a enmendar injusticias históricas", tiene "un matiz de demagogia y aventurerismo". La confirmación teórica de estas lucubraciones es la habitual exageración y simplificación del marxismo vulgar: se afirma que los iskristas "quieren operar con los campesinos como con algo homogéneo; y como los campesinos están ya hace tiempo (?) divididos en clases, el proponer un programa único conduce inevitablemente a hacer demagógico este programa en su conjunto que, al ser aplicado, se transformará en una aventura" (202). El camarada Májov "delata" aquí la verdadera causa de la actitud negativa que ante nuestro programa agrario adoptan muchos socialdemócratas, dispuestos a "reconocer" a *Iskra* (como ha hecho el mismo Májov), pero sin haber reflexionado ni poco ni mucho en su orientación, en su posición teórica y táctica. Precisamente la vulgarización del marxismo aplicado a un fenómeno tan complejo y polifacético como es el tipo actual de economía campesina rusa, y no la divergencia sobre algunas particularidades, es lo que ha motivado y sigue motivando la incomprensión de dicho programa. Y sobre este punto de vista de un marxismo vulgar se pusieron rápidamente de acuerdo los líderes de los elementos antiiskristas (Líber y Martínov) y los del "centro": Egórov y Májov. El camarada Egórov expresó también francamente uno de los rasgos característicos del grupo *Yuzhni Rabochi* y de los grupos y círculos que tienden hacia él, a saber: la incomprensión de la importancia del movimiento campesino, la incomprensión de que el lado débil de nuestros socialdemócratas, durante las primeras y célebres insurrecciones campesinas, no consistió en sobrestimar, sino antes al contrario, en subestimar esa importancia (y en no tener fuerzas suficientes para utilizar el movimiento). "Estoy lejos de compartir el entusiasmo que la redacción siente por el movimiento campesino -dijo el camarada Egórov-, entusiasmo que después de las revueltas campesinas se apoderó de muchos socialdemócratas". Desgraciadamente, el camarada Egórov no se tomó la molestia de informar con alguna exactitud al congreso en qué consiste ese entusiasmo de la *redacción* ni de aducir indicaciones concretas sobre los datos publicados por *Iskra*. Además, olvidó que *Iskra* había expuesto ya *todos* los puntos fundamentales de nuestro programa agrario en su tercer número*, es decir, *mucho antes* de las revueltas campesinas. ¡No pecaría por exceso quien "ha reconocido" a *Iskra* no sólo de palabra si dedicara alguna atención más a sus principios teóricos y tácticos!

"¡No, no podemos hacer mucho entre los campesinos!", exclama el camarada Egórov y luego explica esta exclamación, mas no como protesta contra tal o cual "apasionamiento" aislado, sino como repudio a toda nuestra posición: "y eso significa precisamente que nuestra consigna no puede competir con una consigna aventurera". Tipiquísima fórmula de actitud carente de principios ante la obra, ¡de actitud que todo lo reduce a una "competencia" de consignas de distintos partidos! Y esto lo dice el orador después de haber confesado que lo satisfacían las explicaciones teóricas acerca de que nosotros aspiramos a un éxito rotundo en la agitación sin que nos asusten los reveses pasajeros y que un éxito rotundo (a pesar del estrepitoso griterío... momentáneo de los "competidores") es imposible sin una firme base teórica del programa (pág. 196). ¡Qué lío se trasluce del aserto de "satisfacción" seguido al punto de la repetición de las tesis vulgares heredadas del viejo economismo, para el cual la "competencia de consignas" era lo decisivo en todas las cuestiones, y no sólo del programa agrario, sino de todo el programa y de toda la táctica de la lucha económica y política. "No podéis obligar al bracero -decía el camarada Egórov- a luchar al lado del campesino rico por los recortes, que están ya en buena parte en manos de ese campesino rico".

Se nos presenta de nuevo la misma simplificación, indudablemente emparentada con nuestro economismo oportunista, que hacía hincapié en la imposibilidad de "obligar" al proletario a luchar por lo que está en buena parte en manos de la burguesía y por lo que irá a parar en mayor proporción aún a sus manos en el futuro. Se nos ofrece otra vez la misma vulgarización, que olvida las peculiaridades rusas de las relaciones capitalistas comunes entre el bracero y el campesino rico. Los recortes oprimen ahora, oprimen en realidad *también* al bracero, a quien no es necesario "obligar" a luchar por liberarse del avasallamiento a que está sometido. En cambio, hay que "obligar" a algunos intelectuales: obligarles a tener una visión más amplia de sus tareas, obligarles a renunciar a los tópicos cuando traten problemas concretos, obligarles a tener en cuenta la coyuntura histórica, que complica y modifica nuestros objetivos. Sólo el prejuicio de que el mujik es un mentecato -prejuicio que, como observa con razón el camarada Mártov (pág. 202), se deja entrever en los discursos del camarada Májov y de otros adversarios del programa agrario-, sólo un prejuicio así explica precisamente que estos adversarios olviden las condiciones reales de la vida de nuestros braceros.

Después de haber simplificado el problema, reduciéndolo a una mera contraposición -obrero y capitalista-, los representantes de nuestro "centro" intentaron, como de costumbre, achacar su estrechez de miras al mujik. "Por lo mismo que creo al mujik inteligente en la medida que se lo permite su estrecho punto de vista de clase -decía el camarada Májov-, supongo que será partidario del ideal pequeñoburgués de incautación y reparto". En estas palabras se mezclan claramente dos cosas: una

* Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

definición del punto de vista de clase del mujik como pequeño burgués y *un estrechamiento* de este punto de vista, su reducción a una "medida estrecha". Precisamente en esta reducción es donde está el error de los Egórov y los Májov (lo mismo que el error de los Martínov y los Akímov consistía en reducir a una "medida estrecha" el punto de vista del proletario). Sin embargo, tanto la lógica como la historia enseñan que el punto de vista pequeñoburgués de clase puede ser más o menos estrecho, más o menos progresivo, precisamente por la doble posición del pequeño burgués. Y nuestra tarea en modo alguno puede consistir en desalentarnos ante la estrechez ("mentecatez") del mujik o ante el "prejuicio" que lo domina, sino, por el contrario, en ensanchar constantemente su punto de vista, en contribuir a la victoria de su juicio sobre su prejuicio.

El punto de vista del "marxismo" vulgar sobre el problema agrario ruso ha tenido su expresión culminante en las palabras finales del discurso pronunciado en consonancia con los principios por el camarada Májov, fiel defensor de la vieja redacción de *Iskra*. Por algo fueron acogidas sus palabras con aplausos..., si bien es verdad que irónicos. "Desde luego, yo no sé a qué llamar desgracia" -dice el camarada Májov, indignado porque Plejánov había dado a entender que el movimiento en pro del reparto negro[149] no nos asustaba en absoluto y que no seríamos nosotros quienes pusiéramos trabas a ese movimiento progresista (progresista-burgués).- "Pero esa revolución, si es que puede dársele este nombre, no será revolucionaria. Yo estaría más en lo cierto si dijera que no será ya revolución, sino reacción (*risas*), una revolución parecida a un motín... Semejante revolución nos hará retroceder y exigirá cierto tiempo para volver nuevamente a la situación en que ahora nos encontramos. Porque ahora tenemos mucho más que en los tiempos de la Revolución Francesa (*aplausos irónicos*), tenemos un partido socialdemócrata (*risas*)…"

Vemos, pues, que también en problemas de escueto principio, suscitados por el programa agrario, se puso de manifiesto en el acto el agrupamiento que ya conocemos. Los antiiskristas (ocho votos) emprenden una cruzada en nombre del marxismo vulgar; tras ellos van los jefes del "centro", los Egórov y los Májov, extraviándose y yendo a parar siempre al mismo punto de vista estrecho. Por eso es muy natural que la votación arroje en algunos puntos del programa agrario treinta y treinta y cinco votos a favor (págs. 225 y 226), es decir, precisamente el número aproximado que ya hemos visto cuando se discutía el lugar que correspondía a la discusión del problema del Bund, cuando se produjo el incidente con el Comité de Organización y cuando se trató de la disolución del grupo *Yuzhni Rabochi*. En cuanto se planteaba un problema que se saliera algo del tópico sentado y habitual, un problema que exigiera cierta aplicación independiente de la teoría de Marx a relaciones socioeconómicas de carácter peculiar y nuevo (nuevo para los alemanes), resultaba que sólo tres quintas partes de los votos iskristas sabían estar a la altura de las circunstancias, y todo el "centro" se iba inmediatamente tras los Líbar y los Martínov.

La discusión del programa agrario muestra claramente la lucha de los iskristas contra las dos quintas partes bien contadas del congreso. Los delegados caucasianos adoptaron en este punto una posición acertada a carta cabal, gracias en gran parte quizás a que, conociendo de cerca las formas locales de numerosos vestigios del régimen de la servidumbre, estaban a salvo de las meras contraposiciones de carácter abstracto y escolar que satisfacían a los Májov. Contra Martínov, Líbar, Májov y Egórov se alzaron Plejánov, Gúsev (quien confirmó que "una concepción tan pesimista de nuestra labor en el campo"… como la del camarada Egórov... la había encontrado a menudo entre los camaradas que actuaban en Rusia"), Rostrov, Rarski y Trotski. Este último indica con razón que los "consejos benévolos" de los críticos del programa agrario "huelen demasiado a *filisteísmo*".

Al hablar de los argumentos que huelen a "filisteísmo", el camarada Trotski señalaba que "en el período revolucionario que se avecina debemos ligarnos a los campesinos"... "Y ante tarea semejante, el escepticismo y la "perspicacia" política de Májov y Egórov son más perniciosos que cualquier miopía". El camarada Róstich, otro iskrista de la minoría, señalaba con mucho acierto "la falta de seguridad en sí mismo y en su firmeza de principios" por parte del camarada Májov, caracterización que da en la misma diana de nuestro "centro". "En su pesimismo, el camarada Májov coincide con el camarada Egórov, aunque entre ellos hay matices -continuaba el camarada Róstich-. Olvida que, en el momento actual, los socialdemócratas trabajan ya entre los campesinos y dirigen ya su movimiento en la medida de lo posible. Y con este pesimismo suyo reducen la amplitud de nuestro trabajo" (pág. 210).

Para terminar de hablar de las discusiones que hubo en el congreso en torno al programa, vale la pena mencionar también los breves debates sobre el apoyo a tendencias oposicionistas. En nuestro programa se dice claramente que el Partido Socialdemócrata apoya "todo movimiento *oposicionista* y revolucionario *dirigido contra el régimen social y político existente en Rusia*". Podría parecer que esta última salvedad indica con suficiente precisión qué tendencias oposicionistas son *las que* apoyamos. ¡Sin embargo, los diferentes matices definidos hace ya tiempo en nuestro partido aparecieron en el acto *también en este punto*, por difícil que fuera imaginarse que aún eran posibles "confusiones e incomprensiones" en un asunto tan trillado! Era evidente que no se trataba de incomprensiones, sino precisamente de *matices*. Májov, Liber y Martinov dieron en seguida la voz de

alarma.

Májov empieza de nuevo por una simplificación vulgar del marxismo. "No tenemos más clase revolucionaria que el proletariado -dice; pero de este principio justo deduce al punto una consecuencia equivocada-: las demás son algo de poca monta, un pegote (*hilaridad general*)... Sí, un pegote, y lo único que quieren es aprovecharse. Yo estoy en contra de que se las apoye" (pág. 226). La fórmula inimitable que el camarada Májov dio a su posición turbó a muchos (de sus partidarios), pero en realidad coincidieron con él tanto Líber como Martinov, proponiendo que se suprimiera la palabra "oposicionista" o se limitara su alcance, añadiendo "democrático oposicionista". Plejánov se alzó con razón contra esta enmienda de Martínov. "Nosotros debemos criticar a los liberales -dijo- y descubrir su posición ambigua. Esto es verdad... Pero, al poner de manifiesto la estrechez y la limitación de todos los otros movimientos, exceptuado el socialdemócrata, estamos obligados a explicar al proletariado que, comparada con el absolutismo, incluso una constitución que no conceda el sufragio universal es un paso adelante y que, por ello, el proletariado no debe preferir el régimen actual a semejante constitución". Los camaradas Martínov, Líber y Májov discrepan y mantienen su posición, contra la cual dirigen sus ataques Axelrod, Starovier, Trotski y nuevamente Plejánov. El camarada Májov no pierde la ocasión de volver a tirar piedras a su tejado. Al principio dice que las demás clases (fuera del proletariado) son "de poca monta" y que él "está en contra de que se las apoye". Después se compadece y reconoce que, "siendo en el fondo reaccionaria, la burguesía es muchas veces revolucionaria, por ejemplo, cuando se trata de luchar contra el feudalismo y sus vestigios". "Pero hay grupos -continúa-, que son siempre (?) reaccionarios, como los artesanos". ¡A semejantes perlas llevaron su palabrería en el terreno de los principios los mismos líderes de nuestro "centro", que después defendían con espumarajos en la boca a la vieja redacción! Precisamente los artesanos -incluso en Europa Occidental, donde la organización gremial era tan fuerte-, lo mismo que otros pequeños burgueses en las ciudades, dieron pruebas de extraordinario espíritu revolucionario en la época de la caída del absolutismo. Precisamente para el socialdemócrata ruso es sobre todo absurdo repetir sin reflexionar lo que dicen sus camaradas de Occidente sobre los artesanos de ahora, en una época alejada uno o medio siglo de la caída del absolutismo. Decir en Rusia que los artesanos son reaccionarios en comparación con la burguesía en el terreno de las cuestiones políticas no es más que una frase estereotipada y aprendida de memoria.

g) Los estatutos del partido

Después del programa, el congreso discutió los estatutos del partido (pasamos por alto la cuestión del Órgano Central mencionada anteriormente y los informes de los delegados, cuya mayoría, por desgracia, no pudo presentar los en forma satisfactoria). Huelga decir que la cuestión de los estatutos tenía para todos nosotros inmensa importancia. Porque, en efecto, *Iskra* había sido desde el primer momento no sólo un órgano de prensa, sino, además, una célula de *organización*. En el artículo de fondo de su número cuatro (*¿Por dónde empezar?*), *Iskra* había propuesto todo un plan de organización, aplicándolo sistemática y continuamente durante *tres años*. Cuando el II Congreso del partido reconoció a *Iskra* como Órgano Central, dos puntos de los tres que exponían los motivos de la resolución respectiva (pág. 147) estaban consagrados *precisamente a este plan de organización y a las ideas de "Iskra" en materia de organización*: a su papel en la dirección del trabajo *práctico* del partido y a su papel dirigente en la labor de unificación. Por ello es completamente natural que *no pudiera* considerarse acabada la labor de *Iskra* y toda la obra de organización del partido, toda la obra de restablecimiento *efectivo* del partido, si la totalidad de éste no reconocía y no dejaba sentadas de una forma taxativa ciertas ideas de organización. Y esta tarea debían cumplirla los estatutos orgánicos del partido.

Las ideas fundamentales que *Iskra* trataba de colocar en la base de la organización del partido se reducían, en el fondo, a las dos que damos a continuación. La primera idea, la del centralismo, determinaba en principio el modo de resolver el cúmulo de problemas particulares y de detalle en el terreno de la organización. La segunda, la que se refería a la función especial del órgano ideológico directivo, un periódico, tenía presente lo que necesitaba, de un modo peculiar y temporal, precisamente el movimiento obrero socialdemócrata ruso bajo la esclavitud política, a condición de crear en el extranjero una base *inicial* de operaciones para la ofensiva revolucionaria. La primera idea, que era la única de principios, debía cruzar de parte a parte los estatutos; la segunda idea, idea particular debida a una circunstancia temporal de lugar y de modo de acción, se expresaba en un apartamiento aparente del centralismo, en la creación de *dos centros*, *el Órgano Central y el Comité Central*. En el artículo de fondo de *Iskra* (núm. 4) *¿Por dónde empezar?**, así como en *¿Qué hacer?***, desarrollé estas dos ideas fundamentales de la organización iskrista del partido y, por último, las he explicado detalladamente, casi en forma de estatutos, en la *Carta a un camarada*. En realidad, no restaba por hacer más que sentarse uno a redactar para dar forma a los artículos de los estatutos que debían llevar a la práctica esas precisas

* Véase la presente edición, tomo I. (*N. de la Edit.*)

** Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

ideas, si el reconocimiento de *Iskra* no quedaba en el papel, si no era una frase convencional.

h) Discusión sobre el centralismo antes de la escisión entre los iskristas

Antes de pasar a una cuestión interesante de verdad y que, sin duda alguna, pone al descubierto los diversos matices de opinión respecto a la fórmula del artículo primero de los estatutos, nos detendremos someramente algo más en la breve discusión general de los estatutos que ocupó la sesión 14 y parte de la 15 del congreso. Como ya he dicho, el camarada Mártov *se adhirió* (pág. 157) a mi punto de vista en materia de organización, haciendo tan sólo dos salvedades por discrepar de mí en *cosas de detalle*. En cambio, tanto los antiískristas como el "centro" se alzaron en seguida contra las dos ideas *fundamentales* de todo el plan de organización de *Iskra* (y, por consiguiente, de todos los estatutos): tanto contra el centralismo como contra los "dos organismos centrales". El camarada Líber calificó mis estatutos de "desconfianza organizada" y vio *descentralización* en los dos organismos centrales (lo mismo que los camaradas Popov y Egórov). El camarada Akímov expresó el deseo de ampliar la esfera de competencia de los comités locales, concretamente de otorgarles a ellos mismos "el derecho de modificar su composición". "Es preciso darles mayor libertad de acción... Los comités locales deben ser elegidos por los militantes activos de la localidad, lo mismo que el CC es elegido por los representantes de todas las organizaciones activas de Rusia. Y si tampoco esto puede permitirse, que se limite entonces el número de miembros designados por el CC para trabajar en los comités locales..." (pág. 158). Como se ve, el camarada Akímov apunta un argumento contra la "hipertrofia del centralismo"; pero el camarada Mártov sigue sordo a estas autorizadas indicaciones hasta que la derrota en el problema de la composición de los organismos centrales lo lleva a seguir a Akímov... Entonces sólo impugnaban el "monstruoso centralismo" aquellos a quienes *no convenía*, evidentemente, el centralismo de *Iskra*: Akímov, Líber y Goldblat; los *seguían* con cautela y precaución (de modo que siempre pudieran volverse atrás) Egórov (véanse las págs. 156 y 276) y demás. Entonces la inmensa mayoría del partido aún veía con toda claridad que eran precisamente los intereses de capilla, de círculo, del Bund y del grupo *Yuzhni Rabochi*, etc., los que suscitaban la protesta contra el centralismo.

Tómese, por ejemplo, el discurso del camarada Goldblat (págs. 160-161). Arremete contra mi "monstruoso" centralismo que, según él, conduce al "aniquilamiento" de las organizaciones inferiores y "está impregnado de la tendencia a otorgar al centro un poder ilimitado, el derecho de intervención ilimitada en todo", que reserva a las organizaciones "el único derecho de someterse sin rechistar a lo que se les ordene desde arriba", etc. "El organismo central estipulado en el proyecto se encontrará en el vacío: a su alrededor no habrá periferia alguna; sólo una especie de masa amorfa en la que se moverán sus agentes ejecutores". El Bund que, batallando contra *nuestro* centralismo, concede a *su propio* organismo central derechos ilimitados, marcados de un modo *todavía más preciso* (aunque sólo sea, por no citar otros ejemplos, la facultad de admitir y expulsar a militantes e incluso la de rechazar a delegados a los congresos), se ha ganado la hilaridad del congreso.

También se ha puesto claramente de manifiesto la división en grupos en cuanto a los dos organismos centrales: Líber, Akímov, Popov y Egórov se han enfrentado a *todos* los iskristas. El plan de los dos organismos centrales se desprendía lógicamente de las ideas que, en materia de organización, había desarrollado siempre la *vieja Iskra* (¡y que *de palabra* habían aprobado los camaradas del tipo de Popov y Egórov!). La política de la *vieja Iskra* era diametralmente opuesta a los planes de *Yuzhni Rabochi*, a los planes de crear un órgano popular paralelo y convertirlo en órgano predominante en realidad. Este es el origen de la contradicción que, a primera vista, podría parecer extraña: por un solo organismo central, es decir, *por lo que podría parecer un mayor centralismo*, están todos los antiiskristas y toda la charca. Claro que también hubo delegados (sobre todo en la charca) que apenas si tenían clara comprensión de a donde conducirían y tenían que conducir, por la fuerza misma de las cosas, los planes de organización del grupo *Yuzhni Rabochi*, pero los impelía al bando de los antiinkristas su propia naturaleza irresoluta y poco segura de sí misma.

Deben destacarse de entre los discursos pronunciados por iskristas durante *estos* debates (que precedieron a la escisión de los iskristas) sobre los estatutos, los de los camaradas Mártov (la "adhesión" a mis ideas en materia de organización) y Trotski. Este último contestó a los camaradas Akímov y Líber. "Los estatutos -había dicho (el camarada Akímov)- determinan la esfera de competencia del CC con bastante imprecisión. No puedo estar de acuerdo con él. Por el contrario, esta determinación es precisa y significa: por cuanto el partido es un todo, se hace imprescindible asegurarle el control de la actividad de los comités locales. Empleando una expresión mía, el camarada Líber ha dicho que los estatutos son la "desconfianza organizada". Es verdad. Pero yo me refería con esta expresión a los estatutos propuestos por los representantes del Bund, estatutos que eran la "desconfianza organizada" de todo el partido por parte de un sector del mismo. En cambio, nuestros estatutos representan la desconfianza organizada de todos los sectores del partido por parte de éste, es decir, el control de todas las organizaciones locales, regionales, nacionales, etc." (158).

i) Articulo primero de los estatutos

Aducimos en una nota* las fórmulas distintas que promovieron interesantes debates en el congreso. Estos debates duraron casi dos sesiones y acabaron en *dos* votaciones *nominales* (en todo el congreso no hubo, si no me equivoco, más que ocho votaciones nominales, tan sólo en casos de especial importancia, por la enorme pérdida de tiempo que suponen tales votaciones). Se había planteado una cuestión que, indudablemente, tiene carácter de principio. El interés del congreso por los debates era inmenso. En la votación tomaron parte todos los delegados, fenómeno raro en nuestro congreso (como en todo gran congreso) y prueba, al mismo tiempo, del interés de los que discutían.

¿En qué consistía, pues, la esencia de la cuestión en litigio? Ya dije en el congreso, y lo he repetido muchas veces después, que "no considero en absoluto nuestra discrepancia (respecto al artículo primero) tan esencial que de ella dependa la vida o la muerte del partido. ¡No pereceremos, ni mucho menos, por un mal artículo en los estatutos!" (250). Aunque esta discrepancia pone de manifiesto matices de principio, en modo alguno podía producir por sí misma la divergencia (y en realidad, hablando sin convencionalismos, la escisión) que se ha producido después del congreso. Pero toda *pequeña* discrepancia puede hacerse *grande* si se insiste en ella, si se coloca en primer plano, si *comenzamos* a buscar todas las raíces y todas las ramificaciones de la misma. Toda *pequeña* discrepancia puede adquirir *inmensa* importancia si sirve de punto de partida para *un viraje* hacia ciertos conceptos equivocados y si a estos conceptos equivocados vienen a unirse, en virtud de nuevas discrepancias adicionales, actos *anárquicos* que llevan al partido a la escisión.

Esta era precisamente la situación en el caso que examinamos. *Ahora* la cuestión está ya *planteada* de la manera siguiente: ¿Se ha reflejado en la fórmula de Mártov, defendida por Axelrod, su (de él o de ellos) inconstancia, su falta de firmeza y su vaguedad política, como dije en el congreso del partido (pág. 333), su (de él o de ellos) desviación hacia el jauresismo[150] y el anarquismo, según suponía Plejánov en el Congreso de la Liga (pág. 102 y otras de las actas de la Liga)? ¿O es que mi fórmula, defendida por Plejánov, reflejaba una concepción del centralismo equivocada, burocrática, formalista, al estilo *Pompadour*, no socialdemócrata? ¿*Oportunismo y anarquismo o burocracia y formalismo*?: en estos términos *está* planteada la cuestión *ahora*, cuando se ha hecho grande la pequeña divergencia. Y nosotros debemos *tener en cuenta* precisamente *esta* forma de plantear el problema, que los acontecimientos nos han impuesto a todos, al examinar *el fondo* de los argumentos en pro y en contra de mi fórmula.

Comencemos el examen de estos argumentos por un análisis de las discusiones entabladas en el congreso. El primer discurso, pronunciado por el camarada Egórov, no ofrece interés más que por su actitud (*non liquet*, no está todavía claro para mí, no sé aún dónde está la verdad), muy típica de muchos delegados a quienes no les fue fácil orientarse en un problema efectivamente nuevo, bastante complejo y de muchos pormenores. El discurso siguiente, el del camarada Axelrod, plantea ya de entrada la cuestión en el terreno de los principios. Es el primer discurso de esta índole; mejor dicho, es, en general, el primer discurso del camarada Axelrod en el congreso y cuesta trabajo tener por muy afortunado su estreno con el célebre "profesor". "Yo creo -dijo el camarada Axelrod- que debemos delimitar los conceptos de partido y organización. Aquí están confundidos. Esta confusión es peligrosa". Tal es el primer argumento contra mi fórmula. Pero fíjense más de cerca. Cuando digo que el partido debe ser *una suma* (y no una simple suma aritmética, sino un complejo) *de organizaciones***, ¿quiere esto decir que yo "confundo" dos conceptos: el de partido y el de organización? Claro que no. Al hacerlo, expreso de un modo perfectamente claro y preciso mi deseo, mi exigencia de que el partido, como destacamento de

* Artículo primero de mi proyecto: "Se considerará miembro del partido a todo el que acepte su programa y apoye al partido tanto con recursos materiales como con su participación personal en una de las organizaciones del mismo".
Artículo primero de la fórmula propuesta por Mártov en el congreso y aprobada por éste: "Se considerará miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a todo el que acepte su programa, apoye al partido con recursos materiales y le preste su colaboración personal bajo la dirección de una de sus organizaciones".

** La palabra "organización" suele utilizarse, en dos sentidos: lato y estricto. En sentido estricto implica una célula de una colectividad humana que se ha definido aunque sólo sea en grado mínimo de forma. En el lato sentido, significa una suma de dichas células, formando un todo. Por ejemplo: la marina, el ejército, el Estado constituyen simultáneamente una suma de organizaciones (en el sentido estricto de la palabra) y una variedad de organización social (en el sentido lato de la palabra). El Departamento de Instrucción Pública es una organización (en el lato sentido de la palabra) y consta de una serie de organizaciones (en el sentido estricto de la palabra). Del mismo modo, un partido es también una organización, *debe ser* una organización (en el lato sentido de la palabra); pero, al mismo tiempo, un partido debe constar de una serie de organizaciones diversas (en el sentido estricto de la palabra). De allí que el camarada Axelrod, al hablar de la delimitación entre los conceptos de partido y organización, no haya tenido en cuenta, en primer lugar, esta diferencia entre el sentido lato y estricto de la palabra organización, y, en segundo lugar, no se haya fijado en que *ha echado* él mismo en *un solo montón* elementos organizados y no organizados.

vanguardia de la clase, esté lo más *organizado* posible y sólo acoja en su seno a aquellos elementos que *admitan*, *por lo menos, un mínimo de organización*. Mi contrincante, por el contrario, *confunde* en el partido elementos organizados y no organizados, a los que se dejan dirigir con los que no se dejan, a los avanzados con los atrasados incorregibles, pues los atrasados corregibles pueden entrar en la organización. *Esta confusión* es *la peligrosa* de verdad. El camarada Axelrod alude luego a "las organizaciones del pasado rigurosamente conspirativas y centralistas" (Tierra y Libertad y Libertad del Pueblo[151]); en torno de estas organizaciones, según dice, "se agruparon toda una serie de personas que no formaban parte de la organización, pero que ayudaban a ésta de una u otra forma y eran consideradas miembros del partido… Este principio debe aplicarse en forma aún más rigurosa en la organización socialdemócrata". Aquí hemos llegado precisamente a uno de *los porqués* de la cuestión: "este principio", que autoriza llamarse miembros del partido a personas no encuadradas en ninguna de sus organizaciones, sino que se limitan a "ayudarle de uno u otro modo" ¿es, efectivamente, un principio socialdemócrata? Plejánov ha dado a esta pregunta la única respuesta posible: "Axelrod no tenía razón cuando aludía a la década del 70. Entonces existía un centro bien organizado, con una disciplina perfecta; alrededor de él existían organizaciones de diversa categoría que él había creado, y lo que estaba fuera de esas organizaciones era caos y anarquía. Los elementos integrantes de este caos daban en llamarse miembros del partido, pero la causa no salía ganando con ello, sino perdiendo. No debemos imitar la anarquía de la década del 70, sino evitarla". Por tanto, "este principio", que el camarada Axelrod quería hacer pasar por socialdemócrata, es en realidad *un principio anárquico*. Para refutar esto es preciso demostrar *la posibilidad* del control, de la dirección y de la disciplina al margen de la organización, hay que demostrar *la necesidad* de que a los "elementos del caos" se les adjudique el título de miembros del partido. Los defensores de la fórmula del camarada Mártov no han demostrado y no podían demostrar *ni una cosa ni otra*. Para poner un ejemplo, el camarada Axelrod ha hablado del "profesor que se considera socialdemócrata y lo declara". Para llevar a su término la idea implícita en este ejemplo, el camarada Axelrod debiera haber dicho luego si los mismos socialdemócratas organizados reconocen como socialdemócrata a este profesor. No habiendo formulado esta segunda pregunta, el camarada Axelrod ha dejado su argumentación a medias. En efecto, una de dos: o bien los socialdemócratas organizados consideran socialdemócrata al profesor de que tratamos, y entonces ¿por qué no incluirlo en esta o la otra organización socialdemócrata? Sólo después de semejante incorporación estarán "las declaraciones" del profesor en armonía con sus actos y no serán frases hueras (que es en lo que con harta frecuencia quedan las declaraciones de los profesores). O bien los socialdemócratas organizados *no* consideran socialdemócrata al profesor, y en este caso carece de sentido y es absurdo y *perjudicial* concederle el derecho a ostentar el título de miembro del partido, que entraña consideración y responsabilidad. Por tanto, la cosa queda reducida precisamente a aplicar de un modo consecuente el principio de organización o a canonizar la dispersión y la anarquía. ¿Estamos edificando el partido, tomando por base el núcleo de *socialdemócratas* que ya ha sido constituido y ha adquirido cohesión, el núcleo que ha organizado, supongamos, el congreso del partido y que debe extender y multiplicar toda clase de organizaciones del partido, o nos contentamos con *la frase* tranquilizadora de que todos los que ayudan son miembros del partido? "Si aceptamos la fórmula de Lenin -continuó el camarada Axelrod- echaremos por la borda a parte de los que, aun cuando no puedan ser admitidos directamente en la organización, son, sin embargo, miembros del partido". La confusión de conceptos de que Axelrod quiso acusarme a mí resalta aquí en sus propias palabras con toda claridad: tiene ya por un hecho que todos los que ayudan *son* miembros del partido, cuando esto es precisamente lo que se discute, y los impugnadores tienen que *demostrar* aún la necesidad y la ventaja de semejante interpretación. ¿Cuál es el contenido de esta frase, a primera vista terrible, de echar por la borda? Si únicamente se considera miembros del partido a los que militan en organizaciones del partido reconocidas como tales, entonces los que no pueden ingresar "directamente" en ninguna organización del partido podrán, sin embargo, actuar en una organización que no sea del partido, pero que esté adherida a él. Por consiguiente, no se puede ni hablar de arrojar por la borda en el sentido de apartar de las actividades, de la participación en el movimiento. Por el contrario, cuanto más fuertes sean nuestras organizaciones del partido, integradas por socialdemócratas *efectivos*, cuanto menos vacilación e inconstancia haya *dentro* del partido, tanto más amplia y polifacética, tanto más rica y fructuosa será la influencia del partido en los elementos de *las masas* obreras que lo rodean y que él dirige. Porque, en verdad, no se puede confundir al partido como destacamento de vanguardia de la clase obrera con toda la clase. Y ésta es precisamente la confusión (propia de nuestro economismo oportunista, en general) en que cae el camarada Axelrod cuando dice: "Claro es que ante todo constituimos una organización de los elementos más activos del partido, una organización de revolucionarios; pero, como somos un partido de clase, debemos pensar en hacer las cosas de manera que no queden fuera de él personas que, de un modo consciente, aunque quizá

no con plena actividad, tienen ligazón con dicho partido". Primero, entre los elementos activos del Partido Obrero Socialdemócrata en modo alguno figurarán tan sólo las organizaciones de revolucionarios, sino *toda una serie* de organizaciones obreras reconocidas como organizaciones del partido. Segundo ¿por qué motivo y en virtud de qué lógica podía deducirse del simple hecho de que somos un partido de clase, que no es preciso distinguir entre los que *integran* el partido y los que tienen *ligazón* con él? Todo lo contrario: precisamente porque hay diferencias en el grado de conciencia y de actividad es necesario hacer distinción en cuanto al grado de proximidad al partido. Nosotros somos un partido de clase, y, por ello, *casi toda la clase* (y en tiempo de guerra, en época de guerra civil, la clase entera) debe actuar bajo la dirección de nuestro partido, debe adherirse a nuestro partido lo más posible; pero sería manilovismo[152] y "seguidismo" creer que casi toda la clase o la clase entera pueda algún día, bajo el capitalismo, elevarse hasta el grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su partido socialdemócrata. Ningún socialdemócrata juicioso ha puesto nunca en duda que, en el capitalismo, ni aun la organización sindical (más rudimentaria, más asequible al grado de conciencia de las capas menos desarrolladas) esté en condiciones de englobar a toda o casi toda la clase obrera. Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y toda la masa que gravita hacia él, olvidar el deber constante que tiene el destacamento de vanguardia de *elevar* a sectores más amplios cada vez a un nivel superior sería únicamente engañarse a sí mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas, restringir nuestras tareas. Y precisamente en ese cerrar los ojos y en ese olvidar se incurre cuando se borra la diferencia existente entre los que se adhieren y los que ingresan, entre los conscientes y los activos, por una parte, y los que ayudan, por otra.

Alegar que somos un partido de clase *para justificar* la dispersión orgánica, *para justificar* la confusión entre organización y desorganización significa repetir el error de Nadiezhdin, que confundía "la cuestión filosófica e histórico-social de las "profundas raíces" del movimiento con una cuestión técnica de organización". Y precisamente esta confusión, que con tanta suerte inició el camarada Axelrod, la repitieron después decenas de veces los oradores que defendieron la fórmula del camarada Mártov. "Cuanto más se extienda el título de miembro del partido, tanto mejor", dice Mártov, sin explicar, no obstante, qué ventaja resulta de la amplia difusión de *un título* que no corresponde a su contenido. ¿Puede negarse que es una ficción el control de los miembros del partido que no forman parte de su organización? La amplia difusión de una ficción es nociva, y no útil. "Sólo podemos alegrarnos de que todo huelguista, todo manifestante que responda de sus actos pueda declararse miembro del partido" (pág. 239). ¿De verdad? ¿*Cualquier huelguista debe tener derecho a declararse miembro del partido*? Con esta tesis, el camarada Mártov lleva en el acto su error al absurdo, *rebajando* el movimiento socialdemócrata al espíritu de huelga, repitiendo las malandanzas de los Akímov. Sólo podemos alegrarnos de que la socialdemocracia consiga dirigir cada huelga, porque la obligación directa y absoluta de la socialdemocracia estriba en dirigir todas las manifestaciones de la lucha de clase del proletariado, y la huelga es una de las manifestaciones más profundas y potentes de esta lucha. Pero seremos seguidistas si consentimos que esta forma elemental de lucha, *ipso facto* nada más que forma tradeunionista, *se identifique* con la lucha socialdemócrata, multilateral y consciente. De un modo oportunista, *consagraremos una cosa manifiestamente falsa* si concedemos a todo huelguista el derecho a "declararse miembro del partido", pues semejante "declaración", *en una inmensidad de casos*, será una declaración *falsa*. Nos adormeceremos con ensueños manilovianos si se nos ocurre asegurarnos a nosotros mismos y asegurar a los demás que *todo huelguista* puede *ser* socialdemócrata y miembro del Partido Socialdemócrata, dada la infinita fragmentación, opresión y embrutecimiento que, en el capitalismo, pesará inevitablemente sobre sectores muy amplios de obreros "no especializados", no calificados. Precisamente el ejemplo del "*huelguista*" muestra con singular claridad la diferencia existente entre *la aspiración revolucionaria* a dirigir de un modo socialdemócrata cada huelga *y la frase oportunista* que declara miembro del partido a *todo* huelguista. Nosotros somos el partido de la clase por cuanto dirigimos, *en efecto*, de un modo socialdemócrata, a casi toda e incluso a toda la clase proletaria; pero sólo los Akímov pueden deducir de esto que tengamos que identificar *de palabra* el partido y la clase.

"No me da miedo una organización de conspiradores" -decía el camarada Mártov en el mismo discurso-, mas -añadía-, para mí, una organización de conspiradores sólo tiene sentido en tanto en cuanto la rodea un amplio partido obrero socialdemócrata" (pág. 239). Para ser exacto, debiera decir: en tanto en cuanto la rodea un amplio *movimiento obrero* socialdemócrata. Y en esta forma, la tesis del camarada Mártov no sólo es indiscutible, sino que es una evidente perogrullada. Me detengo en este punto únicamente porque, de la perogrullada del camarada Mártov, los oradores siguientes dedujeron el argumento *muy corriente y muy vulgar* de que Lenin quería "reducir todo el conjunto de miembros del partido a un conjunto de conspiradores". Tanto el camarada Posadovski como el camarada Popov esgrimieron este argumento, que

sólo puede hacer sonreír, mas cuando Martínov y Akímov lo hicieron suyo, su verdadero carácter, es decir, el carácter de frase oportunista quedó ya esbozado con toda claridad. Hoy día, el camarada Axelrod despliega este mismo argumento en la nueva *Iskra* para poner en conocimiento de los lectores los nuevos puntos de vista de la nueva redacción en materia de organización. En la primera sesión del congreso, cuando se trató del artículo primero, observé ya que los impugnadores querían sacar provecho de arma tan barata, y por esto hice en mi discurso la advertencia siguiente (pág. 240): "No se crea que las organizaciones del partido deben constar sólo de revolucionarios profesionales. Necesitamos organizaciones de lo más variadas, de todos los tipos, categorías y matices, comenzando por organizaciones extraordinariamente reducidas y conspirativas y concluyendo por organizaciones muy amplias, libres, *lose Organisationen*". Y ésta es una verdad tan evidente y lógica que tuve por superfluo detenerme en ella. Ya lo indiqué en *¿Qué hacer?* y en la *Carta a un camarada* desplegué esta idea de un modo más concreto. Los círculos de las fábricas -decía yo en dicha carta- "tienen especial importancia para nosotros: en efecto, toda la fuerza principal del movimiento reside en el grado de organización de los obreros de *las grandes fábricas*, pues las grandes fábricas contienen la parte de la clase obrera predominante no sólo por su número, sino más aún por su influencia, su desarrollo y su capacidad de lucha. Cada fábrica debe ser una fortaleza nuestra... El subcomité de fábrica debe procurar abarcar toda la empresa, el mayor número posible de obreros en una red de toda clase de círculos (o agentes)... Todos los grupos, círculos, subcomités, etc. deben considerarse organismos dependientes del comité o secciones filiales del mismo. Algunos de ellos declararán francamente su deseo de ingresar en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y, *a condición de que sean aprobados* por el comité, entrarán a formar parte del partido, asumirán determinadas funciones (por encargo del comité o de acuerdo con él), se comprometerán a someterse a las disposiciones de los organismos del partido, *obtendrán los derechos de todos los miembros del partido*, se considerarán los candidatos más próximos a miembros del comité, etc. *Otros no entrarán* a formar parte del POSDR, permaneciendo en la situación de círculos, organizados por miembros del partido o adheridos a este o el otro grupo del partido, etc." (págs. 17-18). Las palabras que he subrayado indican con particular claridad que *la idea* que yo puse en el artículo primero estaba totalmente expresada ya en la *Carta a un camarada*. Allí están claramente indicadas las condiciones de ingreso en el partido, a saber: 1) cierto grado de organización y 2) confirmación por un comité del partido. Una página después indico también aproximadamente qué grupos y organizaciones y con qué criterio deben (o no deben) ser admitidos en el partido: "Un grupo de distribuidores debe pertenecer al POSDR y conocer a determinado número de miembros y funcionarios suyos. Un grupo que estudie las condiciones profesionales del trabajo y elabore tipos de reivindicaciones profesionales no está obligado a pertenecer al POSDR. Un grupo de estudiantes, de oficiales del ejército o de empleados que se preocupen de su formación *con la ayuda* de uno o dos miembros del partido no tienen siquiera por qué saber a veces que éstos militan en él, etc." (págs. 18-19).

Por el grado de organización en general, y por el de clandestinidad de la organización en particular, pueden distinguirse, poco más o menos, las categorías siguientes: 1) organizaciones de revolucionarios; 2) organizaciones de obreros, lo más amplias y diversas posible (me limito a la clase obrera, suponiendo, como cosa que se entiende por sí misma que, en determinadas condiciones, ciertos elementos de otras clases entrarán también en estas organizaciones). Estas dos categorías constituyen el partido. Luego: 3) organizaciones obreras adheridas al partido; 4) organizaciones obreras no adheridas al partido, pero subordinadas de hecho a su control y dirección; 5) elementos no organizados de la clase obrera sometidos también en parte, al menos en los casos de grandes manifestaciones de la lucha de clases, a la dirección de la socialdemocracia. Así es, aproximadamente, cómo están las cosas desde mi punto de vista. Desde el punto de vista del camarada Mártov, las fronteras del partido quedan, por el contrario, sin delimitar en absoluto, ya que "cualquier huelguista" puede "declararse miembro del partido". ¿Qué provecho puede sacarse de semejante vaguedad? La gran difusión del "título". Y el daño que causa estriba en que siembra la idea *desorganizadora* de confundir la clase con el partido.

Para ilustrar los principios generales que hemos expuesto, daremos un somero vistazo más a los debates entablados luego en el congreso en torno al artículo primero. La camarada Brúker (para satisfacción del camarada Mártov) se declaró a favor de mi fórmula, pero su alianza conmigo, a diferencia de la alianza del camarada Akímov con Mártov, resultó estar fundada en un malentendido. La camarada Brúker "no está de acuerdo con el conjunto de los estatutos ni con todo su espíritu" (pág. 239) y abogó por mi fórmula *como base de la democracia* deseable para los partidarios de *Rabócheie Dielo*. La camarada Brúker no se ha elevado aún al punto de vista de que, en la lucha política, hay que elegir a veces *el mal menor*; la camarada Brúker no se fijó en que era inútil defender la democracia en un congreso como el nuestro. El camarada Akímov fue más perspicaz. Planteó la cuestión de un modo absolutamente exacto, reconociendo que "los camaradas Mártov y Lenin discuten en torno a qué fórmula alcanza mejor su fin común" (pág. 252).

"Brúker y yo -continúa- queremos elegir *la que menos alcanza el fin*. Yo, en este sentido, elijo la fórmula de Mártov". El camarada Akímov explicó con franqueza que considera "irrealizable y perjudicial" "el propio fin de ellos" (de Plejánov, de Mártov y mío, es decir, el de crear una organización dirigente de revolucionarios); lo mismo que el camarada Martínov*, propugna la idea de los "economistas" de que no es precisa "una organización de revolucionarios". El "tiene profunda fe en que la vida acabará por imponerse en nuestra organización de partido, independientemente de que le cerréis el camino con la fórmula de Mártov o con la fórmula de Lenin". No valdría la pena detenerse en esta concepción "seguidista" de la "vida" si no tropezáramos también con ella en los discursos del camarada Mártov. Su segunda intervención (pág. 245) es, en general, tan interesante que merece ser examinada en detalle.

Primer argumento del camarada Mártov: el control de las organizaciones del partido sobre sus militantes que no figuren en una de ellas "es posible por cuanto un comité, al encargar a cualquiera una función determinada, puede controlar su cumplimiento" (pág. 245). Tesis en extremo característica, pues "delata", valga la expresión, *a quién* le hace falta y a quién servirá, *en realidad*, la fórmula de Mártov: a intelectuales sueltos o a grupos de obreros y a las masas obreras. Porque la fórmula de Mártov puede ser interpretada de dos maneras: 1) todo el que preste al partido de un modo regular su colaboración personal bajo la dirección de una de sus organizaciones tiene derecho a "*declararse*" (palabra del mismo camarada Mártov) miembro del partido; 2) toda organización del partido *tiene derecho a reconocer* como miembro del mismo a todo aquel que le preste de un modo regular su colaboración personal, bajo su dirección. Sólo la primera interpretación permite, en efecto, que "todo huelguista" se llame miembro del partido, y *sólo esta interpretación*, por eso mismo, se ganó en seguida los corazones de los Líber, Akímov y Martínov. Pero esta interpretación es ya, evidentemente, una frase, porque entonces quedaría incluida en ella toda la clase obrera y se borraría la diferencia entre partido y clase; tan sólo "simbólicamente" puede hablarse de control y dirección de la actividad de "todo huelguista". Por esta razón justamente se ha desviado en el acto el camarada Mártov hasta caer en la segunda interpretación (aunque, dicho sea entre paréntesis, *ha sido rechazada de plano por el congreso*, al no aprobar la resolución de Kóstich[163], pág. 255): el comité encomendará las funciones y controlará su cumplimiento. Desde luego, jamás existirán semejantes encargos especiales para *la masa* de los obreros, de *los millares* de proletarios (de quienes hablan los camaradas Axelrod y Martínov); pero sí se darán a menudo precisamente a *los profesores* que recordaba el camarada Axelrod, a *los estudiantes* de bachillerato que desvelaban a los camaradas Líber y Popov (pág. 241), a *la juventud revolucionaria* que tenía presente el camarada Axelrod en su segundo discurso (pág. 242). Resumiendo, o la fórmula del camarada Mártov quedará reducida a letra muerta, a frase vacía, o servirá principalmente y de un modo casi exclusivo "a *intelectuales imbuidos de individualismo burgués*" y reacios a. ingresar en una organización. *De palabra*, la fórmula de Mártov parece defender los intereses de las extensas capas del proletariado; pero, *de hecho*, esta fórmula servirá a los intereses de *la intelectualidad burguesa*, que rehúye la disciplina y la organización proletarias. Nadie se atreverá a negar que *la intelectualidad*, *como sector especial* dentro de las sociedades capitalistas contemporáneas, se caracteriza, *en* conjunto, *precisamente por su individualismo* y su incapacidad de someterse a la disciplina y a la organización (véanse, aunque sólo sea, los conocidos artículos de Kautsky sobre los intelectuales); eso es, por cierto, lo que distingue del proletariado con desventaja a este sector social; ésa es una de las razones explicativas de la flojedad y de la inconstancia de los intelectuales, que tantas veces ha sentido el proletariado. Y esta propiedad de los intelectuales está inseparablemente ligada a sus condiciones habituales de vida, a las condiciones en que se ganan sus sueldos, que en muchísimos aspectos son muy parecidas a las condiciones de *existencia pequeñoburguesa* (trabajo individual o en colectividades muy pequeñas, etc.). ¡Por último, no es tampoco un fenómeno casual el que precisamente los defensores de la fórmula del camarada Mártov hubieran de poner ejemplos de profesores y estudiantes de bachillerato! No fueron paladines de una amplia lucha proletaria los que, en la discusión del artículo primero, intervinieron contra los paladines de una organización de conspiradores radicales, como pensaban los camaradas Martínov y Axelrod, sino que los partidarios del *individualismo intelectual burgués* chocaron con los partidarios de *la organización y la disciplina proletarias*.

El camarada Popov decía: "En todas partes, tanto en San Petersburgo como en Nikoláiev o en Odesa,

* El camarada Martínov, por lo demás, quiere distinguirse del camarada Akímov, quiere demostrar que conspirativo no significa clandestino, que la diferencia existente entre estas dos palabras es de conceptos. Pero ni el camarada Martínov ni el camarada Axelrod, que ahora sigue sus pasos, han explicado al fin en qué consiste esa diferencia. El camarada Martínov "hace como si" yo, por ejemplo, en *¿Qué hacer?* (lo mismo que en *Las tareas*) (véase la presente edición, tomo I. *N. de la Edit.*) no me hubiera pronunciado terminantemente en contra de "*reducir* la lucha política a una conspiración". El camarada Martínov quiere forzar a sus oyentes *a olvidar* que quienes eran el blanco de mi lucha no veían la necesidad de *una organización de revolucionarios*, como tampoco la ve ahora el camarada Akímov.

según atestiguan representantes de estas ciudades, hay muchos obreros que hacen circular publicaciones, realizan agitación oral y no pueden ser miembros de la organización. Se les puede adscribir a ella, pero es imposible considerados militantes" (pág. 241). ¿Por qué no pueden ser miembros de la organización? Sólo el camarada Popov conoce el secreto. Ya he citado antes un pasaje de la *Carta a un camarada* que demuestra que es posible e imprescindible incluir precisamente en organizaciones a todos estos obreros (por centenares, y no por decenas), pudiendo y debiendo muchísimas de estas organizaciones ingresar en el partido.

Segundo argumento del camarada Mártov: "Para Lenin, en el partido no hay otras organizaciones que las del partido"... ¡Absolutamente exacto!... "Para mí, por el contrario, deben existir semejantes organizaciones. La vida crea y multiplica organizaciones con más rapidez de lo que logramos incluidas en la jerarquía de nuestra organización combativa de revolucionarios profesionales"... esto no es cierto en dos sentidos: 1) la "vida" crea muchas menos organizaciones eficientes de revolucionarios que las que necesitamos, que las que precisa el movimiento obrero; 2) nuestro partido debe ser jerarquía no sólo de las organizaciones de revolucionarios, sino de la masa de las organizaciones obreras... "Lenin cree que el CC sólo concederá el título de organizaciones del partido a las que guarden completa y firme adhesión a los principios. Pero la camarada Brúker comprende perfectamente que la vida (*sic*!) se impondrá y que el CC, para no dejar fuera del partido a numerosas organizaciones, tendrá que legalizarlas, aun cuando no sean firmes del todo: por eso se adhiere la camarada Brúker a Lenin"... Desde luego, si el CC se compusiera *obligatoriamente* de individuos que no rigen su conducta por lo que opinan ellos, sino por lo que dicen otros (véase el incidente con el CO), la "vida" se "impondría" en el sentido de que prevalecerían los elementos más atrasados del partido. Mas no podrá citarse ni un motivo *razonable* que obligue a un CC *inteligente* a admitir en el partido a elementos "inseguros". ¡Precisamente con esta alusión a la "vida" que "produce" elementos inseguros demuestra el camarada Mártov palpablemente el carácter oportunista de su plan de organización!... "Yo, por el contrario, creo -continúa- que si una organización de este tipo (que no es firme del todo) está conforme en aceptar el programa del partido y el control del partido, podemos admitirla en él sin convertirla por ello en organización del mismo. Yo tendría por un gran triunfo de nuestro partido el que, por ejemplo, cualquier unión de "independientes" decidiera aceptar el punto de vista de la socialdemocracia y su programa e ingresar en el partido, cosa que, sin embargo, no significaría que incluiríamos dicha unión en la organización del partido"... He ahí a qué confusión lleva la fórmula de Mártov: ¡organizaciones sin partido que pertenecen al partido! Imaginémonos *su* esquema: el partido = 1) organizaciones de revolucionarios + 2) organizaciones obreras a las que se reconoce el carácter de organizaciones del partido + 3) organizaciones obreras a las que no se reconoce este carácter (sobre todo, formadas por "independientes") +4) individuos encargados de diversas funciones, profesores, estudiantes de bachillerato, etc. + 5) "todo huelguista". Con tan excelente plan sólo pueden parangonarse las palabras del camarada Líber: "Nuestra tarea no consiste sólo en organizar una organización (!!); podemos y debemos organizar el partido" (pág. 241). Sí, desde luego, podemos y debemos hacerlo, mas lo que se necesita para ello no son palabras sin sentido como las de "organizar organizaciones", sino *exigir directamente* a los miembros del partido que lleven a cabo en realidad una labor de *organización*. Hablar de "organización del partido" y propugnar que se encubra con la palabra partido toda especie de desorganización y dispersión es hablar por hablar.

"Nuestra fórmula -dice el camarada Mártov- expresa la aspiración a que exista una serie de organizaciones entre la organización de revolucionarios y la masa". No es precisamente eso. Dicha aspiración, obligatoria en efecto, es la que *no expresa* la fórmula de Mártov, porque *no estimula a organizarse*, no contiene la exigencia de organizarse, no separa lo organizado de lo no organizado. No da más que *un título*, y a este respecto no puede uno menos de recordar las palabras del camarada Axelrod: "No hay decreto que pueda prohibirles a ellos (a los círculos de la juventud revolucionaria, etc.) y a individuos sueltos que se llamen socialdemócratas" (¡es la pura verdad!) "e incluso que se consideren parte integrante del partido"... ¡Esto es ya *falso del todo*! No se puede, y *carece de objeto*, prohibir que se tome el nombre de socialdemócrata, porque esta palabra sólo expresa *directamente* un sistema de convicciones, y no determinadas relaciones de organización. Se puede y se debe prohibir a círculos e individuos sueltos "que se consideren parte integrante del partido" cuando estos círculos e individuos perjudican a la causa del partido, lo corrompen o desorganizan. ¡Sería ridículo hablar de *un partido* como de un todo, como de una magnitud política, si no pudiera "prohibir por decreto" a un círculo "que se considere parte integrante" del todo! ¿Qué objeto tendría entonces establecer un procedimiento y condiciones para la expulsión del partido? El camarada Axelrod ha llevado en forma palpable al absurdo el error fundamental del camarada Mártov; incluso lo ha erigido en *teoría oportunista*, al añadir: "en la fórmula de Lenin, el artículo primero está en flagrante contradicción de principio con la misma esencia (!!) y con las tareas del Partido Socialdemócrata del proletariado" (pág. 243). Esto

significa, ni más ni menos, lo siguiente: el exigir más del partido que de la clase está en contradicción de principio con la esencia misma de las tareas del proletariado. No es de extrañar que Akímov defendiera con todas sus fuerzas teoría semejante.

Para ser justos, hay que hacer constar que el camarada Axelrod, deseoso *ahora* de convertir en embrión de *nuevas* opiniones esta fórmula errónea que tiende con evidencia al oportunismo, en el congreso se mostró, por el contrario, dispuesto a "regatear", diciendo: "Pero me doy cuenta de que estoy llamando a una puerta abierta"... (de eso mismo me doy cuenta en la nueva *Iskra*)... "porque el camarada Lenin, con sus círculos periféricos, que se consideran partes integrantes de la organización del partido, se adelanta a lo que pido"... (y no sólo con los círculos periféricos, sino con toda clase de uniones obreras: cfr. la pág. 242 de las actas, el discurso del camarada Strájov y los pasajes de *¿Qué hacer?* y de la *Carta a un camarada* que hemos citado antes). "Aún quedan los individuos sueltos, pero también sobre este punto podría regatearse". Yo contesté al camarada Axelrod que, hablando en general, no era contrario a lo de regatear, y tengo que aclarar ahora en qué sentido lo dije. Donde menos concesiones hubiera hecho yo es precisamente en lo que se refiere a los individuos sueltos, a todos esos profesores, estudiantes de bachillerato, etc.; pero si hubiera surgido una duda acerca de las organizaciones obreras, yo hubiera accedido (a pesar de que, como he demostrado más arriba, tales dudas carecen por completo de fundamento) a añadir a mi artículo primero una nota, poco más o menos del tenor siguiente: "Las organizaciones obreras que acepten el programa y los estatutos del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia deberán ser incluidas, en el mayor número posible, entre las organizaciones del partido". Claro que, hablando en rigor, el lugar de semejante deseo no está en los estatutos, que deben limitarse a definiciones jurídicas, sino en comentarios aclaratorios, en folletos (y ya he dicho que en mis folletos figuraban tales aclaraciones mucho antes de los estatutos); pero esa nota no contendría, por lo menos, ni sombra de ideas falsas que pudieran llevar a la desorganización, ni sombra de las digresiones *oportunistas*[*] ni de las "*concepciones anárquicas*" sin duda implícitas en la fórmula del camarada Mártov.

La última expresión, que he citado entre comillas, pertenece al camarada Pavlóvich, quien conceptúa con sobrada razón de *anarquismo* el reconocer como militantes a elementos "*irresponsables* y que *se incluyen* a sí mismos en el partido". "Traducida al lenguaje corriente" -decía el camarada Pavlóvich, explicando mi fórmula al camarada Líber- significa: "si quieres ser miembro del partido, debes reconocer también las relaciones de organización, y no sólo de manera platónica". Con igual razón ha señalado el camarada Pavlóvich la contradicción existente entre

[*] De este tipo de digresiones, que surgen inevitablemente cuando se trata de argumentar la fórmula de Mártov, es, en particular, la frase del camarada Trotski (págs. 248 y 346) de que "el oportunismo se debe a causas más complejas (o: es determinado por causas más profundas) que tal o cual punto de los estatutos; se debe al nivel relativo de desarrollo de la democracia burguesa y del proletariado"... No se trata de que los puntos de los estatutos puedan dar lugar al oportunismo, sino de forjar, con ellos, un arma más o menos afilada contra el oportunismo. Cuanto más profundas sean sus causas, tanto más afilada deberá ser el arma. Por consiguiente, *justificar* con las "causas profundas" del oportunismo una fórmula que le abre las puertas es el más genuino de los seguidismos. Cuando el camarada Trotski estaba en contra del camarada Líber, comprendía que los estatutos son "la desconfianza organizada" de la parte por el todo, del destacamento atrasado por el de vanguardia; pero cuando el camarada Trotski resultó estar junto al camarada Líber, se olvidó de ello e incluso llegó a justificar la debilidad e inconstancia de la organización de esta desconfianza (desconfianza del oportunismo) por *nosotros* con "causas complejas", con el "nivel de desarrollo del proletariado", etc. Otro argumento del camarada Trotski: "a juventud intelectual, de uno u otro modo organizada, le es mucho más fácil *incluirse* (subrayado por mí) en las listas del partido". Precisamente. Por esto adolece de vaguedad propia de intelectuales una fórmula en virtud de la cual incluso elementos desorganizados se *declaran* miembros del partido, y no la mía, que *elimina* el derecho a "incluirse *a sí mismo*" en las listas. El camarada Trotski dice que si el CC "no reconoce" las organizaciones de oportunistas, ello se debe sólo al carácter de los individuos, y si estos individuos son conocidos como personalidades políticas, no son peligrosos, se los puede *alejar* por medio del boicot de todo el partido. Esto sólo es verdad en los casos cuando es preciso *alejar del partido* (y aun es una verdad a medias, porque un partido organizado aleja mediante el voto y no por medio de un boicot). Pero es absolutamente inexacto en los casos, mucho más frecuentes, cuando es absurdo *alejar*, cuando es preciso sólo *controlar*. Con fines de control, el CC puede incluir *intencionadamente* en el partido, con ciertas condiciones, una organización no firme del todo, pero capaz de trabajar, para probarla, para intentar *encauzarla por el buen camino*, para paralizar mediante su dirección las desviaciones parciales, etc. Incluir de este modo no es peligroso *siempre* que no se consienta en general "*incluirse a sí mismo*" en las listas del partido. Una inclusión de esta índole será muchas veces beneficiosa para que se expresen (y se examinen) con franqueza y *responsabilidad*, bajo control, los puntos de vista equivocados y la táctica equivocada. "Pero si las definiciones jurídicas han de corresponder a las relaciones reales, la fórmula del camarada Lenin tiene que ser rechazada", dice el camarada Trotski, y lo dice de nuevo como un oportunista. Las relaciones reales no son una cosa muerta, pues viven y se desarrollan. Las definiciones jurídicas pueden estar a tono con el desarrollo progresivo de esas relaciones, pero pueden "corresponder" también (si estas definiciones son malas) a una regresión o a un anquilosamiento. Este último caso es precisamente el "caso" del camarada Mártov.

la fórmula del camarada Mártov y el principio indiscutible del socialismo científico que con tan poca fortuna citó el mismo camarada Mártov: "Nuestro partido es el intérprete consciente de un proceso inconsciente". Exacto. Y precisamente por eso es un error pretender que "todo huelguista" pueda adjudicarse el título de miembro del partido, porque si "toda huelga" no fuera sólo la expresión espontánea de un poderoso instinto de clase y de lucha de clase que conduce inevitablemente a la revolución social, sino una *expresión consciente* de ese proceso, entonces..., entonces la huelga general no sería una frase anarquista, entonces nuestro partido *englobaría* en el acto y de golpe a toda la clase obrera y, por consiguiente, también acabaría de golpe con *toda la sociedad burguesa*. Para ser *en realidad* intérprete consciente, el partido debe saber establecer unas relaciones de organización que *aseguren determinado nivel* de conciencia y eleven sistemáticamente este nivel. "De ir por el camino de Mártov -dijo el camarada Pavlóvich-, hay que suprimir ante todo el punto relativo al reconocimiento del *programa*, porque para aceptar un programa es menester asimilarlo y comprenderlo... El reconocimiento del programa está condicionado por un nivel bastante elevado de conciencia política". Nunca consentiremos que *el apoyo* a la socialdemocracia, *la participación* en la lucha que ella dirige, se vean *limitadas* artificialmente por ninguna exigencia, cualquiera que sea (asimilación, comprensión, etc.), porque esa misma *participación*, por el mero hecho de manifestarse, *eleva* tanto la conciencia como los instintos de organización; pero ya que *nos hemos agrupado en un partido* para un trabajo metódico, debemos preocuparnos de asegurar que sea metódico.

Inmediatamente, en el transcurso de *esa misma* sesión, se vio que no estaba de más la advertencia del camarada Pavlóvich acerca del programa. Los camaradas Akímov y Líber, que habían hecho triunfar la fórmula del camarada Mártov*, descubrieron *en el acto* su verdadera naturaleza, al exigir (págs. 254-255) que (para "ser miembro" del partido) se reconociera también el programa tan sólo de un mudo platónico, tan sólo en sus "principios fundamentales". "La propuesta del camarada Akímov es absolutamente lógica desde el punto de vista del camarada Mártov", advirtió el camarada Pavlóvich.

***

La división de votos que se produjo con motivo del artículo primero de los estatutos puso de manifiesto un fenómeno absolutamente del mismo tipo que el que se observó en el incidente con motivo de la igualdad de las lenguas: el hecho de que se apartase de la mayoría iskrista la cuarta parte (aproximadamente) de sus componentes permitió el triunfo de los antiiskristas, seguidos del "centro".

Los puntos "j", "k" y "1" han sido suprimidos de la presente edición porque contienen casi exclusivamente una descripción de las pequeñas discusiones en torno a pormenores de los estatutos o con motivo de la composición de los organismos centrales del partido. Ni lo uno ni lo otro ofrece interés para el lector de hoy ni reviste importancia para aclarar las discrepancias entre la "minoría" y la "mayoría". Aducimos únicamente el final del punto "1", que se refiere a un problema de táctica tratado ya en el II Congreso:

Una discusión de fondo interesante, pero demasiado breve, por desgracia, se entabló con motivo de la resolución de Starovier sobre los liberales. El congreso la aprobó, según puede verse por las firmas que figuran a su pie (págs. 357 y 358), porque tres partidarios de la "mayoría" (Braun, Orlov, Osipov) votaron tanto *por ella* como por la resolución de Plejánov, sin percatarse de la irreductible contradicción que existía entre ambas. A primera vista, no hay entre ellas contradicción irreductible, porque la de Plejánov sienta un principio general, expresa una actitud determinada de principio y de táctica respecto al *liberalismo burgués en Rusia*, y la de Starovier trata de determinar *las condiciones concretas en que son admisibles "acuerdos temporales"* con “tendencias liberales o democráticas liberales". Ambas resoluciones versan de temas distintos. Pero la de Starovier adolece precisamente de *vaguedad política*, siendo por ello fútil y mezquina. *No define el contenido de clase del liberalismo ruso*, no indica *determinadas* tendencias políticas que le sirven de expresión, no explica al proletariado sus tareas *fundamentales* de propaganda y agitación respecto a estas tendencias determinadas, confunde (en virtud de su vaguedad) cosas tan distintas como el movimiento estudiantil y *Osvobozhdenie*[154], prescribe con excesiva menudencia, de un modo casuístico, *tres* condiciones concretas en las que pueden admitirse "acuerdos temporales". También en este caso, como en muchos otros, la vaguedad política conduce a la casuística. La falta de un principio general y el intento de enumerar las "condiciones" lleva a que éstas se indiquen de un modo mezquino y, hablando en rigor, *inexacto*. En efecto, véanse esas tres condiciones de Starovier: 1) "Las tendencias liberales o democráticas liberales" deben "decir de un modo claro e inequívoco que en su lucha contra el gobierno autocrático se colocan resueltamente al lado de la socialdemocracia de Rusia". ¿En qué consiste la diferencia existente entre las tendencias liberales y las tendencias democráticas liberales? La resolución no contiene dato alguno que permita contestar a esta pregunta. ¿No consistirá la diferencia en que las tendencias liberales expresan la

* Obtuvo 28 votos a favor y 22 en contra. De los ocho antiiskristas, siete votaron por Mártov y uno por mí. Sin el auxilio de los oportunistas, el camarada Mártov no hubiera podido hacer triunfar su fórmula oportunista.

posición de los sectores de la burguesía menos progresistas en el sentido político en tanto que las tendencias democráticas liberales expresan la posición de los sectores más progresistas de la burguesía y de la pequeña burguesía? Si es así, ¿¿cree posible el camarada Starovier que los sectores menos progresistas (pero progresistas pese a todo, pues de otro modo no cabría hablar de liberalismo) de la burguesía "se pondrán resueltamente al lado de la socialdemocracia"?? Esto es absurdo, y aun cuando los representantes de semejante tendencia "*lo dijeran de un modo claro e inequívoco*" (hipótesis absolutamente imposible), nosotros, partido del proletariado, *estaríamos obligados a no dar crédito* a sus declaraciones. Ser liberal y ponerse resueltamente al lado de la socialdemocracia son cosas que se excluyen mutuamente.

Y aún más. Supongamos que las "tendencias liberales o democráticas liberales" declaren de un modo claro e inequívoco que, en su lucha contra la autocracia, se ponen "resueltamente al lado de *los socialistas-revolucionarios*. Esta hipótesis es mucho menos inverosímil que la del camarada Starovier (en virtud del fondo democrático-burgués de la tendencia de los socialistas-revolucionarios). Por el sentido de su resolución, en virtud de su vaguedad y carácter casuístico, resulta que *en tal caso no son admisibles acuerdos temporales* con semejantes liberales. Y, sin embargo, esta consecuencia inevitable de la resolución del camarada Starovier lleva a una tesis *francamente falsa*. Los acuerdos temporales son también admisibles con los socialistas-revolucionarios (véase la resolución del congreso sobre ellos), y, *por consiguiente*, con los liberales que se pusieran al lado de los socialistas-revolucionarios.

Segunda condición: si dichas tendencias "no incluyen en sus programas reivindicaciones que estén en pugna con los intereses de la clase obrera y de la democracia en general o reivindicaciones que ofusquen su conciencia". Se repite el mismo error: no ha habido ni puede haber tendencias democráticas liberales que no incluyan en sus programas reivindicaciones que no estén en pugna con los intereses de la clase obrera y no ofusquen su conciencia (la conciencia del proletariado). Incluso una de las fracciones más democráticas de nuestra tendencia democrática liberal, la fracción de los socialistas-revolucionarios, presenta en su programa, embrollado como todos los programas liberales, reivindicaciones que están en pugna con los intereses de la clase obrera y que ofuscan su conciencia. De ahí se debe deducir que es *imprescindible* "desenmascarar la estrechez e insuficiencia del movimiento de liberación de la burguesía", pero en modo alguno que sean inadmisibles los acuerdos temporales.

Por último, también la tercera "condición" del camarada Starovier (que los demócratas liberales hagan consigna de su lucha el derecho al sufragio universal, igual, secreto y directo) *es falsa* en la forma general que se le ha dado: *no sería razonable*, en caso alguno, declarar inadmisibles acuerdos temporales y particulares con las tendencias democráticas liberales que propugnaran la consigna de una constitución restrictiva, una constitución "enteca" en general. En el fondo, precisamente a este caso correspondería la "tendencia" de los señores del grupo *Osvobozhdenie*, pero sería miopía política, incompatible con los principios del marxismo, atarse las manos, prohibiendo con antelación los "acuerdos temporales" aunque fuera con los liberales más tibios.

En resumen: la resolución del camarada Starovier, firmada también por los camaradas Mártov y Axelrod, *es equivocada*, y el tercer congreso procederá con buen juicio si la anula. Adolece de *vaguedad política* en su posición teórica y táctica y de casuística en las "condiciones" prácticas que exige. *Confunde dos cuestiones distintas*: 1) el desenmascaramiento de los rasgos "antirrevolucionarios y antiproletarios" de *toda* tendencia democrática liberal, así como la obligación de *luchar* contra estos rasgos y 2) *la condición* que hace posibles *los acuerdos* temporales y particulares con cualquiera de dichas tendencias. No da lo que hace falta (un análisis del contenido de clase del liberalismo) y da lo que no hace falta (prescripción de "condiciones"). En un congreso del partido es, en general, absurdo poner "condiciones" concretas para acuerdos temporales cuando ni siquiera se ha presentado todavía ningún negociador concreto para el posible acuerdo. Y aunque existiera tal "negociador", sería cien veces más racional dejar que fueran los organismos centrales del partido quienes pusieran las "condiciones" del acuerdo temporal, como lo ha hecho el congreso en lo que se refiere a la "tendencia" de los señores socialistas-revolucionarios (véase la modificación introducida por Plejánov al final de la resolución del camarada Axelrod, págs. 362 y 15 de las actas).

Por lo que se refiere a las objeciones de la "minoría" contra la resolución de Plejánov, el único argumento del camarada Mártov decía: la resolución de Plejánov "termina en una deducción mísera: hay que desenmascarar a un hombre de letras. ¿No será eso "querer matar moscas a mazazos"?" (pág. 358). Este argumento, en el que la ausencia de ideas se disfraza con la mordaz expresión de "mísera deducción", nos proporciona una nueva muestra de frase presuntuosa. Primero, la resolución de Plejánov habla de "desenmascarar ante el proletariado la estrechez y la insuficiencia del movimiento de liberación de la burguesía en todos los puntos en que se manifiesten esa estrechez y esa insuficiencia". De aquí que la afirmación del camarada Mártov (en el Congreso de la Liga, pág. 88 de las actas) de que "toda la atención debe concentrarse únicamente en

Struve, en un solo liberal" sea una tontería de lo más simple. Segundo, comparar al señor Struve con una "mosca", cuando se trata de la posibilidad de acuerdos temporales con los liberales rusos, significa sacrificar al sarcasmo algo que es de elemental evidencia política. No, el señor Struve no es una mosca, sino una magnitud política, y no es una magnitud por ser personalmente una figura muy destacada. El valor de magnitud política se lo da su posición, su posición de único representante del liberalismo ruso, del liberalismo con cierta organización y capacidad de actuar en el mundo de la clandestinidad. Por eso, hablar de los liberales rusos y de la actitud de nuestro partido respecto a ellos y no tener en cuenta precisamente al señor Struve, precisamente a *Osvobozhdenie*, es hablar por hablar. ¿O quizás pruebe el camarada Mártov a indicamos *aunque sólo sea* una "tendencia liberal o democrática liberal" en Rusia que pueda compararse, al menos de lejos y en el momento actual, con la tendencia de *Osvobozhdenie*? ¡Sería curioso ver tentativa semejante!

"Nada significa el nombre de Struve para los obreros", afirmaba el camarada Kostrov en apoyo del camarada Mártov. Esto, dicho sea sin el propósito de molestar al camarada Kostrov ni al camarada Mártov, es un argumento a lo Akímov. Como lo del proletariado en caso genitivo[155].

¿Para qué obreros "no significa nada el nombre de Struve" (ni el de *Osvobozhdenie*, citado en la resolución del camarada Plejánov junto al del señor Struve)? Para los obreros que conocen muy poco o no conocen en absoluto las "tendencias liberales y democráticas liberales" de Rusia. Cabe preguntar: ¿debe consistir la actitud del congreso de nuestro partido con semejantes obreros en encargar a los miembros del partido que hagan conocer a estos obreros la única tendencia definidamente liberal que existe en Rusia o en *callar* un nombre poco conocido de los obreros precisamente porque ellos saben poco de política? Si el camarada Kostrov, después de dar el primer paso tras el camarada Akímov, no quiere dar el segundo, tal vez resuelva este dilema optando por lo primero. Y en cuanto lo haya resuelto en este primer sentido, verá cuán endeble era su argumento. *En todo caso*, las palabras "Struve" y "*Osvobozhdenie*", de la resolución de Plejánov, *pueden dar* a los obreros mucho más que las palabras "tendencia liberal y democrática liberal" de la resolución de Starovier.

Sólo por *Osvobozhdenie* puede conocer en la práctica el obrero ruso, en el momento actual, las tendencias políticas, expresadas de manera más o menos abierta, de nuestro liberalismo. Las publicaciones liberales de carácter legal no sirven, en este caso, precisamente por su nebulosidad. Y nosotros debemos dirigir con el mayor celo (y ante las masas obreras más amplias posible) el filo de nuestra crítica contra los elementos de *Osvobozhdenie* para que, en el momento de la revolución que se avecina, el proletariado ruso sepa detener con la verdadera crítica de las armas las inevitables tentativas de los señores de *Osvobozhdenie* de cercenar el carácter democrático de la revolución.

m) Cuadro general de la lucha en el congreso. El ala revolucionaria y el ala oportunista del partido

Ahora debemos hacer el resumen para contestar, basándonos en *todos* los datos que proporciona el congreso, a la pregunta siguiente: ¿cuáles fueron los elementos, grupos y matices que formaron la mayoría y la minoría destinadas a constituir durante cierto tiempo la división fundamental de nuestro partido? Es necesario hacer el resumen de todos los datos que sobre matices de principios, de teoría y de táctica ofrecen con tanta abundancia las actas del congreso. Sin este "resumen" general, sin un cuadro general de todo el congreso y de todos los agrupamientos más importantes en las votaciones, estos datos quedarán demasiado fragmentados y dispersos, pareciendo a primera vista que los diversos agrupamientos han sido obra de la casualidad, sobre todo a quien no se tome la molestia de *estudiar* por su cuenta en todos los aspectos las actas del congreso (pero ¿serán muchos los lectores que se hayan tomado esta molestia?).

En los diarios de sesiones del Parlamento de Inglaterra se encuentra con frecuencia la típica palabra *división*. La Cámara "se ha dividido" en tal mayoría y tal minoría, se dice al hablar de la votación de un asunto determinado. La "división" de nuestra cámara socialdemócrata, en las diversas cuestiones tratadas en el congreso, nos proporciona un cuadro, *único en su género e insustituible por lo completo y exacto*, de la lucha interna que se entabló en el partido, un cuadro de sus matices y grupos. Para dar evidencia a este cuadro, para obtener *un cuadro* verdadero y no un amontonamiento de hechos y pequeños hechos sin ilación, fragmentados y aislados; para poner término a las disputas sin fin ni sentido sobre las diversas votaciones (quién votó a quién y quién apoyó a quién), he decidido intentar representar en forma de diagrama *todos* los tipos *fundamentales* de "división" habidos en nuestro congreso. Es probable que tal procedimiento parezca extraño a muchos, pero dudo que pueda encontrarse otra forma de exposición que sintetice y formule en realidad los resultados, que sea más completa y más exacta. En las votaciones nominales se puede precisar con absoluta exactitud si este o el otro delegado ha votado a favor o en contra de determinada propuesta; y en algunas votaciones importantes no nominales puede averiguarse esto, por medio de las actas, con un grado inmenso de probabilidad, con suficiente aproximación a la verdad. Y si, al hacerlo, se tienen en cuenta *todas* las

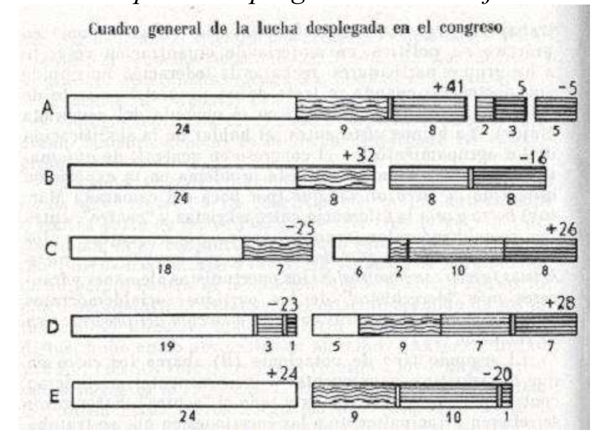
votaciones nominales y no nominales en las que se trató de puntos de alguna importancia (a juzgar, verbigracia, por lo detallado del examen y el acaloramiento de las discusiones), obtendremos una imagen de la lucha interna de nuestro partido que tendrá la máxima objetividad posible de alcanzar con los materiales de que disponemos. Al hacerlo, en lugar de presentar una imagen fotográfica, es decir, en lugar de dar cada votación por separado, procuraremos describir un cuadro, es decir, dar a conocer todos los *tipos* principales de votaciones, omitiendo las que no encajan en el cuadro y las variantes que carecen relativamente de importancia y que sólo podrían embrollar las cosas. En todo caso, cualquiera podrá comprobar en las actas cada trazo de nuestro cuadro, completarlo con cualquier votación aislada y, en suma, criticarlo no sólo con razonamientos, dudas e indicaciones sobre casos aislados, sino pintando *otro cuadro* basado en los mismos datos.

Al hacer figurar en el diagrama a cada uno de los delegados que tomaron parte en las votaciones, representaremos gráficamente, de un modo distinto, los cuatro grupos fundamentales que hemos ido observando escrupulosamente a lo largo de los debates del congreso, a saber: 1) iskristas de la mayoría; 2) iskristas de la minoría; 3) "centro", y 4) antiiskristas. *En multitud de ejemplos* hemos visto la diferencia de matices de principio existente entre estos grupos, y si a alguien le disgustan *los nombres* que les hemos dado, por recordar demasiado a los aficionados a los recovecos la organización de *Iskra* y la tendencia de *Iskra*, les advertiremos que no se trata del nombre. Ahora, cuando hemos observado ya los matices en *todos* los debates del congreso, pueden sustituirse fácilmente las denominaciones arraigadas ya y habituales en el partido (pero que hieren ciertos oídos) por la definición *de la esencia del matiz de cada grupo*. Al hacerlo, los cuatro grupos mencionados recibirían las denominaciones siguientes: 1) socialdemócratas revolucionarios consecuentes; 2) pequeños oportunistas; 3) oportunistas medios, y 4) grandes oportunistas (grandes a nuestra escala rusa).

Pasemos a exponer con detalle los tipos de votaciones "fotografiados" en el diagrama adjunto (véase el diagrama "Cuadro general de la lucha desplegada en el congreso".)

El primer tipo de votaciones (A) comprende los casos de unión del "centro" a los iskristas contra los antiiskristas o contra parte de éstos. Fueron de este tipo la votación del programa en su conjunto (se abstuvo sólo el camarada Akímov; los demás votaron a favor), la votación de la resolución de principio contra la federación (todos a favor, menos los cinco bundistas), la votación del artículo segundo de los estatutos del Bund (en contra nuestra votaron los cinco bundistas; hubo cinco abstenciones: Martínov, Akímov, Brúker y Májov con dos votos; los demás votaron a favor de nosotros); *esta votación es la representada en la franja A del diagrama*. Del mismo tipo fueron luego las tres votaciones sobre la ratificación de *Iskra* para Órgano Central del partido; la redacción (cinco votos) se abstuvo; en las tres votaciones se pronunciaron en contra dos personas (Akímov y Brúker) y, además, al votarse *los motivos* de la ratificación de *Iskra*, se abstuvieron los cinco bundistas y el camarada Martínov*.

El tipo de votación que acabamos de examinar da respuesta a una pregunta de extraordinario interés e importancia: ¿cuándo votó con los iskristas el "centro" del congreso? Cuando, salvo raras excepciones, *estaban también con nosotros los antiiskristas* (aprobación del programa, ratificación de *Iskra*, prescindiendo de los motivos), o cuando se trataba de *declaraciones* que aún no obligan directamente a tomar una posición política determinada (reconocer el trabajo de organización de *Iskra* aún no obliga a poner en práctica su política en materia de organización respecto a los grupos particulares; rechazar la federación no impide aún abstenerse cuando se trata de un proyecto concreto de federación, como hemos visto en el ejemplo del camarada Májov). Ya hemos visto antes, al hablar de la significación de los agrupamientos en el congreso en general, de qué manera tan inexacta se enfoca este problema en la exposición oficial de la *Iskra* oficial que (por boca del camarada Mártov) *borra y vela* la diferencia entre iskristas y "centro", entre los socialdemócratas revolucionarios consecuentes y los oportunistas, ¡alegando *los casos en que también los antiiskristas fueron con nosotros*! Ni los oportunistas alemanes y franceses más "derechistas" de los partidos socialdemócratas votan en contra de puntos como *la adopción del programa en su conjunto*.



* ¿Por qué hemos elegido para el diagrama precisamente la votación del artículo 2 de los estatutos del Bund? Porque las votaciones relacionadas con la aprobación de *Iskra* son menos completas, y las relacionadas con el programa y la federación atañen a acuerdos políticos menos determinados y concretos. En general, elegir una u otra votación entre toda una serie del mismo tipo en nada modificaría los trazos fundamentales del cuadro, como podrá persuadirse todo el que haga las modificaciones respectivas.



Los números con + y – representan el total de votos emitidos en pro o en contra de ciertas cuestiones. Los guarismos al pie de las franjas representan el número de votos de cada uno de los cuatro grupos. El tipo de la votación representada por las letras A-E se explica en el texto

El segundo tipo de votaciones (B) abarca los casos en que los iskristas, consecuentes e inconsecuentes, se unieron contra todos los antiiskristas y todo el "centro". Estos casos se refieren principalmente a las cuestiones en que se trataba de aplicar los planes concretos y determinados de la política iskrista, en que se trataba de reconocer a *Iskra en la práctica y no sólo de palabra*. A este grupo pertenece *el incidente con el Comité de Organización**, el planteamiento en primer lugar de la situación del Bund en el partido, la disolución del grupo *Yuzhni Rabochi*, las dos votaciones sobre el programa agrario y, por último, en sexto lugar, la votación *contra* la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero (*Rabócheie Dielo*), es decir, el reconocimiento de la Liga como única organización del partido en el extranjero. El viejo espíritu de círculo, anterior a la formación del partido, los intereses de organizaciones o grupitos oportunistas y una concepción estrecha del marxismo luchaban allí contra la política, firme y consecuente en los principios, de la socialdemocracia revolucionaria; los iskristas de la minoría estuvieron todavía a nuestro lado en toda una serie de casos, en toda una serie de votaciones de suma importancia (desde el punto de vista del Comité de Organización, de *Yuzhni Rabochi* y de *Rabócheie Dielo*)..., mientras no se trató de su propio espíritu de círculo, de su propia inconsecuencia. Las "divisiones" en el tipo de votación que examinamos demuestran de un modo evidente que en una serie de cuestiones concernientes a la aplicación de nuestros principios, *el centro estaba al lado de los antiiskristas*, se encontraba mucho más próximo a ellos que a nosotros, mucho más inclinado *de hecho* al ala *oportunista* que al ala *revolucionaria* de la socialdemocracia. Los "iskristas" de *nombre*, que se avergonzaban *de serlo*, ponían al desnudo su naturaleza, y la inevitable lucha despertaba no poca irritación que impedía a los espíritus menos reflexivos y más impresionables ver el sentido de los matices de principio manifiestos en esa lucha. Pero ahora, cuando se ha aplacado un tanto el ardor de la pelea y han quedado las actas como extracto objetivo de una serie de reñidas batallas, ahora sólo quien cierre los ojos dejará de ver que no era ni podía ser casualidad la unión de los Májov y los Egórov con los Akímov y los Líber.

El tercer tipo de votaciones del congreso, que comprende las tres últimas franjas de las cinco del diagrama (a saber: C, D, y E), se caracteriza por el hecho de que *una pequeña parte de los iskristas se separa y paga al lado de los antiiskristas*, que vencen por eso mismo (mientras permanecen en el congreso). Para seguir con plena exactitud el desarrollo de esta célebre *coalición* de la minoría iskrista con los antiiskristas, cuya sola mención hacía a Mártov lanzar histéricos mensajes en el congreso, citamos los tres tipos fundamentales de votaciones *nominales* de esta clase. *C*. es la votación de la igualdad de las lenguas (tomamos la tercera y última votación nominal de este punto por ser la más completa). Todos los antiiskristas y todo el centro se levantan como una muralla contra nosotros, y de los iskristas se separa una parte de la mayoría y una parte de la minoría. *No puede verse aún qué iskristas son capaces de una coalición sólida y definitiva con la "derecha" oportunista del congreso*. Sigue la votación del tipo *D*, relativa al artículo primero de los estatutos (hemos tomado la más definida de las dos votaciones, es decir, la que no registró ninguna abstención). *La coalición adquiere mayor realce y se hace más sólida: todos* los iskristas de la minoría están ya al lado de Akímov y Líber; de los iskristas de la mayoría lo están muy pocos, compensando su falta el paso a nuestro lado de tres delegados del "centro" y uno de los antiiskristas. Una simple ojeada al diagrama bastará para convencerse de qué elementos eran los que, por casualidad y temporalmente, pasaban ora a un lado ora a otro, y cuáles *iban con fuerza irresistible* hacia *una firme coalición con los Akímov*. En la última votación (*E*, elecciones para el Órgano Central, para el CC y para el Consejo del Partido), *que representa precisamente la división definitiva en mayoría y minoría*, se ve con claridad la fusión completa de la minoría iskrista con *todo* el "centro" y con los restos de los antiiskristas. De los ocho antiiskristas *sólo* quedaba entonces en el congreso la camarada Brúker (a la cual el camarada Akímov había explicado ya su error y la cual había ocupado en las filas de los *martovistas* el lugar que por derecho le correspondía). La retirada de los siete *oportunistas más "derechistas"* decidió la suerte de

---

* Esta es precisamente la votación que representa la franja B: los iskristas obtuvieron treinta y dos votos, y la resolución del delegado del Bund, dieciséis, Es de notar que entre las votaciones de este tipo no hay *ni una sola nominal*. Tan sólo dos géneros de datos nos indican, con enorme grado de verosimilitud, la distribución de los delegados: 1) en los debates, los oradores de los dos grupos de iskristas se declaran a favor, y los oradores de los antiiskristas y del centro, en contra; 2) el número de votos "*a favor*" siempre se aproxima mucho a treinta y tres, Tampoco debemos olvidar que, al analizar los debates del congreso, señalamos, también fuera de las votaciones, *toda una serie* de casos en que el "centro" se unió a los antiiskristas (a los oportunistas) contra nosotros, como sucedió al tratarse del valor absoluto de las reivindicaciones democráticas, del apoyo a los elementos oposicionistas, de la limitación del centralismo, etc.

las elecciones en contra de Mártov*.

Hagamos ahora un resumen del congreso, basándonos en datos objetivos de las votaciones *de todo tipo*.

Se ha hablado mucho del carácter "*casual*" de la mayoría de nuestro congreso. Este es el único argumento con que se ha consolado el camarada Mártov en su *De nuevo en minoría*. El diagrama muestra claramente que en un sentido, sólo en *un sentido*, puede considerarse que la mayoría fue obra de la casualidad, a saber: en el de que puede afirmarse que los siete elementos más oportunistas de la "*derecha*" se retiraron *por casualidad*. En lo que tenga de casual esta retirada, nada más que *en eso* es también obra de la casualidad nuestra mayoría. Una simple ojeada al diagrama demuestra mejor que largas digresiones al lado de quién habrían estado y *debieron haber estado* esos siete delegados**. Pero cabe preguntar ¿hasta qué punto puede considerarse casual la retirada de esos siete? Esto es algo que a los de la mayoría aficionados a hablar de la "casualidad" no les agrada preguntarse. Les molesta la pregunta. ¿Es casual que se retiraran los más acérrimos representantes del ala *derecha* de nuestro partido, y no del ala *izquierda*? ¿Es casual que se retiraran los *oportunistas* y no los *socialdemócratas revolucionarios* consecuentes? ¿No guardará esta retirada "casual" cierta relación con la lucha contra el ala oportunista que se sostuvo durante todo el congreso y que con tanta evidencia queda señalada en nuestro diagrama?

Basta formular estas preguntas desagradables para la minoría y tendremos claro qué hecho se oculta tras las habladurías de que la mayoría se formó por casualidad. El hecho indudable e indiscutible de que *la minoría estaba formada por los miembros de nuestro partido más propensos al oportunismo*. Constituyeron la minoría los elementos del partido *menos firmes* desde el punto de vista teórico, *menos consecuentes en el terreno de los principios*. Formó la minoría precisamente *el ala derecha* del partido. La división en mayoría y minoría es continuación directa e inevitable de la división de la socialdemocracia en revolucionaria y oportunista, en Montaña y Gironda[156], que no es de ayer, que no sólo existe en el partido obrero ruso y que, seguramente, no desaparecerá mañana.

Este hecho tiene cardinal importancia para explicar las causas y vicisitudes de las divergencias. Tratar de *eludir* este hecho, negando o disimulando la lucha desplegada en el congreso y los matices de principio en ella señalados significa extenderse uno mismo el certificado de la más completa pobreza mental y política. Y para *refutar* ese hecho hay que demostrar, *primero*, que el cuadro general de las votaciones y "divisiones" que hubo en el congreso de nuestro partido no es como yo lo he expuesto; hay que demostrar, *segundo*, que *los equivocados en el fondo* de todas las cuestiones por las que "se dividió" el congreso *eran* los socialdemócratas revolucionarios más consecuentes, que en Rusia llevan el nombre de iskristas.

El hecho de que la minoría estuviese constituida por los elementos más oportunistas, menos firmes y menos consecuentes del partido contesta, entre otras, a muchas dudas y objeciones que dirige a la mayoría gente que conoce poco el asunto o no ha pensado bastante en la cuestión. ¿No es mezquino, se nos dice, explicar *la divergencia* por un pequeño error del camarada Mártov y del camarada Axelrod? Sí, señores, el error del camarada Mártov fue pequeño (y yo lo señalé ya en el congreso, en el ardor de la lucha); pero de ese pequeño error *podía* resultar (*y resultó*) un gran daño, pues el camarada Mártov se dejó arrastrar por delegados que habían cometido *toda una serie de errores*, que habían demostrado en toda una serie de cuestiones su propensión al oportunismo y su poca rectitud en el terreno de los principios. Hecho individual y sin importancia fue que los camaradas Mártov y Axelrod mostrasen veleidad; pero no fue ya un hecho individual, sino *de partido* y de *no poca importancia* la formación de una minoría muy significativa *de todos* los elementos menos firmes, *de todos* los que no reconocían en absoluto la tendencia de *Iskra* y luchaban abiertamente contra ella o la reconocían de palabra mientras que, de hecho, iban muy a menudo con los antiiskristas.

¿No es ridículo *explicar* la divergencia con el argumento de que predominan el viejo espíritu rutinario de círculo y la mentalidad revolucionaria filistea en el pequeño círculo de la vieja redacción de *Iskra*? No, no es ridículo porque en apoyo de *ese* espíritu *individual* de círculo *se levantó* cuanto hubo luchado *en nuestro partido*, durante todo el congreso, *por el espíritu de círculo en todas sus formas*, cuanto, *en general, no había podido elevarse* por encima de la mentalidad revolucionaria pequeñoburguesa, cuanto alegaba el carácter "histórico" del mal de la mentalidad filistea y del espíritu de círculo para justificar y mantener este mal. Tal vez pudiera considerarse aún casualidad el que los intereses estrictamente de círculo triunfaran sobre el partidismo sólo en un pequeño círculo: el de

---

* Los siete oportunistas que se retiraron del II Congreso fueron los cinco bundistas (el Bund se separó del partido en el II Congreso, después de haberse rechazado el principio federativo) y dos de *Rabócheie Dielo*: el camarada Martínov y el camarada Akímov. Estos últimos se retiraron del congreso cuando se reconoció a la Liga iskrista por *única* organización del partido en el extranjero, es decir, que la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, afecta a *Rabócheie Dielo*, fue disuelta. (Nota de Lenin a la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

** Más adelante veremos que, *después* del congreso, tanto el camarada Akímov como el comité de Vorónezh, el más *afín* al camarada Akímov, expresaron francamente sus simpatías por "*la minoría*".

la redacción de *Iskra*; pero no fue una casualidad que se levantaran en recia muralla para defender ese espíritu de círculo los camaradas Akímov y Brúker, que tenían en igual aprecio (si no en más) la "continuidad histórica" del célebre comité de Vorónezh y de la famosa "Organización Obrera" de San Petersburgo[157], que se levantaran los camaradas Egórov para llorar el "asesinato" de *Rabócheie Dielo* con tanta amargura (si no con más) como el "asesinato" de la vieja redacción, que se levantaran los camaradas Májov, etc., etc. Dime con quién andas y te diré quién eres, dice la sabiduría popular. Dime quién es tu aliado político, quién vota por ti y te diré cuál es tu *fisonomía política*.

El pequeño error del camarada Mártov y del camarada Axelrod seguía y podía seguir siendo pequeño mientras no servía de punto de arranque para *una firme alianza* entre ellos y toda el ala oportunista de nuestro partido; mientras, en virtud de esta alianza, no conducía a que el oportunismo *se reanimara*, a que *se tomaran el desquite* todos aquellos contra quienes luchaba *Iskra* y que estaban dispuestos *a desahogar ahora* con inmenso gozo *toda su rabia* en los partidarios consecuentes de la socialdemocracia revolucionaria. Lo ocurrido después del congreso ha conducido precisamente a que, en la nueva *Iskra*, veamos justamente que el oportunismo se reanima, que los Akímov y las Brúker se toman el desquite (véase la hoja del comité de Vorónezh), que los Martínov se entusiasman y, por fin (¡por fin!), se les permite cocear en la odiada *Iskra* al odiado "enemigo" por todos los viejos agravios.

De por sí, la división del congreso (y del partido) en ala izquierda y derecha, en ala revolucionaria y oportunista, no sólo no representaba aún nada terrible ni nada crítico, sino ni siquiera anormal en absoluto. Por el contrario, el último decenio de la historia de la socialdemocracia rusa (y no sólo rusa) llevaba de un modo fatal e ineludible a esta división. Que el motivo de esta última fuera una serie de errores bien *pequeños* del ala derecha, de discrepancias bien insignificantes (relativamente), es una circunstancia que (aun chocando a un observador superficial y a un espíritu filisteo) significaba *un gran paso adelante de todo el conjunto de nuestro partido*. Antes discrepábamos en grandes problemas que, a veces, hasta podían justificar una escisión; ahora estamos ya de acuerdo en todo lo grande e importante; ahora sólo nos separan *matices*, por los cuales se puede *y se debe* discutir, pero sería absurdo y pueril separarse (como ya ha dicho con sobrada razón el camarada Plejánov en el interesante artículo *Qué es lo que no hay que hacer*, artículo del que aún hemos de volver a hablar). *Ahora*, cuando *la conducta anárquica* de la minoría *después del congreso* casi ha llevado al partido a la escisión, es frecuente encontrar a sabihondos que dicen: ¿acaso valía la pena, en general, luchar en el congreso por pequeñeces como el incidente con el Comité de Organización, la disolución del grupo *Yuzhni Rabochi* o *Rabócheie Dielo*, el artículo primero, la disolución de la vieja redacción, etc.? Quien así razona introduce precisamente el punto de vista de círculo en los asuntos del partido; la lucha de *matices* es, en el partido, *inevitable y necesaria* mientras no lleve a la anarquía y la escisión, mientras no rebase los límites admitidos de común acuerdo por todos los camaradas y miembros del partido. Y *nuestra lucha* contra el ala derecha del partido *en el congreso*, contra Akímov y Axelrod, contra Martínov y Mártov *en nada rebasó esos límites*. Bastará recordar, aunque sólo sea, que cuando los camaradas Martínov y Akímov se retiraron del congreso, *todos estábamos dispuestos* a desterrar como fuese la idea de "agravio", *todos adoptamos* (por treinta y dos votos) la resolución del camarada Trotski que invitaba a estos camaradas a darse por satisfechos con las explicaciones y a retirar su declaración.

(Los puntos "n" y "ñ" han sido suprimidos de la presente edición porque en ellos se describe la lucha entablada con motivo de la composición personal de los organismos centrales después del congreso, o sea, algo donde, lo que menos hubo, fueron cuestiones de principios, y lo que más, intrigas.)

o) La nueva "*Iskra*". El oportunismo en las cuestiones de organización

Para analizar la posición de principios de la nueva *Iskra* hay que tomar por base, sin duda, dos artículos del camarada Axelrod*. Ya hemos explicado detalladamente más arriba la significación concreta** de toda una serie de sus palabrejas favoritas; ahora hemos de procurar abstraernos de esa significación concreta y calar en el curso del pensamiento que ha llevado a la "minoría" (por uno u otro motivo fútil y mezquino) a adoptar precisamente estas y no otras consignas, hemos de examinar la significación de estas consignas en el terreno de los principios, independientemente de su origen, independientemente de la "cooptación". Hoy vivimos bajo el signo de las concesiones: hagamos, pues, una concesión al camarada Axelrod y "tomemos en serio" su "teoría".

La tesis fundamental del camarada Axelrod (núm. 57 de *Iskra*) es la siguiente: "Nuestro movimiento llevaba implícitas desde el primer instante dos

* Estos artículos se incluyeron en la recopilación *Dos años de "Iskra"*, parte II, pág. 122 y siguientes. (San Petersburgo, 1906.) (Nota del autor para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

** Esta "significación concreta" se refiere a la lucha desplegada en el congreso y después de éste en torno a la composición personal de los organismos centrales; la descripción de esta lucha ha sido omitida en la presente edición.

tendencias opuestas, cuyo antagonismo recíproco no podía menos de progresar y reflejarse en él paralelamente a su propio desarrollo". A saber: "En principio, el objetivo proletario del movimiento (en Rusia) es el mismo que el de la socialdemocracia occidental". Pero en nuestro país la influencia sobre las masas obreras emana "de un elemento de la sociedad extraño a ellas": la intelectualidad radical. Así pues, el camarada Axelrod hace constar que en nuestro partido existe un antagonismo entre las tendencias proletarias y las tendencias radicales de la intelectualidad.

En eso al camarada Axelrod le asiste toda la razón. No hay duda de que tal antagonismo existe (y no sólo en el Partido Socialdemócrata de Rusia). Más aún: todo el mundo sabe que este antagonismo explica precisamente en gran medida la división de la socialdemocracia contemporánea en socialdemocracia revolucionaria (o sea, ortodoxa) y socialdemocracia oportunista (revisionista, ministerialista, reformista), división que se ha manifestado por completo asimismo en Rusia durante los últimos diez años de nuestro movimiento. Todo el mundo sabe también que es precisamente la socialdemocracia ortodoxa la que expresa las tendencias proletarias del movimiento, mientras que la socialdemocracia oportunista expresa las tendencias democráticas de la intelectualidad.

Pero al abordar de lleno este hecho notorio, el camarada Axelrod empieza a retroceder temeroso. No hace *el menor intento* de analizar cómo se ha manifestado esta división en la historia de la socialdemocracia rusa, en general, y en el congreso de nuestro partido, en particular, ¡aunque escribe precisamente con motivo del congreso! Lo mismo que toda la redacción de la nueva *Iskra*, el camarada Axelrod da muestras de *temer como a la muerte* a las actas de este congreso. Y no debe extrañarnos, después de cuánto hemos dicho más arriba; pero, tratándose de un "teórico" que pretende estudiar las diversas tendencias de nuestro movimiento, es un caso original de *fobia a la verdad*. Desdeñando, por esta particularidad que le caracteriza, los datos más recientes y más exactos sobre las tendencias de nuestro movimiento, el camarada Axelrod busca la salvación en la esfera de los dulces sueños: "Puesto que el marxismo legal o semimarxismo -dice- ha dado un jefe literario a nuestros liberales ¿por qué no ha de proporcionar la traviesa historia a la democracia burguesa revolucionaria un jefe procedente de la escuela del marxismo ortodoxo, revolucionario?" A propósito de este sueño, grato al camarada Axelrod, sólo podemos decir que si la historia hace a veces travesuras, ello no justifica *las travesuras de pensamiento* de quien analiza esa misma historia. Cuando el jefe del semimarxismo dejaba traslucir al liberal, las personas que querían (*y sabían*) calar en sus "tendencias" no apelaban a las posibles travesuras de la historia, sino a decenas y centenares de ejemplos de la mentalidad y lógica de ese jefe, a las peculiaridades de toda su fisonomía literaria que delataban la proyección del marxismo en las publicaciones burguesas. Pero si el camarada Axelrod, que ha empezado a analizar "las tendencias revolucionarias en general y las tendencias proletarias en nuestro movimiento", no ha sabido dar a conocer ni demostrar *con nada*, *absolutamente con nada*, ciertas tendencias en tales y cuales representantes de esa, por él odiada, ala ortodoxa del partido, con ello lo único que ha hecho ha sido extenderse a sí mismo *un solemne certificado de pobreza*. ¡Muy mal deben irle ya las cosas al camarada Axelrod cuando no le queda más remedio que apelar a las posibles travesuras de la historia!

La otra invocación del camarada Axelrod -a los "jacobinos"- es más instructiva aún. El camarada Axelrod no ignora, probablemente, que la división de la socialdemocracia contemporánea en revolucionaria y oportunista ha dado pie, hace ya tiempo, y no solamente en Rusia, "a analogías históricas con la época de la Gran Revolución Francesa". El camarada Axelrod no ignora, probablemente, que *los girondinos de la socialdemocracia contemporánea* recurren siempre y en todas partes a los términos de "jacobinismo", "blanquismo"[158], etc., para calificar a sus adversarios. No imitemos, pues, al camarada Axelrod en su fobia a la verdad y veamos si las actas de nuestro congreso contienen datos para analizar y comprobar las tendencias y analogías que estamos examinando.

Primer ejemplo. La discusión del programa en el congreso del partido. El camarada Akímov ("de acuerdo por completo" con el camarada Martínov) declara: "Si se compara el párrafo sobre la conquista del poder político (sobre la dictadura del proletariado) con los análogos de todos los demás programas socialdemócratas, veremos que ha sido redactado de un modo que puede interpretarse, y en efecto ya ha sido interpretado por Plejánov, en el sentido de que el papel de la organización dirigente deberá relegar a segundo plano a la clase por ella dirigida y aislar a la primera de la segunda. Y la definición de nuestras tareas políticas es, por tanto, exactamente igual que la hecha por Libertad del Pueblo (pág. 124 de las actas). El camarada Plejánov y otros iskristas reprochan en sus réplicas al camarada Akímov el oportunismo que practica. ¿No creerá el camarada Axelrod que esta discusión nos demuestra (en realidad, y no en imaginarias travesuras de la historia) el antagonismo existente entre *los modernos jacobinos* y los modernos *girondinos* de la socialdemocracia? ¿Y no habrá hablado el camarada Axelrod de jacobinos porque se encuentra (debido a los errores en que ha incurrido) entre los *girondinos* de la socialdemocracia?

Segundo ejemplo. El camarada Posadovski plantea la "seria discrepancia" que existe sobre la "cuestión fundamental" del "valor absoluto de los

principios democráticos" (pág. 169). Niega con Plejánov que tengan valor absoluto. Los líderes del "centro" o de la charca (Egórov) y de los antiiskristas (Goldblat) se alzan resueltamente contra esto, creyendo que Plejánov "imita la táctica burguesa" (pág. 170): *ésta es precisamente la idea del camarada Axelrod sobre la relación entre la ortodoxia y la tendencia burguesa*, con la única diferencia de que Axelrod deja esta idea en el aire, mientras que Goldblat la relaciona con determinados debates. Preguntamos una vez más: ¿no creerá el camarada Axelrod que esta discusión nos muestra asimismo *de manera palpable* en nuestro congreso del partido el antagonismo existente entre jacobinos y girondinos de la socialdemocracia contemporánea? ¿No gritará el camarada Axelrod contra los jacobinos porque se ve entre los girondinos?

Tercer ejemplo. La discusión sobre el artículo primero de los estatutos. ¿Quién defiende "*las tendencias proletarias en nuestro movimiento*", quién subraya que el obrero no teme la organización, que el proletario no simpatiza con la anarquía, que aprecia el estímulo de la consigna "¡Organizaos!"? ¿Quién pone en guardia contra la intelectualidad burguesa, impregnada de oportunismo hasta la médula? *Los jacobinos de la socialdemocracia*. ¿Y quién mete de contrabando en el partido a la intelectualidad radical, quién se preocupa de los profesores, de los estudiantes de bachillerato, de los individuos solitarios, de la juventud radical? *El girondino Axelrod con el girondino Líber*.

¡Con qué poca habilidad se defiende el camarada Axelrod de la "falsa acusación de oportunismo" que se extendió públicamente en el congreso de nuestro partido contra la mayoría del grupo Emancipación del Trabajo! ¡Se defiende de manera que confirma la acusación, con su cantilena de la manida tonadilla bernsteiniana sobre el jacobinismo, el blanquismo, etc.! Grita acerca del peligro que representa la intelectualidad radical para poner sordina a sus propios discursos en el congreso del partido que rezuman solicitud por esa misma intelectualidad.

Las "terribles palabras" de jacobinismo, etc., no expresan absolutamente nada más que *oportunismo*. El jacobino, indisolublemente ligado a *la organización* del proletariado consciente de sus intereses de clase, es precisamente *el socialdemócrata revolucionario*. El girondino que echa de menos a los profesores y a los estudiantes de bachillerato, que teme la dictadura del proletariado y sueña con el valor absoluto de las reivindicaciones democráticas es precisamente *el oportunista*. Los oportunistas son los únicos que pueden todavía, en la época actual, ver un peligro en las organizaciones de conspiradores, cuando la idea de reducir la lucha política a un complot ha sido refutada y desechada hace mucho por la vida, cuando se ha explicado y repetido hasta la saciedad la cardinal importancia de la agitación política de masas. El fundamento real del miedo a la conjuración, al blanquismo no está en uno u otro rasgo manifiesto del movimiento práctico (como desde hace tiempo y en vano intentan demostrar Bernstein y compañía), sino en la timidez girondina del intelectual burgués cuya psicología se abre paso tantas veces entre los socialdemócratas contemporáneos. Nada más cómico que estos pujos de la nueva *Iskra* por decir *algo nuevo* (dicho en su tiempo centenares de veces), previniendo contra la táctica de los revolucionarios conspiradores de Francia en los años cuarenta y sesenta (núm. 62, artículo de fondo)[159]. Es posible que en el próximo número de *Iskra* los girondinos de la socialdemocracia contemporánea nos muestren a un grupo de conspiradores franceses de los años cuarenta para quienes era una noción elemental, estudiada y aprendida hacía tiempo, la importancia de la agitación política entre las masas obreras, la importancia de los periódicos obreros como bases de la influencia del partido sobre la clase.

La propensión de la nueva *Iskra* a repetir con machaconería cosas archisabidas, presentándolas como palabras nuevas, no tiene, por cierto, nada de casual; es consecuencia inevitable de la situación en que se encuentran Axelrod y Mártov, que han ido a parar al ala oportunista de nuestro partido. Situación obliga. Tienen que repetir frases oportunistas, *retroceder* para tratar de encontrar en *un pasado remoto* alguna justificación de su postura, imposible de defender desde el punto de vista de la lucha en el congreso y de los matices y divisiones del partido que se han señalado en él. A la sabihondez de Akímov sobre el jacobinismo y el blanquismo une el camarada Axelrod las jeremiadas del mismo Akímov, quien se queja de que "unilaterales", demasiado "apasionados", etc., etc., han sido no sólo los "economistas", sino también los "políticos". Citando se leen los grandilocuentes razonamientos sobre esa torna en la nueva *Iskra*, que pretende vanidosamente estar por encima de todas esas parcialidades y apasionamientos, se pregunta uno con complejidad: ¿A quiénes toman por modelo? ¿Dónde han oído hablar así?[160]. ¿Quién no sabe que la división de los socialdemócratas rusos en economistas y políticos hace ya tiempo que pasó a la historia? Repasen la *Iskra* del año o los dos años últimos que precedieron al congreso del partido y verán que la lucha contra el "economismo" se atenúa y cesa ya por completo en 1902, verán que, por ejemplo, en julio de 1903 (núm. 43) se hablaba de los tiempos del "economismo" como de algo "definitivamente pasado", se consideraba el "economismo" "definitivamente enterrado", y los apasionamientos de los políticos evidente atavismo. ¿Por qué, pues, vuelve la nueva redacción de *Iskra* a esa división enterrada para siempre? ¿Es que hemos luchado en el congreso contra los Akímov por los errores que cometieron hace dos años en *Rabócheie Dielo*? Si hubiésemos procedido así, seríamos tontos

de remate. Pero todo el mundo sabe que no hemos procedido así, que hemos luchado contra los Akímov en el congreso, y no por sus viejos errores en *Rabócheie Dielo*, enterrados para siempre, sino por *los nuevos errores* en que han incurrido al formular sus razonamientos y al emitir sus votos en el congreso. No es la posición que adoptaron en *Rabócheie Dielo*, sino en el congreso, la que nos ha servido para juzgar de cuáles son los errores superados de verdad y cuáles los que persisten y originan la necesidad de discusiones. Para el tiempo del congreso no existía ya la antigua división en economistas y políticos, pero continuaban existiendo aún diversas tendencias oportunistas que se manifestaron en los debates y votaciones sobre una serie de cuestiones y que, al fin y al cabo, llevaron a una nueva división del partido en "mayoría" y "minoría". Todo el quid de la cuestión estriba en que la nueva redacción de *Iskra*, por razones fáciles de comprender, trata de velar el nexo de esta nueva división con el oportunismo que se observa *hoy* en nuestro partido y, por lo mismo, se ve obligada a retroceder de la nueva a la vieja división. La incapacidad de explicar el origen político de la nueva división (o el deseo, por espíritu de concesión, de velar* este origen) obliga a volver a machacar lo ya repetido con machaconería a propósito de la vieja división, que pasó hace ya tiempo a la historia. Todo el mundo sabe que la nueva división tiene por base la divergencia en cuestiones de *organización*, que empezó por una controversia sobre los principios de ésta (artículo primero de los estatutos) y terminó en una "práctica" digna de los anarquistas. La antigua división en economistas y políticos tenía por base un desacuerdo en problemas, principalmente, *de táctica*.

Dejando así los problemas más complejos, esenciales y de verdadera actualidad en la vida del partido para tratar problemas hace tiempo resueltos y replanteados de manera artificiosa, la nueva *Iskra* trata de justificar su retirada con una cómica sabihondez que no puede recibir otra denominación que la de seguidismo. Por obra y gracia del camarada Axelrod, en todos los escritos de la nueva *Iskra* preside la profunda "idea" de que el contenido es más importante que la forma, de que el programa y la táctica son más importantes que la organización, de que "la vitalidad de la organización es directamente proporcional al volumen y a la importancia del contenido que aporta al movimiento", de que el centralismo no es "algo que se baste a sí mismo", no es un "talismán universal", etc., etc. ¡Grandes, profundas verdades! El programa, en efecto, es más importante que la táctica, y la táctica es más importante que la organización. El alfabeto es más importante que la etimología, y la etimología más que la sintaxis: pero ¿qué podría decirse de quienes son suspendidos en el examen de sintaxis y luego se ufanan y presumen de tener que repetir el curso? El camarada Axelrod ha razonado como un oportunista sobre cuestiones de principio en materia de organización (artículo primero), en organización ha obrado como un anarquista, y ahora ahonda la socialdemocracia: ¡no están maduras las uvas! Propiamente ¿qué es la organización? Una forma nada más. ¿Qué es el centralismo? No es un talismán. ¿Qué es la sintaxis? Tiene menos importancia que la etimología, no es más que la forma de unir los elementos de la etimología... ¿No convendrá el camarada Alexándrov con nosotros -pregunta triunfalmente la nueva redacción de *Iskra*-, si decimos que el congreso ha contribuido mucho más a centralizar la labor del partido redactando su programa que adoptando sus estatutos, por muy perfectos que parezcan estos últimos?" (núm. 56, suplemento). Es de esperar que este enunciado clásico adquiera una notoriedad histórica no menos vasta ni menos sólida que las famosa frase del camarada Krichevski de que la socialdemocracia, como la humanidad, se plantea siempre tareas realizables. Esta sabihondez de la nueva *Iskra* es exactamente de la misma estofa. ¿Por qué es blanco de las burlas la frase del camarada Krichevski? Porque, con una trivialidad que él quería hacer pasar por filosofía, justificaba el error en cuestiones de táctica y la incapacidad de cierta parte de los socialdemócratas para plantear como es debido las tareas políticas. Exactamente lo mismo justifica la nueva *Iskra* el error de cierta parte de los socialdemócratas en problemas de organización y la veleidad propia de intelectuales de ciertos camaradas que los ha llevado a la fraseología anarquista; ¡lo justifica con la trivialidad de afirmar que el programa es más importante que los estatutos, y las cuestiones programáticas más que las de organización! Pues bien, ¿no es esto seguidismo? ¿No es esto presumir por haberse quedado a repetir el curso?

La adopción del programa contribuye más que la de los estatutos a centralizar el trabajo. Esta trivialidad, que se quiere hacer pasar por filosofía, trasciende a intelectual radical mucho más próximo al decadentismo burgués que a la socialdemocracia.

* Véase el artículo de Plejánov sobre el "economismo" en el núm. 53 de *Iskra*. Por lo visto, en el subtítulo de este artículo se ha escapado una pequeña errata. En lugar de "pensando en voz alta en el II Congreso del partido", hay que leer, evidentemente, "en el Congreso de la *Liga*", o quizás "*en la cooptación*". En el mismo grado en que es oportuno hacer una concesión, en ciertas condiciones, al tratarse de pretensiones personales, es inadmisible (desde el punto de vista de partido y no desde el punto de vista filisteo) confundir los problemas que preocupan al partido, sustituir la cuestión del nuevo error de Mártov y Axelrod, quienes comenzaron a virar de la ortodoxia hacia el oportunismo, con la cuestión del viejo error (que nadie, salvo la nueva *Iskra*, recuerda hoy) de los Martínov y los Akímov, los cuales quizá estén ahora dispuestos a virar del oportunismo hacia la ortodoxia en muchos problemas del programa y de la táctica.

Porque, en esta célebre frase, el verbo centralizar está tomado ya en un sentido completamente *simbólico*. Si los autores de esta frase no saben pensar o no quieren hacerlo, que recuerden, por lo menos, el simple hecho de que la adopción del programa con los bundistas, lejos de centralizar nuestra labor común, ni siquiera nos ha preservado de la escisión. La unidad en cuestiones de programa y en cuestiones de táctica es una condición indispensable, pero aún insuficiente para unificar el partido, para centralizar la labor del partido. (¡Dios santo, qué cosas tan elementales hay que repetir con machaconería en estos tiempos de confusión de todos los conceptos!) Para centralizar hace falta, además, unidad orgánica, inconcebible en un partido que rebase, por poco que sea, los límites de un círculo familiar y no tenga estatutos aprobados, ni subordinación de la minoría a la mayoría, ni subordinación de la parte al todo. Mientras carecíamos de unidad en las cuestiones fundamentales del programa y de la táctica, decíamos sin rodeos que vivíamos en una época de dispersión y de círculos, declarábamos francamente que antes de unificamos teníamos que deslindar los campos; ni hablábamos siquiera de formas de organización conjunta, tratábamos exclusivamente de las nuevas cuestiones (entonces realmente nuevas) de la lucha contra el oportunismo en materia de programa y de táctica. Ahora, esta lucha, según lo confesamos todos, ha asegurado ya suficiente unidad, formulada en el programa y en las resoluciones del partido sobre táctica; ahora teníamos que dar el paso siguiente y, de común acuerdo, lo hemos dado: hemos elaborado *las formas* de una organización única que aglutina a todos los círculos. ¡Se nos ha hecho retroceder hacia una conducta anarquista, hacia una fraseología anarquista, hacia el restablecimiento del círculo en lugar de la redacción del órgano del partido, y este paso atrás se justifica diciendo que el alfabeto contribuye más a formar la oración correcta que el conocimiento de la sintaxis!

La filosofía del seguidismo, que prosperaba hace tres años en las cuestiones de táctica, renace ahora aplicada a las de organización. Vean este razonamiento de la nueva redacción: "La orientación socialdemócrata combativa -dice el camarada Alexándrov- no debe ser aplicada en el partido tan sólo por la lucha ideológica, sino también por determinadas formas de organización". La redacción nos alecciona: "No está mal esta confrontación de la lucha ideológica y de las formas de organización. La lucha ideológica es un proceso, mientras que las formas de organización son sólo... formas" (¡lo juro, así está impreso en el suplemento del núm. 56, pág. 4, al pie de la primera columna!) "que deben envolver un contenido cambiante, en desarrollo: el trabajo práctico, en desarrollo, del partido". Esto es ya lo del cuento de que el proyectil es proyectil y la bomba es bomba. ¡La lucha ideológica es un proceso, y las formas de organización son sólo formas envolventes de un contenido! De lo que se trata es de saber si nuestra lucha ideológica estará envuelta en formas más elevadas, las formas de una organización del partido obligatoria para todos o en las formas de la antigua dispersión y del antiguo esparcimiento en círculos. Se nos ha hecho retroceder de formas *más elevadas* a formas más primitivas, y esto se justifica afirmando que la lucha ideológica es un proceso, y las formas son sólo formas. Exactamente del mismo modo el camarada Krichevski nos hacía retroceder en sus tiempos de la táctica-plan a la táctica-proceso.

Vean estas frases presuntuosas de la nueva *Iskra* sobre la "autoeducación del proletariado", frases dirigidas contra quienes, según se afirma, son capaces de no ver el contenido tras la forma (núm. 58, artículo de fondo). ¿No es esto un akimovismo número dos? El akimovismo número uno justificaba el atraso de cierta parte de los intelectuales socialdemócratas en lo que se refiere a plantear cuestiones de táctica, invocando un contenido más "profundo" de la "lucha proletaria", invocando la autoeducación del proletariado. El akimovismo número dos justifica el atraso de cierta parte de les intelectuales socialdemócratas en los problemas de la teoría y la práctica de la organización con el no menos profundo argumento de que la organización no es sino una forma, y lo esencial es la autoeducación del proletariado. El proletariado no teme la organización ni la disciplina, ¡sépanlo esos señores que se preocupan tanto del hermano menor! El proletariado no va a cuidarse de que los señores profesores y estudiantes de bachillerato que no quieran entrar en ninguna organización sean considerados miembros del partido porque trabajen bajo el control de una de sus organizaciones. La vida entera del proletariado lo educa para la organización de un modo mucho más radical que a muchos intelectualoides. El proletariado, a poco que comprenda nuestro programa y nuestra táctica, no justificará el atraso en la organización, aduciendo que la forma es menos importante que el contenido. No es el proletariado, sino *algunos intelectuales* encuadrados en nuestro partido quienes adolecen de falta de *autoeducación* en materia de organización y disciplina, en materia de hostilidad y desprecio a la fraseología anarquista. Los Akímov número dos calumnian de igual manera al proletariado, al decir que éste no está preparado para la organización, lo mismo que lo calumniaron los Akímov número uno diciendo que no estaba preparado para la lucha política. El proletario que se haya hecho socialdemócrata consciente y se sienta miembro del partido rechazará el seguidismo en materia de organización con el mismo desprecio con que ha rechazado el seguidismo en los problemas de táctica.

Vean, por último, la profundidad de pensamiento del "Práctico" de la nueva *Iskra*: "Interpretada en su verdadero sentido, la idea de una organización "combativa" centralista - dice- que unifique y

centralice *la actividad* (subrayado por la hondura de la sapiencia) "de los revolucionarios, no toma, naturalmente, cuerpo sino en el caso de que esta actividad *exista*" (¡nuevo e ingenioso!); "la misma organización, como forma" (¡escuchen, escuchen!) "no puede desarrollarse sino *simultáneamente*" (subrayado por el autor, como en los demás casos de esta cita) "con el desarrollo del trabajo revolucionario que constituye su contenido" (núm. 57). ¿No recuerda esta, una vez más, a aquel héroe de la poesía épica popular que, al ver un cortejo fúnebre, decía: Ojalá tengáis siempre uno que llevar? De seguro que no se encontrará en nuestro partido ni un sólo militante práctico (sin comillas) que no comprenda que es precisamente la forma de nuestra actividad (es decir, la organización) la que hace tiempo está atrasada del contenido, terriblemente atrasada, y que los gritos a los rezagados: "¡Al paso! ¡No os adelantéis!", no pueden venir sino de los Juan Lanas que militan en él. Traten de comparar, aunque sólo sea, por ejemplo, a nuestro partido con el Bund. No cabe la menor duda de que *el contenido*[*] del trabajo de nuestro partido es infinitamente más rico, más variado, más amplio y más profundo que en el Bund. Su amplitud teórica es mayor; su programa está más desarrollado; su influencia sobre las masas obreras (y no sólo sobre los artesanos organizados) es más vasta y más profunda; la propaganda y la agitación son más variadas; el palpitar del trabajo político es más vivo en los militantes de vanguardia y en los militantes de la base; los movimientos *populares*, con motivo de las manifestaciones y de las huelgas generales, son más grandiosos; la actividad entre las capas no proletarias es más enérgica. Pero ¿y la "forma"? La "forma" de nuestra labor está atrasada, en comparación con la del Bund, hasta un punto inadmisible; está atrasada hasta el punto de que salta a la vista y saca los colores de vergüenza a todo el que tome a pecho los asuntos de su partido. El retraso de la organización del trabajo, en comparación con su contenido, es nuestro punto flaco, y lo era ya mucho antes del congreso, mucho antes de que se constituyera el Comité de Organización. El estado rudimentario y efímero de la forma no permite seguir haciendo progresos serios en el desarrollo del contenido, provoca un estancamiento vergonzoso, lleva a malgastar las fuerzas y hace que los actos no correspondan a las palabras. Todos están hartos de sufrir de esta incongruencia, ¡y ahora los Axelrod y los "Prácticos" de la nueva *Iskra* vienen a predicarnos el profundo pensamiento de que la forma debe desarrollarse de un modo natural sólo a la par del contenido!

A esto conduce un pequeño error en materia de organización (artículo primero), si se pone uno a *ahondar* en la necedad y a buscar un argumento filosófico para una frase oportunista. ¡Pasito a pasito, con tímido zigzag![161]: ya hemos oído esta tonadilla aplicada a los problemas de táctica; ahora la oímos aplicada a los problemas de organización. *El seguidismo en cuestiones de organización* es un producto natural e inevitable de la psicología del *individualista anarquista*, cuando este último empieza a erigir *en sistema de concepciones*, en peculiares *divergencias de principio* sus desviaciones anarquistas (quizá accidentales en un comienzo). En el Congreso de la Liga hemos visto los comienzos de este anarquismo; en la nueva *Iskra* vemos tentativas de erigirlo en sistema de concepciones. Estas tentativas confirman admirablemente lo que ya se dijo en el congreso del partido sobre la diferencia de puntos de vista que hay entre el intelectual burgués, adherido a la socialdemocracia, y el proletario que ha adquirido conciencia de sus intereses de clase. Por ejemplo, ese mismo "Práctico" de la nueva *Iskra*, cuya profundidad de pensamiento ya conocemos, me echa en cara el que yo me imagine el partido "como una enorme fábrica" con un director, el Comité Central, a su frente (núm. 57, suplemento). El "Práctico" no sospecha siquiera que la terrible palabra por él lanzada nos descubre al punto la psicología de un intelectual burgués que no conoce ni la práctica ni la teoría de la organización proletaria. Precisamente la fábrica, que a algunos les parece sólo un espantajo, representa la forma superior de cooperación capitalista que ha unificado y disciplinado al proletariado, que le ha enseñado a organizarse y lo ha colocado a la cabeza de todos los demás sectores de la población trabajadora y explotada. Precisamente el marxismo, como ideología del proletariado instruido por el capitalismo, ha enseñado y enseña a los intelectuales vacilantes la diferencia que existe entre el aspecto explotador de la fábrica (disciplina fundada en el miedo a la muerte por hambre) y su aspecto organizador (disciplina fundada en el trabajo en común, unificado por las condiciones de la producción, muy desarrollada desde el punto de vista técnico). La disciplina y la organización, que tanto trabajo le cuesta adquirir al intelectual burgués, son asimiladas con singular facilidad por el proletariado gracias precisamente a esta "escuela" de la fábrica. El miedo mortal a esta escuela y la completa incomprensión de su valía organizadora caracterizan precisamente los métodos del pensamiento que reflejan las condiciones de vida pequeñoburguesas, a las que debe su origen el tipo de anarquismo que los socialdemócratas alemanes llaman *Edelanarchismus*, o sea, anarquismo del señor "distinguido", anarquismo señorial, diría yo. Este anarquismo

[*] Por no hablar ya de que *el contenido* del trabajo de nuestro partido ha sido fijado en el congreso (en el programa, etc.) en el espíritu de la socialdemocracia revolucionaria sólo *a costa de luchar* contra esos mismos antiiskristas y contra esa misma charca, cuyos representantes predominan numéricamente en nuestra "minoría".

señorial es algo muy peculiar del nihilista ruso. La organización del partido se le antoja una "fábrica" monstruosa; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría le parece un "avasallamiento" (véanse los artículos de Axelrod); la división del trabajo bajo la dirección de un organismo central hace proferir alaridos tragicómicos contra la transformación de los hombres en "ruedas y tornillos" de un mecanismo (y la transformación de estas que cree más espantosa es la de incluir a los redactores entre el personal corriente), la mención de los estatutos orgánicos del partido le hace torcer una mueca de desprecio y exteriorizar la desdeñosa observación (dirigida a los "formalistas") de que se podría vivir sin estatutos.

Es increíble, pero es un hecho: precisamente ésta es la edificante observación que me hace el camarada Mártov en el núm. 58 de *Iskra*, citando, para dar más fuerza de convicción a sus palabras, las mías de la *Carta a un camarada*. ¿No es "anarquismo señorial", no es seguidismo *justificar* con ejemplos sacados de la época de dispersión, de la época de esparcimiento en círculos, el mantenimiento y la glorificación del sistema de círculos y de la anarquía en una época en que ya está constituido el partido?

¿Por qué no necesitábamos antes los estatutos? Porque el partido se componía de círculos aislados sin ningún nexo orgánico entre ellos. El paso de un círculo a otro era simple cuestión de la "buena voluntad" de uno u otro individuo que no contaba con la expresión formalizada de la voluntad del todo. Dentro de los círculos, las cuestiones en litigio no se resolvían según estatutos algunos, "*sino luchando y amenazando con marcharse*": esto es lo que decía yo en la *Carta a un camarada*, fundándome en la experiencia de una serie de círculos, en general, y en la del grupo de los seis que constituíamos la redacción, en particular. En la época de los círculos, tal fenómeno era natural e inevitable, pero a nadie se le ocurría elogiarlo ni hacer de ello un ideal: todos se quejaban de semejante dispersión, todo el mundo sufría a causa de ella y ansiaba la fusión de los círculos dispersos en una organización del partido. Y ahora, cuando se ha llevado a cabo esta fusión, se nos hace retroceder, se nos sirve, como si fueran principios superiores de organización, ¡fraseología anarquista! A los que están acostumbrados a la holgada bata y a las pantuflas del oblomovismo[162] de la vida familiar de los círculos, unos estatutos formales les parecen algo estrecho, apretado, pesado, ruin, burocrático, avasallador, un estorbo para el libre "proceso" de la lucha ideológica. El anarquismo señorial no comprende que hacen falta unos estatutos formales precisamente para sustituir el estrecho nexo de los círculos con un amplio nexo de partido. No se precisaba ni era posible dar una forma definida al nexo existente en el interior de un círculo, o entre los círculos, porque dicho nexo se basaba en una amistad personal o en una "confianza" incontrolada e infundada. El nexo del partido no puede ni debe basarse en la una ni en la otra; es indispensable basarlo precisamente en unos estatutos *formales*, redactados "burocráticamente" (desde el punto de vista del intelectual licencioso), y cuya estricta observancia es lo único que nos precave contra la arbitrariedad y los caprichos de los círculos, contra los métodos de altercado instituidos en los círculos y calificados de libre "proceso" de la lucha ideológica.

La redacción de la nueva *Iskra* lanza contra Alexándrov la edificante indicación de que "la confianza es una cosa delicada que no se puede meter a mazazos en los corazones ni en las cabezas" (núm. 56, suplemento). La redacción no comprende, que precisamente el colocar en primer plano la confianza, *la mera* confianza, delata una vez más su anarquismo señorial y su seguidismo en materia de organización. Cuando yo era únicamente miembro de un círculo, ya fuera del grupo de los seis redactores o de la organización de *Iskra*, tenía derecho a justificar, por ejemplo, mi negativa a trabajar con X., alegando sólo la falta de confianza, sin tener que dar explicaciones ni argumentos. Una vez miembro del partido, *no tengo derecho* a invocar sólo una vaga falta de confianza, porque ello equivaldría a abrir de par en par las puertas a todas las extravagancias y a todas las arbitrariedades del viejo espíritu de círculo; estoy *obligado* a argumentar mi "confianza" o mi "desconfianza" con un razonamiento formal, es decir, a referirme a esta o a la otra disposición formalmente fijada de nuestro programa, de nuestra táctica, de nuestros estatutos; estoy obligado a no limitarme a un "tengo confianza" o "desconfío", sin más ni más, sino a reconocer que debo *responder* de mis decisiones, como en general toda parte integrante del partido debe responder de las suyas ante el conjunto del mismo; estoy obligado a seguir la vía *formalmente* prescrita para expresar mi "desconfianza", para sacar adelante las ideas y los deseos dimanantes de esta desconfianza. Nos hemos elevado ya de la "confianza" incontrolada, *propia de los círculos*, al punto de vista del *partido*, que exige la observancia de procedimientos controlados y formalmente determinados para expresar y *comprobar* la confianza. ¡Y la redacción nos hace retroceder y denomina su seguidismo conceptos nuevos de la organización!

Vean cómo nuestra redacción llamada del partido piensa de los grupos de literatos que podrían exigir una representación en ella: "No nos indignaremos, no invocaremos a gritos la disciplina", nos sermonean estos anarquistas señoriales que siempre y en todas partes han mirado con arrogancia eso que recibe el nombre de disciplina. Nosotros, dicen, nos "entenderemos" (¡*sic*!) con el grupo, si es serio, o nos reiremos de sus exigencias.

¡Qué sublime nobleza -podríase creer- se alza aquí contra el vulgar formalismo "de fábrica"! En realidad, tenemos delante la misma fraseología de los

círculos remozada y ofrecida al partido por una redacción que siente que no es un organismo del partido, sino un fragmento de un antiguo círculo. La falsedad interna de esta posición conduce de modo inevitable a la profundidad de pensamiento *anarquista* que erige en *principio* de organización socialdemócrata la dispersión, declarada farisaicamente de palabra cosa ya pasada. No hace falta ninguna jerarquía de organismos e instancias superiores e inferiores del partido: para el anarquismo señorial, una jerarquía de este tipo es invención burocrática de ministerios, departamentos, etc. (véase el artículo de Axelrod); no hace falta subordinación alguna de la parte al todo, no hace falta ninguna definición "burocrática y formal" de los procedimientos *propios del partido* para "entenderse" o deslindarse: que la fraseología sobre los métodos "auténticamente socialdemócratas" de organización canonice los viejos altercados de los círculos.

He ahí donde el proletario que ha pasado por la escuela "de la fábrica" puede y debe dar una lección al individualismo anarquista. Hace ya tiempo que el obrero consciente ha salido de los pañales: ya no rehúye al intelectual como tal. El obrero consciente sabe apreciar el acervo de conocimientos, más rico, y el horizonte político, más amplio, que encuentra en los intelectuales socialdemócratas. Pero conforme se va constituyendo en nuestro país *un verdadero* partido, el obrero consciente debe aprender a distinguir la psicología del soldado del ejército proletario de la psicología del intelectual burgués que se pavonea con frases anarquistas; debe aprender a *exigir* que cumplan sus deberes de miembros del partido no sólo los militantes de filas, sino también "los de arriba"; debe aprender a afrontar el seguidismo en problemas de organización con el mismo desprecio con que en otros tiempos afrontaba el seguidismo en problemas de táctica.

En conexión inseparable con el girondismo y el anarquismo señorial se halla otra peculiaridad típica, la última, de la posición de la nueva *Iskra* en cuestiones de organización: la defensa del *autonomismo* contra el centralismo. Este es precisamente el sentido de principio que tienen (si es que tienen alguno) los clamores contra la burocracia y la autocracia, las lamentaciones a propósito del "desdén inmerecido que se muestra a los no iskristas" (que defendieron el autonomismo en el congreso), los cómicos gritos de que se exige "una sumisión absoluta", las amargas quejas contra el "despotismo", etc., etc. El ala oportunista de cualquier partido defiende y justifica siempre todo lo atrasado tanto en materia de programa como de táctica y de organización. La defensa de las ideas atrasadas de la nueva *Iskra* en materia de organización (seguidismo) está estrechamente relacionada con la defensa *del autonomismo*. Verdad es que el autonomismo está tan desacreditado por los tres años de propaganda de la vieja *Iskra*, hablando en general, que a la nueva *Iskra* aún le da vergüenza pronunciarse abiertamente a su favor; nos asegura aún que siente simpatía por el centralismo, pero lo demuestra únicamente imprimiendo en cursiva la palabra centralismo. En realidad, aplicando la más ligera crítica a los "principios" del casi centralismo "auténticamente socialdemócrata" (¿y no anarquista?) de la nueva *Iskra*, se descubre a cada paso el punto de vista del autonomismo. ¿No está claro ahora para todo el mundo que Axelrod y Mártov, en problemas de organización, han virado hacia Akímov? ¿Es que no lo han reconocido solemnemente ellos mismos en sus significativas palabras sobre el "desdén inmerecido que se muestra a los no iskristas"? ¿Y no es acaso el autonomismo que han defendido Akímov y sus amigos en el congreso de nuestro partido?

Precisamente el autonomismo (si no el anarquismo) es lo que defendieron Mártov y Axelrod en el Congreso de la Liga, cuando con divertido empeño trataron de demostrar que la parte no debe subordinarse al todo, que la parte es autónoma en la determinación de sus relaciones con el todo, que los estatutos de la Liga del Extranjero, que formulan estas relaciones, son válidos contra la voluntad de la mayoría del partido, contra la voluntad del organismo central del partido. Precisamente el autonomismo es lo que también defiende ahora al camarada Mártov sin tapujos en las columnas de la nueva *Iskra* (núm. 60) a propósito de que el Comité Central designa a miembros en los comités locales. No hablaré de los sofismas pueriles con que defendió el camarada Mártov el autonomismo en el Congreso de la Liga y lo defiende ahora en la nueva *Iskra*. Me importa señalar aquí la tendencia indiscutible a *defender el autonomismo contra el centralismo* como rasgo fundamental del oportunismo en las cuestiones de organización.

Tentativa casi única de *analizar* el concepto de burocracia es la que hace la nueva *Iskra* (núm. 53), al oponer el "principio *democrático* formal" (subrayado por el autor) al "principio *burocrático* formal". Esta contraposición (por desgracia, tan poco desarrollada y explicada como la alusión a los no iskristas) contiene un grano de verdad. Burocracia *versus* democracia es precisamente centralismo *versus* autonomismo; es el principio de organización de la socialdemocracia revolucionaria frente al principio de organización de los oportunistas de la socialdemocracia. Este último trata de ir de abajo arriba, y por ello defiende, siempre que puede y cuando puede, el autonomismo, la "democracia" que va (en los casos en que hay exceso de celo) hasta el anarquismo. El primero trata de empezar por arriba, preconizando la extensión de los derechos y poderes del organismo central respecto a las partes. En la época de la dispersión y del esparcimiento en círculos, la cima de donde quería partir la socialdemocracia revolucionaria en su organización era inevitablemente uno de los círculos, el más

influyente por su actividad y consecuencia revolucionaria (en nuestro caso, la organización de *Iskra*). En una época de restablecimiento de la unidad efectiva del partido y de disolución de los círculos anticuados en esa unidad, esa cima es inevitablemente *el congreso del partido*, órgano supremo del mismo. El congreso agrupa, en la medida de lo posible, a todos los representantes de las organizaciones activas y, designando organismos centrales (muchas veces con una composición que satisface más a los elementos de vanguardia que a los rezagados, que gusta más al ala revolucionaria que a su ala oportunista), hace de ellos la cima hasta el congreso siguiente. Así proceden, por lo menos, los europeos de la socialdemocracia, si bien esta costumbre, que los anarquistas odian en principio, comienza a extenderse también poco a poco, y no sin dificultades, sin lucha ni discordias, a los asiáticos de la socialdemocracia.

Es interesante en grado sumo consignar que los rasgos típicos esenciales del oportunismo que he señalado en materia de organización (autonomismo, anarquismo señorial o propio de intelectuales, seguidismo y girondismo) se observan *mutatis mutandis* (con las modificaciones correspondientes) en todos los partidos socialdemócratas de todo el mundo que presentan una división en ala revolucionaria y ala oportunista (¿y dónde no la presentan?). Esto se ha puesto de manifiesto muy recientemente y con singular relieve en el Partido Socialdemócrata Alemán, cuando la derrota sufrida en la 20 circunscripción electoral de Sajonia (el llamado incidente de Göhre*) ha puesto a la orden del día *los principios* de organización del partido. El celo de los oportunistas alemanes ha contribuido en especial a promover la cuestión de principio con motivo de este incidente. Göhre mismo (antes pastor protestante, autor del conocido libro *Drei Monate Fabrikarbeiter*** y uno de los "héroes" del Congreso de Dresde) es un oportunista empedernido, y el órgano de los oportunistas alemanes consecuentes, *Sozialislische Monatshefte* ("Revista Mensual Socialista")[164], ha "intercedido" inmediatamente por él.

El oportunismo en el programa está, naturalmente, ligado al oportunismo en la táctica y al oportunismo en las cuestiones de organización. El camarada Wolfgang Heine se ha encargado de exponer el "nuevo" punto de vista. Para describir al lector la fisonomía de este intelectual típico que, al adherirse a la socialdemocracia, ha aportado a ésta su manera oportunista de pensar, bastará decir que el camarada Wolfgang Heine es un poco menos que un camarada Akímov alemán y un poco más que un camarada Egórov alemán.

El camarada Wolfgang Heine ha abierto una campaña en *Sozialistische Monatshefte* con no menos boato que el camarada Axelrod en la nueva *Iskra*. El titulo de su artículo es ya muy significativo: *Notas democráticas a propósito del incidente de Göhre* (núm. 4 de *Sozialistische Monatshefte*, de abril). Y el contenido es no menos atronador. El camarada W. Heine se alza contra "los atentados a la autonomía de la circunscripción electoral", defiende "el principio democrático", protesta contra la intervención de una "autoridad nombrada" (es decir, de la dirección central del partido) en la libre elección de los delegados por el pueblo. No se trata aquí de un incidente fortuito, nos alecciona el camarada W. Heine, sino de toda "*una tendencia a la burocracia y al centralismo en el partido*", tendencia que, según él, se había observado ya antes, pero que ahora se hace especialmente peligrosa. Es preciso "reconocer en principio que los organismos locales del partido son los portadores de su vida" (plagio del folleto del camarada Mártov *De nuevo en minoría*). No hay que "acostumbrarse a que todas las decisiones políticas importantes partan de un solo centro", es preciso prevenir al partido contra "una política doctrinaria que pierde el contacto con la vida" (tomado del discurso del camarada Mártov en el congreso del partido eso de que "la vida se impondrá")"...Mirando a la raíz de las cosas -dice, profundizando su argumentación, el camarada W. Heine-, haciendo abstracción de los conflictos personales que aquí, como siempre, han desempeñado un papel no pequeño, veremos en este ensañamiento contra *los revisionistas* (subrayado por el autor que, es de suponer, alude a la distinción entre los conceptos de lucha contra el revisionismo y lucha contra los revisionistas) principalmente una desconfianza de los representantes oficiales del partido respecto al "*elemento extraño*" (por lo visto, W. Heine no ha leído todavía el folleto sobre la lucha contra el estado de sitio, y por eso recurre al anglicismo: *Outsidertum*), la desconfianza de lo que no es habitual por parte de la tradición, de lo individual por parte de la institución impersonal" (véase la resolución de Axelrod en el Congreso de la Liga acerca de la coacción ejercida sobre la iniciativa individual), "en una palabra, la misma tendencia que ya hemos descrito antes como tendencia a la burocracia y al centralismo en el partido".

El concepto de "disciplina" inspira al camarada W. Heine no menos noble indignación que al camarada Axelrod. "...Se ha reprochado a los

---

* Göhre había sido elegido diputado al Reichstag el 16 de junio de 1903, en la 15 circunscripción sajona, pero después del Congreso de Dresde[163] renunció al acta. Los electores de la circunscripción 20, cuando quedó vacante por muerte de Rosenow, quisieron proponer de nuevo la candidatura de Göhre. La dirección central del partido y el Comité Central de agitación de Sajonia se opusieron y, como no tenían derecho a prohibir formalmente la candidatura de Göhre, procuraron, no obstante, conseguir que éste renunciara a ella. Los socialdemócratas fueron derrotados en las elecciones.

** *Tres meses de obrero en una fábrica*. (*N. de la Edit.*)

revisionistas -escribe- falta de disciplina por haber escrito en *Sozialistische Monatshefte*, órgano al que no querían reconocer ni siquiera carácter socialdemócrata, pues no está *bajo el control del partido*. Este solo intento de reducir el concepto de "socialdemócrata", está sola exigencia de *disciplina* en el campo de la producción ideológica, donde debe reinar una libertad absoluta" (recuerden la base: la lucha ideológica es un proceso, y las formas de organización no son más que formas), "son testimonio de una tendencia a la burocracia y al sojuzgamiento de la individualidad". Y W. Heine sigue durante largo tiempo fulminando en todos los tonos esa odiosa tendencia a crear "*una* vasta organización omnímoda, lo más centralizada posible, *una* táctica, *una* teoría"; fulmina la reclamación de "obediencia incondicional", "sumisión ciega"; fulmina "el centralismo simplificado", etc., etc., literalmente "a lo Axelrod".

La discusión iniciada por W. Heine se ha extendido, y como en el partido alemán no la encizañaba ninguna intriga con motivo de la cooptación, como los Akímov alemanes esclarecen su fisonomía no sólo en los congresos, sino también constantemente en un órgano especial, la discusión se ha reducido pronto a un análisis de las tendencias de principios de la ortodoxia y del revisionismo en materia de organización. C. Kautsky ha obrado (*Neue Zeit*, 1904, núm. 28, artículo *Wahlkreis und Partei*: "La circunscripción electoral y el partido") como uno de los representantes de la tendencia revolucionaria (acusada, claro está, como entre nosotros, de espíritu "dictatorial", "inquisitorial" y demás cosas truculentas). El artículo de W. Reine -declara C. Kautsky- "muestra el curso del pensamiento de toda la tendencia revisionista". No sólo en Alemania, sino también en Francia y en Italia se alzan los oportunistas como una muralla en defensa del autonomismo, del relajamiento de la disciplina del partido, de su reducción a cero; en todas partes conducen sus tendencias a la *desorganización*, a la deformación del "principio democrático" *en anarquismo*. "La democracia no es la ausencia de poder -enseña C. Kautsky a los oportunistas en el problema de organización-, la democracia no es la anarquía; es la supremacía de las masas sobre sus mandatarios, a diferencia de otras formas de poder en que los seudoservidores del pueblo son, en realidad, sus amos". C. Kautsky examina detalladamente el papel desorganizador del autonomismo oportunista en los distintos países; demuestra que precisamente la adhesión "*de una masa de elementos burgueses*"* a la socialdemocracia refuerza el oportunismo, el autonomismo y las tendencias a la infracción de la disciplina; recuerda una y otra 'vez que precisamente "la organización es el arma con la cual se emancipará el proletariado", que precisamente "la organización es el arma propia del proletariado en la lucha de clases".

En Alemania, donde el oportunismo es más débil que en Francia e Italia, "las tendencias autonomistas no han conducido hasta ahora sino a declamaciones más o menos patéticas contra los dictadores y los grandes inquisidores, contra las excomuniones** y la búsqueda de herejías, a enredos e intrigas sin fin cuyo análisis no conduciría más que a incesantes disputas".

No es de extrañar que en Rusia, donde el oportunismo es en el partido más débil aún que en Alemania, las tendencias autonomistas hayan dado lugar a menos ideas y a más "declamaciones patéticas" e intrigas.

No es de extrañar que Kautsky llegue a la conclusión siguiente: "Quizá no haya cuestión en que el revisionismo de todos los países, a pesar de su diversidad y de la variedad de sus matices, se distinga por tanta uniformidad como en el preciso problema de organización". C. Kautsky formula asimismo las tendencias fundamentales de la ortodoxia y del revisionismo en este terreno, recurriendo a la "palabra truculenta": burocracia *versus* (contra) democracia. Se nos dice -escribe C. Kautsky- que conceder a la dirección del partido el derecho a influir en la elección de candidatos (a diputados) por las circunscripciones electorales locales es "atentar vergonzosamente contra el principio democrático, el cual exige que toda la actividad política se ejerza de abajo arriba, por iniciativa de las masas, y no de arriba abajo, por vía burocrática... Pero si existe algún principio verdaderamente democrático es el de que la mayoría debe prevalecer sobre la minoría, y no al contrario..." La elección de diputados al Parlamento, por cualquier circunscripción, es un asunto importante para todo el partido en su conjunto, el cual debe influir por ello mismo en la promoción de los candidatos, al menos mediante personas de confianza del partido (*Vertravensmänner*). "Quien crea que este procedimiento es demasiado burocrático o demasiado centralista, que pruebe a proponer que los candidatos sean promovidos por votación directa de todos los miembros del partido en general (*sämtliche Parteigenossen*). Y como esto es irrealizable, no hay razón para quejarse de falta de democracia cuándo la función de que se trata, como muchas otras que se refieren al partido en conjunto, es desempeñada por uno o varios organismos del partido". Según el

* C. Kautsky menciona a título de ejemplo a *Jaurès*. A medida que se iban desviando hacia el oportunismo, a los hombres como él debía parecerles indefectiblemente "la disciplina del partido una coacción inadmisible de su libre albedrío".

** *Bannstrahl*, anatema. Es la palabra alemana equivalente a las que se emplearían en ruso para expresar "estado de sitio" y "leyes de excepción". Es la "palabra truculenta" de los oportunistas alemanes.

"derecho consuetudinario" del partido alemán, las distintas circunscripciones electorales "se entendían ya antes amigablemente" con la dirección del partido para presentar uno u otro candidato. "Pero el partido es ya demasiado grande para que baste este tácito derecho consuetudinario. El derecho consuetudinario deja de ser derecho cuando ya no se lo reconoce como algo que cae de su peso, cuando se ponen en duda sus definiciones e incluso su propia existencia. En este caso resulta absolutamente imprescindible formular de un modo exacto este derecho, codificarlo..." fijar de un modo más "exacto en los estatutos (*statutarische Festlegung*) y reforzar simultáneamente el carácter riguroso (*grossere Straffheit*) de la organización".

Ustedes ven, pues, en circunstancias distintas, la misma lucha entre el ala oportunista y el ala revolucionaria del partido en torno a la cuestión de organización, el mismo conflicto entre autonomismo y centralismo, entre democracia y "burocracia", entre la tendencia a debilitar y la tendencia a reforzar el carácter riguroso de la organización y de la disciplina, entre la psicología del intelectual vacilante y la del proletario firme, entre el individualismo propio de intelectuales y la cohesión proletaria. Cabe preguntar: ¿Qué actitud ha adoptado ante este conflicto *la democracia burguesa*, no esa democracia que sólo prometió enseñar en secreto algún día al camarada Axelrod la traviesa historia, sino la verdadera democracia, la democracia burguesa real, que tiene asimismo en Alemania representantes no menos inteligentes ni menos observadores que nuestros señores de *Osvobozhdenie*? La democracia burguesa alemana ha respondido inmediatamente a la nueva discusión y -como la rusa igual que siempre y en todas partes- se ha colocado de lleno al lado del ala oportunista del Partido Socialdemócrata. El destacado órgano del capital bursátil de Alemania, la *Gaceta de Francfort*[165], ha publicado un artículo de fondo fulminante (*Frankf. Ztg.*, 7 de abril de 1904, núm. 97, *Abendblatt*), evidenciador de que la manera indecorosa de plagiar a Axelrod se convierte sin más ni más en algo así como una enfermedad de la prensa alemana. Los terribles demócratas de la Bolsa de Fráncfort fustigan el "absolutismo" del Partido Socialdemócrata, la "dictadura del partido", "el dominio autocrático de los jefes del partido", esas "excomuniones" con las que se pretende (recuérdese la "falsa acusación de oportunismo") "castigar a todo el revisionismo", esa reclamación de "obediencia ciega", esa "disciplina que anquilosa" , esa exigencia de "subordinación lacayuna", de hacer de los miembros del partido "cadáveres políticos" (¡esto es mucho más fuerte que lo de los tornillos y las ruedecitas!) "Como ustedes pueden advertir, toda originalidad personal, toda individualidad -dicen indignados los caballeros de la Bolsa, al observar el estado de cosas antidemocrático que rige en la socialdemocracia-, ha de verse perseguida, porque amenaza con llevar al estado de cosas que rige en Francia, al jauresismo y al milleranismo, como ha declarado francamente Sinderman en la información presentada sobre este problema" al congreso del partido de los socialdemócratas sajones.

- - -

Así pues, si las nuevas palabrejas de la nueva *Iskra* sobre organización tienen algún sentido de principio, no cabe duda de que es un sentido oportunista. Esta deducción queda confirmada tanto por el análisis del congreso de nuestro partido, que se escindió en ala revolucionaria y ala oportunista, como por el ejemplo de *todos* los partidos socialdemócratas europeos, en cuyo seno se manifiesta el oportunismo en materia de organización en las mismas tendencias, en las mismas acusaciones y, muy a menudo, con las mismas palabrejas. Imprimen su sello, como es natural, las peculiaridades nacionales de los diversos partidos y la diferencia de condiciones políticas de los distintos países, haciendo que el oportunismo alemán no se parezca en nada al oportunismo francés, ni el francés al italiano, ni el italiano al ruso. Pero, a pesar de toda esta diferencia de condiciones, se observa claramente la homogeneidad de la división fundamental de todos estos partidos en ala revolucionaria y ala oportunista, la homogeneidad del curso del pensamiento y de las tendencias del oportunismo en el problema de organización[*]. El gran número de representantes de la intelectualidad radical que figura entre nuestros marxistas y nuestros socialdemócratas ha traído y trae como consecuencia inevitable el oportunismo, originado por su psicología en los terrenos y en las formas más diversas. Hemos combatido al oportunismo en las cuestiones fundamentales de nuestra concepción del mundo, en cuestiones programáticas, y la divergencia absoluta en lo concerniente a los fines ha conducido inevitablemente a un deslindamiento definitivo entre los liberales, que han estropeado nuestro marxismo

[*] Nadie dudará hoy de que la antigua división de los socialdemócratas rusos, en cuanto a los problemas de táctica, en economistas y políticos, se identificaba con la división de toda la socialdemocracia internacional en oportunistas y revolucionarios, aunque existiese una gran diferencia entre los camaradas Martínov y Akímov, por una parte, y los camaradas von Vollmar y von Elm o Jaurès y Millerand, por otra. Del mismo modo es indudable la homogeneidad de las divisiones fundamentales en el problema de organización, a pesar de la inmensa diferencia de condiciones que hay entre los países privados de derechos políticos y los países libres en el aspecto político. Es peculiar en extremo que la redacción de la nueva *Iskra*, tan afecta a los principios, después de haber tratado de pasada la discusión entre Kautsky y Heine (núm. 64), *haya pasado por alto*, temerosa, el problema de las tendencias *de principio de todo* oportunismo y de toda ortodoxia en materia de organización.

legal, y los socialdemócratas. Hemos combatido al oportunismo en problemas de táctica, y nuestra divergencia con los camaradas Krichevski y Akímov en lo relativo a estos problemas menos importantes tuvo tan sólo, como es lógico, un carácter temporal y no siguió la formación de partidos distintos. Ahora hemos de vencer el oportunismo de Mártov y Axelrod en problemas de organización, menos cardinales aún, claro está, que los de programa y de táctica, pero que en el momento actual aparecen en el primer plano de la vida de nuestro partido.

Cuando se habla de lucha contra el oportunismo no hay que olvidar nunca un rasgo peculiar de todo el oportunismo contemporáneo en todos los terrenos: su carácter indefinido, difuso, inaprensible. El oportunista, por su misma naturaleza, evita siempre plantear los problemas de manera concreta y rotunda, busca la resultante, se desliza como una culebra entre puntos de vista que se excluyen mutuamente, esforzándose por "estar de acuerdo" con uno y otro, reduciendo sus discrepancias a pequeñas enmiendas, a dudas, a buenos deseos candorosos, etc., etc. El camarada E. Bernstein, oportunista en cuestiones programáticas, "está de acuerdo" con el programa revolucionario del partido y, aunque probablemente desearía una "reforma cardinal" del mismo, considera que esta reforma no es oportuna ni conveniente, ni tan importante como aclarar los "principios generales" "de crítica" (que consisten, principalmente, en tomar sin crítica alguna principios y palabrejas de la democracia burguesa). El camarada von Vollmar, oportunista en problemas de táctica, también está de acuerdo con la vieja táctica de la socialdemocracia revolucionaria y se limita igualmente más a hacer declaraciones enfáticas, presentar ligeras enmiendas y gastar pequeñas bromas sin proponer jamás ninguna táctica "ministerialista" determinada[166]. Los camaradas Mártov y Axelrod, oportunistas en problemas de organización, tampoco han dado hasta ahora tesis determinadas de principios que puedan ser "asentadas en unos estatutos", a pesar de que se les ha exhortado directamente a hacerlo; también desearían, sin el menor género de dudas, una "reforma cardinal" de los estatutos de nuestra organización (*Iskra*, núm. 58, pág. 2, columna 3); pero preferirían empezar por ocuparse de "problemas generales de organización" (porque una reforma efectivamente cardinal de nuestros estatutos que, a pesar del artículo primero, tienen un carácter centralista, si se hiciera en el espíritu de la nueva *Iskra*, conduciría inevitablemente al autonomismo, y el camarada Mártov, claro está, no quiere reconocer, ni aun ante sí mismo, que tiende en principio al autonomismo). De aquí que su posición "en principio", en cuanto al problema de organización, tenga todos los colores del arco iris: predominan inocentes y patéticas declamaciones acerca del absolutismo y la burocracia, la obediencia ciega y los tornillos y ruedecitas; declamaciones tan candorosas que resulta aún muy difícil distinguir en ellas lo que hay efectivamente de principios de lo que es en realidad cooptación. Pero quien en mucho hablar se empeña, a menudo se despeña: los intentos de analizar y definir exactamente la odiosa "burocracia" conducen inevitablemente al autonomismo; los intentos de "profundizar" y fundamentar llevan indefectiblemente a justificar el atraso, llevan al seguidismo, a la fraseología girondina. Por último, como único principio efectivamente definido y que, por lo mismo, se manifiesta con peculiar claridad en la práctica (la práctica precede siempre a la teoría), aparece el principio del *anarquismo*. Ridiculización de la disciplina, autonomismo y anarquismo, tal es la escalerilla por la que tan pronto baja como sube nuestro oportunismo en materia de organización, saltando de peldaño en peldaño y esquivando con habilidad toda definición precisa de sus principios*. Exactamente la misma gradación presenta el oportunismo en cuanto al programa y la táctica: burla de la "ortodoxia", de la estrechez y de la inflexibilidad -"crítica" revisionista y ministerialismo- democracia burguesa.

En estrecha relación sicológica con el odio a la disciplina está la persistente nota sostenida de *enojo* que suena en todos los escritos de todos los oportunistas contemporáneos en general y de nuestra minoría en particular. Se ven perseguidos, oprimidos, expulsados, asediados, aperreadas. En esas palabrejas hay mucha más verdad sicológica y política de la que, probablemente, suponía el mismo autor de la encantadora y aguda broma sobre los aperreados y las aperreadores[167]. Miren, en efecto, las actas del congreso de nuestro partido y verán que la minoría está constituida por todos los ofendidos, por todos los que han sufrido de la socialdemocracia revolucionaria alguna ofensa en algo. Ahí están los bundistas y los de *Rabócheie Dielo*, a los que

* Quien recuerde la discusión del artículo primero verá ahora claro que el error, ampliado y profundizado, de los camaradas Mártov y Axelrod en este artículo conduce *inevitablemente* al oportunismo en materia de organización. La idea fundamental del camarada Mártov -lo de incluirse uno mismo en el partido- es en rigor la falsa "democracia", la idea de estructurar el partido de abajo arriba. Mi idea, por el contrario, es "burocrática" en el sentido de que el partido se estructura de arriba abajo, empezando por el congreso y siguiendo por las diversas organizaciones del partido. En la discusión del artículo primero apuntaban ya tanto la psicología del intelectual burgués como las frases anarquistas y la sabihondez oportunista y seguidista. El camarada Mártov habla del "despertar del pensamiento" en la nueva *Iskra*. Lo cual es verdad en el sentido de que él y Axelrod dirigen efectivamente el pensamiento por un rumbo nuevo, empezando por el artículo primero. El mal está en que *ese* rumbo es oportunista. Cuanto más "breguen" por ese rumbo, tanto más se hundirán en la charca.

"ofendimos" hasta el punto de que se retiraron del congreso; ahí están los de *Yuzhni Rabochi*, mortalmente ofendidos porque se ha dado muerte a las organizaciones en general y a la suya en particular; ahí está el camarada Májov, al que se ofendió cada vez que hizo uso de la palabra (porque puso buen cuidado en hacer siempre el ridículo); ahí están, por última, los camaradas Mártov y Axelrod, ofendidos por la "falsa acusación de oportunismo" con motivo del artículo primero de los estatutos y por su derrota en las elecciones. Y todos estos amargos resentimientos no fueron resultado casual de inadmisibles pullas, de bruscas invectivas, de una polémica furiosa, de portazos y amenazas enseñando el puño, como siguen creyendo aún muchísimos filisteos, sino la consecuencia política inevitable de los tres años de labor ideológica de *Iskra*. Si nosotros, en el transcurso de estos tres años, hicimos algo más que dar rienda suelta a la lengua, si expresamos convicciones que deben convertirse en realidad, no pudimos menos de luchar en el congreso contra los antiiskristas y contra la "charca". Y cuando, en unión del camarada Mártov, que combatía con la visera levantada en las primeras filas, ofendimos a tantísima gente, sólo nos faltaba agraviar un poco, muy poco, al camarada Axelrod y al camarada Mártov para que la copa se desbordara. La cantidad se convirtió en calidad. Se produjo una negación de la negación. Todos los ofendidos olvidaron sus cuentas recíprocas: sollozando, se arrojaron los unos en brazos de los otros y enarbolaron la bandera de la "insurrección contra el leninismo"*.

La insurrección es una cosa magnífica cuando se alzan los elementos avanzados contra los reaccionarios. Está muy bien que el ala revolucionaria se alce contra el ala oportunista. Pero es malo que el ala oportunista se alce contra la revolucionaria.

El camarada Plejánov se ve obligado a tomar parte en este feo asunto en calidad de, valga la expresión, prisionero de guerra. Trata de "desahogarse" pescando una que otra frase desafortunada del autor de tal o cual resolución favorable a la "mayoría" y, al hacerlo, exclama: "¡Pobre camarada Lenin! ¡Vaya ortodoxos que tiene por partidarios!" (*Iskra*, núm. 63, suplemento).

Bueno ¿sabe usted, camarada Plejánov? Si yo soy pobre, la redacción de la nueva *Iskra* está en la miseria por completo. Por pobre que yo sea, no he llegado todavía a un grado de miseria tan absoluto que deba cerrar los ojos ante el congreso del partido y buscar en resoluciones de miembros de los comités datos para ejercitar la agudeza de mi ingenio. Por pobre que yo sea, soy mil veces más rico que quienes tienen por partidarios a individuos que no sólo dicen por casualidad alguna que otra frase desafortunada, sino que en todos los problemas, tanto de organización como de táctica y de programa, se aferran con empeño y firmeza a principios opuestos a los de la socialdemocracia revolucionaria. Por pobre que yo sea, no he llegado aún al extremo de tener que *ocultar al público* los elogios rendidos por semejantes partidarios. Y eso es lo que se ve obligado a hacer la redacción de la nueva *Iskra*.

¿Sabe usted, lector, qué es el comité de Vorónezh del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia? Si no la sabe, lea las actas del congreso de este partido. Por ellas se enterará de que la tendencia de dicho comité es la que expresan por entero el camarada Akímov y la camarada Brúker, los cuales lucharon en toda la línea contra el ala revolucionaria del partido en el congreso y fueron colocados decenas de veces entre los oportunistas por todo el mundo, empezando por el camarada Plejánov y acabando por el camarada Popov. Pues bien, este comité de Vorónezh, en su hoja de enero (núm. 12, 1904), declara:

> "En nuestro partido, siempre en crecimiento, se produjo el año pasado un acontecimiento de trascendental importancia para él: se celebró el II Congreso del POSDR, que reunió a representantes de sus organizaciones. La convocatoria de un congreso del partido es algo muy complejo y, bajo la monarquía, algo muy arriesgado y difícil; por ello no es de extrañar que la convocatoria del congreso del partido se llevara a cabo *de un modo muy lejano a la perfección* y que el mismo congreso, aunque transcurrió con toda normalidad, no diera satisfacción a todo lo que de él exigía el partido. Los camaradas a quienes la conferencia de 1902 encomendó la convocatoria del congreso habían sido detenidos, y *éste lo prepararon personas designadas por una sola tendencia de la socialdemocracia rusa: la tendencia iskrista*. Muchas organizaciones socialdemócratas, pero no iskristas, no fueron incorporadas a las labores del congreso: *a ello se debe*, *en parte*, el hecho de que el congreso cumpliera *de un modo extremadamente imperfecto* su cometido en lo que se refiere a redactar *el programa y los estatutos* del partido, que haya en los estatutos grandes lagunas "que pueden dar lugar a peligrosas confusiones", según reconocen las mismas personas que participaron en el congreso. Los propios iskristas se escindieron en él, y muchos militantes destacados de nuestro POSDR, que antes parecían aceptar en su totalidad el programa de acción de *Iskra*, reconocían que eran irreales muchos de sus puntos de vista, propugnados *principalmente por Lenin y Plejánov*. Aunque estos últimos triunfaron en el congreso, la fuerza de la vida práctica, las exigencias del trabajo real, en cuyas filas figuran también todos los no iskristas, corrigen presto los errores de los teóricos y han hecho ya serias rectificaciones después del congreso. "*Iskra*" *ha*

* Esta maravillosa expresión es del camarada Mártov.

cambiado mucho y promete prestar oído atento a las exigencias de los militantes de la socialdemocracia en general. Por tanto, aunque *las labores del congreso* deben ser revisadas por el congreso próximo y -cosa evidente para los que tomaron parte en él- no son satisfactorias y, *por lo mismo*, *no pueden ser tomadas en el partido como decisiones incontestables*, el congreso puso en claro el estado de cosas existente en el partido, proporcionó copiosos datos para la subsiguiente labor teórica y orgánica del mismo y constituyó una experiencia aleccionadora de enorme interés para el trabajo del partido en pleno. Todas las organizaciones *tendrán en cuenta* las resoluciones del congreso y los estatutos por éste redactados, pero muchas *se abstendrán de guiarse únicamente por ellos*, *debido* a sus evidentes imperfecciones.

El comité de Vorónezh, comprendiendo toda la importancia del trabajo del partido en conjunto, se *hizo* vivamente *eco* de todos los problemas relacionados con la convocatoria del congreso. Se da cuenta de toda la importancia de lo sucedido en el congreso y *se congratula del cambio que se ha producido en "Iskra"*, convertida en Órgano Central (órgano principal).

Aunque no nos satisface *todavía* el estado de cosas que se observa en el partido y en el CC, confiamos en que con los esfuerzos de todos se conseguirá perfeccionar la difícil labor de organización del partido. Frente a los falsos rumores que circulan, el comité de Vorónezh declara a los camaradas que no puede ni hablarse de que él salga del partido. El comité de Vorónezh comprende perfectamente cuán peligroso precedente (ejemplo) sería que saliera del seno del POSDR una organización obrera como es este comité, *qué reproche recaería por ello sobre el partido* y qué perjudicial sería para las organizaciones obreras que siguieran ese ejemplo. Nuestro deber no es provocar nuevas escisiones, sino aspirar tenazmente a la unificación de todos los obreros conscientes y socialistas en un partido único. Además, el II Congreso ha sido un congreso ordinario y no constituyente. Sólo el juzgado del partido puede acordar una expulsión, pero ningún organismo, ni aun el mismo Comité Central, tiene derecho a excluir del partido a ninguna organización socialdemócrata. Es más: en el II Congreso se aprobó el artículo octavo de los estatutos, según el cual cada organización es autónoma (independiente) en sus asuntos locales, causa por la que *el comité de Vorónezh tiene pleno derecho a llevar a la vida y al partido sus puntos de vista en materia de organización*".

Al referirse a esta hoja en su número 61, la redacción de la nueva *Iskra* ha publicado la segunda parte del pasaje que hemos reproducido, la parte impresa en caracteres corrientes; la primera, reproducida en glosilla, *ha preferido omitirla*.

Le ha dado vergüenza.

p) Algo de dialéctica. Dos revoluciones

Al lanzar una somera ojeada al desenvolvimiento de la crisis en nuestro partido, veremos sin dificultad que, salvo raras excepciones, la composición fundamental de los dos bandos en pugna ha sido siempre la misma. Ha sido la lucha entre el ala revolucionaria y el ala oportunista de nuestro partido. Pero esta lucha ha pasado por las fases más diversas, y todo el que quiera ver claro en el enorme fárrago de publicaciones ya acumuladas, en la inmensidad de alusiones y aclaraciones aisladas, citas truncadas, diversas acusaciones, etc., etc., ha de tener un conocimiento exacto de las peculiaridades de cada una de estas fases.

Cada una de las mencionadas fases se distingue por una coyuntura de lucha y un objetivo inmediato de ataque muy distintos; cada fase representa, por decirlo así, un solo combate de una campaña general. Nada podrá entenderse de nuestra lucha si no se estudian las condiciones concretas de cada batalla. Y, una vez estudiadas, veremos bien claro que, en efecto, su desarrollo sigue la vía dialéctica, la vía de las contradicciones: la minoría se convierte en mayoría, la mayoría en minoría; cada bando pasa de la defensiva a la ofensiva y viceversa; "se niega" el punto de partida de la lucha ideológica (artículo primero), dando paso a las intrigas, que lo llenan todo*; pero luego empieza "la negación de la negación" y, "aviniéndose" a trancas y barrancas en el seno de los diversos organismos centrales, volvemos al punto de partida de la lucha puramente ideológica. Pero esta "tesis" está ya enriquecida por todos los resultados de la "antitesis" y se ha elevado a síntesis superior, cuando el error aislado y casual del artículo primero se ha convertido en un casi sistema de concepciones oportunistas sobre el problema de organización, cuando para todo el mundo es cada vez más evidente la relación que guarda este fenómeno con la división fundamental de nuestro partido en ala revolucionaria y ala oportunista. En pocas palabras, no sólo crece la avena según el esquema de Hegel, sino que los socialdemócratas rusos luchan entre sí también según el esquema de Hegel.

Pero la gran dialéctica hegeliana, que el marxismo ha adoptado después de haberla puesto cabeza arriba, no debe confundirse nunca con el vulgar método de justificar los zigzags de los dirigentes políticos que se pasan del ala revolucionaria al ala oportunista del partido, con la vulgar manera de meter en un saco

* El difícil problema de trazar una frontera entre la intriga y la divergencia de principio se resuelve ahora por sí mismo: es intriga todo lo que se refiere a la cooptación; y divergencia de principio, todo lo tocante al análisis de la lucha en el congreso, a los debates sobre el artículo primero y al viraje hacia el oportunismo y el anarquismo.

declaraciones diversas, aspectos distintos del desarrollo de diversas fases de un proceso único. La verdadera dialéctica no justifica los errores personales, sino que estudia los virajes inevitables, demostrando su inevitabilidad con el estudio más detallado del desarrollo en todos los aspectos concretos. El principio fundamental de la dialéctica es: no hay verdad abstracta, la verdad es siempre concreta... Y tampoco debe confundirse esta gran dialéctica hegeliana con la acomodaticia y vulgar sabiduría que expresa el proverbio italiano: *mettere la coda dove non va il capo* (meter la cola por donde no cabe la cabeza).

El resultado del desarrollo dialéctico de la lucha empeñada en nuestro partido se reduce a dos revoluciones. El congreso del partido fue una verdadera revolución, según observó con razón el camarada Mártov en su *De nuevo en minoría*. Razón tienen también los chistosos de la minoría que dicen: ¡el mundo avanza por revoluciones, por eso hemos hecho nosotros una revolución! En efecto, han hecho una revolución después del congreso; y también es verdad que, hablando en general, el mundo avanza por revoluciones. Pero esta máxima general no determina todavía la significación concreta de cada una de las revoluciones concretas: hay revoluciones, que, remedando la inolvidable expresión del inolvidable camarada Májov, son como reacciones. Para determinar si esta o la otra revolución concreta ha hecho avanzar o retroceder al "mundo" (a nuestro partido), hay que saber si ha sido el ala revolucionaria o el ala oportunista del partido la fuerza real que la ha producido; hay que saber si han sido los principios revolucionarios o los principios oportunistas los que animaban a los combatientes.

El congreso de nuestro partido fue un fenómeno único en su género, sin precedente en toda la historia del movimiento revolucionario ruso. Por primera vez consiguió un partido revolucionario clandestino salir de las tinieblas de la ilegalidad a la luz del día, mostrando a cada cual la trayectoria y el desenlace de la lucha interna de nuestro partido, toda la fisonomía del partido y de cada una de sus partes de cierta importancia en las cuestiones de programa, táctica y organización. Por primera vez conseguimos librarnos de las tradiciones de relajamiento propio de los círculos y de filisteísmo revolucionario, reunir decenas de los grupos más diversos, muchas veces terriblemente hostiles, unidos exclusivamente por la fuerza de la idea y dispuestos (dispuestos en principio) a sacrificar cualquier particularismo e independencia de grupo en aras del gran todo que por primera vez creábamos de hecho: *el partido*. Pero, en política, los sacrificios no se obtienen sin esfuerzo: se conquistan combatiendo. Por fuerza hubo de ser encarnizadísimo el combate para dar muerte a las organizaciones. El viento fresco de la lucha franca y libre se convirtió en torbellino. Y este torbellino barrió -¡bien barridos están!- sin dejar uno, los restos de todos los intereses, sentimientos y tradiciones de círculo, creando por primera vez organismos colectivos efectivamente de partido.

Pero no es lo mismo predicar que dar trigo. Una cosa es sacrificar en principio el espíritu de círculo en aras del partido y otra renunciar al propio círculo de uno. El viento fresco lo fue demasiado para quienes estaban habituados a la atmósfera viciada del filisteísmo. "El partido no ha podido con su primer congreso", dijo con razón (con razón, pero sin querer) el camarada Mártov en su *De nuevo en minoría*. Era demasiado fuerte la sensación de agravio por la muerte dada a las organizaciones. La violenta vorágine levantó del fondo de la corriente de nuestro partido todo el cieno que estaba depositado, y el cieno se ha desquitado. El viejo y anquilosado espíritu de círculo ha podido más que el joven, espíritu de partido. Reforzada con la conquista casual de Akímov, el ala oportunista del partido, que había sufrido una derrota completa, se ha impuesto -claro que por algún tiempo nada más- al ala revolucionaria.

En fin de cuentas, ha resultado una nueva *Iskra*, que se ve precisada a desarrollar y profundizar el error cometido por sus redactores en el congreso del partido. La vieja *Iskra* enseñaba las máximas de la lucha revolucionaria. La nueva *Iskra* predica la sabiduría filistea: concesiones y espíritu acomodaticio. La vieja *Iskra* era el órgano de la ortodoxia militante. La nueva *Iskra* es una reanimación del oportunismo, sobre todo en cuestiones de organización. La vieja *Iskra* se había concitado la honrosa enemistad de los oportunistas de Rusia y del Occidente de Europa. La nueva *Iskra* se "ha hecho más prudente" y pronto dejará de avergonzarse de los elogios que le prodigan los extremistas del oportunismo. La vieja *Iskra* caminaba con paso firme hacia su objetivo, y sus palabras no se apartaban de sus hechos. En la nueva *Iskra*, la falsedad interior de su posición engendra de modo inevitable -incluso independientemente de la voluntad y conciencia de tal o cual persona- la hipocresía política. Grita contra el espíritu de círculo para encubrir la victoria de este último sobre el espíritu de partido. Censura farisaicamente la escisión, como si en un partido algo organizado pudiera imaginarse contra ésta un medio que no sea la subordinación de la minoría a la mayoría. Declara que es imprescindible tener en cuenta la opinión pública revolucionaria y, ocultando los elogios de los Akímov, se dedica a un mezquino chismorreo contra los comités del ala revolucionaria del partido. ¡Qué vergüenza! ¡Cómo han cubierto de oprobio a nuestra vieja *Iskra*!

Un paso adelante, dos pasos atrás... Es algo que sucede en la vida de los individuos, en la historia de las naciones y en el desarrollo de los partidos. Y sería la más criminal de las cobardías dudar, aunque sólo fuera por un momento, del inevitable y completo

triunfo de los principios de la socialdemocracia revolucionaria, de la organización proletaria y de la disciplina del partido. Hemos logrado ya mucho y debemos seguir luchando, sin que nuestro ánimo decaiga ante los reveses. Debemos luchar consecuentemente, despreciando los procedimientos filisteos de los altercados propios de los círculos, salvaguardando hasta la última posibilidad el nexo que enlaza en un partido único a todos los socialdemócratas de Rusia, nexo establecido a costa de tantos esfuerzos, y tratando de conseguir, con una labor tenaz y sistemática, que todos los miembros del partido, y especialmente los obreros, conozcan plena y conscientemente los deberes de partido, la lucha que se entabló en el II Congreso del partido, todos los motivos y vicisitudes de nuestra divergencia, todo lo funesto del oportunismo, que también en el terreno de organización -al igual que en el terreno de nuestro programa y de nuestra táctica- se rinde impotente a la psicología burguesa, adopta sin crítica alguna el punto de vista de la democracia burguesa y embota el arma de la lucha de clase del proletariado.

En su lucha por el poder, el proletariado no dispone de más arma que la organización. Desunido por el imperio de la anárquica competencia dentro del mundo burgués, aplastado por los trabajos forzosos al servicio del capital, lanzado constantemente "al bajo fondo" de la miseria más completa, del embrutecimiento y de la degeneración, el proletariado puede hacerse y se hará sin falta una fuerza invencible siempre y cuando su unión ideológica por medio de los principios del marxismo se refuerce con la unidad material de la organización que cohesiona a los millones de trabajadores en el ejército de la clase obrera. Ante este ejército no podrán resistir ni el poder decrépito de la autocracia rusa ni el poder caducante del capitalismo internacional. Este ejército cerrará mascada día más, a pesar de todos los zigzags y pasos atrás, a pesar de las frases oportunistas de los girondinos de la socialdemocracia contemporánea, a pesar de los fatuos elogios del atrasado espíritu de círculo, a pesar de los oropeles y el alboroto del anarquismo propio de intelectuales.

Escrito en febrero-mayo de 1904. Publicado en volumen aparte en mayo de 1904 en Ginebra.

T. 8, págs. 187-404.

DEMOCRACIA OBRERA Y DEMOCRACIA BURGUESA.

La actitud de la socialdemocracia, o democracia obrera, ante la democracia burguesa es un problema viejo y, al mismo tiempo, eternamente nuevo. Viejo porque está planteado desde el momento mismo en que surgió la socialdemocracia. Sus bases teóricas fueron esclarecidas ya en las primeras obras marxistas, en el *Manifiesto Comunista* y en *El Capital*. Eternamente nuevo porque cada paso en el desarrollo de cualquier país capitalista brinda una combinación especial, original, de matices distintos de la democracia burguesa y de tendencias diferentes en el movimiento socialista.

También en Rusia, nuestro país, este viejo problema se ha hecho hay singularmente nuevo. Para que podamos explicarnos con mayor claridad la situación actual, empezáremos por una pequeña remembranza de tipo histórico. El viejo populismo revolucionario ruso sustentaba una concepción utópica, semianarquista. Consideraba que el campesino comunitario era un socialista formado. Tras el liberalismo de la sociedad rusa culta advertía con claridad los apetitos de la burguesía rusa. Negaba la lucha por la libertad política, viendo en ella una lucha por lograr instituciones ventajosas para la burguesía. Los adeptos de Libertad del Pueblo dieron un paso adelante al emprender la lucha política, pero no consiguieron ligarla al socialismo. El planteamiento socialista explícito del problema quedó incluso oscurecido cuando, al decaer la fe en el espíritu socialista de nuestra comunidad campesina, se intentó renovada con teorías como la del señor V. V. acerca del carácter no clasista, no burgués, de la intelectualidad democrática rusa. De este modo se sentaron las bases para que el populismo, que había repudiado antes por completo el liberalismo burgués, comenzara a fundirse paulatinamente con él en una sola tendencia populista liberal. Se hizo más evidente cada día la naturaleza democrática burguesa del movimiento intelectual ruso -desde el más moderado, el culturalista, hasta el más extremista, el revolucionario terrorista-, al mismo tiempo que surgían y se desarrollaban la ideología proletaria (la socialdemocracia) y el movimiento obrero de masas. Pero el crecimiento de este último fue acompañado de una escisión entre los socialdemócratas. Se manifestó patentemente la existencia de dos alas en la socialdemocracia: la revolucionaria, que expresaba las tendencias proletarias de nuestro movimiento, y la oportunista, que expresaba sus tendencias intelectuales. El marxismo legal no tardó en revelarse, de hecho, como "un reflejo del marxismo en las publicaciones burguesas" y, pasando por el oportunismo bernsteiniano, fue a caer de lleno en el liberalismo. De un lado, los economistas que militaban en la socialdemocracia se dejaron arrastrar por la concepción semianarquista de un movimiento puramente obrero, consideraron que el apoyo de los socialistas a la oposición burguesa representaba una traición al punto de vista de clase y declararon que la democracia burguesa en Rusia era un fantasma[*]. De otro lado, los economistas de un matiz distinto, apasionados por ese mismo movimiento puramente obrero, acusaron a los socialdemócratas revolucionarios de desentenderse de la lucha social que sostienen contra la autocracia nuestros liberales, la gente de los zemstvos y los culturalistas[**].

La vieja *Iskra* mostró los elementos de democracia burguesa en Rusia cuando mucha gente no los veía aún. Y pidió que el proletariado respaldara a esa democracia (véanse el núm. 2 de *Iskra*, acerca del apoyo al movimiento estudiantil; el núm. 8, en torno al congreso clandestino de los zemstvos; el núm. 16, sobre los mariscales de la nobleza de tendencias liberales; el núm. 18, respecto a la efervescencia en los zemstvos, y otros)[***]. Señaló siempre el carácter de clase, burgués, del movimiento liberal y radical y dijo a los fluctuantes adeptos de *Osvobozhdenie*: "Es hora ya de comprender la verdad elemental de que la conjunción efectiva (y no de palabra) en la lucha contra el enemigo común no se asegura con politiquería, ni con lo que el finado Stepniak denominó en cierta ocasión autolimitación y autoocultamiento, ni con la mentira convencional del mutuo reconocimiento diplomático, sino con la participación efectiva en la lucha, con la unidad efectiva en la lucha. Cuando la batalla de los socialdemócratas alemanes contra la reacción policíaco-militar y clerical-feudal se hacía común de verdad con la lucha de cualquier partido auténtico que se apoyase en una clase determinada del pueblo (por ejemplo, en la burguesía liberal), la unidad de

[*] Véase el folleto *Dos congresos* (pág. 32), editado por *Rabócheie Dielo* y dirigido contra *Iskra*.

[**] Véase el *Suplemento especial de "Rabóchaya Mysl"*, septiembre de 1899.

[***] Aprovecho la ocasión para expresar mi sincera gratitud a Starovier y Plejánov, que han emprendido la labor, extraordinariamente útil, de descubrir a los autores de los artículos sin firma publicados en la vieja *Iskra*. Esperamos que llevarán hasta el fin esta labor que proporcionará datos característicos en grado sumo para valorar el viraje de la nueva *Iskra* hacia el ideario de *Rabócheie Dielo*.

acción se establecía sin necesidad de frases acerca del reconocimiento mutuo" (núm. 26).

Este planteamiento del problema por parte de la vieja *Iskra* nos lleva de pleno a las discusiones actuales en torno a la actitud de la socialdemocracia frente a los liberales. Es sabido que estas discusiones empezaron en el II Congreso, el cual aprobó dos resoluciones que correspondían al punto de vista de la mayoría (resolución de Plejánov) y al de la minoría (resolución de Starovier). La primera define con precisión el carácter de clase del liberalismo como movimiento de la burguesía y coloca en primer plano la tarea de esclarecer al proletariado el fondo antirrevolucionario y antiproletario de la principal tendencia liberal (la de *Osvobozhdenie*). Al admitir la necesidad de que el proletariado apoye a la democracia burguesa, esta resolución no cae en la politiquería del reconocimiento mutuo, sino que, en el espíritu de la vieja *Iskra*, ciñe la cuestión a la lucha conjunta: los socialdemócratas "deben apoyar a la burguesía *en la misma medida* en que *es* revolucionaria o sólo oposicionista *en su lucha* contra el zarismo".

Por el contrario, la resolución de Starovier no contiene un análisis clasista del liberalismo y de la democracia. Está llena de buenos propósitos; inventa condiciones de un acuerdo, probablemente más elevadas y buenas, pero, por desgracia, ficticias, *verbales*: los liberales o los demócratas deben *declarar* esto o aquello, no deben presentar unas u otras *reivindicaciones*, deben convertir en *consigna* de su lucha tales o cuales cosas... ¡Como si la historia de la democracia burguesa no previniera a los obreros, en todas partes, contra la fe en las declaraciones, reivindicaciones y consignas! ¡Como si la historia no nos hubiera mostrado con centenares de ejemplos que los demócratas burgueses proclamaron no sólo consignas de plena libertad, sino incluso de igualdad, consignas socialistas, sin dejar por eso de ser demócratas burgueses y "ofuscar" más aún con ello la conciencia del proletariado! ¡El ala intelectual de la socialdemocracia quiere combatir este ofuscamiento reclamando a los demócratas burgueses que no ofusquen! El ala proletaria lucha mediante un análisis del contenido de clase de la democracia. El ala intelectual persigue las condiciones verbales de los acuerdos. El ala proletaria exige una conjunción efectiva en la lucha. El ala intelectual inventa un rasero para determinar cuál es la burguesía buena, benévola y merecedora de que se llegue a un acuerdo con ella. El ala proletaria no espera ninguna benevolencia de la burguesía, sino que apoya a toda burguesía, aunque sea la peor, *en la medida en que lucha de verdad contra el zarismo*. El ala intelectual cae en el punto de vista del mercachifle: si se colocan ustedes al lado de los socialdemócratas, y no de los socialistas-revolucionarios, accederemos a concertar un acuerdo contra el enemigo común; de lo contrario, no. El ala proletaria sustenta el punto de vista de la utilidad: los apoyaremos exclusivamente en el caso de que podamos asestar con mayor habilidad un golpe a nuestro enemigo.

Todos los defectos de la resolución de Starovier se hicieron patentes en cuanto dicha resolución entró en contacto con la realidad. Ese primer contacto fue el famoso plan de la redacción de la nueva *Iskra*, el plan de "un tipo superior de movilización", vinculado a los razonamientos de principio en el núm. 77 (artículo de fondo: *La democracia en una encrucijada*) y en el núm. 78 (artículo de Starovier). Del plan se ha hablado ya en el folleto de Lenin, pero los razonamientos deberán ser analizados aquí.

La razón fundamental (o, mejor dicho, la sinrazón fundamental) de las consideraciones de la nueva *Iskra* a que nos referimos es la diferencia que se establece entre la gente de los zemstvos y la democracia burguesa. Esta diferencia es lo que impregna a ambos artículos, y el lector atento observará que en vez del término democracia burguesa, y a la par con él, se emplean como términos equivalentes estos otros: democracia, intelectualidad radical (¡*sic*!), democracia naciente y democracia intelectual. La nueva *Iskra*, con la modestia que la caracteriza, eleva esta diferencia a la categoría de gran descubrimiento, de concepción original, que al pobre Lenin "no le es dado comprender". Se liga directamente esta diferencia al nuevo método de lucha de que tanto hemos oído hablar a Trotski y a la propia redacción de *Iskra*, a saber: el liberalismo de los zemstvos "sólo sirve para ser flagelado con escorpiones", mientras que la democracia intelectual es apta para concertar acuerdos con nosotros. La democracia debe actuar por su cuenta, como una fuerza independiente. "El liberalismo de Rusia, al que se ha despojado de su parte históricamente necesaria, de su nervio motor (¡escuchen!), de su mitad democrática burguesa, sólo sirve para ser flagelado con escorpiones". En la concepción leninista "del liberalismo ruso no quedaba lugar para los elementos sociales en los que la socialdemocracia podría influir, no importa cuándo (!), como vanguardia de la democracia".

Tal es la nueva teoría. Y como todas las nuevas teorías de la *Iskra* actual, es un embrollo completo. Primero, es infundada y ridícula la pretensión de tener la prioridad en lo que respecta al descubrimiento de la democracia intelectual. Segundo, es falsa la diferencia entre el liberalismo de los zemstvos y la democracia burguesa. Tercero, es infundada la opinión de que la intelectualidad pueda convertirse en una fuerza independiente. Cuarto, es injusto afirmar que el liberalismo de los zemstvos (sin la mitad "democrática burguesa") sólo sirve para ser flagelado, etc. Examinemos todos estos puntos.

Se dice que Lenin desconoció el nacimiento de la democracia intelectual y del tercer elemento.

Abrimos el núm. 2-3 de *Zariá*. Tomamos la

misma *Crónica de la vida interior* que cita Starovier en su artículo. Leemos *el título del capítulo tercero*: *El tercer elemento*. Hojeamos este capítulo y encontramos que en él se habla del "aumento del número y la influencia de los médicos, peritos, etc., empleados en el zemstvo"; del "indómito desarrollo económico, que crea una demanda de intelectuales, cuyo número crece de día en día"; de "los inevitables conflictos de estos intelectuales con la burocracia y con los tiburones de la administración"; del "carácter verdaderamente epidémico de estos conflictos en los últimos tiempos"; de "la irreconciliabilidad de la autocracia con los intereses de la intelectualidad en general"; e incluso leemos *un franco llamamiento* a estos elementos a agruparse "bajo la bandera" de la socialdemocracia...

¿Verdad que está bien? ¡La democracia intelectual que se acaba de descubrir y la necesidad de llamarla a agruparse bajo la bandera de la socialdemocracia fueron "descubiertas" por el maligno Lenin *hace tres años*!

Claro que entonces no se había descubierto aún la contraposición directa entre los hombres de los zemstvos y la democracia burguesa. Pero esta contraposición es algo tan inteligente como si se dijera: la provincia de Moscú *y* el territorio del Imperio ruso. Los mayores contribuyentes partidarios de los zemstvos y los mariscales de la nobleza son *demócratas* por cuanto se pronuncian contra la autocracia y el régimen de la servidumbre. Su espíritu democrático es limitado, estrecho e inconsecuente, de la misma manera que es limitada, estrecha e inconsecuente en grados distintos toda democracia burguesa. El editorial del núm. 77 de *Iskra* analiza nuestro liberalismo, dividiéndolo en los siguientes grupos: 1) terratenientes feudales; 2) terratenientes liberales; 3) intelectuales liberales partidarios de una constitución restringida, y 4) intelectuales democráticos, la extrema izquierda. Este análisis es incompleto y embrollado, pues se confunde la división de los intelectuales con la división de los diferentes grupos y clases cuyos intereses expresa la intelectualidad. Además de los intereses de un vasto sector de terratenientes, la democracia burguesa rusa refleja los de gran número de comerciantes e industriales, primordialmente medianos y pequeños, y también (lo que tiene singular importancia) de una gran masa de campesinos acomodados y pequeños propietarios. Pasar por alto este sector, el más amplio de la democracia burguesa rusa, es la primera laguna en el análisis de *Iskra*. La segunda consiste en olvidar que la intelectualidad democrática rusa se divide por su posición política, de manera necesaria y no casual, en tres corrientes: la de *Osvobozhdenie*, la socialista-revolucionaria y la socialdemócrata. Todas estas tendencias tienen una larga historia, y cada una de ellas expresa (con la precisión posible en un Estado autocrático) el punto de vista de los ideólogos moderados o revolucionarios de la democracia burguesa y el punto de vista del proletariado. Nada más curioso que el ingenuo deseo de la nueva *Iskra*: "la democracia debe actuar como una fuerza independiente", ¡y a renglón seguido identificar la democracia con la intelectualidad radical! La nueva *Iskra* ha olvidado que la intelectualidad radical o la democracia intelectual convertida en "una fuerza independiente" ¡*es precisamente nuestro "partido de los socialistas-revolucionarios*"! En nuestra intelectualidad democrática no podía haber otra "extrema izquierda". Pero se comprende de por sí que sólo con ironía, o refiriéndose a las bombas, se puede hablar de esa intelectualidad como de una fuerza independiente. Sustentar las posiciones de la democracia burguesa y marchar a la izquierda de *Osvobozhdenie* significa marchar hacia los socialistas-revolucionarios y sólo hacia ellos.

Finalmente, aún resiste menos la crítica el último y novísimo descubrimiento de la nueva *Iskra*: que "el liberalismo sin su mitad democrática burguesa" sólo sirve para ser flagelado con escorpiones y que "es más sensato arrojar por la borda la idea de la hegemonía" si no haya quién dirigirse, excepto a la gente de los zemstvos. Todo liberalismo sirve para que la socialdemocracia lo apoye en la misma medida en que combate de veras a la autocracia. La idea de la hegemonía se plasma precisamente en este apoyo del único demócrata consecuente hasta el fin, es decir, del proletariado, a todos los demócratas inconsecuentes (o sea, burgueses). Sólo la concepción pequeñoburguesa, mercantilista, de la hegemonía ve su esencia en el compromiso, en el reconocimiento mutuo y en las condiciones verbales. Desde el punto de vista proletario, la hegemonía pertenece en la guerra a quien lucha con mayor energía que los demás, a quien aprovecha todas las ocasiones para asestar golpes al enemigo, a aquel cuyas palabras no difieren de los hechos y es, por ello, el guía ideológico de la democracia y critica toda ambigüedad*. La nueva *Iskra* se equivoca de medio a medio si cree que la ambigüedad es una cualidad moral, y no económico-política, de la burguesía; si cree que se puede y debe encontrar una medida de la ambigüedad *hasta* la cual el liberalismo sólo merece escorpiones y *después* de la cual merece acuerdos. Esto significa precisamente "determinar de antemano la medida de la ruindad admisible". En efecto, reflexionen sobre las siguientes palabras: poner como condición de un acuerdo con los grupos oposicionistas el que éstos reconozcan el sufragio

* Una observación destinada al neoiskrista perspicaz. Se nos dirá, probablemente, que la enérgica lucha del proletariado *sin ninguna clase de condiciones* conducirá a que la burguesía utilice los frutos de la victoria. Respondemos con una pregunta: ¿qué garantía puede haber, excepto la fuerza independiente del proletariado, de que se cumplan sus propias condiciones?

universal, igual, directo y secreto significa "presentarles el reactivo irrefragable de nuestra reivindicación, el papel de tornasol de la democracia, y volcar en la balanza de sus cálculos políticos todo el valor de la ayuda proletaria" (núm. 78). ¡Con qué belleza está escrito! ¡Y qué ganas dan de decir a Starovier, autor de estas hermosas palabras: Arkadi Nikoláievich, amigo mío, déjate de florilegios! El señor Struve ha rechazado de un plumazo el irrefragable reactivo de Starovier, al incluir el sufragio universal en el programa de la Unión de la Liberación. Y el mismo Struve nos ha demostrado con hechos más de una vez que todos esos programas son para los liberales un trozo de papel, y no de tornasol, sino de un papel corriente, pues al demócrata burgués no le cuesta nada escribir hoy una cosa y mañana otra. Es la misma cualidad que distingue incluso a muchos intelectuales burgueses que se suman a la socialdemocracia. Toda la historia del liberalismo europeo y ruso ofrece centenares de ejemplos de que sus palabras difieren de sus hechos, y precisamente por eso es ingenuo el afán de Starovier de inventar irrefragables reactivos de papel.

Este ingenuo afán le lleva a la gran idea de que apoyar en su lucha contra el zarismo a los burgueses que no están de acuerdo con el sufragio universal significa ¡"reducir a la nada la idea del sufragio universal"! ¿Quizá Starovier se decida a escribirnos otro bello[*] artículo para demostrar que, al apoyar a los monárquicos en su lucha contra la autocracia, reducimos a la nada la "idea" de la república? La desgracia está precisamente en que el pensamiento de Starovier gira impotente en el marco de las condiciones, consignas, reivindicaciones y declaraciones y pierde de vista el único criterio real: el grado de participación efectiva en la lucha. De ello resulta inevitablemente, en la práctica, el acicalamiento de la intelectualidad radical y la declaración de que es posible el "acuerdo" con ella. La intelectualidad es proclamada, para mofa del marxismo, el "nervio motor" (¿y no el servidor vanílocuo?) del liberalismo. Los radicales franceses e italianos son galardonados con el título de hombres que nada tienen que ver con las reivindicaciones antidemocráticas o antiproletarias, aunque todo el mundo sabe que estos radicales han traicionado sus propios programas y ofuscado la conciencia del proletariado infinidad de veces y aunque en el mismo número (78) de *Iskra* puede leerse en la página siguiente (7) que los monárquicos y los republicanos de Italia "han hecho causa común en la lucha contra el socialismo". La resolución de los intelectuales de Sarátov (de la Sociedad de Sanidad), que señala la necesidad de que participen en la labor legislativa representantes de todo el pueblo, es declarada "voz auténtica (!!) de la democracia" (núm. 77). El plan práctico de participación de los proletarios en la campaña de los zemstvos[169] va acompañado de un consejo: "concertar cierto acuerdo con los representantes del ala izquierda de la burguesía oposicionista" (el famoso acuerdo de no sembrar el pánico). Y a la pregunta de Lenin de adónde han ido a parar las famosas condiciones de Starovier para la firma de acuerdos, la nueva redacción de *Iskra* responde:

> "Los miembros del partido deben guardar siempre en la memoria estas condiciones y, sabiendo cuáles son las únicas en que el partido está dispuesto a concertar acuerdos políticos formales con el partido democrático, tendrán el deber moral, incluso en los acuerdos parciales de que se habla en la carta, de establecer una diferencia rigurosa entre los representantes seguros de la oposición burguesa, los demócratas auténticos, y los liberales aprovechados"[**].

De escalón en escalón. Junto al acuerdo del partido (único admisible, según la resolución de Starovier) han aparecido acuerdos parciales en algunas ciudades, y, junto a los acuerdos formales, acuerdos morales. Ha resultado que la aceptación verbal de las "condiciones" y su obligatoriedad "moral" conceden el título de "demócrata auténtico" y "seguro", aunque hasta los niños saben que decenas y centenas de charlatanes de los zemstvos están dispuestos a hacer cualquier declaración verbal, incluso a asegurar, bajo palabra de honor de radical,

[*] Vean otra pequeña muestra de la prosa de nuestro Arkadi Nikoláievich: "Cuantos hayan tenido ocasión de observar la vida social de Rusia durante los últimos años habrán advertido, sin duda, la acentuada inclinación democrática hacia la idea de la libertad constitucional, sin afeites, desnuda de todos los sedimentos ideológicos y de todas las supervivencias del pasado histórico. Esta inclinación ha sido algo así como la realización de un largo proceso de cambios moleculares en los medios de la democracia, de metamorfosis ovidianas, que con su caleidoscópico abigarramiento colmaron la atención y el interés de varias generaciones consecutivas a lo largo de dos decenios". ¡Lástima que eso no sea cierto, pues la idea de la libertad, lejos de ser puesta al desnudo, se tiñe precisamente de idealismo en los novísimos filósofos de la democracia burguesa (Bulgákov, Berdiáiev, Novgoródtsev y otros. Véase *Problemas del idealismo y Novi Puf*)[168]. ¡Lástima también que en todas esas metamorfosis ovidianas de abigarramiento caleidoscópico de Starovier, Trotski y Mártov se manifieste sin afeites la inclinación a la fraseología huera!

[**] Véase el segundo editorial, *Carta a las organizaciones del partido*, publicada también con carácter confidencial ("sólo para los miembros del partido"), aunque no contiene nada de confidencial. Es instructivo en grado sumo comparar esta respuesta de toda la redacción con el folleto "confidencial" de Plejánov titulado *Acerca de nuestra táctica respecto a la lucha de la burguesía liberal contra el zarismo* (Ginebra. 1905. Carta al Comité Central. Sólo para los miembros del partido). Esperamos volver a tratar de estos dos escritos.

que son socialistas: todo con tal de tranquilizar a los socialdemócratas.

No, el proletariado no aceptará este juego de las consignas, las declaraciones y los acuerdos. El proletariado jamás olvidará que los demócratas burgueses no pueden ser demócratas seguros. El proletariado apoyará a la democracia burguesa, pero no comprometiéndose con ella a no sembrar el pánico ni abrigando fe en su seguridad; la apoyará cuando luche de verdad, y en la medida en que luche, contra la autocracia. Este apoyo es necesario para lograr los objetivos independientes, sociales y revolucionarios, del proletariado.

Publicado el 24 (11) de enero de 1905 en el núm. 3 de "Vperiod".

T. 9, págs. 179-189.

EL COMIENZO DE LA REVOLUCIÓN EN RUSIA.

Ginebra, miércoles, 25 (12) de enero

En Rusia están ocurriendo sucesos históricos de la mayor magnitud. El proletariado se ha sublevado contra el zarismo. A la insurrección lo ha empujado el gobierno. No es probable que ahora quede la menor duda de que el gobierno dejaba adrede que se desarrollara relativamente sin obstáculos el movimiento huelguístico y comenzase una nutrida manifestación con el deseo de llevar las cosas hasta el empleo de la fuerza armada. ¡Y las ha llevado! Miles de muertos y heridos: tal es el balance del domingo sangriento del 9 de enero[170] en San Petersburgo. Las tropas han vencido a los obreros, a las mujeres y a los niños inermes. La tropa ha arrollado al adversario, ametrallando a los obreros que yacían en el suelo. "¡Buena lección les hemos dado!", dicen ahora con cinismo indescriptible los sicarios del zar y sus lacayos europeos de la burguesía conservadora.

¡Sí, la lección ha sido grande! El proletariado ruso no la olvidará. Los sectores menos preparados y más atrasados de la clase obrera que tenían una fe candorosa en el zar y deseaban de todo corazón entregar pacíficamente "al zar en persona" la petición del atormentado pueblo han recibido, todos, una lección de la fuerza armada dirigida por el zar o el gran príncipe Vladímir, tío del zar.

La clase obrera ha recibido una gran lección de guerra civil; la educación revolucionaria del proletariado ha avanzado en un día como no hubiera podido hacerlo en meses y años de vida monótona, cotidiana, de opresión. El lema de "¡libertad o muerte!" del heroico proletariado petersburgués repercute ahora en toda Rusia. Los acontecimientos sobrevienen con asombrosa rapidez. En San Petersburgo se extiende la huelga general. Ha quedado paralizada toda la vida industrial, social y política. El lunes, 10 de enero, los choques entre los obreros y las tropas son más encarnizados. A despecho de los falsos comunicados gubernamentales, se derrama sangre en muchísimos barrios de la capital. Se alzan los obreros de Kólpino. El proletariado se arma y arma al pueblo. Se dice que los obreros se han apoderado del arsenal de Sestroretsk. Se pertrechan con revólveres, forjan armas de sus herramientas y consiguen bombas para luchar a la desesperada por la libertad. La huelga general se propaga a las provincias. En Moscú han abandonado ya el trabajo diez mil personas y se anuncia para mañana (jueves, 13 de enero) la huelga general. Ha estallado la rebelión en Riga. Salen en manifestación los obreros de Lodz. Se está preparando la insurrección en Varsovia. Hay manifestaciones del proletariado en Helsingfors. Aumenta la efervescencia entre los obreros y se expande la huelga en Bakú, Odesa, Kíev, Járkov, Kovno y Vilna. Arden los almacenes y el arsenal de la Marina en Sebastopol, y las tropas se niegan a disparar contra los marinos insurrectos. Hay huelga en Revel y Sarátov. En Radom ha habido un choque armado de obreros y reservistas con las tropas.

La revolución va en aumento. El gobierno empieza ya a lanzarse de un lado a otro. Procura pasar de la política de represión sangrienta a la de concesiones económicas y salir del paso con la dádiva o la promesa de implantar la jornada laboral de nueve horas. Pero la lección de la jornada sangrienta no puede caer en saco roto. La reivindicación de los obreros petersburgueses sublevados convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal directo, igual y secreto debe ser la reivindicación de todos los obreros en huelga. Derrocamiento inmediato del gobierno: ésta es la consigna que, como respuesta a la matanza del 9 de enero, han lanzado hasta los obreros de San Petersburgo, que creían en el zar, por boca de su líder, el sacerdote Gueorgui Gapón, quien ha dicho después de este día sangriento: "Ya no tenemos zar. Lo separa del pueblo un río de sangre. ¡Viva la lucha por la libertad!"

Nosotros decimos: ¡Viva el proletariado revolucionario! La huelga general pone en pie y moviliza a masas cada día más nutridas de la clase obrera y de los pobres de la ciudad. El armamento del pueblo pasa a ser una de las tareas inmediatas del momento revolucionario.

Sólo el pueblo armado puede ser un verdadero baluarte de su libertad. Y cuanto antes logre armarse el proletariado, cuanto más tiempo se mantenga en su posición aguerrida de huelguista revolucionario, tanto antes vacilarán las tropas, tanto mayor será el número de soldados que comprendan al fin lo que hacen y que se pongan al lado del pueblo contra los monstruos, contra el tirano, contra los asesinos de obreros inermes, de sus mujeres y de sus hijos. Cualquiera que sea el desenlace de la actual insurrección en el propio San Petersburgo, será en todo caso inevitable e inexorablemente el primer peldaño hacia una insurrección más amplia, más consciente y mejor preparada. Es posible que el gobierno logre aplazar la hora del ajuste de cuentas, pero eso puede sólo hacer más grandioso el siguiente paso del empuje revolucionario. El aplazamiento lo aprovechará únicamente la socialdemocracia para

cohesionar las filas de los combatientes organizados y difundir las noticias de la acción comenzada por los obreros de San Petersburgo. El proletariado se sumará a la lucha, dejando las fábricas y preparando su armamento. Entre los pobres de la ciudad y entre los millones de campesinos circularán más cada vez las consignas de la lucha por la libertad. Se formarán comités revolucionarios en cada fábrica, en cada barriada urbana y en cada aldea importante. El pueblo sublevado derrocará todas las instituciones gubernamentales de la autocracia zarista y proclamará la convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente.

El armamento inmediato de los obreros y de todos los ciudadanos en general, la preparación y la organización de las fuerzas revolucionarias para acabar con las autoridades y las instituciones del gobierno constituyen la base práctica que permite y debe agrupar a todos los revolucionarios sin distinción para asestar el golpe de mancomún. El proletariado debe seguir siempre su camino independiente sin debilitar sus vínculos con el Partido Socialdemócrata, ni olvidar nunca sus magnos objetivos finales de emancipar a la humanidad entera de toda explotación. Pero esta independencia del Partido Socialdemócrata proletario jamás nos hará olvidar cuán importante es el empuje revolucionario común a la hora de la presente revolución. Los socialdemócratas podemos y debemos caminar aparte de los revolucionarios de la democracia burguesa, guardando la independencia de clase del proletariado, pero debemos marchar unidos con ellos durante la insurrección, al asestar golpes directos al zarismo, al hacer frente a las tropas y al asaltar las Bastillas del maldito enemigo de todo el pueblo ruso.

El proletariado del mundo entero tiene ahora los ojos puestos con febril impaciencia en el proletariado de toda Rusia. El derrocamiento del zarismo ruso, heroicamente comenzado por nuestra clase obrera, será un punto crucial en la historia de todos los países y facilitará la obra de todos los obreros de todas las naciones, de todos los Estados y en todos los confines del globo terráqueo. ¡Que ningún socialdemócrata, que ningún obrero consciente olvide las magnas tareas de lucha de todo el pueblo que recaen sobre sus espaldas! ¡Que no olvide que representa las demandas y los intereses de todos los campesinos, de toda la masa de los trabajadores y explotados, de todo el pueblo contra el enemigo común! Hoy está a la vista de todos el ejemplo de los heroicos proletarios de San Petersburgo.

¡Viva la Revolución!

¡Viva el proletariado en armas!

Publicado el 31 (18) de enero de 1905 en el núm. 4 de "Vperiod".

T. 9, págs. 201-204

NUESTRAS TAREAS Y NUEVAS FUERZAS.

El desarrollo del movimiento obrero de masas en Rusia, ligado con el de la socialdemocracia, se caracteriza por tres notables transiciones. La primera va de los estrechos círculos propagandísticos a la amplia agitación económica entre las masas; la segunda, a la agitación política a gran escala y a las manifestaciones públicas en las calles; la tercera, a una verdadera guerra civil, a la lucha revolucionaria directa, a la insurrección armada del pueblo. Cada una de estas transiciones estuvo preparada, de un lado, por el esfuerzo del pensamiento socialista en una dirección primordial y, de otro, por los profundos cambios operados en las condiciones de vida y en toda la psicología de la clase obrera, por el despertar de nuevos y nuevos sectores de la misma a una lucha más consciente y activa. Estos cambios se producían a veces sin ruido; el proletariado" reunía fuerzas entre bastidores, de modo imperceptible, decepcionando a menudo a los intelectuales de la solidez y vitalidad del movimiento de las masas. Luego se llegaba a un punto crucial, y todo el movimiento revolucionario parecía elevarse de golpe a una fase nueva, superior. Al proletariado y su destacamento de vanguardia, la socialdemocracia, se les planteaban tareas *prácticamente* nuevas; para cumplirlas brotaban como por ensalmo las nuevas fuerzas que, la víspera de llegar al punto crucial, nadie sospechaba que existieran. Pero eso no ocurría de pronto, ni sin vacilaciones, ni sin lucha de tendencias en el seno de la socialdemocracia, ni sin retornar más de una vez a las viejas concepciones, que se creían caducas y sepultas hacía tiempo.

Uno de esos períodos de vacilaciones es el que está cruzando hoy día la socialdemocracia en Rusia. Hubo un tiempo en que el tránsito a la agitación política se abría paso a través de teorías oportunistas, en que se temía que no hubiese fuerzas suficientes para cumplir las nuevas tareas y se justificaba el rezago que llevaba la socialdemocracia de las demandas del proletariado, repitiendo con desmedida frecuencia la palabra "clasista" o interpretando de manera seguidista la actitud del partido ante la clase. La marcha del movimiento barrió todos esos temores debidos a la miopía y todas esas concepciones atrasadas. Actualmente, su acrecido empuje va acompañado otra vez, aunque en una forma algo distinta, de la lucha contra los círculos y las corrientes caducos. Los de *Rabócheie Dielo* han reencarnado en los de la nueva *Iskra*. Para adaptar nuestra táctica y nuestra organización a las nuevas tareas es preciso vencer la resistencia de las teorías oportunistas del "tipo superior de manifestaciones" (plan de la campaña de los zemstvos) o de la "organización-proceso", es preciso luchar contra el temor reaccionario a "señalar fecha" para la insurrección o a la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. El atraso que la socialdemocracia lleva de las demandas imperiosas del proletariado vuelve a justificarse, repitiendo con inmoderada frecuencia (y poco seso muy a menudo) la palabra "clasista" y quitando importancia a las tareas del partido con relación a la clase. De nuevo se abusa de la consigna de "iniciativa obrera", dando preferencia a las formas inferiores de actividad y haciendo caso omiso de las formas superiores de la verdadera acción socialdemócrata y de la auténtica iniciativa revolucionaria del proletariado mismo.

Es indudable que la marcha del movimiento barrerá también esta vez todos esos vestigios de concepciones anticuadas y sin vida. Pero eso no ocurrirá, ni mucho menos, por la simple refutación de los viejos errores, sino, sobre todo, por la labor revolucionaria positiva para cumplir las nuevas tareas, ganar para nuestro partido las nuevas fuerzas que salen hoy en cantidad tan gigantesca en el campo revolucionario y ponerlas en juego. Estas son las precisas cuestiones de la actividad revolucionaria positiva que deben constituir el objeto principal de las labores del III Congreso, próximo a celebrarse; en ellas justamente deben centrar ahora sus pensamientos tanto en el plano local como general de trabajo todos los miembros de nuestro partido. Hemos dicho ya muchas veces a grandes rasgos cuáles son las nuevas tareas que nos esperan: ampliar la agitación para que llegue a nuevos sectores pobres de la ciudad y del campo; crear una organización más vasta, dinámica y fuerte; preparar la insurrección y armar al pueblo, concertando para ello un acuerdo con la democracia revolucionaria. Las noticias sobre las huelgas generales en toda Rusia, así como sobre las huelgas y el espíritu revolucionario de la juventud, de los intelectuales democráticos en general y hasta de numerosos sectores de la burguesía evidencian de manera elocuente cuáles son las nuevas fuerzas que pueden cumplir estas tareas. La existencia de fuerzas frescas tan inmensas y la plena seguridad en que incluso la actual efervescencia revolucionaria, nunca vista en Rusia, abarca todavía sólo a una pequeña parte de la gigantesca reserva del material inflamable implícito en la clase obrera y en el campesinado constituyen la completa y absoluta garantía de que las nuevas tareas pueden ser y serán cumplidas sin falta. El problema

práctico que tenemos planteado consiste, ante todo, en *cómo* utilizar, orientar, agrupar y organizar *precisamente* estas nuevas fuerzas, en *cómo* concentrar *precisamente* la labor socialdemócrata, sobre todo, en las nuevas tareas supremas que plantea el momento, sin olvidar en modo alguno las viejas y habituales tareas que se nos plantean y plantearán mientras subsista el mundo de la explotación capitalista.

Para esbozar algunos modos de resolver este problema práctico, empecemos por un ejemplo parcial, pero muy típico, a juicio nuestro. No hace mucho, en vísperas del comienzo de la revolución, la revista liberal burguesa *Osvobozhdenie* (núm. 63) trató el problema del trabajo de organización de la socialdemocracia. Examinando atentamente la lucha de las dos tendencias de la socialdemocracia, *Osvobozhdenie* no perdió la ocasión de aprovecharse una vez más del viraje de la nueva *Iskra* hacia el "economismo" y de subrayar (con motivo del folleto demagógico de *Rabochi*) su simpatía de hondo arraigo en los principios por el "economismo." El órgano liberal observó con tino que de este folleto (véase lo que se dice de él en el núm. 2 de *Vperiod*[171]) se desprende la negación o el empequeñecimiento ineludibles del papel de la socialdemocracia revolucionaria. Y a propósito de las afirmaciones erróneas por completo de *Rabochi* sobre la supuesta preterición de la lucha económica después de la victoria de los marxistas ortodoxos, *Osvobozhdenie* dice:

"La ilusión de la socialdemocracia rusa contemporánea estriba en que teme el trabajo cultural, las vías legales, el "economismo" y las llamadas formas no políticas del movimiento obrero, sin comprender que sólo el trabajo cultural y las formas legales no políticas pueden crear una base lo suficiente sólida y amplia para un movimiento de la clase obrera que merezca llamarse revolucionario". Y *Osvobozhdenie* aconseja a sus adeptos "tomar la iniciativa para crear un movimiento obrero sindical", no contra la socialdemocracia, sino con ella, tendiendo al paso un paralelo a las condiciones del movimiento obrero alemán en la época de la Ley de excepción contra los socialistas[172].

Este no es el sitio apropiado para hablar de ese paralelo, profundamente erróneo. Es necesario, ante todo, restablecer la verdad sobre la actitud de la socialdemocracia ante las formas legales del movimiento obrero. "La legalización de asociaciones obreras no socialistas y no políticas ha comenzado ya en Rusia", se decía el año 1902 en *¿Qué hacer?*[*]. "Y nosotros no podemos dejar ya de tener en cuenta esta corriente". Allí se pregunta cómo tenerla en cuenta y se responde indicando la necesidad de desenmascarar no sólo las doctrinas zubatovianas[173], sino todas las prédicas liberales de la armonía a propósito de la "colaboración de clases" (*Osvobozhdenie*, al invitar a los socialdemócratas a la colaboración, reconoce plenamente la primera tarea y silencia la segunda). "Pero hacer todo esto -se dice más adelante- no significa en absoluto olvidar que, en fin de cuentas, la legalización del movimiento obrero nos beneficiará a nosotros, y no, en modo alguno, a los Zubátov". Separamos la cizaña del trigo, desenmascarando a los Zubátov y al liberalismo en las reuniones legales. "El trigo está en interesar en los problemas sociales y políticos a sectores obreros aún más amplios, a los sectores más atrasados; en liberarnos nosotros, los revolucionarios, de funciones que son, en el fondo, legales (difusión de libros legales, socorros mutuos, etc.) y cuyo desarrollo nos proporcionará, de manera ineluctable y en cantidad creciente, hechos y datos para la agitación".

De aquí se desprende con claridad que, en cuanto al "*temor*" a las formas legales del movimiento, es *Osvobozhdenie* la que ha sido víctima de una "*ilusión*", y nadie más. Los socialdemócratas revolucionarios no sólo no temen estas formas, sino que señalan abiertamente la existencia de *cizaña* y *trigo* en ellas. Con 'sus razonamientos, *Osvobozhdenie* no hace, por consiguiente, más que encubrir el *temor* real (y fundado) de los liberales a que la socialdemocracia revolucionaria desenmascare *la naturaleza de clase del liberalismo*.

Pero lo que nos interesa, sobre todo desde el punto de vista de las tareas actuales, es cómo descargar a los revolucionarios de una parte de sus funciones. Precisamente el momento que estamos atravesando de comienzo de la revolución imprime a este problema una actualidad y una amplitud singulares. "Cuanto más energía pongamos en la lucha revolucionaria tanto más obligado se verá el gobierno a legalizar una parte de la labor "sindical", desembarazándonos así de parte de la carga que pesa sobre nosotros", se decía en *¿Qué hacer?*". Pero una enérgica lucha revolucionaria nos desembaraza de "parte de la carga que pesa sobre nosotros", no sólo siguiendo este camino, sino otros muchos. El momento que estamos atravesando no sólo ha "legalizado" mucho de lo que antes estaba prohibido. Ha ampliado tanto el movimiento que hoy es corriente, habitual y accesible para las masas, incluso al margen de la legalización oficial, mucho de lo que antes se consideraba, y así lo era, al alcance sólo de un revolucionario. Toda la marcha histórica del desarrollo del movimiento socialdemócrata se caracteriza por conquistar contra viento y marea una libertad de acción cada vez más amplia, pese a las leyes del zarismo y a las medidas de la policía. El proletariado revolucionario parece rodearse de cierta atmósfera, inasequible para el gobierno, de simpatía y apoyo tanto entre la clase obrera como entre las demás clases (que, claro está, sólo hacen suya una pequeña parte de las reivindicaciones de la democracia obrera). En los comienzos del

[*] Véase la presente edición. (*N. de la Edit.*)

movimiento, los socialdemócratas tenían que cumplir múltiples tareas de puro carácter cultural y aplicar sus energías casi exclusivamente a la agitación económica. Pero en la actualidad va pasando cada día más una función tras otra a manos de las nuevas fuerzas y de sectores más amplios, que van siendo incorporados al movimiento. Las organizaciones revolucionarias venían concentrando en sus manos cada día más la función de la verdadera dirección *política*, la función de señalar las deducciones *socialdemócratas* dimanantes de las manifestaciones de protesta obrera y descontento popular. Al principio teníamos que enseñar a los obreros el abecé en el sentido directo y figurado de la palabra. Ahora, el nivel de instrucción política se ha elevado en proporción tan gigantesca que podemos y debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en los fines socialdemócratas más inmediatos de la dirección organizada del torrente revolucionario. Ahora, los liberales y la prensa legal ejecutan una inmensidad de la labor "preparatoria" que venía ocupando hasta la fecha demasiado nuestras fuerzas. Ahora se ha extendido tanto la propaganda pública, no perseguida por el debilitado gobierno, de las ideas y reivindicaciones democráticas que hemos de amoldarnos a la envergadura completamente nueva del movimiento. Es natural que en esta labor preparatoria haya cizaña y trigo; es natural que los socialdemócratas tengan que prestar ahora cada vez más atención a la lucha contra la influencia de la democracia burguesa en los obreros. Pero una labor así entrañará mucho más contenido verdaderamente socialdemócrata que nuestra anterior actividad, orientada sobre todo a despertar a las masas inconscientes en el aspecto político.

Cuanto más se amplía el movimiento popular, tanto más se descubre la verdadera naturaleza de las diferentes clases, tanto más urgente es la tarea del *partido* de dirigir a la clase, de ser su organizador, y no marchar a la zaga de los acontecimientos. Cuanto más se desarrolla por doquier la iniciativa revolucionaria de toda índole tanto más evidentes son la vacuidad y la carencia de sentido de las palabrejas a lo *Rabócheie Dielo* sobre la iniciativa en general, repetidas de tan buen grado por cualquier vocinglero*, tanto más resalta la importancia de la actividad *socialdemócrata* independiente y tanta más *iniciativa revolucionaria* exigen de nosotros los acontecimientos. Cuanto más amplios son los nuevos torrentes del movimiento social que van brotando, tanto mayor importancia adquiere una fuerte organización socialdemócrata que sepa abrirles nuevos cauces. Cuanto más obran a nuestro favor la propaganda y la agitación democrática que hacen otros, tanto mayor importancia tiene la dirección organizada de la socialdemocracia para proteger de la democracia burguesa la independencia de la clase obrera.

Una época revolucionaria es para la socialdemocracia lo que los tiempos de guerra para un ejército. Hay que ensanchar los cuadros de nuestro ejército y pasar a éste de los contingentes de paz a los de guerra, movilizar a los reservistas, llamar a los que están de permiso para que se reintegren a sus banderas, y organizar nuevos cuerpos de ejército, destacamentos y servicios auxiliares. No se debe olvidar que en la guerra es inevitable e imprescindible reponer las bajas con reclutas menos preparados, remplazar a cada paso a oficiales por soldados, acelerar y simplificar el ascenso de soldados a oficiales.

Hablando sin metáforas, es preciso ampliar en gran medida las organizaciones de toda índole que integran el partido o están adheridas a él para avanzar, aunque sólo sea en cierto grado, al paso del torrente centuplicado de la energía revolucionaria del pueblo. Esto no significa, por supuesto, que se deba relegar la preparación sólida y la enseñanza sistemática de los preceptos del marxismo; pero hay que tener presente que hoy revisten mucha más importancia para la preparación y adiestramiento las propias acciones de guerra, que *instruyen* a los bisoños justa y exclusivamente *en nuestra* orientación. Hay que tener presente que nuestra fidelidad "doctrinaria" al marxismo se ve afianzada hoy *con las lecciones concretas* que el curso de los acontecimientos revolucionarios da en todas partes *a las masas*, y todas estas lecciones corroboran precisamente nuestro dogma. Por lo tanto, no hablamos de renunciar al dogma, ni de atenuar nuestros recelos y nuestra desconfianza de los intelectuales sin definir y de los zascandiles revolucionarios, sino todo lo contrario. Hablamos de los nuevos métodos de enseñar el dogma, métodos que un socialdemócrata no puede permitirse olvidar. Hablamos de cuán importante es ahora aprovechar las lecciones concretas de los grandes acontecimientos revolucionarios para enseñar, no ya a los círculos, sino a las masas, nuestras viejas lecciones "dogmáticas" sobre la necesidad, por ejemplo, de unir en la práctica el terrorismo con la insurrección de las masas y de que tras el liberalismo de la sociedad instruida rusa es preciso saber distinguir los intereses de clase de nuestra burguesía (véase la polémica sobre esta cuestión con los socialistas-revolucionarios en el número 3 de *Vperiod*).

O sea, que no se trata de debilitar nuestras exigencias socialdemócratas ni nuestra intolerancia ortodoxa, sino de reforzar lo uno y lo otro por *nuevos* derroteros, con nuevos métodos de instrucción. En tiempos de guerra es preciso instruir directamente a los reclutas en las acciones militares. ¡Asimilad, pues, con más ánimo los nuevos métodos de

* En el periódico *Vperiod*, en vez de las palabras "por cualquier vocinglero", se dice: "por los adeptos de la nueva *Iskra*". (*N. de la Edit.*)

instrucción, camaradas! ¡Formad con más audacia nuevas y nuevas huestes, enviadlas al combate, reclutad a más jóvenes obreros, ensanchad el marco habitual de todas las organizaciones del partido, comenzando por los comités y terminando por los grupos de fábrica, los sindicatos de taller y los círculos estudiantiles! No olvidéis que toda tardanza nuestra en esta obra redundará en beneficio de los enemigos de la socialdemocracia, pues las nuevas corrientes buscan salida en el acto, y si no encuentran el cauce socialdemócrata, fluirán hacia otros. Tened presente que cada paso práctico del movimiento revolucionario enseñará sin falta, de manera inexorable, a los jóvenes reclutas, precisamente la ciencia socialdemócrata, puesto que esta ciencia se basa en la apreciación objetiva y fidedigna de las fuerzas y tendencias de las diferentes clases, y la revolución no es otra cosa que la destrucción de las viejas superestructuras y la acción independiente de las diferentes clases, que tienden a crear a su manera otra superestructura. Mas no reduzcáis nuestra ciencia revolucionaria a dogma libresco, no la envilezcáis con frases despreciables sobre la táctica-proceso y la organización-proceso, con frases justificativas de la dispersión, de la falta de firmeza e iniciativa. Dejad vasto campo a las empresas más diversas de los grupos y círculos más distintos, sin olvidar que su acierto en la elección de camino está asegurado no sólo y no tanto por nuestros consejos como por los dictados inexorables de la propia marcha de los acontecimientos revolucionarios. Se dijo hace ya mucho que en política hay que aprender a menudo del enemigo. Y en los momentos revolucionarios, el enemigo nos impone siempre deducciones atinadas con singulares ejemplaridad y rapidez.

Resumiendo, es preciso tener en cuenta que el movimiento se ha centuplicado, el trabajo lleva un nuevo ritmo, el ambiente está más despejado y el campo de actividad se ha ensanchado. Hay que dar a todo el trabajo una amplitud completamente distinta. Es menester desplazar el centro de gravedad de los métodos de enseñanza basados en la explicación de las lecciones de los tiempos de paz a los de aprendizaje en las hostilidades. Es preciso reclutar con más audacia, amplitud y rapidez a jóvenes luchadores para las filas de *todas* nuestras organizaciones. Para eso es necesario crear, sin perder un instante, *centenares* de nuevas organizaciones. Sí, centenares, esto no es una hipérbole, y no me objetéis diciendo que ahora ya es "tarde" para dedicarse a una labor tan amplia de organización. No, nunca es tarde para organizarse. La libertad que estamos obteniendo en el terreno legal y la que estamos conquistando a despecho de la ley debemos utilizarla para multiplicar y fortalecer todas las organizaciones del partido. Cualesquiera que sean el curso y el desenlace de la revolución, por pronto que la detengan unas u otras circunstancias, todas sus conquistas reales serán sólidas y seguras únicamente en la medida en que el proletariado esté organizado.

La consigna de "¡Organizaos!" que los partidarios de la mayoría quisieron presentar en forma acabada al II Congreso del partido debe ser puesta en práctica ahora sin tardanza. Si no sabemos crear con audacia e iniciativa nuevas organizaciones, tendremos que renunciar a la vana pretensión de desempeñar el papel de vanguardia. Si nos detenemos sin aliento en los límites, formas y marcos ya logrados de los comités, grupos, reuniones y círculos, demostraremos nuestra ineptitud. Ahora surgen por doquier al margen de nosotros, millares de círculos sin programa ni objetivos concretos, por el simple efecto de los acontecimientos. Es preciso que los socialdemócratas se planteen la misión de entablar relaciones directas con el mayor número posible de esos círculos y reforzarlas, que les presten ayuda, que los aleccionen con sus conocimientos y su experiencia y les den vida con su iniciativa revolucionaria. Que todos esos círculos, exceptuados los que no quieren ser socialdemócratas, se incorporen directamente al partido o se *adhieran a él*. En este último caso no se debe exigir ni que acepten nuestro programa ni que entablen sin falta relaciones orgánicas con nosotros: basta el mero sentimiento de protesta, la sola simpatía por la causa de la socialdemocracia revolucionaria internacional para que esos círculos *adheridos al partido* se transformen, en virtud de la enérgica labor de los socialdemócratas y de la influencia de los acontecimientos, primero en auxiliares democráticos del Partido Obrero Socialdemócrata y luego en militantes suyos persuadidos.

Gente hay muchísima y nos falta gente: en esta fórmula contradictoria se manifiestan desde hace mucho las contradicciones de la vida orgánica y de las exigencias orgánicas de la socialdemocracia. Esta contradicción resalta con singular fuerza en estos momentos: con igual frecuencia se oyen desde todas partes apasionantes llamamientos a las nuevas fuerzas, quejas por la falta de gente en las organizaciones y, a la vez, se registra por doquier una gigantesca oferta de servicios y el crecimiento de fuerzas lozanas, sobre todo entre la clase obrera. Un organizador práctico que en estas condiciones se queje de la falta de hombres incurre en la misma ilusión óptica en que incurriera en el momento culminante del desarrollo de la gran Revolución Francesa madame Roland, quien escribió en 1793: "En Francia no hay hombres, no hay más que pigmeos". A quien tal diga, los árboles le impiden ver el bosque; quien hable así confiesa que los acontecimientos lo han deslumbrado, que no es él, como revolucionario, quien los maneja en su conciencia y en su actividad, sino que son los acontecimientos los que lo manejan y lo abruman a él. A tal organizador *le traerá más cuenta retirarse* y ceder el puesto a las fuerzas lozanas cuya energía

compensará con creces la vieja y detestable rutina.

Gente hay, nunca ha habido tanta como ahora en la Rusia revolucionaria. Jamás se vio una clase revolucionaria ante condiciones tan propicias en verdad -en cuanto a los aliados temporales, los amigos conscientes y los auxiliares involuntarios- como las que el proletariado ruso tiene delante en nuestros días. Gente hay muchísima: lo único que se necesita es arrojar por la borda las ideas y sermones seguidistas, lo único que se necesita es dejar campo libre a la iniciativa y a la innovación, a los "planes" y a las "empresas". Entonces seremos dignos representantes de la gran clase revolucionaria, entonces el proletariado de Rusia llevará a cabo la gran revolución rusa con el mismo heroísmo con que la ha comenzado.

Publicado el 8 de marzo (23 de febrero) de 1905 en el núm. 9 de "Vperiod".

T. 9, págs. 294-306

EL PROLETARIADO Y EL CAMPESINADO.

Comienzan los levantamientos campesinos. De distintas provincias llegan noticias de asaltos a las fincas de los terratenientes y de confiscación de su grano y su ganado por los campesinos. Las tropas zaristas, arrolladas por los japoneses en Manchuria[174], se desquitan, ensañándose en el pueblo inerme y emprendiendo expediciones contra el enemigo interior: los pobres del campo. El movimiento obrero de las ciudades adquiere un nuevo aliado: el campesinado revolucionario. La actitud que la vanguardia consciente del proletariado, la socialdemocracia, debe adoptar ante el movimiento campesino cobra una importancia práctica directa y debe plantearse en el orden del día inmediato de todas las organizaciones de nuestro partido, en cada alocución de nuestros propagandistas y agitadores.

La socialdemocracia ha señalado ya varias veces que el movimiento campesino le plantea una doble tarea. Debemos apoyarlo e impulsarlo sin reservas porque es un movimiento democrático revolucionario. Debemos mantener a la vez con firmeza nuestro punto de vista proletario de clase, organizando al proletariado agrícola, a semejanza del proletariado urbano y junto con él, en un partido de clase independiente, explicándole la oposición hostil existente entre sus intereses y los del campesinado burgués, exhortándole a luchar por la revolución socialista, indicándole que para emanciparse de la opresión y de la miseria no vale transformar a varias capas del campesinado en pequeños burgueses: hay que sustituir todo el régimen burgués con el régimen socialista.

Esta doble tarea de la socialdemocracia se ha recalcado muchas veces en la vieja *Iskra* a partir del número 3, es decir, antes incluso del primer movimiento campesino de 1902; se expresó también en el programa de nuestro partido y se ha repetido asimismo en nuestro periódico (núm. 3). Ahora; cuando es de singular importancia explicar su planteamiento práctico, ofrecen interés las observaciones que Carlos Kautsky hace en su artículo *Los campesinos y la revolución en Rusia*, publicado en la revista socialdemócrata alemana *Die Neue Zeit*. Como socialdemócrata, Kautsky defiende con firmeza la verdad de que nuestra revolución no tiene planteada hoy la tarea de llevar a cabo la revolución socialista, sino de retirar los estorbos políticos que obstaculizan el desarrollo del modo de producción existente, es decir, del capitalista. Y Kautsky agrega: "El movimiento revolucionario de las ciudades debe mantenerse neutral en lo tocante a las relaciones entre el campesino y el terrateniente. Carece de todo fundamento para situarse entre los campesinos y el terrateniente, para defender al último contra los primeros; su simpatía está por entero con el campesinado. Mas la tarea del movimiento revolucionario de la ciudad tampoco es, en modo alguno, azuzar a los campesinos contra los terratenientes, que en la Rusia contemporánea no desempeñan, ni mucho menos, la función de la nobleza feudal francesa de los tiempos del "viejo régimen", por ejemplo. Dicho sea de paso, la influencia que podrían ejercer los revolucionarios de la ciudad sobre las relaciones entre los terratenientes y los campesinos, incluso si lo quisieran; sería escasísima. Estas relaciones las determinarán entre sí los propios terratenientes y campesinos". Para comprender de manera acertada estas observaciones de Kautsky, que si se arrancaran de su conexión podrían dar origen a no pocas incomprensiones, es preciso asimismo tener en cuenta sin falta la siguiente observación que hace al final del artículo. "La revolución victoriosa -nos dice- no encontraría seguramente grandes dificultades para aprovechar los extensos latifundios de los enemigos jurados de la revolución con el fin de mejorar las condiciones de existencia de los proletarios y de los campesinos".

Al lector que confronte con atención todos estos asertos de Kautsky no le será difícil ver en ellos el planteamiento socialdemócrata del problema que acabamos de esbozar. Algunas inexactitudes y vaguedades que hay en las expresiones de Kautsky pueden explicarse por lo somero de sus observaciones y por el insuficiente conocimiento que él tiene del programa agrario de la socialdemocracia rusa. El quid de la cuestión está en que la actitud del proletariado revolucionario ante el litigio entre los campesinos y los terratenientes no puede ser idéntica en todos los casos ni en todas las circunstancias en virtud de las diversas vicisitudes de la revolución rusa. En unas condiciones y determinadas coyunturas, esa actitud debe ser no sólo de simpatía, sino de apoyo directo, y no sólo de apoyo, sino de "azuzamiento". En otras condiciones, esa actitud puede y debe ser de neutralidad. A juzgar por las observaciones citadas, Kautsky, a diferencia de nuestros "socialistas-revolucionarios", hundidos por completo en las ilusiones vulgares de la democracia revolucionaria, y de numerosos socialdemócratas que, a semejanza de Riazánov o de Equis, buscaban una solución "sencilla", idéntica para todas las combinaciones, de nuestro problema, ha captado con tino su doble aspecto. El error fundamental de tales

socialdemócratas (y de todos los socialistas-revolucionarios) consiste en que no se atienen al punto de vista de clase y, buscando una solución idéntica para todas las combinaciones, olvidan la doble naturaleza del campesino acomodado y del campesino medio. En sus cálculos operan, en el fondo, sólo con dos clases: o con los terratenientes y la "clase obrero-campesina" o con los propietarios y los proletarios. Pero la realidad es que tenemos delante a tres clases diferentes por sus objetivos inmediatos y finales: los terratenientes, los campesinos acomodados con parte de los campesinos medios y, por último, el proletariado. Con semejante estado de cosas, la tarea del proletariado no puede, de hecho, dejar de ser doble, y toda la dificultad del programa agrario socialdemócrata y de la táctica agraria en Rusia consiste en determinar con la mayor claridad y exactitud posibles en qué condiciones es obligatoria para el proletariado la neutralidad y en qué otras son obligados el apoyo y el "azuzamiento".

La solución de este problema no puede ser más que una: junto con la burguesía rural, contra todo régimen de la servidumbre y contra los terratenientes feudales; junto con el proletariado urbano, contra la burguesía rural y contra toda burguesía: tal es la "línea" del proletariado agrícola y de su ideólogo socialdemócrata. Con otras palabras: apoyar y empujar al campesinado incluso a toda incautación de cualquier "sacrosanta propiedad" señorial, *ya que* este campesinado actúa con espíritu democrático revolucionario. Desconfiar del campesinado, organizarse aparte de él, estar dispuesto a luchar contra él, *ya que* actúa con espíritu reaccionario o antiproletario. Dicho de otra manera: ayudar al campesino cuando su lucha contra el terrateniente es útil al desarrollo y fortalecimiento de la democracia; mantener la neutralidad cuando la lucha del campesino contra el terrateniente se limita a un ajuste de cuentas, indiferente para el proletariado y para la democracia, entre dos fracciones de la clase de propietarios agrícolas.

Como es natural, semejante respuesta no satisfará a quienes abordan el problema campesino sin concepciones teóricas meditadas, a quienes andan a la caza de consignas "revolucionarias" (de palabra) efectistas y de moda, a quienes no comprenden el inmenso y serio peligro que representa el aventurerismo revolucionario precisamente en el problema campesino. Con relación a esas gentes -que ya no son pocas entre nosotros; figuran entre ellas los socialistas-revolucionarios, cuyas filas tienen asegurado el aumento con el desarrollo de la revolución y del movimiento campesino-, los socialdemócratas deben defender enérgicamente el punto de vista de la lucha de clases frente a toda vaguedad revolucionaria y el cálculo sereno de la disparidad del campesinado frente a la fraseología revolucionaria. Hablando de una manera práctica y concreta, como mejor podemos acercarnos a la verdad es haciendo la siguiente afirmación: todos los enemigos de la socialdemocracia en el problema agrario no tienen en cuenta que en la Rusia europea existe todo un sector de campesinos acomodados (entre 1.500.000 y 2.000.000 de haciendas de un total de casi 10.000.000). Este sector tiene en sus manos no menos de la mitad de los instrumentos de producción y de toda la propiedad de que dispone el campesinado. Este sector no puede existir sin contratar a braceros y jornaleros. Es, indudablemente, hostil al régimen de la servidumbre, a los terratenientes y a la burocracia, es capaz de hacerse demócrata, pero es más indudable aún su hostilidad al proletariado agrícola. Todo intento de velar, de dar de lado esta hostilidad de clase en el programa y la táctica agrarios significa abandonar, consciente o inconscientemente, el punto de vista socialista.

Entre el proletariado agrícola y la burguesía rural se halla el sector del campesinado medio, en cuya situación existen rasgos de uno y otro antípoda. Los rasgos comunes de la situación de todos estos sectores, de todo el campesinado en su conjunto, hacen, sin duda, democrático todo su movimiento, por grandes que sean unas u otras manifestaciones de falta de conciencia y de espíritu reaccionario. Nuestra tarea consiste en no abandonar nunca el punto de vista de clase y organizar la más estrecha alianza del proletariado de la ciudad y del campo. Nuestra tarea consiste en explicarnos y explicar al pueblo el contenido democrático y revolucionario *auténticos* que entraña la aspiración general, pero nebulosa, de "tierra y libertad". Nuestra tarea consiste, por ello, en apoyar e impulsar con la mayor energía esta aspiración al paso que preparamos los elementos de lucha socialista en el campo también.

Para definir con precisión la actitud que ha de mantener en la práctica el Partido Obrero Socialdemócrata ante el movimiento campesino, el III Congreso de nuestro partido debe aprobar una resolución en apoyo de dicho movimiento. He aquí un proyecto de resolución, que formula los puntos de vista expuestos antes y desarrollados en las publicaciones socialdemócratas, proyecto que debe ser discutido ahora por el mayor número posible de funcionarios del partido.

"El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, partido del proletariado consciente, tiende a liberar por completo a todos los trabajadores de toda explotación y apoya todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente. Por eso el POSDR apoya también con la mayor energía el actual movimiento campesino y defiende todas las medidas revolucionarias capaces de mejorar la situación del campesinado, sin detenerse para ello ante la expropiación de la tierra de los latifundistas. Como partido de clase del proletariado, el POSDR tiende siempre a que el proletariado agrícola esté encuadrado en su organización de clase

independiente, sin olvidarse un instante de explicarle la contraposición hostil existente entre sus intereses y los intereses de la burguesía rural, de explicarle que sólo la lucha conjunta del proletariado de la ciudad y del campo contra toda la sociedad burguesa puede conducir a la revolución socialista, única capaz de liberar en realidad de la miseria y de la explotación a toda la masa de campesinos pobres.

Como consigna práctica de agitación entre el campesinado y como medio para dar la mayor conciencia a este movimiento, el POSDR lanza la de constituir sin demora comités campesinos revolucionarios a fin de apoyar plenamente todas las transformaciones democráticas y su realización en los detalles. En esos comités, el POSDR tenderá también a que los proletarios agrícolas estén encuadrados en su organización independiente con el fin de apoyar, por un lado, a todo el campesinado en todas sus luchas revolucionarias democráticas y de proteger, por otro, los verdaderos intereses del proletariado agrícola en su lucha contra la burguesía rural".

Publicado el 23 (10) de marzo de 1905 en el núm. 11 de "Vperiod".

T. 9, págs. 341-346.

LA DICTADURA DEMOCRÁTICA REVOLUCIONARIA DEL PROLETARIADO Y DEL CAMPESINADO.

El problema de la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario ha sido planteado a la orden del día no tanto por la marcha de los acontecimientos como por los razonamientos teóricos de los socialdemócratas de una tendencia. En dos artículos (núms. 13 y 14) hemos analizado los razonamientos de Martínov, que ha sido el primero en plantear este problema. Resulta, sin embargo, que el interés despertado por él es tan grande, y las incomprensiones suscitadas por tales razonamientos tan enormes (véase, sobre todo, el núm. 93 de *Iskra*), que es necesario detenerse una vez más en esta cuestión. Cualquiera que sea la opinión de los socialdemócratas acerca de la probabilidad de que en un futuro no lejano tengamos que resolver esta cuestión, y no sólo en teoría, el partido necesita que sus objetivos inmediatos estén claros. Sin una respuesta clara a esta cuestión es imposible, ahora ya, una propaganda y una agitación pertinaces, sin titubeos ni reticencias de ningún género.

Intentemos restablecer el fondo de la cuestión en litigio. Si no queremos únicamente arrancar concesiones a la autocracia, sino derrocarla de verdad, debemos tratar de conseguir la sustitución del gobierno zarista por un gobierno provisional revolucionario que, por un lado, convoque la Asamblea Constituyente, basándola en un auténtico sufragio universal, directo, igual y secreto y, por otro, esté en condiciones de mantener de hecho una verdadera libertad durante las elecciones. Y surge la pregunta: ¿puede permitirse el Partido Obrero Socialdemócrata participar en semejante gobierno provisional revolucionario? Esta pregunta la formularon ya por primera vez antes del 9 de enero los representantes del ala oportunista de nuestro partido, concretamente Martínov, quien dio -y después de él, *Iskra*- una respuesta negativa. Martínov se esforzó por llevar hasta el absurdo los puntos de vista de los socialdemócratas revolucionarios, diciendo, para *intimidarlos*, que si prosperaba la labor organizadora de la revolución y si nuestro partido dirigía la insurrección popular armada, nos *veríamos obligados* a participar en el gobierno provisional revolucionario. Y tal participación es una inadmisible "usurpación del poder", un "jauresismo vulgar", intolerable en un partido socialdemócrata de clase.

Detengámonos en los razonamientos de quienes comparten dicha opinión. Al entrar en el gobierno provisional, nos dicen, la socialdemocracia tendrá el poder en sus manos; pero, como partido del proletariado, no puede tener el poder sin intentar cumplir nuestro programa máximo, es decir, sin intentar hacer la revolución socialista. Y en los momentos actuales sufrirá inevitablemente una derrota en esa empresa y no hará más que cubrirse de oprobio, hacer el juego a la reacción. Por eso, según ellos, la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario es inadmisible.

Este razonamiento se basa en la confusión de la revolución democrática con la revolución socialista, de la lucha por la república (incluido en ello todo nuestro programa mínimo) con la lucha por el socialismo. En efecto, la socialdemocracia no haría más que cubrirse de oprobio si intentara plantearse la revolución socialista como objetivo inmediato. Precisamente contra semejantes ideas confusas y oscuras de nuestros "socialistas-revolucionarios" ha luchado siempre la socialdemocracia. Precisamente por eso ha hecho siempre hincapié en que la futura revolución en Rusia presentaría carácter burgués y exigido con energía que el programa mínimo democrático vaya separado del programa máximo socialista. Esto pueden olvidarlo durante la revolución algunos socialdemócratas propensos a dejarse llevar por la espontaneidad, pero no el partido en su conjunto. Los adeptos de esta errónea opinión se dejan arrastrar por la espontaneidad, creyendo que la marcha de las cosas obligará en esa situación a la socialdemocracia a emprender contra su voluntad la revolución socialista. Si fuera así, nuestro programa sería equivocado, no correspondería a "la marcha de las cosas": quienes se dejan arrastrar por la espontaneidad temen precisamente eso, temen que nuestro programa no sea acertado. Pero sus temores (cuya explicación sicológica hemos intentado apuntar en nuestros artículos) no tienen el menor fundamento. Nuestro programa está en lo cierto. La propia marcha de las cosas lo confirmará de manera inexorable, y cuanto más tiempo pase tanto mejor lo hará. La propia marcha de las cosas nos "impondrá" la necesidad absoluta de una lucha desesperada por la república, orientará de hecho en esa precisa dirección nuestras fuerzas, las fuerzas del proletariado activo en el terreno político. La propia marcha de las cosas nos impondrá de manera inevitable durante la revolución democrática tal masa de aliados procedentes de la pequeña burguesía y del campesinado -cuyas necesidades efectivas serán las que exijan el cumplimiento del programa mínimo- que resultan ridículos en verdad los temores de un

paso demasiado rápido al programa máximo.

Mas, por otra parte, son esos mismos aliados procedentes de la democracia pequeñoburguesa quienes suscitan nuevos temores entre los socialdemócratas de cierta tendencia: el temor al "jauresismo vulgar". Una resolución del Congreso de Ámsterdam[175] prohíbe a la socialdemocracia participar en el gobierno al lado de la democracia burguesa; eso es jauresismo, o sea, traicionar inconscientemente los intereses del proletariado, transformar a éste en lacayo de la burguesía, corromperlo con el oropel del poder, inaccesible por completo en la práctica dentro de la sociedad burguesa.

Este razonamiento no es menos falso. Evidencia que sus autores se han aprendido de memoria unas buenas resoluciones, pero sin comprender su significado; han empollado palabrejas antijauresianas, pero no han meditado en ellas y las emplean sin ton ni son; han asimilado la letra, mas no el espíritu de las últimas lecciones de la socialdemocracia revolucionaria internacional. Quien quiera tasar el jauresismo desde el punto de vista del materialismo dialéctico, debe separar estrictamente las argumentaciones subjetivas de las condiciones históricas objetivas. Subjetivamente, Jaurès quería salvar la república, concertando para ello una alianza con la democracia burguesa. Las condiciones objetivas de este "experimento" consistían en que la república era ya en Francia un hecho y no estaba amenazada por ningún peligro serio; en que la clase obrera contaba con todas las posibilidades para desarrollar su organización política independiente de clase y no las utilizó en medida suficiente, influida, en parte, precisamente por la exuberancia de oropeles en los ejercicios parlamentarios de sus jefes; en que, en realidad, la historia planteaba ya de manera objetiva a la clase obrera la tarea de la revolución socialista, de la que los Millerand trataban de *apartar* al proletariado con la promesa de minúsculas reformas sociales.

Tomen ahora a Rusia. Subjetivamente, socialdemócratas revolucionarios como los de *Vperiod* o Parvus quieren defender la república, concluyendo para ello una alianza con la democracia burguesa revolucionaria. Las condiciones objetivas se diferencian de las francesas como el cielo de la tierra. Objetivamente, la marcha histórica de las cosas ha planteado hoy al proletariado ruso justamente la tarea de la revolución democrática burguesa (cuyo contenido íntegro lo expresamos, para abreviar, con la palabra república); esta misma tarea la tiene planteada todo el pueblo, es decir, toda la masa de la pequeña burguesía y del campesinado; sin esta revolución es inconcebible un desarrollo algo amplio de la organización independiente de clase para la revolución socialista.

Imagínense de una manera concreta toda la diferencia de condiciones objetivas y digan: ¿qué debe pensarse de quienes olvidan esta diferencia, dejándose llevar por la analogía de ciertas palabras, la semejanza de ciertas letras y la identidad de argumentos subjetivos?

Puesto que Jaurès en Francia se dejó seducir por la reforma social burguesa, encubriéndose erróneamente con el fin subjetivo de luchar por la república, ¡nosotros, los socialdemócratas rusos, debemos renunciar a la lucha seria por la república! A eso, precisamente a eso, se reduce la sabiduría de los partidarios de la nueva *Iskra*[176].

En efecto, ¿acaso no está claro que el proletariado no puede concebir la lucha por la república sin aliarse con la masa pequeñoburguesa del pueblo? ¿No está claro que sin la dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado no existe ni sombra de esperanza en el éxito de esta lucha? Uno de los defectos principales de la opinión que examinamos estriba en su carencia de vida, en su carácter estereotipado, en que hace caso omiso de las condiciones de la época revolucionaria. Luchar por la república y renunciar al mismo tiempo a la dictadura democrática revolucionaria es lo mismo que si Oyama decidiera luchar contra Kuropatkin junto a Mukden, renunciando de antemano a la idea de entrar en la ciudad. Si nosotros, el pueblo revolucionario, es decir, el proletariado y el campesinado, queremos "golpear juntos" a la autocracia, ¡debemos también matarla juntos, rematarla juntos, rechazar juntos los ineluctables intentos de restaurarla! (Para evitar posibles malentendidos, aclaramos una vez más que entendemos por república no sólo e incluso no tanto la forma de gobierno como todo el conjunto de transformaciones democráticas de nuestro programa mínimo.) Hace falta tener una noción verdaderamente escolar de la historia para imaginarse las cosas sin "saltos", como una línea recta que asciende con lentitud y regularidad: primero le toca la vez a la gran burguesía liberal (concesionistas de la autocracia), después a la pequeña burguesía revolucionaria (república democrática) y, finalmente, al proletariado (revolución socialista). Este cuadro es exacto en general, es exacto "a la larga", durante un siglo (por ejemplo, para Francia, de 1789 a 1905); mas para trazarse al tenor de este cuadro el plan de la propia actividad en una época revolucionaria hace falta ser un virtuoso del filisteísmo. Si la autocracia rusa no consigue salvarse ni aun ahora, saliendo del atolladero con una Constitución enteca, si no sólo se la hace tambalearse, sino que se la *derroca* de verdad, se necesitará, por lo visto, una tensión gigantesca de las energías revolucionarias de todas las clases avanzadas para defender esta conquista. ¡Y este "defender" no es otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado! Cuanto más conquistemos ahora, cuanto mayor sea la energía con que defendamos lo conquistado, tanto menor será lo que pueda arrebatar posteriormente la ineluctable reacción futura, más cortos serán estos

intervalos de reacción y más fácil les resultará la tarea a los luchadores proletarios que nos siguen.

¡Y en estos momentos aparecen gentes que, antes de la lucha, quieren medir de antemano con exactitud, "a lo Ilovaiski", la modestísima porción de conquistas futuras; gentes que antes de la caída de la autocracia, incluso antes del 9 de enero, tuvieron la idea de asustar a la clase obrera de Rusia con el espantajo de la terrible dictadura democrática revolucionaria! ¡Y semejantes "medidores" aspiran al título de socialdemócratas revolucionarios!...

Participar en el gobierno provisional con la democracia burguesa revolucionaria, gimotean ellos, significa santificar el régimen burgués, santificar la conservación de las cárceles y de la policía, del paro forzoso y de la miseria, de la propiedad y de la prostitución. Esta conclusión es digna de los anarquistas o de los populistas. La socialdemocracia no vuelve la espalda a la lucha por la libertad política, pretextando que se trata de la libertad política burguesa. La socialdemocracia conceptúa la "santificación" del régimen burgués desde el punto de vista histórico. Cuando preguntaron a Feuerbach si santificaba el materialismo de Büchner, Vogt y Moleschott, respondió: yo santifico el materialismo en su relación al pasado, y no en su relación al futuro, De esa misma manera santifica la socialdemocracia el régimen burgués. Nunca ha temido ni temerá decir que santifica el régimen republicano y democrático burgués en su relación al régimen burgués de la autocracia y la servidumbre, Pero la socialdemocracia "santifica" la república burguesa sólo como última forma de la dominación de clase, como el terreno más conveniente para la lucha del proletariado contra la burguesía; la santifica no por sus cárceles y su policía, por su propiedad y su prostitución, sino para que se despliegue con amplitud y libertad la lucha contra esas encantadoras instituciones.

Estamos muy lejos, como es natural, de afirmar que nuestra participación en el gobierno provisional revolucionario no implica ningún peligro para la socialdemocracia. No hay ni puede haber una forma de lucha o una situación política que no entrañe peligros, Si se carece de instinto revolucionario de clase, si se carece de una concepción acabada del mundo que se halle a la altura de la ciencia, si no se tiene cabeza (dicho sea sin el propósito de suscitar las iras de los camaradas neoiskristas), entonces es peligroso hasta participar en las huelgas, puesto que se puede caer en el "economismo", hasta participar en la lucha parlamentaria, ya que esto puede terminar en el cretinismo parlamentario[177], y apoyar a la democracia liberal de los zemstvos, puesto que puede abocar en el "plan de la campaña de los zemstvos" , Entonces es peligroso hasta leer las utilísimas obras de Jaurès y Aulard sobre la historia de la Revolución francesa, pues pueden conducir al folleto de Martínov acerca de las dos dictaduras.

Por supuesto, la participación en el gobierno provisional revolucionario sería en extremo peligrosa si la socialdemocracia olvidara, aunque sólo fuera por un instante, las diferencias de clase existentes entre el proletariado y la pequeña burguesía; si concertara a destiempo una alianza desfavorable para nosotros con uno u otro partido pequeñoburgués de intelectuales que no mereciera confianza; si la socialdemocracia perdiera de vista, aunque sólo fuera por un momento, sus objetivos independientes y la necesidad (en todas las circunstancias y coyunturas políticas de cualquier tipo, en todos los virajes y cambios políticos sin excepción) de plantear en primer plano el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de su organización política independiente. Pero en tales condiciones, repetimos, cualquier paso político es igual de peligroso. Las más simples informaciones muestran a todos hasta qué extremo carece de fundamento ligar estos posibles temores con el planteamiento actual de las tareas inmediatas de la socialdemocracia revolucionaria. No hablaremos de nosotros, no reproduciremos las numerosas declaraciones, advertencias e indicaciones hechas sobre esta cuestión en el periódico *Vperiod*; nos remitiremos a Parvus, Al manifestarse en pro de la participación de la socialdemocracia en el gobierno revolucionario provisional, Parvus subraya con toda energía unas condiciones que jamás debemos olvidar: golpear juntos y marchar separados, no mezclar las organizaciones, vigilar al aliado como a un enemigo, etc. No nos detenemos con mayor detalle en este aspecto del problema, ya señalado en el artículo.

Hoy el verdadero peligro político para la socialdemocracia no se halla, ni mucho menos, allí donde lo buscan los neoiskristas, no. Lo que debe asustarnos no es la idea de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado, sino el espíritu de seguidismo y caduquez que corrompe al partido del proletariado, manifestándose en toda clase de teorías acerca de la organización como proceso, del armamento como proceso, etc. Tomen, por ejemplo, el último intento de *Iskra* de establecer una diferencia entre el gobierno provisional revolucionario y la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado. ¿Acaso no es un modelo de escolástica inerte? Quienes inventan diferencias tales son capaces de enhebrar bellas palabras, pero incapaces en absoluto de pensar. La relación entre los conceptos indicados es, en realidad, aproximadamente igual a la que existe entre la forma jurídica y el contenido de clase. Quien dice "gobierno provisional revolucionario" subraya la cuestión en el aspecto del derecho público, subraya el origen del gobierno (no la ley, sino la revolución), su carácter provisional sujeto a la futura Asamblea Constituyente. Pero cualquiera que sea la forma, cualquiera que sea el origen y cualesquiera que sean las condiciones, está claro, en todo caso,

que el gobierno provisional revolucionario no puede dejar de apoyarse en determinadas clases. Basta recordar este hecho elemental para ver que el gobierno provisional revolucionario no puede ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado. Por consiguiente, la diferencia que establece *Iskra* no hace más que tirar del partido hacia atrás, hacia estériles polémicas verbalistas, apartándolo del análisis concreto de los intereses de clase en la revolución rusa.

O tomemos otro razonamiento de *Iskra*. Con motivo de la exclamación ¡Viva el gobierno provisional revolucionario!, el periódico dice con tono de dómine: "la combinación de las palabras "viva" y "gobierno" es denigrante". ¿No es una sonora frase vacía? ¡Hablan de derrocar la autocracia y temen denigrarse aplaudiendo al gobierno revolucionario! Sorprende, en verdad, que no teman denigrarse aplaudiendo a la república, pues ésta presupone sin falta un gobierno, y ningún socialdemócrata ha dudado nunca de que se trata precisamente de un gobierno burgués. ¿Qué diferencia hay entre aplaudir al gobierno provisional revolucionario y a la república democrática? ¿Es que la socialdemocracia, dirigente político de la clase más revolucionaria, debe parecerse a la solterona anémica e histérica que insiste melindrosa en la necesidad de la hoja de parra? ¿Se puede aplaudir lo que presupone un gobierno democrático-burgués, pero no es posible aplaudir abiertamente al gobierno provisional revolucionario y democrático?

Imagínense el cuadro de la insurrección obrera triunfante en San Petersburgo. La autocracia derrocada. La formación de un gobierno provisional revolucionario. Los obreros armados clamando con júbilo: ¡Viva el gobierno provisional revolucionario! Apartados de ellos, los neoiskristas, alzando farisaicamente al cielo sus pudorosos ojos y exclamando, al tiempo que se dan golpes en sus sensibles y morales pechos: Gracias, Señor, por no parecernos a estos publicanos, por no habernos denigrado con tales combinaciones de palabras…

¡No, y mil veces no, camaradas! No temáis denigraros con la participación más enérgica y resuelta, al lado de la democracia burguesa revolucionaria, en la revolución republicana. No exageréis los peligros de esa participación que nuestro proletariado organizado puede afrontar perfectamente. Unos meses de dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado harán más que decenios de pacífico y embrutecedor clima de estancamiento político. Si después del 9 de enero, en medio de la esclavitud política, la clase obrera rusa ha sido capaz de movilizar a más de un millón de proletarios para una acción colectiva, firme y enérgica, cuando tengamos la dictadura democrática revolucionaria movilizaremos a decenas de millones de pobres de la ciudad y del campo y haremos de la revolución política rusa el prólogo de la revolución socialista europea.

Publicado el 12 de abril (30 de marzo) de 1905 en el núm. 14 de "Vperiod".
T. 10, págs. 20-31.

MARX Y EL "REPARTO NEGRO" NORTEAMERICANO.

En el núm. 12 del periódico *Vperiod* se menciona la crítica de Marx contra Kriege con motivo del problema agrario. La escribió en 1846, y no en 1848, como indica por equivocación el camarada X, autor del artículo, Hermann Kriege, un colaborador de Marx muy joven a la sazón, emigró en el año 1845 a los EE.UU., donde fundó la revista *VolksTribun* ("Tribuno del pueblo")[178] para hacer propaganda del comunismo. Pero la hizo de tal forma que Marx se vio obligado a protestar enérgicamente en nombre de los comunistas alemanes contra los escritos de Hermann Kriege que comprometían al Partido Comunista. La crítica de la tendencia de Kriege, publicada en 1846 en *Westphálische Dampfboot*[179] e inserta luego en el segundo tomo de las obras de Marx editadas por Mehring, ofrece inmenso interés para los socialdemócratas rusos de nuestros días.

Y es que la propia marcha del movimiento social norteamericano ponía también entonces, lo mismo que sucede ahora en Rusia, el problema agrario en uno de los primeros planos; con la particularidad de que se trataba precisamente no de una sociedad capitalista desarrollada, sino de crear las condiciones iniciales y básicas para un desarrollo verdadero del capitalismo. Esta última circunstancia es de singular importancia para trazar un paralelo entre la opinión que las ideas norteamericanas de un "reparto negro" merecían a Marx y la que el movimiento campesino contemporáneo merece a los socialdemócratas rusos.

En su revista, Kriege no daba ningún dato que permitiera estudiar las peculiaridades sociales concretas del régimen norteamericano para aclarar el verdadero carácter del movimiento de los reformadores agrarios de entonces, que pretendían anular la renta. En cambio, Kriege envolvía (exactamente igual que nuestros "socialistas-revolucionarios") el problema de la revolución agraria con frases pomposas y rimbombantes. "Cada pobre -escribía Kriege- se transforma inmediatamente en un miembro útil de la sociedad humana, si se le asegura la posibilidad de realizar un trabajo productivo. Esta posibilidad la tendrá asegurada para siempre si la sociedad le entrega una parcela de tierra con la que pueda alimentarse él y alimentar a su familia. Si esta gigantesca extensión de tierra (los 1.400 millones de acres de tierras nacionales norteamericanas) fuese excluida de la circulación mercantil y entregada, en superficies limitadas, para asegurar el trabajo*, en Norteamérica se acabaría de golpe y porrazo con la miseria"...

Marx objeta a eso: "Se habría podido esperar que se comprendiera que no estaba en la mano de los legisladores impedir con decretos que el régimen patriarcal deseado por Kriege se desarrolle y convierta en régimen industrial o hacer que los Estados industriales y comerciales del litoral del Este vuelvan a la barbarie patriarcal".

Así pues, tenemos delante un verdadero plan de reparto negro norteamericano consistente en excluir de la circulación mercantil una gran extensión territorial, otorgar el derecho a la tierra y poner tope a la propiedad o usufructo de la misma. Y Marx hace desde el principio una crítica serena del utopismo, indica el proceso inevitable de la transformación del régimen patriarcal en industrial, es decir, hablando en lenguaje moderno, el proceso inevitable del desarrollo del capitalismo. Pero sería un gran error creer que los sueños utópicos de quienes participaron en este movimiento indujeran a Marx una opinión negativa del propio movimiento en general. Nada de eso. En los mismos comienzos de su labor como publicista, Marx sabía distinguir ya el verdadero contenido progresista implícito en este movimiento de los oropeles ideológicos que lo revestían. En la segunda parte de su crítica, titulada *La Economía* (es decir, la economía política) *de "Tribuno del Pueblo" y su actitud ante la joven Norteamérica*, Marx escribía:

"Reconocemos por entero la justificación histórica del movimiento de los nacional-reformistas norteamericanos. Sabemos que este movimiento aspira a un resultado que, en el momento actual, impulsaría, por cierto, el desarrollo del industrialismo de la sociedad burguesa contemporánea, pero que, al ser fruto del movimiento proletario y atacar a la propiedad agraria en general, y en particular en las condiciones que existen hoy en Norteamérica, ha de conducir por fuerza, gracias a sus propias consecuencias, más allá, al comunismo. Kriege, que se adhirió con los comunistas alemanes de Nueva York al movimiento contra la renta (*Anti-Rent Bewegung*), reviste de frases rimbombantes este hecho sencillo, sin detenerse a examinar el contenido mismo de este movimiento. Con ello demuestra que no ve clara en absoluto la ligazón existente entre la

---

* Recuérdese lo escrito por *Revoliutsiónnaya Rossía*, a partir del núm. 8, sobre el paso de la tierra de manos del capital a manos del trabajo, sobre el papel de las tierras estatales de Rusia, sobre el usufructo igualitario de la tierra, sobre la idea burguesa de incluir la tierra en la circulación mercantil, etc. ¡Exactamente lo mismo que Kriege!

joven Norteamérica y las condiciones sociales norteamericanas. Citemos otro ejemplo de sus pomposas frases sobre el plan que tienen los agrarios de parcelar las tierras a escala norteamericana.

En el artículo titulado *¿Qué es lo que queremos?*, inserto en el núm. 10 de *Tribuno del Pueblo*, se dice: "Los nacional-reformistas norteamericanos denominan el suelo patrimonio común de todos los hombres... y exigen que el poder legislativo de la nación adopte medidas para que los 400 millones de acres de tierra que aún no han caído en manos de los especuladores ladrones sean conservados como patrimonio común e inalienable de toda la humanidad". Pues bien, con el fin de conservar este "patrimonio común e inalienable" para toda la humanidad, aceptan el plan de los nacional-reformistas de "poner a disposición de cada campesino, cualquiera que sea su país natal, 160 acres de tierra norteamericana para asegurarle el sustento". En el artículo *Respuesta a Konze*, publicado en el núm. 14, este plan se expone de la manera siguiente: "Nadie podrá tomar posesión de más de 160 acres de dicho patrimonio público, no apropiado aún, y eso con la sola condición de que los trabaje personalmente". De modo que, a fin de conservar el suelo como "patrimonio común e inalienable", y de "toda la humanidad" por añadidura, es necesario comenzar inmediatamente por repartirlo. Kriege se imagina poder impedir mediante alguna ley las consecuencias inevitables de semejante reparto: la concentración, el progreso industrial, etc. Se imagina que los 160 acres de tierra son una magnitud siempre fija, como si el valor intrínseco de tal superficie no variara según su calidad. Los "campesinos" tendrán que intercambiar entre sí y con otros, si no la tierra misma, sus productos. Y como se llegará a eso, resultará muy pronto que alguno de los "campesinos", incluso sin capital, gracias a su trabajo y a la mayor fertilidad natural de sus 160 acres, llevará a otro a la situación de jornalero suyo. Y además, ¿acaso no da igual que "a manos de los especuladores ladrones" vaya a parar "la tierra" o el producto de la misma? Examinemos en serio esta ofrenda que Kriege hace a la humanidad. Los 1.400 millones de acres de tierra deben ser conservados "como patrimonio común e inalienable de toda la humanidad" y, con ello, cada campesino obtendrá 160 acres de tierra. Podemos, pues, sacar la cuenta de lo que abarca la "humanidad" de Kriege: justamente a 8.750.000 "campesinos", o sea, contando a razón de cinco personas por familia, a 43.750.000 habitantes. De igual manera podemos calcular cuánto durará esta "perpetuidad" durante la que "el proletariado, como representante del género humano, estará en posesión de toda la tierra", por lo menos, en los Estados Unidos. Si la población de los EE.UU. continúa aumentando con la misma rapidez que hasta el presente, es decir, duplicándose cada veinticinco años, dicha "eternidad" durará menos de cuarenta años. En este tiempo quedarán ocupados los 1.400 millones de acres de tierra, y las generaciones venideras ya no tendrán nada de que "tomar posesión". Pero, como el reparto gratuito de la tierra acrecentará en medida extraordinaria la inmigración, la "perpetuidad" de Kriege bien puede acabar antes, sobre todo si se tiene presente que la extensión de tierras para 44 millones de habitantes no alcanzará como aliviadero ni para el pauperismo europeo actual. En Europa, una persona de cada diez se halla en la indigencia: sólo las Islas Británicas cuentan con siete millones de indigentes. Encontramos un ejemplo similar de candor político-económico en el artículo *A las mujeres*, inserto en el núm. 13 de dicha revista y en el que Kriege afirma que si la ciudad de Nueva York repartiera gratuitamente sus 52.000 acres de tierra de Long Island, eso bastaría para librar "de golpe y porrazo" y para siempre a Nueva York de todo pauperismo, miseria y crímenes.

"Si Kriege tratase el movimiento por la liberación de la tierra como una forma inicial, e imprescindible en ciertas condiciones, de movimiento proletario; si lo tuviese, en virtud de la situación que ocupa en la vida la clase que lo origina, por un movimiento que necesariamente se irá desarrollando en movimiento comunista; si mostrase de qué manera los anhelos comunistas en Norteamérica tenían que empezar a manifestarse de esta forma agraria que, a primera vista, está en contradicción con todo comunismo, nada habría que objetar contra ello. Pero Kriege declara esta forma de movimiento, de mero alcance secundario de ciertas gentes reales, causa de la humanidad en general. Kriege expone esta causa como el objetivo final y supremo de todo movimiento en general, convirtiendo de este modo las metas concretas del mismo en simple y pomposo absurdo. En el mencionado artículo del núm. 10, Kriege canta estos himnos triunfales: "Y he aquí que de esta manera se verían realizados, por fin, los sueños seculares de los europeos; para ellos se prepararía, a este lado del océano, la tierra que no tendrían más que tomar y fecundar con la labor de sus brazos, para poder espetar a la cara de todos los tiranos del mundo la orgullosa declaración: ¡Esta es *mi* choza, que no habéis construido vosotros; éste es *mi* hogar, que llena de envidia vuestros corazones!"

"Kriege bien podría agregar: éste es *mi* montón de estiércol, producido por mí, por mi mujer y mis hijos, por mi bracero y mi ganado. ¿Y quiénes serían esos europeos que verían así realizados sus "sueños"? ¡En modo alguno los obreros comunistas! ¡Serían los tenderos y artesanos en quiebra o los labradores arruinados, que sueñan con la felicidad de volver a ser en Norteamérica pequeños burgueses y campesinos! ¿Y en qué consistiría ese "sueño" realizado mediante los 1.400 millones de acres? En ninguna otra cosa que no fuera transformar a todos en propietarios privados, sueño tan irrealizable y tan comunista como podría serlo el de convertir a todo el

mundo en emperadores, reyes o papas".

La crítica de Marx está llena de mordacidad y sarcasmo. Fustiga a Kriege precisamente por los rasgos de sus concepciones que vemos hoy entre nuestros "socialistas-revolucionarios": el predominio de la fraseología, las utopías pequeñoburguesas exhibidas como ejemplos de un utopismo revolucionario supremo y la incomprensión de las bases reales del régimen económico moderno y de su desarrollo. Marx, que entonces no era más que un *futuro* economista, señala con notable perspicacia el papel del intercambio y de la economía mercantil. Si no es con la tierra -dice Marx-, los campesinos harán el intercambio con los productos de la tierra. ¡Con esto ya está dicho todo! Tal modo de plantear el problema es aplicable en muchísimos sentidos al movimiento campesino ruso y a sus ideólogos "socialistas" pequeñoburgueses.

Pero Marx dista mucho, al propio tiempo, de "negar" sin más ni más este movimiento pequeñoburgués, de darlo de lado como un doctrinario, de temer ensuciarse las manos al contacto con la democracia revolucionaria pequeñoburguesa, cosa tan propia de muchos exegetas. Al ridiculizar sin piedad los absurdos atavíos ideológicos del movimiento, Marx procura determinar de un modo materialista y con serenidad su *verdadero* contenido histórico, sus consecuencias inminentes impuestas por las condiciones objetivas, independientemente de la voluntad, la conciencia, los sueños y las teorías de tales o cuales individuos. Por lo mismo, Marx no condena, sino que aprueba plenamente el apoyo de este movimiento por parte de los comunistas. Señala desde el punto de vista dialéctico, es decir, analizando el movimiento en todos sus aspectos y teniendo en cuenta el pasado y el futuro, el aspecto revolucionario de los ataques a la propiedad de la tierra y conceptúa el movimiento pequeñoburgués de forma peculiar e inicial del movimiento proletario, comunista. Lo que usted sueña conseguir con ese movimiento -dice Marx, refiriéndose a Kriege-, no lo logrará: en lugar de la fraternidad vendrá el aislamiento pequeñoburgués; en lugar de la inalienabilidad de las parcelas campesinas, la inclusión de la tierra en la circulación mercantil; en lugar de asestar un golpe a los especuladores largos de uñas, lo que se hará es ampliar la base para el desarrollo capitalista. Pero el mal capitalista, que en vano se imagina usted eludir, resulta, desde el punto de vista histórico, un bien, puesto que acelerará enormemente el desarrollo de la sociedad y aproximará muchísimo las formas nuevas y superiores del movimiento comunista. El golpe asestado a la propiedad privada de la tierra facilitará los inminentes golpes a la propiedad en general que seguirán; las acciones revolucionarias de una clase inferior, tendentes a conseguir cambios que proporcionen temporalmente un exiguo bienestar -y no a todos, ni muchísimo menos-, facilitarán las subsiguientes e inexorables acciones revolucionarias de la clase ínfima para conseguir un cambio que asegure realmente y por completo la felicidad humana a todos los trabajadores.

Para nosotros, los socialdemócratas rusos, el planteamiento que hace Marx del problema contra Kriege debe servirnos de ejemplo. El carácter efectivamente pequeñoburgués del movimiento campesino de nuestros días en Rusia está fuera de toda duda; debemos explicarlo con todo empeño y combatir sin tregua ni cuartel todas las ilusiones de los diversos "socialistas-revolucionarios" o socialistas primitivos de toda especie a este respecto. Nuestro objetivo permanente, que no debemos perder de vista ni un momento, ha de ser el de organizar el partido independiente del proletariado que aspira a realizar la revolución socialista completa a través de todas las transformaciones democráticas. Mas volver por ello la espalda al movimiento campesino sería adoptar una actitud irremisiblemente filistea y pedantesca. ¡No! El carácter democrático y revolucionario de este movimiento es indudable, y debemos apoyarlo y desarrollarlo con todas nuestras fuerzas, infundiéndole conciencia política y haciéndole definirse desde el punto de vista de clase; impulsado adelante, marchar a su lado, hombro a hombro, hasta el fin, puesto que nosotros vamos mucho más allá de la meta de cualquier movimiento campesino, puesto que marchamos a la supresión definitiva de la división misma de la sociedad en clases. No es probable que exista en el mundo otro país en el que el campesinado haya sufrido tantas penas, tanta opresión y tantos vejámenes como en Rusia. Cuanto más tenebrosa ha sido esta opresión tanto más turbulento va a ser ahora su despertar y tanto más irresistible su empuje revolucionario. La misión del proletariado revolucionario consciente es sumar todas sus fuerzas a este empuje para que no deje piedra sobre piedra de la vieja y maldita Rusia de la servidumbre y del absolutismo, país de esclavos, para que dé una nueva generación de hombres valerosos y libres, para que cree un nuevo país republicano, en el que se despliegue a todo lo ancho nuestra lucha proletaria por el socialismo.

Publicado el 20 (7) de abril en el núm. 15 de "Vperiod".
T. 10, págs. 53-60.

EJERCITO REVOLUCIONARIO Y GOBIERNO REVOLUCIONARIO.

El levantamiento de Odesa y el paso del acorazado Potemkin al lado de la revolución han implicado un nuevo e importante paso en el desarrollo del movimiento revolucionario contra la autocracia. Los acontecimientos han venido a confirmar con asombrosa rapidez cuán oportunos fueron los llamamientos a la insurrección y a la formación de un gobierno provisional revolucionario que los representantes conscientes del proletariado, reunidos en el III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia[180], dirigieron al pueblo. La nueva llamarada de la revolución proyecta su luz sobre la importancia práctica de estos llamamientos y nos obliga a definir con más exactitud las tareas de los combatientes revolucionarios en los momentos que Rusia atraviesa.

Bajo el impacto del curso espontáneo de los acontecimientos, sazona y se organiza a nuestra vista la insurrección armada de todo el pueblo. No ha transcurrido aún tanto tiempo desde que la única manifestación de la lucha del pueblo contra la autocracia eran *las revueltas*, es decir, los disturbios inconscientes y desorganizados, espontáneos y a veces salvajes. Pero el movimiento obrero, que es el movimiento de la clase más avanzada, el proletariado, no ha tardado en salirse de esa fase inicial. La propaganda y la agitación conscientes de la socialdemocracia han surtido efecto. Las revueltas han dado paso a las huelgas organizadas y a las *manifestaciones políticas* contra la autocracia. Las feroces represalias militares venían "educando" varios años al proletariado y a la plebe de las ciudades, preparándolos para las formas superiores de la lucha revolucionaria. La criminal y vergonzosa guerra en que la autocracia metió al pueblo ha consumido la paciencia de éste. Han empezado las tentativas de resistencia armada de la multitud a las tropas zaristas. Se ha dado comienzo a verdaderos *combates* del pueblo con las tropas *en las calles*, a *batallas en las barricadas*. El Cáucaso, Lodz, Odesa y Libava nos acaban de dar ejemplos de heroísmo proletario y de entusiasmo popular. La lucha se ha propagado, convirtiéndose en insurrección. El ignominioso papel de verdugos de la libertad y de esbirros de la policía desempeñado por las fuerzas armadas del zarismo no ha podido menos de irles abriendo poco a poco los ojos a ellas mismas. El ejército ha empezado a vacilar. Primero han sido casos sueltos de insubordinación, de alborotos entre los reservistas, de protestas de oficiales, de agitación entre los soldados y de negativas de compañías o regimientos sueltos a disparar contra sus hermanos, los obreros. Luego ha venido *el paso de una parte del ejército al lado de la insurrección*.

La inmensa importancia de los últimos sucesos de Odesa consiste ni más ni menos en que allí se ha incorporado abiertamente por primera vez a la revolución una gran unidad militar del zarismo: todo un acorazado. El gobierno ha hecho esfuerzos desesperados y puesto en juego toda clase de subterfugios para ocultar al pueblo este suceso y sofocar en el comienzo mismo la insurrección de los marinos. Mas sin el menor resultado. Los barcos de guerra enviados contra el acorazado revolucionario *Potemkin se han negado a pelear* contra sus compañeros. Con haber difundido por Europa la noticia de la rendición del *Potemkin* y la orden del zar de echar a pique el acorazado revolucionario, lo único que ha conseguido el gobierno de la autocracia ha sido cubrirse definitivamente de oprobio ante al mundo entero. La escuadra ha regresado a Sebastopol, y el gobierno se apresura a diseminar a los marinos y desarmar los barcos de guerra; circulan rumores de que a los oficiales de la flota del mar Negro se les da el retiro en masa; después de haberse rendido el acorazado *Gueorgui Pobedonósets*, se ha reanudado el amotinamiento de su marinería. Se sublevan también los marinos de Libava y Cronstadt y menudean sus choques con las tropas; en el primero de estos dos puertos combaten en barricadas los marinos al lado de los obreros contra los soldados. La prensa extranjera informa de los amotinamientos en otros barcos de guerra (el *Minin*, el *Alejandro Segundo*, etc.). El gobierno zarista se ha quedado *sin marina*. Lo más que hasta ahora ha podido lograr es contenerla para que no se sume activamente a la revolución. El acorazado *Potemkin* sigue siendo territorio inexpugnable de la revolución, y, cualquiera que sea su suerte, tenemos delante un hecho indudable y significativo en sumo grado: el intento de formar *el núcleo del ejército revolucionario*.

No hay represiones ni victorias parciales sobre la revolución que puedan borrar la importancia de este acontecimiento. Se ha dado el primer paso. Se ha pasado el Rubicón. Toda Rusia y el mundo entero han visto sumarse fuerzas armadas a la revolución. A lo sobrevenido en la flota del mar Negro seguirán sin falta nuevas tentativas, más enérgicas aún, de formar el ejército revolucionario. Nuestro deber ahora es apoyar con todas nuestras fuerzas esas tentativas, explicar a las más nutridas masas del proletariado y de los campesinos la trascendencia que en la lucha por la libertad tiene para todo el pueblo el ejército

revolucionario y ayudar a los destacamentos de este ejército a levantar *la bandera de la libertad* de todo el pueblo, bandera capaz de atraer a las masas y de agrupar las fuerzas que aplasten a la autocracia zarista.

Revueltas, manifestaciones, batallas en las calles, destacamentos del ejército de la revolución: tales son las etapas del desarrollo de la insurrección popular. Hemos llegado, por último, a la etapa postrera, lo que, por supuesto, no significa que el movimiento se encuentre ya, en su totalidad, en esta nueva fase superior. No, en el movimiento hay aún muchas cosas sin desarrollar; en los acontecimientos de Odesa se ven aún rasgos palmarios de la revuelta a la antigua. Pero lo que sí significa es que las oleadas más pujantes del torrente espontáneo han llegado ya al umbral mismo de la "fortaleza" de la autocracia. Significa que los elementos de vanguardia de la propia masa del pueblo han llegado ya, y no en virtud de razonamientos teóricos, sino bajo la presión del empuje del creciente movimiento, a la altura de las tareas nuevas, superiores, de lucha, de la lucha final contra el enemigo del pueblo ruso. La autocracia lo ha hecho *todo* para preparar esta lucha. Ha venido empujando durante años al pueblo a la lucha armada contra las tropas, y ahora recoge lo que sembró. De las tropas mismas salen destacamentos del ejército revolucionario.

La misión de esos destacamentos estriba en proclamar la insurrección, proporcionar a las masas *la dirección militar* necesaria en la guerra civil, lo mismo que en toda otra guerra, crear puntos de apoyo de la lucha abierta de todo el pueblo extender la insurrección a los lugares vecinos, asegurar primero, al menos en una pequeña parte del territorio del país, la libertad política completa, emprender la reorganización revolucionaria del podrido régimen de la autocracia, desplegar al máximo la obra revolucionaria de los de abajo, que en tiempos de paz actúan poco, pero que salen a primer plano en las épocas de revolución. Sólo cuando hayan comprendido estas nuevas tareas, sólo cuando las planteen con audacia y amplitud podrán los destacamentos del ejército revolucionario obtener una victoria completa y servir de apoyo al gobierno revolucionario. Ahora bien, el gobierno revolucionario es en esta fase de la insurrección popular algo de necesidad tan imperiosa como *el ejército revolucionario*. El ejército revolucionario se necesita para batallar y dirigir militarmente la lucha que las masas del pueblo despliegan contra los restos de las fuerzas armadas de la autocracia. El ejército revolucionario se necesita porque los grandes problemas de la historia se pueden resolver únicamente *por la fuerza*, y *la organización de la fuerza* en la lucha de nuestros días es la organización militar. Y además de los restos de las fuerzas armadas de la autocracia, existen las fuerzas armadas de los Estados vecinos, a los que el gobierno ruso, en pleno desmoronamiento, implora ya ayuda, de lo que hablaremos más adelante.

El gobierno revolucionario se necesita para ejercer la dirección política de las masas populares, primero en la parte del territorio conquistado ya al zarismo por el ejército revolucionario y luego en el país entero. Se necesita para emprender sin demora las transformaciones políticas, en aras de las cuales se hace la revolución: para implantar la autogestión revolucionaria del pueblo, convocar una Asamblea Constituyente que sea constituyente de verdad y represente a todo el pueblo en realidad, para dar las "libertades" sin las que es imposible expresar con acierto la voluntad del pueblo. El gobierno revolucionario hace falta para unir en el aspecto político la parte insurrecta del pueblo que ha roto de verás y para siempre con la autocracia, hace falta para organizar a esa parte en el plano político. Es claro que tal organización puede ser únicamente provisional, lo mismo que sólo provisional puede ser el gobierno revolucionario que se hace cargo del poder en nombre del pueblo para hacer que se cumpla la voluntad del pueblo y actuar por mediación del pueblo. Mas dicha organización debe iniciarse *al punto*, en relación indestructible con cada paso venturoso de la insurrección, ya que la agrupación política y la dirección política no pueden ser demoradas ni por un instante. La dirección política, asumida al punto por el pueblo insurrecto, es no menos necesaria para la victoria completa del pueblo sobre el zarismo que la dirección militar de sus fuerzas.

Nadie que conserve en alguna medida la facultad de razonar puede poner en duda cuál será el desenlace definitivo de la lucha entre los adictos de la autocracia y la masa del pueblo. Mas no debemos cerrar los ojos ante la circunstancia de que la lucha en serio sólo empieza y de que aún nos aguardan grandes pruebas. Tanto el ejército revolucionario como el gobierno revolucionario son "organismos" de un tipo tan elevado, requieren unas instituciones tan complejas y una conciencia cívica tan desarrollada que sería erróneo esperar que todas estas tareas se cumplan de buenas a primeras, a un mismo tiempo, con sencillez y acierto. Pero nosotros no lo esperamos, sabemos estimar la importancia de la tenaz, lenta y a menudo imperceptible labor de educación política que siempre ha desplegado y seguirá desplegando la socialdemocracia. Mas tampoco debemos pecar de falta de fe en el pueblo, más peligrosa aún hoy día; debemos tener presente la inmensa fuerza educativa y organizadora de la revolución, cuando los ingentes acontecimientos históricos hacen salir de sus guaridas, desvanes y sótanos a los filisteos y los obligan a hacerse *ciudadanos*. Unos meses de revolución hacen a veces a ciudadanos con mayores celeridad y amplitud que decenios de estancamiento político. La misión de los lideres conscientes de la clase revolucionaria es ir

siempre por delante de ella en lo que se refiere a esa educación, explicar la importancia de las nuevas tareas y llamar adelante, hacia nuestra magna meta definitiva. Los reveses que nos aguardan y no podremos evitar en los intentos sucesivos de formar el ejército revolucionario y el gobierno provisional revolucionario no harán sino adiestrarnos en el cumplimiento *práctico* de estas tareas, no harán sino incorporar a su cumplimiento a fuerzas populares, nuevas y lozanas, que hoy están latentes.

Tomemos el arte militar. Ningún socialdemócrata que sepa algo de historia y haya estudiado a Engels, tan entendido en este arte, pondrá jamás en tela de juicio la inmensa importancia de los conocimientos militares, la enorme trascendencia del material de guerra y de la organización militar como instrumentos de los que se valen las masas populares y las clases del pueblo para ventilar los grandes choques de la historia. La socialdemocracia no ha caído nunca tan bajo como para jugar a las conjuras militares, nunca puso en primer plano los problemas militares mientras no se dieran las condiciones de una guerra civil comenzada*. Pero *ahora* todos los socialdemócratas han colocado los problemas militares, si no en primer término, sí en uno de los primeros y afirman que ha llegado el momento de estudiarlos y de que las masas populares los conozcan. El ejército revolucionario debe emplear en la práctica los conocimientos militares y los recursos castrenses para decidir toda la suerte ulterior del pueblo ruso, para resolver el problema primero y más urgente de todos, el problema de la libertad.

La socialdemocracia no ha considerado nunca ni considera la guerra desde un punto de vista sentimental. La condena en redondo como recurso atroz para zanjar las disensiones entre los seres humanos, pero sabe que las guerras son inevitables mientras la sociedad esté dividida en clases, mientras subsista la explotación del hombre por el hombre. Y para acabar con esta explotación no podremos prescindir de la guerra, que siempre y en todas partes es declarada por las propias clases explotadoras, dominantes y opresoras. Hay guerras y guerras. Hay guerras que son aventuras emprendidas en beneficio de los intereses de una dinastía, para satisfacer los apetitos de una banda de salteadores, para alcanzar los fines de los héroes del lucro capitalista. Hay guerras -y éstas son las únicas *legítimas* en la sociedad capitalista- dirigidas contra los opresores y esclavizadores del pueblo. Únicamente los utopistas o los filisteos pueden condenar estas guerras, alegando la fidelidad a los principios. Únicamente los burgueses que hacen traición a la libertad pueden hoy volver en Rusia la espalda a una guerra de este tipo, a una guerra por la libertad del pueblo. El proletariado ha dado comienzo en Rusia a esta gran guerra de liberación y sabrá continuarla, formando él mismo los destacamentos del ejército revolucionario y reforzando los destacamentos de soldados o marinos que se pasen a nuestro bando, atrayendo a los campesinos e inculcando a los nuevos *ciudadanos* de Rusia, que se forman y se templan en el fuego de la guerra civil, el heroísmo y el entusiasmo de los luchadores por la libertad y la dicha de la humanidad entera.

Ahora bien, la tarea de constituir el gobierno revolucionario es tan nueva, tan difícil y complicada como la de dar organización militar a las fuerzas de la revolución. Pero también puede y debe cumplirla el pueblo. Y cada revés parcial sufrido en este terreno motivará el perfeccionamiento de los métodos y los medios, consolidará y ampliará los resultados. El III Congreso del POSD de Rusia ha expuesto en una resolución las condiciones generales para el cumplimiento de la nueva tarea: ya es hora de examinar y preparar las condiciones prácticas de su cumplimiento. Nuestro partido tiene un programa mínimo, un programa acabado de transformaciones perfectamente realizables sin dilación alguna y sin rebasar los límites de la revolución democrática (es decir, burguesa), transformaciones imprescindibles para que el proletariado pueda seguir la lucha por la revolución socialista. Pero este programa contiene reivindicaciones fundamentales y reivindicaciones parciales que dimanan de las primeras o se presuponen. Lo que importa en cada tentativa de constituir el gobierno provisional revolucionario es plantear precisamente las reivindicaciones fundamentales para mostrar a todo el pueblo, incluso a las masas más atrasadas, en fórmulas concisas, con rasgos claros y bien definidos los fines y las tareas democráticas generales de este gobierno.

Creemos que se pueden señalar seis puntos fundamentales de ese tipo que deben llegar a ser la bandera política y el programa inmediato de todo gobierno revolucionario, que deben ganar la simpatía del pueblo para este gobierno y que deben concentrar toda la energía revolucionaria del pueblo como obra más urgente.

He aquí esos seis puntos: 1) Asamblea Constituyente elegida por todo el pueblo, 2) armamento del pueblo, 3) libertad política, 4) plena libertad a los pueblos oprimidos y mermados en sus derechos, 5) jornada de ocho horas y 6) comités revolucionarios campesinos. Esta es, por supuesto, sólo una enumeración aproximada, *los títulos* nada más, los nombres de toda una serie de transformaciones que hace falta llevar a cabo en el acto para conquistar la república democrática. No pretendemos agotar aquí el tema. Nos guía el solo propósito de exponer con claridad nuestra idea de la importancia que revisten ciertas tareas

---

* Compárese con *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, de Lenin, pág. 23, donde se dice que en 1897 no era oportuno plantear el problema de los métodos del ataque decisivo al zarismo. (Véase la presente edición, t. I. *N. de la Edit.*)

fundamentales. Es preciso que el gobierno revolucionario recabe el apoyo de la gente del pueblo, de las masas obreras y campesinas, sin el cual no podrá sostenerse; sin la iniciativa revolucionaria del pueblo será un cero, menos que un cero. Nuestro deber es prevenir al pueblo contra el fondo aventurero de las promesas altisonantes, pero absurdas (como es la de llevar a cabo en el acto la "socialización", que no comprenden ni los mismos que la proclaman), preconizando al mismo tiempo transformaciones que de veras se pueden realizar al punto y de veras son necesarias para consolidar la causa de la revolución. El gobierno revolucionario debe poner en pie al "pueblo" y *organizar* su energía revolucionaria. La libertad completa de los pueblos oprimidos, es decir, el reconocimiento de su autodeterminación política, y no sólo cultural, la aplicación de medidas imperiosas de protección de la clase obrera (y en primer orden, la jornada de ocho horas) y, por último, la garantía de medidas serias que beneficien a las masas campesinas sin reparar en el egoísmo de los terratenientes son, a juicio nuestro, los puntos principales que debe recalcar en especial todo gobierno revolucionario. No hablamos de los tres primeros puntos, ya que están demasiado claros para que requieran comentarios. Tampoco hablamos de la necesidad de realizar en la práctica transformaciones ni siquiera en un pequeño territorio conquistado, pongamos por caso, al zarismo; la realización práctica es mil veces más importante que cualquier manifiesto y también, claro está, mil veces más difícil. Llamamos a detener la atención sólo en que es preciso propagar ahora mismo y sin ninguna dilación por todos los medios la noción verdadera de nuestras tareas inmediatas, que atañen a todo el pueblo. Hay que saber hablar al pueblo -en el verdadero sentido de la palabra-, y no sólo para hacerle el llamamiento general a la lucha (suficiente en el período anterior a la formación del gobierno revolucionario), sino para incitarlo directamente a que lleve a cabo sin tardanza las transformaciones democráticas más radicales, a que las realice en el acto por su mano.

Ejército revolucionario y gobierno revolucionario son las dos caras de una medalla. Son dos instituciones igualmente necesarias para asegurar el éxito de la insurrección y consolidar sus frutos. Son dos consignas que han de ser lanzadas sin falta y explicadas como las únicas consecuentes y revolucionarias. En nuestro país hay ahora muchos que se denominan a sí mismos demócratas. Pero son más los de boca para fuera y menos los de veras. Abundan los vocingleros del Partido Demócrata Constitucionalista[181], pero escasean los demócratas *verdaderos* entre la decantada "sociedad", entre los zemstvos supuestamente democráticos, es decir, los que desean de corazón el poder soberano y completo del pueblo y son capaces de luchar a vida o muerte contra los enemigos de ese poder soberano, contra los defensores de la autocracia zarista.

La clase obrera no tiene esa cobardía ni esa hipócrita ambigüedad propias de la burguesía como clase. La clase obrera puede y debe ser democrática consecuente hasta el fin. Con la sangre que ha vertido en las calles de San Petersburgo, Riga, Libava, Varsovia, Lodz, Odesa, Bakú y muchas ciudades más ha demostrado su derecho a ser la vanguardia de la revolución democrática. Y en los momentos decisivos que atravesamos, también debe estar a la altura de esa gran función. Los proletarios conscientes que militan en el POSDR deben proclamar delante de todo el pueblo las consignas democráticas avanzadas sin olvidar un instante sus fines socialistas ni la independencia de su clase y de su partido. Para nosotros, para el proletariado, la revolución democrática no es más que el primer peldaño en el camino que lleva a emancipar por completo el trabajo de toda explotación, que lleva a la magna meta socialista. Por eso debemos subir lo antes posible este primer peldaño, por eso debemos deshacernos con la mayor energía de los enemigos de la libertad del pueblo y proclamar lo más alto posible las consignas de la democracia consecuente: ejército revolucionario y gobierno revolucionario.

Publicado el 10 de julio (27 de junio) de 1905 en el núm. 7 de "Proletari".

T. 10, págs. 335-344.

NOTAS.

1 *Iskra* ("La Chispa"): primer periódico marxista clandestino de toda Rusia, fundado por Lenin en el extranjero en 1900 y enviado en secreto al país. *Iskra* desempeñó un importante papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en la preparación de la unificación de las organizaciones socialdemócratas dispersas en un partido marxista revolucionario. Después de la escisión del partido en bolcheviques y mencheviques, operada en el II Congreso del POSDR (1903), *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (desde el número 52) y empezó a denominarse nueva *Iskra*, a diferencia de la vieja *Iskra* leninista.

La nueva *Iskra* dejó de ser órgano del marxismo revolucionario, y los mencheviques la convirtieron en órgano de lucha contra el marxismo y contra el partido, en tribuna del oportunismo.

2 En la primavera y en el verano de 1901 las organizaciones socialdemócratas en el extranjero (Unión de Socialdemócratas Rusos, Comité del Bund en el Extranjero, Organización Revolucionaria Sotsial-Demokrat y la sección de la organización de *Iskra* y *Zariá* en el extranjero) mantuvieron conversaciones, a iniciativa y con la mediación del grupo Borbá, para llegar a un acuerdo y a la unificación. Con el fin de preparar el congreso, en el que debía efectuarse la unificación, en junio de 1901 se convocó en Ginebra una conferencia de representantes de estas organizaciones (por eso se la llama Conferencia de junio o de Ginebra). En esta conferencia se redactó una resolución ("acuerdo conforme a los principios") que tenía por necesario consolidar todas las organizaciones socialdemócratas y censuraba el oportunismo en todos sus matices y manifestaciones: "economismo", bernsteinianismo, millerandismo, etc. Sin embargo, el nuevo viraje de la Unión de Socialdemócratas Rusos y de su órgano *Rabócheie Dielo* al oportunismo predeterminó el fracaso de las tentativas de unificación.

El Congreso de "unificación" de las organizaciones del POSDR en el extranjero se celebró el 21 y el 22 de septiembre (4 y 5 de octubre) de 1901 en Zúrich. Estuvieron representadas en este congreso la organización de *Iskra* y *Zariá*, la Organización Revolucionaria Sotsial-Demokrat, la Unión de Socialdemócratas Rusos y el grupo Borbá. Debido a que en el congreso se aprobaron acuerdos oportunistas, la parte revolucionaria del mismo (los miembros de las organizaciones de *Iskra*, *Zariá* y Sotsial-Demokrat) hicieron pública una declaración sobre la imposibilidad de llegar a la unificación y abandonaron el congreso.

3 "*Rabócheie Dielo*" ("La Causa Obrera"): revista no periódica, órgano de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero. Se editó en Ginebra desde abril de 1899 hasta febrero de 1902 y aparecieron doce números (nueve volúmenes). La redacción de *Rabócheie Dielo* era el centro de los "economistas" en el extranjero. *Rabócheie Dielo* apoyaba el lema bernsteiniano de "libertad de crítica" del marxismo. En el II Congreso del POSDR, los adeptos de *Rabócheie Dielo* representaban el ala oportunista de extrema derecha del partido.

4 "*Economismo*": corriente oportunista que existió en la socialdemocracia de Rusia a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Los "economistas" limitaban las tareas de la clase obrera a la lucha económica por el aumento de los salarios, por la mejora de las condiciones de trabajo, etc., afirmando que la lucha política era dominio de la burguesía liberal. Negaban el papel dirigente del partido de la clase obrera, creídos de que el partido debe sólo contemplar el proceso espontáneo del movimiento y registrar los acontecimientos. Al rendir pleitesía al movimiento obrero espontáneo, los "economistas" minimizaban la importancia de la teoría revolucionaria, afirmando que la ideología socialista puede brotar del movimiento obrero espontáneo.

5 *Rabóchaya Gazeta* ("La Gaceta Obrera"): órgano clandestino del grupo de socialdemócratas de Kiev; aparecieron dos números, en agosto y diciembre de 1897. El I Congreso del POSDR (marzo de 1898) reconoció a *Rabóchaya Gazeta* como órgano oficial del partido. Después del congreso fueron detenidos los miembros del Comité Central y de la redacción de *Rabóchaya Gazeta* y asaltada la imprenta en que se editaba; a causa de ello, el número 3 del periódico, ya en prensa, no vio la luz. En 1899 se intentó reanudar la edición de *Rabóchaya Gazeta*; de esta tentativa habla Lenin en la sección "a" del capítulo quinto de *¿Qué hacer?* (véase el presente volumen.).

6 *Lassalleanos* y *eisenacheanos*: dos partidos del movimiento obrero alemán de la década del 60 y comienzos de la del 70 del siglo XIX que estuvieron en tenaz pugna, principalmente, por problemas de táctica y, ante todo, por la cuestión más palpitante de la vida política de aquellos años en Alemania: la de las vías de su reunificación.

Lassalleanos: partidarios y secuaces del socialista pequeñoburgués alemán F. Lassalle, miembros de la Asociación General de los Obreros Alemanes, fundada en 1863 en el congreso de las sociedades obreras celebrado en Leipzig. Su primer presidente fue Lassalle, que expuso el programa y los fundamentos de la táctica de la Asociación. La Asociación General de los Obreros Alemanes adoptó por programa político suyo la lucha en pro del sufragio universal y, por programa económico, la creación de asociaciones obreras de producción subsidiadas por el Estado. Lassalle y sus partidarios apoyaban en su labor práctica la política de nación

dominante de Bismarck. C. Marx y F. Engels criticaron reiteradas veces y con dureza la teoría, la táctica y los principios de organización de los lassalleanos como corriente oportunista en el movimiento obrero alemán.

Eisenacheanos: miembros del Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania, fundado en 1869 en el Congreso Constituyente de Eisenach. Encabezaban a los eisenacheanos Augusto Bebel y Guillermo Liebknecht, que se hallaban bajo la influencia ideológica de C. Marx y F. Engels. En el programa de los eisenacheanos se decía que el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania se tenía por "sección de la Asociación Internacional de los Trabajadores y comparte sus aspiraciones". Respecto a la unificación de Alemania, los eisenacheanos defendían la "vía democrática y proletaria, oponiéndose a que se hiciera la menor concesión al prusianismo, al régimen de Bismarck, al nacionalismo" (V. I. Lenin, *Obras Completas*, 5a ed. en ruso, t. 23, pág. 365).

La fundación del Imperio alemán en 1871 suprimió la discrepancia principal entre lassalleanos y eisenacheanos en materia de táctica, y en 1875, bajo el impacto del incremento del movimiento obrero y de la acentuación de las represiones gubernamentales, ambos partidos se fusionaron en el Congreso de Gotha, constituyendo el Partido Socialista Obrero de Alemania (posteriormente, el Partido Socialdemócrata Alemán).

7 *Guesdistas y posibilistas*: corrientes revolucionaria y oportunista del movimiento socialista francés que formaron en 1882, después de la escisión del Partido Obrero de Francia, en su congreso de Saint-Etienne, dos partidos.

Guesdistas: partidarios de Julio Guesde y Pablo Lafargue, corriente marxista de izquierda que propugnaba una política proletaria revolucionaria independiente. Los guesdistas conservaron la denominación de Partido Obrero de Francia y siguieron apoyando el programa del partido, aprobado en 1880 en El Havre y escrito por Marx (la parte teórica). Tenían gran influencia en los centros industriales de Francia y unieron a los elementos avanzados de la clase obrera. En 1901 los guesdistas formaron el Partido Socialista de Francia.

Posibilistas (P. Brousse, B. Malon y otros): corriente reformista pequeñopurguesa que desviaba al proletariado de los métodos revolucionarios de lucha. Los posibilistas constituyeron el Partido Socialrevolucionario Obrero, negaban el programa revolucionario y la táctica revolucionaria del proletariado, velaban las metas socialistas del movimiento obrero y proponían limitar la lucha de los obreros a lo "posible", de donde procede la denominación del partido. La influencia de los posibilistas se extendía principalmente a las zonas más atrasadas en el aspecto económico de Francia y a los sectores menos desarrollados de la clase obrera. En 1902, los posibilistas fundaron con otros grupos reformistas el Partido Socialista Francés encabezado por J. Jaures.

En 1905, el Partido Socialista de Francia y el Partido Socialista Francés se unificaron en un solo Partido Socialista Francés. Durante la guerra imperialista de 1914-1918, la dirección de este partido (Guesde, Sambat y otros) traicionó la causa de la clase obrera y se pasó a las posiciones del socialchovinismo.

8 *Fabianos*: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. Esta Sociedad debe su nombre al caudillo romano del siglo III a. n. e. Fabio Cunctátor (El Contemporizador), llamado así por su táctica expectante que consistía en rehuir los combates decisivos en la guerra contra Aníbal. Los miembros de la Sociedad Fabiana eran principalmente intelectuales de la burguesía: hombres de ciencia, escritores y políticos (S. y B. Webb, Bernardo Shaw, Ramsay MacDonald y otros); negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista y afirmaban que el paso del capitalismo al socialismo es posible mediante reformas y transformaciones paulatinas de la sociedad. En 1900 la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista.

Socialdemócratas: Lenin se refiere a los miembros de la Federación Socialdemócrata de Inglaterra, fundada en 1884. A la par con los reformistas (Hyndman y otros) y los anarquistas, formaba parte de la Federación Socialdemócrata de Inglaterra un grupo de socialdemócratas revolucionarios partidarios del marxismo (Harry Quelch, Tomás Mann, Edward Aveling, Eleonora Marx y otros), que constituían el ala izquierda del movimiento socialista de Inglaterra. F. Engels criticó duramente a la Federación Socialdemócrata de Inglaterra por su dogmatismo y su sectarismo, por apartarse del movimiento obrero de masas de Inglaterra y por dar de lado sus peculiaridades. En 1907, la Federación Socialdemócrata de Inglaterra empezó a llamarse Partido Socialdemócrata. Este, junto con los elementos de izquierda del Partido Obrero Independiente, formó en 1911 el Partido Socialista Británico; en 1920, la mayoría de sus afiliados tomó parte en la fundación del Partido Comunista de la Gran Bretaña.

9 *Partidarios de Libertad del Pueblo*, organización revolucionaria secreta de los populistas terroristas fundada en agosto de 1879.

El objetivo inmediato de los partidarios de Libertad del Pueblo era el derrocamiento de la autocracia y la Después de una serie de atentados frustrados, el 1 de marzo de 1881 fue asesinado el zar Alejandro II. Los organizadores del atentado fueron ejecutados, siguiendo luego una serie de procesos judiciales. Poco después cesó la actividad de Libertad del Pueblo. La teoría y la táctica erróneas y la falta de amplias relaciones con las masas populares determinaron el fracaso de esta organización, pese a la abnegación y al heroísmo de sus adeptos.

Socialdemócratas: se refiere a los marxistas rusos J. Plejánov, V. Lenin y otros que, en los años 80 y 90 del siglo pasado, criticaban en sus libros y artículos la ideología y los métodos de lucha política de los adeptos de Libertad del Pueblo.

10 *Ministerialistas franceses* (millerandistas):

partidarios del socialista francés A. Millerand que, en 1899, entró a formar parte del gobierno reaccionario burgués de Waldeck-Rousseau.

11 *Bernsteinianos*: partidarios de una corriente oportunista en la socialdemocracia alemana e internacional surgida a fines del siglo XIX y bautizada con el nombre del socialdemócrata alemán Eduardo Bernstein.

Entre 1896 y 1898 Bernstein publicó en la revista *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"), órgano teórico de la socialdemocracia alemana, una serie de artículos reunidos bajo el título común de *Problemas del socialismo*, en los que intentó revisar, so capa de "libertad de crítica", las bases filosóficas, económicas y políticas del marxismo revolucionario y sustituirlas con las teorías burguesas de la conciliación de las contradicciones de clase y de la colaboración de las clases. Las ideas de Bernstein fueron apoyadas por el ala derecha de la socialdemocracia alemana y por los elementos oportunistas de otros partidos de la II Internacional.

12 *Los críticos rusos*: partidarios del bernsteinianismo en Rusia y "marxistas legales" (Struve, Bulgákov, Berdiáiev, etc.) que, escudándose con la consigna de "libertad de crítica", exigían que se revisara la teoría de Marx y se renunciase a la lucha por el socialismo, por la revolución socialista y la dictadura del proletariado.

13 *Júpiter y Minerva*: Dioses del panteón de Roma antigua. Júpiter es el dios del cielo y de los truenos, la deidad suprema del Estado romano; Minerva es la diosa de la guerra y la protectora de los oficios, de las ciencias y las artes.

14 *La Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero* se fundó en Ginebra en 1894 a iniciativa del grupo Emancipación del Trabajo, al cual se encargó redactar las publicaciones de dicha Unión. El I Congreso del POSDR (marzo de 1898) reconoció a la Unión por representante del partido en el extranjero. Pero más adelante predominaron en la Unión los elementos oportunistas: los "economistas", llamados también los "jóvenes". La Unión empezó a editar en abril de 1899 la revista de los "economistas" *Rabócheie Dielo*.

El grupo Emancipación del Trabajo condenó la línea oportunista de la Unión y se negó a redactar sus publicaciones.

En el II Congreso de la Unión (1900) se produjo una escisión; el grupo Emancipación del Trabajo y sus adeptos abandonaron el congreso y formaron la organización independiente Sotsial-Demokrat. El II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, acordó disolver la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero.

15 *Zariá* ("La Aurora"): revista político-científica marxista, editada en 1901-1902 en Stuttgart por la redacción de *Iskra*. Sólo aparecieron cuatro números (tres volúmenes).

La revista *Zariá* criticó el revisionismo internacional y ruso y defendió los fundamentos teóricos del marxismo.

16 *Montaña y Gironda*: denominación de dos grupos políticos de la burguesía durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Se llamaba *Montaña* a los jacobinos, los representantes más decididos de la burguesía, la clase revolucionaria de aquel tiempo, que propugnaban la necesidad de acabar con el absolutismo y el feudalismo. Los *girondinos*, a diferencia de los jacobinos, vacilaron entre la revolución y la contrarrevolución y siguieron la senda de las componendas con la monarquía.

Lenin llamó *Gironda socialista* a la corriente oportunista de la socialdemocracia, y *Montaña*, jacobinos proletarios, a los socialdemócratas revolucionarios. Después de la escisión del POSDR en bolcheviques y mencheviques, Lenin subrayó a menudo que los mencheviques representaban la corriente girondina en el movimiento obrero.

17 *Demócratas-constitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia, fundado en octubre de 1905 por elementos de la burguesía, terratenientes e intelectuales burgueses. Los demócratas-constitucionalistas se atribuyeron, para engañar a las masas, la falsa denominación de "partido de la libertad popular"; en realidad no iban más allá de reclamar la monarquía constitucional. Durante la primera guerra mundial (1914-1918) apoyaban activamente la política exterior de anexiones del gobierno zarista. Durante la revolución democrático-burguesa de febrero procuraron salvar la monarquía. Desde la posición dirigente que ocupaban en el Gobierno Provisional burgués, los demócratas-constitucionalistas aplicaban una política antipopular y contrarrevolucionaria. Después de triunfar la Gran Revolución Socialista de Octubre, los demócratas-constitucionalistas fueron enemigos inconciliables del Poder soviético.

18 Los "*sin título*": grupo semimenchevique, semidemócrata-constitucionalista de los intelectuales burgueses rusos, formado en el período de descenso de la revolución de 1905-1907. Tomó su nombre del semanario político *Bez Zaglavia* ("Sin Título") que se editó de enero a mayo de 1906 en San Petersburgo bajo la dirección de S. Prokopóvich. Encubriéndose con su imparcialidad formal, los "sin título" defendían las ideas del liberalismo burgués y del oportunismo y apoyaban a los revisionistas de la socialdemocracia de Rusia e internacional.

19 *Mencheviques*: partidarios de la corriente oportunista pequeñoburguesa de la socialdemocracia de Rusia. En las elecciones de los organismos centrales del partido, en el II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría ("bolshinstvó", y de ahí su denominación de bolcheviques), y los oportunistas, la minoría ("menshinstvó", y de ahí su denominación de mencheviques). Durante la revolución de 1905-1907 los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía del proletariado en la revolución, contra la alianza de la clase obrera y de los campesinos, y exigían el acuerdo con la burguesía liberal, a la que se debía entregar, a juicio de ellos, la dirección de la revolución. Durante la

reacción que siguió a la derrota de la revolución de 1905-1907, la mayoría de los mencheviques se hizo liquidadora y reclamó la liquidación del partido revolucionario ilegal de la clase obrera. Después del triunfo de la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917, los mencheviques entraron en el Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista y lucharon contra la revolución socialista que se estaba preparando. Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, organizador de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético y participante en ellos.

20 *La Comuna de París de 1871*: primer experimento conocido en la historia de la dictadura del proletariado, gobierno revolucionario de la clase obrera; fue creada por la revolución proletaria en París y existió setenta y dos días: desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.

21 *La Ley de excepción contra los socialistas* fue promulgada en Alemania por el gobierno de Bismarck en 1878 para luchar contra el movimiento obrero y socialista. Prohibía todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata", las organizaciones obreras de masas y la prensa obrera; fueron confiscadas las publicaciones socialistas y se persiguió y expulsó a los socialdemócratas. En 1890, bajo la presión del creciente movimiento obrero de masas, la Ley de excepción contra los socialistas fue derogada.

22 Del 27 al 29 mayo de 1877 se celebró en Gotha el Congreso ordinario del Partido Socialista Obrero de Alemania. En este congreso, al discutirse el problema de la prensa del partido fueron rechazados los intentos de algunos delegados (Most, Vahlteich) de censurar al periódico *Vorwärts* ("Adelante") , órgano central del partido por haber publicado los artículos de Engels contra Dühring (editados en 1878 en libro aparte con el título *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugenio Dühring*), así como al mismo Engels por la dureza de su polémica.

23 "*Vorwärts*" ("Adelante"): diario, órgano central de la socialdemocracia alemana; aparecía en Berlín desde 1891. Engels combatió desde sus páginas toda manifestación de oportunismo. A partir de la segunda mitad de los años 90, después de la muerte de Engels, la redacción de Vorwärts se vio en manos del ala derecha del partido y publicó regularmente artículos de los oportunistas que predominaban en la socialdemocracia alemana y en la II Internacional. Durante la primera guerra mundial, Vorwärts mantuvo una posición socialchovinista. Dejó de existir en 1933.

24 *Socialistas de cátedra*: representantes de una tendencia de la economía política burguesa de los años 70 y 80 del siglo XIX que, so capa de socialismo, predicaban el reformismo liberal burgués desde las cátedras universitarias. Afirmaban que el Estado burgués está por encima de las clases, puede conciliar las clases antagónicas e ir implantando poco a poco el "socialismo" sin lesionar los intereses de los capitalistas y teniendo en cuenta, en la medida de lo posible, las reivindicaciones de los trabajadores. En Rusia propugnaban las ideas de los socialistas de cátedra los "marxistas legales".

25 *Nozdriov*: personaje de la obra de Gógol *Las almas muertas*, tipo de terrateniente pendenciero y estafador. Gógol denominó a Nozdriov hombre "histórico" porque, dondequiera que aparecía, se producían "historias" y escándalos.

26 Lenin se refiere a la resolución *Ataques contra las ideas fundamentales y la táctica del partido*, aprobada por el Congreso de Hannover del Partido Socialdemócrata Alemán, que se celebró del 9 al 14 de octubre de 1899. Presentó el informe oficial sobre esta cuestión A. Bebel. El congreso aprobó por mayoría absoluta la resolución propuesta por Bebel, la cual rechazaba las tentativas de revisar las bases teóricas y tácticas de la socialdemocracia. Sin embargo, en ella no se criticaba duramente a los bernsteinianos, razón por la cual Bernstein y sus partidarios votaron a favor de ella.

27 Lenin alude a la resolución del Congreso de Lübeck del Partido Socialdemócrata Alemán (22-28 de septiembre de 1901) contra Bernstein, el cual, después del Congreso de Hannover de 1899, lejos de cesar en sus ataques al programa y la táctica de la socialdemocracia, los recrudeció e incluso los sacó fuera del partido.

Durante los debates y en la resolución propuesta por Bebel (que el congreso aprobó por gran mayoría) se hizo a Bernstein una advertencia expresa. El congreso rechazó la contrarresolución del oportunista Heine, que reclamaba "libertad de crítica" y silenciaba el problema de Bernstein. Sin embargo, el Congreso de Lübeck no se planteó como una cuestión de principio la incompatibilidad de la revisión del marxismo con la pertenencia al Partido Socialdemócrata.

28 *El Congreso de Stuttgart del Partido Socialdemócrata Alemán*, celebrado del 3 al 8 de octubre de 1898, discutió por vez primera el problema del revisionismo en sus filas. En el congreso se dio lectura a una declaración de Bernstein, que no asistía, en la cual exponía y defendía sus concepciones oportunistas, manifestadas ya antes en una serie de artículos. En el congreso no hubo unidad entre los adversarios de Bernstein. A. Bebel, C. Kautsky y otros se pronunciaban en pro de la lucha ideológica y de la crítica de los errores de Bernstein, pero estaban en contra de aplicarle medidas disciplinarias. La minoría, encabezada por Rosa Luxemburgo, se pronunció contra el bernsteinianismo de manera más enérgica.

29 "*Marxismo legal*": deformación liberal burguesa del marxismo que surgió como corriente sociopolítica independiente en los años 90 del siglo XIX entre la intelectualidad liberal burguesa de Rusia. El marxismo había cobrado por entonces bastante difusión, y los intelectuales burgueses empezaron a propagar ampliamente, so capa de marxismo, sus ideas en los periódicos y revistas legales. Por eso recibieron la denominación de "marxistas legales".

30 *Un escritor envanecido*: título de uno de los

primeros relatos de Máximo Gorki.

31 Lenin se refiere a la recopilación *Datos sobre el desarrollo económico de Rusia*, publicada con una tirada de 2.000 ejemplares en una imprenta legal en abril de 1895. La recopilación contenía el artículo de Lenin *El contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve* (*El reflejo del marxismo en las publicaciones burguesas*), dirigido contra los "marxistas legales".
El gobierno zarista prohibió la difusión de la recopilación y, al cabo de un año, la confiscó y quemó. Sólo se logró salvar unos cien ejemplares, que fueron repartidos clandestinamente entre los socialdemócratas de San Petersburgo y otras ciudades.

32 Se alude al libro de Bernstein *Premisas del socialismo y tareas de la socialdemocracia*, que revisaba el marxismo revolucionario en un espíritu reformista burgués. Se editó en ruso en 1901 con distintos títulos: 1) *Materialismo histórico*, 2) *Problemas sociales*, 3) *Problemas del socialismo y tareas de la socialdemocracia*.
Eróstrato: pastor de la antigua Efeso, en Asia Menor, que, según la leyenda, incendió en el año 356 a. n. e. el templo de Diana, tenido por una de las siete maravillas del mundo, con el único fin de dar fama a su nombre.

33 Lenin escribió la *Protesta de los socialdemócratas de Rusia* en agosto de 1899, cuando se encontraba desterrado. Estaba enfilada contra el *Credo*, manifiesto de un grupo de "economistas" (S. N. Prokopóvich, E. D. Kuskova y otros que luego se hicieron demócratas-constitucionalistas).
La Protesta fue discutida y aprobada unánimemente en una reunión de diecisiete marxistas desterrados, convocada por Lenin en la aldea de Ermakóvskoe (comarca de Minusinsk). Las colonias de deportados en Turujansk y Orlovo (provincia de Viatka) se adhirieron a la *Protesta*, que Lenin envió después al extranjero al grupo Emancipación del Trabajo. A comienzos de 1900 fue reproducida por Plejánov en la recopilación *Vademécum para la redacción de* "*Rabócheie Dielo*".

34 *Rabóchaya Mysl* ("El Pensamiento Obrero"): periódico de los "economistas"; se publicó en el extranjero (a partir del número 3) desde octubre de 1897 hasta diciembre de 1902. Aparecieron dieciséis números. Lenin critica las ideas de *Rabóchaya Mysl* como variedad rusa del oportunismo internacional en varias obras suyas, sobre todo en los artículos publicados en *Iskra* y en el presente trabajo.

35 *"Vademécum para la redacción de "Rabócheie Dielo". Recopilación editada por el grupo Emancipación del Trabajo, con un prefacio de J. Plejánov* (Ginebra, febrero de 1900) estaba dirigido contra el oportunismo en las filas del POSDR, principalmente contra el "economismo" de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero y su órgano, la revista *Rabócheie Dielo*.

36 "*Profession de foi*" (profesión de fe, programa, exposición de concepciones): hoja escrita a fines de 1899 para exponer las concepciones oportunistas del comité de Kíev del POSDR. Su contenido coincidía en mucho con el conocido *Credo* de los "economistas".

37 "*Suplemento especial de* "*Rabóchaya Mysl*"": folleto editado por la redacción del órgano de los "economistas" *Rabóchaya Mysl* en septiembre de 1899. El folleto, en particular el artículo *Nuestra realidad*, firmado por R. M., exponía sin ambages concepciones oportunistas.

38 *Grupo Emancipación del Trabajo*: primer grupo marxista ruso fundado por J. Plejánov en 1883 en Suiza. Realizó una gran labor de difusión del marxismo en Rusia. Se le debe la traducción al ruso, la edición en el extranjero y la difusión en Rusia de obras de Marx y Engels, así como la divulgación del marxismo en sus publicaciones. El grupo Emancipación del Trabajo asestó un rudo golpe al populismo. Dos proyectos de programa de los socialdemócratas rusos (1888 y 1885), escritos por Plejánov y editados por Emancipación del Trabajo, fueron un paso importante en la preparación y fundación del partido socialdemócrata en Rusia.
El grupo Emancipación del Trabajo entabló relaciones con el movimiento obrero internacional y, a partir del primer congreso de la II Internacional, celebrado en París en 1889, representaba a la socialdemocracia de Rusia en todos sus congresos. Pero incurrió también en graves errores: sobrestimó el papel de la burguesía liberal y subestimó la fuerza revolucionaria del campesinado como reserva de la revolución proletaria. Estos errores fueron el embrión de las futuras ideas mencheviques de Plejánov y otros miembros del grupo.

39 *El III Congreso de la Unión de Socialdemócratas Rusos* se celebró en la segunda mitad de septiembre de 1901 en Zúrich. En él se aprobaron enmiendas y adiciones al proyecto de acuerdo de unificación de las organizaciones de socialdemócratas rusos en el extranjero, preparado por la Conferencia de Ginebra en junio del mismo año. El congreso aprobó también las instrucciones para la redacción de *Rabócheie Dielo*, que estimulaban a los revisionistas. Los acuerdos del congreso pusieron de manifiesto la preponderancia de las tendencias oportunistas entre los dirigentes de la Unión y la negativa de éstos a cumplir las resoluciones de la Conferencia de junio.

40 Véase la carta de Carlos Marx a W. Bracke del 5 de mayo de 1875.

41 *Programa de Gotha*: programa aprobado por el Partido Socialista Obrero de Alemania en su Congreso de Gotha (1875), en el que se unificaron los dos partidos socialistas alemanes existentes hasta entonces: los eisenacheanos y los lassalleanos. El programa adolecía de eclecticismo y era oportunista, ya que los eisenacheanos hicieron concesiones a los lassalleanos en las cuestiones más importantes y aceptaron sus fórmulas. Marx y Engels sometieron el proyecto de programa de Gotha a una crítica demoledora, viendo en él un considerable paso atrás en comparación con el programa de Eisenach, aprobado en 1869.

42 *Proudhonismo*: corriente del socialismo pequeñoburgués hostil al marxismo, a la que se dio

el nombre de su ideólogo, el anarquista francés Pedro José Proudhon. Proudhon criticaba duramente el capitalismo, pero no veía la salida en la destrucción del modo capitalista de producción que engendra ineluctablemente la miseria, la desigualdad y la explotación de los trabajadores, sino en "perfeccionar" él capitalismo y eliminar sus defectos y abusos mediante una serie de reformas. Proudhon soñaba con eternizar la pequeña propiedad privada, proponía organizar un "Banco del Pueblo" y un "Banco de Cambio", con ayuda de los cuales podrían los obreros, según él, adquirir medios de producción propios, hacerse artesanos y asegurar la venta "equitativa" de sus productos. No comprendía la misión histórica del proletariado, adoptaba una actitud negativa entre la lucha de clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado y negaba con criterio anarquista la necesidad del Estado. Marx y Engels llevaban una lucha consecuente contra las tentativas de Proudhon de imponer sus opiniones a la I Internacional. La enérgica lucha de Mane, Engels y sus partidarios contra el proudhonismo en la I Internacional acabó en la victoria completa del marxismo.

43 Lenin se refiere a la huelga de masas de los tejedores de San Petersburgo en 1896. Motivó la huelga la negativa de los fabricantes a pagar a los obreros el salario completo. La huelga empezó el 23 de mayo en la manufactura de Kalinkin y se extendió rápidamente a todas las fábricas textiles de San Petersburgo y, más tarde, a las grandes empresas de construcción de maquinaria y a otras empresas. El proletariado petersburgués se alzó por primera vez en amplio frente a la lucha contra los explotadores. Participaron en la huelga más de 30.000 obreros y la dirigió la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo.

Las huelgas petersburguesas contribuyeron a que se desarrollara el movimiento obrero en Moscú y en otras ciudades de Rusia, obligaron al gobierno zarista a acelerar la revisión de las leyes fabriles y promulgar la ley del 2 (14) de junio de 1897 sobre la reducción de jornada hasta once horas y media en las fábricas y talleres.

44 *La Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera*, organización clandestina fundada por V. I. Lenin, A. A. Vanéiev, P. K. Zaporózhets y otros en otoño de 1895 en San Petersburgo, agrupaba a unos veinte círculos obreros marxistas. Toda su labor se basaba en los principios del centralismo y en una rigurosa disciplina. La Unión de Lucha dirigía el movimiento obrero y concertaba la lucha de los obreros por reivindicaciones económicas con la lucha política contra el zarismo. Era, según expresión de Lenin, el embrión del partido revolucionario de la clase obrera. En diciembre de 1895 Lenin y otros dirigentes de la Unión de Lucha fueron detenidos por el gobierno zarista y luego deportados a Siberia. A la dirección de la Unión de Lucha subieron los denominados "jóvenes", que predicaban las ideas del "economismo".

45 "*Rússkaya Stariná*" ("La Antigüedad Rusa"): revista de historia que apareció mensualmente en San Petersburgo desde 1870 hasta 1918. En ella se dedicaba mucho espacio a la publicación de memorias, diarios, apuntes y cartas de estadistas de Rusia y de figuras destacadas de la cultura, así como de documentos diversos.

46 Se alude a la represión de que fueron víctimas los huelguistas de la Gran Manufactura de Yaroslavl el 27 de abril (9 de mayo) de 1895. La huelga, en la que participaron 4.000 obreros, fue provocada por la decisión de la administración de establecer nuevas tarifas que reducían los salarios. La huelga fue aplastada con ensañamiento.

El artículo sobre la huelga de Yaroslavl de 1895 lo escribió Lenin; no se ha encontrado todavía.

47 "*Sankt-Petersburgski Rabochi Listok*" ("Boletín Obrero de San Petersburgo"): órgano ilegal de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo. Se publicaron dos números: el primero, en febrero (con fecha de enero) de 1897, impreso en Rusia, y el segundo, en septiembre del mismo año, en Ginebra.

48 Se trata del *Manifiesto del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia*, publicado en 1898 por encargo del I Congreso del POSDR y, en nombre suyo, por el Comité Central del POSDR. El Manifiesto planteaba la lucha por la libertad política y el derrocamiento de la autocracia como tarea principal de la socialdemocracia rusa y ligaba la lucha política con las tareas generales del movimiento obrero.

49 La "*reunión privada*" a que alude Lenin se celebró en San Petersburgo entre el 14 y el 17 de febrero (26 de febrero y 1 de marzo) de 1897. Asistieron los "viejos": V. I. Lenin, A. A. Vanéiev, G. M. Krzhizhanovski y otros miembros de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de San Petersburgo, puestos en libertad por tres días antes de salir para su lugar de deportación en Siberia, y los "jóvenes", que dirigían la Unión después de haber sido detenido Lenin.

50 "*Listok "Rabótnika"*" ("La Hoja de El Trabajador""): publicación no periódica de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, editada en Ginebra desde 1896 hasta 1898. Vieron la luz diez números, incluidos los ocho primeros dirigidos por el grupo Emancipación del Trabajo. En vista de que la mayoría de los miembros de la Unión se pasó al "economismo", el grupo Emancipación del Trabajo se negó a dirigir las publicaciones de la Unión, por lo que los números 9 y 10 de Listok (noviembre de 1898) aparecieron bajo la dirección de los "economistas".

51 *Artículo de V. I-n*: Vladímir Ivanshin, uno de los líderes del "economismo".

52 Los gendarmes zaristas vestían uniforme azul.

53 *V. V.*: seudónimo de Vasili Vorontsov, uno de los ideólogos del populismo liberal de los años 80 y 90 del siglo XIX. Lenin denomina "V. V. de la socialdemocracia rusa" a los representantes del "economismo", corriente oportunista en la socialdemocracia de Rusia.

54 *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"): revista teórica del Partido Socialdemócrata Alemán que apareció

en Stuttgart de 1883 a 1923. En ella se publicaron algunos artículos de Marx y Engels. Engels ayudó siempre con sus consejos a la redacción de la revista y la criticó a menudo por apartarse del marxismo. Desde la segunda mitad de los años 90 se empezó a insertar regularmente en ella artículos revisionistas.

55 En el *Congreso de Viena del Partido Socialdemócrata Austriaco* (2-6 de noviembre de 1901) se aprobó, en sustitución del viejo programa, el nuevo programa del partido, que preparó una comisión especial por encargo del Congreso de Brünn (1899), se hicieron serias concesiones al bernsteinianismo.

56 Se trata del *zubatovismo*, tentativa de los gendarmes zaristas de crear "asociaciones obreras" dirigidas por testaferros de la gendarmería con objeto de apartar a los obreros de la lucha política contra la autocracia. El iniciador de la creación de esas asociaciones fue el coronel de la gendarmería S. V. Zubátov. La primera organización zubatoviana se fundó en Moscú en mayo de 1901 con la denominación de Sociedad de Ayuda Mutua de los Obreros en la Industria Mecánica. Organizaciones zubatovianas se crearon asimismo en San Petersburgo, Minsk, Kíev y otras ciudades.

Al denunciar el carácter reaccionario del zubatovismo, los socialdemócratas revolucionarios utilizaron las organizaciones obreras legales para incorporar a la lucha contra la autocracia a vastos sectores de la clase obrera. Bajo la influencia del creciente movimiento revolucionario, el gobierno zarista se vio obligado en 1903 a liquidar las organizaciones zubatovianas.

57 *Los sindicatos de Hirsch-Duncker*, sindicatos reformistas de Alemania, fueron fundados en 1868 por estos dos dirigentes del partido progresista burgués. Al predicar la "armonía" de intereses del trabajo y el capital, los organizadores de los sindicatos Hirsch-Duncker creían posible admitir en ellos a capitalistas y obreros y negaban la conveniencia de la lucha huelguística. Afirmaban que era posible librar a los obreros del yugo del capital en el marco de la sociedad capitalista, mediante la legislación del Estado burgués y con la ayuda de los sindicatos; veían la misión principal de éstos en el arbitraje entre los obreros y los patronos y en la recaudación de dinero. Su labor se limitaba fundamentalmente a las mutualidades y a las organizaciones culturales y de enseñanza.

58 *Grupo de Autoemancipación de los Obreros*: pequeño grupo de "economistas" que se formó en San Petersburgo en el otoño de 1898 y existió varios meses. En junio de 1899 publicó en la revista *Nakanunie* un manifiesto fechado en marzo de 1899 con la exposición de sus objetivos, así como sus estatutos y varias proclamas dirigidas a los obreros.

59 "*Nakanunie*" ("La Víspera"): revista mensual de orientación populista; se publicaba en Londres en ruso desde enero de 1899 hasta febrero de 1902, apareciendo 37 números.

60 *Populismo*: corriente pequeñoburguesa en el movimiento revolucionario ruso surgida en los años 60 y 70 del siglo XIX. Los populistas propugnaban el derrocamiento de la autocracia y la entrega de la tierra de los latifundistas a los campesinos. Se consideraban socialistas, pero su socialismo era utópico.

Los populistas negaban el desarrollo regular de las relaciones capitalistas en Rusia y, de conformidad con ello, consideraban que la principal fuerza revolucionaria era el campesinado y no el proletariado. Según ellos, la comunidad rural era el embrión del socialismo. Negaban asimismo el papel de las masas populares en el proceso histórico y afirmaban que la historia la hacen los grandes hombres, "los héroes", que eran contrapuestos a la multitud, inerte según el populismo. Deseosos de alzar a los campesinos a la lucha contra la autocracia, los populistas iban a las aldeas, "al pueblo" (y de ahí su denominación), pero no encontraban apoyo allí.

El populismo atravesó en Rusia por una serie de etapas, evolucionando de la democracia revolucionaria al liberalismo.

En los años 80-90, los populistas emprendieron la senda de la conciliación con el zarismo, expresaban los intereses de los campesinos ricos y lucharon contra el marxismo.

61 Se alude al periódico *Der Socialdemokrat* ("El Socialdemócrata"): órgano central del Partido Socialdemócrata Alemán durante el período de vigencia de la Ley de excepción contra los socialistas. Se publicó en Zúrich desde septiembre de 1879 hasta septiembre de 1888, y en Londres desde octubre de 1888 hasta septiembre de 1890.

62 Jorge Plejánov publicó con el seudónimo de N. Béltov su conocida obra *Acerca del desarrollo de la concepción monista de la historia*, editada legalmente en San Petersburgo en 1895.

63 Se trata de la poesía satírica *Himno del socialista ruso contemporáneo*, publicada en el número 1 de *Zariá* (abril de 1901) con la firma de "Narciso Tuporílov". En ella se ridiculizaba a los "economistas" por su adaptación al movimiento espontáneo. El autor fue Y. Mártov.

64 Se alude a la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero. Véase la nota 14.

65 *Jefes de los zemstvos*: cargo administrativo instituido por el gobierno zarista en 1889 con el propósito de afianzar el poder de los terratenientes sobre los campesinos. Los jefes de los zemstvos eran de signados entre los terratenientes de la nobleza de cada lugar y gozaban de inmensas atribuciones administrativas y judiciales sobre los campesinos, incluido el derecho a encarcelarlos y someterlos a castigos corporales.

66 La *Unión General Obrera Hebrea de Lituania, Polonia y Rusia* (Bund) fue organizada en 1897 en el congreso de constitución de los grupos socialdemócratas hebreos celebrado en Vilno; agrupaba principalmente a los artesanos semiproletarios hebreos de las regiones occidentales de Rusia. El Bund era portador del nacionalismo y el separatismo en el movimiento obrero de Rusia; en las cuestiones más importantes del movimiento socialdemócrata ocupaba posiciones oportunistas.

67 *Pagos de rescate*: cantidades que, según el "Reglamento" del 19 de febrero de 1861 que abolía

el régimen de la servidumbre en Rusia, debían pagar los campesinos a los terratenientes por las parcelas de tierra que recibían. El total de los pagos de rescate rebasaba en mucho el verdadero precio de las parcelas. Al hacer la operación del rescate, el gobierno abonó a los terratenientes la suma considerada deuda de los campesinos que debía ser reintegrada durante cuarenta y nueve años. Las partes respectivas de esta deuda que desembolsaban anualmente los campesinos se llamaban pagos de rescate. Los abrumadores y exorbitantes pagos de rescate provocaban la ruina y el empobrecimiento en masa de los campesinos.

El movimiento campesino del período de la primera revolución rusa (1905-1907) obligó al gobierno zarista a abolir los pagos de rescate a raíz de enero de 1907.

68 A partir de los años de hambre de 1891-1892, estos períodos se repitieron regularmente en Rusia. En vez de ayudar a los hambrientos, el gobierno zarista se dedicaba principalmente a luchar contra las organizaciones sociales, los zemstvos, los médicos y los particulares que trataban de ayudarles por iniciativa propia, haciendo colectas de dinero, recogiendo comestibles, organizando comedores y puestos sanitarios, etc. Cuando en 1901 el hambre volvió a azotar a una serie de provincias, Sipiaguin, ministro zarista del Interior, promulgó una circular dirigida a los "jefes" de las provincias donde se había perdido la cosecha de 1901. En esta circular se condenaba la ayuda a los hambrientos por parte de las organizaciones sociales y los particulares y se mandaba a los gobernadores que pusieran un riguroso control y limitasen la labor de estas organizaciones e individuos, ya que, como se decía en la circular, "la necesidad, no satisfecha por completo, las enfermedades y el desorden de la economía, inevitables en esas condiciones, son terreno muy abonado para la agitación antigubernamental". En una serie de provincias hambrientas, los gobernadores prohibían a las entidades y a los particulares que organizasen comedores y prestaran ayuda de otro género a los hambrientos.

69 Se trata del *Reglamento provisional* promulgado por el gobierno zarista el 15 de septiembre de 1901 que obligaba a los jefes de los zemstvos a enviar a los campesinos de las provincias hambrientas a las obras de ferrocarriles y de otro tipo. Según este documento, los derechos de los campesinos, ya de por sí poquísimos, se restringían mucho más; los obreros eran enviados a los lugares de trabajo bajo la vigilancia de funcionarios especiales de manera parecida a como se mandaba a trabajos forzados cuerdas de presos.

70 Se alude a las acciones revolucionarias masivas de los estudiantes y los obreros: las manifestaciones políticas, las congregaciones y las huelgas de febrero y marzo de 1901 en San Petersburgo, Moscú, Kíev, Járkov, Kazán, Tomsk y otras ciudades de Rusia.

El movimiento estudiantil de 1000-1901, basado en reivindicaciones académicas, adquirió el carácter de acciones políticas revolucionarias contra la política reaccionaria de la autocracia, contó con el apoyo de los obreros avanzados y tuvo repercusión en todos los sectores de la sociedad rusa. El motivo directo para las manifestaciones y huelgas de febrero-marzo de 1901 fue el llamamiento a filas de 183 estudiantes de la Universidad de Kíev por haber participado en una congregación estudiantil.

El gobierno arremetió contra los participantes en las acciones revolucionarias: la policía y los cosacos disolvían las manifestaciones y aporreaban a los que participaban en ellas; centenares de estudiantes fueron detenidos y expulsados de los establecimientos de enseñanza superior; fue de singular ensañamiento la represalia contra los participantes en la manifestación del 4 (17) de marzo de 1901 en la plaza de la catedral de Kazán, de San Petersburgo.

71 "*Svoboda*" ("Libertad"): revista editada en Suiza en 1901 y 1902 por el grupo del mismo nombre, fundado en mayo de 1901 y denominado Grupo "Revolucionario-Socialista". Aparecieron dos números de la revista: en 1901 y 1902. En sus publicaciones, el grupo *Svoboda* predicaba las ideas del "economismo" y del terrorismo y apoyaba a los grupos antiiskristas en Rusia. Dejó de existir en 1903.

72 Véase C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*. (*Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. I, pág. 140).

73 *Zemstvo*: sedicente administración autónoma local bajo la dirección de la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista, implantada en 1864. Las funciones del zemstvo se limitaban a las cuestiones económicas puramente locales (construcción de hospitales y carreteras, estadística, seguros, etc.). Su actividad era controlada por los gobernadores y el ministerio del Interior, los cuales podían invalidar cualquier decisión indeseable para el gobierno.

Gran parte de la gente de los zemstvos eran intelectuales de tendencia liberal: médicos, agrónomos y maestros. Para comienzos del siglo XX se acentuó el movimiento oposicionista de los liberales de los zemstvos. En las reuniones de los zemstvos se presentaban proyectos de ampliación de los derechos de éstos, se adoptaban peticiones al zar en las que se reclamaban reformas, etc. El gobierno zarista intentó aplastar el movimiento de los zemstvos con represiones.

74 El Manifiesto del zar Alejandro II para abolir el régimen de la servidumbre en Rusia fue promulgado el 19 de febrero de 1861. Con motivo del cuadragésimo aniversario de este acontecimiento, en el núm. 3 de *Iskra* se publicó el artículo de Lenin *El partido obrero y el campesinado*.

75 Se refiere a la memoria confidencial de S. Witte, ministro de Hacienda, al zar, publicada con el título *La autocracia y el zemstvo*, con prólogo de R. N. S. (seudónimo de P. Struve) por la redacción de la revista *Zariá* en Stuttgart en 1001. En la "memoria" de Witte, muy hostil a los zemstvos, se procuraba demostrar la incompatibilidad de la existencia del zemstvo con la autocracia y se aducían muchos

datos evidenciadores de que, a raíz de haberse instituido los zemstvos, el gobierno zarista venía aplicando constantemente una política de limitación y merma de los derechos de estos organismos. El prólogo de Struve criticaba la "memoria" desde las posiciones del liberalismo burgués.

76 Se trata de la ley promulgada por el gobierno zarista el 8 de junio de 1901 sobre la adjudicación de tierras del Estado a particulares en Siberia, ley que ofrecía grandes ventajas a los hidalgos que compraban y arrendaban terrenos en Siberia. En el número 8 de *Iskra* se publicó un artículo de Lenin sobre esta ley, titulado *Los señores feudales en acción*.

77 "*Rossía*" ("Rusia"): diario liberal moderado. Se publicó en San Petersburgo desde 1899 hasta 1902.

78 La expresión *"¿en qué puedo servirle?"* se empleaba en la literatura rusa para designar la falta de principios, la adulación y la disposición servil a hacer favores a los de arriba.

79 "*Sankt-Petersburgskie Viédomosti*": periódico que apareció en San Petersburgo desde 1728 hasta 1917.

80 "*Russkie Viédomosti*" ("Noticias de Rusia"): periódico editado en Moscú desde 1863 hasta 1918; expresaba las opiniones de la intelectualidad liberal burguesa. Desde 1905 fue órgano del ala derecha del Partido Demócrata Constitucionalista.

81 *Concepción brentaniana de la lucha de clases, "brentanismo"*: doctrina liberal burguesa que predica la posibilidad de resolver el problema obrero en el marco del capitalismo mediante una legislación fabril y la organización de los obreros en sindicatos. Debe su denominación a Lujo Brentano, catedrático de economía política de la Universidad de Múnich y uno de los representantes principales del socialismo de cátedra.

82 El grupo de obreros *Lucha del Trabajo contra el Capital*, organizado en San Petersburgo en la primavera de 1899 por V. Gutovski, es taba integrado por varios obreros e intelectuales, no tenía fuertes vínculos con el movimiento obrero de San Petersburgo y, poco después de la detención de casi todos sus miembros en el verano de 1899, fue disuelto; sus opiniones estaban muy cerca del "economismo".

83 *Narciso*: en la mitología griega, joven hermoso que vio el reflejo de su imagen en el agua y se enamoró de sí mismo.

84 La Respuesta de N. N. (seudónimo de S. N. Prokopóvich) al folleto de Axelrod *Con motivo de las modernas tareas y táctica de los socialdemócratas rusos*, en la que criticaba a Axelrod desde las posiciones del "economismo", en 1900 se insertó en el *Vademécum para "Rabócheie Dielo"* de J. Plejánov.

85 Probablemente se trata de la primera entrevista de Lenin con A. S. Martínov, celebraba en 1901.

86 *Struvismo*: "marxismo legal". Véase la nota 29.

87 *Afanasi Ivánovich* y *Puljeria Ivánovna*: esposos terratenientes de estrechísimos intereses descritos por el escritor ruso Nicolás Gógol en la novela *Terratenientes de antaño*.

88 Lenin alude al círculo de socialdemócratas petersburgueses ("viejos") que encabezaba él y sirvió de base para fundar en 1895 la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera.

89 *Tierra y Libertad*: organización secreta de populistas revolucionarios, fundada en San Petersburgo en el otoño de 1876. Era de estructura rigurosamente centralizada y se regía con fuerte disciplina. Sin renunciar al socialismo como meta, Tierra y Libertad se fijaba el objetivo inmediato de lograr la satisfacción de "las reivindicaciones del pueblo, tales y como se plantean en el momento actual", o sea, la de "tierra y libertad".

Al considerar al campesinado fuerza revolucionaria fundamental de Rusia, los adeptos de Tierra y Libertad intentaron alzar a los campesinos contra el zarismo. Desplegaron labor de agitación en varias provincias de Rusia.

Bajo el impacto del fracaso de la agitación socialista entre los campesinos y del recrudecimiento de las represiones gubernamentales, en 1879, en el seno de Tierra y Libertad se formó una fracción de terroristas que se negaba a hacer propaganda revolucionaria entre los campesinos y consideraba que el medio principal de lucha revolucionaria contra el zarismo era el terrorismo contra los miembros del gobierno zarista. En el congreso que se celebró aquel mismo año en Vorónezh, Tierra y Libertad se dividió en dos organizaciones: Libertad del Pueblo, que emprendió la senda del terrorismo, y Reparto Negro, que mantuvo las posiciones de Tierra y Libertad. Posteriormente, algunos de los adictos de Reparto Negro, como Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Deutsch, Ignátov y otros abrazaron las posiciones del marxismo y, en 1883, fundaron en el extranjero el grupo Emancipación del Trabajo, primera organización marxista rusa.

90 Se alude al folleto *Informe sobre el movimiento socialdemócrata ruso al Congreso Socialista Internacional, celebrado en París en 1900* (edición de la Unión de Socialdemócratas Rusos, Ginebra, 1901). El informe lo escribió la redacción de *Rabócheie Dielo* por encargo de la Unión.

91 Lenin se refiere a la observación polémica del artículo de R. M. *Nuestra realidad*, publicado en *Suplemento especial de "Rabóchaya Mysl"* (septiembre de 1899) que cita en el punto "b" del capítulo III (véase la presente edición).

92 "*Yuzhni Rabochi*" ("El Obrero del Sur"): diario socialdemócrata editado clandestinamente por el grupo del mismo nombre desde enero de 1900 hasta abril de 1903. Aparecieron doce números. Se distribuía principalmente entre las organizaciones socialdemócratas del sur de Rusia.

93 Lenin alude a la hoja *Cuestionario sobre la situación de la clase obrera de Rusia* (1898) y al folleto *Cuestionario para reunir datos acerca de la situación de la clase obrera en Rusia* (1899) editados por la redacción del periódico *Rabóchaya Mysl*. La hoja contenía diecisiete preguntas, y el folleto, ciento cincuenta y ocho, sobre las condiciones de trabajo y de vida de los obreros.

94 El movimiento huelguístico de 1885 abarcó a numerosas empresas de la industria textil de las provincias de Vladímir, Moscú, Tver y otras del

centro industrial del país. La huelga más sonada fue la de los obreros de la manufactura Nikólskaya, de Savva Morózov, en enero de 1885. Las reivindicaciones fundamentales de los obreros eran que se disminuyesen las multas, se regulasen las condiciones de contratación de la mano de obra, etc.; dirigían la huelga los obreros de vanguardia. La huelga, en la que participaron unos ocho mil obreros, fue aplastada con las tropas; treinta y tres huelguistas fueron entregados a los tribunales, y más de seiscientos desterrados. Bajo la influencia del movimiento huelguístico de 1885 y 1886, el gobierno zarista se vio obligado a promulgar la ley del 3 (15) de junio de 1886 (la llamada "ley de multas").

Sobre la huelga de 1896 véase la nota núm. 43.

95 Los establos de Augías: en la mitología griega, establos muy sucios del rey Augías, limpiados en un día por el héroe legendario Hércules.

96 Lenin dio esta nota con fines conspirativos. Los hechos han sido mencionados aquí en el mismo orden en que sucedieron en realidad.

97 *La Liga de la Socialdemocracia Revolucionaria Rusa en el Extranjero* se fundó en octubre de 1901 a iniciativa de Lenin, formando parte de ella la organización de *Iskra* en el extranjero y la Organización Revolucionaria Sotsial-Demokrat (en la que entraba el grupo Emancipación del Trabajo). La Liga tenía por misión difundir las ideas de la socialdemocracia revolucionaria y contribuir a constituir una organización socialdemócrata combativa. La Liga representaba a la organización de *Iskra* en el extranjero. Unía a los socialdemócratas rusos emigrados que eran partidarios de *Iskra*, prestaba ayuda económica al periódico, organizaba su envío a Rusia y editaba obras de divulgación marxistas. Publicó también varios boletines y folletos. El II Congreso del POSDR la confirmó como única organización del partido en el extranjero, encargándole actuar bajo la dirección y el control del CC del POSDR.

Después del II Congreso del partido, los mencheviques se atrincheraron en la Liga y lucharon contra Lenin, contra los bolcheviques. En el II Congreso de la Liga (octubre de 1903) calumniaron a los bolcheviques, después de lo cual Lenin y sus adeptos se retiraron del congreso. Los mencheviques adoptaron unos nuevos estatutos de la Liga opuestos a los estatutos del partido aprobados en el II Congreso del POSDR. Desde entonces, la Liga se convirtió en un baluarte del menchevismo. Existió hasta 1905.

98 Lenin cita el artículo de D. I. Písarev *Errores de un pensamiento en agraz*.

99 "*Listok "Rabóchego Diela"*" ("La Hoja de *Rabócheie Dielo*"): suplemento no periódico de la revista *Rabócheie Dielo*; se editó en Ginebra desde junio de 1900 hasta julio de 1901, apareciendo únicamente ocho números.

100 Lenin alude al siguiente pasaje de la obra de Carlos Marx *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*: "Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal aparecen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar: una vez como tragedia y la otra como farsa". (Véase C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, pág. 408, Moscú, 1973).

101 En noviembre-diciembre de 1901 se extendió por Rusia una ola de manifestaciones estudiantiles, apoyadas por los obreros.

102 Genízaros: infantería regular en la Turquía de los sultanes, creada en el siglo XIV; era la fuerza policíaca principal de aquel régimen y se distinguía por su gran crueldad. Lenin llamaba genízaros a los policías zaristas.

103 El *I Congreso del POSDR* se celebró en Minsk del 1 al 3 (13-15) de marzo de 1898. Asistieron nueve delegados de seis organizaciones. El congreso eligió un Comité Central del partido y publicó un *Manifiesto*. Inmediatamente después del congreso fueron detenidos los miembros del Comité Central. La agrupación de las organizaciones locales en un partido unido no llegó a realizarse, de hecho, por entonces.

104 *Buró Socialista Internacional (BSI)*: órgano permanente informativo y ejecutivo de la II Internacional, integrado por representantes de todos los partidos socialistas que formaban parte de la Internacional. J. Plejánov y B. N. Krichevski fueron elegidos para representar en el BSI a los socialdemócratas rusos. Desde 1905, Lenin representaba al POSDR en el BSI, que cesó en su labor en 1914.

105 La "*Organización Revolucionaria Sotsial-Demokrat*" fue creada por los miembros y adictos del grupo Emancipación del Trabajo en mayo de 1900, después de la escisión de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, producida en su II Congreso. La Organización Sotsial-Demokrat luchaba contra toda tentativa oportunista de deformar el marxismo. La organización publicó el *Manifiesto del Partido Comunista*, varios folletos de J. Plejánov, C. Kautsky y otros. En octubre de 1901 se unió, a propuesta de Lenin, con la sección extranjera de la organización de *Iskra*, en la Liga de la Socialdemocracia Revolucionaria Rusa en el Extranjero.

106 Véase la nota 2.

107 Lenin se refiere al grupo socialdemócrata en el extranjero Borbá (La lucha). Este grupo se formó en el verano de 1900 en París, y en mayo de 1901 pasó a denominarse grupo Borbá. En su intento de reconciliar las orientaciones revolucionaria y oportunista de la socialdemocracia rusa, el grupo Borbá tomó la iniciativa de convocar en Ginebra una conferencia de representantes de organizaciones socialdemócratas en el extranjero: la redacción de *Iskra* y *Zariá*, la Organización Sotsial-Demokrat, el Comité del Bund en el Extranjero y la Unión de Socialdemócratas Rusos (junio de 1901) y participó en las labores del congreso de "unificación" (octubre de 1901). Debido a su renuncia a las concepciones y a la táctica socialdemócratas y a su labor desorganizadora, así como a la falta de contactos con las organizaciones socialdemócratas de Rusia, el grupo no fue admitido en el II Congreso del POSDR. Por acuerdo de éste, el grupo

Borbá fue disuelto.

108 En el número 18 de *Iskra*, del 10 de marzo de 1902, se insertó en la sección *Vida del partido* el suelto *La polémica de "Zariá" con la redacción de "Vorwärts"*, en el que se exponía el punto de vista de la redacción de *Iskra* y *Zariá* sobre esta polémica.

109 Es decir, después de la reforma de 1861 que abolió el régimen de la servidumbre en Rusia.

110 *Partido de los socialistas-revolucionarios* (eseristas): partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902 mediante la unificación de diversos grupos y círculos populistas. Los eseristas se llamaban socialistas, pero su socialismo era utópico y pequeñoburgués.

El programa agrario de los eseristas contenía la reivindicación de suprimir la gran propiedad agraria, abolir la propiedad privada de la tierra y entregar toda la tierra a las comunidades campesinas para el usufructo igualitario del suelo con repartos periódicos según el número de bocas o de miembros de la familia aptos para el trabajo (la llamada "socialización de la tierra").

En realidad, el "usufructo igualitario del suelo, basado en el trabajo propio", al conservarse las relaciones de producción capitalistas, no habría significado el paso al socialismo y habría conducido únicamente a suprimir las relaciones semifeudales en el campo y acelerar el desarrollo del capitalismo.

Los eseristas no veían las diferencias de clase entre el proletariado y el campesinado, velaban la disociación de clase y las contradicciones en el seno del campesinado -entre los campesinos trabajadores y los kulaks- y negaban el papel dirigente del proletariado en la revolución. Su método principal de lucha contra el zarismo era el terrorismo individual.

Al ser derrotada la primera revolución rusa de 1905-1907, el partido de los socialistas-revolucionarios entró en crisis: sus dirigentes abjuraron prácticamente de la lucha revolucionaria contra el zarismo. Después de ser derrocado el zarismo en febrero de 1917, los líderes eseristas formaron parte del Gobierno Provisional burgués, lucharon contra la clase obrera -que preparaba la revolución socialista- y participaron en la represión del movimiento campesino en el verano de 1917. Cuando triunfó la Revolución Socialista de Octubre, los eseristas lucharon activamente contra el Poder soviético.

111 "*Véstnik Russkoi Revoliutsii. Sotsialno-politícheskoie obozrenie*" ("El Heraldo de la Revolución Rusa. Revista sociopolítica"): revista clandestina que se editó en el extranjero en 1901-1905. A parecieron cuatro números; a partir del núm. 2 fue órgano teórico de los eseristas.

112 Lenin alude a la octavilla *A todos los súbditos del zar ruso*, publicada el 3 de abril de 1902 en la imprenta del partido de los eseristas y la repercusión que tuvo en el periódico *Revolutsiónnaya Rossía*, núm. 7 de junio de 1902.

113 *Revolutsiónnaya Rossía* ("La Rusia Revolucionaria"): periódico clandestino que la Unión de Socialistas-Revolucionarios publicaba en Rusia desde fines de 1900; desde enero de 1902 hasta diciembre de 1905 salió en Ginebra como órgano oficial del partido eserista.

114 Véase la nota 4.

115 Lenin aduce citas del mensaje de la Unión Campesina del Partido de los Socialistas-Revolucionarios *A todos los que laboran por el socialismo revolucionario en Rusia* (*Revolutsiónnaya Rossía*, núm. 8, del 25 de junio de 1902, pág. 6).

116 Véase la nota 60.

117 Véase la nota 12.

118 Se alude a una de las *Poesías en prosa* del escritor ruso Iván Turguénev titulada *La norma de la vida*.

119 Se trata de la reforma de 1861 sobre la abolición del régimen de la servidumbre en Rusia y la serie de reformas que la siguieron en las esferas de las finanzas, de la instrucción pública, la reforma judicial, la reforma militar y otras.

120 Véase la nota 24.

121 Véase la nota 65.

122 *Tierra parcelaria*: tierra dejada en usufructo a los campesinos por pago de rescate después de ser abolida la servidumbre en Rusia en 1861; estaba en posesión comunal y se distribuía en usufructo entre los campesinos mediante repartos periódicos.

123 Es decir, en Moscú y en San Petersburgo.

124 *Duma de Estado*: institución representativa que el gobierno zarista se vio obligado a convocar como consecuencia de los acontecimientos revolucionarios de 1905. Formalmente, la Duma de Estado era un órgano legislativo; pero, en realidad, no tenía ningún poder real. Las elecciones a la Duma de Estado eran indirectas, desiguales y restringidas. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de las naciones alógenas que poblaban Rusia, estaban muy limitados, y gran parte de obreros y campesinos carecían totalmente de derecho a voto. Según la ley electoral del 11 (24) de diciembre de 1905, un voto de un terrateniente se equiparaba a tres votos de representantes de la burguesía urbana, a quince votos de campesinos y a cuarenta y cinco de obreros.

125 *Vólost*: en la Rusia prerrevolucionaria, unidad administrativa inferior. Formaba parte del distrito, el cual, a su vez, integraba la provincia.

126 *Mariscal de la nobleza*: representante de la nobleza de una provincia o distrito de la Rusia zarista, elegido por la respectiva asamblea de la nobleza. El mariscal de la nobleza entendía en los asuntos de ésta, ocupaba una posición influyente en la administración y presidía las reuniones de los zemstvos.

127 Palabras del *Manifiesto del Partido Comunista*, documento programático cumbre del comunismo científico escrito por C. Marx y F. Engels en 1848.

128 *Kulaks*: "campesinos ricos que explotan trabajo ajeno, bien contratando mano de obra, bien prestando dinero con intereses usurarios, etc." (Lenin).

129 *Recortes o tierras recortadas*: tierras segregadas de las parcelas de los campesinos en beneficio de los terratenientes al abolirse el régimen de la

servidumbre en Rusia en 1861. Eran, en lo fundamental, las partes mejores de los lotes campesinos -prados, bosques, pastizales y abrevaderos-, sin los cuales los campesinos no podían, en la práctica, llevar independientemente su hacienda, por lo que se vieron obligados a tomarlas en arriendo a los terratenientes en condiciones onerosas.

130 *Actas reglamentarias*: actas que determinaban las relaciones agrarias entre los campesinos con obligaciones temporales y los terratenientes después de la abolición del régimen de la servidumbre en 1861. En las actas reglamentarias se señalaba la superficie de tierra que los campesinos tenían a su disposición antes de la reforma y los predios que quedaban en su poder después de ésta. También se enumeraban las prestaciones que estaban obligados a hacer al terrateniente y se fijaba el pago de rescate.

131 *Caución solidaria*: responsabilidad colectiva obligatoria de los campesinos de cada comunidad rural por la satisfacción puntual y completa de los pagos en metálico y por el cumplimiento de toda clase de prestaciones en beneficio del Estado y los terratenientes (contribuciones, pagos de rescate, recluta de quintas, etc.). Esta forma de vasallaje de los campesinos no fue suprimida hasta 1906.

132 Contrata de campesinos para las faenas de verano que los terratenientes y los kulaks practicaban en invierno, cuando más necesitados de dinero estaban los campesinos. El contrato se concertaba en condiciones onerosas para éstos.

133 Se alude al periódico *Iskra*. Véase la nota 1.

134 PSP: Partido Socialista Polaco, partido reformista y nacionalista fundado en 1892.

135 "*Przedswit*": revista política que empezó a publicar un grupo de socialistas polacos en 1881 y apareció con interrupciones hasta 1920.

136 "*Nueva Gaceta del Rin*" ("Neue Rheinische Zeitung"): salió diariamente en Colonia bajo la redacción de C. Marx desde el 1 de junio de 1848 hasta el 19 de mayo de 1849.
Órgano combativo del ala proletaria de la democracia, este periódico desempeñó la función de educador de las masas populares y las alzaba a combatir a la contrarrevolución. Los editoriales, que fijaban la postura del periódico en los problemas de mayor importancia de la revolución alemana y europea, solían estar escritos por Marx y Engels.

137 *Dieta de Fráncfort*: Asamblea Nacional de toda Alemania fue convocada después de la revolución de marzo de 1848 en este país. En vez de organizar a las masas para la lucha decidida contra el absolutismo y el desmembramiento de Alemania, el Parlamento redujo su labor a debates ociosos en torno a la Constitución imperial.

138 F. Engels. *Debates en torno al problema polaco en Fráncfort*.

139 Véase la nota 20.

140 Lenin empleó varios meses en prepararse para escribir el libro *Un paso adelante, dos pasos atrás (Una crisis en nuestro partido)*, estudiando detenidamente las actas de las sesiones y las resoluciones del II Congreso del POSDR editadas en enero de 1904, los discursos de cada delegado, los agrupamientos políticos que se habían formado en el congreso y los documentos del Comité Central y del Consejo del partido. El libro vio la luz en mayo de 1904.
En la presente edición, esta obra se publica según la recopilación *En doce años*, aparecida en 1907 (en la portada figura el año 1908). Lenin excluyó de esta edición los puntos j, k, l, ll, n, ñ, hizo algunas abreviaciones en otros e introdujo varias notas complementarias.

141 El *II Congreso del POSDR* se celebró del 17 (30) de julio al 10 (23) de agosto de 1903. Las trece sesiones primeras se celebraron en Bruselas. Luego, debido a las persecuciones de la policía, las sesiones de éste pasaron a Londres. Los problemas de más importancia del congreso fueron la aprobación del programa y de los estatutos del partido y las elecciones de los organismos dirigentes del mismo. Lenin y sus partidarios desplegaron en el congreso una lucha enérgica contra los oportunistas. El congreso aprobó por unanimidad (con una sola abstención) el programa del partido, en el que se formulaban tanto las tareas inmediatas del proletariado en la revolución democrático-burguesa que se avecinaba (programa mínimo) como otras tareas calculadas para la victoria de la revolución socialista y el establecimiento de la dictadura del proletariado (programa máximo). Al discutirse los estatutos del partido, se desplegó una lucha tenaz en torno a los principios de organización del partido.
Lenin y sus adeptos luchaban por crear un partido revolucionario combativo de la clase obrera y creían necesario adoptar unos estatutos que fuesen una traba para el ingreso de elementos inseguros y vacilantes en sus filas. Por eso en la fórmula del primer artículo de los estatutos, propuesta por Lenin, la admisión se hacía depender no sólo de que se reconociera el programa y se prestara ayuda material al partido, sino también de la participación personal en una de sus organizaciones. Mártov sometió al examen del congreso su fórmula del primer artículo que hacía depender la admisión en el partido, además de reconocer su programa y pagar cuotas, prestar colaboración personal y regular en él bajo la dirección de una de sus organizaciones. La fórmula de Mártov, que facilitaba el ingreso en las filas del partido a los elementos inseguros, fue apoyada en el congreso no sólo por los antiiskristas y la "charca" ("centro"), sino también por los iskristas "blandengues" (inseguros) y aprobada por una minoría insignificante de votos en el congreso.
El congreso aprobó los estatutos redactados por Lenin. Aprobó también varias resoluciones sobre cuestiones de táctica.
En el congreso se produjo una escisión entre los partidarios consecuentes de la tendencia iskrista, leninistas, y los partidarios de Martov, iskristas blandengues. Los adictos de la orientación leninista obtuvieron la mayoría (bolshinstvó) de votos en las elecciones a los organismos centrales del partido y empezaron a denominarse bolcheviques; y los oportunistas, que quedaron en minoría (menshinstvó), mencheviques. El congreso tuvo

inmensa importancia en el desarrollo del movimiento obrero de Rusia. Puso fin al primitivismo en el trabajo y a la dispersión del movimiento socialdemócrata en círculos, dando comienzo al partido marxista revolucionario en Rusia, al partido de los bolcheviques. Lenin escribió: "El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903" (*Obras Completas*, 5a ed. en ruso, t. 41, pág. 6).

142 Véase la nota 1.

143 *La Conferencia de 1902* de representantes de los comités y organizaciones del POSDR se celebró del 21 al 28 de marzo (del 5 al 10 de abril) de 1902 en Bielostok. Los "economistas" y los del Bund, que apoyaban a los primeros, tenían el propósito de hacer de la conferencia el II Congreso del partido, tratando con ello de fortalecer sus posiciones en la socialdemocracia rusa y paralizar la creciente influencia de *Iskra*. Sin embargo, estas tentativas no tuvieron éxito debido a que en la conferencia participó un reducido número de representantes de los comités y organizaciones del partido (estuvieron representadas sólo cuatro de las organizaciones del POSDR que actuaban en Rusia) y a las grandes discrepancias de principio que se revelaron en aquélla; objetó rudamente contra la transformación de la conferencia en un congreso del partido el delegado de *Iskra*, quien procuró demostrar que un congreso como éste era incompetente y no estaba preparado.

La conferencia eligió un Comité de Organización para preparar el II Congreso del partido. Poco después de celebrarse ésta, la mayoría de sus delegados, incluidos dos miembros del Comité de Organización, fueron detenidos por la policía. El nuevo Comité de Organización para preparar el II Congreso del POSDR se formó en noviembre de 1902 en Pskov en una conferencia de representantes del Comité de Petersburgo del POSDR, de la organización de *Iskra* en Rusia y del grupo *Yuzhni Rabochi*.

144 Bund, véase la nota 66. *Rabócheie Dielo*, véase la nota 3.

145 Grupo *Yuzhni Rabochi*: grupo socialdemócrata formado en el otoño de 1900 en el sur de Rusia en torno al periódico clandestino del mismo nombre.

En oposición a los "economistas", el grupo *Yuzhni Rabochi* estimaba una tarea importantísima la lucha política del proletariado y el derrocamiento de la autocracia, se pronunciaba contra el terrorismo, abogaba por la necesidad de desplegar el movimiento revolucionario de masas y llevó a cabo una gran labor revolucionaria en el sur de Rusia. Al mismo tiempo, el grupo sobrestimó el papel de la burguesía liberal y no concedía importancia al movimiento campesino. En contra del plan iskrista de crear un partido marxista centralizado mediante la agrupación de los socialdemócratas revolucionarios en torno a *Iskra* el grupo *Yuzhni Rabochi* propuso un plan de restablecimiento del POSDR mediante la creación de agrupaciones socialdemócratas regionales. En noviembre de 1902, el grupo *Yuzhni Rabochi* participó en la creación del Comité de Organización para convocar el II Congreso del partido y, luego, participó en sus labores. Pero tampoco en este período la posición de los miembros del grupo *Yuzhni Rabochi* fue revolucionaria consecuente. En el II Congreso del POSDR los delegados del grupo *Yuzhni Rabochi* ocuparon una posición "centrista". Este congreso acordó disolver el grupo *Yuzhni Rabochi*, lo mismo que los otros grupos y organizaciones socialdemócratas que llevaban una existencia independiente.

146 Véase la nota 107.

147 "*Rabóchaya Mysl*" ("El Pensamiento Obrero"): grupo de los "economistas"; su periódico aparecía en el extranjero con el mismo nombre (véase la nota 34).

El grupo *Rabóchaya Mysl* propagaba opiniones abiertamente oportunistas. Se pronunciaba contra la lucha política de la clase obrera, limitando sus tareas "a los intereses del momento", a reclamar algunas reformas parciales, principalmente de carácter económico. Al rendir pleitesía a la espontaneidad del movimiento obrero, los representantes de *Rabóchaya Mysl* se pronunciaban contra la fundación de un partido proletario independiente. Rebajaban la importancia de la teoría revolucionaria, de la conciencia, y afirmaban que la ideología socialista puede brotar del movimiento espontáneo.

148 La redacción de la *Iskra* menchevique publicó en el suplemento al número 57 de *Iskra* (15 de enero de 1904) un artículo del ex "economista" A. Martínov, en el que éste se manifestaba contra los principios de organización del bolchevismo. En su nota dedicada al artículo de Martínov, la redacción de *Iskra*, aunque declaró formalmente su discrepancia con algunas ideas del autor, aprobó en su conjunto el artículo, aceptando sus argumentos fundamentales.

149 "*El reparto negro*": consigna que expresaba la aspiración de los campesinos al reparto general de la tierra y a la liquidación de la propiedad terrateniente.

150 *Jauresismo*: tendencia denominada con el nombre del socialista francés J. Jaures, que encabezaba el ala derecha, reformista, del movimiento socialista francés. So pretexto de la reivindicación de "libertad de crítica", los jauresistas se pronunciaban por que se revisaran las tesis fundamentales del marxismo, predicaban la colaboración de clases entre el proletariado y la burguesía. En 1902 los jauresistas formaron el Partido Socialista Francés, que sustentaba posiciones reformistas.

151 *Tierra y Libertad*, véase la nota 89. *Libertad del Pueblo*, véase la nota 9.

152 *Manilovismo*: denominación debida al nombre del terrateniente Manílov, personaje de la obra del escritor ruso N. Gógol *Las almas muertas*. Es sinónimo de placidez, sentimentalismo melifluo y fantasía ilusoria.

153 En la resolución de S. Zborovski (Kóstich), rechazada por el congreso, se proponía la siguiente redacción del artículo primero de los estatutos del partido: "Toda persona que acepte el programa del

partido y preste ayuda económica y su colaboración personal regular al partido, bajo la dirección de una de las organizaciones del mismo, se considerará miembro del partido".

154 "*Osvobozhdenie*" ("Emancipación"): revista quincenal que se editó en el extranjero desde 1902 hasta 1905 bajo la redacción de P. Struve; fue órgano de la burguesía liberal rusa. En 1903, en torno a la revista empezó a agruparse (y en enero de 1904 se formó) la Unión de Emancipación, que existió hasta octubre de 1905. Los adeptos de *Osvobozhdenie* constituyeron luego el núcleo del Partido Demócrata Constitucionalista que se formó en octubre de 1905 y fue el partido principal de la burguesía monárquica liberal de Rusia.

155 Lenin se refiere al discurso pronunciado por el "economista" V. P. Akímov en el II Congreso del POSDR, el cual, al criticar el proyecto de programa del partido propuesto por *Iskra*, se valió, entre otros, del argumento de que la palabra "proletariado" no figuraba en el programa como sujeto, sino como complemento. A juicio de Akímov, en esto se manifestaba la tendencia a aislar el partido de los intereses del proletariado.

156 Véase la nota 16.

157 *El comité de Vorónezh y la "Organización Obrera" de San Petersburgo* estaban en las manos de los "economistas" y ocupaban una posición hostil con relación a la *Iskra* leninista y a su plan orgánico de edificar el partido marxista.

158 *Blanquismo*: corriente del movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés.
Los blanquistas negaban la lucha de clases, sustituían la labor del partido revolucionario con acciones de un puñado de conspiradores, no tenían en cuenta la situación concreta necesaria para el triunfo de la insurrección y desdeñaban el contacto con las masas.

159 Lenin alude al artículo de L. Mártov aparecido en *Iskra* bajo el titulo *¿Es así como hay que prepararse?*, en el que Mártov se opuso a la preparación de la insurrección armada en toda Rusia, considerándola una utopía y una conjuración.

160 Lenin cita aquí la poesía de Mijaíl Lérmontov *El periodista, el lector y el escritor*.

161 Palabras del satírico *Himno del socialista ruso*. Véase la nota 63.

162 *Oblómov*: personaje principal de la novela homónima del escritor ruso I. A. Goncharov. El nombre de Oblómov se ha hecho sinónimo de rutina, estancamiento y pasividad extrema.

163 *El Congreso de Dresde de la socialdemocracia alemana* se celebró del 13 al 20 de septiembre de 1903. La cuestión fundamental que se trató en él fue la de la táctica del partido y la lucha contra el revisionismo. En el congreso fueron sometidos a crítica los puntos de vista revisionistas de E. Bernstein, P. Göhre, E. David, W. Heine y de algunos otros socialdemócratas alemanes. Sin embargo, el congreso no mantuvo una posición consecuente en la lucha contra el revisionismo; los revisionistas de la socialdemocracia alemana no fueron expulsados del partido, y después del congreso continuaron propagando sus puntos de vista oportunistas.

164 "*Sozialistische Monatshefte*" ("Revista Mensual Socialista"): revista, principal órgano de prensa de los oportunistas alemanes y uno de los órganos del revisionismo internacional. Se publicó en Berlín de 1897 a 1933.

165 "*Frankfurter Zeitung*" ("Gaceta de Francfort"): diario, órgano de los grandes bolsistas alemanes; se editó en Francfort del Meno de 1856 a 1943.

166 Véase la nota 10.

167 Se alude a la *Breve Constitución del POSDR*, escrita en broma por Mártov y publicada como suplemento a su artículo *En turno* (*Iskra*, núm. 58, del 25 de enero de 1904). Ironizando con motivo de los principios de organización del bolchevismo y quejándose del supuesto mal trato a los mencheviques, Mártov escribió en su Constitución acerca de los "aperreadores" y los "aperreados", refiriéndose a los bolcheviques y a los mencheviques.

168 Lenin se refiere a la colección de artículos de filosofía de S. N. Bulgákov, E. N. Trubetskói y otros, aparecida en 1902 con el título de *Problemas del idealismo*.
"*Novi Put*" ("Nueva Vía"): revista mensual; apareció en San Petersburgo en 1903 y 1904; participaban en ella representantes de las tendencias idealista y mística.

169 *Plan de la campaña de los zemstvos*: plan menchevique de apoyo a la "campaña de los zemstvos" (congresos, asambleas y banquetes de los hombres de los zemstvos en los que se pronunciaban discursos y adoptaban resoluciones en el espíritu de las reivindicaciones constitucionales moderadas) que desplegó la burguesía liberal desde otoño de 1904 hasta enero de 1905.

170 El 9 de enero de 1905 por orden del zar fue ametrallada la manifestación pacífica de obreros petersburgueses organizada por el cura Gapón que se encaminaba al Palacio de Invierno para entregar una petición al zar. En respuesta a la atroz matanza de obreros inermes, se declararon huelgas y manifestaciones políticas de masas por toda Rusia.
Los sucesos del 9 de enero, que obtuvieron la denominación de domingo sangriento, fueron el comienzo de la revolución de 1905-1907.

171 "Vperiod": semanario bolchevique clandestino, editado en Ginebra desde diciembre de 1904 hasta mayo de 1905. Aparecieron dieciocho números. El organizador, inspirador ideológico y dirigente inmediato del periódico fue Lenin.

172 Véase la nota 21.

173 Véase la nota 56.

174 *Se trata de la guerra imperialista ruso-japonesa* de 1904-1905. Japón asestó a las tropas zaristas una serie de graves derrotas y ganó la guerra. En septiembre de 1905 se concertó en Portsmouth (EE.UU.) el tratado de paz entre Rusia y el Japón. La derrota militar del zarismo ahondó la crisis política y aceleró el advenimiento de la revolución en Rusia.

175 *Congreso de Ámsterdam*: Congreso socialista de la

II Internacional que se celebró en Ámsterdam en agosto de 1904. El congreso examinó las siguientes cuestiones: 1) las reglas internacionales de la táctica socialista; 2) la política colonial; 3) la huelga general; 4) la política social y el seguro de los obreros; 5) los trusts, el paro y otros problemas.

En la resolución sobre el primer punto, al que se remite Lenin, se indicaba que la socialdemocracia "no puede aspirar a participar en el poder gubernamental en el seno de la sociedad burguesa". No obstante, los jefes derechistas de los partidos socialdemócratas, pese a las resoluciones del Congreso de Ámsterdam, entraban y entran en los gobiernos burgueses, aplicando la política de conservación y fortalecimiento del Estado burgués y de dominación de la burguesía.

176 Partidarios de la nueva *Iskra*: mencheviques. Véase la nota 1.

177 Lenin aplicaba la expresión de "cretinismo parlamentario" a los oportunistas que estimaban que el sistema parlamentario es todopoderoso, y la actividad parlamentaria, la única forma de lucha política en todas las condiciones.

178 "*Der Volks-Tribun*": semanario fundado por los "socialistas verdaderos" alemanes en Nueva York. Apareció desde enero hasta diciembre de 1846.

179 "*Das Westphälische Dampfboot*" ("El Vapor de Westfalia"): revista mensual, órgano de una de las tendencias del socialismo pequeñoburgués o "verdadero" alemán; se publicó desde enero de 1845 hasta marzo de 1848.

180 El *III Congreso del POSDR* se celebró en Londres entre el 12 y el 27 de abril (5 de abril - 10 de mayo) de 1905. Estuvo preparado por los bolcheviques y transcurrió bajo la dirección de Lenin. Los mencheviques se negaron a participar en el congreso y reunieron en Ginebra su conferencia. El congreso examinó las cuestiones cardinales de la revolución que se desplegaba en Rusia y determinó las tareas del proletariado y de su partido.

181 Véase la nota 17.